PARABERE

Andrea Cabrera Kñallinsky
Aldo García Arias

Siruela Nuevos Tiempos

Andrea Cabrera Kñallinsky
Aldo García Arias

PARABERE

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: enero de 2025

En cubierta: ilustración © Jacobo Muñiz
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Andrea Cabrera Kñallinsky y Aldo García Arias, 2025
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-45-4

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Prólogo

SEVILLA

1 Bizcocho con corintos y frutas confitadas

BELLE ÉPOQUE

2 Canapés a la Joinville
3 Langosta a la Americana
4 Tartaletas y barquitas
5 Sorbetes al champán
6 Trufas de castaña y chocolate
7 Changurro o centolla a la Donostiarra
8 Bizcocho Elena
9 Filetes de lenguado a la *Parmentière*
10 Patatas *souflée*
11 Bombones acaramelados
12 Bistecs a caballo
13 Riñones de cerdo a la Alemana
14 Turnedos a la Henri IV
15 Sopa crema Bagration
16 *Foie gras*
17 Becadas a la Périgueux
18 Tortas de almendras y dulces
19 Torta de plomo
20 Caldo casero
21 Volován
22 Filetes de merluza empanados
23 Chocolate servido a la española
24 Rodaballo a la Cambaceres

25 Huevos revueltos con trufas
26 Yemas al *fondant*
27 Porrusalda
28 Flan de leche Leonor
29 Bacalao al Club Ranero
30 Bombones de pistachos
31 Canalones de sardinas a la Provenzal

GUERRA CIVIL

32 El cocido o puchero español
33 Ponche a la romana
34 Sopa crema a la Nivernesa
35 Aceitunas negras en aceite
36 Ensalada a la Rusa
37 Sopa de ajo
38 Callos o tripacallos a la Vizcaína
39 Pollo a la Marengo
40 Arroz (paella) a la Valenciana
41 Gelatina de naranja
42 Licor de Noyaux
43 Cocido de col, repollo o berza
44 Ensalada a la Arlesiana
45 Conejo a la Campesina
46 Patatas al tocino

POSGUERRA

47 Galletitas saladas
48 Merengues diminutos
49 Marmitako
50 Filetes de salmón a la Brissac
51 Pulpetas de lenguado a la Paillard
52 Judías verdes a la Española
53 Escudilla a la Catalana
54 Sopa a la Vert Pré

55 Caracoles a la Española
56 Migas
57 Bizcochos borrachos de Guadalajara
58 Bacalao a la Vizcaína
59 Cordero asado
60 Las carnes: el cerdo
61 Asados (tiempo necesario para los)
62 Potaje de garbanzos con arroz
63 Hojaldres exquisitos

CASA JACINTO

64 Milhojas
65 Bizcocho *Excelsius*
66 *Coupés de champagne*

Nota de los autores

Prólogo

Existen dos tipos de cocineros: los que se manejan entre fogones con la precisión de un científico en un laboratorio, con balanzas, termómetros y cuchillos tan afilados como bisturís, y los que se dejan llevar por la pasión de un pintor que se inspira en la naturaleza, esgrimiendo pinceles y mezclando colores hasta llenar los espacios del lienzo a su satisfacción. En ambos casos, me decía siempre mi madre, hay dos elementos imprescindibles para conseguir un resultado óptimo; el primero es conocer los ingredientes con los que se trabaja, pero el más importante, me recalcaba, es el segundo: la memoria. «No debes olvidar nunca el sabor de un plato bien cocinado, ni lo que te hizo sentir la primera vez que lo probaste. Esa es la experiencia que deberás ofrecerles a tus comensales», aseguraba.

Por muy sabias que pudieran sonarme sus palabras, no era yo, por aquel entonces, capaz de valorar cómo el conocimiento y la memoria fueron cruciales en su vida, en la cocina y fuera de ella, hasta aquel día en que entramos en la calle Villanueva sin querer, al menos de manera consciente.

En realidad, no hubiéramos necesitado pasar por ella, pero nuestro andar, por inercia seguramente, nos fue guiando, y, con ritmo ligero, teníamos algo de prisa, aparecimos justo allí, en la puerclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">ta del número 7. Íbamos a saltarnos la entrada, con esa marcha que llevábamos, pero me llamó la atención la exposición que había en la galería, «Temas urbanos» del Equipo Crónica. Siempre me han fascinado sus bofetadas aparentemente amables, tan coloridas, y me paré. Incluso retrocedí unos pasos para atisbar el interior del espacio de Juana Mordó. Lo hice sin pensar, y perdería unos segundos, como mucho, en toda la operación de detenerme y dar marcha atrás, pero fueron suficientes para que se desatara el cataclismo.

—¡Jacinta! ¿Qué haces? —preguntó mi madre—. Venga, hija, por Dios, que no llegaremos antes de que cierr…

Fue todo lo que dijo. Ella, que iba unos pasos más atrás, no necesitó retroceder. Solo se paró ante la entrada, con la boca abierta, igual que la puerta. Miró el suelo geométrico del *hall* de la galería, me miró a mí y, como petrificada, en silencio, se llevó las manos al corazón, cerró los ojos y, metida en sí misma, muda aún, se puso a llorar.

—¡Mamá! ¿Qué te ocurre? —Me acerqué a ella y la zarandeé con suavidad, como para que saliera del pasmo—. ¿Te encuentras bien?

No sabría decir si pasaron unos segundos o más en aquel trance. Se secó los ojos y con un hilo de voz dijo:

—Hija…, este es el Parabere.

Me quedé perpleja. Por supuesto que había oído hablar del restaurante mítico en el que mi madre había trabajado. En casa su nombre no se podía mentar en vano. Quizá por eso no era mucho lo que, al menos yo, sabía de él. Ni idea de que su última sede hubiera sido en la calle Villanueva, ni idea de que para mi madre volver a tenerlo delante fuera a ser un cisma y, menos idea todavía, de que aquella tarde fuera el comienzo de un nuevo propósito vital para mí: reconstruir los días, muchos de gloria, de aquel local en el que mi madre aprendió a guisar las exquisiteces que ahora se sirven en su propio restaurante; investigar y rememorar la existencia de la Marquesa de Parabere, espíritu emprendedor y carismático, tan visionaria como valiente; estudiar y divulgar las intrahistorias que dibujaron toda una época que nos define, que me definen a mí, sacarlas a la luz, como homenaje, incluso como catarsis.

Mi madre se asomó al quicio de la puerta, cerró los ojos y aspiró y aspiró como si quisiera discernir y atrapar un olor familiar, seguramente de fogones. Después de unos instantes, me agarró del brazo y me pidió volver a casa.

Desandamos el camino y antes de entrar al metro de Retiro me preguntó:

—¿Sabes por qué te llamas Jacinta?

—Pues no, imagino que porque os gustaría a papá y a ti…, también se lo pusisteis al restaurante.

—Te llamas Jacinta, y Casa Jacinto nuestro restaurante, como tributo a todos los muertos por la sinrazón de la guerra y la posguerra. —Hizo una pausa y siguió hablando, despacio, mientras bajaba los escalones. La mirada en el suelo—. Jacinto se llamaba un muchachito que trabajó conmigo en el Parabere, simpático, siempre dispuesto. La policía de Franco lo capturó y golpeó hasta la muerte. Querían que confesara algo que él no sabía. Tu padre estuvo de acuerdo en ponértelo, para honrarlo, a él y a todos los que cayeron de una forma tan cruel y descabellada.

Esa fue la confesión que hizo de trampolín, entonces quise saber más y más sobre la Marquesa de Parabere. Lo que ella no me pudo contar lo pregunté a otros testigos de la época o lo indagué en distintos documentos, algunos privados, otros no, en Madrid, en Bilbao, en París…

Recorrer su vida ha sido una apasionante aventura, escribir los mil episodios en los que se vio envuelta esta pionera del siglo XX español, como gastrónoma, como empresaria, como soñadora, y dejar constancia de una primera mitad de siglo tan apasionante como descorazonadora, es lo que me he propuesto en estas páginas, como particular reconocimiento a una mujer excepcional y a su época, María Mestayer de Echagüe, «Marquesa de Parabere».

JACINTA RUIZ ALMAGRO

Sevilla

1

Bizcocho con corintos y frutas confitadas

El sol, siempre tan esquivo, por su estrechez, en la calle Conteros, iba llegando a la fachada del número 2.

María Jacquet Delasalle, que ese sábado ya se había levantado, pensó que era momento de despertar a su hija, también María, para que tuviera tiempo de prepararse. En las ocasiones importantes había que evitar las prisas.

La habitación de las niñas era especialmente tranquila, daba al patio, con arcadas altas y elegantes, alrededor del que se había construido la casa, como si los cuartos lo arroparan. Entró en la estancia y adaptó sus ojos a la falta de luz. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la cama de María estaba vacía, no así la de Luisa, cuya respiración movía la colcha brocada y la hacía brillar por momentos. Buscó a su hija por la habitación y la encontró sentada en el suelo, repasaba con un trapo sus zapatos de lunares y tacón.

—¿Qué haces ya despierta, María?, ¿y tirada en el suelo? —susurró.

—Quería repasar los zapatos, madre —respondió la niña en el mismo tono. Al ver su rictus de desaprobación, cambió de tema—. Hace un rato que me desperté, ya recé la oración de la mañana.

—Muy bien, hija, pero los zapatos estaban lustrados desde ayer, yo misma los supervisé. —María Jacquet hizo un ademán a la niña para que se levantara y saliera de la habitación. Ya en el corredor, continuó la charla—. Joaquina te espera en el cuarto de baño para ayudarte con la *toilette.* Tienes una sorpresa para desayunar*.* El coche estará preparado a las 11.30. Hay tiempo, pero no para desperdiciarlo.

María, la hija, Mestayer Jacquet, corrió al encuentro de la niñera. Quería terminar el aseo cuanto antes para dar comienzo a la parte apasionante del día. El pistoletazo de salida era vestirse de

flamenca, peinarse y pintarse hasta convertirse en la más auténtica, a pesar de sus orígenes lejos de Andalucía, de Sevilla. María había nacido en Bilbao, en 1877. Ahora vivían en el sur porque su padre era el vicecónsul de Francia en la ciudad.

Limpia, perfumada y con el pelo cepillado a conciencia, aún con camisón y bata, fue al comedor donde la esperaban sus padres y un bizcocho con fruta confitada. Su preferido, sobre todo si lo preparaba Joaquina. Adoraba esos puntos de color, tan dulces y tan bien repartidos entre la harina; pero, en esta ocasión, los nervios adheridos a su estómago le impidieron dar toda la cuenta que le hubiera gustado del manjar. Comió poco y despacio, su madre vigilaba que tragara bien. Terminó su leche y fue a convertirse en gitana.

De manera ceremoniosa, poniendo atención a cada prenda, la ayudó a ponerse las enaguas almidonadas, el vestido rojo de lunares blancos y faralaes en la falda y en las mangas, le ajustó en la cintura el pañuelo de talle, tejido en seda y con sus flecos, le calzó los zapatos de hebillas, a juego con el traje y exageradamente lustrados, y le pidió que se sentara en el tocador. Le terminó de desenredar la melena y, sin la más mínima piedad, estiró y estiró el cabello hasta que logró un moño bajo y bien tenso. María aguantó estoicamente la tortura, sin una sola mueca, metida en su papel. Dos peinecillos, un clavel y una peineta de nácar sobre la que colocarían la mantilla remataron la cabeza. Los labios rojos, un lunar pintado y unos pendientes de flamenca, dos argollas de oro repujado, y aquella chiquilla, de apenas doce años, hubiera pasado por la misma Carmen de Mérimée.

—¡Hay que ver lo guapa que se ha puesto la niña! —exclamó el cochero, con marcado acento andaluz, al subir a la carroza—. ¡Ole, ole y ole! ¡Vamos a la feria!

María, muy seria, acompañada del resto de la familia, iba camino del que sería su primer y último gran éxito con el flamenco, el concurso de baile infantil de la Feria de Abril.

Al llegar a la caseta, se reunió con sus compañeras y escuchó los últimos consejos de su maestra. Cuando le tocó la vez, concentrada y con seguridad, subió al tablao. Uno tras otro, repitió los

movimientos tantas veces ensayados, las figuras, las vueltas, los giros de las manos al compás de las guitarras. Casi sumida en un trance llegó al final de la pieza y, entonces sí, escuchó los aplausos y los vítores, vio las flores que le volaban de todos los rincones de la caseta y sonrió.

Bajó del escenario satisfecha con su faena, se había ganado el diploma a la mejor bailaora infantil y el refresco que le brindaban.

Cada vez, y fueron muchas, que en su vida se sintió orgullosa por un trabajo bien hecho, su inconsciente la transportaba, invariablemente, a la sensación que se le instaló en el pecho mientras bajaba esas escaleras de tablas.

Belle époque

2

Canapés a la Joinville

María deslizó entre sus dedos la tela, tan fina como la de una araña, igual casi de traslúcida, del vestido que la doncella había dejado extendido en su cama y que sería el que luciría esa velada. Hacía ya varios años que habían dejado Sevilla atrás. Cerró los ojos, y el aroma que todavía emanaba la prenda la transportó a la distinguida *maison* de Doucet, en la calle parisina Ville-l'Évêque, donde tanto su hermana y su madre como ella habían adquirido, unas semanas atrás, el vestuario para la gala del décimo aniversario del Teatro Arriaga.

El suyo era una pieza exclusiva, de un color indescripclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">tible entre el gris perla y el verde agua, de seda, con sobrevestido transparente rematado en encaje chantillí. De cuello barco y abalorios a modo de camafeo, con gran parte de la esclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">class="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">palclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">da descubierta, María sintió que esa noche no le haría sombra ni Eugenia de Montijo. Era su momento y, además, sin corsé.

Un moño alto, relajado y con volumen, los labios tan rojos como aquella tarde en Sevilla, maquillaje un tono más claro que el de su tez, también adquirido en París, y un rubor bien rosado y evidente remataron una estampa de lujo y juventud, de fruta en su momento más dulce. Eso mismo terminaba de comprobar ante el espejo.

El Teatro Arriaga, para esa noche de 1900, había programado la misma ópera que para su inauguración, *La Gioconda*, y estaba invitado a la gala lo más granado de la sociedad bilbaína y sus alrededores. También Ramón Echagüe y Churruca, con el que María se desposaría al año siguiente y tendría ocho hijos. Claro que,

entonces, eso no lo sabían.

Finalizado el segundo acto, en la grandiosa entrada del edificio, a los lados de su imponente escalinata principal, esperaban dos hileras de camareros con champán y canapés para que los invitados brindaran por el cumpleaños. Solo media hora de pausa antes de continuar con los dos actos restantes de la ópera. No hizo falta un solo minuto más para que María encandilara a un joven de bigote, altura y sonrisa generosas, que la había identificado desde las alturas. Se acercó a ella, que estaba en un corro con sus padres, Luisa y el reputado arquitecto, amigo de la familia, Eulene Lavalle, con dos copas de champán en la mano. Inclinó la cabeza ante su madre y se dirigió a María:

—Buenas noches, señorita, yo podría llevarla a Venecia, si usted lo tiene a bien y no hubiera nadie que la estuviera esperando —dijo ofreciéndole la copa y mirándola a los ojos—. Le mostraría que todo lo que ocurre en aquella ciudad nada tiene que ver con lo truculento de esta ópera.

—Me gustaría mucho conocer Venecia, a decir verdad —contestó María sonriendo—, aunque me da la impresión de que las góndolas serán muy lentas para usted…, me parece que más que correr, usted vuela.

—Puedo asegurarle que normalmente no soy así, más bien al contrario, pero el champán, su porte y que no tengo más que unos minutos antes de que se vuelva a descorrer el telón me hacen volar, sí…, espero sepa disculparme. —Ramón hizo una pausa y se presentó—. Mi nombre es Ramón Echagüe y Churruca, abogado de San Sebastián y su servidor. ¿Me revelaría usted el suyo?

—María Manuela Eugenia Carolina Mestayer Jacquet. —Le extendió la mano y Ramón besó su guante.

—Si no le molesta, tendrá noticias mías, María.

Su madre terminaba de comentar la ejecución impecable de la función con otra dama, cuando sonó el timbre de reanudación de la obra. Tomó del brazo a su hija María y la dirigió a la escalera con una mirada de aprobación.

Ni el veneno, ni la *Danza de las horas* ni el truculento Barnaba de *La Gioconda* lograron captar la atención de María, que pasó las

siguientes dos horas paseando entre canales del brazo de Ramón Echagüe.

3

Langosta a la Americana

No había pasado una semana cuando llegó, al número 2 de la calle de La Ripa de Bilbao, la primera carta de Ramón. Con letra grande y desordenada, de mayúsculas decididas, la invitaba a un paseo y a un mantecado por La Concha. «No es Venecia, pero no tiene nada que envidiarle», decía.

No habían pasado dos semanas cuando Ramón fue a tomar un chocolate a la casa de los Mestayer, paso previo imprescindible para cualquier excursión.

No habían pasado tres cuando las hermanas se subieron a su coche, rumbo a San Sebastián.

A las cuatro, tanto María como su pretendiente, que habían instaurado una línea de correo permanente entre las dos ciudades, tenían claro que pasarían el resto de su vida juntos. Lo que aún no sospechaban era la cantidad de acontecimientos extraordinarios que salpicarían su existencia. Todo hacía presagiar que su futuro sería el de una familia burguesa, pudiente y corriente, del norte industrial, sin mucho más anhelo que la solvencia económica, la educación exquisita de su prole y la diversión a ratos.

Al año de aquella noche de ópera, María volvió a vestirse con su atuendo etéreo de Doucet. Estaba en París con su familia. Terminaba de arreglarse para salir a cenar cuando recibió una nueva carta, escueta y directa:

> Querida María:
>
> Es mi deseo que sea esta nuestra última separación. Se me hacen cada vez más largas, se me antojan inabarcables.

Así que, aunque no parezca esta la vía más romántica, no puedo esperar más para preguntarte: ¿Querrías casarte conmigo? (Imagina

que estoy de rodillas).

Espero tu pronta y afirmativa respuesta.

Tuyo,

RAMÓN

María se quedó pasmada, sin aire. Necesitó sentarse. Hacía meses que esperaba ese momento, lo había ideado de mil formas, desde luego nunca por la vía epistolar; aunque pareciera la lógica, dado el discurrir del noviazgo. La emoción, todavía contenida en su pecho, era, por segundos, más candente. Cuando el fuego ya parecía que se le iba a disparar por cada uno de sus poros, se acercó al buró que había en su habitación, sacó una de las hojas grabadas con su nombre que siempre la acompañaban y escribió: «¡¡¡Síííí!!!». Guardó el papel en un sobre, escribió la dirección de Ramón y, antes de cerrarla, se arrepintió del impulso. Se sentó de nuevo en el buró y redactó unas líneas en las que expresó su emoción, de manera más comedida, y, por supuesto, su respuesta afirmativa. Ahora sí, la depositó en la recepción del hotel a la salida hacia la cena y empezó a soñar con el anillo que abrazaría su dedo tras la petición formal.

Fue una gran noticia para toda la familia; pero no el único motivo por el que recordarían aquella noche.

Le dieron prisa al cochero, la carta había hecho que María se retrasara unos minutos y la puntualidad era una de las obsesiones de la familia y del dueño del restaurante donde cenarían. Un local de moda en París cuyo cocinero, aunque se tuviera reserva de mesa desde hacía semanas, si los comensales no cumplían de manera escrupulosa con el horario convenido, no los dejaba pasar. Prefería perder clientes a fallar en el servicio, una medida que la familia encontraba pertinente.

Llegaron justo a la hora y entraron al local junto con unos primos Mestayer con los que habían coincidido en la ciudad. Dos de ellos grandes *gourmets*, el padre y el hijo mayor, y los otros dos, la madre y el chico menor, que no entendían gran cosa de exquisiteces, aunque el pequeño era de una voracidad reseñable.

Muchos eran los platos reconocidos del restaurante en cuestión,

«aquí todo es especial», comentó María a sus familiares delante del chef. Decidieron empezar el menú por la langosta a la americana, recomendación de la casa.

El aroma se percibía casi antes de que salieran de la cocina. Nadie en el local quedó impertérrito, no hubo rabillo del ojo que no pusiera a prueba su flexibilidad. Aquella verbena de langostas, exuberantes y colocadas de manera impecable en sus fuentes, era un espectáculo para cualquiera de los sentidos.

—Está de pánico. —Luisa fue la primera en alabar el sabor de la exquisitez.

Todos estuvieron de acuerdo con la menor de las Mestayer Jacquet, aunque no con la expresión moderna que había escogido para describir la perfección.

—Como siempre, este plato es una maravilla —sentenció María—. Pero esta vez noto un átomo de sabor algo distinto a lo que se acostumbra en este manjar. —Antes de que nadie pudiera replicar, añadió—. Y sé lo que le da ese gusto nuevo. —Su madre la miró con cierta desaprobación, pero María, lejos de intimidarse, insistió—: Para que no creáis que me vanaglorio, voy a escribir el ingrediente en un papel y, después de doblado, llamamos al chef y veremos si he acertado.

Así hicieron. Todos se prestaron al juego, incluso la madre, que disimulaba su incomodidad. Llamaron al jefe de cocina, lo invitaron a una copa de champán y se deshicieron en elogios.

—¿Nos daría usted la fórmula de esta maravilla, monsieur?

—Por supuesto, madame, la clásica: langosta viva, mantequilla fina, tomate, grasa de carne, cayena…

—¿Y nada más? —atajó María—, es que le he notado cierto saborcillo…

El chef sonrió y dijo:

—Veo que madame tiene un paladar exquisito. En efecto, le añado una pizca de *whisky* viejo.

María, con la cara tornada al bermellón y henchida, no tardó un segundo en desdoblar el papel donde estaba escrita la palabra *whisky*, bien clara, y lo puso a la vista de todos. El jefe terminó de rematar la escena con una última observación:

—Muchos me han ponderado este guiso, pero nadie se percató nunca de que le añadiera *whisky*.

Terminó el champán de su copa y fue a atender al resto de comensales del salón. La conversación animada continuó en la mesa de los Mestayer.

—No conocíamos esa cualidad tuya, Marichu —confesó el primo de su padre.

—Para rebatir mi orgullo, diré que no siempre es una cualidad. Mi paladar me proporciona más sinsabores que satisfacciones. —Ante la cara de asombro de algunos de sus compañeros de mesa, María se explicó—. El manjar, sea cual fuere, ha de estar perfecto para que me satisfaga; en cambio, cualquier nimiedad me atormenta: el sabor fuerte del aceite, la mantequilla si no es de la más fina, el exceso o falta de condimento, para mí son verdaderos sufrimientos.

4

Tartaletas y barquitas

Antes de partir a Bilbao visitaron la escuela Cordon Bleu, de alta cocina. Abierta desde hacía apenas cinco años, ya se la oía nombrar en cualquier foro donde hubiera un *gourmet*, real o con ínfulas. El reconocido Henri-Paul Pellaprat, con quien los Mestayer habían coincidido en alguna recepción, era, además del fundador de la academia, el responsable de uno de los momentos de más intensa dicha de la vida de María, cuando probó, de postre, en la Maison Dorée, los exquisitos *petits pots de crème a la vanille.*

Era su cumpleaños de quince, el 20 de diciembre de 1892. Estaban en París para celebrar la Navidad y esa noche fueron a cenar a uno de los mejores restaurantes de la Villa, como agasajo a la primogénita Mestayer. Ni su anillo de oro brocado, con un camafeo tallado hacía un siglo en Italia, regalo de cumpleaños, ni el lujo dorado del edificio de la Maison Dorée, ni el prodigioso turnedos Rossini pudieron eclipsar la sensación de aquellas minúsculas tartaletas deshaciéndose en su boca; la delicadeza de la crema chantillí desparramada en toda la cavidad y el aroma de la vainilla, que era capaz de alcanzar la nariz, aun sin despegar los labios. En ese momento se prometió que, el día en que se casara, ese sería el bocado que culminaría el banquete, nada de tartas. Así se lo hizo saber al cocinero, que aceptó el encargo con orgullo. Ni María ni Pellaprat podían entonces ni imaginar que ese encuentro a vuelapluma, en un aula de cocina, sería el comienzo de una larga y fructífera relación epistolar.

Las tartaletas no eran la única certeza que María tenía para su boda. También sabía que quería desposarse en su parroquia, la dedicada a san Vicente Mártir de Abando, donde no habían podido bautizarla por unas obras de remodelación absolutamente inoportunas, y que el oficiante fuera el padre José. Así se lo informó,

el 8 de junio, a la que sería su suegra, a su futuro marido y a sus hermanos, que vinieron desde San Sebastián, para la pedida de mano oficial. Al día siguiente, la novia, diligente, fue a hacer la gestión con el párroco:

—La iglesia está en obras, María, ya la ves… —le explicó el cura compungido.

—¡Otra vez! ¿Y ahora yo qué hago?

—Bueno…, seguro que encontramos camino, María, no te aflijas. —El párroco pensó unos instantes y enseguida le propuso—: ¿Y el santuario de Begoña? Es magnífico, con esas vistas y ese porte regio…

—Sí…, es una opción, no la que yo quería, pero puede valer… Solo tengo que hacerme a la idea. —María le agarró las manos al padre José—. Lo que no me puede decir es que no será usted el que me case, ¿verdad?

—Verdad, yo lo arreglo con el párroco de allá y te digo fecha en estos días.

—Perfecto, padre. —María se despidió del cura y ya cuando se iba le recordó—: Ya sabe, después del verano, pero lo más lejos posible de Navidad, que no haga mucho frío, que si no en esa loma nos helamos.

Al primer contratiempo le siguió algún imprevisto que sirvió para poner de manifiesto la fuerza interior de la novia, tanta como para modificar el curso de los acontecimientos.

Una semana después de la reunión con el padre José, este volvió a llamar a María para notificarle que, tras mover algunos hilos, le habían dado fecha de boda para el 24 de octubre, justo en mitad del periodo que ella había sugerido. María le dio las gracias y le sonrió con su mejor cara, pero nada más terminar el encuentro cogió del brazo a Luisa, que la había acompañado a la cita, y le susurró:

—Vamos a decirle al cochero que nos lleve al santuario. Hay que rezarle a la Virgen con todas nuestras fuerzas para que me cambie el día, un jueves no me gusta.

—Pero, María, ¿tú crees que la Virgen va a atender esa tontería? —preguntó Luisa sorprendida—. Ya dijo el padre que había costado conseguir una fecha cuando tú querías…

—No es ninguna banalidad, Luisa, es la fecha de mi boda, un día único en la vida. Si creemos firmemente en la justicia de la petición y nos empeñamos en ella, seguro que la Virgen nos escucha. No lo dudes, pídelo con convicción y verás.

Desde ese momento, las hermanas fueron a diario al santuario a rezar. Por la noche, María, lo hacía de nuevo desde su cama.

Pasaba el tiempo y no había noticias. La madre insistía en la importancia de ir a la imprenta a encargar las invitaciones: ya se había anunciado en la prensa, los convidados eran gente de agenda apretada y convenía avisarlos con tiempo. El 15 de julio, cansada de tanta dilación, durante el desayuno, María Jacquet Delasalle se plantó ante su hija:

—Mañana vamos a la imprenta —dijo tajante—. Agosto es un mes prácticamente inhábil, no podemos esperar a septiembre para que los invitados sepan el día que te casas. ¿Acaso quieres hacerlo sola?

Antes de levantarse de la mesa, una doncella le acercó una nota a María. El padre José la mandaba llamar con urgencia. La novia, exultante, soltó una carcajada espontánea y fue a acicalarse. Se roció con más perfume del habitual. La ocasión lo merecía. Por ajustes varios en la agenda del santuario, se casaría el sábado 12 de octubre, día de la fiesta de España, justo uno después del de la patrona de la ciudad y del santuario: nuestra Señora de Begoña. Tanta solemnidad se le antojó una señal de prosperidad.

El Hotel d'Angleterre, no podía ser otro, fue el escogido para hospedar a los invitados que vendrían de distintos lugares de Francia, de San Sebastián, de Madrid, de Cataluña…; también en sus salones celebrarían el banquete. Así se lo escribió, presta, María a Henri-Paul Pellaprat, junto con una descripción detallada de las cocinas del hotel.

Después dedicó semanas, junto a su madre y hermana, a hacer las componendas de los comensales en las mesas.

A finales de agosto ya tenían compuesto el rompecabezas de las mesas, elaborado el menú y contratados todos los detalles de la gran celebración. María, por fin, pudo relajarse y volver a dedicar tiempo a la lectura, a su adorada Condesa Dash y sus enredos amorosos, tan intrigantes, tan modernos.

Poco le duró la distensión: el 9 de septiembre murió un primo de Ramón, oficial de Infantería en Logroño. Llevaba enfermo un tiempo, pero no se esperaba un desenlace fatal, era joven. El luto obligó a cambiar las dimensiones del convite, que ya no se serviría en el hotel sino en la casa familiar.

El 12 de octubre amaneció gris, como era de esperar. Tanto, que costaba distinguir dónde terminaba la piedra del santuario y empezaba el ambiente: no se sabía bien qué era iglesia y qué era nube, por lo homogéneo del color. El interior del templo era otra cosa, casi un vergel.

María entró puntual, del brazo de su padre, y la esperó Ramón en el altar, puntual también, junto a su madre y el cura, José Solís. Ningún contratiempo, ninguna improvisación. El coro, sublime; las lecturas, cercanas, sentidas, y los *sí quiero* de cada uno de los contrayentes, solemnes.

La comida, en casa de los Mestayer, también se ciñó al guion. El menú de Pellaprat, exquisito y ajustado, y los *petits pots*, como fin de fiesta, dejaron el cuerpo de los invitados con un toque de vainilla durante todo el tiempo que les duró en el recuerdo aquel enlace tan correcto, tan delicado, tan en su sitio.

Al día siguiente, por la mañana, los recién casados salieron por el ferrocarril de la costa para San Sebastián y, después, al extranjero. Así lo reflejaron las crónicas de la boda, publicadas en los más importantes periódicos de la zona: *El Nervión* y *El Noticiero Bilbaíno*. *La Gaceta del Norte*, estrenada en ese momento, les dedicó la portada. Eso es lo que iban leyendo los novios, en su vagón, camino de su luna de miel.

5

Sorbetes al champán

El viaje se había hecho largo, a pesar de que el nuevo matrimonio iba bien pertrechado de amor y lecturas varias; pero fue entrar en el vestíbulo del hotel Ritz de París y a María se le borró cualquier atisbo de cansancio del cuerpo. Esas columnas imponentes de mármol rosa y la estancia circular, incluida su alfombra persa, siempre le habían parecido que estaban allí para darle la bienvenida. Así lo sentía, era como llegar a casa.

La *suite* Imperial, regalo de boda de sus padres, daba a la plaza Vendôme. La atravesaba en ese momento un carro cargado con frutas. Mientras les deshacían el equipaje, María se sentó junto a su marido, acomodado en uno de los sofás de uno de los salones del hospedaje:

—Acabo de ver un carro que traía melones y otras frutas, muy buen género parecía, y he recordado una anécdota que cuenta mi admirado Alejandro Dumas en el libro que he venido releyendo en el tren.

Ramón, que andaba desentrañando los relieves de la pared de la habitación, volvió la mirada hacia su mujer.

—Era el *Diccionario gastronómico*, ¿es así?

—Así es. Cuenta que un día recibió una carta del Ayuntamiento de Cavaillon, sabes que es una zona donde hay mucha plantación de melones, en la que le pedían que les enviara dos o tres de sus novelas, las que él considerara mejores, porque querían fundar una biblioteca con los más insignes autores franceses. Dice Dumas que, claro, lo pusieron en un aprieto, pues no sabía elegir de entre los seiscientos libros que tenía escritos. Afirma que le hubiera pasado igual con sus hijos…, así que ¿sabes lo que hizo el muy ingenioso?

Ramón frenó el movimiento de sus dedos, dejó de peinar las rayas de terciopelo del sillón. Le había picado la curiosidad la anécdota

que contaba María.

—¿Cómo lo voy yo a saber si no leo libros de cocina?

—Pues para eso estoy yo, para contártelo. —María rio y prosiguió, ufana, su charla—. Les contestó que se negaba a elegir, que todos los libros le parecían buenos, pero que más que sus libros le gustaban los melones de la zona, así que les proponía remitirles la colección completa de sus obras si ellos se comprometían a pagárselos ¡con melones de los de color verde! A razón de doce al año de manera vitalicia. ¿Te lo puedes creer?

—Y los de Cavaillon contestaron que sí, imagino…

—Sí, sí, aprobaron la propuesta por aclamación. —Los dos rieron—. Y cuenta también Dumas que, cuando escribió las líneas, llevaban doce años de trato y que los melones habían sido siempre excelentes. Dijo que anhelaba que sus novelas gustaran tanto a los de Cavaillon como a él sus melones.

Así de divertidos los encontraron las doncellas cuando entraron a avisarlos de que ya estaban colocadas todas sus maletas y baúles.

Se refrescaron y cambiaron el atuendo, pidieron un refrigerio ligero que tomaron en la habitación y descansaron hasta la hora de arreglarse para la cena. María aprovechó para escribir a la familia sobre la llegada a la capital francesa y para terminar las notas de agradecimiento a los asistentes a su enlace.

Auguste Escoffier, conocido de la familia y actual jefe de cocina del hotel Carlton de Londres, estaba esos días en los fogones del Ritz de París, que también habían estado bajo su tutela y que no había dejado de supervisar. Fue un aliciente más para que el matrimonio Echagüe Mestayer decidiera no salir del hotel esa noche. La comida exquisita y la conversación inteligente de un caballero como monsieur Escoffier eran dos de los placeres que los recién casados compartían y valoraban por encima de la mayoría de las cosas.

—¿Estás lista, querida?

María salía en ese momento al encuentro de su marido. Estrenaba un vestido largo, con leve cola, de gasa, en color hueso y negro y encajes de tul bordado con motivos florales.

—Siempre consigue sorprenderme tu elegancia, María. Estás soberbia.

Complacida, la mujer agarró a Ramón del brazo y bajaron al comedor. Rebosante de satisfacción, notaba el halo de admiración que despertaban a su paso.

Nada más poner un pie en la sala, avisaron a Escoffier de su llegada y este salió a saludarlos. Los acompañó a su mesa, junto a las cristaleras del jardín interior, y les aconsejó sobre el menú.

—Si acaban de llegar de viaje yo comenzaría con un consomé Olga, es muy natural y reconfortante, para asentar el estómago…

—Perfecta elección —exclamó Ramón.

—De segundo a mí me gustaría algo también ligero, monsieur Auguste —apuntó María.

—¿Un salmón con salsa muselina y pepino, quizá? No es el pescado más suave, pero es pescado al fin… —María asintió con la cabeza—. Y para el señor me atrevería a sugerirle un plato de pularda asada con arroz, trufas y *foie gras*, al que he denominado pularda Derby.

—No se hable más, pues —aceptó Ramón—. El vino lo dejamos también a su elección.

—Oh là là…, si puedo escoger yo, les serviría una botella de Lacryma Christi que tenemos en exclusiva y es excelente, no sé si conocen este vino.

—No solo lo conocemos, lo hemos degustado en distintas ocasiones y lo apreciamos mucho —respondió María con una amplia sonrisa. Envalentonada, prosiguió su intervención—. Conozco más bebidas y he catado muchas más clases que la mayoría de las personas. Mi abuelo materno era banquero. En aquel entonces la banca era privada y venía a formar como una gran familia: los corresponsales eran verdaderos agentes comerciales que hacían intercambios entre ellos, proporcionándose unos a otros cuanto les interesara de sus países respectivos. Mi abuelo fue un refinadísimo gastrónomo y su despensa era una verdadera feria de muestras de todos los productos mundiales. Su bodega estaba igualmente numerada y catalogada. Allí había de todo, desde vino del Hermitage hasta el Lacryma Christi, que usted nos propone, desde el vino de Lesbos hasta el auténtico Tokay; por supuesto también tenía vinos de Rioja, Burdeos, Valdepeñas, Priorato y muchos más. Siempre

reservas de sus mejores años. Tenía coñacs centenarios, los auténticos ponches suecos, los *kirsch* de la Selva Negra, sin olvidar cuantas bebidas exóticas inventó la humanidad: aguardientes de arroz chinos, pulque, chicha, pisco, tequila americano y no sigo, monsieur Auguste, porque tendrá usted más cosas que hacer que escucharme… Aunque si alguna vez estuviera interesado, estaría encantada de contarle todo lo que mi abuelo tenía en aquella bodega, era un auténtico museo.

—Me encantaría escucharla, señora, claro que sí. No sé si alguna vez les he comentado que el éxito de mi cocina se debe al hecho de que mis mejores platos han sido creados para las mujeres, así que escucharlas siempre me parece un plan excepcional. —Escoffier miró a uno de los camareros que le hacía discretas señas—. Pero tendrá que ser en otro momento, ahora debo volver a la cocina.

Ramón y María disfrutaron de una cena a la altura de su luna de miel, grandiosa. Como preámbulo del postre, Escoffier regresó.

—¿Todo del gusto de los señores?

—Todo espléndido, amigo mío, como siempre. En su punto y en su justa medida —respondió Ramón—. Sorprendente el sorbete al champán.

—La muselina tenía un regusto que no me pareció el habitual. Estoy acostumbrada a probarla con un toque de nuez moscada, ¿es posible que usted haya cambiado esta especia por estragón? —se interesó María.

—Así es, madame…, me deja asombrado… ¿Qué le pareció con estragón?

—Todo un acierto, redondea la salsa y acentúa el salmón. ¡Deliciosa!

—Me alegro mucho, así me aseguro volver a verlos. —Todos rieron —. ¿Me permiten que sugiera los melocotones Melba de postre?

—¡Era justo lo que iba a pedir! —contestó María entusiasmada.

—¿Nos elegiría una botella de champán y gustaría de brindar con nosotros? —lo invitó Ramón.

—Será un honor brindar por este periplo vital que ahora comienzan. —Escoffier se quedó pensativo—. Por cierto, ¿pasarán toda la luna de miel en París?

—¡Oh, no! Partimos el jueves, en el Orient Express, hacia Constantinopla —explicó María—. Pararemos unos días también en Viena y en Budapest.

—Oh là là, ¡qué viaje más inspirador! —se sorprendió el cocinero—. ¿Tendrá la bondad de escribirme, María, acerca de las exquisiteces y los ingredientes exóticos que vaya probando?

—¡Por supuesto! Será un honor.

6

Trufas de castaña y chocolate

Una hora antes de que partiera el tren, el matrimonio Echagüe Mestayer y sus dos baúles, de la novedosa lona Trianon de Louis Vuitton, dos maletas y su bolso de cabina estaban en la Estación del Este, a la espera de subir a ese ferrocarril sin fronteras convertido en mito ya desde su inauguración.

María quería viajar en el Orient Express desde que era muy niña; cuando su padre leyó en voz alta la crónica de Edmond About, enviado especial de *Le Figaro*, en el viaje de estreno, el 4 de octubre de 1883. Ansiaba vivir las maravillas que el periodista narraba, y ahora que, por fin, había llegado el momento, no cabía en sí… de nervios, de emoción, de impaciencia.

Una vez en el interior de la leyenda confirmaron que About no había exagerado con ningún adjetivo: aquello era un sueño. Las paredes estaban revestidas de maderas nobles, teca, nogal y caoba; la tapicería, en piel repujada en oro; los aseos eran de mármol… Había calefacción central, agua caliente y luz de gas. Y cuando el tren se puso en movimiento y el traqueteo era casi imperceptible, gracias a las mullidas alfombras, el matrimonio, en un alarde de entusiasmo, pidió una botella de champán para brindar por lo que sería un viaje inolvidable.

Llegaron al vagón-restaurante con el cuerpo inundado de alegría y, aunque pudiera parecerles imposible, aún fue en aumento. Comer a ochenta kilómetros por hora era fascinante, sobre todo, hacerlo con cubertería de plata, manteles de hilo y unas copas que encandilaban con su brillo, igual que los botones del uniforme de todo el personal, también el de los camareros.

Al finalizar el día, volvieron a su compartimento y encontraron las camas bajadas, abiertas y una trufa, diminuta y perfecta, de castaña y chocolate sobre cada una de las almohadas. El bombón se les fue

derritiendo en la boca y fue la excusa perfecta para no tener que abrirla; se habían quedado sin palabras. Cuando se acostaron y comprobaron que las sábanas eran de seda, ambos estuvieron de acuerdo en que aquel tren rivalizaba en comodidad con el apartamento más lujoso de París.

Budapest y su arquitectura imponente, sus grandes avenidas, el río Danubio, que amarraba las dos partes de la ciudad por el puente de las cadenas, y ese color de la paprika fueron la mejor introducción para un viaje de novios de ensueño.

Prácticamente a diario, bien antes de ir a dormir o en cualquier hueco que acomodara, María escribía en un cuadernito. No fue hasta el trayecto hacia la mítica estación de Sirkeci, en el estrecho del Bósforo, cuando Ramón se atrevió a preguntar por el contenido de aquella libreta.

—Me gustaría que me leyeras algo de lo que tanto escribes en ese diario, María —comentó Ramón, dejando a un lado el ejemplar de *Le Figaro*, cortesía del Orient Express, que se encontraba en su compartimento—. Siento suma curiosidad. —Enseguida matizó su atrevimiento—. Si se puede saber, por supuesto.

—No es ningún secreto. Te leo lo que acabo de escribir: «Lo que caracteriza la moderna cocina húngara, aparte de ciertas costumbres que le son particulares, tales como servir los platos de pasta como macarrones, nouilles, etc., al final de la comida, es el empleo abundante de cebolla, manteca de cerdo, paprika y nata cruda agria (conocida por smitana), que cada vez se tiende más, sobre todo en las buenas mesas, a sustituir por nata fresca. Aunque estos ingredientes se emplean en casi todas las cocinas, no en la proporción que en la húngara». ¿Quieres que siga? Ahora cuento un poco de la paprika, digo que es el condimento que caracteriza sus guisos y que no es para tacharla de diabólica, como hacen muchos, pues en realidad es más suave que la pimienta negra y algunas hasta contienen azúcar.

—Mmm… —Ramón se quedó pensativo—. No sé por qué nunca te había preguntado, daba por hecho que lo que redactabas era un diario íntimo… ¿Para qué escribes esas notas?

—Pues…, no lo sé…, supongo que para nada, para tenerlas. A lo

mejor algún día sirven para algún fin mayor que el de refrescarme la memoria. También escribo recetas que me sorprenden, lugares a los que me gustaría volver, anécdotas históricas, leyendas o dichos de allá a donde viajo. Me da la impresión de que es una manera de ordenar lo que tengo en la cabeza. —María guardó silencio unos segundos—. Ahora, por ejemplo, empleo estas notas para la correspondencia con Auguste Escoffier, para no olvidar nada de lo que vamos degustando.

La vida callejera de Constantinopla, el bullicio de los bazares y sus aromas exóticos y entremezclados, los colores penetrantes, los arcos de dovelas de tonos alternos y las bóvedas al sol no dejaron indiferentes a los recién casados. María, tras presenciar un espectáculo de derviches, apenas logró salir del trance al que la arrastraron los bailarines giradores, escribió a su casa.

Constantinopla, miércoles 30 de octubre de 1901

Queridos padres y Luisa:

La vitalidad de Constantinopla nos ha embaucado. Esta ciudad, mitad Asia, mitad Europa, es un auténtico desafío para los sentidos, un tesoro. Hemos visitado muchas cosas: el palacio Topkapi; la maravillosa mezquita bizantina de Santa Sofía y su cúpula gigantesca, la Mezquita Azul, con miles de mosaicos de distintos tonos de añil, el hipódromo y su obelisco egipcio… Todo merece una visita, pero si hay algo que, en mayor medida, nos ha llamado la atención es la vida en la calle: decenas de personas van de un lado para otro, los hombres con un característico sombrero rojo, pasean en carruaje o a pie, o venden en las aceras cualquier objeto, por inverosímil que parezca. Toldos y más toldos dan sombra y cobijo a cafés y a puestos de comida, muchos de especias, o de baratijas.

Esta mañana estuvimos en el Bazar de las Especias. Disfruté mucho del regateo en lo que parecía un escenario de *Las mil y una noches*. Compré tantas especias que tuve que hacerme también con un baúl para poder transportarlas.

Nos cuesta mucho acostumbrarnos al café, así que hemos decidido solo tomar té, aunque también es muy fuerte, más que el de

Marruecos. El café parece que tuviera tierra, de hecho, Ramón fue a quejarse a nuestro guía, un empleado del hotel, la primera vez que lo tomamos, y resulta que nos explicó que no es eso, sino que no lo cuelan y está lleno de posos.

Dentro de unos días salimos ya para nuestra adorada Viena; no veo la hora de asistir a la Ópera. Gustav Mahler me despierta mucha curiosidad, a ver cómo se le da dirigir a Wagner.

Comeré un pedazo de tarta Sacher por vosotros.

Vuestra hija y hermana que os quiere,

MARÍA

Viena era siempre una apuesta segura y no los defraudó. Un aposento digno de los Habsburgo, el Hotel Bristol brillaba tanto por su comodidad como por su abolengo, a escasos metros del Teatro de la Ópera de la Corte Imperial y Real de Viena; los paseos y las meriendas en la confitería Demel hicieron que los días se les pasaran en un suspiro.

De nuevo instalados en el elegante coche comedor del tren, con sus mamparas de cristal brocado, los manteles de hilo del más fino y, sobre todo, esa madera envolvente, tan cálida y noble, María escribió, tal como había prometido, a Escoffier.

Estimado Escoffier:

Te detallo, por ciudades, las notas gastronómicas que fui recopilando en este viaje de ensueño, tal como me solicitaste.

Budapest

Tienen una repostería exquisita, no en vano es la húngara la mejor harina de trigo del mundo. Seguro que sabes que muchos reposteros franceses la piden expresamente. Nos sorprendió la cantidad de referencias francesas que ofrecen en sus restaurantes, probamos un foie que nada tenía que envidiar al mejor de Alsacia. Preguntamos a un reputado cocinero por la cuestión y nos contó que su cocina ha estado muy influida por la del país galo, pues era la que imperaba en la corte de Viena en los siglos pasados. Los aristócratas y los

grandes cocineros que les servían refinaron sus recetas gracias a su influjo, las fueron adaptando al gusto de Occidente y en la actualidad tienen señas de identidad propias, como la paprika, pero cada vez están más diluidas.

Probamos el famoso *gulyás*, pero el verdadero, no el saboteado por los cocineros extranjeros, de carne, cebolla, paprika, patatas en dados y pasta, y otro llamado *tokany*, también con carne, setas y guisantes, picante, pero sin paprika. No me sedujeron, algo insípidos y la pasta dura, al parecer en estas tierras la cuecen menos que nosotros.

Constantinopla

Aquí se hace gran consumo de arroz y cordero. Lo preparan en *kujan* (asado de cordero), *enpiag* (con arroz), cortado en pedacitos y ensartados en junquillos (los «pinchitos» de los moros), guisado con hortalizas variadas, como calabacines cortados en dados; hecho picadillo bien especiado, agregándole, a veces, arroz. Envuelta esta *farsa* o picadillo en hojas de viña, higuera o repollo, y cocidos en caldo o bien en empanadillas. A estos rellenos los llaman *dolmas*.

Tienen también el *tank* (pollo cocido), el Imam Baildi, el *tarabo*, compuesto de carne picada, arroz, cebolla y espinacas (en forma de albóndigas envueltas cada una en dos hojas de espinacas). En cuanto a las berenjenas y calabacines los rellenan normalmente con ternera, cerdo y jamón. Entre los platos típicos está la cebolla rellena de carne de caballo —esto no nos atrevimos a degustarlo—, los mejillones fritos, los mejillones rellenos en su media valva con un picadillo de cebolla, arroz y uvas pasas sultanas y los *beureks,* hechos con pasta de hojaldre rellenos con quesos turcos o con *farsa* o picadillo.

Utilizan muy bien el hojaldre. Lo probamos en entrantes, hojaldres rellenos con quesos del país, Cachu y Müitia, y dulces, hojaldre muy fino con pistachos y miel por dentro, a los que llaman baklava. Deliciosos.

Los sabores de Constantinopla nos parecieron exóticos e intensos, no se los podía definir como delicados, tampoco la presentación de los platos, pero sí como verdaderamente aromáticos, suculentos y apetitosos.

Viena

Típicamente vienés no veo más que los escalopes (filetes de ternera) envueltos en huevo batido y pan rallado, y fritos con mantequilla (los famosos «Escalopes a la Vienesa» de los restaurantes), así como mucha charcutería y

abundantes féculas. Eso sí: rindamos pleitesía al exquisito pan vienés. En cuanto a su repostería —más propiamente su bollería—, supera a todas las demás.

Aunque no sea estrictamente culinario, como compete a la vida, opino que también a la cocina, me gustaría contarte que estuvimos en la representación de *Tannhäuser*, la ópera de Wagner, dirigida por Gustav Mahler. De este espectáculo total, donde por primera vez pude observar que ningún factor desmerecía a los demás —música, decorados, cantantes, vestuario…—, pude volver a deducir algo que siempre he defendido: la dirección obstinada y las ideas definidas, sin demasiadas concesiones, dan frutos cercanos a la perfección. Esté una o no de acuerdo. Si no has disfrutado de Mahler, espero que puedas hacerlo pronto, es sorprendente desde el primer instante, en el que atenúa las luces para que se pueda disfrutar sin distracciones de su obra.

A la llegada a la recepción del Ritz preguntaron por Escoffier, para entregarle las notas del tren, pero los informaron de que no estaba en la ciudad, sino en Londres:

—Si nos quiere dejar la carta, se la entregaremos tan pronto nos visite, no suele tardar más de un mes en volver —le explicó el jefe de recepcionistas.

—Es un hombre tan ocupado…

—Desde luego, y más ahora que está escribiendo una guía culinaria.

—¡Ah, no sabía! ¡Qué buena noticia! Solo conocía su tratado sobre el trabajo de las flores de cera —contestó María—. No sé cómo le da el tiempo para todo.

—Le da el tiempo para aún más cosas, madame, es un hombre preocupado por la filantropía y ayuda a causas humanitarias. Desarrolla un programa de ayuda social para los hambrientos y, en especial, para los cocineros jubilados que son pobres, enfermos o adictos al alcohol.

—Tampoco conocía esa faceta de Auguste…, ¡es toda una caja de sorpresas! Estaré atenta a ese libro, me encantará leerlo.

Solo pasaron una noche en la Ciudad de la Luz, al día siguiente partieron de vuelta a casa, a dar comienzo al resto de sus vidas, que empezarían en el tercer piso de la calle Ibáñez A, de Bilbao.

7

Changurro o centolla a la Donostiarra

Leonor no dormía en los cuartos de las doncellas, en el piso superior de la casa. Solo lo hizo los primeros años al servicio de la madre de María, después se casó con un muchacho de su pueblo, minero en Miribilla, su novio de siempre, y juntos compartían cuarto en casa de un hermano de él, en Zabala. Su cuñado había enviudado en el parto de su tercera hija y cualquier ayuda era siempre escasa.

A una Leonor exhausta de la tarea en casa de los Mestayer le había tocado criar a esas tres sobrinas, la menor desde su primer día. Precipitó su boda y se encargó de sacarlas adelante haciendo malabares, con tanto esfuerzo que, aunque tuvo que penar dos pérdidas a las escasas semanas de gestación, se le quitaron las ganas de traer su propia descendencia.

La mayor, Trini, empezó a los trece a servir en casa de unos Echevarrieta. Para ese entonces ya tenía los nudillos endurecidos de fregar suelos y la responsabilidad asentada de cuidar a sus hermanas. Se podría afirmar que hasta le resultaron un alivio las tareas en casa ajena, al menos tenía una cama para ella sola y comía tres veces al día. También lo fue para Leonor y los demás adultos. Restar una boca, aunque fuera pequeña, no era poca cosa. La peor parte la llevó Remedios, que, con ocho años, relevó a su hermana en las tareas domésticas familiares, el cuidado de Milagros, la menor, de seis, entre otras. Ella era menos hacendosa, mucho más bonita, aunque las magulladuras pronto le borraron la frescura en la belleza, y soñadora. Prefería mirar por la ventana: las nubes, tan pronto un carro con el que viajar a cualquier otro lugar como un ángel que le susurraba secretos desde el cielo, le parecían infinitamente más interesantes que guisar garbanzos y patatas.

Si Leonor, por lo que fuera, era la primera en llegar a casa al anochecer, la sangre no llegaba al río. Enmendaba deprisa lo que

faltara en la cocina, le añadía cualquier cosa que hubiera logrado rapiñar de la cocina de los Mestayer, y los hombres podían sentarse a la mesa tan pronto volvieran de la faena, de la mina uno y del ferrocarril el otro. Apenas se lavaban las manos y ya abrían la boca, famélicos. Era su única comida caliente del día. Pero cuando la mujer se retrasaba porque los señores daban una cena o requerían su presencia por cualquier asunto, y era el padre el primero que abría la puerta, la historia se truncaba al negro.

—¡Reme!, ¡Reme!, ¡chiquilla del diablo! ¿Dónde está la comida? ¡Aquí no huele a puchero!

La comida nunca estaba. Siempre había algo mejor que hacer.

—Si no fuera porque necesitamos quitarnos bocas de encima mandaba a llamar a tu hermana mañana mismo. ¡Tú no sirves para nada! ¿Me oyes, insolente? ¡Para nada!

Ese era el preámbulo de la paliza. Se quitaba el hambre golpeando a la niña, que aun con el labio o un brazo partido, los ojos morados y el estómago tullido, de un golpe sobre otro, día tras día, no se doblegaba. Escondía a su hermana bajo la cama, no fuera que también la alcanzara, y daba la cara.

El marido de Leonor cogía algo de pan y se encerraba en su habitación a esperar a su mujer, que al llegar curaba a Remedios y trataba de procurarle consuelo y adelantar la comida de la noche siguiente.

Remedios no aprendía con los palos. Había depurado una técnica para pensar en sus anhelos mientras los recibía, y así los iba tolerando.

Cuando llegaba un día sin lluvia intensa, recogía las habitaciones por encima, lavaba la cara y peinaba tanto a su hermana como a ella misma, y las dos salían a la calle, a ver el mundo que se les limitaba a un cuadrado exiguo de cielo desde la casa, pues todas las ventanas daban al patio del carbón.

Así un día y otro, hasta que conoció a Ismael. Ella ya tenía diez y el chico catorce. Su padre era el dueño de un puesto en el mercado, por lo que la amistad, además de una sensación nueva en todo el cuerpo, más placentera incluso que cuando pudo probar el flan y aplastar aquella masa dulce contra el paladar, le reportó algún que

otro puerro, a veces un ajo, para añadir a la cena, o manzanas, que se convirtieron en la única merienda que las niñas habían conocido hasta entonces.

Ismael era alto para su edad, tenía los ojos grandes y la piel y las manos curtidas del trabajo en la tierra. La trataba con respeto y le decía que tenía la tez tan fina como una marquesa. Remedios se prendó de su mirada amable y le empezó a brindar las historias que se inventaba y que, hasta ese momento, tenían como única receptora a su hermana. A partir de entonces, a diario, tras recoger la casa entre las dos, ya no quiso ver más mundo que el mercado. Si llovía mucho y Mila no quería salir o estaba aburrida de tanto puesto de verdura, Reme saltaba a la calle igualmente, nunca faltó a su cita con Ismael. El padre, que sabía que esa chiquilla flaca era el único entretenimiento vital de su hijo, lo dejaba alejarse a ratos de su obligación.

Reme nunca pensó que aquella amistad tuviera nada de malo hasta una noche en la que se fue temprano a la cama, que compartía con Milagros, sin cenar. La tunda a ella también le quitaba el hambre. Se despertó de madrugada sobresaltada, un ungüento viscoso le salía de entre las piernas. Tenía un olor profundo y extraño. La oscuridad no le permitía ver el color. No encendió lumbre para no despertar al padre. Estuvo rezando hasta la claridad del amanecer y cuando vio el rojo intenso del líquido espeso que le salía del cuerpo no pudo reprimir un hipido, segura de que aquello era una maldición por la felicidad que andaba sintiendo. Milagros se despertó por los suspiros de su hermana y ella sí que gritó al ver el charco de sangre en el que estaba Remedios. Por fortuna, su padre y su tío ya estaban fuera de casa. Leonor se disponía a salir cuando escuchó a la niña:

—¿Qué ocurre, Mila?

—¡Es Reme! ¡Se está muriendo por las piernas!

—¡Cállate, tonta! —le recriminó su hermana.

—¿Qué dices, niña? —preguntó Leonor asomándose al cuarto. Vio la mancha de sangre en la sábana y se llevó la mano a la boca—. ¡Madre mía! Ya eres mujer, pues…

Las niñas no salían de su susto. Leonor, diligente para no retrasar

su entrada al trabajo, les explicó cómo debían limpiar la sangre y cómo colocarse unos paños que empaparan su menstruación. Les dijo que por la noche hablarían del tema y se fue.

Milagros se encargó de la limpieza de la casa y de la cama, así como de la preparación de la cena, no quiso que su hermana se levantara por si se agravaba la enfermedad de ser mujer. Fue ella al mercado a avisar a Ismael de la ausencia, como si no se fuera a dar cuenta, y, a escondidas, recibió dos tomates de buen tamaño que les hicieron de almuerzo y una col que echaron al guiso de la noche.

Cuando llegaron los hombres a la mesa, el caldo espeso estaba servido. Así fue, desde entonces. Milagros, ya con ocho, mucho más aplicada en las labores domésticas, recibió el testigo de su hermana, y Reme pudo empezar a curar sus heridas, que pronto quedaron solo en cicatrices.

Leonor le explicó que eso de la sangre no era una maldición solo de ella, también del resto de mujeres, del ganado y de las perras. Por si fuera poco, era reiterativa, venía todos los meses. Y, aunque la exposición fue áspera y amarga, a Remedios le pareció todo un bálsamo. Ella tendría tres paños propios para ir cambiando. Tenía que lavarlos cada vez que los usara.

Remedios empezó a sentirse mujer, como decía Leonor que era, por lo que empezó a portarse como tal. De camino al mercado iba moviendo las caderas y, justo antes de entrar, se pellizcaba las mejillas y se atusaba el pelo, ante la mirada entre atónita y divertida de Milagros. Sus historias también cambiaron de registro, ya no hablaban de niñas conquistadoras ni de animales en el bosque, ahora versaban sobre amores, no siempre malogrados.

Poco a poco, Milagros fue dejando las excursiones. Si quería tenerlo todo listo no podía permitirse esos lujos. La costura, especialmente, se le resistía y le requería mucho tiempo el zurcido de cualquier calcetín. De manera opuesta, las salidas de Remedios eran cada vez más largas. Fue esa una época de paz hogareña, con Milagros al frente de la casa, aunque en la clandestinidad; se acabaron las quejas y los golpes.

—Leonor, ya va siendo hora de buscarle una casa en la que servir a la niña —comentó una noche su padre—. Parece que por fin hace las

cosas al derecho y podrá ganarse el pan. Milagros seguro que ya se apaña sola.

—La veo un poco pequeña…

—Pero si va ya camino de trece; su madre a esa edad ya era de mucho provecho.

—Preguntaré a ver.

Remedios no quería ni oír hablar de internarse en una casa. Su vida era el mercado. Sus historias empezaron a tratar sobre amantes en fuga. Se lo propuso a Ismael, también mustio por la posible marcha de su alegría, y, entre los dos, se pusieron a idear un plan. De eso hablaban, escondidos tras los matorrales cercanos a la plaza de abastos, mientras iban descubriendo los recovecos de sus cuerpos.

Leonor, por medio de su señora, tardó unas semanas en conseguir una casa de bien, en Neguri. La presentó un domingo de los que libraba. La restregó bien detrás de las orejas, los dientes y las uñas con un cepillo duro, hasta que quedó toda brillante, excepto la mirada. En el momento en el que Remedios, con su piel nívea y su trenza trigueña, salió de la casa a Milagros le pareció que se había ido la luz.

La vivienda que acogería al nuevo matrimonio era de cuatro plantas, moderna, con fachada de molduras discretas y balcones acristalados, que le daban cierta solera, la justa. Se llegaba al edificio a través de un jardín enrejado.

A María no le costó hacerla a su mano; su madre le había cedido a una sirvienta de las antiguas, Leonor, que hizo las veces de gobernanta con el resto, además de consejera en cuestiones domésticas de lo más variopintas, y eso fue de una ayuda incalculable.

A las pocas semanas de volver del viaje, las molestias matutinas de María se hacían cada vez más acuciantes. Leonor se decidió a hablar con ella una mañana en la que entró en la cocina mientras ella preparaba *baharat*, la mezcla de especias que María había traído de Turquía y que utilizarían para adobar cordero, según una receta

importada de la luna de miel. El aspecto de la paletilla del animal sobre el poyo, unido a la intensidad del aroma mezclado, clavo, canela, cardamomo y menta, hicieron que María perdiera el color del rostro y tuviera que correr al baño.

La sirvienta la esperó con una manzanilla y, lo más suavemente que su acento tosco le permitió, le dijo:

—Señora, ¿no se le ha pasado a usted por la cabeza que podría estar encinta?

María tardó en responder, pensaba que era malestar de estómago, sin más.

—¿Cree usted?

—Bueno…, yo lo veo claro.

—¿Cuando una espera un bebé siente como si viajara en barco en marejada?

—Yo no he subido nunca a uno, pero creo que sí, que eso mismo es lo que siente, pero solo al principio. Si duran mucho los mareos es que será niña, si se le quitan pronto tendrá usted un varón. Aunque muy descompuesta la veo yo a usted como para que sea nene… —Leonor frunció el ceño. Enseguida rectificó—. ¡Enhorabuena, señora! Dentro de poco entrará la alegría en esta casa, que muy bien nos vendrá a todos.

—Un bebé… —repitió María pensativa.

Ramón llegó a casa antes de la hora de comer; el olor exótico lo hizo bromear desde la puerta.

—Cualquiera diría que seguimos de luna de miel… —Se acercó a María, que estaba leyendo en la sala—. Vengo a dejar el maletín. He quedado en la Sociedad para tomar un vermú, es posible que también coma allí.

—¿Hoy también? Me gustaría decirte algo…

—A lo mejor hacen changurro donostiarra, están pensando el menú de Navidad, y si es así, me quedo, sabes que me encanta. Si no, vengo…, ahora ando con prisas, luego me cuentas. —Le dio un beso en la frente a su mujer, entró en su despacho a dejar los documentos que traía y se marchó.

María comió sin ganas, algo frugal, y, nada más terminar, le pidió al cochero que la acercara a casa de su madre.

Sus padres y Luisa justo acababan su almuerzo. Pasaban a la sala a tomar café y la invitaron.

—No, gracias, no tengo el cuerpo muy católico —se excusó María.

Tan pronto su padre se fue a su despacho a leer el periódico, a María se le saltaron las lágrimas.

—Hija, ¿qué ocurre?

—Creo que estoy esperando un bebé… —Luisa se levantó como un resorte y abrazó a su hermana por detrás, también se le aguaron los ojos.

—Tía…, ¡qué bien suena!

—¿Tienes alguna falta?

—Dos…, pensé que era por el viaje, pero me paso las mañanas mareada y con un vacío en el estómago, todo me molesta, a veces vomito…; dice Leonor que no hay duda.

—No, no hay duda —sentenció su madre con una sonrisa condescendiente—. Es una noticia maravillosa, Marichu, para toda la familia. ¿Qué ha dicho Ramón?

—No lo sabe, hoy de nuevo comió en la Sociedad Bilbaína, le estoy empezando a coger ojeriza a ese cocinero Caveriviere.

—Bueno, hija, ya vendrá esta noche a casa y le podrás decir… Avisa ahora a tu padre, que se alegrará de ser abuelo.

Cuando María llegó, de vuelta, a su casa, Ramón ya hacía un rato que estaba en su despacho. Entró. Él levantó la mirada.

—Alejandro preparó unas centollas espectaculares y no pude resistirme, María, ya sabes que es superior a mí… —Ramón agachó algo el rostro y entornó los ojos unos segundos, buscando su piedad. Enseguida retomó la cháchara—. ¿Tus padres bien? —y antes de que María pudiera contestar se acordó de la conversación de la mañana—, y… ¿qué era eso de lo que querías hablar?

—Pues que serás padre.

Ramón se quedó con la boca y los ojos bien abiertos. Sin hablar y, seguramente, sin ver.

—Sí, sí, lo que oyes.

—Pero, mujer, cómo lo cuentas así, cómo no me lo dijiste antes…

—¿De verdad quieres que te conteste a esa pregunta? ¿O mejor se la hacemos al changurro?

—¡María, por Dios! Ven aquí, que estoy muy feliz. —Ramón se acercó a su mujer y le cogió las manos—. Si es un chico le pondremos Onur, en honor a nuestro guía turco, ja, ja, ja…

—Mira que eres tonto…

Al día siguiente Ramón comió en casa, pero ni uno más de esa semana.

—Leonor, ¿usted o la cocinera sabrían preparar changurro?

—No muy bien, señora, alguna vez lo vi, pero es un animal caprichoso y caro, no me gustaría estropearlo…, tampoco lo pondría en manos de la chica…, es aún inexperta.

—Yo no sabré ni freír un huevo ni organizar las comidas diarias de una casa, pero voy a aprender. Ya verá que terminaremos guisando la mejor centolla de todas las vascongadas. Que se vaya preparando ese Alejandro Caveriviere…, ¡no sabe con quién ha topado!

Desde luego, el cocinero de la Sociedad Bilbaína no se podía ni imaginar el tamaño de la competidora que le había salido.

8

Bizcocho Elena

Un domingo, bien de mañana, de los que Leonor no libraba apareció en la casa de los Mestayer la gobernanta de la familia de Neguri con Remedios cogida del brazo.

—¡Hay que tener poca vergüenza para tratar de colarnos a esta fulana! ¡Y encima por medio de su señora! —le dijo a Leonor tan pronto la tuvo delante, sin mediar saludo—. Ahí se la dejo, que Dios se apiade de ella, pero fuera de mi vista. —Soltó a Remedios con desprecio, se dio media vuelta y se fue.

Leonor llevó a la chica al cuarto de las doncellas y pidió a las demás que las dejaran solas.

—¿Qué pasa, Reme? ¿Qué dice esa mujer? ¡A mí nadie me llama sinvergüenza y se queda tan fresca! —La niña miraba al suelo y mantenía los labios apretados—. ¿Qué has hecho? Tengo que saberlo para ver cómo se arregla este entuerto y esa vieja se come sus palabras…

Remedios no abrió la boca. Leonor, contrariada, la dejó en el cuarto, sin comer, y fue a hacer sus faenas. Volvió a buscarla cuando caía la noche. La encontró sentada donde la había dejado. Le llevó un trozo de empanada de la cocina y la chica lo devoró.

—Dime, Reme. Si vuelves conmigo a casa, tu padre te va a matar a palos. Lo tengo hablado con las muchachas y esta noche te puedes quedar con ellas en los cuartos de arriba, pero tienes que decirme algo.

—La bruja dice que estoy preñada —dijo sin levantar la vista.

—¿¡Cómo vas a estar tú preñada!? ¿¡Qué has hecho, pues!? —Leonor le dio un bofetón que la tiró de la silla—. Pero ¿¡qué has hecho!? —Remedios no respondió—. Serás ramera e inconsciente…, sobre todo inconsciente…, y qué hacemos ahora, ¿eh? Dime, ¿qué hacemos? —Leonor iba haciendo pausas como para coger fuerzas,

como para pensar, como para encajar la desazón—, ¿se lo decimos a tu padre para que te arranque el bastardo a patadas?

Leonor se sentó en otra silla y estuvo unos segundos con la cara entre las manos. Después se levantó, se dirigió a la cocina, cogió un buen ramillete de perejil y fue a buscar a Remedios. En una mano las hierbas y en la otra la oreja de su sobrina, así subió a los cuartos de las doncellas.

—Idoia, por favor, hierve el perejil en agua abundante y que esta insensata se pase la noche bebiendo. Ahora no puedo pensar, mañana veremos qué hacer.

Toda la semana pasó Remedios alimentada a infusión de perejil y poco más. La pusieron a limpiar los cuartos de las doncellas, a cargar lo que fuera más pesado, a que hiciera todos los movimientos bruscos que se les ocurrieron, pero el bebé estaba bien agarrado a su entraña.

—Leonor, yo conozco a quien quita a los niños de adentro —le dijo una de las doncellas—. Hay que pagar y hacerlo en secreto.

—¿Y eso cómo es?

—No sé bien, yo acompañé a una prima mía. Después hay que estar dos o tres días acostada, una no sirve *pa na*, se sangra, pero ya está bien.

—¡Bendito sea Dios! —Leonor se santiguó. Resignada, añadió—: Supongo que es lo único que nos queda…

Leonor cogió sus ahorros exiguos, aquellos de propinas, que ni su marido conocía, que guardaba por si alguna vez se le antojaba un dulce o Dios sabe qué, tener con qué pagarlo sin dar cuentas a nadie, y a Remedios, bien fuerte, de la mano. El siguiente domingo que libró, en silencio, casi en procesión, fueron a la dirección que le había dado la doncella. En su casa dijo que trabajaba.

El piso de la abortera estaba cerca de las minas, olía a metal. Se entraba directamente a un cuartucho con varias sillas donde Leonor tuvo que esperar, una vez entregado el dinero. Tenía un ventanuco desde el que se veía el cielo, del mismo color que las paredes, gris sucio. A Leonor le pareció que su alma también tenía ese tono, todo era una penumbra sin solución de continuidad, una masa densa y deforme y fría que empezó a rasgarse con los alaridos afilados de su

sobrina, siempre tan dura, en la habitación de al lado.

No duró mucho el calvario, aunque Leonor hubiera jurado lo contrario. Después, silencio. Al rato se abrió la puerta y salió la abortera con un delantal todo cubierto de sangre. Leonor soltó un grito.

—Tranquila, señora. Es normal. Ahora tiene que descansar.

—¿Me la puedo llevar?

—Perdió el conocimiento, a veces pasa. Espere un rato. ¿Va muy lejos? Mejor que no camine. Tendrá que estar unos días acostada.

Antes de salir de la casa, Leonor pidió ver a Remedios. Se asomó a la habitación y ahí estaba, tirada en un colchón en el suelo. Su cara, pálida e inerte, contrastaba con el rojo, tan vital, impregnado en la sábana raída que la cubría. Cerró los ojos.

El aire del exterior se le clavó en la cara y le volvieron a resonar por todo el cuerpo los gritos de su sobrina. Caminó hasta su casa y agotó por el camino todas las lágrimas que era capaz de producir. Su marido le abrió la puerta y Leonor le explicó, de la manera más sosegada que pudo, el espectáculo dantesco del que había sido testigo. Le pidió ayuda para traer a Remedios.

Consiguieron un carro prestado. Les vino muy bien para transportar el cadáver de la niña, que había terminado de desangrarse.

El silencio se instaló en la casa, hasta las conversaciones eran mudas.

Pasaron muchos meses hasta que las palabras se atrevieron a resurgir, las fue trayendo Trini, en el domingo que libraba al mes.

La primera vez fue gracias a un bizcocho de mantequilla. Había sido el cumpleaños de Elena Echevarrieta, hija de los señores, y la cocinera había preparado un dulce que había bautizado con el nombre de la niña. Era sencillo, la chica no era amiga de frutos secos ni cremas, esponjoso y con un intenso sabor a huevo y a mantequilla. La familia, sobre todo Elena, quedó tan contenta con el resultado que la señora mandó a la cocinera a hacer un bizcocho para cada una de las doncellas que libraban y otro para las que se

quedaban de guardia, por un lado para que practicara la receta y, por otro, para que todas pudieran celebrar, allá donde estuvieran, la efeméride de la menor de la casta.

Habituados ya al amargor de la vida, aquel bizcocho, con su aspecto dorado y turgente y su aroma a azúcar tostada, les resultó, a Leonor y su familia, casi un insulto. No estaba la situación como para andar despreciando comida, así que, tras el potaje, se lo llevaron a la boca. Degustaron callados, tratando de no disfrutar más de lo que el luto les permitía, pero ese lujo sabroso les reventó en las papilas y no pudieron mantener el mutismo.

—Hay que reconocer que los ricos saben comer —dijo a media voz el padre.

—Doy fe que saben —respondió Leonor.

—A Reme le hubiera encantado —zanjó Milagros.

Y el silencio se instaló de nuevo hasta el siguiente domingo en el que volvió Trini, ya sin bizcocho, pero con novedades excéntricas de sus señores y algún chisme de sus compañeras. Hilos de los que, al menos Leonor y Milagros, iban tirando en la semana, tímidamente, pero tirando al fin. Poco a poco dejaron de ser las moscas las únicas a las que se oía.

María se puso manos a la obra. Lo primero fue repasar todas las recetas recopiladas durante años de distintas revistas españolas y francesas, *La Cuisine Française et Étrangère* de Pierre Lacam, *La Ilustración Española y Americana*, *Nuevo Mundo* o la extinta *El Universo Ilustrado*, de la que su madre guardaba varios números y se los prestó. Fue un trabajo arduo y, sobre todo, lento, porque en muchas ocasiones lo que había guardado eran los ejemplares completos y, antes de llegar al tema en cuestión, como buena lectora empedernida, se entretenía con escritos de Dante Alighieri, Lope de Vega, Cervantes, Quevedo u otros autores más modernos, como Emilia Pardo Bazán, a la que adoraba, y Víctor Hugo. Revisó todos los almanaques de Bailly-Bailliere, que coleccionaba desde que comenzaron a editarse, en 1897. Ojeó sus notas y el libro de Dumas, tantas veces leído, por si se le hubiera escapado algo, pero encontró

lo que ya sabía: muchos platos cuya descripción para la elaboración era escasa.

María estaba perpleja ante la cantidad de galicismos y barbarismos que encontraba en las recetas, supuestamente, españolas. Hasta ahora, leídas de tanto en tanto, no se había percatado. La literatura francesa la ayudó mucho a desentrañarlas. Este trabajo de traducción se sumó al de la búsqueda y, no contenta con el resultado, le escribió a su amigo Escoffier para interesarse por cómo iba su libro de cocina y se hizo con un ejemplar de *La gastronomía*, la publicación de Ignacio Doménech.

Varios meses tardó en escudriñar todo el material del que disponía, los mismos que necesitó su bebé, María Concepción, para terminar de formarse en su interior y nacer. En todo ese tiempo Ramón adoptó la costumbre de comer en casa una o dos veces por semana, el resto lo hacía en su club exclusivo de caballeros.

9

Filetes de lenguado a la *Parmentière*

La parroquia de San Vicente de Abando, esta vez sí, llena de margaritas y rosas blancas, en un principio de octubre luminoso, dio la bienvenida a la Iglesia católica a María Concepción, que apenas había cumplido dos semanas. El padre José, Luisa Mestayer, como madrina, Manolo Echagüe, como padrino, y unos cuantos familiares y amigos allegados llenaron los primeros bancos del templo, en una ceremonia discreta y solemne, tal como dictaba el decoro.

La comida, cuyo menú fue elaborado entre María y Pellaprat, vía epistolar, se sirvió en un reservado del Hotel d'Angleterre. María Concepción no asistió al banquete, se fue a casa con su ama de cría.

Finalizado el almuerzo, con el café, Luisa, en su papel de madrina, repartió la participación de nacimiento por las distintas mesas.

—Un placer volver a coincidir, Luisa, mucho tiempo sin verte —la saludó Mariano Lapeyra, con un beso en la mano, amigo de Ramón, y compañero de club.

—Buenas tardes, Mariano, tiempo sí…, te veo bien.

—Y yo a ti… —Hizo una minúscula pausa y, antes de que Luisa siguiera con su reparto, añadió—: Aunque me gustaría hacerlo más a menudo a partir de ahora.

Luisa siguió la ronda turbada, aceptó las felicitaciones por su nueva ahijada sin poner demasiada atención y ningún interés.

Le contó a su hermana la anécdota y decidieron preparar una cena en su casa, para varios amigos, antes de Navidad.

Lo primero que hizo María, incluso antes de compartir con su marido el plan, fue idear el menú. Desentrañó algunas recetas de las que había encontrado en su ardua búsqueda para la preparación del cangrejo y se decidió, como plato principal, por filetes de lenguado a la *Parmentière*. Las fórmulas de preparación variaban de una revista a otra y en ninguna estaba especificado en detalle el proceso, así

que estipuló un calendario de entrenamiento.

Al día siguiente fue al mercado junto con la cocinera a elegir unos lenguados bien frescos. Ya en casa, dirigió la operación de filetearlos. Resultó un auténtico fracaso. La primera maniobra fue quitar el pellejo, hubo que tirar mucho y se destrozó la carne. Leonor propuso aprovecharla para croquetas. Eso hicieron, aunque el sabor suave del pescado apenas era capaz de sobrevivir a la bechamel. Por fortuna, Ramón se había quedado en la Sociedad Bilbaína a comer y no las probó.

Volvió al mercado, también junto a la cocinera, y eligió otras buenas piezas. La pescadera se interesó por el género anterior y, al contarles la batalla con la piel del animal, les aconsejó filetear primero y luego sacarla con un cuchillo fino y bien afilado. También les dijo que no se les ocurriera guisarlo primero para que fuera más sencillo el trabajo, pues la carne se reblandece y pierde su sabor. Al llegar a casa María anotó las recomendaciones y fue a la cocina a supervisar el segundo intento. Esta vez los filetes consiguieron tener aspecto de filetes, algo toscos, pero filetes al fin.

Extrajeron las espinas e hicieron un fumet. En las recetas no aclaraban tiempo de cocción, una hora les pareció prudencial…, no lo fue. Les quedó un ungüento espeso, turbio y un tanto amargo, que colapsó el delicado paladar de María y que terminó en la basura.

Hubo una tercera visita a la pescadería. Los filetes salieron mejor y el fumet hirvió solo media hora. Perfecto. María lo anotó en su cuaderno. Después se cocieron los lenguados en ese caldo, en el horno, mientras iban preparando, en una perola al fuego, la salsa de Mornay. Justo antes de comer colocaron los lenguados sobre una cama de patatas previamente asadas, lo cubrieron todo con la salsa, le espolvorearon queso de Parma rallado y lo introdujeron en el horno, arrebatado, para que se gratinara. Olía muy bien. También su aspecto era de lo más presentable. Ahora solo quedaba rezar para que el sabor le hiciera justicia y para que Ramón viniera a comer.

La puerta se abrió cuando solo quedaban diez minutos para la cocción final. María corrió a la entrada.

—Querido, hoy tenemos una sorpresa para comer. Estará en unos minutos. ¿Te sientas a la mesa?

—¡Con mucho gusto! Vengo famélico.

La primera plegaria había sido escuchada.

Cuando María en persona acercó el pescado a la mesa, Ramón puso cara de sorpresa y no tardó en alabar lo que veía.

—¡Qué aspecto tan apetitoso! ¡Huele también que alimenta!

—Es una receta que he sacado de varias publicaciones. Llevamos practicando unos días, hoy parece que ha quedado bien. ¡Probémoslo, pues!

Ramón, como hacía siempre, esperó al veredicto de su mujer. Antes de servirse cualquier manjar, observaba atentamente a María. Si ella ponía buena cara, se atrevía con él, si no, lo rechazaba diciendo a la doncella, con su prosopopeya de buen español: «Tráigame dos huevos fritos con jamón».

—Hoy me gustaría que lo degustáramos juntos, Ramón. No querría influir en tu parecer. Es un plato que quiero preparar en una cena que estoy pensando en ofrecer antes de Navidad y necesito tu opinión sincera.

Ramón desmenuzó el pescado y se lo llevó a la boca con actitud ceremoniosa. Lo saboreó despacio. Repitió la maniobra antes de emitir su juicio:

—Sublime, querida. Digno de cualquier gran chef.

—¿En serio? —insistió María colmada de orgullo y algo ruborizada —. ¿De verdad te lo parece?

—Por supuesto, es un plato que satisfaría al paladar más exigente.

—Me alegro mucho de que opines así. Yo creo que le han sobrado unos minutos de horno y que deberíamos haber pasado la cebolla y la zanahoria de la salsa por el chino, por más que está picada menuda quedaría mejor aún si estuviera más fina.

Al terminar de comer, María hizo los apuntes correspondientes de la receta en su cuaderno, explicó uno a uno los pasos que había seguido para no olvidarlos jamás.

10

Patatas *souflée*

Ramón coincidió, por cuestiones de trabajo, con Fernando María de Ybarra y de la Revilla, no lo veía desde su boda. Le pareció una buena idea sumarlo a la cena que se estaba fraguando y así se lo hizo saber. Ante su entusiasmo, y el de María al contárselo, le cursaron invitación escrita a él y a su esposa, María Ángeles de Oriol, a Pedro Eguillor y la suya, Milagros Barandarián, a Mariano Lapeyra y, de viva voz, convidaron a Luisa, que llevaba con el vestido preparado desde que el convite tuvo visos de convertirse en realidad.

Una semana antes de la primera cena organizada en su casa, María, como era de esperar, estaba sumida en puro ajetreo. Leonor, que andaba buscando la ocasión, aprovechó el meneo de la casa para hablar con ella:

—Hace tiempo, señora, que quería consultarle un tema que, por miedo a que le parezca atrevimiento, he ido dejando de lado…

—¡Ay, Leonor! Con la de faena que tenemos estos días, ¿cree usted que es momento?

—Por eso mismo lo digo ahora, señora.

—Diga entonces, la escucho. Sea breve, por favor.

—Tengo una sobrina muy hacendosa, limpia y cumplidora, que hace años tiene edad para servir. Su padre no la ha querido meter en casa ajena, pero yo creo que ha llegado el momento. —Leonor hablaba más rápido que de costumbre, algo cabizbaja por la vergüenza—. Ella es muy buena. Como hay tanto que hacer en estos días, le iba a decir si a usted le parece bien que la traiga y así la prueba. Si no la convence, después de la cena no vendrá más.

—Hagamos eso, pues.

Milagros entró así, en medio de la vorágine, sin prolegómenos, a servir a los Echagüe. Callada y lista como era, aprendió rápido en la

cocina y, sin que nadie se diera cuenta, se convirtió en indispensable para María. Tanto, que fue fiel escudera en muchas aventuras que, en ese entonces, no podían siquiera atisbar en la imaginación.

María estaba segura de que el menú y el maridaje de su cena eran excelentes; lo había confirmado, vía epistolar, con su amigo Pellaprat: sopa, huevos, pescado, sorbete, carne y postre. Ahora quedaba que el resto de los detalles estuvieran a la altura. Así, mandó lavar los manteles de hilo con sus servilletas, blancos, por supuesto, los almidonó y planchó. Ordenó lustrar la cubertería de plata, la vajilla y la cristalería, del mismo modo que muchos años antes había hecho con los zapatos de flamenca. Una vez y otra. Dictaminó limpiar cada una de las lágrimas de su lámpara de araña y de las del resto de la zona social de la casa. Encargó grandes ramos de flores frescas, de dos tonos de rosado pálido, en un guiño a la etiqueta inglesa, para la entrada, el comedor y el salón, y repasó y volvió a repasar los lugares de la mesa. Teniendo en cuenta que Luisa y Mariano se sentarían juntos y que solo eran ocho comensales, por más que le echó imaginación a la componenda, la última y la primera no distaron en demasía.

La convocatoria era a las ocho. Luisa le pidió a su hermana llegar antes. A las siete hacía un rato que acunaba a su ahijada.

Aún sin terminar de arreglarse, María fue a saludarla y, al verla, no pudo reprimir una exclamación de admiración:

—¡Luisa! ¡Pareces una reina!

Su hermana, de riguroso dorado, con un vestido largo de tres capas, de diferente longitud, la primera de raso, la siguiente de encaje fino tirando al tono champán y la superior casi transparente con apliques dorados de gusto modernista. El encaje tenía su protagonismo bajo el escote, redondo y generoso.

—¡Vas a deslumbrar!

Luisa se ruborizó y apuró a su hermana para que terminara de vestirse.

La puntualidad de todos los invitados fue escrupulosa. Mariano se extendió en el beso de saludo a la mano de Luisa, a quien le entró un golpe de calor, apenas apaciguado con la leve brisa levantada al abrir el servicio las dos hojas de la puerta del comedor y anunciar

que «la señora está servida». María pasó a la sala la primera y fue indicando su lugar a cada uno. Se sentó antes que nadie y, cuando cada comensal había ocupado su silla, lo hizo Ramón, frente a ella.

Los camareros, bien aleccionados y supervisados por Leonor, fueron ágiles y casi imperceptibles; la conversación no decayó en ningún momento. Se hablaba o bien sobre la gran noticia, para Fernando y para la región, de la reciente fusión que había originado los Altos Hornos de Vizcaya, de la que él había sido nombrado consejero, o bien sobre la procedencia de la familia materna de Pedro Eguillor, una mezcla entre Canadá, Inglaterra y Cuba, o bien sobre los manjares que se servían. Eguillor era un gran *gourmet* y tenía en su casa avezadas cocineras a las que él aleccionaba. Estas eran las conversaciones oficiales, pues no parecía un buen lugar la mesa para discursos políticos carlistas. Pero había otra, no verbal y privada, alimentada por rubores en las mejillas, sonrisas veladas y caída de párpados, entre Luisa y Mariano.

—Estos huevos moldeados a la Polignac son una verdadera delicia, María —expresaba Eguillor y los demás asentían.

—Viniendo de ti es todo un cumplido, Pedro. Muchas gracias.

Cuando aparecieron los filetes de lenguado, bajo su costra de queso fundido y su sutil fragancia a nuez moscada, los comensales hicieron un gesto de aprobación. Se fue sirviendo el plato, con su cama de patatas, y Pedro Eguillor volvió a tomar la palabra.

—Es una guarnición más de carne que de pescado —aclaró—, pero he descubierto unas patatas que me tienen cautivado, las *soufflé*. ¿Las habéis probado?

—En casa ya es la guarnición casi diaria —bromeó Milagros Barandarián resignada.

—Yo no las he probado —reconoció Mariano—. Desde luego, no creo que puedan estar mejor que este pescado, ¡ni en la Sociedad lo servirían tan sabroso! —María sintió una punzada de satisfacción. Mariano volvió a interesarse por las patatas *soufflé*—. ¿Qué tienen de especial?

—¡Que están vacías! —Ramón se rio de su ocurrencia y los demás lo siguieron.

—¿Sabéis que su descubrimiento, como tantos otros, fue debido a

una casualidad? —contó María.

—¿Cómo que a una casualidad? —preguntó Luisa, que era la primera vez que abría la boca en la cena.

—Pues sí, sencillamente al retraso de un tren —continuó María, haciendo una pausa para aumentar el interés—. Resulta que en 1837 tuvo lugar la inauguración de la vía férrea de París a Saint Germain. Fue un gran acontecimiento, ya que fue la primera que tuvo la capital de Francia. Como bien sabéis, una inauguración no se concibe sin su correspondiente banquete, por tanto, se dispuso que este tuviese lugar en Saint Germain, como colofón de tan estupendo viaje. El banquete, entre otras suntuosidades, integraba un modesto solomillo de vaca con sus patatas fritas. El cocinero jamás pensó que un tren oficial y que transportaba nada menos que a los reyes de Francia, Luis Felipe y su esposa la reina Amelia, pudiera no llegar puntual. Por tanto, hizo sus cálculos y cuando creyó oportuno empezó a freír las patatas del solomillo; pero el tren se retrasó y hubo de retirar las patatas de la sartén so pena de que se quemaran. —María miró congratulada las caras de sus invitados, también de su marido, que la observaban con gran atención—. Llegó por fin el momento de servirlas, y no os imagináis cómo estaban las patatas: frías, arrugadas, deslucidas…

—¡Pobre hombre, vaya papelón! —se atrevió a pronunciar María Ángeles, empatizando con el cocinero.

—Pues sí, pero, ni corto ni perezoso, se lio la manta, no el gorro, a la cabeza y, cerrando los ojos, zambulló las patatas en grasa hirviente, y ¡oh, felicidad!, el milagro se hizo: las patatas se ahuecaron tal como las comemos hoy día. Las patatas *sufladas* alcanzaron un éxito loco, el rey Luis Felipe repitió dos veces y felicitó calurosamente al cocinero por su invento genial.

—¿Lo ves, Milagros? ¡Ya sabía yo que tenía el paladar como si fuera de la realeza! —bromeó Pedro con su mujer.

—¡Qué anécdota tan fantástica, María! —la felicitó Fernando.

—¿Verdad? A mí también me lo pareció. La leí buscando, precisamente, la receta de los lenguados a la *Parmèntiere* que estamos degustando.

—Y ya la habrás escrito en tu cuaderno, querida… —apuntó

Ramón.

—¡Por supuesto!

11

Bombones acaramelados

Mariano Lapeyra era de carácter bohemio, interesado en las artes y en el diseño: un esteta. Trabajaba en La Gran Bretaña, un prestigioso comercio de muebles, dedicado a la venta de camas y colchones.

Después de la cena en casa de María, Luisa exageró la queja sobre sus dolores en el cuerpo y afirmó que se debían a que no dormía sobre un soporte lo suficientemente firme. Así se lo hizo saber, de manera insistente, a su madre, que no encontró otra manera de que su hija se callara que acompañarla a adquirir otro colchón.

Luisa entró en La Gran Bretaña agradecida por haber elegido unos guantes tupidos: tenía las manos empapadas en sudor. Su madre, ajena a los nervios de la chica, lo hizo como si tal cosa. Mariano, al verlas aparecer, las atendió personalmente. Desplegó sus encantos, nada impostados, espontáneos y cordiales, a veces un tanto pícaros; lo suficiente como para sonrojar a Luisa y no tan evidentes como para incomodar a su madre.

Se llevaron un colchón de la más alta calidad con un buen descuento por ser amigas de Mariano. Mientras la madre pagaba, él aprovechó para charlar un segundo con Luisa.

—Me quedaron muchas cosas por decirte en la velada de casa de tu hermana. Lo divina que estabas con tu vestido dorado, por ejemplo.

Luisa no supo cómo responder. Miraba al suelo y se agarraba las manos.

—No me gustaría importunarte, Luisa, pretendo quedarme mucho tiempo y quisiera que el placer fuera mutuo.

—Por supuesto —respondió con voz imperceptible y sin levantar la vista.

—Si te parece bien, hablaré con Ramón para que nos ayude a

encontrarnos.

—Me encantará.

La madre llegó a la altura de los jóvenes y, tomando a su hija del brazo, se despidió de Mariano.

—Mariano Lapeyra…

—Sí, es amigo de Ramón, de la Sociedad —le aclaró Luisa, parecía que su madre no terminaba de ubicarlo.

—¡Ya sé quién es! Su abuelo fue concejal del Ayuntamiento, por el Partido Liberal, hace mucho tiempo, lo oía nombrar en casa.

—Es muy agradable, ¿no te parece?

—Mucho…, y guapo.

—Sí, y guapo.

Mariano insistió a Ramón en que les diera cobertura tanto como Luisa a María. Durante los siguientes meses se convirtió en una rutina que fueran ambos a comer o a merendar a su casa, a dar un paseo por las tardes, con María Concepción, e, incluso, de excursión. Esos fueron los prolegómenos de la pedida de mano oficial y de una boda exquisita, tras dos años de noviazgo, en la que María, con la inestimable ayuda de sus amigos cocineros europeos, se encargó de diseñar el menú. Tal fue la emoción del día y las ganas de probar su obra que se olvidó de las incomodidades de su avanzado estado de gestación y no dejó plato sin catar ni conversación en la que participar. Seguramente ese ajetreo fue el último empujón que necesitó José María, un homenaje de su madre devota a los padres de Jesús, para asomarse a la vida. A la siguiente semana del enlace llegaba a Bilbao un nuevo Echagüe Mestayer, el segundo.

Luisa y Mariano no fueron tan certeros en su descendencia. Cuando llegó su primera hija, en 1907, María y Ramón ya eran unos padres experimentados. Tenían tres y medio: María Concepción, José María, Mercedes y el pequeño Ramón, en camino.

Para aquel entonces, Ramón, desde hacía ya varios años, comía cada vez más en su domicilio, si acaso alguna vez en semana lo hacía en la Sociedad Bilbaína, normalmente porque lo obligaba una cita profesional.

—¡Hay que ver cómo han cambiado las tornas, señora! —comentó en alguna ocasión, divertida, Leonor a María—. ¡El señor ya no se va

de casa los mediodías ni con agua caliente!

—¿Se acuerda, Leonor, de lo que nos costó que se quedara? Fue un trabajo arduo, pero le advertí de que lo conseguiríamos. —María hablaba para la gobernanta y su sobrina; no perdía ocasión de aleccionar a Milagros, aunque ya estaba totalmente hecha a su mano, sobre todo desde que se había mudado a las habitaciones de las doncellas—. Es cuestión de perseverancia lograr la perfección.

—Y a eso a usted no le gana nadie.

—Yo soy de la idea de que el arte de la cocina es innato. Aunque se podrá aprender a guisar, como se aprende a escribir, por más que uno escriba una carta no se es literato y por más que uno fría un huevo o ponga un guisado no se es cocinero. Sí es cierto que, si se tiene una gran motivación y empeño y se seleccionan excelentes materias primas, se pueden obtener resultados muy dignos, pero para obtener el grado de maestro y la celebridad lo indispensable es sentir la cocina.

—Y su motivación era poderosa.

12

Bistecs a caballo

El pequeño Ramón empezaba a gatear cuando María advirtió a su marido que hacía mucho que no viajaban a París.

—Tienes razón, querida. Yo también la echo de menos…

—Me encanta septiembre en París…, hasta la lluvia es como de otra manera…

—En septiembre iremos, pues.

Dicho y hecho.

Al salir de la estación los esperaba Antoine, un hombre que había dedicado su vida a servir a la familia de María y que los saludó, con su porte de mayordomo francés, bajando ligeramente la cabeza. Sin más preámbulos, indicó al mozo hacia dónde llevar el carrito con el equipaje.

París amaneció con una de sus acostumbradas lluvias de final de verano. Pertrechados con sombreros y gabardinas, salieron del apartamento de la familia hacia la orilla del Sena. María fruncía el ceño observando el cielo encapotado; si la lluvia no remitía se perdería uno de los placeres que más disfrutaba en París, pasear por la rivera admirando los cuadros que pintores callejeros realizaban en vivo y, sobre todo, curiosear entre los libros de los *bouquinistes*, esos armarios de madera pintados de verde que desplegaban sus tablas y dejaban a la vista sus tripas repletas de libros. Pese al tiempo, algunos habían decidiclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">do abrir.

—Ramón, no tendrás inconveniente en que me entretenga mirando unos libros.

—En absoluto, querida, cuando calculé el tiempo preví una parada en ellos. Hablé con Manuel estos días y le pregunté sobre qué estaba escribiendo últimamente y de qué y quién se estaba hablando, quería darte una sorpresa. —Miró a María con ojos pícaros

—. Está preparando un artículo sobre un personaje pintoresco con el que ha quedado para almorzar…

—¿Para almorzar? ¿Quieres decir que nosotros también comeremos con ese personaje?

—Exacto, y, aunque quería mantener el secreto hasta llegada la hora, veo que no me voy a aguantar, ¡ni más ni menos que el legendario Buffalo Bill! —El rostro de Ramón se iluminó con una gran sonrisa.

Entre el barullo de la plaza de la Concordia parecía casi imposible localizar la silueta estilizada de Manuel Urbina, antiguo compañero de colegio de Ramón, que colaboraba con artículos, entrevistas y crónicas sobre la vida en la Ciudad de la Luz para varias revistas y periódicos. Estaban tratando de identificarlo cuando oyeron a sus espaldas su característica voz grave y firme, con acento bien marcado.

—¡Aquí, compatriotas míos! Su búsqueda de la felicidad acabó en este mismo momento, ella los encontró a ustedes.

—¡Manuel!, pero qué payaso eres —le lanzó Ramón mientras abrazaba a su compadre—. Buscaba a un hombre de gris y sombrero tristón y me vienes con este traje verde a rayas y ese bombín ridículo, que pareces un saltamontes. ¿Y qué es ese bastón con cabeza de perro?

—Ah, mi querido Ramón, este es mi atuendo del día a día. Ahora soy un parisino más, son muchas las cosas que están pasando por aquí, y no pocas las que tendremos que ir a ver juntos. Pero detén las chanzas y déjame que presente mis respetos a la bella dama que tiene el infortunio de pasear de tu brazo.

—Querido —María reía con las ocurrencias del amigo—, veo que París te ha cambiado…, pero no a mejor.

—Oh, no, no, la decadencia es la moda parisina. Lo académico pasó a mejor vida, tenemos que construir un nuevo mundo, una mirada diferente, repudiar lo establecido para llegar a un horizonte renovado. La bohemia, queridos míos, vivir un renacer, ¿cómo si no explicar que el símbolo de los nuevos tiempos sea un edificio como aquel? —Señaló con el mentón a la torre Eiffel, cuya punta asomaba imponente en la lejanía—. Un edificio sin paredes, tan inútil como

fascinante. Pero ya tendremos tiempo de hablar de todo esto; ahora hay que darse prisa, que nos espera un espíritu salvaje.

Emprendieron el camino al restaurante en el que almorzarían, conversaban sobre planes para los siguientes días. Entraron en la avenida de los Campos Elíseos y pronto tuvieron a la vista el restaurante Fouquet's, con sus característicos toldos rojos. María sonrió a Ramón.

—Sabía que te gustaría el lugar. A ver lo que nos espera dentro. —Y le guiñó un ojo mientras estiraba el brazo para que entrase la primera.

El salón era un hervidero de camareros de levita haciendo equilibrios con las bandejas, mujeres y hombres sentados, riendo a voces y brindando con champán o vino, con las sillas tan juntas que apenas dejaban espacio suficiente para pasar. Avanzaron hasta el fondo, donde el ambiente era más relajado. En una mesa esquinada esperaba un hombre atractivo, de hombros anchos y altura considerable, melena blanca y una perilla en pico. María no reconoció al personaje que tenía delante, no así Manuel y Ramón, que, sonrientes, le estrecharon la mano. Manuel hizo la presentación oportuna ante la mirada algo confundida de María.

—Os presento a William Cody, más conocido por el sobrenombre de Buffalo Bill.

María frunció el ceño, no podía creer que ese hombre, vestido con un traje casi funerario, fuera el mismo personaje que había visto en fotografías, dibujos y sobre el que tantos libros había leído. Ahora parecía un apacible anciano sentado a la mesa de uno de los restaurantes más laureados de París como un burgués cualquiera. Cuando se hubieron sentado se atrevió a darle un ligero toque a Ramón, y, aprovechando el poco conocimiento de español que tenía Bill, le espetó:

—¿Estás seguro de que este hombre es el famoso Buffalo Bill?

Ramón le puso una mano en la rodilla y, con una sonrisa pícara, dijo:

—No esperarías que apareciera con la cartuchera y el sombrero de *cowboy*.

María le dio un ligero golpe en la mano que mantenía en su rodilla.

Mientras llegaban los primeros platos se quedaron escuchando la entrevista que se publicaría en varios periódicos.

—Estuve en Barcelona hace unos años, pasamos por allí con mi espectáculo del Lejano Oeste. Más de dos mil indios y mil jinetes, bisontes, caballos… Separábamos a los indios del resto y no los dejábamos salir solos por la ciudad sin la compañía de alguien que los vigilara; los indios tienden a volverse agresivos cuando beben y les aseguro que enfrentarse a ellos en una pelea es más peligroso que una estampida de bisontes… Uno pasa tanto tiempo cabalgando de un lado a otro de las llanuras que el caballo se vuelve su mejor amigo; con el mío actual, Isham, llevo casi veinte años… —Mientras hablaba, los camareros iban trayendo los platos hasta llegar al principal: el bistec a caballo, con su mantequilla derritiéndose sobre la carne. Buffalo Bill apartó la pastilla de grasa y continuó conversando—. Lo más doloroso fue la derrota del general Custer, un gran hombre, cuando recibí la noticia no podía creer que hubiera muerto…, no tuve más remedio que vengarle, así que perseguí a los cheyenes que habían perpetrado la matanza, en busca de su jefe, Mano Amarilla, un hombre de casi dos metros y músculos como los de un pura sangre. Lo encontré y luchamos cuchillo en mano, fue una pelea en la que casi pierdo la vida, pero conseguí finalmente acabar con él. Después le despojé de su cabellera y desde entonces no me separo de ella… Disculpe, señora, la descripción.

María hizo un gesto restándole importancia, estaba absorta observando el manejo de los cubiertos de Bill: todo lo hacía con la mano derecha, primero cortaba la carne, luego dejaba el cuchillo en el plato y, también con la derecha, asía el tenedor para llevarse la comida a la boca. La técnica se le hacía incomprensible.

—Y en las llanuras, cuando cazaba los bisontes, ¿cómo preparaban la carne para comer? —se atrevió a preguntar María.

—¡Ah, los bisontes! Los mataba con Lucrecia Borgia, una mujer fatal que se dice. —Ante la mirada asombrada de los tres, Bill aclaró —: Es como llamaba a mi rifle.

—Mujer de origen español —comentó divertida María.

—Eso no lo sabía, Dios me libre, mi admiración por las mujeres españolas acaba de incrementarse doblemente. Contestando a su

pregunta, los bisontes tienen una carne poco aprovechable, sacábamos los trozos comestibles, principalmente los lomos y la babilla, que después asábamos en una hoguera o bien cortábamos en finas lonchas y dejábamos secar al sol. Pero lo más valioso era la piel, con la que hacíamos cuero, y, sobre todo, la lengua, que se conserva en salazón y enviábamos al este, donde es considerada una *delicatessen* y por la que nos pagaban hasta un dólar por pieza. El resto del animal se dejaba para alimento de los buitres, coyotes y roedores… El ferrocarril dio vuelta a todo: lo que parecía imposible se fue convirtiendo en certeza, los bisontes fueron desapareciendo de las planicies, la vida de los indios cambió, como cambió la mía, las llanuras se llenaron de gente, los pastos de sembrados y aquellas extensiones infinitas por las que cabalgar dejaron de existir…

Terminaron el almuerzo y se despidieron de ese hombre melancólico y seductor, que dejó una impronta peculiar en los amigos. Una vez en el bulevar avanzaron unos pasos, camino a casa.

—Pensar en la vida de ese Buffalo Bill…, ahora parece un respetable anciano, si no fuera por sus maneras algo toscas podría pasar por un parisino más —dijo María.

—Hay muchas cosas que son más una leyenda que una realidad. Por ejemplo, nunca asesinó a Mano Amarilla, el jefe que mató a Custer. En realidad, a quien ajustició fue a un joven guerrero cheyene que se llamaba Pelo Amarillo. Lo que sí es verdad es que no se ha separado de esa cabellera desde entonces, y continúa proclamando que es la del fiero piel roja en cada ocasión que tiene.

Llegaron a la altura de una librería, y Manuel, levantando el bastón, les pidió un minuto de cortesía, necesitaba hacer un recado. Cuando María amagó con entrar también, este la paró y pidió que lo esperaran en la acera. «Vosotros ya comprasteis esta mañana —dijo señalando el ejemplar que llevaba Ramón—, ahora me toca a mí».

Salió de la librería con dos libros, *Los placeres y los días* de Marcel Proust y una edición de *Las piedras de Venecia* de John Ruskin.

—Queridos míos, dejadme que os regale estos dos libros, el primero es la única obra del controvertido aprendiz de escritor al que quiero presentaros mañana en el salón de la poetisa Anna de Noailles. El segundo es una traducción que el mismo Proust ha

hecho de este libro que decían imposible de traducir. Como sucedió con la traducción de Poe de su admirado Baudelaire, apuntan que la edición francesa de *Las piedras* tiene un lenguaje más hermoso que el original inglés. Es un conversador extraordinario y excéntrico.

—La familia Proust es conocida por todo París —comentó María—, creo recordar que su padre era un famoso médico, conocido de mi abuelo. He leído algo de esas excentricidades —remarcó la palabra— que dices tiene.

—María, a veces me olvido de que, aunque bilbaína de sangre y corazón, corre por tus venas el vino de los placeres parisinos. Solo adelanto que se anuncia que puede haber un duelo al final de la noche, aún no sé si de espada o pistola, pero los padrinos han sido ya escogidos y la afrenta lanzada. En los círculos aristocráticos no se habla de otra cosa estos días, y yo no puedo por menos que esperar impaciente a que llegue mañana para conocer el desenlace.

—¿Y cuál es la calumnia que provocó tal duelo? —preguntó Ramón.

—¿Calumnia? —se extrañó Manuel—. No hay tal, la afrenta es cierta; nadie ha dicho ni hecho correr rumores infundados, el duelo es para dejar claro que no debe uno decir la verdad sin consentimiento del interesado.

Ramón miró a María y Manuel sin entender nada. Ambos se carcajearon de la cara circunspecta de Ramón, y este, rojo de rabia, agarró los libros de las manos de María y, tomándola del brazo, exclamó:

—Vamos, María, tendremos que volver a casa a descansar un poco, que en tu estado conviene. Manuel, mañana nos vemos.

Subieron a un taxi parado en la avenida. María seguía riéndose mientras se despedía con la mano por el cristal de la ventanilla del amigo que dejaban atrás.

Las farolas eléctricas alumbraban las avenidas de la noche parisina, las tiendas usaban distintos tonos lumínicos que atraían a los transeúntes hacia los escaparates decorados con sus mercancías estrella: trenes eléctricos haciendo recorridos eternos sobre los

mismos raíles, piedras preciosas incrustadas en collares, pulseras o anillos, relojes de oro con cadenas para los hombres… Aquella exposición hizo reflexionar a María sobre el manejo de la luz y el tiempo, que bien podría resumirse en la conquista de la precisión, el componente que necesitaba toda persona moderna, pensaba.

Observó a su marido: llevaba un traje de tres piezas, chaqueta de tres botones, un pañuelo asomando en el bolsillo izquierdo, chaleco del que surgía la cadena del reloj, sombrero Homburg negro y bastón con mango de plata. No era un dandi, pero estaba elegante. Se acercó a una vendedora de flores y le compró una *boutonnière.* Se la puso en el ojal a Ramón y este la miró confundido.

—Ahora sí pareces un figurín bilbaíno.

—¿No crees que puedo llamar la atención… demasiado?

—Espera a llegar al salón de la condesa de Noailles. Te aseguro que acabo de camuflarte. Y el perfume de la flor es de lo más sensual.

Ramón se llevó la solapa de la chaqueta a la nariz para olerla.

—Siempre me ha inquietado lo sofisticados que son los franceses con los detalles. Un mes más en esta ciudad y acabaré como Manuel. —Rieron los dos.

No tuvieron que andar más que unos pasos para distinguir, primero un traje de tela dorada, después el cuerpo de Manuel embutido en él. Erguido en medio de la calle, los esperaba con las dos manos enguantadas en blanco y apoyadas en un nuevo bastón, esta vez con una cabeza de medusa como pomo.

—¡Aquí estáis los dos! Como siempre, un placer saludarte, María. —Tomándola de la mano se inclinó para hacer un besamanos—. Y tú, Ramón, estás casi irreconocible, esa elegancia… —se separó un metro para observar la combinación de su amigo y le guiñó un ojo a María—, fantástico detalle la *boutonnière.*

—Deslumbrante es el traje que llevas —inquirió Ramón—, proyecta más rayos que el sol en Sevilla.

—A mí me parece fascinante y atrevido; desde luego en Bilbao no se ven estos colores en los hombres.

—Todo llegará, todo llegará…, en Bilbao se sigue tomando vino, pero aquí en París nos debemos al champán. Vamos poniendo un pie

delante del otro, que la fiesta nos espera y no podeclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">mos llegar cuando las espadas ya se hayan envainado.

La casa de la condesa de Noailles era un elegante edificio en el bulevar Hoche. Subieron tres peldaños y entraron en el portal revestido de mármol. Allí los recibió un mayordomo y un camarero les ofreció champán. Entraron en el salón y se encontraron a una mujer de cabello moreno, de ojos grandes y negros, que vestía un himatión griego cuya tela verde y sedosa se expandía por las baldosas, pese a que llevaba parte enrollada en su brazo izquierdo.

—¡Manuel, mi adorado Apolo español! —La mujer abrazó al amigo y le dio dos sonoros besos en las mejillas.

—Anna, siempre consigues que me quede atrás en mi intento de sorprenderte. Permite que te presente a mis amigos, María Mestayer de Echagüe, nieta del banquero Carlos Jacquet y descendiente de la familia Orleans. Es además una lectora exquisita.

—Déjeme decirle que he leído sus poemas de *La sombra de los días* y me parecieron magníficos.

—Gracias, me halaga con su opinión, no se va a escapar sin contarme más… ¿Y este Hércules hispano que la acompaña es su marido?

—Ramón Echagüe Churruca, abogado y compañero de estudios de un servidor. Su familia podría escribir la historia de los últimos cien años del Ejército español.

—Toda una historia entonces. Bienvenidos a mi humilde salón —miró a su alrededor buscando—, ¿dónde se han metido mis vestales?

La condesa desapareció entre el bullicio de invitados que iban acomodándose entre los sofás, canapés y sillas. Manuel los guio hacia el centro de la estancia. Observaba a cada uno de los asistentes y les iba indicando quiénes eran.

—Aquellos de allí son escritores, el mayor es Frédéric Mistral, poeta de lengua occitana, de la que proclama es la primera de la Europa civilizada. Anhela la independencia de la Provenza.

—Entonces, es como nuestro Sabino Arana con el euskera.

—Ya ves que la originalidad no es patente de nadie.

Interrumpió la charla un hombre vestido con una gran pechera de seda, el pelo negro peinado con raya, bigote y grandes ojos negros casi ocultos entre párpados caídos, la espalda exageradamente recta. Pidió disculpas con una voz dulce y algo jadeante, y acto seguido se presentó.

—Marcel Proust, amigo de Manuel y necesitado, abatido como estoy, de ayuda para solventar una delicada situación. —Inclinó su cuerpo levemente, con elegancia. Manuel los presentó—. A su abuelo creo recordar que le conocí en la casa de mis padres, tal vez fuera en algún salón. Mi memoria ambiciona traicionarme las más de las veces.

—¿Debo entender que requerirme tiene algo que ver con el duelo? —preguntó Manuel.

—Ah, no, no, aquel agravio se ha satisfecho de cierta manera. —Al ver Marcel que los amigos de Manuel miraban sin entender nada, quiso revelar lo sucedido—. Durante las vacaciones, en un balneario de Cabourg, conocí a un muchacho al que tomé como secretario, me ayudaba con esos detalles molestos de etiqueta que tanto me martirizan, pues ¿acaso sabe uno si debe dirigirse en la recepción de un hotel primero al conserje o se disgustará este si se saluda antes a otro empleado? De la misma forma imaginen para reservar una mesa, ¿es preciso dirigirse al primer o al segundo metre? Si uno se dirige al segundo, que es el que mejor conoce la sala y su disposición, ¿se sentirá celoso el primero? Y si es el caso contrario, ¿no se sentirá ninguneado el segundo? Es una horrible incertidumbre, y es ahí donde se hace indispensable un secretario, con la delicada misión de reservar con el segundo metre la mesa, mientras yo saludo al primero.

—¡Magistral, mi querido Marcel!, magistral esa manera de obrar, dando importancia a todos. Mis queridos, debéis saber que una vez vi a Marcel volver a un restaurante porque había advertido el olvido de la propina a un camarero, he aquí todo un caballero.

—Mi madre me enseñó, y lo profeso, que toda persona tiene valor y no hay que despreciar a nadie, tan talentoso es un músico o un médico como un panadero o una costurera. Continuando con la narración de lo sucedido, mi ayudante, Marcel Plantevignes, un chico

atento, servicial y encantador, se encontró en el malecón con una mujer que le insinuó que tuviera cuidado conmigo, ya que tenía costumbres muy especiales, cuya fama nadie puede ignorar, delante de una multitud de veraneantes. Marcel se marchó sin levantar la voz en mi defensa. No me dejó más alternativa que escribir una carta prescindiendo de sus servicios. Pagué una suma al ascensorista del hotel para que no dejara pasar al joven y alguna más para que llamara a la policía en el caso de que insistiera en hacerlo. Creo que fue una manera elegante de dejar claro que no quería saber más de quien no tuvo el arrojo de defender a un amigo. Pues bien, no pasan ni unas horas cuando alguien aporrea la puerta de mi cuarto en el hotel y, al abrir, me encuentro al padre del muchacho, famoso fabricante de corbatas, que me pide explicaciones por el trato dado a su hijo. Yo hubiera preferido no expresar ni una palabra más de las que había dejado escritas, pero, ante la insistencia del caballero, no me quedó más remedio que agarrar un guante de la mesilla y abofetearle con él para retarle a un duelo y terminar ese sinsentido. Emplacé al vizconde D'Alton y al marqués de Pontcharra para ser mis padrinos, y, tras haber aceptado, volvieron para confesarme que Plantevignes les había pedido ser los suyos. No entraré en detalles, pero los vi más inclinados a la causa del fabricante de corbatas, así que les di con la puerta en las narices y, como nuevos, me procuré a un duque y un príncipe. Tenía todo dispuesto para batirme con la espada, pero he aquí que D'Alton subió a mi habitación para implorar una reunión y aclarar lo sucedido. Dada mi tendencia indulgente acepté la cita. Fui a su habitación y ambos, padre e hijo, dieron su versión de los hechos, que tuve a bien escuchar. Según explicó Marcel, se quitó a la señora de encima diciéndole: «Ya sé, ya sé lo que va usted a decirme, pero para mí eso carece de importancia», a lo que yo le respondí: «Asiente usted a lo que ella iba a decirle, pero ¿cómo lo sabía?», y el muchacho contestó: «Porque es lo que todo el mundo murmura en el malecón…», lo que me dejó sin respuesta por un momento. Veía a padre e hijo apurados y al muchacho ciertamente arrepentido de no haber sabido actuar, así que dije: «Es encantador llegar a un sitio precedido de tu reputación», y salí por la puerta reconciliado con padre e hijo.

—Me alegra saber que, en cierto modo, se solucionó. —Manuel iba a continuar hablando, pero se adelantó un camarero ofreciendo canapés.

—Son canapés Rochelais —afirmó María—, una delicia, ostra con mantequilla de mostaza. —Degustaron el bocado.

—¡Son picantes! —manifestó Proust.

—Llevan pimienta de Cayena y mostaza, para realzar el sabor de la ostra. Creo detectar que está demasiado cocinada, me temo que el cocinero se descuidó y dejó que hirvieran, lo que resta sabor a la ostra y refuerza el de los picantes.

—Se me olvidó mencionar que María tiene un extraordinario paladar y unos conocimientos culinarios enciclopédicos.

—Ese es un talento extraordinario, el camino para descubrir nuevas cosas no es buscarlas, sino tener nuevos ojos para verlas; su paladar, querida mía, son esos ojos.

—Pero, Marcel, decías que tenías un apuro y aún no me aclaraste cuál era.

—Cierto, narrar tantos acontecimientos, y conocer a gente tan interesante, ha hecho que me olvidara de mi nuevo apuro, pero no importa, en parte ya he conseguido mi objetivo. En aquella esquina, sentado entre varios de mis llamados amigos, se encuentra André Gide, un hombre amargo cuya presencia me aliena, necesitaba de alguien que me permitiera eludir discretamente su presencia.

—¿André Gide, el escritor? —preguntó María.

—Escritor y editor, aunque como editor es tan miope como Sainte Beuve, cuya falta de instinto le privó de ser el de Baudelaire, Stendhal o Balzac. Gide tuvo la descortesía de ningunear un escrito que tengo preparado sin la menor explicación. Según me contó un amigo común, dejó mi manuscrito a un lado diciendo que nada bueno puede salir de alguien como Marcel Proust.

—Marcel, sabes que he leído con ahínco cada palabra que me has hecho llegar; ciertamente tu escrupulosidad con el lenguaje es tal que no puedo concebir esa actitud de esnob por su parte.

—Se ha llegado a decir que la más alta alabanza de Dios está en la negación del ateo, que encuentra la Creación lo bastante perfecta como para poder prescindir de un Creador. —Y mirando a sus

interlocutores, añadió—: Salvando las distancias, por supuesto —lo que provocó las carcajadas de todos.

La fiesta continuó durante horas. María, algo cansada, fue a pedir a Ramón que se marcharan a casa. Antes de partir, Marcel Proust, con su presencia taciturna, les dejó una ingeniosa frase de adiós.

—Para el beso, la nariz y los ojos están tan mal colocados como mal hechos los labios. —No por ello dejó de darle dos besos a María —. He disfrutado de su compañía y de sus conocimientos culinarios, nunca más daré un bocado sin recapacitar lo que uno degusta.

—Y yo estaré pendiente de ese libro que está preparando, lo leeré en cuanto lo publiquen…, le pese a Gide o no. —María le guiñó el ojo.

Ya en el taxi de vuelta, Ramón se aventuró a observar algo que se le había quedado en la punta de la lengua desde que había escuchado la afrenta.

—Hay algo que no me he atrevido a preguntar antes, espero que me lo puedas aclarar ahora.

María lo miró divertida.

—Te quedaste sin entender cuál es la reputación de Marcel de la que tanto hablaba. ¿No es cierto?

—Veo que me conoces mejor que yo mismo.

María le colocó la *boutonnière* que colgaba del ojal y mientras lo hacía le susurró:

—Es homosexual, aunque hace por ocultarlo, sobre todo después del juicio que llevó a la cárcel y a la ignominia a Oscar Wilde.

La revelación dejó pensativo a Ramón.

—A veces no entiendo a qué tanta obstinación por estos temas, pues. Yo soy tradicional, pero a bien que estas cosas no me perturban nada. La mitad de los hombres de ese salón parecían más interesados en mi bigote que en tu vestido.

María besó en la mejilla a Ramón.

13

Riñones de cerdo a la Alemana

La buena cocina y su ritual, las artes en general, las buenas maneras y el fútbol eran las cuatro pasiones de María. Las tres primeras las traía de cuna, la cuarta fue una aportación de su marido, así que tenía menos solera en su interior; era, por lo tanto, un arrebato más joven.

Cuando Ramón llegó a casa hablando del acorazado Deutschclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">land y el Pommern, no sorprendió a María. Ella también había oído, en el mercado, lo impresionante de los dos barcos alemanes que estaban fondeados en Portugalete.

—Fíjate cómo sería el fervor de la charla del carnicero que cambié el menú de hoy y hemos preparado riñones de cerdo a la Alemana.

—Ja, ja, ja. Pues espero que se te contagie el fervor, querida, porque vas a conocer ni más ni menos que al príncipe Enrique de Prusia.

—¿Me dices que el hermano de Guillermo II está en Portugalete?

—Eso mismo te digo, ¿qué crees? ¿Que no tenemos caché, pues? Él y su hijo.

—Pero, bueno, y qué andan haciendo tan al sur.

—Han venido a jugar contra nuestro Athletic, ja, ja, ja.

—¡Qué cosas tienes, Ramón!

—Tienes razón, no han venido a eso, pero ya que están aquí jugarán un amistoso en las campas de Lamiako, el domingo. Han hecho un equipo con una selección de los doscientos tripulantes del buque insignia de la armada imperial y parece que lo hacen bien.

—Ah, pues a mí también me gustaría asistir.

—Ya lo he dicho, ya, que iríamos los dos. Ya lo apuntó Ramón de la Sota, que anda metido en la organización. Y luego el hermano del káiser dará un convite informal y también estamos invitados.

—¡Qué buen plan! Mira por dónde, voy a estrenar la sombrilla de encaje que compramos en París.

En el campo de Lamiako se había dispuesto un pequeño toldo para el príncipe y su hijo, los caballeros y las señoras se resguardaron del sol de julio con sus sombreros y María, además, con la sombrilla.

El partido estuvo muy reñido, los del Athletic tuvieron que hacer grandes esfuerzos para dominar a los marineros, vestidos como tales, en un juego cuyo resultado fue 6-3. Las crónicas deportivas del día siguiente decían: «Los alemanes hicieron alarde del gran dominio que tienen sobre tan difícil sport y demostraron que saben compaginar sus obligaciones militares con sus entusiasmos deportivos y que, si son disciplinados servidores del Emperador, no son peores cultivadores de todos los deportes».

Ramón, María y todos sus amigos aplaudieron con fervor cualquier jugada destacada, que fueron numerosas, independientemente del bando del que provinieran.

Finalizada la competición amistosa, el matrimonio Echagüe fue a saludar al príncipe de Prusia, que, con un francés exquisito, les pidió que lo acompañaran a la carpa, parecida a una de circo, donde habían dispuesto el convite, a base de cerveza y bocadillos variados.

Ramón y María, junto con Mariano, Luisa, Ramón de la Sota y varios conocidos más, se sentaron en la mesa de Guillermo II. Sorprendió a los asistentes lo poco refinado, aunque todo muy sabroso, también la cerveza, y la abundancia de lo que allí se servía. María, para tratar de suavizar lo que bien podría haber pasado por un pícnic mundano, contó la anécdota de la invención de los sándwiches, emparedados en español, por parte de un aristócrata inglés:

—Aunque no os lo creáis, fueron un invento de John Montagu, cuarto conde de Sandwich, con el que se hizo célebre. Este aristócrata, nacido a principios del siglo XVIII, fue un empedernido jugador. Jugaba noche y día, y era tal su afición que ni tan solo para comer quería dejar la partida. Para alimentarse sin tener que dejar de jugar inventó los sándwiches, es decir, dos sendas rebanadas de pan bien embadurnadas de manteca y con un trozo de carne o jamón al medio. Esto les pareció de perlas a los otros jugadores, y

de uno a otro fue propagándose la moda, primero entre sus amistades y luego al mundo entero.

—Tienes anécdotas para todo, querida María, espero y deseo que algún día las escribas, que no te quedes solo en apuntar recetas —le alabó Ramón de la Sota.

—Hay que decir que los sándwiches alemanes se diferencian de los ingleses en que en los ingleses hay más pan que guarnición, y en los alemanes, ya lo estamos comprobando, mucha más guarnición que pan.

—¡Es cierto! —exclamó Luisa—, jamás vi trozos mayores de queso, jamón o carne entre láminas más finas de pan.

Brindaron con cerveza hasta que la noche hizo que se fueran recogiendo, cada uno, a su casa. La escuadra alemana, según se escuchó en Bilbao, siguió, hasta ya entrada la madrugada, la fiesta en sus barcos.

Al día siguiente, María, siempre atenta a los detalles, se acercó a la farmacia de Ramiro Pinedo, en el 14 de la calle Gran Vía, y compró varias botellas de su vino quinado reconstituyente, para hacérselo llegar a los extranjeros.

14

Turnedós a la Henri IV

—¡Marichu! —Ya desde la puerta, por la manera de llamarla, con la voz más cantarina de lo normal, se le notaba el buen humor a Ramón—. ¡Marichu!

María, con las piernas en alto, las tenía hinchadas por su embarazo avanzado, tardó unos minutos en ir a su encuentro.

—¿A que no sabes con quién he comido hoy?

—Pues…, no sé…, con Mariano, imagino.

—Sí, mujer, con Mariano, ¡claro! ¿Pero con quién más?

—¿Y cómo lo voy a saber, Ramón, si no me cuentas?

—Con el mismísimo Ignacio Zuloaga Zabaleta. —María se llevó una mano a la boca, que no podía cerrar, igual que los ojos—. ¡Ya sabía yo que se te iba a quedar esa cara!

—Siempre he querido que pintara a las niñas…

—¡Pues ya lo sé! Y por eso mismo lo he invitado a comer a casa, para que puedas organizarlo… Si es que tienes un maclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">rido…

—¿De verdad? —María, poco acostumbrada a que Ramón le diera sorpresas, no terminaba de creerse que uno de los pintores a los que más admiraba fuera a sentarse a su mesa—. ¡Ay, Ramón! Vamos a la sala y me cuentas, que estoy que no me tengo en pie.

De camino al sillón María pidió un refrigerio. A pesar de su pesadez, iba casi flotando.

—Cuéntame desde el principio, Ramón. ¿Qué asunto traía a Zuloaga hasta la Sociedad? Lo hacía en París.

—Vive en París, sí. Fue con Pedro Quirón, el arquitecto. No estará mucho tiempo en el País Vasco, así que lo he invitado para el sábado. Mariano y tu hermana vendrán también, Pedro tenía un compromiso.

—¿Para el sábado? —María se quedó pensando y, casi para sí, pronunció—: Tendré que organizarme con rapidez —volvió en sí y le preguntó al marido—, pero, bueno, no me has dicho qué hace en estas tierras.

—Resulta que su padre falleció hace poco y él y sus hermanos han tenido enfrentamientos con el Ayuntamiento de Éibar por cuestiones relacionadas con la casa familiar, así que la han vendido. Pedro Quirón lo está ayudando a encontrar un buen terreno para construirse una casa y parece que también un taller… En esas están, pues.

—Hace poco expuso en Nueva York, en la Hispanic Society, si no recuerdo mal… ¡Qué ilusión que venga a casa!

María, con Leonor y su cocinera, salió temprano al mercado. En las mañanas seguía estando diligente, eran las tardes las que se le hacían cada vez más cuesta arriba. Fue directa a ver las carnes y, una vez consiguió la pieza perfecta de solomillo, visitó distintos puestos en busca de alcachofas pequeñas y de trufa. Volvió a casa con la tranquilidad de poder preparar unos imponentes turnedós a la Henri IV. De entrada, un consomé con buñuelos rellenos de jamón y algún postre que bien podría ser una torta, quizás a la mallorquina, el cabello de ángel era una apuesta segura, algo con huevos y quizá un *foie gras* y ya tenía la comida resuelta. Mandaría a Leonor a encargar las flores.

Era ya de noche cuando tocaron en la puerta de rejas. El timbre sonaba en las habitaciones de servicio. Idoia, la sirvienta de mayor rango cuando no estaba Leonor, se puso su chal, bajó las escaleras, atravesó el jardín y entonces vio la figura, alta y fuerte, de un hombre joven.

—¿Qué se le ofrece?

—Disculpe la hora. —Se quitó la gorra y la puso entre las manos—. Estoy buscando a una muchacha… Después de mucho buscar, creo que sirve aquí. Milagros, se llama.

—¿Quién la busca?

—Ismael, amigo de la Reme, ¿le puede decir…?

—Yo no he dicho que esté aquí…

—Haga el favor…, hace mucho que ando tras ella, diez años que no

la veo.

—Veré qué puedo hacer, espere, Ismael, dice…

Idoia iba hablando mientras volvía a la casa. Cogió resuello al terminar las escaleras y entró en los cuartos del servicio. Milagros estaba en la cama.

—Chica, un tal Ismael te busca. Amigo de la Reme, dice que es. —Milagros dio un respingo.

—¿Me busca? —La cara no era capaz de reflejar todo su asombro —. Pero ¿dónde está?

—Abajo, en la reja… Si vas a bajar, no hagas bulla.

—¿Y qué puedo hacer sino bajar?

—¿Pero tú conoces al muchacho? Hay que reconocer que buen mozo sí es, ese no se viste en el Ropero Vasco…

—Lo conocí hace mucho, era amigo de mi hermana.

—¡Ah! —Idoia se llevó la mano a la boca—. Perdona, mujer, que esa Reme era tu hermana… Baja pues.

De mala gana, pero muerta de curiosidad, Milagros se vistió, se puso también un chal y bajó.

—Muchos años ha…

—Muchos, sí… —Ismael volvió a descubrirse la cabeza y sostuvo la gorra con las dos manos. A Milagros le pareció mayor. Estaba más grande, la voz más asentada. La falta de luz no le permitió verle bien la cara. Seguramente él tampoco podía distinguirla a ella, aun así, le dijo—: Te ves bien.

—Bueno, ¿y qué necesitas? Es tarde y mañana madrugo.

—Hace diez años que quiero darte las gracias por venir a avisarme de la muerte de Reme, en ese momento no pude… —Bajó la mirada —. Fue un gesto bonito, más con lo que estabas pasando… Reme hablaba mucho de ti…

—Muy bien. Gracias dadas y aceptadas. —Milagros prefería no seguir la charla sobre un tema que seguía horadándole el pecho.

—Bueno, mujer, he tardado en encontrarte… Me gustaría hablar…

—Ismael, no puedo. Los señores son exigentes, estoy desde las cuatro y media en planta.

—¿Te puedo invitar a un mantecado el próximo día que libres? El puesto del mercado ya es mío, tengo dinero.

—No sé, Ismael…, voy a casa de padre cuando libro.

—Vendré mañana, entonces, a ver si lo has pensado, y si no, pues pasado, y así, hasta que estés segura de que puedes venir a tomar un mantecado conmigo.

—¿Y qué perreta te ha entrado ahora después de tantos años?

—Dime el día que libras y te lo cuento.

—¡Qué hombre más testarudo!

—¿Qué día dices?

—Dentro de dos domingos. A las diez te espero aquí; si no estás, no te molestes en volver.

Se dio la vuelta sin despedirse y, muy digna, entró en la casa. Subió las escaleras casi sin darse cuenta, como en volandas.

—Bienvenido a nuestra casa, Ignacio, un placer inusitado. Te admiramos mucho.

—Gracias a vosotros por invitarme; el placer, sin duda, es mío —respondió cordial el pintor—. Una buena comida siempre es una alegría para el cuerpo. Que sepas que te han hecho una excelente publicidad, tanto tu marido como tu cuñado.

María y Zuloaga no tardaron en intimar, tenían mucho en común: además de la buena cocina, su amor por Andalucía, y por Sevilla en concreto.

—Poca gente sabe que me hubiera gustado ser torero. Fui incluso a una escuela de tauromaquia y alguna corrida hice. Me fascina ese ambiente, la teatralidad de la fiesta. —Zuloaga se entusiasmaba con su discurso—. Creo que una de mis primeras grandes composiciones costumbristas fue la *Víspera de la corrida*, a pesar de que la hayan rechazado para el pabellón español de la Exposición Universal de París.

—Fue hace mucho eso ya —apuntó Mariano.

—Diez años… En 1900.

—Hace todavía más que yo gané un concurso de sevillanas, siendo una niña, cuando mi padre era el vicecónsul de Francia en Sevilla y vivíamos allí.

—¡No lo puedo creer! —exclamó el pintor—. Una vasca ganando un

concurso de sevillanas, ¡esa sí que es buena! Me lo tienes que contar con detalles.

Entraban en ese momento los turnedós en el comedor.

—¡Madre mía, parecen un cuadro! —se relamió el pintor al ver el aspecto de los solomillos.

—Estos turnedós son exquisitos —Luisa habló por primera vez—, y a mi hermana le quedan de infarto. Prueba las patatitas avellanas, se deshacen en la boca.

Se hizo un minuto de silencio, cada uno concentrado en su paladar, que interrumpió Ramón:

—¿Y cómo te fue en la exposición en Nueva York?

—Franca y sorprendentemente bien. Tenía mis reparos sobre si los americanos entenderían mi arte, mi visión de España, pues lo que yo retrato es su alma, y me parecía necesario conocer nuestro país. Sin embargo, caló muy bien, consideraron mis obras enérgicas. Imagino que el haber incluido en la exposición varios retratos de la familia Fearing, de Boston, también ayudó a acercarme a ellos.

—De eso me gustaría hablarte, Ignacio —apuntó María—. Desde hace tiempo tengo la ilusión, Ramón lo sabe, de que retrates a mis hijas. ¿Te parecería bien?

—Por supuesto, María. Sin duda alguna. Estoy viajando a menudo a Bilbao, así que en cualquier momento lo podemos convenir. Espero que alguna vez me acompañen Valentine y mis hijos. Le gustará a mi esposa probar tus manjares.

—¡Oh! Sería un verdadero honor cocinar para ella, y desde luego un sueño que pintaras a las niñas. Me encanta la fuerza de tu arte, me conmueve. Me ocurre lo mismo que cuando admiro algún cuadro de Goya, me traspasa.

—Te lo agradezco mucho, también la comparación. Goya es mi modelo. ¿Sabíais que fui la primera persona en llegar en coche particular a su pueblo, Fuendetodos? Fue hace años… —y, casi para sí, añadió—: algún día compraré su casa.

—¡Espero que después de haberte construido la tuya por estos lares! —bromeó Mariano.

—¡Eso espero yo también! —replicó el pintor y todos rieron.

—Cuando tengas los planos, me ofrezco para ayudarte con el

diseño de los muebles y la decoración —dijo Mariano.

—Muchas gracias. El ofrecimiento no caerá en saco roto.

El café y la sobremesa la hicieron en el salón. A María le costaba moverse, por lo que Leonor se tornó, más si cabía, en sus piernas, sus brazos, su cabeza.

—¿Le parece si acompaño el café con las frivolitas de coco? —preguntaba la sirvienta en un susurro.

—Eso mismo te iba a pedir ahora —contestaba, también en un susurro, María.

Mientras tanto, la conversación había caminado hacia la visión del arte de Zuloaga frente a la de Sorolla, que también había mostrado sus piezas en Nueva York casi al mismo tiempo.

—Me alegro de su éxito en América, no cabe duda, no deja de ser un compatriota y me enorgullece cuando otro español deja el pabellón alto.

—Pero vuestras maneras de pintar nada tienen que ver —apuntó Mariano.

—Nada, amigo mío, son opuestas. Sorolla cree que el arte es La Verdad y yo creo que La Verdad es la muerte del arte. Para él en un cuadro tiene que haber aire, atmósfera y sol, y yo opino, como mi buen amigo Edgar Degas, que prefiero respirar ese aire y estar al sol fuera, para eso me voy al campo, no me pongo a pintar. —Ramón esbozó una sonrisa, enseguida se le borró, pues Zuloaga permanecía serio, entregado a su disertación—. Sus asuntos son casi siempre instantáneas fotográficas, con un toque muy hábil. Lo que dentro de cincuenta o cien años harán los fotógrafos. Sus playas, niños desnudos y barcas, lo mismo pueden ser de Niza, Civitavecchia o Nápoles como de Valencia. Para mí esa no es España ni eso es arte.

—Perdona el atrevimiento, Ignacio —se aventuró Mariano—. ¿Y cuál de los dos estará en lo cierto?

—¡El tiempo lo dirá! —zanjó el pintor.

Leonor, con la bandeja de cafés y pastas, puso un final dulce a un ambiente que empezaba a mostrar algún atisbo de tensión. Ramón, hábilmente, encauzó el tema hacia los terrenos que andaba buscando y Sorolla no volvió a entrar en el salón de la calle Ibáñez, ni en esta ocasión ni cuando tocó el turno al retrato de las niñas.

Las semanas corren, una detrás de otra, sin tiempo a coger resuello, cuando se engancha una faena con otra. Así era la vida para el servicio en cualquier casa de bien y así lo era también en la de María Mestayer de Echagüe. Por eso, cuando llegó el domingo de librar, a Milagros le pareció que solo había pasado un suspiro desde que había estado con Ismael. Dieron las diez de la mañana y ella ya estaba arreglada, se pellizcó las mejillas y bajó a donde había quedado con el muchacho. Lloviznaba y lo encontró calado.

—¡Pero, chico, que estás mojado como un pato!

—Buenos días, Milagros, yo también me alegro de verte. Llevo aquí más de una hora, no se me fuera a hacer tarde, y me ha llovido un poco… Te invito a un chocolate y así me caliento. —Ismael no esperó respuesta, cogió a Milagros del brazo y la hizo ponerse en marcha—. Conozco un sitio nuevo, por la plaza de Benito VII, te va a gustar.

—Eso está cruzando la ría. —Milagros se soltó de su mano—. Yo antes de comer tengo que estar en casa de padre, así quedé con mi tía.

—Son diez minutos andando, después te acompaño a casa. —La volvió a agarrar y continuaron caminando.

Durante el recorrido iban sorteando charcos y buscando alféizares prominentes y balcones para resguardarse unos segundos. Ismael trató de acercar su cuerpo al de la chica en varias ocasiones, como para protegerla del viento, pero solo obtuvo desplantes, tan sutiles como claros.

Sentados en la chocolatería, pequeña, coqueta, cálida, Milagros no perdió un segundo.

—A ver, Ismael, resuélveme el misterio. ¿A qué apareces después de tantos años?

—Es una historia larga, Mila… —La chica frunció el ceño ante el gesto de confianza, pero no lo interrumpió—. Yo tenía muchos planes con tu hermana. Fue el gran amor de mi juventud. No supe que estaba preñada, si no, me hubiera casado, te juro por Dios que lo hubiera hecho y, además, feliz. —Ismael miró al cielo, como si hablara con Reme. Bebió de su chocolate y Milagros trató de hacer

lo mismo, pero el líquido espeso no le bajaba por la garganta—. Aquella tarde en que me avisaste, nada más verte por el pasillo del mercado, se me confirmó lo que ya sabía, que algo andaba raro. Yo tenía la mosca desde hacía días, un maldito gato negro no se iba del puesto y Reme no pasaba tanto tiempo sin verme o sin mandarte a contar qué ocurría. Esa mañana mi padre, siempre cuidadoso, puso el pan boca abajo y, cuando te vi aparecer, pálida y mirando al suelo, ya lo supe de verdad, algo no andaba. Tú hablabas y yo ya no oía, por eso te dejé ir sin más, por eso ni las gracias te di. Tardé mucho en volver a ser el de antes, no sé si lo he vuelto a ser… Me mataba a trabajar, en el campo, en el mercado, para no dar lugar a la congoja. Mi padre murió a los meses y más que me tuve que matar, si no quería que también mis hermanos se murieran, pero de hambre. Como ves, solo me rodeaba la muerte y pensé que era yo, que estaba gafado. Así un año y otro, hasta que apareció la Juana. Nunca me gustó. Era grande y poco agraciada. Lo mejor que tenía es que era limpia y cantaba bien. Eso me alegraba. Olía a mercado, su padre arreglaba zapatos también en la plaza, y eso no me gustaba. El olor a verdura amontonada a veces se parece al de la basura. No lo pensé mucho, iba ya juntando años, y me casé, y enseguida esperamos un hijo; si era un varón se iba a llamar como yo, y si era niña, Remedios. Pero nació muerto y su madre también se fue en el parto y eso no lo vi venir, ni gatos negros ni panes ni nada de nada. De esto hace cuatro años y, otra vez, rodeado de penas. —Ismael calló un instante y volvió a probar el chocolate, seguramente para que le entrara algo dulce en el cuerpo—. Ya no quiero más condenas, Mila, ya no quiero más, y por eso te busqué. Tengo dinero para los dos y para los hijos que vengan, no tendrás que trabajar más, solo en la casa. Lo tengo todo pensado, Mila…

—No pienses tanto, Ismael… —lo interrumpió ella—, tú creerás que a la tercera va la vencida, pero las cosas no son así. Hace diez años que no sé de ti y, además, Reme se me fue por tu culpa, y yo eso no lo olvido. Sin tú querer, vale, pero por tu culpa igual, por hacer cosas que nadie te manda y menos fuera del matrimonio, que ella era una niña. —Milagros cogió carrerilla, separaba los labios y las frases le salían solas, no sabía bien de dónde, se le atropellaban en la boca y

las escupía sin más—. Reme era mi hermana, mi hermana en todos los sentidos de la palabra, era mi alegría y tú me la quitaste y ahora vienes a que yo la reponga en tu vida porque en la mía ese hueco no se llena y menos contigo, ¿quién te crees que soy yo? ¿Una muerta de hambre que iba a estar esperando a que la vinieras a salvar? Estás muy equivocado, Ismael, la vida te ha tratado mal y bien que lo siento, pero por mí te puedes meter tu puesto en el mercado, tus hijos y tu chocolate por donde te quepan. Soy una mujer de veinticuatro años y ya no estoy para que me cuenten cuentos. Esa parte de mi vida se murió con Reme, la mataste tú.

Milagros casi no podía ver, del mismo modo que su boca soltaba palabras y más palabras, sus ojos echaban agua. Se levantó del sitio y, más por instinto que por otra cosa, salió del local y echó a andar hacia cualquier lado. Ya no llovía. Toda el agua del mundo estaba ahora brotando de su cuerpo. Encontró un banco de piedra y se sentó a dejarse fluir, a soltar los gemidos agarrados al pecho durante tantos años.

Al rato se calmó, se secó la cara y empezó a caminar hacia la casa de su padre. Confiaba en que el aire le borrara las huellas de la chocolatería de la cara.

15

Sopa crema Bagration

Hay mujeres que cuanto más paren más tardan en recuperarse, pero María no era de esas, le pasaba justo lo contrario. Daba a luz y casi ni entuertos tenía, en escasas jornadas el bebé pasaba a manos del ama de cría y ella retomaba su vida tal como la había dejado unos meses antes, hasta con la misma ropa.

En esta ocasión, además, se había permitido, con el nombre de su bebé, Víctor, hacer un homenaje velado a uno de sus grandes admirados, un romántico que le aliviaba los desvelos, el autor de *Los miserables*, y eso la tenía exultante.

Así, cuando, a finales de agosto, llegó la carta lacrada que portaba la invitación al cumpleaños del primo de Ramón, Joaquín Ignacio de Arteaga y Echagüe, XVII duque del Infantado, para el sábado día 10 de septiembre, cinco después de la efeméride real, a María se le dibujó una sonrisa y ni por asomo se le ocurrió que su condición de recién parida pudiera estropearle ni el convite ni el viaje a Madrid. Por supuesto, no faltaría a tan insigne cita.

Mariano había comentado, semanas atrás, la llegada de gramófonos de aire caliente a su tienda, tras una gestión que narraba como logro propio. Estaban recién comercializados y muy demandados en toda Europa, los había patentado un ingeniero escocés, Stirling, y el motor, que funcionaba como una máquina de vapor, los hacía tener una autonomía de hasta doce horas. María siempre pensó que para qué tanto, pero nunca lo confesó en alto, lo cierto es que el motofón, como lo llamaban, estaba causando furor y fue eso lo que decidieron regalarle al duque. Uno con la caja de roble y bocina lacada en azul en su interior y decorada con flores pintadas a mano.

Con el artefacto bien embalado y colocado como buenamente se podía en el cubículo del coche, salió el matrimonio Echagüe hacia la

capital.

Nada más entrar en el magnífico Castillo de Viñuelas, Isabel Felguera, la esposa del duque, siempre tan atenta, los saludó cariñosa:

—María, querida, ¡hay que ver qué bien te has quedado, en nada! ¿Cuánto tiene vuestro último hijo? ¿Apenas un mes? ¡Estás fantástica! —Se alejó un paso para admirarla—. Sácale el secreto, Ramón, a tu mujer, y me lo cuentas, por favor. —Rieron los tres.

—¡Tú sí que estás fantástica, Isabel! —replicó María—. Yo lo que hago bien es elegir los atuendos que disimulen.

—Bueno, qué modesta, no tienes por qué… Aunque estoy de acuerdo contigo en que ese… Poiret, ¿a qué sí? Es una obra de arte.

Isabel les indicó dónde estaba su marido y, de camino a saludarlo, encontraron un cartel sobre un atril que contenía el menú que degustarían:

LISTA
Sopa crema Bagration.
Pequeñas tartaletas Helder.
Filetes de lenguado Cavalieri.
Pularda de Francia a la Indiana.
Espuma de hígado de ganso en Bella Vista.
Ponche Marquesa.
Centro de solomillo mechado asado a la Inglesa.
Ensalada a la Arlequín.
Espárragos finos con salsa Tártara.
HELADOS
Biscuit glacé moka y *biscuit glacé* praliné.
Pastelería fina.

—Qué banquete tan delicado y exquisito, Ramón. ¿A quién tendrán ahora dirigiendo en sus cocinas? —comentó María a su marido.

—No creo que sea muy difícil averiguarlo, querida.

María habló con el duque para darle la enhorabuena por el nuevo título, para interesarse, con discreción, por cómo seguía la familia tras el fallecimiento del patriarca y, desde que la conversación giró

hacia el motofón y las precauciones que había que tener para que el artilugio no terminara en incendio, entendió que las normas de cortesía y protocolo la liberaban de la charla y fue a saciar su curiosidad real.

Isabel departía con amigas comunes, así que María se acercó al corro con confianza y, desde que pudo, metió cuchara:

—Acabo de ver el menú con el que nos deleitarán, ¡qué maravilla! Un diseño atemperado con un guiño a casi toda Europa y también muy español… Obra de un gran equilibrista, sin duda —rio junto con Isabel y las dos acompañantes.

—Me alegro de que aprecies su trabajo, María, querida. Verás cuando degustes sus platos, es un maestro.

—¿Se puede saber su nombre?

—¡Por supuesto! Pensé que lo conocías, Teodoro Bardají. —María quedó petrificada unos segundos—. Veo que sabes de quién hablo —bromeó Isabel.

—¡Faltaría más! Leo con fruición sus artículos en la revista de Doménech, *El Gorro Blanco*. Me interesa muchísimo su trabajo. Me encantaría conocerlo, Isabel, si no es molestia.

Cuando ya empezaban los invitados a levantarse de la mesa, Isabel fue en busca de María, para llevarla a la cocina. Ella, tan de mundo y tan segura de sí, contra todo pronóstico, se puso nerviosa. Una vez hechas las presentaciones, Isabel volvió al salón.

—Hasta hoy era una gran admiradora de tus artículos y recetas, las leo puntualmente en *El Gorro Blanco*. A partir de ahora lo soy también de tu destreza en la cocina y tu elegancia y cosmopolitismo a la hora de elaborar un menú.

—Muy amable. Me ha dicho la duquesa que es usted una persona muy interesada en la cocina, no solo en su degustación, sino también en elaborarla.

—Por favor, trátame de tú, yo ya lo hago… —Teodoro Bardají sonrió con una leve inclinación de cabeza a modo de asentimiento—. Sí, la cocina me interesa especialmente, desentrañar todas esas magníficas recetas llenas de palabras francesas y escribirlas de manera que las pueda entender cualquier mujer española, las cocineras de mi casa, sin ir más lejos, ¡y yo misma! Más de una vez

tuve que repetir una receta tres veces hasta que conseguí culminarla con éxito… Recuerdo especialmente una de lenguado. Algún día publicaré un libro en el que las explique paso a paso, no sé de qué manera, pero espero hacerlo; considero que es una labor muy necesaria.

—Desde luego que lo es, la animo…, te animo, perdón, a que desarrolles esa labor.

—Llevo dándole vueltas un tiempo, y cada vez estoy más convencida de la pertinencia de escribir libros e, incluso, de hacer escuelas pensadas para enseñar a cocinar a las mujeres de casa, no solo para profesionales. —Bardají asentía interesado—. Que los hombres piensan con el estómago es, a estas alturas, una obviedad, pero lo cierto es que quienes alimentan esos estómagos somos, normalmente, las mujeres, y es prácticamente imposible encontrar, al menos yo no lo he hecho, un recetario claro, que nos haga la buena cocina más sencilla. Echo a faltar un buen libro que nos allane el camino, que nos dé consejos, que nos guíe, desde cómo quitar las escamas o la piel a un pescado hasta la elaboración de una sofisticada y exquisita sopa crema como con la que nos deleitaste hoy.

—No puedo más que estar de acuerdo contigo, María. Aunque como escritor gastronómico procuro ser claro, es cierto que doy por sentados muchos conocimientos que el ama de casa común seguro que no tiene. Insisto, te animo en tu labor.

—Alguna vez he enviado, como lectora, alguna pregunta, y alguna receta a la revista de Doménech, que me han sido publicadas. —Bardají trató de disimular una mueca de asombro, pero no lo logró del todo—. Mantengo una relación epistolar ciertamente fluida con Pellaprat, una vez lo visité en su escuela, la Cordon Bleu, y con Escoffier; ambos son…, no podría decir amigos, pero tampoco solo conocidos. Me han ayudado con los menús de mis celebraciones familiares y yo a ellos con otras cuestiones.

—¿De veras? —Esta vez el asombro de Bardají fue imposible de disimular.

—Así es. Si te parece bien, también podríamos empezar nosotros a escribirnos misivas gastronómicas. Seguro que encontramos temas

de común interés sobre los que conversar.

—Sería un placer. Ya tienes mi dirección, puedes enviarme las cartas a la casa de los duques.

María abandonó la conversación satisfecha y convencida de que era el comienzo de una larga amistad. No se equivocaba. Nada más volver a su casa escribió la primera carta.

Encontró a Ramón fumando en el jardín, hablaba con su joven primo, Fernando Ortiz de Echagüe, que preparaba un viaje a Buenos Aires con la intención de trabajar en un periódico.

16

Foie gras

—Esto es solo un adelanto de tu regalo de cumpleaños, querida. —Ramón levantó su copa de champán y brindó con su mujer.

—Gracias, Ramón —sonrió María—. Volver a Londres, después de tantos años, me está sentando de maravilla.

El restaurante del hotel Carlton, ubicado en el Salón de las Palmeras, rebosaba animación y glamur. Los comensales lucían sus mejores galas en medio de aquel espacio que parecía importado del trópico, en el que las lámparas de araña daban una luz casi natural sobre los árboles caribeños. Sonaba una orquesta traída de San Luis, de Estados Unidos.

Auguste Escoffier volvió a acercarse a la mesa del matrimonio.

—¿Cómo salieron las ostras gratinadas al champán? —preguntó—. ¿Y el *foie gras*?

—Inmejorables, querido amigo —se apresuró a contestar Ramón.

—¡Qué texturas! —intervino María admirada—. El *foie gras* se deshacía en la boca.

—La ensalada de anchoas y pimientos y los calabacines rellenos llegan enseguida. El cordero con salsa de menta está marchando, igual que el pollo Marengo.

—Muchas gracias, Auguste, querido. —María hizo una pausa—. Quería decirte que traje un ejemplar de *El libro de los menús*, lo acabo de adquirir, me gustaría que me lo dedicaras. Tengo muchas esperanzas en él, ¡creo que sé de memoria las cinco mil recetas de tu «guía culinaria»!

—Será un honor firmártelo, María, ya lo creo que sí. Espero que te guste —afirmó complacido el cocinero—. Estoy preparando otro, ya está avanzado, se llamará *El cuaderno de notas del gourmet*.

—¿Cómo tienes tiempo para todo? Haces magia con el reloj. Sobre todo, me intriga cómo consigues sacar tantos platos diferentes de

manera tan diligente, en minutos…

—Eso se logra como todo en la vida, con or-ga-ni-za-ción, no hay otro secreto. Mis cocinas son como una maquinaria de relojería, nunca mejor dicho.

—Lo creo, Auguste, si no, no hubiera sido posible que sacaras menús a la carta. Ni Ramón ni yo los habíamos visto antes de conocerte, me parece una manera especialmente inteligente de regentar un restaurante, creo que así será toda la comida del porvenir: individual. Me resulta absurdo el congregar a un número determinado de comensales alrededor de una mesa y obligarlos a ingerir los mismos alimentos a todos, eso por fuerza tiene que desaparecer. —Ninguno interrumpió el discurso de María—. ¿Cómo no se ha comprendido aún que es tan estúpido el imponer los mismos alimentos a individuos cuyos estómagos, gustos y organismos difieren? ¿Cómo sería obligarles a calzar a todos la misma horma de zapato?

—Ja, ja, ja, qué ocurrencias tienes, María, ¡calzar todos la misma horma de zapato! —intervino Ramón.

—Eso sería muy incómodo, desde luego —aportó el cocinero—. Sin embargo, estoy de acuerdo en que también lo es el tener que comer todos igual. Por eso hace once años que instauré, en este mismo restaurante, el menú a la carta, en 1899.

—¡El siglo pasado! —enfatizó María, y todos rieron su ocurrencia.

Terminaron sus platos, sin adornos superfluos, sin peso inútil, sin guarniciones incomestibles, y con los postres, una tarta Waldorf y unos relámpagos de chocolate y vainilla, volvió el cocinero.

—La copa, si gustan, la pueden tomar en el salón de baile. Hoy tenemos a la famosa espiritista miss Sinclair, condesa de las Orcadas, de Escocia. Escogerá a seis personas de las que allí se encuentren para una de sus sesiones. Si quieren probar… —Se hizo un silencio en la mesa. María y Ramón se miraron.

—¿Probamos, querido?

—¿Te hace ilusión?

—Me pica la curiosidad…, alguna vez pensé en visitar a Madame Blavatski.

—Entonces, esta es tu oportunidad. Vayamos pues y que sea la

fortuna la que decida.

El salón de baile, seguramente llamado así por alguna razón, aunque no era evidente, estaba decorado con sillones y sofás Chesterfield, dispuestos alrededor de mesitas bajas de cristal, con apliques dorados. Era este, el dorado, un tono muy abundante en aquel espacio. Un gran piano de cola negro, con pianista incluido, y alfombras persas sobre un suelo de mármol muy veteado remataban la estancia. El matrimonio tomó posesión de un extremo de un sofá y un sillón. María degustaba una copa de champán y Ramón un *whisky* añejo. Solo habían transcurrido unos minutos, cuando una pareja formada por una señora de atuendo impecable y joyas magníficas, que debía rondar los cuarenta años generosos, y un joven que rozaba los veinte se sentaron a su lado. Con un deje al hablar ilocalizable y un desenfado impropio de la educación británica, se presentaron.

—Buenas noches, señores, ¿podemos acompañarlos en la espera? —preguntó ella.

—Faltaría más. —Ramón se levantó y les hizo un ademán de cortesía—. Será un honor.

—¿Puedo preguntarles de dónde provienen ustedes? Su acento, su impronta… me hacen pensar que no son de estas tierras frías. —La señora sonrió de forma amplia y posó las manos sobre su regazo, dejando a la vista un anillo de oro blanco labrado, con un gran zafiro y varios diamantes. Ramón y María sonrieron también.

—Somos españoles, del norte, del País Vasco. Mi mujer, María, y Ramón Echagüe, a su servicio.

—Oh, el País Vasco, qué exótico, tierra de navieros también. Yo soy Julia Ismay y este chico tan bien parecido es mi hijo, Henry. Encantados. —El chico inclinó ligeramente la cabeza y su madre continuó hablando—. ¿Y han venido de tan lejos para ver a miss Sinclair?

—Oh, no, no, de hecho, acabamos de saber que estaría hoy aquí y hemos venido a probar suerte.

—¡Ah! Ya solo eso es una suerte y una señal.

—Mamá ve señales en todo, por eso estoy yo aquí hoy, para desenmascarar a la farsante.

—No digas eso, Henry, no predispongas a estos señores tan agradables, que no tienen culpa de tu incredulidad. —Dirigiéndose a María y a Ramón expresó—: Mi hijo no cree en los espiritistas, él solo se rige por la razón, como buen ingeniero, cuando la realidad es que lo desconocido y las cosas inexplicables nos rodean y hacen que la vida sea verdaderamente lo que es, una aventura apasionante, ¿no lo cree usted, María?

—Bueno, no tengo una opinión muy formada al respecto, Ms. Ismay, me mueve sobre todo la curiosidad, las ansias de saber, pero, desde luego, no estoy en absoluto cerrada a la comunicación con el más allá.

—¡Qué sabias sus palabras, querida! Eso le digo yo a Henry, que no se cierre a la posibilidad.

—¿Y son ustedes de Londres? —preguntó Ramón esperando una respuesta negativa, tenían un acento extraño.

—No, señor, yo soy americana, de Nueva York, pero mi marido nació en Liverpool, aunque su familia proviene del norte de Inglaterra, muy cerca de Escocia. Los negocios los hicieron ir al sur —y bajando la voz añadió sonriente—, por fortuna.

La charla animada hizo que la medianoche los cogiera por sorpresa. Entonces dejó de sonar el piano y apareció miss Sinclair. Medía algo más de metro y medio, era delgada, de cabello corto, claro y ondulado, vestido beis, sencillo, grandes collares de colores, que sonaban al chocar unos contra otros al andar, y anillos, algo estrafalarios, en casi todos sus dedos. Se paró al lado del piano, y con voz sosegada, nada teatral, pronunció:

—Buenas noches a todos. Muchas gracias por venir. Esta será una velada especial, tenemos a los planetas alineados y hay fuerzas que me han comunicado que habrá seis elegidos entre los presentes, personas de vidas azarosas a las que transmitir mensajes. Les pido silencio, los iré tocando en el hombro cuando me llegue la vibración correcta y, entonces y solo entonces, por favor, abandonen esta sala por la puerta principal. Allí nos reuniremos para acceder a un espacio más recogido, donde podamos escuchar lo que tienen que decirnos.

Las luces se atenuaron y miss Sinclair cerró los ojos, echó la

cabeza para atrás, después para delante y su cuerpecillo empezó a temblar, igual que sus collares. El silencio sepulcral del salón permitía escuchar los choques de las cuentas de sus abalorios casi como si fuera una melodía de percusión africana. Pasados unos segundos, mutada la expresión de su cara, empezó a caminar en círculos por el centro del salón. Se paró en seco y se dirigió hacia uno de los grupos de sillones donde había, entre otros, un hombre, unos años más joven que Ramón, de aspecto tímido, repeinado y con gafas menudas. Lo tocó en el hombro, por la espalda, el señor se giró.

—Oh, gracias, señora, pero en realidad yo no he venido para…, solo para acompañar… —la médium, con la vista perdida, lo volvió a tocar en el hombro—, no, verá…, muchas gracias, pero yo…

Miss Sinclair le arrugó la chaqueta al zarandear con fuerza la tela del hombro. El joven se levantó y fue hacia la puerta principal. Ella continuó su deambular, eligió a una señora mayor, con dificultades al caminar, a la que acompañó una chica joven que le hacía de muleta. Tocó el hombro a otro caballero de gran bigote y porte atlético, quizá de la misma edad que el anterior, pero de aspecto bien diferente, y se dirigió, sin titubeos, al grupo de María y Ramón. Tocó el hombro de miss Ismay y de su hijo, que, en silencio, se levantaron apresuradamente para ir a la puerta principal, e hizo ademán de abandonar la zona, pero, antes de dar el giro completo, retrocedió, se agachó sobre María y le rozó el hombro. Con el corazón a punto de salírsele del cuerpo, miró a su marido, que le hizo un gesto de aprobación, y fue a reunirse con los elegidos.

Miss Sinclair necesitó unos segundos para volver en sí. Los pasó sentada en la banqueta del piano. Respiró hondo, recuperó su expresión original, aunque con signos de agotamiento, y fue a reunirse con el grupo que, aparentemente, ella misma había seleccionado.

—Buenas noches, de nuevo. Ya estamos todos. Por favor, acompáñenme.

Miss Sinclair iba delante de la comitiva, con paso ligero, junto a una joven robusta, su ayudante, aunque después supieron que las malas lenguas aseguraban que no era solo eso. María la seguía junto

a sus nuevos amigos. Detrás, el resto. Hubo que aminorar el paso, pues la señora mayor no podía seguir el ritmo.

Llegaron a un salón de dimensiones mucho más humildes, una de las tantas estancias privadas del hotel. Había ya una mesa redonda dispuesta en el centro, con ocho sillas alrededor, y varias más a un costado del cuarto. Moqueta de color granate y grandes cortinajes de terciopelo del mismo color.

La ayudante de miss Sinclair los invitó a pasar y sentarse. A la chica que hacía de muleta, le señaló una de las sillas del costado. Les rogó silencio. La ayudante y la médium también ocuparon su lugar en la mesa. Los invitados se miraban, mudos, con expresión nerviosa. Sin preámbulos, empezó.

—¿Quién está ahí? —preguntó miss Sinclair, para, seguidamente, repetir el ritual del salón de baile: con los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás, después hacia delante y empezó a temblar.

—El conde de Saint Germain… —se contestó a sí misma miss Sinclair con seguridad, expresión seria y voz masculina.

—Oh, Saint Germain fue quien me dijo que tenía que hacer este encuentro, estamos aquí a petición suya —les explicó miss Sinclair a los invitados, con su voz habitual—. Te escuchamos, maestro Ray Sol. —Seguidamente cerró los ojos. Respiró de manera profunda, se dirigió hacia el señor de bigote y en un francés exquisito e imperativo, con voz de hombre, pronunció—: Tiene usted que seguir apoyando a la señorita Gabrielle Chanel… —Miss Sinclair volvió a su timbre y a su idioma—, espere, espere, que pierdo la voz del conde… Me dice que la apoye, insiste en eso, dice que crecerá y crecerá, que va a florecer, que el mundo hablará de ella, que el mundo necesita belleza y eso es lo que ella trae, que la apoye, que la belleza es inherente a nuestra naturaleza…

Ante la mirada atónita del resto, miss Sinclair dejó de hablar, cerró los ojos y bajó la cabeza. Su ayudante le acercó un vaso de agua. Bebió. Abrió los ojos y se dirigió a los Ismay, madre e hijo, en inglés, la voz, de nuevo, masculina.

—Veo frío, mucho frío, muchos muertos, en el mar. Veo lujo y una orquesta y otra vez el mar y más muertos… ¡Por favor, no nos dejen aquí! ¡Por favor, por favor! —Miss Sinclair hiperventilaba, su

ayudante se levantó, le puso las manos sobre los hombros y ella se dejó hacer. Se tranquilizó, cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Miss Sinclair, por favor, continúe, no podemos quedarnos así, ¿muchos muertos en el mar? Mi marido es armador, ¿qué ocurre? —preguntó espontánea y preocupada Ms. Ismay.

—Ocurre una tragedia de dimensiones colosales —Miss Sinclair no dudó en su respuesta y ya no dijo más al respecto. Pasados unos segundos se dirigió a María, esta vez en español—. Ha tenido un hijo recientemente…, veo algo literario en él, veo libros a su alrededor, no de su hijo, alrededor de usted…, tendrá más hijos, dos…, mujeres…, veo comida, comida y guerra…, comida elegante…, usted no está en su casa…, veo muebles y comida y libros y guerra…

María se quedó petrificada. Incapaz de hablar, de pensar, casi de ver. Por un momento creyó que le daría un vahído, mientras la médium se dirigía a la señora mayor cerró los ojos, juntó fuerzas, apaciguó su respiración y logró reponerse. Miss Sinclair, que ya no abandonaría el inglés, terminó con la anciana y se dirigió al señor de aspecto tímido, el que no quería participar. Con voz rotunda le explicó:

—El mensaje más valioso es para usted, sir Arthur Stanley Eddington.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿Dónde está el truco? ¡Yo no creo en patrañas! ¡Y, además, no soy sir! —La ayudante de miss Sinclair le hizo un gesto para que mantuviera silencio.

—Lo será —sentenció miss Sinclair, y prosiguió—. Su labor en la historia de la humanidad será vital, divulgará el trabajo de uno de los grandes genios de esta era y confirmará su teoría. La ciencia dará un salto cualitativo insospechado y su gestión como presidente del Observatorio de Cambridge pasará a los anales de la historia…

—Bueno, bueno, ya está bien, usted lo confunde todo, yo no soy el presidente del Observatorio de Cambridge, trabajo en el de Greenwich…

—Lo será —repitió miss Sinclair—. Una cosa más: desde las estrellas le agradecemos su trabajo.

Como si la hubieran apagado girando un aplique, miss Sinclair dejó de hablar y, abatida, desinflada, recostó el torso sobre la mesa. Su

ayudante se levantó y les indicó a los asistentes que abandonaran la sala. En silencio, unos tras otros, fueron saliendo. Ramón esperaba a María en el salón de baile, eran pasadas las dos de la madrugada.

—Querida, estás pálida, ¡cualquiera diría que has visto un fantasma! Ja, ja, ja…

María no le siguió la broma.

—Necesito descansar, Ramón. Mañana, cuando ordene en mi cabeza lo que he vivido, te haré partícipe de ello.

María no volvió a ver a ninguno de sus compañeros de mesa, tampoco a Ms. Ismay ni a su hijo. Solo supo algo de ellos un par de años después, cuando se hundió el Titanic y su marido fue el centro de un gran linchamiento social y mediático.

A la mañana siguiente, María se despertó con dolor de cabeza. Ramón pidió una aspirina en la recepción y su mujer permaneció en cama hasta mediodía. Aunque se levantó, decidió comer algo frugal en su *suite*. Ramón la acompañó.

—Ha sido una experiencia impactante, Ramón. Miss Sinclair hablaba en varios idiomas, con voz de hombre, nos decía cosas diferentes a cada uno y terminaba agotada tras cada alocución, fue extraño…

—¿Te dijo algo de relevancia? ¿Algo creíble?

—Me dijo muchas cosas, algunas raras… Me dijo que tendría dos hijas más, y que a mi alrededor veía libros, una guerra, comida, ahí sí acertó, comida elegante, dijo.

—¿Comida elegante? Sí que acertó, María, ni que te conociera.

—Al señor que no quería ir con ella, al primero que escogió, le dijo su nombre completo y lo trató de sir y cuando él respondió que no lo era, le dijo, muy seria, que lo sería.

—Qué extraño todo… ¿Y a ti te dijo algo más?

—Espera que recuerde… Me dijo que hacía poco que había tenido un hijo y que lo veía literario, no sé, Ramón, pensé que Víctor era un buen nombre, pues bien podría ser un homenaje a mi admirado Víctor Hugo, pero ¿cómo va a saber ella eso? ¡Si ni siquiera te lo dije a ti!

—¿Y del futuro, querida, no recuerdas nada más?

—Me dijo cosas que no entendí, que no me veía en casa, y repitió

lo de la comida y lo de la guerra… ¡Ah!, y que veía muebles…

—Muebles… y guerra…, no sé, es extraño, sí…

—No le veo sentido.

—Aunque lo de los muebles igual hace referencia a Mariano. Desde que trajo los gramófonos que han tenido tanto éxito, le estoy insistiendo en que se independice y monte una tienda por su cuenta, que yo me asocio con él, tiene talento y lo desperdicia.

—¿De verdad le has dicho eso?

—De verdad.

—¿Y no será esto una señal, que diría Ms. Ismay?

—Cualquiera sabe…

17

Becadas a la Périgueux

Bilbao, lunes 16 de enero de 1911

Estimado Teodoro:

La vuelta de Londres, cuando encontré tu carta, se me juntó con mi cumpleaños y con la Navidad, por eso, hasta ahora, bien pasadas las fiestas, no he tenido tiempo de sentarme a escribirte con sosiego.

Para mi cumpleaños Ramón organizó un viaje a San Sebastián, con los niños, y también vinieron mi hermana y Mariano. Fueron unos días muy bonitos, pero volvimos agotados. Menos mal que soy mujer previsora y no dejé para el final la cena de Nochebuena. De hecho, llevaba ensayándola desde mitad de septiembre, junto con mis chicas, así llamo yo, a veces, de manera afectuosa, a la cocinera que trabaja en casa y sus ayudantes.

Como te decía, al volver de Madrid, me puse a hojear revistas antiguas de tu amigo Doménech y encontré un banquete que me inspiró, lo hice a mi mano y empezamos a ensayar. Como te comenté cuando nos conocimos, faltan recetas claras que expliquen la cocina a las que no somos profesionales, así que no me quedó otra que regalar al servicio unos cuantos capones secos y becadas carbonizadas, hasta dar con los tiempos de cocción exactos.

Finalmente, mi lista, que fue muy alabada por todos los comensales, consistió en:

Entremeses variados
Ostras verdes de Marennes
Canelones a la Rossini (Doménech escribe canelonis, pero habiendo palabra española no encuentro razón para escribir en italiano)
Jamón en dulce glaseado
Medallones de solomillo con setas
Timbalitos de langostinos
Becadas a la Périgueux

Capón del Prat trufado
Ensalada a la Rusa
Biscuit glacé
Turrones y dulces de Navidad

Soy consciente de que de Navidad tiene solo los dulces, pero tuve ganas de innovar, espero que te haya parecido acertada mi elección, ya te digo que en casa quedaron encantados.

Otro día te contaré lo que comimos en Londres en el restaurante de Escoffier; es tan delicado y a la vez tan natural. Me encanta, simplemente.

Y, antes de despedirme, quería compartirte una reflexión, que he tenido la oportunidad de corroborar, una vez más, en estos días que pasamos en San Sebastián, como bien sabes, tierra de grandes comedores.

Una observación que tengo hecha y que siempre me ha extrañado es cuánto les cuesta a las personas confesar que son voraces y, en cambio, con qué naturalidad dicen «me gusta beber». (Bien es verdad que aunque no lo dijeran…).

Es también sorprendente la importancia que se le da al oído en parangón con otros sentidos.

Una dama dirá: «¡Qué hombre tan interesante! ¡Qué oído tiene! ¡Es un gran músico!».

En cambio, de un voraz, dirá: «¡Qué hombre tan material! ¡No piensa más que en comer!».

De modo que todos se vanaglorian de amar la música —aun cuando la aborrezcan—, y en cambio todos se avergüenzan de ser golosos, ¿por qué? Yo opino que es necesario tanto sentido artístico para apreciar las excelencias de un buen manjar como para «soportar» música clásica, y que se han dado muchos casos de músicos que dejando aparte su arte eran bobos, y que no se ha dado el caso de que un *gourmet* lo fuera (no hay que confundir *gourmet* con tragón).

Muchos poetas han cantado al vino y ninguno a la comida, y si se han ocupado de ella ha sido para satirizarla: *El banquete de Trimalción* de Petronio, *Gargantúa* de Rabelais, *Las bodas de Camacho* de Cervantes, *La comida burlesca* de Boileau…

A mí me indigna; en ello veo mucha hipocresía, pues para vivir hay que comer. En cambio, ni el vino ni la música son indispensables para ello.

Querido Teodoro, espero tres cosas: tu parecer al respecto, que compartas

mi opinión y tu carta de regreso.

Con afecto, tuya,

MARÍA

Madrid, 5 de marzo de 1911

Estimada María:

Aprovecho este domingo, con la paz que reina en mí, tras la misa de once, para contestar tu interesante reflexión, con la que no puedo estar más de acuerdo. Aprovecho también que me voy encontrando mejor, tras varios días en cama por una gripe.

Pienso que este menosprecio de la cocina, en virtud de otras artes, puede deberse a lo efímero de su naturaleza. Así, ciertamente, opino que la cocina es el más ingrato de los oficios; cualquier otro obrero tiene el mínimo consuelo, la pequeña vanidad que conforta el espíritu, de poder contemplar su obra, buena o mala; el cocinero tira todos los días por la ventana el fruto de su trabajo y, con él, pedazos de su espíritu, que nadie recoge y que todos olvidan, y, sin embargo, ¡cuántas inquietudes y cuántas horas de lucha y de trabajo hay en algunas pequeñeces que pasan inadvertidas!

Confío en que seamos capaces, todos los que amamos y apreciamos el producto de los fogones, de ir cambiando esta tendencia y dar a la cocina, y todo el rito que lleva aparejado, el lugar que se merece.

También sigo estando de acuerdo contigo en que un recetario explicado para mujeres de su casa es una idea excelente. Yo, por mi parte, tras nuestra conversación, me he animado a empezar la recopilación de recetas de cocineros de alto rango. Su objetivo es bien distinto al de la publicación que sigo animándote con fervor a que emprendas tú, pero, a partir de nuestra conversación, me pareció un buen gesto hacerte partícipe. Es un proyecto incipiente, aunque proyecto al fin.

En cuanto a la lista de platos elegida para tu cena de Nochebuena me parece muy completa y ambiciosa, me alegro de que te haya quedado como dices, no es una selección sencilla. Solo lo lamento por esos pobres capones secos y, sobre todo, esas becadas carbonizadas, la considero la más exquisita de todas las aves comestibles.

Dadas nuestras ocupaciones, y la parsimonia de Correos, no espero respuesta por tu parte antes de Semana Santa, por lo que te deseo que la pases dichosa, en compañía de los tuyos.

Tu amigo,

TEODORO BARDAJÍ

Bilbao, viernes 7 de abril de 1911

Estimado Teodoro:

Te escribo con premura para sorprenderte, la próxima será la Semana Santa, aunque, pensándolo bien, por más que escribo antes, no te llegará esta misiva hasta bien pasada esa fecha, con lo que estabas en lo cierto.

Me preocupó un poco esa gripe de la que hablas, solo rozando el tema. Espero que te hayas recuperado totalmente, pues ya se sabe que una gripe mal curada puede arrastrar síntomas durante meses. Estoy segura de que ya lo sabes, pero no por ello voy a dejar de decirte que los caldos, en general, y los de gallina, en particular, son pócimas excelentes, tanto como una buena medicina.

Estuve hablando, en mi reciente viaje a Londres, con Auguste Escoffier sobre la conveniencia de la comida individual, incluso como remedio para muchos males. En teoría, a mí no me cabe duda alguna, otra cuestión sería si es practicable hoy en día; pero cuando el progreso sea que cada uno pueda cocinarse por sí mismo, o acudir a centros alimenticios instalados científicamente, entonces habremos dado un gran paso.

Prejuzgo que más adelante (¿cuándo?, no lo sé) todos tendrán instrumentos especiales, que les comunicarán diariamente su estado sanitario. Un termómetro gástrico informará cada mañana del régimen a seguir: lácteo, vegetariano o graso; otro dirá si será necesario o no reposo; etc.

No nos burlemos, que con el tiempo ha de parecer esto tan natural como hoy día tomarse la temperatura o la tensión arterial… Nadie podrá ejercer el oficio de cocinero si no está capacitado para ello con una preparación científica; en fin, que andando el tiempo los «jefes» serán químicos, y las cocinas, laboratorios.

¿No estás de acuerdo, Teodoro?

Tenía la intención de escribirte una carta poco extensa, no hay grandes novedades por este norte, más que mi marido come casi a diario en la Sociedad Bilbaína con mi cuñado, Mariano Lapeyra, pues andan ideando un negocio de venta de muebles, ya tienen visto local, que se liberará a final de año, y están entrevistando al personal; pero finalmente siempre me lío con disquisiciones de distinta índole y termino escribiéndote verdaderos testamentos. Espero que sepas disculparme.

Con afecto, tuya,

MARÍA

18

Tortas de almendras y dulces

María se había levantado temprano y estaba desayunando en el comedor. Leonor, que entendió que aquella situación era una muestra evidente de que era el momento propicio para abordarla, pues desde el final del embarazo de Víctor lo habitual era que decidiera desayunar en la cama mientras ojeaba alguna revista, gastronómica o no, se asomó a la puerta:

—Me gustaría hablar con usted un momento, señora.

—Si es un momento, aprovecha ahora. Si no, acompáñame mientras me arreglo, que he quedado en San Vicente.

—¿Un miércoles irá a la parroquia? —A Leonor la pregunta le salió sola. Enseguida se dio cuenta de la espontaneidad—. Disculpe el atrevimiento.

—Tranquila, no es ningún secreto, es más, te concierne. Estamos preparando el mercadillo benéfico y seguramente me encargaré de hacer las tortas, había pensado algunas de almendras y dulces y otras de nueces y avellanas, fueron las que mejor funcionaron el año pasado. Ya seré más concreta cuando sepa los pormenores, para que me ayudes en la organización. —María paró un segundo, se hizo cargo de que había sido Leonor la que le había pedido contarle algo —. ¡Ay, Leonor! Empiezo a hablar y no paro, acompáñame mientras me acicalo, avisa a Idoia para que me vaya peinando, y hablamos, ¿o es confidencial?

—Idoia lo puede escuchar.

María se desenredaba el pelo aún en salto de cama y remataba el recogido una vez vestida. Mientras Idoia procedía con la primera operación Leonor le contó:

—¿Sabe usted Carmenchu? La costurera que usted siempre dice que es muy fina. Le ha hecho arreglos en varios de sus vestidos más

elegantes, los que trae de Francia, y también ha cosido para los niños.

—Sé quién es, sí… Vamos, no la conozco, pero sí su trabajo, y alguna vez te he oído pronunciar su nombre. ¿Qué ocurre con ella?

—Ella es una mujer muy valiente y valerosa. Su marido trabajaba en los muelles, hombre serio y cumplidor. De tanta carga a la espalda, se la partió. —María hizo una expresión de desagrado—. Más de quince años lleva en cama con dolores apaciguados a base de licor, que es en lo que ella gasta, no se permite más. La desgracia la encontró con tres hijos y una más en la barriga; no le quedó otra que coser a todas horas, que es lo que ella sabía hacer. Los dos mayores están colocados en el puerto y algo sacan, usted sabe cómo es: cada día allí a las seis, haga el tiempo que haga, y si hay faena y te nombran, ese día cobras tres o cuatro pesetas, y si no, pues para casa de vuelta, o a ver si alguien necesita unos brazos en el mercado o de peón agrícola, que son las menos veces. La chica mayor lleva años en una casa y no se conoce una queja, y ahora queda la pequeña, que lee y escribe, habla con corrección y es rápida como el rayo con las cuentas…, ¡ah!, y agraciadita. Es la más espabilada, y dice su madre que no quiere entrar a servir. El otro día oyó hablar de que su marido y su cuñado quieren abrir una tienda y a ella le pareció que quizá yo podría hablar con usted para ver si pudieran tenerla en cuenta como dependienta. Dice la madre que ella le cosería vestidos a tono con la tienda, que por eso no tendrían que preocuparse.

—Bueno, ellos están entrevistando personal, no veo por qué no puede ir esta chica a que la valoren. En esta casa no somos seguidores de Moebius —Leonor la miró con extrañeza—, tenemos bien claro que las mujeres no padecemos ninguna inferioridad mental. ¿Cómo dices que se llama?

—Lourdes, la madre le puso así como ofrenda a la Virgen de los enfermos, a ver si ayudaba al padre, pero ni con esas.

—Le diré a Ramón hoy cuando vuelva. De todos modos, por la ropa que no se preocupe. Con lo mirado que es mi cuñado seguro que tiene uniforme pensado, y, mira por dónde, también podemos decirle que los cosa la madre.

—Gracias señora, será una gran ayuda para esa familia. De verdad que la merece, sobre todo la madre.

La habían citado a las cinco de la tarde en un bufete de abogados y a esa hora en punto llegó. Tenía un abrigo tres cuartos de tela de paño ligera, de calidad decente y hechura impecable. Un sombrero modesto, a juego con su atuendo, y los zapatos tan limpios como gastados. Encontró a otras dos chicas y dos señores, todos mayores que ella, ya sentados en la sala a la que la hicieron pasar; así que pensó que el trámite iría para largo. Sin embargo, la secretaria la llamó la primera, pasados unos minutos de las cinco. Entró al despacho de Ramón y allí estaban él y Mariano.

—Lourdes Durango, ¿verdad? —le preguntó Ramón y le hizo un gesto para que se sentara.

—Sí, señor.

—Eres la hija de la costurera de mi esposa —Lourdes asintió con la cabeza—, me ha pedido que te trate bien. —Ramón sonrió y ella también, pero muy tímidamente—. No estés nerviosa, solo te haremos preguntas fáciles.

—Disculpe, como vi que había más personas esperando no pensé que me tocara tan pronto y me ha cogido un poco de sopetón, pero se me pasa enseguida.

—Si hay más personas esperando es que se han adelantado o retrasado, así que ya va un punto a tu favor. La puntualidad es vital, siempre.

—No sé cuánto sabes del trabajo al que aspiras, así que te contaré, por encima, lo que tenemos entre manos —le explicó Mariano—. Abriremos a principios del próximo año una tienda de muebles de estilo inglés a precios económicos, aunque también los habrá exclusivos. Cogeremos las riendas del negocio que se encuentra en el local de la calle Estación, La Gran Bretaña, y lo rebautizaremos como Mapey, nos pareció un nombre sonoro que sale de la primera sílaba de mi nombre y la segunda de mi apellido. También será un espacio para hacer proyectos de decoración a medida. —Lourdes no perdía detalle—. Necesitamos a una persona que atienda a los

clientes, a los proveedores, la correspondencia… Alguien que esté conmigo en el local y que sea la cara al público. ¿Tienes alguna experiencia?

—Sé escribir y leer de corrido, sé las cuentas básicas, soy muy ordenada y escrupulosa con los dineros. Todavía no he trabajado mucho, ayudo a la dueña de la mercería que está por mi casa con sus cuentas, a ella no se le dan bien, y ella me va pagando cuando puede. También le llevo los mandados a mi madre. Ella cose y yo entrego la ropa. Aprendo rápido…

—¿Qué edad tienes?

—Para cuando abran la tienda ya habré cumplido dieciocho.

María llegó a la parroquia antes que las demás, el padre José la había citado a solas. Tenía una propuesta para ella:

—María, hija, había pensado, para darle un toque novedoso al mercadillo de caridad de este año, que además de tus dulces, que siempre se venden muy bien, ofrezcamos la posibilidad de que impartas, tú misma, unas clases de cocina, quizá de las tartas que vendamos. Todo lo que recaudemos, que seguro será bastante, irá a parar, por supuesto, a la beneficencia.

—Yo no tengo inconveniente, padre, pero necesitaremos una cocina.

—Claro, claro… También había pensado yo en eso. Podríamos hacer que se apuntaran y pa-ga-ran —aclaró el párroco— en tu puesto, durante ese día, y luego la clase se impartiera otro, la siguiente semana o cuando te venga bien. Podríamos hablar con la Sociedad Bilbaína, por ejemplo, tu marido que es socio seguro que tiene facilidades.

—Pero es un club exclusivo de caballeros, padre.

—Bueno, mujer, no seas tiquismiquis, ya me dirás que una mañana entre semana nos van a poner problema por eso…

—No sé, padre, le preguntaré a Ramón. Pero no anuncie nada hoy hasta que yo lo haya hablado con él.

—Descuida.

Una vez llegaron todas, unas doce mujeres de la alta sociedad

bilbaína, el padre las mandó callar, aquello parecía un gallinero, y sentar, y empezó la reunión.

—Buenas tardes a todas, esta reunión preliminar es para confirmar que puedo contar y de qué manera con cada una. —El padre José tenía un papel con varias notas hechas, a modo de guion. Fue nombrando a cada una y asignando puestos y tareas—: María Pilar Elejabeitia de Santana ha traído de Francia varios montones de flores de lavanda seca. Las chicas del taller han cosido saquitos pequeños para introducirla y dar olor en cajones y armarios. Este puesto lo atenderán María Pilar y una de las catequistas de la parroquia. María Mestayer de Echagüe cocinará distintas tartas de frutos secos para vender por porciones o enteras y ofrecerá la posibilidad de apuntarse a sus clases de cocina, que se impartirán otro día, casi seguramente, en la Sociedad Bilbaína. A estas clases podrán asistir, previo pago, todas las que quieran. —María inquirió al padre con los ojos, aunque enseguida se vio obligada a cambiar el gesto, pues había brotado de las mujeres un rumor de aprobación, parecía que todas tenían ganas de instruirse en repostería, y ella era el centro de las miradas—. Bueno, señoras, ya se apuntarán cuando abramos la inscripción, habrá sitio para todas. El puesto de las tartas lo atenderán María, su hermana Luisa y otra de nuestras catequistas.

Este era el evento que abría la época navideña. Los detalles de compromiso, los presentes para las más significadas del servicio solían resolverse en el mercadillo.

Antes de que llegara ese día, empezó la Navidad en el primer piso del número 1 de la calle del Amparo, perpendicular a Zabala, al lado de las vías del tren. Una vivienda estrecha, con ventanas de la misma descripción y tres habitaciones: una para el padre enfermo, otra para los dos varones y una tercera para la madre y la hija. Los días de libranza de la otra hija dormía en la cama con su hermana. Un recadero llegó temprano y tocó la puerta con la misma fuerza que las pisadas de los camellos de sus majestades de Oriente.

—¿Quiéééén? —preguntó la madre por la ventana.

—¡Cartero!

—¿*Pa* qué piso?

—¡El primero!

La madre entonces paró la faena y se asomó.

—¿El primero, dice?

—Aquí pone señorita Lourdes Durango Olagorta, ¿no vive aquí?

—Sí, sí. Salió a un recado. Bajo, pues, soy su madre.

El recadero le extendió un sobre sin franqueo, de color crema y papel verjurado. Con tinta negra había escrito algo de forma elegante, el nombre de su hija, intuyó Carmenchu. Aquello le quemaba en las manos y también en la mesa, pero como, de cualquier forma, no iba a saber lo que decía en su interior, lo dejó reposando hasta la llegada de Lourdes.

La madre oyó la llave en la puerta del portal y se echó a la escalera, sobre en mano. Lo blandió delante de los ojos de la chica y, sin mediar palabra, esta se abalanzó sobre él. Lo abrió en el rellano y sacó una cuartilla escrita, varios dibujos de mujeres y 30 pesetas.

—¡Con dinero! —exclamó Carmenchu sorprendida—. ¿Qué dice, hija, qué dice?

—Espere, madre. Entremos en casa.

—Si trae dinero han de ser buenas noticias, pues. ¡Virgen de Begoña! Seguro que serían buenas noticias. Anda y cuéntalas al padre también.

La habitación del padre estaba a oscuras, como siempre, y con un olor entre humedad, hierbas y alcohol, también como siempre.

—Anselmo —susurró la mujer portando una vela—, escucha, que la moza trae buenas noticias.

—¡Y tan buenas! —Aunque en la penumbra casi no se la veía, la sonrisa de Lourdes y el brillo de sus ojos eran como los de un niño, que no fuera pobre, el día de Reyes—. Dice la carta que voy a trabajar en la tienda de muebles del señor Lapeyra, que me esperan desde el dos de diciembre, que es lunes, para que ayude con el cambio y todo y me haga con la mercancía, que la tienda no abre hasta febrero o así del año que viene. Dice también que quiere que usted me haga varios conjuntos para vestir y por eso manda el dinero, para la tela, y los dibujos, para copiar los modelos. Son tres faldas y seis camisas. Dice que las faldas lisas y las camisas con tela como si fueran inglesas, ¿usted sabe qué quiere decir? —le preguntó

a su madre.

—Sí, con cuadros y flores pequeñinas. Espero encontrarlas, no son de uso común… Bueno, bueno, nos apañamos, eso seguro, ¡Virgen de Begoña! —Carmenchu no dejaba de mirar al cielo, ni las humedades veía.

—Pues eso, aquí en los dibujos se ven algunas con cuello redondo y otras con cuello abierto y con mangas abullonadas. Dice también que el resto lo pagarán cuando estén acabadas las prendas.

—¿Qué te parece, Anselmo? ¡Nuestra niña en una tienda fina! Eso sí que no lo esperábamos, ¿eh?

Carmenchu contagiaba con su entusiasmo, tanto, que Anselmo dibujó una media sonrisa y añadió:

—Bien, chica, bien.

Ramón abrió la puerta justo a la hora de comer. Desde la entrada, en voz alta, le dijo a su mujer:

—Marichu, De la Riva, el nuevo de la Sociedad Bilbaína, que por esta vez vale, pero que no lo andemos haciendo más, que solo le faltaba convertir el club en una academia, y encima ¡de mujeres!, bueno, eso lo añado yo, ja, ja, ja… —esperó a tenerla delante y añadió—, que si la cocina para que la señora dé sus clases, que si la hija de la costurera contratada, que si la costurera hace los uniformes… Tú no te debes ni poder creer la joya que te ha tocado por marido.

María rio con ganas y, ya en el postre, le sirvió una tarta de almendras y dulces, para que fuera degustando la receta que iba a impartir, gracias a su gestión.

19

Torta de plomo

Por más fuerte que le dio con los nudillos en la puerta no consiguió que la oyeran. Hasta que no se dejó ver a través del cristal del escaparate, no acudieron a abrirle. Había cuatro operarios que andaban amontonando colchones y camas. Uno de ellos fue el que se percató de su presencia y fue a llamar a Mariano, que estaba en su despacho, en la parte de atrás del local.

—Buenos días, Lourdes, de nuevo puntual.

—Buenos días, señor Lapeyra.

—Como ves, hemos empezado a desalojar el local de la mercancía antigua, casi no aprovecharemos nada para la nueva andadura. Hoy mismo viene el que será nuestro principal proveedor de muebles ingleses y franceses. Es el representante en España y Portugal de las mejores firmas, estará bien que lo conozcas, —Lourdes asentía—. Acompáñame, que te voy a enseñar mi despacho, que está también a medio desmantelar, y explicarte cómo tengo pensado distribuir la tienda. Cualquier sugerencia será bienvenida. —Le hizo un ademán para que ella fuera delante y aprovechó para observar el atuendo de la chica—. Esta falda tiene una hechura impecable y te sienta muy bien. —Lourdes notó cómo el calor empezó a brotar de sus mejillas. Mariano, ajeno, continuó—. No es necesario que uses la ropa de trabajo hasta que abramos la tienda, ahora hay mucho polvo y se puede estropear.

—Muy bien, don Mariano, me la puse hoy para que la viera, por si hay algo que quisiera modificar; pero no la usaré más. Cuando estén las demás, y las camisas, las traeré envueltas para su supervisión.

Lourdes pasó la mañana familiarizándose con el local y el género, a través de catálogos. Casi a la hora del almuerzo, un señor distinguido, delgado y alto, de bigote fino y cabello rubio, con maletín de piel, se asomó al escaparate. Muy probablemente

también se habría dejado los nudillos en vano.

—Buenos días, caballero. —Lourdes abrió la puerta.

—Buenos días…, casi tardes… —sonrió—. Íñigo Elejabeitia, el señor Lapeyra me está esperando, debe llevar un buen rato haciéndolo.

—Sí, enseguida lo anuncio. Disculpe el desorden.

Lourdes avisó a Mariano e hizo pasar al representante al despacho. Mariano salió a su encuentro y lo saludó con un abrazo.

—¡Qué bien te veo, Íñigo! Ya sé que anda en camino tu primer churumbel.

—¡Cómo vuelan las noticias! De hecho, mi retraso se debe a eso mismo. Marite se levantó descompuesta y no me dejó salir de casa hasta que llegó el médico. Ya sabes cómo es, histérica para todo, ¡imagínatela ahora! Espero que, una vez venga el bebé, se entretenga con eso, ¡madre mía!

—Seguro que sí.

Mariano le enseñó la tienda, le explicó su idea de distribución de los muebles en el espacio y le presentó a Lourdes:

—A Lourdes ya la conoces, es nuestra primera adquisición. —Le guiñó un ojo.

—Ja, ja, ja, ya he tenido el placer, sí.

—Encantada.

—Si te parece, pasamos a mi despacho un momento y luego te invito a comer en la Sociedad, vendrá Ramón también, y así hablamos más tranquilamente.

El despacho no tenía puerta, aún no había llegado la que había diseñado Mariano, por lo que las conversaciones solo eran confidenciales si el ruido exterior las superaba en volumen. A esa hora, los operarios estaban en el descanso de la comida. Lourdes también iba a despedirse hasta la tarde, se acercó a la habitación y, sin dificultad, pudo escuchar:

—¿Y Luisa sabe la joyita que has contratado, listillo?

—No la conoce todavía, pero no creo que ponga objeción, es una recomendación de su hermana.

—Bueno, bueno, si Marite la ve, ya te digo yo que me vuelve loco hasta que la ponga de patitas en la calle o ¡cierre la tienda! Ja, ja, ja…

—Ja, ja, ja. Sus razones tendrá.

—Tú lo has dicho, las tendrá… —Íñigo se quedó pensativo—, que voy a venir a verte a menudo es una realidad.

Lourdes se quedó petrificada, no se atrevió a dejarse ver en el vano, esperó a que terminaran la charla y salieran del despacho.

—¿Todavía por aquí, Lourdes?

—No sabía si quería que me quedara para algo.

—Por supuesto que no, puedes marcharte.

En el último momento, María pensó que quizá las seis tortas de almendras y dulces no serían suficientes, así que mejor añadir unas cuantas tortas de plomo; tenía mantequilla suficiente, si les daba forma de galleta sería más sencillo venderlas. A pesar de que Luisa le dijo que, como siempre, se excedía en las cantidades, no cambió de idea. Dejó a las cocineras terminando las de frutos secos y confitados, y le pidió a Leonor y a Milagros que dejaran sus quehaceres y se pusieran con la masa de la *galette de plomb*, para que reposara una hora antes de hornear.

Cocinaron veinte galletas de dieciocho centímetros de diámetro, ni uno más, ni uno menos. Diecisiete quedaron impecables y tres ligeramente abiertas en pequeños surcos. Las perfectas, una vez enfriadas, las mandó envolver en paños de hilo junto a las tortas de almendras, y las que no pasaron su criba, «esas se han abierto porque la pasta ha tomado correa, así resultarán amazacotadas, no se desharán en la boca», las regaló al servicio. Las chicas las partieron en pedazos y las tomaron, con un vaso de leche, antes de dormir. A todas les resultó un manjar de lo más delicado. Pensaron que quizá su saliva era más consistente que la de las damas de buena familia, pues ninguna tuvo la sensación de tener un bloque seco en la boca, todo lo contrario.

El coche dio dos viajes desde la casa de María al salón parroquial para que todas las tortas y galletas pudieran ir sin riesgo a quebrarse. Por el camino recogieron a Luisa y, a pesar del desvío, llegaron de las primeras. María había llevado un mantel blanco con hojas de muérdago bordadas sobre el que dispuso varios soportes

para tartas de porcelana y cristal tallado. En ellos, los dulces.

El padre José llegó antes de abrir las puertas al público, bendijo cada puesto y agradeció a cada una de las señoras, de apellido insigne, su dedicación y generosidad.

A primera hora no había mucho trasiego, así que las mujeres aprovecharon para abandonar sus puestos y hacer sus propias compras. María quería unas bolsas de olor, tanto para sus armarios como para tener un detalle con Leonor, además del aguinaldo.

—Hay que ver qué bonito te ha quedado el puesto, María Pilar, con esas ramas de lavanda tan bien dispuestas, y huelen…, mmm, fenomenal…

—Casi tan bien como tus tartas, querida. Estoy deseando apuntarme, también a mi cocinera, en el taller que vas a impartir.

—Ya tengo la lista abierta, ahora te apunto, ¿con una o dos cocineras vendrás?

—Pues mira, apunta a dos, que nunca está de más. En un ratito voy a visitarte, quiero comprar primero unos patucos de croché para el hijo de Íñigo…, bueno, o la hija, los compraré blancos.

—¡Es cierto! ¿Vendrá después con tu cuñada? Me gustaría darles la enhorabuena.

—No creo, la pobre Marite está teniendo un embarazo latoso, con fatigas y mareos. Sabes que aquí está sola, ella es del sur, y más que se agobia, pues. Dice que igual mandaba llamar a su madre o alguna hermana, yo trato de visitarla, pero, claro, no es lo mismo, y mi hermano es un hombre, y de los hombres, pues ya se sabe…, no se puede esperar mucho de ellos. Total, que no creo que se encuentre como para venir.

—¡Qué lástima! Bueno, si no viene, le mandamos un dulce, igual se alegra.

La mañana estuvo entretenida, el puesto de María vendió varias galletas y porciones de tarta. A mediodía volvió a casa y dio instrucciones a Leonor y a las cocineras para que hicieran más masa y hornearan otras tantas, de almendras y dulces y de plomo. Por más prudente y previsora que había querido ser, por más que Luisa la acusó de exagerada, no fue suficiente. Tal fue el éxito de su repostería que para el domingo casi no le quedaron almendras y

tuvo que hacer las tortas de nueces y avellanas. El curso quedó emplazado para después de las fiestas.

Enero llegó antes de lo esperado y con él el taller de repostería en la Sociedad Bilbaína. Alrededor de treinta mujeres, entre ellas unas veinte cocineras domésticas, casi sin haber digerido los turrones, se apuntaron a aprender las tortas de María.

—Empezaremos con la de plomo, pues requiere reposo. Así, mientras preparamos la otra, dejamos descansar esa masa. Vamos, señoras, no hay tiempo que perder, a las 12.00 he prometido que desalojaremos las cocinas.

María había acudido acompañada de Leonor, Milagros y una de sus ayudantes de cocina. Su labor era supervisar el trabajo de las cocineras, corregirlas y avisar a María si alguien tenía alguna cuestión.

—Esta galleta o torta es de los postres más exquisitos para servirlo con té. Puede hacerse en una pieza grande o en piezas pequeñas, transformándose entonces en pastas. Aconsejo que, para lucirse, se haga en piezas grandes. —María hablaba con parsimonia, con la voz alta y clara, moviéndose por la cocina—. Los ingredientes que utilizaremos son… —Los detalló pormenorizadamente y mandó a Leonor a comprobar que todas tenían los ingredientes correctos—. Que cada una ocupe el trozo del mármol que tenga delante y vierta en él la harina, formando un círculo, en el centro hay que poner el azúcar, la sal y dos cucharadas de leche. Ahora con las puntas de los dedos diluimos en la leche la sal y el azúcar… Enséñale a esta chica, Leonor, así, eso es… Y a continuación añadimos el huevo y lo diluimos también. Hasta ahora, todo claro, ¿verdad? —Las señoras, muy atentas a lo que hacían sus criadas, asintieron—. Conseguido esto, mezclamos parte de la harina, atrayéndola hacia el centro, hasta que consigamos una pasta blanda, pero que no se pegue ya a los dedos.

—María, por favor, ¿puedes supervisar a esta asistenta mía? Es muy torpe. —Pitita Pedraza se quejaba de su cocinera.

—Déjame ver… Sí, así es como hay que hacerlo, está bien. Ahora empieza la dificultad mayor, así que prestad atención. Alrededor de la harina restante colocaremos la mantequilla, que ya no estará muy

dura, por lo que no ofrecerá demasiada resistencia, dividida en ocho o diez pedazos. Con las palmas de las manos vamos a ir uniendo rápidamente todos los ingredientes. ¡Atención! Hay que operar muy rápidamente para que no se caliente la pasta. Seguidamente, trituraremos la masa para afinarla. Muéstrales, Leonor, cómo se hace. —La gobernanta fue desprendiendo de una de las masas trozos del tamaño de una nuez, colocándolos sobre su palma derecha y aplastándolos contra la mesa—. Perfecto, hay que triturar de este modo la masa completa y, una vez finalizado el proceso, hay que hacer una bola con ella, haciéndola rodar sobre el mármol, pero sin sobarla mucho. ¿Sabéis por qué tomamos todas estas precauciones? —preguntó María, pero nadie contestó—. Lo hacemos para que la pasta no tome correa, pues si la tomara no cocería bien empastada, sino que se abriría en surcos, resultando un mazacote. Para que resulte ha de deshacerse en la boca, como los polvorones, pero más crocantes que estos.

—¡Ay, María! Yo creo que esta chica mía ha dejado que la masa tome correa —volvió a intervenir Pitita—. ¿Cómo se sabe si ha sido así?

—Para cerciorarse hay que hacer presión con el dedo en la pasta: la señal ha de permanecer intacta, si se borra es que no está bien y, si esto ocurre, habrá que darle muchas horas de reposo. A ver, chica, presiona un poco la masa. —La cocinera de Pitita obedeció y la marca quedó clavada—. Está bien, Pitita, no te preocupes. Quizá lo que pueda ocurrir es que, en función de la calidad de la harina, sea necesario añadir algo más de leche. Esto hay que hacerlo con suma prudencia, casi gota a gota. —María y sus ayudantes comprobaron que todas las masas estaban correctamente hechas—. Ahora es conveniente dejar la masa reposar una hora. La taparemos con un paño en lo que vamos a la segunda receta.

—¿Por qué no descansamos un poco? —sugirió Ana María Aramburu—. Llevamos ya un buen rato de pie.

—Pediremos sillas si alguna está cansada, pero no podemos parar, pues tenemos que retirarnos de las cocinas a la hora convenida —sentenció María.

Terminaron la segunda receta en apenas quince minutos. Metieron

las piezas en el horno y, mientras las señoras tomaban café en el bar de la Sociedad, ante la mirada atónita, a pesar de la explicación que se les había facilitado, de los escasos caballeros que allí se encontraban, las cocineras adecentaron el lugar de trabajo. Las tortas de plomo se cocieron al final, a fuego muy fuerte. En veinte minutos estuvieron listas. Las dejaron enfriar, espolvorearon las de almendras y dulces con azúcar glas, y a las doce en punto, con sus paquetes bien amarrados, salían todas de la Sociedad, rumbo cada cual a su destino.

Ese año de 1913, el 14 de febrero cayó en viernes. A Mariano le pareció una fecha óptima, así que, aunque la tienda hubiera podido inaugurarse alguna semana anterior, lo dilató hasta entonces. El evento, desde la tarjeta de invitación, fue rompedor. Una imagen de dos ángeles pintando un corazón sobre una silla de las diseñadas por Mariano era el anverso del texto que decía que los anfitriones esperaban a los convidados para un brindis a las seis de la tarde, para que nadie llegara tarde, ni con las manos vacías, a su cena por San Valentín. La mayoría de los receptores de la tarjeta sintieron una pequeña punzada de incomodidad al ver aquella transgresión por escrito, pero ningún caballero quiso perder la ocasión de hacer un regalo original a sus mujeres, ya estaba bien de tanta joya y tanta flor, ni estas de poder elegir el agasajo en una tienda nueva, y con tanto estilo.

Una alfombra roja, dispuesta en la calle, recibía a los invitados. Antes de entrar, se les ofrecía una copa de vino y eran saludados por Mariano y Ramón, que ofrecían el asesoramiento de Lourdes, impecable con un vestido verde agua de líneas sencillas y cuello barco, cosido por su madre, o el del propio Mariano, para cualquier cuestión práctica.

—¡Hombre, Íñigo! ¡Tú sí que no podías faltar! —Mariano le guiñó un ojo y lo abrazó con fuerza.

—Eso mismo me dijo a mí, Mariano, así que aquí estamos —comentó la esposa, con desgana.

—¡Qué bien verte animada, Marite! —respondió Mariano irónico—,

ya nos ha dicho tu marido que ese chicarrón viene revoltoso.

—¡Uy, sí! Por la guerra que está dando, creo yo que será chicarrona… ¿Habría algún sitio tranquilo donde poderme sentar?

—Por supuesto. Lourdes —Mariano hizo un ademán como para presentar a la chica—, tú ya la conoces, Íñigo, os indicará dónde, y seguro encuentra un refrigerio sin alcohol para ti.

Los condujo al interior de la tienda, hasta un sofá mullido que no estaba en una zona de paso.

—Puedo ofrecerle un vaso de agua y una infusión de manzanilla, quizá con este frío le apetezca.

—Agua está bien, gracias.

Lourdes fue a por el agua y Marite se dirigió a su marido.

—Muy mona esta chica me parece a mí, si yo fuera Luisa estaría nerviosita y al quite.

—Ah, ¿sí? No me había fijado…

—Seguro que no, querido…, tú estás ciego.

—Lo que estoy es con sed. Voy a tomar una copita de tinto y a relacionarme, que aquí hay muchos y muy buenos clientes.

El vino siguió corriendo y, cuando ya empezaba a sentirse la alegría en el ambiente, sacaron los canapés, al caviar y de salmón ahumado, y los dispusieron en las distintas mesas de la exposición. Fue el momento en el que Lourdes también sacó su libreta para apuntar los pedidos. En unos minutos había rellenado varias hojas.

—Elige lo que quieras, anótalo en ese cuaderno tuyo, y te lo regalo. —Íñigo le habló al oído a Lourdes.

—Señor Elejabeitia…

—Íñigo.

—Bueno, don Íñigo, no me parece…

—Sin don. Estás haciendo un trabajo excelente, me estás dando mucho dinero a ganar y mi madre siempre me ha enseñado que es de bien nacido ser agradecido.

—Pero…

—No hay peros. Quiero tener un detalle contigo, te lo mereces por tu buen hacer, y si no me dices qué te vendría bien, lo elegiré yo y luego no admitiré quejas.

—No sé, señor…

—¿Qué es lo que no sabes? ¿Si te viene mejor un aparador, un escritorio o un sillón? Quizá mejor esto último, donde puedas sentarte bien cómoda y que también le sirva a tu madre para coser sin dejarse la espalda. —Lourdes hizo un gesto, casi imperceptible, de aprobación, algo parecido a una media sonrisa—. Ajá, un sillón estaría bien… Te aconsejo que lo elijas tú, si no te enviaré el que me guste a mí, y lo dicho, no habrá posibilidad de réplica.

—Muchas gracias, señor, ya sabe que no tiene por qué, es mi trabajo y lo hago con gusto.

—Yo he aprendido muy bien las lecciones de mi madre, ja, ja, ja. —Riendo se marchó, había clientes esperando a hacer sus pedidos.

Los invitados fueron abandonando la tienda justo antes de la cena. Se despidieron los últimos cerca de las nueve. Entre ellos el padre José, que, antes de irse, con su buena dosis de alegría, tuvo unas palabras con María.

—Deliciosos los canapés, Marichu, se nota tu impronta en todo lo que haces. ¡Qué delicados!

—Muchas gracias, padre.

—María, hija, quería decirte que están las señoras encantadas con tus tortas. Comentan que cuando las cocinaron en el taller les quedaron riquísimas, pero cuando sus domésticas las repiten en casa, no quedan ni la mitad de bien. Achacan el problema a que las chicas no son muy duchas a la hora de memorizar las recetas y a mí se me había ocurrido…

—Miedo me dan sus ocurrencias, padre.

—No, hija, esta es fácil. —El cura le cogió las manos—. Digo que se me había ocurrido que escribieras tú las recetas en la hoja parroquial. Podríamos empezar hasta una sección: «Las recetas de Marichu», ¡como si lo viera! Podrías escribir todos los meses, no veas lo que nos lo iban a agradecer, y seguro que a ti no te da mucho trabajo.

María se quedó pensativa.

—Bueno, padre, es verdad que esta no es de las peores de sus ocurrencias, ja, ja, ja. Déjeme consultarlo con Ramón y con la almohada, y en estos días le mando una nota con la respuesta o le digo en misa, aunque mejor la nota, que los domingos anda usted

muy solicitado.

Habían pasado ya unos días tras la inauguración de Mapey y todavía quedaba el regusto en el ambiente. Todos los jarrones, espejos y las lámparas, muchas alfombras, gramófonos y varios sillones de distintos tamaños, comedores completos, arcones, aparadores, chifonieres, vitrinas, escritorios, costureros… se vendieron en la inauguración, y se obtuvo el compromiso de asesoría y diseño del mobiliario de distintas estancias de villas en Neguri. Ni Mariano ni Ramón y, por supuesto, tampoco Lourdes imaginaron un comienzo con tantos fuegos artificiales.

En eso iba pensando Lourdes, de camino a su casa, a la hora de comer. Cuando entró en aquel piso oscuro vio la cara de su madre, habitualmente taciturna, iluminada.

—¿Qué ocurre, madre, a qué viene esa sonrisa?

—Ha llegado un regalo para ti, de lo más cómodo y elegante. Viene con una nota. —Se la acercó y el cuerpo entero le brincaba, en espasmos cortos, tal era la emoción.

Lourdes entró en la estancia que hacía de sala, de comedor y de lugar de trabajo. Un espacio sin más mobiliario que una mesa espartana y cuatro sillas, que ahora había quedado desplazado por un sillón orejero, robusto, con patas de madera oscura con volutas talladas y tapizado con una tela aterciopelada, en color beis, con dibujos florales que oscurecían o aclaraban su tono al tacto.

—Siéntate, hija, es como si te atrapara, nunca probé yo algo parecido. ¡Qué comodidad, Virgen santa! Los señores tienen que estar muy contentos contigo, Lourdes, esto es una pieza buena, de las caras de verdad.

Lourdes se había quedado sin palabras y también sin oído, ya no escuchaba a su madre, que seguía su charla, ahora lamentando que su padre no pudiera probar el magnífico mueble. Sacó la nota de un sobre pequeño y leyó:

Estimada Lourdes:

Te mereces descansar como una reina, después de tanto trabajo y tan bien hecho.

Si quieres agradecérmelo, acepta una invitación a comer.

Con afecto,

ÍÑIGO ELEJABEITIA

—¿Qué dice la nota, nena?

—¿Eh?

—¿Cómo que eh? ¿Estás sorda o qué? ¿Que qué dice?

—Ah, que gracias, que he hecho un buen trabajo y que siga así.

—Vaya caballeros, qué suerte haber caído ahí, chica. Sigue así, claro, para que te dure muchos años.

A Lourdes se le cerró la boca, para hablar y para comer. Se sentó a la mesa, pero en cuanto su madre se despistó, volvió a echar el puchero en la olla. Se arregló y se marchó de vuelta al trabajo. Llegó la primera. Entró con su llave y se puso a culminar algunos pedidos para reponer toda la mercancía vendida en la inauguración. Al rato llegó Mariano y, con él, Íñigo Elejabeitia. A Lourdes le dio un brinco la panza, no levantó la vista de los papeles.

Mariano la saludó y siguió hacia su despacho.

—Adelántate, Mariano, voy en un minuto. —Íñigo se quedó en la mesa de Lourdes—. Buenas tardes, Lourdes. ¿Te gustó el reclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">galo?

—Mucho, señor Elejabeitia, no tenía por qué, ya se lo dije el otro día.

—Llámame Íñigo, te lo pido por favor. También te dije yo a ti que me gusta ser agradecido. Entiendo que ahora lo quieras ser tú y, para eso, lo único que tienes que hacer es aceptar mi invitación a comer… ¿el jueves?

—No sé qué decirle, señor… —Íñigo la miró con gesto de reprobación— Íñigo. Me resulta un poco violento.

—¿Violento que un proveedor y su cliente coman juntos? ¡Por Dios, Lourdes, no seas pacata!

—No sé lo que eso significa —sonrió tímidamente—, sospecho que

nada muy bueno.

—Da lo mismo, el jueves a la una y media, cuando cierres, te vendré a buscar, y no se hable más.

María no tuvo mucho que pensar ni consultar sobre la escritura de sus recetas. Era la oportunidad para poner en práctica lo que tanto había reivindicado. Escribió, con letra prolija y pulcra, en una de sus hojas personalizadas, cómo elaborar, de manera detallada, las tortas de almendras y dulces y las de plomo. El título era «Recetas paso a paso». Firmó el escrito como Marichu y fue a entregárselas al párroco.

—Aquí tiene lo solicitado, don José.

—i¿Las recetas?! Pero, María, mira que eres diligente.

—Siempre me he quejado de que las recetas son difíciles de entender para quienes somos las verdaderas elaboradoras de los platos para nuestras familias. Me he pasado años traduciendo los manjares de otros idiomas hasta hacerlos a mi mano, si ahora tengo la oportunidad de facilitarles la tarea, e incluso de inspirar a otras mujeres, no la voy a desperdiciar.

—Me alegra escucharte, María. Cuento entonces con tu colaboración mensual; la hoja parroquial va a ganar muchos puntos.

—Sí, ya estoy pensando en la próxima que voy a escribir…

—Tampoco estaría de más que vayas pensando en otro taller. Quizás alguno sobre cómo hacer canapés tan exquisitos como los de la inauguración de Mapey.

María volvió a casa con miles de recetas y de cursos bullendo en su cabeza y con el cuerpo tomado por la adrenalina. Acababa de abrírsele una puerta y la empujaba al otro lado una fuerza gravitatoria irresistible. La emoción del reto y el miedo a lo incierto, al vacío, era un cóctel apasionante que ya había vislumbrado, se acordó de aquella mañana en el tablao sevillano, y que ahora se le presentaba con una intensidad desconocida. No tardó muchos meses en materializar aquello que le empezó a hervir como ideas.

Tras la primera publicación de sus recetas, las mujeres de Acción Católica le pidieron un taller de cocina. Los empezó a impartir de

manera periódica hasta muchos años después, primero en la parroquia y después en el colegio Sagrado Corazón, a distintos colectivos femeninos, también a las mujeres de la Emakume Abertzale Batza, a la que llegó de la mano de su amiga María Arana. No solo enseñaba cómo hacer platos, también el uso de los utensilios adecuados y, en función de la audiencia, nociones de buenas maclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">neras al servir la mesa y agasajar a los invitados; todo aderezado con algunas de las mil anécdotas culinarias e históricas que había leído en las distintas publicaciones a las que estaba inscrita.

Buscar recetas y diseccionarlas para su publicación, además de idear clases, empezó a ser parte de su rutina habitual. También lo fue que se le acercaran mujeres, sobre todo en misa, para agradecerle el detalle de la preparación de sus guisos. No fueron las únicas que la arroparon en esta aventura. Su amigo Bardají la animó y acompañó, vía epistolar, en todo el proceso; la ayudó en la selección de alguna receta y le enseñó trucos en otras. También recibió el calor y la admiración de su familia, de Ramón el primero, «mira que eres determinada, Marichu, todo aquello que se te ocurre terminas convirtiéndolo en realidad, por el camino que sea», de sus amigas y, especialmente, de Pedro Eguillor:

—Tengo a las cocineras encantadas contigo, dicen que nunca ha sido tan fácil guisar, y yo, claro, feliz —le contó una mañana, bien temprano, que se encontraron en el mercado—. El otro día comí un marmitako con tu toque, querida, que bien merecía un poema.

—Ja, ja, ja; escríbelo pues, Pedro, que disfrutaré mucho leyéndolo.

—No rías tanto, mujer, que igual un día te doy la sorpresa y te lo escribo.

Lourdes, con su segundo sueldo —el primero lo entregó al completo a su madre—, se había comprado un agua de colonia y, nada más recibir el tercero, fue a adquirir unos zapatos. Así, ese día estaba de estreno y perfumada. Mariano lo notó desde que la vio, a media mañana, sonrió para sí y no dijo nada. Casualmente, eso pensó

Lourdes, salió a comer temprano, así que a la una y media, cuando le tocaba cerrar, ella estaba sola. Íñigo la esperaba en la puerta, subido al coche. Lo primero que pensó al verlo fue que no podía olvidarse de regalar a algún pobre el pan con queso y la manzana que su madre le había preparado en la mañana, para que almorzase en el trabajo, y que llevaba en el bolso. Tuvo el impulso de deshacerse de ello de camino al trabajo, pero quiso ser prudente por si, finalmente, no se consumaba la cita.

—Hueles muy bien, Lourdes —le dijo Íñigo nada más subirse al coche y, en vez de dos besos, le plantó uno bien cerca del cuello.

—Gracias —respondió ella, pero sin voz. Tiesa, sentada lo más pegada a la ventana que pudo y con la cara encendida.

—Tranquila, mujer, verás qué buen rato pasamos. Conozco un caserío a las afueras, que lo lleva una familia asturiana, hacen un filete a la asturiana de rechupete. Ellos lo llaman cachopo. ¡Allá que vamos! —Lourdes no contestó e Íñigo siguió hablando—. Te gusta, ¿verdad? ¡Pues claro que te gusta! No conozco a nadie que no. ¿Sabes lo que es?

—No.

—¡Ah! Por eso estás tan callada, es el filete que se hace poniéndole jamón serrano y queso dentro, está espectacular, Lourditas, ya verás. Después solo querrás comer cachopo, ¡y me vas a tener todo el día teniéndote que invitar! Ja, ja, ja. —Lourdes también rio.

Emprendieron el camino hacia Castro Urdiales, pero mucho antes de llegar, por una desviación estrecha, encontraron la gran casa. A esas alturas, Lourdes ya estaba más relajada, le había contado a Íñigo del accidente de su padre, de sus hermanos y de su madre, que era una artista con la aguja y por eso trataba con personas elegantes, como él. El caserío había que conocerlo, no era visible desde la carretera, pero sí parecía un lugar concurrido, no eran los únicos en el comedor. Íñigo saludó al dueño, regordete, con cara de buena persona y un delantal impoluto. Los condujo a una mesa que parecía ser la suya habitual.

—¿Te gusta, Lourditas? Mira que si no le digo a Marcial que nos la cambie —dijo Íñigo delante del dueño.

—No, no, por favor, está muy bien.

Lourdes trataba de disimular su asombro, nunca había estado tan lejos de Bilbao, nunca había comido en un restaurante y nunca había probado ni el cachopo ni nada parecido. Tampoco había viajado en coche.

Íñigo le habló de muebles, de viajes a Londres, a París, a Milán; le habló de planes, de futuro…, de su buen trabajo, de su cabello, tan libre que solo hacía falta un aire para verlo volar, de su mirada, que costaba discernir qué pensamiento traía detrás…, y le apoyó una mano sobre la suya. Lourdes dio un respingo apenas perceptible, abrió la boca y las preguntas salieron, libres, como él decía que era su pelo.

—¿Y entonces? ¿Para cuándo espera tu mujer tu hijo?

—Vaya…, eso es lo que yo llamo un cambio de tema radical… —Íñigo se recompuso en un segundo—, pero, vamos, que entiendo que te interese… Marite sale de cuentas antes del verano, en junio o así.

—Estarás emocionado, el primer hijo debe ser toda una ocasión, imagino.

—Digamos que es lo que se espera de un matrimonio, y en ese sentido estoy conforme. Marite quería tener hijos cuanto antes. Es, como toda mujer, su manera de realizarse y yo creo que cuanto más entretenida esté ella, pues mejor para mí.

—La verdad es que es una lástima, a mí me gustaría que, cuando yo esté esperando mi primer bebé, a mi marido le haga la misma ilusión que a mí.

—Si mi hijo estuviera creciendo en tu tripa, Lourditas, ya te digo yo que la ilusión sería distinta. —Íñigo calló un momento. Lourdes también. Tomó un sorbo de vino y continuó—. Imagino que todo esto para ti debe ser extraño, para mí también lo es. —Volvió a callar y a tomar vino—. Marite y yo llevamos algo más de un año casados, antes fuimos novios once meses escasos, durante los cuales nos vimos apenas en cuatro o cinco ocasiones. Ella es andaluza, su familia también se dedica a la importación de muebles europeos y, a través de su padre, pues eso, la conocí. Ella, con buen porte y esa gracia que da el sur y que te enreda casi sin darte cuenta, yo por

estas tierras no tenía a nadie que me hiciera bailar el ojo, mi madre que sentara la cabeza, que ya iba para los treinta, que era una chica buena… En fin, un cúmulo de circunstancias. En un viaje a París vi en el escaparate de una joyería un anillo antiguo que me gustó mucho, no era de pedida, parecía un sello…, en fin, una rareza que me llamó la atención y lo compré como regalo de Navidad para ella. Cuando se lo di se puso a llorar emocionada, que no lo esperaba para tan pronto, que cuánta ilusión le hacía. Su hermana estaba delante y las dos que qué bonito y original, que había que organizar la pedida oficial cuanto antes, y me vi arrastrado en una bola que no supe parar a tiempo. Nos casamos en Jerez de la Frontera, de donde es ella, y nos vinimos a vivir aquí. Ya desde la luna de miel me percaté de que aquello no funcionaba, pero ¿qué iba a hacer?, ¿qué puedo hacer ahora? —Íñigo paró el relato, miró a Lourdes a los ojos y le tomó una mano—. Contigo es distinto. Desde que te vi, en aquella tienda hecha un desastre, me pareciste un soplo de aire fresco, tan dulce, tan en tu sitio, brillando discreta allá donde te pusieras… —Lourdes bajó la mirada—. Déjame que te ronde, Lourditas, y luego ya veremos, ahora déjame que te invite a comer, a algún paseo…

—Pero, Íñigo, tú sabes tan bien como yo que esto no está bien. En Bilbao somos cuatro gatos y yo no sirvo para esto…, bastante difícil lo tenemos las mujeres y encima pobres. Ya he conseguido mucho con trabajar en la tienda, no soy ni sirvienta, ni cigarrera, ni costurera, ni trabajo en la mina… Tengo que andarme con ojo, Íñigo, tú eso no lo entiendes, pero yo tengo que velar por mí.

—Pero, Lourditas, ¿acaso crees que Mariano no sabe que estás conmigo? Él es mi amigo, sabe lo que siento por ti y te va a proteger.

—¡Ay, Íñigo, qué vergüenza! Si se entera mi madre, se muere del patatús que le da.

—Mujer, no seas antigua. Te voy a pedir un anís, que te estás soliviantando.

20

Caldo casero

María se despertó temprano, llevaba días sintiéndose algo más torpe, pesada, y quería tomarse con calma el inicio de la mañana, antes de ir al taller que habían organizado las mujeres de Acción Católica en la parroquia. A finales de mayo todavía no apretaba el calor, aun así, se levantó sudando. Se puso la bata sobre los hombros y, antes de pensar en el siguiente movimiento, las arcadas la hicieron correr al baño a despojarse de todo cuanto había comido la noche anterior. «Otra niña —pensó con agrado—, ya iba siendo hora». Iba hacia la cocina cuando Milagros le salió al paso para anunciarle la llegada del médico. Fernando y Víctor, sus hijos menores, habían tenido fiebre alta durante la noche y lo habían mandado llamar. Volvió entonces a su habitación con la sirvienta, para que la ayudara a peinarse un poco. Le pidió, después, una manzanilla y fue a ver a los niños, que ya estaban con el doctor.

—Buenos días, don Ignacio, ¿cómo los encuentra?

—Muy bien, estos chicos son unos toros. Seguro que es un enfriamiento sin importancia. Que se resguarden unos días, que tomen mucha agua, mejor con limón, y si no mejoran me llamáis otra vez; pero estoy seguro de que no necesitaréis mis servicios de nuevo.

—Estupendo, buenas noticias —respondió María sin entusiasmo—. ¿Y Mercedes y Merche, cómo están?

—Mi mujer y mi hija están como robles, a la que veo paliducha es a ti. Esa tos que escuché al entrar, ¿era tuya?

—¿Tos? No…, lo que puede haber escuchado es mi revoltura, sospecho que vamos a ampliar la familia.

—¡Oh! ¡Enhorabuena! Si lo sospechas, con toda la experiencia que tienes ya, seguro que es un diagnóstico certero.

—Tengo una falta y hoy he hecho una característica visita matutina

al excusado, así que tengo muchas probabilidades, sí. Hoy le diré a Ramón.

—¿Y entonces de quién es la tos impertinente que escuché?

—Es probable que fuera Leonor, mi gobernanta. Lleva unos días con fatiga y tosiendo mucho. Vamos a comprobarlo, si le parece bien.

María condujo al médico al salón y dijo a Milagros que trajera café, leche y a su tía.

Leonor apareció en la estancia caminando despacio, pálida y con la cara sudorosa. Tosía. Cuando María la vio entrar hizo una mueca de asombro y le pidió a Milagros que le acercara una silla:

—Pero, Leonor, ayer no me pareció que estuviera así, ¿qué pasó esta noche?

—No he dormido muy bien.

—¡Madre de Dios! Doctor, ¿qué le pasa?

El médico le miró la garganta, le tomó la temperatura y, con la oreja en su espalda, le escuchó el interior del cuerpo.

—Tiene fiebre. ¿Cuánto tiempo lleva usted con tos?

—No lo sé…, unos días.

—Unas semanas, disculpe, tía —interrumpió Milagros.

—Unas semanas cuadra más…, ¿sangra cuando tose?

—A veces…

—¿Y le duele el pecho cuando tose?

—A veces…

—¿Y por qué no puede dormir?

—Tengo calor, doctor, y después frío, y otra vez calor…

—Lamento decirle, señora, decirles a todos, que lo que usted tiene es la plaga blanca, la tisis. —Leonor perdió la fuerza y se dejó abatir en la silla. Ya no tenía que disimular. Milagros tuvo que sostenerla para que no cayera redonda al suelo—. Es una enfermedad muy contagiosa, así que toda precaución será poca.

—¡Tisis! —exclamó María—. Diga, doctor, qué hay que hacer.

—Lo primero, aislarla. Que esté en contacto con las personas imprescindibles. Tú, María, en tu estado, ni acercarte. Cuando se la vaya a ver, con la boca y la nariz bien tapadas, con un pañuelo de algodón tupido, dadle varias vueltas. Perderá el apetito…

—Sí, hace días que no come casi… —comentó Milagros.

—¡Ay, Dios! ¿Y cómo es que yo no sabía nada? —contestó María.

—Tiene que beber mucha agua, en caldo de gallina, de verduras, de buey…, y si se le puede añadir algún ajo, mucho mejor. También aceite de hígado de bacalao. Es importante el reposo y que tenga una estancia fresca, aireada, que respire, que le dé el sol, y cambiar las sábanas a diario. Y luego, por supuesto, rezar.

—Milagros, por favor, dispón el cuarto más aireado de los de las doncellas y prepáraselo a tu tía, aquí estará mejor atendida que en su casa, sola todo el día. Busca servilletas de hilo y ponéoslas en la boca, bien dobladas, para estar con ella. Di en la cocina que preparen un buen caldo casero, que le añadan ajo, que normalmente no lleva, hay garbanzos en remojo desde ayer, y encárgate de que lo beba. Que hagan una buena cacerola y hoy lo tomaremos todos, que a los niños también les vendrá bien, y al resto igual, que eso nos asienta el estómago.

—Es importante que en estos días os observéis todos los de la casa y, al menor síntoma de tos, sobre todo con dolor en el pecho, de fatiga infundada, de fiebre, me mandáis llamar.

Milagros fue a buscar a otra doncella para que la ayudara a mover a Leonor, se la llevaron a los cuartos de las doncellas y María despidió al médico.

—María, por favor, no te acerques a ella y que nadie lo haga sin cubrirse. Hay sanatorios en Europa que tienen resultados aceptables, son cómodos y la atención es estupenda. Lo digo solo, Dios no lo quiera, por si alguno de la familia se contagiara.

—¡Dios no lo quiera! —María calló unos segundos—. Espero que Leonor se recupere, no sé qué haría yo sin ella…, y más esperando otro bebé.

—No cuentes con ello, María. Siempre hay milagros, pero no cuentes con ello.

—¿No hay nada más que se pueda hacer?

—Podemos probar una sangría, si vemos que no mejora.

Traspuesta como estaba, María se arregló y fue a la parroquia a dar su taller de cocina, tal como había acordado. Llegó con el tiempo justo, se disculpó con las señoras y dijo que se retrasaría unos

minutos más, que tenía una cita ineludible con san Vicente Mártir. Todas lo comprendieron, de forma piadosa, y pudo dedicar unos minutos a pedirle al santo que ayudara a su Leonor.

Se secó los ojos, se irguió y, con paso seguro, entró en el cuarto donde la esperaban una veintena de señoras, algunas de la alta sociedad y, las más, cocineras. Las mandó sentar, el servicio en las últimas filas, y, en lo que ella se acomodaba, comenzó la clase.

Leonor, a diario, cuando gozaba de buena salud, abandonaba la casa de los Echagüe sobre las nueve de la noche. Ese día, Milagros pidió permiso para ausentarse en ese momento e ir a avisar a su padre y a su tío de la situación, para que no la esperaran. Antes de salir, imaginando que solo habrían comido un bocadillo en todo el día y que esperarían la cena que preparaba Leonor, Milagros cogió varios cucharones del contundente caldo casero, sin colar, un pedazo de queso y unas manzanas.

Las toses se escuchaban desde el rellano. Milagros, por precaución, se tapó la nariz y la boca con el chal y entró en aquella casa, que tenía un hedor espeso a cerrado, a humedad, a insalubre.

—¿Quién hay? Soy Milagros.

Nadie respondió, prendió una lumbre, dejó la comida en la cocina y fue al cuarto que ya era solo de su padre. Tocó en la puerta y abrió despacio. Había un bulto en la cama revuelta. El olor agrio le traspasó el chal.

—Padre —susurró y le acercó el candil—, padre, soy Milagros. ¿Cómo está usted?

—Milagros, hija. Aléjate, que estoy enfermo —con un hilo de voz, el hombre contestó y, desde la primera palabra, empezó a toser. Con dificultad, se dio vuelta en el camastro, se puso cara a la pared. En el suelo, varios paños con sangre.

—Pero, padre, está usted enfermo.

—Eso te digo —refunfuñó sin aliento y volvió a toser con violencia.

—Voy a ver al tío, he traído caldo.

—Está igual. Vete.

La estampa en la habitación del tío era parecida, también el olor. Otro amasijo de huesos, pálido, pero con algo más de compostura.

—Tío, Leonor no podrá venir en unos días, está enferma y la

señora le ha dispuesto una cama en los cuartos de las doncellas, allí la cuidaremos.

—Ya le dije que no podía ir a trabajar así, pero es tozuda como una mula.

—No hable, tío, que se le arrecia la tos. Allí la cuidaremos, estese tranquilo. ¿Desde cuándo no van padre y usted al trabajo?

—Tu padre una semana, yo tres días.

—¡Madre mía! Leonor no ha dicho nada… He traído algo de comida, para hoy y para mañana se apañan, intentaré venir cada poco.

Milagros consiguió, con paciencia, que tragaran unas cucharadas de sopa. El tío también probó algún trozo de manzana. Se las dejó peladas y cortadas en porciones minúsculas, al lado de cada una de las camas.

Salió de la casa descompuesta, caminando por inercia, arrastrando la losa en la que se había convertido su pecho y, en medio de tal desorientación, se tropezó con un muchacho.

—¡Mira por dónde vas! —la increpó el joven.

—Disculpe —susurró ella—, disculpe…

—¡Anda, pero si eres la chica de la casa de los Echagüe, de la calle Ibáñez! ¿Y qué haces por aquí, tan tarde?

—Disculpe, no sé quién…

—Soy quien te lleva la leche cada mañana, bueno, no sé si para ti, supongo que también, pero para los señoritingos esos para los que trabajas, seguro.

—¡Ah! El lechero… Es verdad, no le había reconocido.

—Eso es, soy lechero. Emilio el lechero.

—Encantada, disculpe, tengo prisa.

—Yo también madrugo, hasta mañana, vaya con cuidado.

Milagros siguió caminando; si se daba prisa no tardaría más de un cuarto de hora en llegar. El encuentro con el lechero la hizo volver en sí. Apuró el paso y, antes de meterse en la cama, fue a ver a Leonor. Dormía. Entraba algo de brisa por la ventana, también la luz de la luna, y la vio tan blanca y delicada, con esas sábanas frescas y ese olor a lavanda de los sacos de tela que María le había mandado subir, que le hizo pensar que ese debía de ser el aspecto de los

ángeles.

Por la mañana, Milagros madrugó más de lo habitual y estuvo atenta a la llegada del lechero. Desde que lo escuchó fue ella a abrir.

—Buenos días, Emilio.

—Buenos días, señorita…, no sé tu nombre.

—Milagros.

—Encantado.

—¿Usted lleva leche por las casas de la plaza de Isabel II? Estoy interesada en la de los Echevarrieta, más concretamente.

—Sí, señorita, vengo de allá, reparto por toda esta zona.

—¿Y usted sabe escribir?

—No, señorita.

—Pero dar un recado, sí que sabrá…

—Sí, señorita, eso lo hago muy bien.

—Verá…

—Si me vas a pedir un favor, lo suyo será que me trates de tú.

—Verás, en la casa de los Echevarrieta trabaja mi hermana, Trini. Necesito que preguntes por ella y le digas que nuestro padre y nuestro tío están muy enfermos, solos en casa, porque Leonor, que es nuestra tía, también está enferma, pero ella está aquí. Yo ayer fui a verlos y les llevé comida, pero no puedo ir cada día, necesito que ella vaya alguna vez también, y que me avise contigo, así nos vamos repartiendo. Para hoy tienen de comer, para mañana tendría que ir ella, y así echa un ojo…, que me diga si puede. ¿Te enteraste bien?

—Muy bien, mañana te doy su contestación.

—Muchas gracias, Emilio, es un gran favor.

—De nada, para eso estamos, para ayudarnos entre nosotros.

Como cada jueves, desde hacía ya tres meses, Íñigo esperó a Lourdes a la salida de la tienda, a mediodía. Cogieron su coche y fueron al caserío de las afueras, a comer cachopo.

—Yo no sé tú, Lourditas, pero estoy un poco cansado de robarte miradas en la tienda y de cogerte la mano los jueves. Quiero verte más, tenerte un rato largo solo para mí, conseguir que te relajes y me des un beso en condiciones ya de una vez.

—Me haces una gracia, tú hablas como si no estuvieras casado y a punto de ser padre…

—¿Y qué quieres que haga? ¿Morirme y dejar de sentir porque estoy casado? Lo siento, pero no puedo.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Ser una querida? ¿Avergonzar a mi madre? ¿Poner en peligro un trabajo que ni yo misma me creo que tenga? Ojalá las cosas fueran distintas, Íñigo, ojalá viviéramos en otro mundo, pero esto es así. Si eres pobre, eres pobre…, y si eres mujer y pobre, el panorama es todavía mejor… ¿Sabes lo que creo? Que si no estuvieras casado tampoco lo hubieras hecho conmigo, a ver la cara que iban a poner tus padres cuando me presentaras: esta es Lourdes, la hija de la costurera y del lisiado del puerto.

—No digas más tonterías, Lourditas, que ese tono no te pega. Si yo no estuviera casado te haría mi mujer sin dudarlo; pero como lo estoy busco otras soluciones, y justo de eso te quería hablar hoy.

Habían llegado al caserío. Lourdes bajó del coche, agradeció el aire del campo, le refrescó la cabeza. Con paso ligero se alejó del coche, Íñigo la siguió, la enganchó del brazo, la atrajo hacia sí, le agarró la cara con firmeza y le dio un beso largo. La abrazó y le susurró al oído: «Te quiero, ¿me escuchas?, te quiero. Estate tranquila, voy a cuidar de ti».

Tenían su mesa preparada. Marcial los vio entrar y fue pidiendo la carne en la cocina.

—Hoy tengo unos cogollitos buenos y unas alcachofas con jamón que están para chuparse los dedos.

—Uno de cada, Marcial, y mira a ver si hubiera algún champán o algo espumoso con lo que brindar.

—Seguro que encuentro, don Íñigo, este es un sitio de celebración. —Se alejó de la mesa con una sonrisa.

—¿Y por qué vamos a brindar? —preguntó Lourdes.

—Porque nos vamos de viaje, diez días, tú y yo, solos. Tengo que ver varios fabricantes de muebles en el sur de Francia y en París y quiero que me acompañes.

—Muy gracioso…

—¿Tengo aspecto de estar de broma?

—Y a don Mariano le digo que estoy enferma y a mi madre que esté tranquila, que me van a raptar los basajaunes durante diez días, pero que después vuelvo.

—Por Mariano no te preocupes, ya lo he hablado con él y está de acuerdo. Dice que te vendrá bien para el trabajo conocer las fábricas, y a tu madre le dices que es importante para la tienda.

—¡Madre mía, Íñigo!

—¿No estás contenta? Porque yo no quepo en mí de alegría.

—¿Y si nace tu hijo?

—¿Pero tú me vas a dejar que sea yo quien se ocupe de mis cosas? Venga, mujer, que será un viaje inolvidable, una oportunidad que nos brinda la vida… ¿No estás contenta? —insistió.

—Ay, no sé… Yo lo más lejos que he llegado de Bilbao es este caserío…, ¿y si alguien se entera? ¡Que estás casado, Íñigo! —Terminaba la frase cuando llegó Marcial con el champán y dos copas.

—En el momento justo, Marcial. Sírvenos, que vamos a brindar porque nos vamos de viaje.

Leonor pasó la mañana de reposo y por la tarde, que salió un poco el sol, la bajaron, no sin cierta dificultad, al parque que estaba enfrente, a que le diera un rato. Tomó algo de caldo y el aceite de hígado de bacalao. Disciplinada, se empeñó en tragar todo lo que había recomendado el doctor. Le contó a su sobrina de la enfermedad de su marido y su cuñado, y al saber que ella ya había ido a la casa y les había dejado comida, le cambió el semblante, descansó. Por la noche, durmió todo lo bien que le permitió la tos.

Al día siguiente, Emilio trajo la noticia de que Trini iría esa noche y llevaría comida.

Le contaron a Leonor que estaba todo en orden y eso la animó. La fiebre no subía, el reposo le estaba sentando bien y siguió empeñada en comer. De nuevo, por la tarde, salió al parque, esa vez a tomar más sombra que sol.

Milagros pasó la noche inquieta. Cuando el lechero tocó a la puerta, llevaba más de tres horas trajinando. El chico la vio, se quitó la gorra, bajó la mirada.

—Lo siento, chica.

—¿Qué ha pasado, Emilio?

—Tu hermana dice que ayer cuando fue se encontró a tu padre ya sin vida. —Milagros se quedó petrificada—. Estaba acostado, me dijo. Llamó a los vecinos y la ayudaron a amortajarlo con las sábanas. Esta mañana lo venían a buscar con un carro para llevarlo al cementerio. Los vecinos le dijeron que todos los días entierran a los tuberculosos y les ponen cal viva para desinfectarlos.

—¡Ay, Dios mío! Pobre padre…, murió solo, como un perro… —le brotaron dos lágrimas, cada una de un ojo—, y ahora en una fosa sin su nombre y sin flores y sin nada, con cal viva… Por más bruto que fuera, no se merecía acabar así, ¿será un alma errante por toda la eternidad?

Emilio, compungido, no fue capaz de hacer un gesto de consuelo.

—Lo siento mucho, Milagros.

—¿Y mi tío?

—Tu tío está muy enfermo, dijo que ayer no quiso comer. Lo sacó, con ayuda de las vecinas, de la cama y le cambió las sábanas. Lavó las usadas y las dejó tendidas, para que las recojas tú esta noche.

—Pobre Trini, vaya impresión se habrá llevado.

—Esta noche, si vas a ir a la casa, te acompaño, no vayas sola. Te vengo a buscar con la bicicleta y te llevo.

—Te lo agradezco mucho, Emilio. No quiero ni imaginarme el cuadro que me encontraré.

Milagros decidió no contarle nada a Leonor. Cada vez que ella preguntaba por su marido, la chica le respondía que esa noche iría a verlo y le traería noticias. Sí le relató a María lo que pasaba y volvió a pedir permiso para ausentarse.

Parecía que la noche no iba a llegar nunca, pero finalmente lo hizo. Milagros cogió una perola con el consomé que se había preparado para la casa y una manzana, que le había gustado a su tío la otra noche. Emilio y ella parecían equilibristas sobre la bicicleta.

Cuanto más se acercaban más agudo era el pinchazo que Milagros sentía en el corazón. Las toses, como la vez anterior, se escuchaban desde el rellano. Abrió la puerta y otra vez ese hedor penetrante, al que no se le resistía la tela de los pañuelos que les tapaban la cara.

Cogió un candil y se acercó al cuarto de su tío. Respiraba con dificultad, acurrucado sobre la cama. Las sábanas estaban manchadas de sangre.

—Tío, ya estoy aquí. Soy Milagros. Le he traído un caldo calentito. Tío, ¿me escucha…? —No contestaba. El pecho se movía en espasmos violentos al respirar y arrastraba al resto de amasijo de huesos de su cuerpo en una danza esperpéntica y agotadora. Un ruido agónico, a veces ronco, a veces silbante, acompañaba la escena. La chica se acercó a la cama—. Tío, soy Milagros…

El hombre abrió los ojos, hundidos en el cráneo. En un último esfuerzo pronunció:

—Le dices a tu tía que la estaré esperando, que no tenga prisa.

Después, el silencio.

—Tío, que le he traído caldo, ¡tío! Por favor, ¡tío! Espere que se lo sirvo, tío, por favor… Dios, ayúdalo, tío, tío…

Milagros se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar. Fue empezar y desamarrarse en el llanto, el cuerpo no se le quedó a la zaga y comenzó a moverse casi como su tío momentos antes, con espasmos violentos. Graznaba sin pudor ni recato, el ruido se ahogaba apenas en el paño que le cubría la cara; cada hueso y cada músculo, cada porción de piel era puro quejido… Vinieron las vecinas y la encontraron sentada en el suelo, acurrucada y deshecha en gemidos. Emilio caminaba de un lado para otro, en la habitación contigua, sin saber qué hacer. Las mujeres lo mandaron a su casa y recogieron a Milagros, la sentaron en una silla y le hicieron una tila. Cuando se calmó, la acompañaron a recoger las sábanas. Con ellas aún húmedas hicieron la mortaja. La sobrina lo quiso velar. Pasó la noche entre llantos y rezos.

Con las primeras luces llegaron las vecinas con el carro. La acompañaron al cementerio. El sepulturero, a esas horas del alba, ya estaba cavando hoyos profundos, para los enfermos. Saludó a las mujeres con un ademán rutinario y, de la misma forma, llamó a un compañero. Los dos con guantes y la cara cubierta, recogieron el cadáver y lo lanzaron a una fosa, sin miramientos, sin cuidado. Lo taparon con cal viva. Las vecinas esperaron a que Milagros rezara un responso. Buscó unas flores entre toda aquella tierra y encontró,

pegadas a un muro, unas enjutas y descoloridas. Las arrancó y las puso encima de la tumba de su tío, dibujó una cruz en la tierra y se marchó con las vecinas. Antes de abandonar el camposanto fue a la base de un árbol y allí se hizo la composición de que estaba Reme, nunca tuvieron muy claro adónde habían ido a parar sus huesos después de la ampliación del sacramental por la parte de las fosas comunes, y le contó lo ocurrido, como si ella no lo supiera ya.

No se dirigió a casa de los Echagüe, siguió hasta la plaza de Isabel II, donde los Echevarrieta. Cuando tuvo a Trini delante la abrazó, y las lágrimas que aún le quedaban las echó en el hombro de su hermana. Estuvieron unos minutos engarzadas y, después, se despidieron en silencio. Las dos tenían faena.

A Leonor la fueron toreando una semana más; eso pensaban todos en la casa Echagüe. Los caldos, el ajo, el sol, un tanto esquivo, la brisa, el reposo, el cuidado de Milagros y del resto de doncellas y los rezos y más rezos iban haciendo su efecto. Poco a poco fue recuperando fuerzas.

Una tarde de las que pasaba un rato en el parque, Milagros bajó a la hora de recogerla, a ayudarla con las escaleras. De vuelta en el cuarto, repuesta la respiración, le dijo:

—Este domingo es cuando libran Trini y tú juntas…

—Sí, tía.

—Déjame terminar, Mila, no me interrumpas, que aún me cuesta hablar.

—Disculpe, tía.

—Quiero que vayan a la casa y la limpien bien —retomó la charla con voz pausada y audible con dificultad—, si no, el olor a muerto se impregna en las paredes y ya no hay quien lo saque. —Milagros la miró con extrañeza—. No me mires así, lo sé desde la noche en que murió tu tío, se vino a despedir de mí, ¿qué pensabas? Era pobre, pero educado. —A Milagros se le angostó la garganta y se le mojaron los ojos—. En la casa hay una lata de galletas escondida con mi ropa interior. Hay dinero. Coge diez pesetas y antes de volver van a echarle un rezado a tu padre y a tu tío. Si ves al sepulturero, le das el dinero para que les cuide su tierra y les ponga alguna flor, de vez en cuando, de las que les sobren a los ricos.

21

Volován

Era una mañana cualquiera y había venido un camión a llevarse un aparador para una casa de San Sebastián. Lourdes supervisaba la maniobra, que llegaba a su fin cuando entraron Íñigo y su mujer, que se movía con dificultad, en la tienda.

—¡Buenos días, Lourdes! —saludó Íñigo sonriente—. ¿Mariano ha llegado ya?

—No…, aún no. Buenos días, don Íñigo, buenos días, señora.

—Seguro que tú nos puedes ayudar, y hasta mejor.

—Ustedes dirán.

—Quiero una mecedora —contestó Marite—. He leído que ese movimiento relaja a las madres y a los bebés y me gustaría tener una para cuando nazca nuestro hijo.

—¿Y no ha visto ninguna en los catálogos de su marido?

—Quiero un mueble español. Estoy un poco cansada de tanto afrancesamiento, y ahora que sé que mi marido seguramente estará en ese país cuando venga el niño, más manía le estoy cogiendo.

—Venga conmigo, por favor, y tome asiento. —Lourdes estaba sin sangre en el cuerpo, lívida—. Le tengo que mostrar los muebles por catálogo, según el que escoja puede tardar algunos meses, los mandamos a fabricar.

—¿Y no hay ninguna en la tienda?

—Solo una, pero es francesa, de las de su marido…

—¡Qué lástima! No compraré ninguna, entonces.

Durante la conversación de las mujeres Íñigo había aprovechado para ir al coche a bajar un paquete abultado que dejó en el despacho de Mariano. Le pidió a Lourdes que se lo diera nada más llegar, ayudó a su esposa a levantarse y se marcharon. Desde la puerta, a espaldas de Marite, le guiñó el ojo a su amante.

A los pocos minutos de marcharse, entró Mariano en la tienda.

Encontró a Lourdes abanicándose en su mesa.

—¿Sofocada?

—Un poco, don Mariano. Acaban de llevarse el aparador y ha dado lata cargarlo —respondió con sorprendente soltura—. Tiene un paquete en su despacho que le ha dejado don Íñigo Elejabeitia.

Mariano entró en su oficina y desde ahí le dijo:

—¡Lourdes! Este paquete lleva tu nombre. ¿Estás segura de que te dijo que era para mí?

—Eso me pareció entender, don Mariano, quizá escuché mal.

Ruborizada, entró en la habitación y sacó el paquete rectangular, de dimensiones importantes y algo pesado, que, efectivamente, decía muy claro: «Para Lourdes». Lo escondió detrás de su mesa como pudo y, cuando Mariano se hubo marchado a comer, se atrevió a desembalarlo. Nada más empezar a retirar el papel tuvo claro el contenido. Un pinchazo, mitad de emoción, mitad de nervios, le recorrió el estómago. Con cuidado apartó el envoltorio y allí estaba: una maleta de piel, la más bonita que Lourdes hubiera visto nunca y la primera que tenía. «Ay, Dios mío, de esta no me escapo», pensó y sonrió.

Subió al tren, varios días después, sin ninguna preocupación. Había decidido dejarlas en Bilbao, ya las retomaría a la vuelta. La vida le ofrecía un paréntesis y, una vez aceptado el viaje, quería que fuera justo eso, un paréntesis. Así, aceptó el champán que pidió Íñigo y el camisón, algo más escueto de lo que ella hubiera elegido, que le había traído de regalo, de buena gana y con cierto rubor.

El coche cama, los paisajes que se sucedían a toda velocidad, la comida en movimiento, la amabilidad de los mozos, las siestas tras el alcohol, todo le resultaba exótico y fascinante. De esa guisa llegaron a París. Íñigo había elegido un hotel romántico, en una calle estrecha, de pequeños balcones acristalados; un alojamiento sin grandes pretensiones, aunque efectista, que a Lourdes le pareció el mismo paraíso.

Al entrar en la habitación, Lourdes encontró un bombón y una rosa en su almohada. Aquello terminó de desarmarla.

—Podría acostumbrarme a esta vida…

—¡Qué buena noticia! Porque yo he venido para quedarme.

Íñigo pidió una cena fría en la habitación y más champán.

Tras picar varios volovanes, con delicadeza de experto, la invitó a ponerse el camisón. Lourdes, ebria, más de felicidad que de vino, obedeció dócil. Con el mismo cuidado, una vez salió del cambiador con la seda puesta, Íñigo le fue recorriendo el cuerpo con sus labios. La nuca, las mejillas, el cuello, lo hombros…, la respiración entrecortada, la piel erizada al completo y, entonces, le bajó las tiras del camisón, que resbaló hasta el suelo. La luz de las farolas de la calle entraba muy tamizada a través de las cortinas. Aun así, al saberse desnuda, Lourdes dio un respingo. Íñigo la agarró con firmeza, le tapó la boca con la suya, y la llevó a la cama. El corazón comenzó a saltarle como el corcho de un espumoso, pero la determinación de él, su saber hacer, aquella destreza para rozarla en el lugar preciso hicieron que resolviera el momento con la misma determinación que al subir al tren: los miedos los retomaría a la vuelta a casa. Se abandonó.

Pasó la noche descubriendo recovecos y sensaciones que jamás imaginó que pudiera tener en su cuerpo, entregada al amor, a la suavidad del mimo, al susurro ardiente. Él hizo de maestro de ceremonias, envalentonado al saberse conquistador la guio por su anatomía y por la propia hasta que fueron capaces de gobernar el placer.

Lourdes se despertó con el pelo desmadejado, el cuerpo resentido y un hambre voraz. Íñigo salió del baño, con una toalla en la cintura, irradiando frescor y la encontró a medio tapar, con la sábana arrastrada desde la cama, dando cuenta de los volovanes que habían sobrado de la noche.

—Nunca te hubiera imaginado desayunando alcachofas ni mollejas —bromeó Íñigo.

—Mmmmm…, ¡están riquísimos! —contestó ella sin pudor—. Insisto, podría acostumbrarme a esta vida.

—Insisto yo también, me alegro mucho, he venido para quedarme —la miró con ternura—, estás preciosa, así, salvaje.

Salieron a la calle a visitar distintas casas de muebles, buscando novedades y tendencias para luego encargarlas a los proveedores. Lourdes estaba radiante, extasiada ante todo lo que veía, la

majestuosidad del Arco de Triunfo, los cafés, encantadores, con las mesas y sillas en la calle, el amasijo de hierros de la Torre Eiffel…

—¿Para qué demonios habrán hecho una A tan grande?

—Eso mismo me pregunto yo… ¡¿Deberían haber construido una L?! —respondió Íñigo burlón, y le agarró la cara para darle un beso ante semejante escenario.

Los muebles, tan refinados, también le cortaban el aliento, al verlos, al tacto. Contenía los aspavientos para no quedar como una pueblerina, pero de buena gana hubiera celebrado con alharacas cada pieza que descubría. Pidieron catálogo de todo cuanto estaba disponible.

Por la tarde visitaron varias *boutiques* de la *rue* Rivoli. Lourdes se probó mil vestidos, de día, de tarde, de noche. Sombreros, guantes… El entusiasmo no la dejaba pensar, esa sensación de importancia que le daba el tener a personas a su servicio, dependientas que la aconsejaban y preguntaban y trataban con respeto, la aturdía. Se llevó aquello que Íñigo y las señoritas de las diferentes casas fueron conviniendo.

Volvieron al hotel agotados y satisfechos. En la recepción los esperaba un telegrama de Bilbao que había llegado en la mañana. La madre de Íñigo había escrito: «Marite, de parto».

—Bueno, bueno, ¡mi chicarrón está al caer! Cambiémonos, Lourditas, y vayamos a celebrar como se merece.

En una hora estaban en *La Tour d'Argent* ante un *canard à la Rouennaise* y, cómo no, champán. De nuevo, las burbujas se hicieron las dueñas del ambiente. Una cena de ensueño, un marco incomparable y violines, los más genuinos tópicos de la ciudad del amor reunidos en una única velada.

Llegaron al hotel, engarzados y con la sonrisa tatuada, pasada la medianoche.

Los esperaba otro telegrama: «Tu hija ha muerto en el parto. Vuelve».

Con los días, a María se le fue apaciguando el estómago, cada vez eran menos los que tenía náuseas al despertar. Al mismo tiempo,

pero a ritmo más lento, a Leonor le iba volviendo el hambre y el aire a los pulmones. Todavía tardaría en recuperar alguna actividad y nunca como antes, una cierta dificultad para respirar y una facilidad pasmosa para atraer cualquier enfriamiento fueron una constante el resto de sus años. Sin embargo, sus dotes de organización e intuición suplieron cualquier merma y María no abandonó jamás sus servicios, siguió siendo gobernanta hasta el final de sus días.

A pesar de que no atravesaba el más tranquilo de sus embarazos, María no frenó sus quehaceres, no faltó nunca al compromiso de publicación de sus recetas ni a cuantos acontecimientos culturales, sociales y de caridad estaban marcados en la agenda de las señoras de bien de Bilbao.

—Querida, me parece más prudente que bajes un poco el ritmo —le dijo Ramón en el almuerzo.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Mujer, estás embarazada, y no es el primero ni el segundo, sino el séptimo…, digo yo que, si te tomas la vida con un poco de calma unos meses, tampoco va a pasar nada.

—Qué observación tan extraña, Ramón. Nunca he estado quieta en estado de buena esperanza y nunca te ha parecido mal. Al contrario, creo que es algo que siempre me has alabado. No sé a qué viene ese exceso de celo ahora…

—Bueno, mujer, me dijo Mariano que Íñigo está de vuelta de París, no han podido visitar a todos los proveedores porque Marite se puso de parto y perdió el bebé…, y no sé, me he preoclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cupado un poco.

—¡Virgen de Begoña! ¿Y ella cómo está?

—Pues imagino que mal, pero Mariano no sabía más. Bueno, y que esperaban una nena, también me dijo.

—Así estaba de malita, la pobre, ¡vaya faena!

—Lo que estará pasando Íñigo, me imagino el apuro para volver.

—Sí, Íñigo, ¡menudo fresco! Anda que no hubiera podido viajar en otro momento…, no me dirás que se le iban a caducar los muebles.

—¡Ay, Marichu, cómo eres! Vaya lengua más suelta.

—Voy a mandarle una nota a doña Berta, a ver cuándo se puede ir a hacer una visita a su nuera.

Lourdes llegó a la bilbaína Estación del Norte con la cara desfigurada de tanto llorar, de vergüenza, de abatimiento, de agotamiento, de abandono. Íñigo quedó sin palabras al recibir el telegrama y solo abrió la boca para decirle que preparara sus cosas, que saldrían en el primer tren de vuelta. Una cara hostil, de ceño fruncido y cabizbajo fue lo único que pudo obtener de él en las casi tres jornadas que duró el viaje, con sus trasbordos y retrasos, de regreso al País Vasco.

Su coche los esperaba en la estación, había venido un chófer a buscarlos. Íñigo quiso ir directamente a su domicilio y luego pidió que llevaran a la chica al suyo.

Al entrar en casa varios días antes de lo esperado, Lourdes explicó a su madre, como pudo, que el trabajo se había adelantado mucho y que por eso habían podido volver tan pronto. La madre no hizo preguntas indiscretas, tampoco cuando vio a su hija deshaclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cer la maleta y sacar las compras parisinas, que ella tan bien conocía por los arreglos en las grandes casas. En la cena, una vez hubieron comido los hermanos, cada una con un cuenco de caldo de gallina, frente a frente, y sin levantar la vista, la madre pronunció:

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo y que no eches a perder la suerte que nadie en esta familia podría tener.

Desde el día siguiente Lourdes se empeñó, más si cabía, en tener su trabajo al día, en atender a los clientes con una profesionalidad exquisita. Siempre puntual, siempre impecable, presentaba los muebles de los catálogos de París con tal entusiasmo que logró hacer varias ventas sin dificultad. Solo se permitía compadecerse por las noches, una vez en la cama y con su madre dormida. En esos momentos sentía que iba a morir de tanto como le dolía el corazón, pensaba que los latidos no llegarían a la siguiente mañana. Pero sí que lo hacían. Entonces se lavaba la cara y constreñía la tristeza dentro de sus vísceras. Especialmente en la tienda, nadie hubiera dicho que la pena se la estaba comiendo, que se estaba secando por

dentro.

Cada mañana y cada tarde, al entrar en Mapey, rezaba para que ese día Íñigo pasara por allí o le mandara un aviso de algo. Si escuchaba su nombre en alguna conversación de Mariano, ponía la oreja, a ver si lograba saber cualquier cosa relacionada con él, pero no obtuvo ni información, ni nota ni visita alguna.

Con el paso de los días se fue acostumbrando a la condena disimulada, a la resignación. Al fin y al cabo, ya había obtenido mucho más que las de su clase. Ella, al menos, había atisbado el paraíso. Que se lo habían arrancado apenas empezaba a saborearlo era cierto, pero quizá nunca le debería haber tocado vivir aquello.

Con tantos hijos como había en esa casa, los días en los que se merendaba bizcocho, se hacían dos, ambos generosos. María decía que de un día para otro perdían esponjosidad, así que todo lo que sobraba se le daba al servicio como postre para la cena, aunque había quien guardaba su pedazo para el desayuno.

Milagros recogió la mesa, una vez terminaron los niños de comer, y, antes de que nadie más viera lo que había quedado del dulce, partió una buena porción y la escondió. Con el resto se hicieron las componendas de las doncellas y demás servicio.

A la mañana siguiente, de madrugada, anduvo mirando entre los visillos para vigilar la llegada de Emilio. Nada más verlo aparecer por el trozo de calle que le quedaba a tiro, bajó a recoger la leche.

—Ayer hicimos un bizcocho que quedó rico y te he guardado un buen cacho —le dijo y le extendió un paquete—. Quería darte las gracias por tu compañía y por los recados en los días difíciles de lo de mi padre y mi tío. Hasta ahora no he tenido la cabeza como para hacerlo.

—Bueno, mujer, solo faltaba…, aunque está muy bien lo del bizcocho, me gusta mucho.

—Pues ya verás este qué rico. La señora sabe mucho de cocina, y aunque no se mancha las manos, es lo único que no hace. Manda como un auténtico general entre los fuegos, y así salen las cosas. Yo no lo pruebo todo, pero solo el olor, alimenta.

—¿Y tú sabes cocinar?

—Bueno…, estoy aprendiendo. Hay cocineras, pero cuando necesitan ayuda, siempre me ofrezco y algo voy cogiendo.

—Un día que libres, si quieres, me haces un plato en tu casa de Zabala… Por si quieres practicar, digo.

—Ja, ja, ja, es una buena idea.

No tardó mucho en llegar ese domingo. Leonor se recuperó a las pocas semanas lo suficiente como para querer volver a su casa, si no a diario —permaneció viviendo con las doncellas—, sí los días de libranza. Al primer domingo le siguieron otros. Emilio empezó a ser casi uno más de la familia, Trini y Leonor también le estaban agradecidas.

Mariano, una mañana, entró en la tienda acompañado por un joven.

—Buenos días, Lourdes, este es José Mari Elejabeitia, el menor de los hermanos de Íñigo. —La presentación la cogió desprevenida y no pudo disimular un rictus de dolor que ninguno pareció percibir—. Trataremos con él hasta que se incorpore Íñigo, que parece que estará fuera un tiempo.

—Bien. Encantada —acertó a contestar.

La tienda tenía cada vez más éxito, se había corrido la voz de la originalidad y calidad de su género y eran muchos los que querían sus muebles y el servicio de decoración de Mariano. El contacto con los clientes y proveedores la ayudó a pasar distraída el verano, a ir puliendo el desconsuelo.

El primer jueves de septiembre, cuando Lourdes cerraba la tienda para ir a comer, se encontró a Íñigo, sonriente, en su coche.

—Te invito a un cachopo, Lourditas, ¡que estás muy flaca!

Lourdes no daba crédito a lo que veía, a lo que oía. Incapaz de contestar, pasó la llave a la puerta de la tienda y continuó su camino. Íñigo bajó del coche e insistió.

—¿Me vas a negar un cachopo? Vamos, Lourditas, por los buenos tiempos… —La agarró del brazo.

—Suélteme, señor Elejabeitia, se lo suplico. Dejemos las cosas como están.

—Muy bien. El próximo jueves, pues. Te esperaré a la misma hora.

Cuando Lourdes se quiso dar cuenta había llegado a su casa, el tiempo que duró el trayecto se había colapsado, no tenía conciencia de haber hecho el recorrido, de haber movido un pie siquiera en el camino. Llegó con el cuerpo duro y sin color.

—Me acuesto un rato, madre. No me encuentro como para comer.

—Sí que estás blanca, sí. Te caliento un agua y te la llevo.

Metida entre las sábanas, con la ropa lo más estirada que pudo, para no tener que volver a planchar, Lourdes no sabía qué sentir, cómo se suponía que debía encontrarse. No hallaba consuelo ni en la tristeza ni en la alegría, era desubicación lo que le corría por las venas. Ofendida, ultrajada y a la vez esperanzada. ¿Cómo podía esa mezcla convivir en un mismo cuerpo?

Un jueves y otro Íñigo fue a buscarla, un jueves y otro Lourdes lo rechazó sin explicación, le brindaba exactamente las mismas noticias que había obtenido ella durante tanto tiempo. Sin embargo, él se encargó de que ella fuera recibiendo información sobre su ausencia, hablaba alto en el despacho de Mariano y le contaba de más en sus conversaciones profesionales. Así, Lourdes supo que Marite quedó sin rumbo tras la pérdida, tanto que se le fue el juicio. El parto, largo y difícil, la dejó estéril. Tan pronto recuperó algo las fuerzas Íñigo y ella se fueron a Galicia, a un balneario a descansar. Ahora parecía que iba apareciéndole de nuevo la cordura, pero quedó callada y taciturna.

Lourdes iba juntando las piezas, y cada vez sentía mayor compasión por Íñigo. Las ganas de volver a tener burbujas en su vida la ayudaron a envolverlo con un manto de benevolencia, de comprensión y, finalmente, de perdón.

El 8 de enero, como cada jueves desde septiembre, excepto el día de Navidad, que cerró Mapey, Íñigo la esperó a la salida de la tienda.

—Ya me has abandonado durante las fiestas, Lourditas, hoy no me puedes decir que no vienes a comer conmigo. —Le hizo un mohín de lástima—. Además, tengo un regalo de Reyes para ti.

—El jueves que viene me lo das, hoy no avisé en casa y me esperan a comer.

—¡Esa es mi chica!

22

Filetes de merluza empanados

Milagros libraba un domingo de cada dos, igual que Leonor, y Trini uno de cada tres. Así que, cuando coincidían, aproximadamente cada dos meses, instauraron la tradición de procurar que, a la mesa, no faltara algún detalle que hiciera la comida especial: un trozo de buen tocino en la sopa, manteca para untar al pan, un puñado de uvas pasas, unas galletas… y, siempre, un chocolate caliente, lo más espeso posible, para tratar de apiñar un poco de alegría antes de la visita al cementerio.

Muchas comidas las pasaban calladas, cada una en lo suyo; no eran frecuentes las novedades, y no hacía falta rellenar el silencio porque sí: saboreaban esos pequeños homenajes compartidos y eso era más que suficiente para hacerlas sentir en familia.

Terminaban de comer, recogían bien la cocina, repasaban toda la casa y, antes de salir, se permitían volver a sentarse en el comedor, con su taza de chocolate, a la espera de escuchar el carro que las llevaba al camposanto. En ese momento era más frecuente que surgiera conversación, normalmente de los niños de las casas: alguna travesura, lo inteligente que era uno o dulce otra, si estaban enfermos, si se había dado alguna fiesta…, normalmente cuestiones domésticas sin mayor trascendencia. Ese domingo comentaban lo diligente que había sido Emilio en Navidad, se había encargado de llevarles los pequeños presentes que se hacían entre las tres, de una casa a la otra. Fue como si lo invocaran, pues apareció en el carro:

—La primera visita del año ya la pago yo y las flores —comentó el chico jovial. Nada más verlas saltó de la carreta y se ocupó de cargar las mantas que llevaban para resguardarse en el camino—. También traje unas cuajadas, para la vuelta, hay que empezar la semana con fuerzas.

El paseo a pie era de más de dos horas, hora y media escasa en

carro. Alguna vez el chico se apuntaba a la excursión. Leonor y Trini se sentaron en la tabla de delante, con el dueño del vehículo, Milagros y Emilio iban detrás. Los cuerpos se iban moviendo al vaivén de los baches, de las piedras, y en algún salto, quedaban en situaciones un tanto comprometidas: Leonor apoyada sobre el carretero, hombre serio y de natural ceño fruncido, o Milagros rozándole la mano a Emilio.

—A mí no me importa, ¿eh? —le aclaró él. Ella le miró a los ojos y sonrió—. Puedes hacerlo cuanto quieras, no hace falta que el carro brinque.

—Chisss —respondió ella señalando a su tía y sonriendo tímida. Emilio se envalentonó.

—Me gustaría que diéramos un paseo algún día, Milagros —susurró él—. ¿Te gustaría a ti?

—Gustarme, sí, pero no sé cómo lo íbamos a hacer —respondió ella también con voz muy baja—. Trini no libra hasta dentro de tres semanas y no coincide con nosotras hasta ni se sabe…, y mi tía espera ese día como agua de mayo, como para decirle que nos vamos de paseo nosotros y no estaremos las tres juntas…

—¿Y que venga tu tía?

—¿Mi tía? ¡Tú estás mal de la cabeza! Vaya plan…

—¿Qué se cuchichea por ahí detrás? —preguntó Leonor—. Secretitos en reunión, ya se sabe.

—Perdón, tía, hablábamos del frío que hace. A ver si no nos pillamos un resfriado, a usted solo eso le faltaba…

—Yo con la manta estoy bien mientras no llueva, lo mejor es ir callados y así el frío no entra al cuerpo.

Milagros pellizcó a Emilio en la pierna. Hacía mucho frío, pero ninguno de los dos lo sentía.

María, con el embarazo a punto de llegar a su fin, necesitaba ayuda para casi todo. Por más que se empeñaba en ser autónoma, terminaba claudicando y dejándose atender. Así fue esa noche, con su aseo y arreglo personal para ir a la cena que compartiría con su marido, Mariano y Luisa. Los caballeros habían invitado a sus

esposas a celebrar el día de los enamorados y el primer año del Mapey con un éxito que no habían vislumbrado ni en sus mejores augurios.

—Milagros, por favor, ven a asistirme. No avanzo con nada y Ramón seguro que está listo ya… —María se adentró en el pasillo hacia su habitación y, de camino, alzó la voz para que la chica y su tía la escucharan—. Antes de seguirme, asegúrate de que Leonor sube a descansar, llevo un rato oyéndola toser. Si esto sigue así voy a tener que prohibirle las visitas al marido hasta la primavera.

Milagros hizo un gesto a la tía y se apuró a llegar a la habitación de la señora, que llevaba casi la tarde entera entregada a la escritura de sus recetas y se le había echado el tiempo encima.

Tuvieron que llamar a otra doncella para que ayudara y, en tiempo récord, desvestir, asear, vestir, enjoyar, peinar y maquillar a María. A la hora convenida estaba, del brazo de Ramón, bajando a la calle a coger el coche. Iban al restaurante El Amparo.

—Parece que ya estoy saboreando el bacalao de Vicenta…

—Mmm…, qué delicia tan de la tierra, Ramón, y una merlucita frita… Hay que ver cómo continúan las tres hermanas con el negocio igual de bien llevado que por su madre. No es fácil conseguir ese punto perfecto en la cocina, y son tan agradables…

—¡Otro negocio que marcha!

Los Echagüe llegaron antes que los Lapeyra y eso que María tardó lo suyo en subir los empinados escalones que llevaban al comedor. Una vez llegó y recuperó el resuello, mientras esperaban a su hermana y su cuñado, aprovechó para ir a saludar a Vicenta, Sira y Úrsula de Azcaray y Eguileor y para volver a admirar su cocina. Era amplia, de fuego central con carbón de piedra y triple circulación, hornos de asar para los guisos de legumbres, pescados y carnes, y doce hornillos de carbón vegetal para lo más delicado, como la merluza frita, las salsas o las tostadas.

—¡Esta cocina vuestra es un espectáculo!

—A ti que te gusta, María.

—Sí que me gusta, sí. Ando escribiendo recetas en la hoja parroquial de Abando.

—Ya te hemos leído, muy claras están.

—Un día igual escribo algo sobre esa merluza frita vuestra, que es un manjar donde los haya.

—Ya sabes, pues: tajadas de dos dedos de grosor, sin piel ni espinas, rebozadas. Las ponemos en sartenes pequeñas con aceite aragonés, hirviendo, y las colocamos en los hornillos, del 1 al 12. Cuando acabamos de ponerlos todos, volvemos al primero a darles la vuelta y, al final, secamos cada uno con un trapo limpio o papel de estraza, para quitar el exceso de grasa de cada filete. Nuestro éxito es bien conocido: tiempo, temperatura y amor a la cocina.

—Pero, Vicenta, ¡quién tiene doce hornillos para saber cómo calcular!

—¡Nadie! Por eso mejor que vengan a El Amparo, ja, ja, ja…

Luisa se asomó a la cocina, para saludar y para avisar de su llegada.

—Tenéis faena hoy en el comedor, ¿eh? —comentó Luisa.

—Sí, tenemos despedida de soltero. Coged la mesa de la esquina, estaréis tranquilos ahí. Ahora voy y tomo la comanda —respondió Úrsula.

—Ramón seguro que quiere bacalao, desde que se ha enterado que le mandáis al rey, no quiere ser menos —bromeó María.

—Para Alfonso XIII hemos hecho varios envíos, pero el que pide más a menudo es el conde de Romanones, ese sí que es un entusiasta de nuestro pescado.

—¡Es que aquí comemos muy bien! —exclamó María—. Y hablando de comer, voy a sentarme ya, que esta personita tiene hambre y no para quieta.

Bacalao surtido, merluza frita y, antes, ostras verdes, caldo, vuelo al viento de mollejas, angulas y, después, espárragos, coles de Bruselas, alcachofas, sorda con nabos y, para acabar, frutas de temporada variadas, melocotón en conserva, membrillo en pasta, cabello de ángel y quesos gruyer, camembert, roquefort y holandés. Escogieron varios vinos que María, con cierta acidez, declinó. Sí que se apuntó a la Veuve Clicquot, nada mejor que champán para brindar por un negocio próspero.

—¡Por muchos años más como este! —Mariano alzó su copa y todos hicieron lo propio.

—Estaba yo pensando, Mariano, que con tantos clientes como tenemos en San Sebastián, podríamos abrir allí sucursal —comentó Ramón.

—Descabellado no es, podríamos pensarlo.

—Necesitaríais a una Lourdes allí —apuntó María.

—Desde luego, si conseguimos eso, tendremos medio negocio hecho. Nos ha salido buenísima esta chica —respondió Mariano—. Esa costurera tuya no tendrá más hijas, ¿verdad? —bromeó.

—Pues sí, pero parece que no tan espabilada, ja, ja, ja…

Los jueves con cachopo, poco a poco, se volvieron a instaurar. Los primeros meses los fueron salteando: Íñigo aparecía cada semana, pero Lourdes no aceptaba todas las invitaciones. Cuando acabó el verano, en el que él se ausentó quince días para estar junto a Marite en el balneario gallego, la cita se volvió ineludible y ambos la esperaban como el bombón de la semana.

Acababa octubre cuando Íñigo le contó su plan maestro para que pudieran estar juntos días y días, casi como una pareja normal.

—Habrás oído que Mariano y Ramón ya han encontrado local en San Sebastián para abrir el próximo año una sucursal.

—Sí, me dijo don Mariano que se queda libre a final de año y que no necesita mucha reforma, que en pocos meses podrán abrir. Le dije que sería bonito hacerlo también el 14 de febrero, pero muy apurado lo ve.

—Sí, calculan que para abril puede estar, pasada la Semana Santa. La cosa es que, hablando yo con ellos hace unos días, decían que a ver cómo iban a encontrar a alguien como tú, que atendiera tan bien la tienda y fuera tan lista como mi niña, con los números y el trato con los proveedores. —Lourdes sonrió—. Y yo he estado pensando que como tú no hay otra, así que les podríamos decir que por qué no te vas tú para allá y buscan a alguien que ayude en Bilbao a Mariano, que siempre será más fácil.

—¿Y qué voy a hacer yo, sola, en San Sebastián?

—Sola, lo que se dice sola ibas a estar más bien poco. Ya me encargaría yo de tener que viajar a menudo y pernoctar allí.

Además, para ti sería un ascenso, pasarías a ser encargada de la tienda…

—Ay, Íñigo, esa cabeza tuya que no puede estarse quieta.

—Parece que lo estoy viendo, Lourditas, un piso para los dos, sin tener que andar robando ratos, ni correr al trabajo. Desayunar juntos, comer juntos, dormir juntos… ¿No te hace ilusión?

—Claro que me hace ilusión, Íñigo, pero lo veo como eso, como una ilusión sin mucho fundamento.

—Yo lo hablo con Mariano.

El domingo era la tercera vez que Emilio y Milagros iban a quedar como enamorados. La primera los acompañó una hermana de él, previa presentación a Leonor, que, sin mucho entusiasmo, dio su visto bueno. Dieron un paseo por las huertas cercanas a la calle de la Concepción, casualmente pasaron por la puerta del restaurante El Amparo, pues Leonor no los dejó alejarse mucho de la casa de Zabala, y tomaron un helado. La segunda fue improvisada. Tuvieron la gran fortuna de que una tormenta de verano les aguara el plan del cementerio, por lo que, mientras Leonor pasaba la tarde en su casa, Trini y Milagros pudieron ir a una chocolatería con el lechero. Para la cita de ese domingo, Emilio apareció, después de comer, con su hermana nuevamente.

Durante la mañana, de camino a la casa de Zabala, Leonor habló con su sobrina:

—Milagros, Emilio es un buen muchacho, de lo mejor, de eso no hay duda. Tu tío también lo era, así que sé de lo que hablo. —Leoclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">nor se tomaba su tiempo para pronunciar cada frase, hablar y caminar a la vez no le resultaba sencillo. Avanzaba despacio, pues; en la conversación y en el trayecto—. Quiero que pienses bien en tu cuarto en casa de los Echagüe, por mucho que sea compartido, en la cama con sus sábanas y mantas, en las comidas que haces cada día, en el agua con la que te lavas, las toallas, el jabón, el carbón con el que te calientas… Piensa cuánto cuesta todo eso y piensa en el dinero que te llega cada mes para tus

ahorros y tus cosas. Cuando se es joven uno cree que el amor lo puede todo, pero eso es mentira. Si yo estoy viva es porque una señora con dinero decidió emplearlo para mis cuidados. Tu padre y tu tío murieron sin que los viera un médico, sin comida buena, sin nada. El amor no cura eso, Milagros, no cura el hambre y solo da calor al principio, después hace falta leña que hay que pagar. Piensa bien los pasos que vas a dar, piensa bien en qué casa podrás vivir, ¿la de Zabala te gustaría que volviera a ser tu hogar? Estaría a tu cargo cuando dejaras en la que sirves, serás sirvienta por partida doble, sobre todo si vienen hijos o familiares mayores, sé bien de lo que hablo, Milagros.

La chica escuchaba, miraba al suelo y seguía la procesión a la casa, con su tía enganchada al brazo.

—No hemos hablado de casarnos, tía.

—Eso está bien, aún es pronto. Pero, si las cosas siguen su curso normal, hablaréis de eso, y es entonces cuando quiero que estés prevenida, porque casarse no es ir a la iglesia, a comer con la familia, un poco de música y ¡hala! Casarse es un compromiso y una renuncia y para las mujeres pobres es una renuncia muy grande. La decisión es tuya, Milagros, piensa bien antes de tomarla.

Siguieron el camino calladas hasta llegar a un murete en el que Leonor pidió descansar. Frente a frente, volvió a hablar:

—Lo de casarte o no es tu decisión y una vez casada harás lo que quieras; pero antes procura mantenerte pura. Espero que la lección de Reme haya sido clara, pero si no, te advierto que si te pasa lo mismo no hará falta que te mate la abortera, lo haré yo con mis manos. Otra vez no paso por eso.

Retomaron la marcha en silencio y, de la misma forma, limpiaron el polvo que le había caído a la casa desde la semana anterior y comieron. Algún piar, alguna voz lejana de la calle fue lo único que escucharon hasta la llegada entusiasta de Emilio y su hermana.

—Le traigo un poco de mantequilla, doña Leonor, fresca, de esta mañana.

—Gracias, chico, déjala ahí.

—Hoy traigo también a mi hermana. La tengo comprada con mantecados, ja, ja, ja, así que tenemos que ir a por uno, Milagros,

bueno, o dos, si tú quieres.

Milagros se despidió de la tía, cogió su rebeca y se dirigió a la puerta. Empezó a bajar las escaleras sin mediar palabra. Emilio y la niña tuvieron que darse prisa para no quedarse atrás.

—¡Vaya carrera, chica! ¿Qué pasa?

—El aire, que me andaba faltando.

Pasearon por las huertas, por la zona de Miribilla y llegaron a la ría. Milagros no estaba muy habladora. La niña, hasta que le compraron el mantecado, contó algunas cosas de las vacas, a las que ya sabía ordeñar, y de otros hermanos menores que también vivían en la casa. La sacaba de su ensimismamiento con su cháchara.

—Esa casa tuya es grande, solo para tu tía y para ti, Milagros.

—No vivimos ahí ahora.

—¿Y quién vive ahí?

—Nadie.

—No sabía que habría casas vacías.

—Pues ya ves.

—¿Y dónde vivís?

—En una casa donde servimos.

—¿Y por qué no vive nadie?

—Porque los que vivían ahí están todos muertos.

Emilio le dijo a su hermana que se callara, le compró el mantecado, y siguieron la ruta. Entonces, empezó a hablar él.

—Perdónala, Milagros, no tiene mucha ocasión de hablar con alguien que no sean vacas. Mis hermanos pequeños o son mudos o son bebés. —Milagros no hizo ningún comentario al respecto—. ¿Y a ti qué te pasa hoy? No hay quien te arranque una palabra.

—Bueno, no hay mucho que decir…

—Pues lo que preguntó la niña tiene su razón, ¿por qué no vivís Trini, tu tía y tú en la casa? Para que esté vacía…

—Estamos bien así. —Hizo una pausa, pensó, y retomó el hilo—. ¿Para qué íbamos a vivir ahí? Solo para ser sirvientas por partida doble, en la casa de los señores y en la nuestra propia. Para eso nos quedamos como estamos.

—Bueno, mujer, también tiene sus ventajas, ¿no?

—A lo mejor, pero yo no las encuentro.

—Está claro que hoy no estás de humor, mejor regresamos, que se va a ir ya la luz.

Íñigo llegó antes que Mariano al restaurante de la Sociedad Bilbaína, por lo que eligió, no la mesa de siempre, sino una apartada y discreta. Incluso a Mariano le costó verlo a su llegada.

—¿Qué tramas, rufián, que tienes que esconderte?

—Me conoces, ¿eh?

—¡Desde que naciste!

—Vengo a hacerte una propuesta, sí, que nos vendrá bien a los dos.

—Bueno, ya veremos… ¿A los dos por igual o a uno mejor que al otro?, ja, ja, ja… Déjate de rodeos y vete al turrón, que después quiero que comamos tranquilos.

—He estado pensando que para la tienda de San Sebastián podríais llevaros a Lourdes. Ella, que conoce el negocio bien y es resuelta, puede ser la encargada de allí. Seguro que va a tener mucho éxito, más ahora con lo bien que les está yendo a algunos con la guerra…, se multiplicará el trabajo y necesitaréis a alguien de confianza y resolutivo.

—Continúa.

—Entonces tendríais que contratar a alguien aquí, pero que estaría bajo tu supervisión, con lo cual, seguro que es más fácil. —Mariano lo escuchaba con atención, asentía con la cabeza—. Está claro que esta opción sería más costosa, pues habría que arreglarle el sueldo a la chica y procurarle vivienda. —Íñigo respiró hondo y continuó—. Está claro también que esa es la opción que yo prefiero, así que estaría dispuesto a colaborar en el coste extra. Lo he estado pensando y creo que lo más discreto sería hacerlo a través de descuentos en los muebles. Vosotros pagaríais el alquiler de forma directa y yo indirecta, con esos descuentos de los que te hablo.

Mariano respondió al instante:

—Hecho.

—Así, ¿sin más?

—Sí. Si ella está conforme con marcharse a San Sebastián y liarse

con un tunante como tú, para nosotros es una opción más que buena.

—Perfecto, pues.

23

Chocolate servido a la española

Era un domingo frío, tanto que Leonor, a pesar de su libranza y la de Trini, decidió permanecer en casa de los Echagüe, a resguardo. Mandó a las chicas a comer a Zabala, a que repasaran la casa, las eximió de la visita al cementerio, y les dio unas monedas para el chocolate. A cambio pidió una taza.

Las muchachas comieron alubias con chorizo. Trini había cogido un buen puñado de la despensa de los Echevarrieta, de un saco que habían comprado en Tolosa, y las mantuvo dos días en remojo a escondidas, bajo su cama. Avisó a su hermana y a su tía, con Emilio, de la operación que se traía entre manos y ellas mandaron al chico a comprar el embutido. A cambio lo invitaron a comer con ellas. Él aportó pan, mantequilla y leche.

Mientras se preparaba el guiso, las chicas limpiaron la casa. Ambas comentaban lo bien que les estaba viniendo el ejercicio para entrar en calor. Llegaron a la mesa atemperadas y con hambre. El chico también; aunque los domingos no hacía reparto, las vacas se ordeñaban igual.

Fue un almuerzo distendido y opíparo, aquel plato calorífico les pareció un manjar, caía la enjundia en el estómago con tal tibieza que arropaba al cuerpo entero. Relajados como estaban, Emilio aprovechó algún despiste de Trini para acariciar la piel de Milagros, bien de la mano, bien de la cara. Ella se dejaba hacer, lo miraba a los ojos y sonreía.

El chocolate lo tomaron por el camino de vuelta. Emilio las acompañó. Compraron una taza para la tía, vertieron su contenido en un frasco, y un suizo.

Después del día, entrañable, afectuoso, Emilio se llenó de arrojo. Unos inconvenientes u otros hicieron que no pudieran volver a verse con calma hasta pasado un mes. Él la fue a buscar, junto a su

hermana, a Zabala, después de comer. Iba peinado para atrás, con la chaqueta de las ocasiones y unas flores para su enamorada. A Milagros le botó el corazón nada más verlo, así, con la cara despejada, tan recto con su chaqueta sin remiendos y la gorra de salir, tan simpático con esas flores silvestres atadas con un cordel. Las puso en remojo. Leonor los invitó a un agua de poleo, no había más que beber. La niña, con frío, al ver que había miel, aceptó agradecida, y Emilio también, pero con cierta impaciencia, la misma que tenía Milagros por salir de la casa y rozarle el cuerpo.

Llovía a cántaros. Tenían dos capas enceradas, una para la hermana y otra para ellos dos. Milagros no había llevado la suya. Así, aunque acabaron empapados, les supo a fiesta el aguacero, pues tenían excusa para arrimarse. Caminaban despacio, muertos de risa, pegados a la pared, buscando el refugio de los salientes de los edificios.

—Vamos a por chocolate, hermano, que en la calle no se puede estar.

—Vamos pues, que tengo unas monedas.

Solo quedaba una mesa de las pequeñas, en medio del local, enorme y abarrotado. Apañaron tres sillas y, a gritos, para que su voz se escuchara por encima del bullicio, pidieron tres chocolates. Emilio había aleccionado a su hermana para que se ausentara a ratos, tenía que hablar con Milagros de temas importantes. La niña, obediente, tan pronto terminó su bebida, no había para bizcocho, se levantó y fue a ver llover a través de las cristaleras de la chocolatería. Emilio cogió las manos de Milagros. Las tenía frías, él a punto de empezar a sudar. Comenzó la conversación en susurros, pero ella no escuchaba con el ruido del ambiente, así que tuvo que empezar el discurso en voz alta.

—¡Año y medio hace que nos conocemos ya…!

—Sí que pasa el tiempo volando…

—Y que andamos hablando más de nuestras cosas, un año, por lo menos…

—¿Y a ti qué te ha dado por ponerte a contar el tiempo ahora?

—No me interrumpas, Milagros, por Dios, que esto me está costando…, y encima a voz en grito.

—Disculpa, hijo…

—Pues que yo creo que ya es hora de que nos hagamos novios formales, de esos que buscan fecha para casarse y todo eso… —Milagros permaneció muda, mirándolo a los ojos, casi sin pestañear ni mover un músculo. Pasaron así unos segundos—. ¿Te has quedado de piedra o qué? ¿Es que no te lo esperabas?… —Milagros aún tardó unos segundos más en contestar.

—A decir verdad, no me lo esperaba tan pronto.

—¿Y qué? ¿Qué tienes que decir?

—¿A qué? —respondió aturdida.

—¿Cómo que a qué? Pues a lo que te acabo de contar.

—¿A lo de novios o a lo de casarse?

—Bueno, primero lo uno y luego lo otro.

—¡Hombre, ya! No va a ser todo junto…

—Pues eso, primero una cosa y después la otra, pero todo viene en el mismo paquete… Milagros, maja, cuando te pones a no entender…

—Qué fácil te parece a ti, ¡claro! Como Dios sabrá desde cuándo lo llevas rumiando, pero yo me acabo de enterar, chico, y es como un jarro de agua, necesito mi tiempo…, yo como estamos estoy bien…

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cómo que cuánto qué? ¡Pues tiempo, chica! ¿No es eso lo que dices que necesitas?

—Sí.

—Pues eso, ¿cuánto?

—¿Y yo qué sé cuánto, Emilio? ¡Hasta que me aclare, será!

—Madre de Dios, dura para todo tú, ¿eh?

La niña, cansada de ver llover, más con los pies empapados, volvió a la mesa:

—Quiero volver a casa.

Se levantaron de la mesa y regresaron. Emilio y su hermana bajo un paraguas y Milagros con el de ella.

La actividad en Mapey era frenética. Mariano prácticamente se había

mudado al hotel María Cristina de San Sebastián para ultimar las obras y recibir la mercancía para la inauguración. Habían pedido una colección de biombos modernistas, de madera, con incrustaciones metálicas, otros pintados a mano con motivos naturales, que solo estarían expuestos en el nuevo local y que eran ahora la niña de sus ojos. Había mandado cambiar el color de las paredes tres veces, buscando el que mejor los hiciera destacar.

Lourdes, por su parte, además de la faena propia de la tienda de Bilbao, que iba en aumento, ayudaba, en la distancia, con los preparativos de la inauguración del nuevo local, y tenía encargado el aleccionamiento de dos dependientas. Ella, perfeccionista y metódica, las hacía apuntar todo lo que les iba enseñando por las mañanas y estudiarlo en las tardes. Al final del día, les tomaba la lección y acababa, con todo, extenuada.

Cuando llegaba a casa se encontraba a su madre cansada también, le habían pedido a ella los uniformes para las chicas y otros, más elegantes, para ella, pues iba a ser la encargada cuando fuera a San Sebastián. Carmenchu cosía todo el día para tener ese trabajo a tiempo y no retrasarse con el suyo ordinario. El rato de la cena, cuando se sentaba con su hija, era su momento de asueto. Hosca desde el accidente del marido, el carácter se le había vuelto a suavizar desde el buen empleo de la hija.

—Ya iré a verte yo a San Sebastián, que nunca salí de aquí y tengo ganas de saber cómo es antes de perder la vista del todo.

—¡Claro, madre! Aunque para que usted se quede ciega, me parece a mí que todavía falta mucho.

—Pues no creas, y la espalda no la he perdido gracias al sillón que te dieron los señores, que, si no, ya estaría corcovada.

—Bueno, mujer, tampoco exageremos, igual la que se corcova antes soy yo.

—Seguro que sí…

—Vaya competición que hemos montado nosotras en un momento, a ver quién se joroba antes, ja, ja, ja…

—¡Vaya que sí! —Carmenchu se quedó en silencio un momenclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">to—. Y tú lo que tienes que hacer allí, sola, es tener

fundamento. Y si no te encuentras, pues vuelves para acá, que es donde está tu casa. Les dices a los señores que tú trabajas aquí, que yo sé, por lo que dice Leonor, que están contentos contigo, y seguro que te abren otra vez la puerta.

—Bueno, madre, ya veremos.

—Ya veremos, sí, pero vas con la lección aprendida: fundamento y que aquí está tu casa.

Con pequeñas variaciones de formato, así fueron todas las cenas entre la madre y la hija, hasta que tocó la marcha, el lunes siguiente a la Semana Santa. Ese día, Carmenchu volvió a su oscuridad, ya desde el alba, desde antes de salir de la cama; tuvo malos sueños y malo fue también el despertar. Atravesada dio los días, no le salió el «buenos», en la casa y cogió la aguja.

—Madre, pero si no se ve nada, espere un poco para empezar a coser —dijo uno de los hijos.

—¿Y tú qué te metes? ¡Yo coso al tiento!

Ni una palabra más hasta que Mariano fue a buscar a Lourdes. La chica fue a despedirse de su madre, pero esta no levantó la cabeza del paño que tenía entre manos.

—Bueno, chica, que vaya bien —dijo entre dientes—. No te molestes en escribir, que aquí nadie lee, ya sabes. Si hay malas noticias ya correrán.

Lourdes prefirió no abrir la boca. Se dio la vuelta, comprobó que su padre seguía dormido y cerró la puerta de la casa. Bajó por las escaleras, con esfuerzo, la pesada maleta que llevaba para la nueva vida; con esfuerzo también tragó para suavizar el nudo que se le había instalado en el gaznate.

Por suerte, Mariano estaba exultante y le contagió su energía cargada de ilusión.

—Verás cómo ha quedado la tienda, ¡impresionante! Los biombos no pueden lucir más espectaculares, contrastan con la pared, que finalmente es verde inglés, y parecen aún más bonitos de lo que son. —Hablaba sin descanso—. Pararemos primero en la tienda, para que la veas y enseñarte todo. Después de comer te llevaré a la que será tu casa, está cerca de la tienda. Es coqueta, pequeña, pero acogedora y con luz. Yo creo que te gustará. Tiene dos habitaciones,

por si viene alguien a verte de Bilbao. Vas a estar muy bien aquí, Lourdes, y espero que nosotros también. Esta tienda promete.

A Lourdes, efectivamente, le impresionó el local; por más que Mariano se lo había pintado como un sueño, la realidad le pareció todavía mejor. Amplio, bien distribuido, con un escaparate en esquina que ocupaba gran parte de la fachada y rematado en madera con formas sinuosas, aquello era un espacio que invitaba a la compra. Colores atrevidos en las paredes, verde oscuro, grises varios, burdeos…, alguna con un mural; muebles de toda índole, uno más exquisito que el otro; la sucursal de Mapey en San Sebastián hacía sentir importante a cualquiera que atravesara su umbral.

El piso donde viviría también le gustó mucho, desde el zaguán; por más que lo transitó a diario durante varios años, nunca terminó de acostumbrarse a la emoción de tener un espejo, que ocupaba toda la pared, en él, así como un mostrador y ¡un portero! La casa era como había dicho Mariano, pequeña, coqueta, muy luminosa, sin humedades, bien pintada, con una cocina nueva y bien situada. Se acordaba de su madre y le daba un pinchazo en el pecho, aunque a cada rato que pasaba, la cantidad y calidad de los estímulos hacían que aquella vida, que solo había dejado atrás hacía unas horas, pareciera más lejana.

La tarde la pasaron ultimando los detalles de la inauguración, que sería al final de la semana.

Al caer la oscuridad, Lourdes volvió a su casa, Mariano la dejó en la puerta. Se miró a sí misma en el espejo del zaguán y se gustó. Se pellizcó en el brazo y respiró profundo, tratando de asimilar la esencia de una clase que no era la suya. Con más satisfacción aún que cansancio, atravesó el portal y subió a su piso. No encendió las luces. Se sentó en el sofá a oscuras, a escuchar los nuevos ruidos que la acompañarían a partir de entonces, inspiró con ahínco para encontrar también los olores del lugar antes de que se le hicieran familiares, puso atención en el tacto de la tela sobre la que estaba sentada, y, en medio de todos esos descubrimientos, antes de darse cuenta de que tenía hambre y nada para comer, tocaron en la puerta.

Antes de abrir, preguntó quién llamaba. Estaba sola, en una ciudad

desconocida y toda precaución le pareció poca. Nadie respondió, pero escuchó una llave en la cerradura. Se le heló la sangre, aunque solo durante unos segundos, lo que tardó Íñigo en abrir.

—Soy yo, tontorrona, ¿quién si no? ¡Que tengo una copia de las llaves! —Encendió una luz— ¿Y qué haces en penumbra?

—Íñigo, ¡por Dios! ¡Qué susto! ¿Cómo no me dijiste que estabas por aquí?

—¿Y estropear la sorpresa? ¡Ni hablar! —La abrazó con fuerza—. ¿Quieres cenar? ¿O prefieres estrenar ya la cama?

—¡Qué cosas tienes! —Hizo un gesto de estar pensando—. Pues ahora que lo dices sí que comería algo… ¿Sabes qué?

—¡Sorpréndeme!

—Una buena porrusalda me comía yo a gusto.

—¡Ay, hija! Mira que eres comedida.

—Pero una bien rica, ¿eh?, con su buen bacalao.

—Vamos, pues, ya estrenaremos el dormitorio con la tripa caliente.

Luisa, María y Ramón se instalaron en el hotel María Cristina unos días antes de la inauguración. Teodoro Bardají, que estaba con los duques en la ciudad, había quedado con María en ayudarla con la supervisión de los canapés de la inauguración de la tienda, que prepararían las espectaculares cocinas del hotel. Al estar inaugurado hacía solo dos años tenía la última tecnología culinaria, entre otros varios armarios Hama para refrigerar, de pino, forrados de aluminio. «Un sueño», que diría María.

En el hotel y en San Sebastián se respiraba la energía del buen vivir, parecía como si lo más granado de la sociedad europea, huyendo del conflicto, hubiera ido a parar a la desembocadura del Urumea. Bocaditos selectos, champán, música ligera y risas en distintos idiomas ocupaban, casi a todas horas, los salones del regio edificio. María, su hermana y su marido no tardaron en contagiarse del buen humor, que se multiplicó al hacer la primera visita a Mapey.

La inauguración de la tienda tuvo todo el boato que cabía esperar. Grandes vestidos y peinados, fragancias de París, gestos grandilocuentes y risas escandalosas, entre las mujeres. Para los

hombres fue una reunión, que en algunos momentos pareció de negocios, de la más ilustre burguesía vasca: navieros, papeleros, mineros, consejeros de los Altos Hornos de Vizcaya, los duques del Infantado…, y de varios extranjeros también acomodados. El padre José tuvo su papel en el evento. Con la buena suerte que les había dado en la tienda de Bilbao, no quisieron tentar al destino y lo invitaron, con viaje y alojamiento incluido.

Tal como había ocurrido un año antes, la libreta de Lourdes echaba humo y el rato se le pasó en un suspiro. Solo se le atravesó el momento en el que vio llegar a Íñigo del brazo de su legítima mujer, delgada, descolorida y haciendo un esfuerzo por seguir alguna conversación.

—Marite, qué alegría que hayas viajado hasta aquí —la saludó María—. Me alegro mucho de verte. Fíjate que, siendo casi vecinas, nos venimos a encontrar en otra ciudad…, ¡eso tendremos que remediarlo!

—Sí…, no he salido mucho últimamente.

—Te entiendo… , pero, bueno, mujer, siempre puede hacerse una excepción para venir a San Sebastián, es una ciudad tan esplendorosa… Hacía mucho que nosotros tampoco veníamos, desde el año pasado, cuando se estrenó *Las golondrinas* en el Victoria Eugenia. ¡Qué maravilla!

—Entonces no estaba yo para zarzuelas y, si te soy sincera, ahora tampoco lo estoy… Discúlpame, María, voy a decirle a Íñigo que me traiga un refresco, que necesito algo de azúcar.

—Siéntate, Marite —la acompañó a un asiento—, yo misma te lo mando a pedir.

Pasados tres meses de que Emilio le hubiera pedido a Milagros que fueran novios formales, ella seguía sin decidirse. Hacía varias semanas en las que ni siquiera bajaba todas las mañanas a por la leche, se apuraba a coger el periódico para plancharlo, y así, cuando llegaba el chico, estaba ocupada y era a otra a la que le tocaba esa tarea. Seguía disfrutando de su compañía igual que siempre, le parecía tan bien parecido como antes, pero lo que le pedía era un

salto que le daba un vértigo que no lograba domar. Muchas noches se iba a la cama con determinación, convencida de que un cambio podría sentarle bien a la monotonía de sus jornadas y enumeraba mentalmente todas las cualidades que le encontraba a su enamorado; pero, a poco que tuviera una charla agradable con alguna compañera, una risa compartida con alguien del servicio, un bizcocho esponjoso para cenar, una palabra amable de su tía, le entraban las dudas sobre si realmente quería abandonar esa vida por otra incierta y, de nuevo, la invadía el desasosiego. Las mañanas de esas noches, cada vez más frecuentes, eran en las que se apuraba a planchar los periódicos. Una de ellas, Idoia subió con las botellas y le dijo que Emilio había insistido en que bajara, que necesitaba verla.

—Hola, Milagros, sé que estás con faena a esta hora, pero llevas casi una semana sin bajar y tengo algo que decirte.

—No he bajado porque no he podido.

—Lo entiendo, solo quería despedirme…

—¿Eh?

—Me he alistado de voluntario a la Legión Extranjera francesa, para ir al frente. Van algunos de Arrigorriaga y yo con ellos.

—Pero ¿tú qué dices, pues? ¿Se te ha ido la chaveta o qué?

—No se me ha ido nada, Milagros, mucha gente va a la guerra.

—Porque no le queda otra, pero voluntario…, ¿no se te ha ocurrido pensar que te pueden matar o dejar cojo o ciego o yo qué sé?

—No, no lo he pensado. La realidad es que solo pienso en ti, en que me digas algo, en cambiar esta vida en la que me paso el día con las vacas y con los repartos y después a la cama fría y vuelta a empezar, una vez y otra. Y solo espero que llegue un domingo en el que poder verte y demos un paseo y siempre que lo hacemos es igual y yo quiero otra cosa, y como a ti no te tengo porque no hay manera que me digas si sí o si no o si qué, que eres como el perro del hortelano, pues marcho al frente y que sea lo que Dios quiera, pero aquí me estoy volviendo loco.

—¡Jesús! ¿Y cuándo partes?

—El domingo.

—Qué noticia tan desgraciada, Emilio.

—Fíjate que ya ni sé si me alegro que te parezca eso o no. Cuando regrese, hablamos.

Milagros vio alejarse al chico, a esa figura que contenía un ser noble y jovial. Puso mucha atención en la escena para recordar hasta el último detalle de su cuerpo, quería retener hasta su manera de pedalear. Tan pronto desapareció de su vista empezó a echarlo de menos y tuvo claro que sí, que quería ser su novia formal y casarse; pero ya dio igual. Aquella conversación en la reja de los Echagüe quedó para siempre inconclusa. Emilio falleció, como tantos otros de sus compatriotas, justo un año después, en la batalla de Verdún, la más larga de la Gran Guerra.

24

Rodaballo a la Cambaceres

El año 1917 comenzó con fuerza, con entusiasmo, en la casa de los Echagüe. Cada día había algo por lo que brindar: por lo bien que iban las tiendas; por cómo marchaban los asuntos de Ramón, que, desde que le había pasado el testigo de la presidencia del Arenas Club de Fútbol, el equipo de Guecho, a Ramón de la Sota, estaba mucho más liberado para los quehaceres de su bufete; por cómo crecían los niños; por el éxito de las recetas de la señora de la casa, que rara era la vez que iba al mercado, a misa o a cualquier evento social y no le pedían algún consejo culinario o le alababan los escritos y los cursos, y pocas eran las mujeres de bien y las cocineras de Bilbao que quedaban por pasar por sus clases; o, simplemente, por la atmósfera festiva que se respiraba en la zona, floreciente gracias a la guerra. Tanta bienaventuranza y buenos deseos fueron el ambiente propicio para que María volviera a quedar encinta.

Esta vez lo notó a los días escasos, cuando al sentarse a comer los olores del rodaballo le saturaron la pituitaria y se le encajaron en la boca del estómago. No fue capaz de abrir la boca, pese a que el pescado, bañado con champán, con trufas y aderezado con mejillones fritos, ancas de rana, croquetitas de cangrejos y cabezas de champiñones —estaba preparado a la Cambaceres—, tenía un aspecto imponente.

—¿No comes, Marichu? —preguntó Ramón extrañado.

—No puedo… —se miró la barriga—, me da en la nariz que vamos a volver a ampliar la familia.

—¡Qué gran noticia! ¡Que viva la abundancia! —Llamó al servicio—. ¡Leonor! ¡Leonor!

La gobernanta se asomó al comedor y le preguntó:

—¿Qué necesita, don Ramón?

—¡Un champán! Que la ocasión lo merece. Todo en esta ciudad prospera, también nuestra familia. —Leonor no entendió lo que quería decir, pero no esperó a que se lo explicaran. Fue en busca de la botella—. Pues mira, Marichu, que me has alegrado el día con la noticia. Yo venía a contarte que estuve con Ramón esta mañana…

—¿Qué Ramón?

—De la Sota. Me contó que los torpedos alemanes le han vuelto a hundir un carguero que llevaba minerales a los ingleses.

—¿Otro? ¿Cuántos van ya?

—Diez, al menos, pero así y todo dice que le sale a cuenta. Cada uno que llega le deja un potosí.

—Y esas tripulaciones… —María susurró.

—Bueno, mujer, no fastidies el momento, que nosotros estamos de celebración.

Leonor trajo la botella y sirvió dos copas.

—Yo brindaré con el corazón —María le dio su copa a Leonor—, hágalo usted por mí, Leonor, a mí no me entra nada. —Leonor la miró con extrañeza—. Estamos esperando otro Echagüe.

—¡Enhorabuena, señora! Y para usted también don Ramón, eso siempre es una buena nueva. —Tomó un sorbito de la copa que le había dado María, tal como le había pedido, y se retiró.

Hacía más de un año que no sabían de Emilio. Cuando la noche estaba clara, Milagros había cogido la costumbre de bajar al parque. Se sentaba en uno de los bancos, se arropaba bien con el chal y miraba al cielo. En ese rato de silencio, pensaba en el que creía sería su marido, se imaginaba que él, allá donde se encontrara, estaría bajo ese mismo manto de luces, vería lo que ella y eso la hacía sentirlo cercano. Les pedía a las estrellas que le dijeran que lo estaba esperando y que lo amaba, y tanto empeño ponía que estaba segura de que los mensajes, de una u otra manera, le llegarían. Después volvía a la cama, tenía un último recuerdo para él y, a la mañana siguiente, se las componía para bajar a la reja a recoger la leche. La hermana de Emilio había cogido el testigo del reparto desde su ausencia y Milagros, de cuando en cuando, procuraba

coincidir con ella para preguntar por alguna novedad. Esa mañana, cogió un trozo de chocolate de la despensa, y fue a ver a la niña.

—Buenos días, bien de mañana.

—Buenos días.

—¿Qué? ¿Se sabe algo del hermano, por un casual?

—Pues algo.

—¿Y eso? ¡Desembucha!

—Tomás, uno de Arrigorriaga, que también partió con la Legión Extranjera esa, volvió al pueblo parece que hecho cisco.

—¿Y cómo que volvió?

—Dice madre que porque ya no sirve para nada. Le falta un ojo y camina malamente y le duelen todos los huesos de estar tanto tiempo mojado con ese frío que se cala hasta el alma. Eso dice madre y también que le explotó una granada y que como no lo mató, le salvó la vida y se las apañó para volver.

—¿Y el hermano cuándo vuelve?

—Dice madre que dice Tomás que hace meses que no lo ve porque él estuvo en una enfermería antes de volver aquí, y en el viaje también pasó tiempo, pero que no esperemos nada bueno, que los alemanes parecen fieras hambrientas y que estaba dura la cosa y que pasaban todo el día metidos en unos hoyos en la tierra que tienen unos nombres raros y que no había qué comer y que tenían piojos.

—Bendito sea Dios.

—Eso mismo dice madre y le reza al Emilio como si ya estuviera en el cielo. Dice que así, si vuelve será una alegría, pero si no, ya se va haciendo a la idea.

—Yo rezo para que se haga verdad esa alegría.

—Madre dice que las alegrías no son para los pobres.

Milagros subió la escalera cabizbaja, cargando los litros de leche, y se dio cuenta de que el trozo de chocolate seguía en el bolsillo de su delantal.

Lourdes había vuelto a casa en Navidad y fin de año. Habían caído muy bien las festividades y juntó dos días, domingo y lunes, cada

vez. Su familia no estaba acostumbrada a comidas especiales en ninguna fecha, era raro el año en que habían reunido el excedente necesario para comprar el azúcar de la compota tradicional navideña, esa que alguna vez había cocinado la madre con frutas secas y frescas.

Desde que Lourdes empezó a trabajar en San Sebastián, hacía ya más de dos años, la compota no había faltado en Nochebuena. Ese año, además, había llevado a su casa dos barras de turrón que le habían regalado los señores y dos botellas de sidra que había comprado ella. Solo eso ya fue una fiesta, demasiada, incluso, para la mentalidad de Carmenchu, que refunfuñó sin pudor. El padre sí que estaba conforme; prácticamente sin dientes, se echó a la boca un trozo del dulce y lo fue puliendo hasta deshacerlo.

Para Reyes Magos, una celebración desconocida en su casa, llegó de sorpresa. Entró con sigilo en la habitación, una vez estaban todos dormidos, y se metió en la cama. Llevaba regalos.

A la mañana siguiente, su madre se despertó al alba, como siempre, y del susto de ver a alguien en la otra cama pegó tal grito que levantó a toda la casa.

—Pero, bueno, madre, que soy yo —dijo Lourdes medio dormida aún.

—¿Cuándo llegaste que no te oí?

—Anoche, como hoy es fiesta no abre la tienda.

—¿Y qué se te ha perdido a ti por estas tierras que estás viniendo tanto?

—Hoy es día de Reyes, madre, y tengo libre.

—¿Y cuándo hemos tenido nosotros algo que celebrar en el día de Reyes, hija? Eso es una fiesta para los señoritingos…, no se te estará pegando, ¿verdad?

—No, madre. Pero sí he traído unos regalos.

—¿Unos regalos? Pero qué aires te estás dando tú, ¿no? ¡Unos regalos, dice la chica! —Salió de la habitación y habló con los hermanos, todavía algo aturdidos por el despertar abrupto—. La Lourdes, que ahora se cree que es Melchor, válgame, Dios, que ha traído regalos… Incienso y mirra será, porque oro no creo…

Lourdes también salió de la habitación.

—Pensé que os gustaría… —Los hermanos miraban al suelo—. Aquí os los dejo. También hay un sobre con lo que he podido ahorrar, son cuarenta pesetas. Pensaba que con ellas se podía comprar unas gafas para coser, madre, y lo que se necesite.

—Si no te dieras esas ínfulas y en vez de malgastar lo hubieras juntado, habrías traído más. Y yo gafas no necesito, ya os he dicho mil veces que coso al tiento.

Lourdes volvió a su cama, metió la cabeza bajo la almohada, pero no logró desaparecer. La rabia que la incendiaba por dentro hizo que le costara un buen rato reponerse de la frustración. Una vez la apaciguó, se vistió, marchó de la casa sin mediar palabra y fue a donde salía el coche de línea a San Sebastián.

María se había comprometido a impartir uno de sus cursos de cocina en el colegio del Sagrado Corazón. A pesar de llevar varios meses encinta, las náuseas y malestares no terminaban de írsele. Se levantaba con el estómago revuelto y ese vacío en la panza solo se le aplacaba comiendo pan y patatas cocidas, casi no soportaba otro alimento. Cualquier olor, incluso la visión de un simple animal muerto, ya fuera una gallina o un pescado, sobre la repisa de la cocina la hacían correr al baño. Tanto fue así que empezó a bromear con el nombre del bebé y tanto hizo la gracia que todos en la casa empezaron a llamar a la niña María Dolores. Después de seis meses nombrando a la nueva hija de esa forma, no hubo manera de cambiarlo y así se quedó.

En cuanto al curso de cocina, a pesar de los ruegos de Ramón para que lo cancelara, decidió llevarlo adelante de manera teórica. «Las cocineras seguramente se dormirán, pero si alguna queda despierta no le vendrá mal conocer algo de la historia gastronómica vinculada a los monasterios, que es sobre lo que voy a hablar. Tampoco creo que las señoras sepan mucho de esta cuestión, así que será algo útil». Como había previsto, llegó puntual a su clase.

La relación de Lourdes y de Íñigo, con la mudanza a San Sebastián, entró en una nueva dimensión, en una etapa acordeón. Tardaron un buen tiempo en encajar las piezas: los encuentros, las

ausencias, los choques, las revolturas, los anhelos, las desconfianzas, los reproches, la pasión… También Marite tuvo que encontrar su sitio, su sosiego, en medio de un juego en el que, sin pedirlo y sin saber y sin querer saber, estaba inmersa.

Las primeras semanas, que se hicieron meses, se les fueron entre las sábanas, entre las manos, entre los cuerpos, entre las risas motivadas por cualquier acto sencillo: un café con leche tomado al vuelo en la cocina antes de partir a las obligaciones, por ejemplo. Íñigo hilvanó un viaje de negocios con otro, a ojos de Marite todos cruciales, y casi no apareció por Bilbao, más que para los eventos familiares insignes de los Elejabeitia. Cuando su mujer se atrevió a sugerir que ella quizá podría acompañarlo en alguna de esas excursiones comerciales, pues el aire renovado de un lugar distinto se le ocurría que podría hacer de revulsivo a su nimia vitalidad, Íñigo se apresuró a quitarle la idea de la cabeza. Marite enseguida entendió que su marido tenía razón, que su lugar estaba en Bilbao y no por esos mundos; pero esa demanda de la mujer, en principio insignificante y aplacada, hizo que la realidad se colara en la relación de los amantes y empezaron los tira y afloja.

Por compasión, por lástima hacia Marite, Íñigo empezó a querer pasar días en Bilbao. Los domingos a Lourdes se le hacían eternos. También las noches. Cuando finalmente se veían de nuevo, Lourdes nunca sabía cuándo iba a llegar la nueva marcha, las horas se les iban en reproches alterados de una y respuestas agrias y anécdotas grises del otro. La pasión tardaba en llegar, a veces aparecía solo un rato antes de que tocara la partida y otras ni siquiera surgía, las chispas de la discusión primera empujaban a Íñigo a volver a casa sin siquiera deshacer la maleta.

A este tormento le siguió otra época de amartelamiento, algo más civilizada, en la que fueron capaces de reunirse y de separarse sin tanto aspaviento. Empezaron a acoplarse y a comportarse casi como una pareja normal, hasta con salpicaduras de celos por parte del «marido». A Íñigo siempre le parecía que a Lourdes los hombres la miraban de más y estaba convencido, por más que lo negara, que a ella le gustaba y hasta que lo fomentaba. Eran episodios intensos y efímeros, muy incómodos, que la paciencia de Lourdes lograba que

no enturbiaran demasiado el camino ascendente de la relación. Iban al teatro, a restaurantes e, incluso, alguna vez, paseaban del brazo por la calle. Marite salía de manera irregular en las conversaciones, dependía de cómo estuviera ella de ánimo con Íñigo y de lo bien encajados que anduvieran los amantes; en ocasiones, aparecía en las charlas de forma vehemente y hasta transgresora.

—Mañana vuelvo a Bilbao, amor mío —informó Íñigo a Lourdes, mientras esta calentaba la porrusalda que iban a cenar.

—Vaya…, qué lástima, pensé que en esta ocasión te quedarías también el fin de semana.

—¡Qué más quisiera! Marite está otra vez con los nervios de punta y me dijo que la acompañara a un médico nuevo que sabe de esto. Vamos el viernes. —Íñigo, sentado en el sillón, miraba cómo Lourdes cortaba el pan e iba sirviendo la mesa. Hablaba pausado, en voz baja—. Contigo no me falta nada. No echo de menos el servicio, ni una casa mayor, ni nada…, contigo soy feliz.

—Yo también lo soy contigo. —Lourdes se acercó a darle un beso —. Venga, a la mesa, que se enfría la comida.

—Marite no disfruta la vida. Siempre está lánguida, con un perenne pesar en el cuerpo, en el alma. A veces pienso que podría irse ya de este mundo…, sería todo tanto más sencillo…

—Íñigo, por Dios, no pronuncies esas palabras, a ver si nos van a traer mal fario.

—No seas supersticiosa, mujer, no digo nada descabellado. Si se muriera, ella dejaría de sufrir y tú y yo podríamos estar juntos sin impedimento alguno, sin tener que irme de tu lado cada semana. — Lourdes se santiguó.

—Íñigo, te lo suplico, cambiemos de tema.

Marite siempre fue una sombra, en ocasiones más oscura, a ratos más presente, en una relación que se fue apuntalando, normalizando, que se fue afianzando con los años, a la par que las tiendas Mapey, tanto en San Sebastián como en Bilbao.

El negocio era tan fructífero, la Gran Guerra había repartido tanta riqueza en la región, gracias a la fabricación de material bélico en los altos hornos, que Mariano y Ramón decidieron abrir una nueva sucursal en Bilbao. Era 1920. Le propusieron a Lourdes, por

deferencia, volver a su ciudad y ser la encargada del nuevo local. Ella no necesitó ni un segundo para tener clara la respuesta negativa. San Sebastián era ya el escenario de su vida.

25

Huevos revueltos con trufas

José Ortiz de Echagüe, primo de Ramón, iba esa noche a cenar a casa de los Echagüe Mestayer, acompañado de Carmen, su mujer. José Ortiz era fotógrafo, hasta el rey Alfonso XIII había pasado por su cámara, ingeniero, piloto de avión y aventurero. Fue, de hecho, el primero en realizar la hazaña de volar de Sevilla a Tetuán cruzando el estrecho de Gibraltar, junto a su amigo el capitán Herrera.

Hacía seis años que había abandonado el norte de África y ya había cesado también su actividad en el ejército como piloto en activo. Vivía en Madrid, tras haber pasado varios años en Champagne, en Francia, y no era fácil encontrarlo por Bilbao, prácticamente solo viajaba por esas tierras para buscar financiación a sus proyectos.

María llevaba varios días enredada con el menú. Cuando lo tenía prácticamente decidido, encontró unas trufas de verano en el mercado y no pudo resistirse a adquirirlas. Serían las últimas hasta el siguiente año y tenían un aspecto y un aroma estupendos. Prefería, como buena *gourmet*, las de invierno, más intensas en todo, pero estas también eran un gran ingrediente para agasajar a uno de los muchos primos de Ramón. Empezaría con ellas, en huevos revueltos, después un producto de la tierra: bacalao a la Vizcaína, algo de carne, para que no se quedaran con hambre, unos escalopes de ternera con avellanas, una de las últimas recetas que había incorporado y que su marido siempre le celebraba, y terminarían con un suflé a la vainilla, un final tan ligero como delicado. De las bebidas se encargaría Ramón, así lo había pedido.

Mariano y Luisa, también invitados, llegaron con un poco de antelación, José y Carmen con puntualidad inglesa.

La conversación, con alguien con una vida tan inquieta como la de José, podía derivar casi por cualquier derrotero, y así fue:

—¿Y qué opinas de la guerra del Rif, tú que tanto conoces la zona? —quiso saber Mariano—. Indalecio Prieto dice que la camclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">paña de África es el fracaso total del ejército español.

—Bueno, bueno…, qué se puede esperar de alguien como él… —Interrumpió su discurso unos instantes—. No me quiero alterar…, este bacalao, sublime, querida María, no lo merece. —Degustó un pedazo de pescado, tomó un sorbo de vino y, tratando de hablar con mesura, expuso—: No cabe duda de que lo que ha ocurrido en Annual es un auténtico desastre, pero casi me atrevería a decir que es la consecuencia lógica del abandono al que la cúpula política de este país ha sometido al ejército. La cantidad de bajas ha sido demencial, pero para entenderlo hay que conocer la zona y al enemigo. Son salvajes, ellos y el territorio. —José se iba acalorando a medida que se adentraba en el relato—. Yo llegué al norte de África tras otro desastre, el del Barranco del Lobo, y qué puedo decir. Entre uno y otro el ejército español ha tenido una actuación ejemplar, ha mantenido el tipo y conseguido la mayoría de sus objetivos, luchando contra bárbaros que no contemplan ni las más mínimas reglas, ni siquiera las de la rendición, son inhumanos, crueles, cualquier apelativo quedará corto, y se conocen sus montañas, abruptas y llenas de cuevas donde esconderse y sorprendernos, como la palma de su mano. Hablar desde Madrid es muy fácil, allí no se conoce la palabra «honor».

—No te alteres, querido, sigamos disfrutando de las exquisiteces que nos ha preparado María —le aconsejó, con suavidad, su mujer.

—Disculpa, José, no pretendía sacar un tema escabroso, pero como es difícil encontrar un interlocutor tan válido como tú, me dejé llevar por la curiosidad —intervino Mariano.

—No hay problema, soy muy pasional con todo aquello que me interesa, que es mucho. Además —enseguida cambió de tercio—, no todo es negativo. Esta espantosa derrota ha traído un respiro a mi acería, hemos ganado un concurso, compartido, pero, bueno, ganado al fin, para la fabricación de bombas para aviones.

—Brindemos por ese nuevo negocio. —Ramón levantó su copa.

—¿Y no echas de menos ser piloto? —se atrevió de nuevo Mariano.

Carmen mudó el gesto—. Si no es indiscreción.

—No. —Miró a su mujer y sonrió—. Tengo otras pasiones que sigo cultivando, como la fotografía, y, ¡quién sabe!, seguro que algún que otro vuelo me queda…

Carmen volvió a ponerse seria.

—Háblanos de tu hermano Fernando —pidió María—, lo vimos hace ya años, justo cuando iba a partir a Buenos Aires. Ahora sabemos que está en París, pero no hemos coincidido en nuestros viajes.

—Pues sí, hace tres años que vive allí. Él llegó a Francia justo cuando marchamos nosotros. Es el corresponsal del periódico *La Nación*, con la Gran Guerra ha tenido mucho, pero que mucho trabajo, y ahora también lo tiene. Si no viene solo, se lo busca… Ha fichado a grandes plumas patrias para que colaboren con su periódico.

—Ah, ¿sí? —se interesó María—. Yo también estoy haciendo mis pinitos. Llevo años escribiendo recetas para la hoja parroquial de Abando y otras publicaciones menores.

—Con mucho éxito —apostilló Luisa.

—Bueno, pues si te pones a tiro a lo mejor te ficha mi hermano. Los argentinos son grandes comedores, seguro que tus recetas les vienen fenomenal.

—Nunca se sabe… —Y María empezó a soñar.

Empezaba a entrar de nuevo el fresco y a Leonor había noches en las que parecía que cualquier resquicio de calor la rehuía. Milagros, a veces, le frotaba los pies con sus manos hasta que no los sentía helados y, luego, le ponía los calcetines de lana y la arropaba con la manta. Había otras en las que el frío no se quedaba en las extremidades, sino que se le instalaba en el mismo corazón y se agarraba con tal fuerza que ni con los abrigos y una taza de agua caliente se lograba disipar. Se le notaba porque la tez de debajo de los ojos se le viraba al azul y los labios al morado. Desde que veía el síntoma, Milagros había adoptado la costumbre de meterse con la tía en la cama, se suponía que hasta que elevara la temperatura, pero normalmente llegaba a la noche tan cansada, que más de una vez

amanecía allí. Cada una en su sitio, sin haberse movido un ápice.

Antes de cerrar los ojos algo hablaban:

—¿Se acuerda usted del tío lo mismo que antes, o cada vez menos?

—Lo mismo.

—¿Y cómo lo hace, tía? Yo cada vez pienso menos en Emilio, creo que solo me acuerdo ya de su cuerpo alejándose en la bicicleta esa mañana que lo vi por última vez. Y me esfuerzo, ¿eh? No crea, pero no me acuerdo.

—Yo es que estoy todo el rato hablando con tu tío. Le cuento lo que como y le pregunto si le gustaría, le hablo del tiempo y de más cosas…, le cuento lo que pasa por aquí. Le pregunto por cómo le va allá…

—Y no me diga que le contesta…

—Bueno, a su manera…, nunca fue de mucho hablar, tú lo conocías.

—A mí, creo que me ayudaría tener un sitio donde ir a verlo. Como vamos al cementerio a visitar al tío y a padre, pues igual. Aunque no fuera un cementerio, pero sí un sitio.

—Ya no pienses más en eso, chica. Emilio no estaba para ti. Ahora hay que mirar para el frente. Y fijarse bien, que la vida ya es difícil sola como para andar complicándola por gusto.

—¿Y usted nunca ha soñado, como hacía Reme? De ella sí me acuerdo, de su olor a fresco, aunque no tenga más sitio que el árbol enclenque del cementerio donde me gusta pensar que está enterrada.

—Nunca, Milagros, nunca. Y mejor. Si la Reme *habría* soñado menos quién sabe si estaría aquí, con nosotras.

—A mí a veces me gustaría soñar, pero no sé cómo se hace, los cuentos de la Reme no me salen.

—Eso es una garantía, chica. Los sueños están para los Echagüe y sus hijos, nosotras a conformarnos con limpiar y remendar y comer dos o tres veces, aunque sea como gorriones, y dormir calientes, aquí juntas sin que nadie nos diga nada. Así que a callar, que mañana amanecerá otra vez y verás que no tienes tiempo de soñar ni de nada que se le parezca. Chisss.

Ramón y Mariano eran cada vez más asiduos a la tertulia del Lion d'Or. Aquella reunión de intelectuales les parecía ahora más atractiva que nunca; al estar ya más que rematada la guerra europea, uno podía intervenir sin tener que definirse como germanófilo o partidario de los aliados.

El Lion d'Or era un café de la Gran Vía, esa calle ancha como una avenida de Nueva York, inaugurado apenas después del siglo, que se hizo un hueco de excepción entre la gente de bien de Bilbao a fuerza de perseverancia, inteligencia y buen café, pues, al principio, nadie le auguraba la más mínima aceptación. «No hay quien suba diariamente desde el Arenal hacia la Gran Vía para tomar café», decían unos; «el paseo, las señoras elegantes lo hacen en el Arenal y van a las confiterías de la calle Correo, La Suiza, El Buen Gusto…», argumentaban otros, y todos concluían: «No puede tener éxito, no puede durar».

Casi veinte años después, el local de Jerónimo Merino no solo seguía vivo, sino que estaba en pleno esplendor. Su terraza, bajo un gran toldo, con sus mesas de mármol veteado, esas sillas tan duras y los veladores que, desde que se instalaron, causaron sensación, así como los ventanales a través de los que ver desde la calle las tertulias intelectuales que se montaban en su interior, eran, en aquellos momentos, imprescindibles en el paisaje de la urbe.

Otro de los grandes aciertos fue la contratación de Chomin, uno de los camareros, que a diario «se hacía un prodigio de peinado ocultando su gran calva con la catarata de cabellos que le sobraban del cogote», como lo describió, de manera magistral, un asiduo al café. Era serio y diligente, capaz de aplacar el cacareo de los contertulios con un simple siseo, solo en rara ocasión se tuvieron que correr los visillos para que los transeúntes no vieran la trifulca dialéctica, y no solo, que había montada en el interior.

—Marichu, ya salgo, me voy al café. —Se acercó a despedirse con un beso y la vio a ella también vestida y con el sombrero puesto—. ¿Vas a la calle tú también?

—Contigo. Voy a la tertulia, Pedro Eguillor me ha invitado muchas

veces y, aunque no sea lo corriente, he decidido aceptar. ¿A quién le importa lo corriente?

Ramón se sorprendió, pero no puso objeción alguna; ya sabía que no había caso, si María quería ir, iría. No era la primera vez que mostraba interés, pero siempre que él se había decidido a acudir ella se había comprometido a dar clases de cocina para las mujeres de la Emakume Abertzale Batza, con las que colaboraba estrechamente desde hacía varios meses, por lo que no había saciado su curiosidad.

La cháchara animada hizo que recorrieran los diez minutos de paseo casi sin darse cuenta. Nada más entrar al café, Pedro Eguillor los saludó con la mano y los invitó a acercarse, Mariano ya estaba entre los contertulios. Se levantó a acercarle una silla a su cuñada, Ramón cogió otra para él. Estaban muchos de los asiduos: el prestigioso doctor Enrique Areilza, siempre con una pregunta original e inteligente a punto para desentrañar el alma del interlocutor; Fernando de la Quadra Salcedo, compañero de Ramón y digno descendiente directo del rey de Andorra y Navarra, al menos de eso se jactaba, además de prolífico poeta en euskera; los hermanos Ramiro y Gustavo de Maeztu, Gustavo había pintado algunos de los paneles que había en el interior del café; Félix de Lequerica, con su diestra oratoria y su impecable atuendo de estilo inglés; Pedro Mourlane, íntimo de Rafael Sánchez Mazas que llevaba varios meses sin poder asistir porque el *Diario Vasco* lo había mandado a Marruecos a cubrir la guerra; Pedro Eguillor, por supuesto, y sus melenas espeluznadas, y, dado que se encontraba en Bilbao, no podía faltar Miguel de Unamuno.

—Siéntense, siéntense —los animó el doctor Areilza—. Don Miguel va a leernos unos versos que publicó hace unos meses. La última vez lo prometió y hoy cumplirá esa promesa.

—Espero que esta vez el difunto don Pedro —Unamuno, socarrón, miró a Pedro Eguillor— tenga a bien no interrumpirme. —Tomó un trago de agua, se puso en pie, y comenzó—: «El Cristo de Velázquez», se titula. Y dice así: «¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo Mío? / ¿Por qué ese velo de cerrada noche / de tu abundosa cabellera negra / de nazareno cae sobre tu frente? / Miras dentro de ti, donde está el reino / de Dios; dentro de Ti, donde alborea / el sol

eterno de las almas vivas…».

Unamuno leyó las cuatro partes de su larga meditación sobre Cristo, a partir del cuadro de Velázquez, sin que se oyera una sola mosca. Fue como si el tiempo se hubiera detenido, como si nadie esperara los tés y cafés pedidos, ni un ruido de vajilla, de silla arrastrada, de tropiezo de camareros, ni un rumor, ni la puerta abriéndose… Solo su voz profunda y el Cristo, la muerte, el blanco de la luna, de la hostia y de la piel que cubre al Hombre que vela desde su cruz los sueños de los hombres y el negro de la noche y de la cabellera de nazareno. Una suerte de trance se instaló en el café de la Gran Vía, y hasta que el ilustre no hubo terminado de leer su obra, nadie, allí dentro, fue capaz de despertar.

Terminó el poema y, como una coreografía cronometrada, todos los participantes de la tertulia se pusieron en pie y aplaudieron con fervor, algunos con lágrimas en los ojos.

—Maestro, ¡qué honor escucharlo! —No hablaba la boca, sino el corazón de María.

Pedro Eguillor, con el que Unamuno protagonizaba los encontronazos más sonados, las miradas más furibundas, esa tarde ofreció un abrazo a su amigo.

La tertulia, como tantas veces, se alargó hasta el anochecer. Disertaron sobre los caminos para acercarse a la fe, sobre la figura de Cristo y sobre la poesía, como única vía para adentrarse en lo sobrenatural, como defendía Unamuno, o como simple forma de rendir tributo a la belleza, como aseguraban otros. A esta última idea don Miguel replicaba: «Todo lo que de veras vive en el corazón está en verso. El padrenuestro está en verso».

María disfrutó de la reunión, tanto que fue la primera de muchas. Cuando el tema central era la política ella, defensora de la tradición y el orden, entendía que debía permanecer callada; pero cuando se hablaba de historia, de gastronomía o de literatura no tenía inconveniente en mostrar su parecer y debatir y rebatir a cualquiera.

Aunque pronto se convirtió en una tertuliana habitual, acudió al café de manera intermitente; hubo temporadas, aquellas que coincidían con turbulencias en el país, que prefirió abstenerse de unos encuentros que fácilmente se volvían alterados. Así, cuando

Primo de Rivera dio su golpe de Estado, dejó de asistir antes de que la prudencia del dueño del café y de varios contertulios vinculados al nacionalismo vasco decidieran clausurarla con pesar, pero sin la amargura que les hubiera infligido una intervención del Somatén.

Durante esos años, Primo de Rivera se aferró al poder bastante más tiempo que los noventa días que tenía previstos; pero los encuentros persistieron. Se hicieron más esporádicos y discretos, en los salones y comedores de las casas particulares de los contertulios más apasionados. La cercanía a la dictadura militar de real orden de varios de ellos los cubría con un manto de cierta impunidad. Incluso María celebró alguna reunión en su casa, eran muy elogiadas, pues se esmeraba en el convite. Intentaba que se cumpliera la premisa de dejar fuera la política, que solo disertaran sobre gastronomía, literatura y arte; pero rara vez conseguía que así fuera.

Le gustaba agasajar a esos grandes e inteligentes hombres, era anecdótica la presencia femenina, pero cuando saltaban a la palestra temas nacionalistas le costaba olvidar lo que la dictadura había hecho con sus queridas amigas de la Emakume, que solo procuraban el bien de las mujeres, su formación, y la caridad para con los necesitados. «¿Qué tanta importancia podía tener una bandera u otra cuando los valores de Dios y Patria se defendían de manera tan similar?», se preguntaba. Estos episodios, algunos exaltados, lograron que, cada vez menos, ofreciera su casa como lugar de encuentro, a pesar de que así se perdía algunas de las mejores conversaciones intelectuales de las que había gozado jamás.

26

Yemas al *fondant*

Luisa recogió a María en su coche. Habían quedado en ir a merendar a casa de Fuensanta Poveda y Echagüe, prima de Ramón y esposa de Alejandro, hijo de Ramón de la Sota. El encuentro se había organizado para que las mujeres conocieran al nuevo bebé De la Sota Poveda y para charlar, por el simple placer de pasar un rato juntas.

María preparó unas yemas al *fondant* de color rosa, a juego con el sexo del nuevo miembro de la alta sociedad bilbaína, que fueron de lo más alabadas por su prima política, pues nunca las había degustado de ese color: «Qué lástima comerlas, son tan bonitas», decía, a lo que María replicaba que le traería más en cuanto se le acabaran, pero que, por favor, no las dejara endurecer, que una vez pierden su textura ya no sirven más que para jugar a las canicas.

Fuensanta había limitado mucho sus salidas en los últimos meses: le habían aconsejado reposo por alguna complicación de su embarazo y estaba un tanto desconectada de cuanto había acontecido, socialmente, en la ciudad. Eso, al menos, era lo que les dijo a las hermanas Mestayer, aunque las dos pudieron comprobar que la realidad era bien distinta, las meriendas que celebraba a menudo la tenían de lo más al día.

—Vino en estas semanas atrás María Pilar Elejabeitia, guapa como siempre, y me contó de su cuñada, María Teresa, esa que es del sur.

—Marite, sí, ¿cómo está? Hace tiempo que no sabemos de ella —se interesó Luisa.

—Me dijo que ahora anda como loca por recoger un bebé de la inclusa. Parece que la pérdida del suyo la dejó trastornada y que no ha podido volver a quedar encinta, ya veis, unas tantos y otras…

—Pobre Marite, sí, no lo ha pasado bien…, y con estos fríos y esta seriedad que tenemos por aquí, ella sin familia y con un marido

viajante, no le ha sido fácil, no —apuntó María.

—Mi marido habla a menudo con Íñigo, su marido, y no me había dicho nada de que quisieran recoger un niño. Es una obra loable, desde luego —comentó Luisa.

—¡Qué va! Si parece que él se opone, no quiere ni oír hablar del tema y María Pilar y sobre todo su madre aliviadas. ¿Os imagináis? Cualquiera sabe cómo será ese bebé, y luego tiene derecho a heredar como el que más.

—¡Qué cosas tienes, Fuensanta! —se azoró Luisa—. El bebé no tiene por qué tener nada…, o sí, pero como los nuestros.

—Sí, mujer, pero si es de los nuestros, pues una apechuga y piensa que Dios así lo manda por algo; pero andar cargando con el de otro no sé yo si me convence. Bastante hacemos ya con las donaciones a las monjas del orfanato.

—Ese aparador inglés me quiere sonar… —dijo Luisa cambiando radicalmente de tema.

—¡Qué ojo, Luisa! Es de tu marido. ¡Claro! Hace tanto que no venís a casa… —Fuensanta hizo un ademán de hacer pucheros—. Lo compramos hace varios meses en la tienda de San Sebastián; esa dependienta que tenéis allí es tremenda, una siempre sale con algo y, además, agradecida por la asesoría.

En esas conversaciones estaban cuando apareció Alejandro de la Sota a saludar. No permaneció mucho tiempo en el salón de té, donde se encontraban las señoras, solo el mínimo que marcaban las normas de cortesía, pues andaba incubando un resfriado y quería meterse en la cama; pero fue suficiente como para abrirle a María todo un nuevo mundo de posibilidades.

—Leo con sumo interés, todos los domingos, la sección de Gastronomía que has incluido en el *Excelsior*, Alejandro. ¡Qué buena idea la de mezclar el buen comer con el deporte! Dos de las grandes pasiones de los vascos.

—Me alegro de que te interese. Cumplimos ahora seis meses con esa sección y ha tenido muy buena aceptación. Estoy preparando un artículo sobre en qué taberna tienen la mejor sidra, por su calidad y su escanciado, verás que te va a gustar.

—Sir Archibald eres tú, ¿verdad?

—El mismo que viste y calza. ¡Atchís! —Un fuerte estornudo puso fin a la conversación—. Disculpen, señoras, pero mi lugar, en estos momentos, me temo que esté en la cama. —Antes de salir de la estancia, se volvió hacia María—. Bueno, antes de irme, no quiero dejar de decirte lo que llevo pensando desde que supe que venías. Con lo que te gusta a ti escribir de cocina, quería ofrecerte una colaboración en esa sección, María. Piénsalo y lo hablamos cuando me recupere, piensa también un seudónimo, eso de Marichu está bien para la hoja parroquial…

—¡Me encantaría! Ya le diré a Fuensanta que me avise en cuanto estés repuesto para venir a hacerte otra visita. Ahora acuéstate, sí, y tómate un buen caldo de gallina.

María no fue capaz de seguir con la conversación de las mujeres, la cabeza le voló a imaginarse su nombre en letras impresas en un periódico de verdad.

—Sin duda eso es lo tuyo, María. ¡Hay que ver cómo te ha mudado la cara desde la conversación con mi marido! Y ten por seguro que si te lo ha ofrecido es porque le interesa lo que escribes, más de una vez me ha preguntado por las recetas que has publicado o por tus cursos; si no, no te hubiera dicho nada. ¡Bueno es Alejandro para elegir a sus colaboradores! Él trabaja como el que más, serio y comprometido, pero pide lo mismo a los que están a su alrededor, sobre todo para el *Excelsior*.

—Pues ni os imagináis la ilusión que me hace, una receta mía después de una crónica de un partido del Athletic. ¡Ay, cuando se lo diga a Ramón!

Lourdes tenía ya dos faltas, náuseas matutinas y mucho sueño. Para cualquiera la deducción hubiera estado clara, pero a ella no se le pasó por la cabeza más que un malestar de estómago hasta que la evidencia fue tal que saltó hasta a la vista de Íñigo.

—¿A dónde vas tan aprisa? Has saltado de la cama como un muelle… —Lourdes, ya en el baño, no pudo responder hasta que volvió al dormitorio, donde Íñigo la esperaba aún sin levantarse.

—No sé si es lo que estoy cenando o si tengo el estómago picado,

la cosa es que llevo varias semanas levantándome con revoltura.

—¿Varias semanas?

—Sí, dos o tres…, o cuatro…, no sé bien. No llego a vomitar, aunque siempre parece que sí, es solo malestar. Si espero un rato se me pasa.

—¿Y tienes algún otro síntoma? ¿Cansancio?

—Ahora que lo dices, sí, tengo sueño. Supongo que el ajetreo de la tienda y que no duermo del todo bien se estará notando…

Íñigo la miró con cara de preocupación.

—Siéntate, Lourditas, aquí conmigo. —Señaló la cama.

—Tampoco tenemos todo el día, que no es domingo, ¿qué pasa?

—¿El periodo cómo va?

—Pero, bueno, ¿y esa pregunta tan ordinaria a qué viene?

—Tú dime, ¿te está viniendo puntual?

—Pues no, supongo que lo del estómago me tendrá desregulada…, no sé, iré a ver a un médico si es eso lo que quieres.

—Tú no necesitas un médico. Tú estás encinta.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. Marite y mi hermana, cuando estaban esperando, se arrastraban de sueño, con náuseas y se les fue la menstruación. Blanco y en botella…

—¡Jesús, María y José!

Lourdes se santiguó y empezó a rezar en susurros, con los ojos cerrados y la cabeza agachada. Íñigo la acercó hacia él y la abrazó. Tardó unos minutos en recomponerse.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —pronunció con un hilo de voz.

—Tranquila. —Íñigo le acariciaba la cabeza—. Lo primero es no perder la calma. Algo se nos ocurrirá. Ahora arréglate, te acompaño a la tienda y, a mediodía, hablamos.

Lourdes obedeció como un autómata. Se aseó, se vistió, se maquilló y no desayunó. Caminó hasta Mapey junto a Íñigo. Abrió la tienda, encendió las luces y atendió a los clientes que por allí pasaron. Lo hizo por inercia, al final de la mañana no recordaba en qué había empleado todas esas horas. Cuando llegó el momento del cierre, pasó la llave y volvió a su casa. Íñigo ya estaba allí. Nada más verla la abrazó con fuerza, sintió el pecho de ella, inflamado,

apretado al suyo.

—Pues no está nada mal esta exuberancia tuya, ja, ja, ja —bromeó él. Ella se soltó de sus brazos y lo miró con desgana. No pronunció palabra—. Vamos a la Fonda, mi amor, a comernos una buena porrusalda, de esas que a ti tanto te gustan. —La tomó de la mano y la llevó fuera. Lourdes, sin voluntad, se dejaba hacer.

Se sentaron en la mesa que solían ocupar. Íñigo pidió la comida de los dos. Le cogió las manos sobre la mesa y le habló con dulzura.

—Estate tranquila, Lourditas, estamos juntos en esto.

—Para ti es fácil, Íñigo, hoy o mañana te irás y atenderás otras ocupaciones y te acordarás, solo de vez en cuando, pero yo, a partir de ahora, lo voy a tener dentro, cada día más grande… ¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo? —Se llevó las manos a la cara.

—Por ahora, lo que vas a hacer es comer. —Habían traído pan y queso y olivas—. Con el estómago lleno pensaremos mejor.

Lourdes comía despacio, apática. Miraba hacia abajo y, de cuando en cuando, le caía alguna lágrima en el plato.

—Amor mío, no estés tan abatida.

—¿Y si busco a quien me lo quite? Hay mujeres que lo hacen.

—Eso es muy peligroso, Lourdes, no quiero ni oír hablar de ello.

—¿Y me quieres decir cómo voy a trabajar en la tienda con una barriga, sin estar casada ni nada? ¿Qué imagen voy a dar? Ya me imagino los comentarios: vamos a la tienda de la manceba…

—Lourdes, ¡no digas esas cosas! La tienda es el menor de nuestros problemas. Yo hablaré con Mariano y verás que lo entiende enseguida.

—¡Qué vergüenza!

—La vergüenza no sirve para nada —dijo tajante y, con el semblante serio, se puso a maquinar en voz alta—. Desde que se note la barriga dejarás de trabajar y te dedicarás a cuidarte. Yo puedo pagar tu sueldo y que ellos contraten a una sustituta unos meses, podemos decir que estás enferma. En tu casa no tienen por qué enterarse. —Paró el discurso unos segundos para pensar—. Vete ahora a verlos, este mismo domingo, yo te llevo si es necesario, y luego estarás unos meses sin visitarlos, como en tantas ocasiones. —Lourdes lo escuchaba con atención—. Y cuando des a luz y

amamantes a la criatura un tiempo, pues recuperas tu trabajo y santas pascuas.

—Santas pascuas…

—Sí, santas pascuas, aleluya.

—Qué fácil…, y mientras yo vaya a trabajar contrato a un ama de cría que cuide del bebé y, de paso, me haga las labores del hogar y me tenga la comida preparada, que yo volveré cansada. Por la noche, estaremos los tres en casa, como una familia feliz, que es exactamente lo que somos.

—Está claro que cuando no quieres ver, no ves.

—Lo que está claro es que no sabes lo que dices. Si hacemos tu plan de la tienda, si yo me trago la vergüenza, porque sentirla, la siento, y tú hablas con don Mariano, cuando nazca el niño tendré que darlo a quien lo pueda cuidar. ¿O sigue en pie la idea de matar a tu mujer y casarte conmigo?

—Mira que puedes ser bruta, si te pones a ello no hay quien te supere, chica… —La situación requería pensar con rapidez, para ello se mantuvo en silencio un instante, no se le había ocurrido dar al niño, podría ser…, o no…—. Lo de dar al niño es otra opción, que ya valoraremos más adelante. Ahora come, que solo faltaba que te enfermaras de una anemia.

María y Ramón, con sus ocho hijos y sus correspondientes niñeras, fueron el domingo, como era habitual, a misa de once en su parroquia. Se sentaron en su banco, junto a Luisa y Mariano, y a la salida coincidieron con Pedro Eguillor, Ramón de la Sota y sus respectivas esposas. Los niños emprendieron el camino de regreso a casa, con sus cuidadoras, mientras los padres formaban dos corros, uno de mujeres y otro de hombres, para charlar un rato. Ramón de la Sota propuso tomar el aperitivo en el café de Enrique García, le gustaba su cerveza alemana y su ambiente futbolero, no en vano había amparado la fundación del Athletic de Bilbao. Las señoras hubieran preferido ir a tomar un vermú en el Café Boulevard, estar en el bajo del elegante Hotel d'Angleterre le daba una prestancia y un encanto no carente de interés para ellas, pero optaron por

concederle el deseo a Ramón, con la condición de que el próximo fin de semana irían al paseo del Arenal.

Luisa, Mariano, Ramón y María tomaron un taxi hasta el café, pues sus coches habían vuelto a casa con los niños, y allí se encontraron las cuatro parejas. Antes de la lógica y natural división, en mesas separadas, de los hombres y mujeres, María se acercó a De la Sota, a contarle la propuesta que había tenido a bien ofrecerle su hijo Alejandro. Enseguida se unieron Pedro, Mariano y Ramón, su marido, a la conversación.

—¡Estoy como una niña con zapatos nuevos!

—Doy fe —apuntó Ramón Echagüe y todos rieron.

—Empezaré en marzo, haré yo la sección gastronómica los viernes y Alejandro continuará con la de los domingos.

—Este hijo mío tiene muy buen ojo. Lo felicito tanto a él como a ti.

—Ahora solo tengo que encontrar un seudónimo a la altura…

—Búscate alguno con tintes de nobleza, María —apuntó Pedro Eguillor—, que denote alta alcurnia hasta para los que no te conozcan. Seguro que entre tanto ilustre que tiene tu marido en su familia, hay alguno con más títulos de los que pueda usar.

—¿Tu primo, el general Joaquín Aguirre Echagüe, no ostentaba el marquesado de Parabere? —preguntó Mariano.

—Sí, ha heredado el título su hijo Fernando.

—Es un título bien sonoro: Marquesa de Parabere —expresó De la Sota.

—¡Me gusta! —exclamó María—. Me recuerda a Marie Madeleine de Parabère, amante oficial del duque de Orleans durante su regencia de Francia, mientras el rey Luis XV era aún infante… No es que tuviera una vida muy acorde a los principios que rigen la mía, pero el boato siempre la envolvió y tiene ese halo de leyenda que, opino, va muy bien para un seudónimo. Además, *La marquise de Parabère* es el título de una de las novelas de mi adorada escritora Gabrielle Anne de Cisternes de Courtiras, que también tiene seudónimo noble: la Condesa Dash. ¡Qué emoción!

—¡No se hable más! —pronunció Eguillor.

—Ahora lo tienes que hacer muy bien, María, para que el hijo del primo de Ramón se sienta orgulloso de compartir su título —expresó

Mariano—, y para que tu marquesado esté a la altura de la Condesa Dash, que también sabía mucho de historia.

—Eso lo doy por descontado —dijo Ramón—. Voy a pedir chamclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">pán para todos, hay que brindar por la ¡Marquesa de Parabere!

El domingo temprano salieron Íñigo y Lourdes hacia Bilbao, él a pasar el día con Marite y ella a visitar a su familia. No intercambiaron palabra, ella fue durmiendo la mitad del viaje y la otra mitad haciéndose la dormida. Íñigo, como siempre que la llevaba, la dejó a varias calles de su casa.

No hacía tanto que había estado con sus padres, apenas dos meses del final de las Navidades, por lo que su madre le preguntó a qué venía la visita. Ella advirtió que empezaba una época de mucha faena y que era probable que estuviera varios meses sin poder volver, por lo que había aprovechado. Dio las explicaciones justas, por fortuna su casa no era de muchas palabras y no le fue difícil mantener el silencio, pues cada vez que hablaba se le quebraba la voz y se le aguaban los ojos. Su hermana la encontró pálida, su madre con ojeras y desmejorada, y ambas, cada una para sí, se extrañaron de que se quedara traspuesta tras la comida. La siesta hizo que las seis de la tarde, hora a la que había quedado con Íñigo para volver a San Sebastián, llegaran en un momento.

Estuvieron gran parte del camino callados, al menos de boca para afuera. A mitad del trayecto, llegando a Éibar, Íñigo se animó a hablar.

—Ya le conté a Mariano lo que ocurre. Es en estas ocasiones cuando se puede ver cuánto mundo tiene la gente, cuánto de amplias las miras. Mariano es un hombre moderno, sin prejuicios, y se mostró hasta agradecido por la confianza, ¡figúrate! Lo único que me pidió es que seas tú la que selecciones a quien te sustituya y formes a esa persona. Va a poner un anuncio en el periódico buscando candidatos y dirá que necesitas apoyo. —Lourdes permanecía impávida—. ¿Y qué tal en casa? —Íñigo hizo un esfuerzo

por atraer la atención de Lourdes.

—Bien, normal. Me encontraron desmejorada.

—Pues yo te veo estupenda, mi amor. ¡Y mejor que vas a estar! Ya verás.

—Afortunado tú que estás contento, yo no puedo con esta angustia.

—No me hables de angustia, Lourditas, no sabes cómo está Marite. Todo es un problema, todo es un mundo… Eso le pasa porque no tiene nada que hacer, y de eso, precisamente, te quería yo hablar. Creo que he encontrado la solución a nuestro tema.

—Nuestro tema, dice, es un bebé, es nuestro hijo, no un tema.

—Lourdes, por favor, no hagamos las cosas más difíciles. Creo que he encontrado la solución idónea para que nuestro hijo esté bien cuidado y tenga un buen hogar.

—Te escucho. —Lourdes, por primera vez, volvió la mirada hacia Íñigo.

—Tú sabes que lo que más quiere Marite en este mundo es un hijo, sabes también que no los puede tener. De hecho, lleva un tiempo insistiéndome para recoger uno de un orfanato, a lo que yo me he negado, porque no quiero un niño de otro. Pero este, Lourditas, este que está creciendo dentro de ti, es nuestro. —Íñigo le puso la mano en la barriga y Lourdes volvió a mirar al frente, las lágrimas le caían como una fuente. Íñigo siguió hablando—. He pensado que, una vez nazca, podríamos dárselo a ella, tendría mi apellido, ella lo cuidaría bien, gozaría de las mejores oportunidades de educación y de posición y tú, mi amor, podrías seguir con tu trabajo que tanto te gusta. Me parece una solución perfecta a todos nuestros desvelos.

—Para el coche, por favor. —Íñigo se hizo a un lado de la carretera.

Lourdes se bajó del vehículo y, allí mismo, vomitó todo lo que había comido. Vomitó también el nudo que la oprimía por dentro, el fuego de la impotencia que la corroía, la rabia que le producía el complejo de clase, la angustia por lo que sabía le tocaba por cuna, todo eso lo echó afuera, al menos momentáneamente, y el ácido de la masa que le fue quemando el esófago le resultó un bálsamo.

—Mi amor… —Íñigo corrió con la intención de socorrerla, pero la

escena y su olor lo espantaron y prefirió quedarse retirado.

Lourdes se incorporó y le pidió un pañuelo, se limpió la boca y, antes de volver a subirse en el coche, le dijo que se detuviera en alguna cantina de la población para pedir agua. Antes de llegar a la primera, le contestó a la propuesta:

—Haremos como dices.

27

Porrusalda

La sección de gastronomía, con el fichaje de María, terminó de consolidarse. El arte de la buena comida, anécdotas, menús históricos, reseñas y reflexiones sobre la manera óptima de llenar la panza convencieron tanto a los vascos que hubo días de hasta veinte mil lectores.

La Marquesa de Parabere, ya como nombre propio, empezó a sonar en conversaciones de mercado, en tertulias, en charlas madre-hija. Así, se fijaron en su firma otros medios de comunicación y, en los meses siguientes, *El Diario Vasco*, publicaciones especializadas como *El Gorro Blanco*, *La Revista Culinaria* y *Menage* le pidieron colaboraciones. Ella las aceptó todas encantada. Hasta el primo de Ramón, Fernando Ortiz, le ofreció escribir para el diario argentino *La Nación*. Su hermano José resultó ser un visionario.

Tenía una cohorte fiel de lectoras que, a menudo, le escribían solicitándole que reuniera sus centenares de recetas en una publicación única. Comentó, en alguna ocasión, el contenido de estas misivas con Alejandro de la Sota, con Eguillor y con otros amigos y a todos les entusiasmó la idea. Resolvió hacer una primera recopilación y catalogación exclusivamente de repostería.

Para María aquellos tiempos fueron una época dorada. Organizada y prolija como era, no se le amontonaba la faena, aunque se multiplicaran las colaboraciones y las recetas por inventariar. A cada una le dedicaba su tiempo y su mimo y, sobre todo para el diario de Buenos Aires, solía aprovechar textos de los que también se publicaban en España.

Desde que vio y comprobó las bondades de los armarios refrigerados en las cocinas del hotel María Cristina de San Sebastián, María no les había perdido la pista a esos electrodomésticos que le parecían mágicos. La evolución en algo más de una década había

sido apoteósica, y las afortunadas, pocas aún en España, que disponían de estos artilugios en su cocina privada —sí estaban a la orden del día en los hoteles y restaurantes insignes— se mostraban especialmente satisfechas con su adquisición.

No le costó mucho decidirse a escribir sobre las bondades de esa caja fría, tanto para Bilbao como para Buenos Aires, sin medias tintas, animando abiertamente a su compra:

El frigorífico
Marquesa de Parabere

En una cocina bien montada debe haber un frigorífico y una fresquera, esta exclusivamente para los pescados, y aquel para todos los demás alimentos.

Desde luego que lo ideal es el frigorífico eléctrico (timbre, en argot coquinario); su elevado precio lo veda a mucha gente. Pienso que, aun a costa de un sacrificio, debe hacerse lo posible por adquirirlo, ya que a la postre resulta una gran economía, por la buena conservación de los alimentos. Yo creo que no tardaremos en disfrutar de ellos, pues las casas modernas los poseen, aparte de que los fabricantes de frigoríficos dan cada vez más facilidad de pago para adquirirlos. Por otro lado, no es costoso un armario frigorífico pequeño, de doble pared, con forro de cinc, ventilación y estantería, en la cual se pone un trozo de hielo.

Actualmente es fácil proporcionarse hielo en todas las capitales, y aun en los pueblos, dada la facilidad de comunicaciones. En algunos lugares apartados existen aún neveras al estilo antiguo (los romanos hacen mención de ellas), que son pozos o cuevas en el monte, donde se apila bien prieta la nieve; esta se cubre con una espesa capa de paja, a fin de aislarla del aire. Un pocillo en el fondo, bajo una reja, recoge el agua que va derritiéndose y que sale afuera por un caño. La puerta, orientada al Norte, debe estar cerrada herméticamente y protegida por paja.

También hay garrafas que fabrican en quince o veinte minutos uno o dos kilogramos de hielo, utilizando el nitrato amónico, que sirve muchas veces, por lo que el gasto es pequeño. Asimismo, se fabrican unas pequeñas máquinas de poco volumen, fáciles de manejar, que producen, por el vacío, aquella cantidad de hielo en cuatro minutos. Hay igualmente aparatos en forma de cubos que congelan instantáneamente su contenido por el chorro de ácido

carbónico que se guarda en estos cilindros de hierro de las cervecerías (generalmente, en la misma fábrica en que se elabora la cerveza se hace también hielo).

Todos estos aparatos no son más que unos sustitutivos que nos dan satisfacción; el refrigerador eléctrico, que conserva los alimentos y a la vez fabrica hielo, es lo mejor.

El anuncio de Mapey buscando dependientes para su tienda de San Sebastián salió dos días seguidos en el periódico. No hizo falta más. A pesar de que no escaseaban los puestos de trabajo, la tienda se había hecho un buen nombre y no faltaron candidatos interesados en empezar a formar parte de su plantilla. Varios de ellos estaban ya en activo, por lo que solicitaron que la entrevista se llevara a cabo en horas de mediodía o al final de la tarde.

Ese fue el caso de Gretchen Aramburu, una muchacha dulce, de complexión fuerte, muy blanca, aunque con tendencia al enrojecimiento facial ante casi cualquier circunstancia, y bien educada. Era hija de un judío alemán, comerciante de muebles, y una vasca. Había vivido en Berlín hasta que el final de la Gran Guerra y su estela de miseria y antisemitismo arrastraron a su familia a la patria materna. El viaje, lleno de vicisitudes, hizo que Gretchen llegara sola a San Sebastián y por el camino perdiera también su primer apellido, Levin. Pero eso no lo supo Lourdes hasta algunos meses más tarde.

Después de haber entrevistado a varios postulantes, la mayoría caballeros, todos con posibilidades de atender muy bien, a última hora, llegó Gretchen a Mapey. Lourdes estaba cansada de la jornada, pero algo en su interior le dijo que esperara, que hiciera un último esfuerzo. A medida que iba avanzando la conversación, el buen juicio de seguir el pálpito se fue confirmando, Lourdes fue sintiéndose más enérgica y lo vio claro: aquella muchacha original, familiarizada con los muebles, actualmente institutriz de los hijos de una familia notable de la ciudad, no solo podía llegar a ser una dependienta ideal, sino, quizá, una amiga.

Lourdes se apresuró a presentarle la chica a Mariano y, una vez obtenido su visto bueno, le encargó faldas y camisas para el

uniforme a una costurera de la ciudad, no quería volver a Bilbao y, menos aún, tener contacto con su madre. Tan pronto hubo dos conjuntos listos, Gretchen comenzó a aprender todo lo necesario para ser una digna sustituta, sin saber que lo sería, sin imaginar que en escasos meses se quedaría sola al frente de la tienda.

Además de darle a conocer a todos los proveedores, Íñigo incluido, de mostrarle las carpetas con la historia de la relación con cada uno y sus pormenores, hizo mucho hincapié en cómo guiar la limpieza de la tienda y su escaparate, así como en la disposición de los muebles que iban quedando, una vez se iban vendiendo algunas piezas. Cuando Lourdes ya la vio suelta en todo lo que tenía que ver con el local y su actividad de venta, la llevó al estudio de arquitectos con los que trabajaban cuando se solicitaban decoraciones integrales de estancias, casas o palacios. A los clientes más ilustres solía seguir atendiéndolos Mariano, pero hacía muchos años que este servicio se había desbordado, y no solo en San Sebastián, también en Bilbao, por lo que tenían equipos de colaboradores.

Gretchen aprendía rápido y con gusto. Solía traer siempre un *bagel* para desayunar, horneado por ella misma. Una vez se lo dio a probar a Lourdes, y tantas fueron las alabanzas a la rosquilla, tanto su agradecimiento por aquel pan agujereado que le asentaba el estómago, que empezó a traer dos. A cambio, una vez en semana, Lourdes la invitaba a comer su caldo favorito, porrusalda, en la cantina cercana. Ya fuera en el rato que encontraban para degustar la rosca judía o en el almuerzo semanal, se fueron desvelando mutuamente sus misterios.

Así, Lourdes lloró con su amiga por la paliza que dio muerte a su padre, justo al abandonar su casa camino de España, una vez le bajaron los pantalones, delante de su familia y algunos vecinos, y comprobaron, los seguidores del nuevo orden que habían empezado a tomar las calles de Berlín, que sus sospechas eran ciertas: tenían ante sí a un completo judío. También lloró por la enfermedad de su madre, seguramente de impotencia y de tristeza, que le hizo insoportable el viaje de vuelta a su tierra y murió en Francia, sin volver a ver su playa de La Concha. Y se maravilló Lourdes con el ingenio, el arrojo y la viveza de su compañera, que había logrado

hacerse documentación, en un sótano de Marsella, con la que había atravesado la frontera española, en la que no quedaba vestigio alguno de su apellido hebreo, solo el de su madre.

Conocer esas experiencias vitales, estar junto a Gretchen, era un bálsamo para Lourdes: le hacía sentir que lo suyo no dejaba de ser casi una frivolidad. Sus revelaciones la arroparon, le dieron confianza y la animaron a contarle a la nueva amiga que estaba embarazada. Poco a poco, le fue descubriendo también la identidad del padre y el plan.

En la tienda estaba contenta, la chica alemana, como ella la llamaba, la ponía de buen humor, la cuidaba como si lo que llevara en el vientre no fuera un bastardo. Solo las noches, las que estaba sola y las que no, seguían siendo de cemento: pesadas, frías y duras. La ansiedad se le adhería al cuerpo y, muchas veces, no lograba conciliar el sueño; otras sí, pero se le llenaba de pesadillas.

La barriga le había crecido apenas, casi no había tenido que adaptar sus faldas y no había estrenado los vestidos que Íñigo le había regalado. Para ella tal circunstancia era un alivio, pero a él le supuso una preocupación, así que la llevó a ver a un doctor que, tras examinarla, lo tranquilizó. Le dijo que el embarazo seguía su curso habitual. Así fue, parca de tripa, hasta recién entrado el sexto mes de gestación. Entonces, casi de la noche a la mañana, el volumen se duplicó y continuó con esa progresión prácticamente a diario.

Se activó entonces el plan. Lourdes se encerró en casa y, o bien Íñigo o bien Gretchen, le hacían los recados. Su única ocupación diaria era cocinar, limpiar la casa y pensar. Por más que Íñigo le procuró revistas, por más que Gretchen le prestó algún libro, no leyó una sola línea. Miraba por la ventana y se extraviaba, el silencio se hizo más profundo y denso en su cautiverio, también el desinterés por el exterior. A medida que pasaban las semanas dejó de preguntarle a Gretchen por lo que acontecía en la tienda y a Íñigo por lo que pasaba de puertas para afuera. Sumida en su interior, consumiéndose hacia dentro, las contracciones de parto la encontraron en la cama, de donde hacía varios días no salía.

En medio de la noche, sin más compañía que su miedo y su carácter, a partes iguales, se retorció como un animal, de cuclillas en

la cama, asida al cabecero, hasta que logró expulsar de sí a un niño hermoso y con pulmones fuertes. Lo arropó con parte de las sábanas y, por instinto, se lo llevó al pecho desnudo.

Cuando Íñigo llegó esa mañana, la encontró desgreñada, abrazada a su hijo, que sería Íñigo también, los dos dormidos, entre sábanas ensangrentadas. Descubrió la placenta medio tapada por la tela, el niño seguía unido a ella. Humores viscosos y restos orgánicos indefinidos repartidos por el lecho y un olor penetrante a carne cruda completaban la estampa. La placidez de los rostros contrastaba con una imagen que le pareció sacada del infierno y que le produjo arcadas. Le tocó la frente a Lourdes y la notó tibia, algo sudada; su hijo estaba pegajoso.

Salió de la casa con urgencia y volvió lo antes que pudo, con la partera y una ayudante. Le cortaron el cordón al bebé, lo limpiaron con un trapo y agua tibia, lo abrigaron bien y se lo dieron al padre. Cambiaron las sábanas, comprobaron las heridas y acompañaron a Lourdes a darse un remojón.

—Has sido valiente, chica —le dijo la partera—. Tú solita, como una jabata.

Lourdes se dejó hacer en la bañera. Les indicó dónde tenía los camisones y las batas. La ayudaron a vestirse y, al volver a la cama, cuando las mujeres fueron a la cocina, a infusionar hamamelis y caléndula para la cicatrización de la vagina, pidió que le trajeran de nuevo a su bebé. Se lo alcanzó Íñigo.

—Es precioso, Lourditas, parece un ángel, y tú eres la mujer más fuerte que ha visto esta tierra. Me quito el sombrero, amor mío.

Lourdes metió al niño en su burbuja. Le daba de mamar, le hablaba, le cantaba como si no hubiera nadie más a su alrededor. Por más que Gretchen se ofreció no dejaba que la ayudara a bañarlo ni a vestirlo. Solo permitía que le indicaran cuándo tenía ella que comer y qué. De la comida no se volvió a ocupar.

Íñigo se quedó varias noches en San Sebastián, dormían los tres en la habitación. Había comprado una buena cuna para su hijo y un coche de paseo, con capazo. A la semana, le propuso a Lourdes empezar a usarlo.

—Tienes que salir, que te dé el aire. También al bebé, lo dijo la

partera, que un poco de sol cada día era importante.

Íñigo insistió hasta que lo consiguió. Al principio solo fue una vuelta a la manzana. A Lourdes la encandilaba la claridad, pero, con paciencia, fueron alejándose algo más de la casa. Los paseos hicieron que recuperara el humor, la vitalidad, que retomara su relación con el mundo. Poco a poco fue volviendo a la vida, justo antes de perderla otra vez.

María esperaba, sentada en el comedor, leyendo algún diario, a que Leonor le trajera el café recién hecho y unas tostadas. En la bandeja, junto con el desayuno, iba también un sobre, de papel grueso y verjurado, y un abrecartas. Era de la oficina de la Crosley Radio Corporation en Europa, una compañía especializada en motores y radios.

—La trajo el cartero esta mañana, señora.

—Vaya…, ¡qué curiosidad!

María se apresuró a abrirla, pero esto no la sació. En ella solo anunciaban la visita de personal de la compañía para una semana más tarde, que pasó volando entre las mil ocupaciones de la familia.

El lunes siguiente, tal como habían anunciado, llegaron dos caballeros de la conocida empresa norteamericana. Querían felicitarla personalmente por su artículo sobre los frigoríficos, les había parecido magnífico, y pedirle permiso para reproducirlo en la revista interna de la compañía. Solo con esto, María se sintió de lo más halagada, hacer el viaje de París a Bilbao con ese único objetivo, cuando una carta bien hubiera sido suficiente, le parecía un agasajo incluso exagerado. Pero había más. Los señores les comunicaron a María y a Ramón, también presente en el encuentro, que era tal su gratitud, que la casa Crosley tenía la intención de regalarle uno de los últimos modelos de frigoríficos eléctricos que estaban comercializándose en Europa, si ellos, por supuesto, estaban de acuerdo.

Si María no hubiera sido una mujer de mundo y educada en el más estricto autocontrol, le hubiera saltado al cuello a cualquiera de los dos caballeros, mejor a los dos a la vez, en una expresión de

auténtica emoción y alborozo, pero, por supuesto, no lo hizo. Sus formas siguieron siendo extremadamente correctas, solo dejó entrever cierto rubor en la cara, y cuando fue capaz de recuperar el habla, expresó:

—No imagino una deferencia más generosa por su parte, desde luego no tienen por qué. Escribí ese artículo porque es lo que pienso, los frigoríficos son unos electrodomésticos muy útiles en cualquier cocina y creo que, en unos años, no podremos vivir sin ellos.

—Para nosotros es un honor que uno de nuestra marca esté en su cocina —afirmó uno de ellos en un español abrupto—. Suponíamos que aceptaría usted, actualmente no son fáciles de encontrar en España, por lo que está de camino. Llegará en unos días.

Las tres semanas que tardó la nevera en llegar a Bilbao a María se le hicieron casi más largas que un embarazo. Cada noche tuvo pesadillas con mil artilugios en los que se le estropeaba la comida. Durante los días, miraba por la ventana a cada rato, por si veía un camión de reparto, y no había conversación en la que no mentara al aparato. El servicio, de tanto oírla hablar del asunto, estaba prácticamente igual de ansioso.

Así, cuando llegó el día, la casa de la calle Ibáñez fue una fiesta. Nada más vio María que la caja gigantesca bajaba del transporte y tocaba el suelo, les pidió a Milagros y a Leonor que vigilaran para que la subieran con cuidado por la escalera, en lo que ella iba llamando por teléfono a su hermana y a Ramón, para que también estuvieran presentes en el desembalaje.

Nadie en la casa había visto nunca una caja tan inmensa. Hicieron falta seis operarios fornidos, que se iban relevando, para poder subirla. También acompañaba al electrodoméstico un técnico encargado de hacerlo funcionar. Tardaron su buen rato en quitar el embalaje, en desanudar los cordeles que amarraban los elementos que la protegían de golpes. Cuando finalmente quedó descubierta del todo, en la cocina se oyó un ahogado «oooh». Las doncellas, con la mano en la boca, María, Ramón, Luisa y los niños, con una mueca de asombro que no les cabía en la cara.

—¡Qué belleza! —exclamó María.

—Belleza absoluta —recalcó Luisa.

—¿Dónde la quiere colocar? —preguntó el técnico—. La dejaremos puesta donde diga, luego deberá reposar unas horas, pueden pasarle un buen trapo con agua, sin productos de limpieza, para quitarle el polvo del viaje, y esta tarde volveré para conectarla.

María indicó su lugar y, una vez se fueron los mozos y el técnico, se quedó un rato admirándola. Abriendo y cerrando la puerta, tocando los artilugios que sobresalían en el exterior, su fachada metálica tan pulida, el logotipo en relieve. No daba crédito al triple salto hacia la modernidad que acababa de dar. Más fantástico le pareció cuando, por la tarde, el técnico le indicó que uno de los dispensadores de la puerta era para obtener agua fría y otro para hielo, en distintos formatos. Aquel aparato se le antojó como un sueño venido del futuro.

La voz se fue corriendo entre las señoras de la alta sociedad de la ciudad y raro era el día en el que María no recibía, o bien por teléfono o bien por un encuentro casual, petición de ir a su casa a conocer la maravilla que tenía en su cocina. Tal fue la ola de curiosidad que tuvo que organizar a sus amigas en grupos y disponer de algunos días en la semana para hacer meriendas para no descuidar el resto de sus quehaceres. Nada más llegar les hacía una visita guiada y luego las convidaba a un té o café y unas pastas.

María Pilar Elejabeitia había ido a merendar con su madre, que apenas salía ya de casa —sus ochenta años iban haciendo mella en su capacidad de moverse, pero no había querido perderse la innovación—, y con su cuñada Marite. Una vez pasado el momento de la exaltación de la tecnología, María les preguntó por su vida.

—Pues estoy mejor, gracias a Dios. Llevo una época buena. —Marite se santiguó.

—Y mejor que vas a estar. —María Pilar la miró pícara, sonriendo.

—¿Y eso, pues? ¿Qué novedades traes?

—A decir verdad, no lo sé. Íñigo lleva muy misterioso unas semanas diciendo que me está preparando una sorpresa que me cambiará la vida, pero cuantas más pistas me da, más confundida estoy. No sé si planea un viaje o qué es lo que se trae entre manos. A María Pilar sí le ha contado, pero a mí no me suelta prenda, ni ella

—mirando a su cuñada—, ni él.

—¡Ah! Bueno, si es sorpresa, lo mejor será esperar —añadió María.

—Es sorpresa de las grandes, merecerá la pena la espera, Marite, ya verás.

—Yo tampoco sé nada de esa sorpresa… —se quejó la madre.

—Tranquila, madre, que a usted también le tocará algo. —Las tres mujeres se miraron sorprendidas.

Íñigo insistió tanto que, al final, Lourdes accedió a dejar al bebé con Gretchen para ir a comer a un restaurante con él. Solo puso como condición que fuera cercano, para no alejarse mucho tiempo del hijo, que ya había cumplido los dos meses.

Íñigo había tratado de iniciar la conversación infinidad de veces, pero Lourdes siempre la rehuía, se escapaba con el talento de los gatos y, una vez superada la amenaza de la charla agria, regresaba ronroneando, como si tal cosa. El bebé iba cogiendo cuerpo y aún seguía sin cristianar, ella tenía que retornar al trabajo y ya no sabía qué más excusas darle a Marite para justificar el retraso de la sorpresa que le tenía preparada: urgía que el pequeño Elejabeitia se fuera ya a la que sería su casa.

Le tomó las manos a su amante, respiró hondó y se zambulló en el parlamento. Lourdes bajó la mirada, la perdió como en los últimos meses de embarazo, y, sin ruido ni aspavientos, empezó a llorar.

—No te pongas así, amor mío, ya lo hemos hablado y estamos de acuerdo en que es lo mejor para él.

—Pero aún es tan pequeño…

—No lo es, Lourditas, sabes que no lo es y sigue siendo morito. Además, ya tienes que volver a la tienda y no podrás cuidarlo. Allí estará bien y yo te traeré noticias y alguna vez lo podrás ver, ya veremos cómo, pero seguro que lo arreglamos.

—¿Y qué va a comer?

—Eso no es problema, María Pilar ha contratado un ama de cría que vivirá con nosotros y lo alimentará. Tendrá lo mejor en todo.

—Menos a su madre.

—Tendrá otra madre que lo querrá, y un padre y tíos y primos y

abuelos, será un niño feliz y un hombre de provecho, tú ya has hecho tu trabajo, muy bien, por cierto, ahora me toca a mí, Lourditas, estate contenta por él, mujer.

Lourdes fue incapaz de hablar más, ni de comer ni de levantar la mirada. Casi no la sostenían las piernas en el camino de regreso a casa, Íñigo la iba manteniendo. Cuando llegaron el bebé dormía. Gretchen fue a abrir la tienda y, al estar los tres solos, Lourdes volvió a hablar:

—Voy a preparar sus cosas, si te lo vas a llevar, mejor cuanto antes.

28

Flan de leche Leonor

Con la marcha de Íñigo hijo, de manera paulatina, Íñigo padre se fue yendo también y, al mismo ritmo, la vida de Lourdes fue desapareciendo de un cuerpo cada vez más yermo.

Volvió al trabajo nada más entregar al bebé. Pasaba en la tienda las horas casi como un vegetal, con la expresión justa para no parecer del todo una estatua, con las palabras medidas y la mirada posada en un punto del infinito. Flaca, pálida. Muchas fueron las clientas que se interesaron al volverla a ver tras esa enfermedad suya tan larga, a todas las atendió con la mirada, si acaso un gracias apenas perceptible cuando le deseaban una pronta recuperación. Era Gretchen quien iba detrás a explicar que estaba mejor, pero que no se le había pasado del todo aquel ataque agudo de melancolía, algo que las señoras de bien entendían perfectamente, siempre había alguna con un pariente o conocido aquejado del mismo mal.

Íñigo, en las contadas visitas que le hizo, la encontró igual: distante, distraída, apática. Ante su falta de interés, fue distanciando y acortando los viajes a San Sebastián. Al principio le llevó alguna foto, por ejemplo, del fastuoso bautizo del pequeño Íñigo, pero eso tampoco hizo que Lourdes reaccionara.

Las semanas y el empeño de su compañera alemana la fueron acercando al mundo de los vivos, al menos fue capaz de empezar a llorar. Estuvo meses que parecía que la existencia se le iba a salir en torrente por los lacrimales. Íñigo llamaba alguna vez y daba informes del bebé a Gretchen, ella no se ponía al teléfono; era incapaz de escuchar y, mucho menos, pronunciar una palabra sobre su hijo sin que los sollozos la atragantaran hasta casi asfixiarla. Gretchen procuraba tenerla escondida en el despacho, pero no siempre era factible, por lo que fue imposible evitar que los clientes, sobre todo los asiduos, se dieran cuenta de la situación y elevaran

sus quejas a Mariano.

Una tarde en la que el cielo parecía haber cogido ejemplo de los ojos de Lourdes y no daba tregua de tanto aguacero, Mariano fue a San Sebastián a hablar con ella en persona, pues al teléfono no había forma de arrancarle una frase completa.

—Lourdes, hemos tenido mucha paciencia contigo dado el buen servicio que siempre nos has prestado. Es el agradecimiento lo que nos ha hecho mirar para otro lado, pero ya la situación se está volviendo insostenible. —Lourdes no levantaba la vista del suelo, que apenas veía por las lágrimas—. Las tiendas no pasan por su mejor momento, sabes cómo está la situación internacional, nuestros clientes, la mayoría exportadores, no están como para andar gastando en decoración, los que continúan con solvencia ahora prefieren invertir en joyas que en armarios y a nosotros tampoco nos está resultando fácil importar mercancía. Eso, por no hablar del panorama que tenemos aquí, tras la dimisión de Primo de Rivera, parece que Berenguer no se hace con el país… —Mariano seguía dando rodeos sobre la estela en el País Vasco de la Gran Depresión bursátil y la falta de liderazgo del nuevo presidente español con tal de no abordar la cuestión. Cuando no encontró más vueltas que dar, se atrevió con el asunto en cuestión—. En definitiva, que no está la cosa como para que cuando los clientes vengan a la tienda se encuentren todavía con más tristezas y preocupaciones. —Suspiró y continuó—. He estado hablando con Íñigo y, por la amistad que me une a él, no vamos a despedirte, pero sí te trasladaremos a la tienda de Bilbao en la que empezaste, así podrás vivir con tu familia y espero que de esa manera recuperes tu manera de ser.

Se levantó como una autómata y salió de la tienda a seguir mojándose. Gretchen corrió detrás, pero no le sacó una palabra a su amiga, que continuó su camino bajo la lluvia, sin resguardarse. Tamclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">poco consiguió que le abriera la puerta de su casa cuando, acabado su turno y ya sabiendo la conversación con Mariano, fue a despedirse. El chaparrón fue el último momento que compartieron.

Lourdes partió para Bilbao en el primer transporte de la mañana

del día siguiente. No veía a su familia desde hacía más de un año, alguna carta les escribió aún embarazada, solo para decir que estaba bien y con mucha faena.

La lluvia intensa ralentizó el viaje, por lo que llegó a su casa bien pasada la hora de comer, calada hasta los huesos y habiendo ingerido una manzana en todo el día. Abrió la puerta su madre y casi se la cierra en las narices, no la reconoció. Entre su poca agudeza visual y la estampa de una muchacha escuálida y ensopada, la confundió con una mendiga. Solo cuando le oyó la voz, descubrió su error.

—Soy Lourdes, madre.

—¿De dónde sales tú, hija? Pero, bueno, ¡si no eres más que huesos!

—Vuelvo a casa, madre, si a usted le parece bien.

—¿Perdiste el trabajo, pues?

—No, vuelvo a la tienda de Bilbao.

—Ah, bueno. Entra y sécate, que te enfriarás si no. Tu cama sigue igual que la dejaste, y tu padre y tus hermanos, también, y yo, pues ya ves, más vieja y más cansada, pero lo que es trabajar, eso está igual.

Lourdes había dejado tras de sí una estela húmeda en las escaleras, en el rellano. En la mesa pequeña, que había nada más entrar, estaban los sobres que ella había enviado meses antes, sin abrir. Los miró el tiempo suficiente como para que su madre, ciega y todo, se percatara.

—Ya pensábamos que eran cartas tuyas, dijimos que si escribías es que estarías bien y que, si no, ya avisarían; no está la cosa como para ir pidiendo que alguien de fuera lea las cosas de uno y se entere de lo que no le interesa.

Lourdes se cambió de ropa y su madre le acercó un caldo de gallina.

—Toma, chica, te sentará bien con esa mojadura que traes. Come pan también, que hay que coger algún kilo.

Estar entre los suyos la obligó a disimular su vacío. Todo un entrenamiento que también le sirvió para estar en la tienda, no risueña ni habladora, pero al menos sí más presente. Fue asentando

su rutina y esa vida monótona y de emociones encubiertas le fue resultando una suerte de evasión. Así fueron pasando los años, sin más sobresalto que el oír nombrar a su antiguo amante en alguna conversación. No volvió a cruzárselo.

Al llegar del mercado, antes de que nadie pudiera avisarla de que había llegado un paquete, María lo encontró en el recibidor. Estaba envuelto en papel de rafia y acordonado. Lo cogió y se lo llevó al corazón. Era justo lo que estaba esperando.

—Disculpe, señora, no me dio tiempo a avisarla —le anunció Milagros—. Vino un chico de la imprenta y le dejó el paquete que tiene en las manos, me dijo que le diera un recado: que lo mire bien porque es la última prueba antes de imprimirlo y encuadernarlo todo, por si hubiera algo más que corregir; pero que a él le parece perfecto.

—¡Qué ilusión, Milagros! ¡Es mi libro! ¿Dijo algo más?

—Que la llamarán por teléfono esta tarde.

—Gracias. Voy a encerrarme en mi despacho un buen rato, tráeme, por favor, un café, algunas pastas y un vaso de agua.

María desanudó el cordón y acarició el papel de rafia. Con gran liturgia lo fue desprendiendo del montón de hojas, hasta que descubrió la portada:

CONFITERÍA
Y
REPOSTERÍA
POR
MARÍA MESTAYER DE ECHAGÜE
LA
(MARQUESA DE PARABERE)
IMPRENTA MODERNA/BILBAO
ALAMEDA DE RECALDE, 15 — TELÉFONO 14545

Se quedó sin palabras, hasta un bizcocho dibujado, que le pareció de lo más atinado, le habían puesto bajo su nombre. Comprobó que se

explicitaba su garantía de haber probado personalmente las más de mil quinientas preparaciones de pasteles, tartas, galletas, turrones, caramelos, compotas, mermeladas, helados, frutas heladas, licores y una infinidad de *delicatessen* más. Estaban en su sitio el vocabulario, la explicación de utilización de los utensilios de cocina, cómo hacer un buen café, cómo servir un cóctel… Todo tal como ella, minuciosamente, lo había preparado estaba ahora en letras de imprenta a punto de ser encuadernadas. Como última prueba, abrió los ferros al azar, como si fuera una baraja, y leyó detenidamente la receta que quiso la fortuna que encontrara: Bizcocho Athletic Club, la tarta rojiblanca, gracias al merengue y a las guindas, que había inventado meses antes para conmemorar el primer campeonato de liga que ganaban sus adorados leones. Estaba perfecta. Aquello tenía que ser una señal que auguraba muchos triunfos.

Ni en sus mejores sueños imaginó María el éxito que tendría aquella publicación. No habían pasado dos años y la editorial Espasa-Calpe llamó a su puerta para proponerle una reedición más exhaustiva, con recetas saladas también, que salió a la luz en 1933, un año después, con el título: *Enciclopedia culinaria. La cocina completa*. Se trataba de una compilación de más dos mil cuatrocientas recetas de la cocina de entonces y tradicional española, francesa e internacional, en cuya primera página aparecía el poema al marmitako que, en una mañana de mercado, hacía ya unos cuantos años, le había prometido su amigo Pedro Eguillor:

Surca la mar la lanza bonitera
y, escondido el anzuelo en la panoja,
el acerado pez que a ella se arroja
víctima cae de su cocina fiera.
Mientras tanto el mutil, en la caldera,
hierve el aceite so la brasa roja.
Unas cebollas de su piel despoja
y pica bien con prontitud ligera.
De un bonito la carne palpitante
corta en pequeños trozos que sofríe
con buen tomate y pimiento picante,

luego con agua hirviente lo deslíe
y así lo deja a que en hervor constante
la blanca vianda a su sazón se alíe.
Y al llegar el instante
en el que cese la áspera faena
de patatas bien limpias y cortadas
la caldera se llena,
y cuando quedan blandas y guisadas
y sintiendo va su ánimo flaco
tras la labor penosa, el marinero,
a un aviso jovial del cocinero,
se apresta a devorar el marmitako.

Milagros se metió en su cama, tras haber calentado la de su tía. Esa noche no se durmió enseguida, por lo que volvió a su leclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cho. Idoia, que era la que se acostaba más cerca, aún estaba despierta, garabateaba con un lápiz en un cuaderno a la luz de una vela.

—¿Qué haces? —le susurró Milagros.

—Practico.

—¿Desde cuándo sabes tú escribir?

—Estoy aprendiendo. Soy comunista y voy a hacer la revolución, por eso me están enseñando, porque soy más útil si no soy analfabeta.

—¿Que eres qué?

—Comunista. No quiero que los burgueses nos opriman más, ni que nos exploten. Tenemos derechos, Milagros, aunque no te lo creas. ¿Por qué tienen que vivir los señores como señores y nosotras como criadas? Si no *habría* propiedad privada, todos viviríamos muy bien. Trabajando menos y con sueldos dignos.

—A ti se te ha ido la chaveta. Ibas a vivir tú muy bien en el campo, con la sequía que hemos tenido…, cualquiera diría que te falta algo, chica.

—Ven un día y verás. Nos tratan muy bien, como a iguales, no

como a criadas, y nos enseñan con paciencia. Al principio ni te acostumbras al trato, luego sí, y no veas lo bien que sienta. En las fábricas con la República cobran cuando están de vacaciones. ¿Te imaginas diciéndole a la señora Echagüe que queremos días libres y que nos los pague? ¡Se cae de culo!

—Vamos, te caes tú de la cara que te pondría. —Las dos rieron, también en susurros—. ¿Y a dónde dices que vas a aprender las letras?

—A la *herriko etxea*.

—¿La casa del pueblo?

—Sí, allí nos enseñan a leer a las que queramos y nos hablan de la dignidad obrera. —Idoia levantó el puño.

—Madre mía, no sé cómo te quedan fuerzas a ti para meterte en esos berenjenales; si los señores se enteran seguro que vas de patitas a la calle y entonces vendrán los lamentos.

—No seas tonta, haremos la revolución y viviremos mucho mejor.

—Muy bien, yo me voy a dormir, pues. Avisa si llega tu revolución mientras estoy con los ojos cerrados.

Leonor, tras superar la tuberculosis, se fue haciendo mayor a la velocidad de la luz. No tanto por los años, sino por cómo se le quedó el cuerpo, pues no volvió a respirar bien, y el alma, la muerte de su marido en esa soledad, húmeda y oscura, no terminó de cicatrizarle. Aun así, María la seguía necesitando para que rondara la casa, diera alguna orden, pocas, consejos, muchos más, llevara bandejas con desayunos o meriendas y, sobre todo, como compañera de fatigas y experimentos en la cocina. Su sola presencia le daba seguridad.

—Leonor, tengo ganas de innovar con un postre para la cena con mis hijos, quiero sorprenderlos. —Leonor asentía atenta—. Quizá podría ser un flan… —María estaba ilusionada, hacía tiempo que no tenía a tanta familia junta.

—Usted sabe que el flan es mi perdición, así que la ayudaré encantada.

—Empecemos a probar, pues. Y, si sale bien, lo bautizaremos con su nombre.

María, además del flan de leche tradicional, tenía recetas de otros con chocolate, caramelo, praliné de almendras, incluso con naranjas, al estilo valenciano.

—¿Y si juntamos su perdición con la mía y probamos un flan con frutas confitadas?

Tras dos pruebas, para ajustar el azúcar, la innovación estaba perfecta. No se lo dio a degustar a su marido, solo el servicio y ella misma pudieron disfrutar de aquella exquisitez para no desvelar el misterio.

El día de la cena, a la hora convenida, estaba todo listo. Era una gran ocasión juntar a siete de sus hijos en una misma mesa, Concepción y José María estaban pasando unos días en Bilbao. A las nueve en punto, se sentaron en el comedor Alejandro de la Sota, Fuensanta, Fernando Ortiz, el primo periodista de Ramón que estaba en España cubriendo las elecciones generales para el diario bonaerense *La Nación*, y los Echagüe Mestayer, todos menos Víctor, que seguía en Argentina. María anunció que tenía un postre nuevo en primicia mundial y parte de la conversación giró sobre eso, algunos se aventuraron a adivinar qué podría ser, ninguno acertó; hasta, como no podía ser de otra manera, dado el ambiente en el país, saltaron las elecciones a la mesa.

—Pues yo qué queréis que os diga, cuando marchó el rey me dio miedo, todos sabéis que soy mujer de orden —se aventuró María—, pero ahora hasta alguna ventaja le veo a esta República. Por ejemplo, me hace ilusión votar por primera vez, y que también puedan hacerlo mis hijas. Yo veía muy injusto que, solo por ser mujer, no se pudiera. ¡Anda que no hay hombres cazurros en este país y podían decidir mi destino más que yo misma!

—Bueno, mujer, eso es un detalle… —le rebatió Ramón.

—No lo veo yo así, Ramón, querido. Para más de la mitad de este país es un tema crucial, es que te tengan en cuenta.

—¿Y a ti qué te parece, Fernando? ¿Qué escribirás para los argentinos sobre estas elecciones tan inciertas? —preguntó Alejandro.

—Pues justo eso, que, a una semana vista, son inciertas. Me congratulo de que, a pesar de la intensa emoción política, Madrid

está, literalmente, empapelado y con mítines diarios de todos los colores, la propaganda transcurre tranquila, al menos por ahora, salvo algunas agresiones, brutales, eso sí…

—De los socialistas… —interrumpió Ramón.

—No siempre —contestó Alejandro.

—Algunos dicen que las próximas Cortes serán ingobernables y se impondrá, por segunda vez, su disolución; según otros, supongo que como tú, primo, el predominio de las derechas republicanas será tan grande que abrirá una larga era de paz política en el país. Quién sabe… Estoy de acuerdo con lo que dice María —continuó Fernando —, el sufragio de la mujer no es un tema baladí, son más numerosas que los hombres en España, casi siete millones, y puede ser muy significativa su opinión, que desconocemos cuál será. —Pensativos el resto de comensales, Fernando prosiguió—. Sí veo que las elecciones están planteadas, básicamente, en términos filosóficos, concepciones teóricas de marxismo y antimarxismo, pero ninguno de los dos bandos ofrece remedios para los males de España; ningún partido ha dicho cómo se propone disminuir el paro obrero, conjugar la crisis agraria, equilibrar el presupuesto…

—Muy interesante esta cuestión, pero tendrán que perdonarme — interrumpió María— porque ha llegado el ansiado momento del postre: mi flan de leche Leonor.

María hizo señas a Leonor para que mostrara el dulce entero antes de servirlo. Lo iba cortando en el aparador mientras Idoia lo iba sirviendo. Una vez lo probaron todos, se hizo el silencio unos segundos y después solo se escucharon muestras de admiración que dejaron a María todavía más feliz que con el sufragio femenino.

La tienda de San Sebastián no pudo sobrevivir a los coletazos de la gran crisis mundial con la que se había cerrado la década y abierto la siguiente, sumada a la sensación de inestabilidad política en España. Las grandes fortunas apostaron por tener bienes más volátiles y manejables, aquellos que se pudieran sacar del país sin demasiada dificultad si la República se volvía a poner fea; las grandes casas con sus mobiliarios dejaron de ser una prioridad. La

segunda tienda de Bilbao, poco después de las elecciones que subieron a Lerroux, corrió la misma suerte y, al comienzo de 1934, solo seguía en pie el local original, con Lourdes aún en él.

A pesar de que su labor se podría tildar, siendo generosos, solo de suficiente, la amistad añeja de Íñigo y Mariano prevaleció a todo lo demás, y mantuvo su ocupación por encima de otras dependientas que merecían mucho más su puesto.

La nostalgia y el despiste se le habían arraigado a la carne de tal forma que vivía ausente. La inercia, tras años de rigurosa competencia, jugaba a su favor, pero normalmente eso no era bastante y, a veces, escandalosamente poco.

Una tarde de finales de enero, que de pronto se tornó oscura y helada, con nieve incluida, una señora elegante irrumpió en la tienda con su criada y, de la mano de esta, el que parecía su hijo, elegante también, de unos tres, quizá cuatro años. Lourdes, por supuesto, no la vio entrar; se tropezó con ella casi al final del local.

—Disculpe, señora, no la había visto. ¿En qué puedo servirle? —preguntó Lourdes.

—Verá, me ha cogido este tiempo en la calle mientras paseaba con mi hijo, salimos sin coche, una imprudencia, lo sé… Soy la señora de Íñigo Elejabeitia y me preguntaba si podría hacer una llamada de teléfono para que nos vinieran a buscar.

Lourdes escuchó solo sus primeras palabras, después descubrió a su hijo y no pudo dividir su atención. Delgado, alto, de tez blanca y cabello claro, impecablemente vestido, con chaqueta de lana, calcetines largos y zapatos nuevos, asido a su niñera como si en ello fuera su seguridad.

—Por favor, ¿podría ver a don Mariano? —Lourdes no respondió—. Señorita, ¿qué le ocurre? Le estoy hablando… —Lourdes levantó la mirada del niño y Marite la reconoció—. Pero si es usted… Soy Marite, nos hemos visto en las inauguraciones de las tiendas y en alguna otra ocasión, claro que hace mucho tiempo… Soy la mujer de Íñigo Elej… —Mariano entró en la tienda y el ruido de la puerta hizo que Marite volviera la vista e interrumpiera su explicación—. ¡Mariano! Por ti estaba preguntando.

—Buenas tardes, Marite, ¿a qué se debe esta grata e inesperada

visita?

Marite le explicó a Mariano y este la hizo pasar a su despacho, para hacer la llamada. El pequeño Íñigo, nada más desaparecer su madre, se escondió tras las faldas de su niñera.

—Es tímido, sabe… —lo justificó la doncella ante Lourdes—. Pero muy buen niño, ordenado y obediente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Lourdes.

El niño asomó la carita a un lado de la tela y, tras recibir el ánimo de la niñera, se atrevió a decir:

—Ñigo Lejabetia.

—Íñigo Elejabeitia —lo corrigió la niñera.

—Tienes un nombre muy bonito, y un pelo muy suave —Lourdes le acarició la cabeza.

Marite salió del despacho e informó al niño de la situación, como si no hubiera nadie más en el espacio.

—He hablado con tu padre, corazón mío, y dice que ya viene a buscarnos.

—Sentaos donde queráis mientras esperáis, ahora Lourdes os trae un poco de agua; disculpad, pero no tenemos más que ofreceros.

Lourdes sirvió tres vasos de agua, los puso en una bandeja y los acercó al conjunto de tresillo y sillones orejeros que habían elegido para esperar. Marite en un sillón individual y el niño, pegado a su cuidadora, sentado en el de tres plazas.

—Si no necesitan nada más, me retiro, que tengo mucho que hacer —les dijo Lourdes—. Encantada de haberte conocido, Íñigo.

Lourdes, desde su rincón, inmóvil, escuchó la voz de Íñigo padre en la tienda. Mariano salió a saludarlo y, en unos minutos, se marcharon. Tras oír la puerta, Lourdes se puso su abrigo y salió a la calle a caminar entre los copos de nieve. El frescor le alivió el fuego que tenía en la cabeza, el dolor punzante del corazón. Caminó durante horas, a la deriva, con pasos mojados y hielo enredado en el cabello. Caminó hasta que le flaquearon las fuerzas y se desplomó.

Despertó al calor de una buena manta, en una cama, sin rastro de humedad, con un camisón tosco que no era suyo. Abrió los ojos y encontró a dos monjas rezando junto a ella, su ropa puesta a secar cerca de una estufa.

—¿Estoy en el cielo? —preguntó Lourdes.

—En un lugar parecido. —Las monjas sonrieron—. Estate tranquila, chica, te encontraron en la calle, cerca del muro del convento, estabas azul del frío y nos tocaron para que te quedaras aquí. Este edificio, más de una vez, ha hecho de hospital, así que ni mal encaminados iban los dos paisanos que se tropezaron contigo.

—¿Estoy enferma?

—Con el frío que has cogido lo raro sería que no.

—Debo ir a casa.

—¿Te espera el marido?

—No, mis padres y hermanos; se preocuparán.

—Bueno, chica, no está la cosa como para salir. Si esperas a mañana igual el panorama mejora y, si no, mandamos al mozalbete que nos hace recados a que diga algo de ti.

Lourdes sudaba y temblaba, no era capaz de retener la mandíbula, que no cesaba en su tamborileo. Perdía la conciencia y volvía en sí. Las monjas le ponían paños fríos en la frente y le iban dando infusiones a cucharadas. Varios días se le fueron en este ir y venir de la razón. Al tercero paró el desvarío y pudo facilitar su dirección para que avisaran a su casa.

—¿Tienes un hijo, pues, y no tienes marido? —le preguntó una de las monjas cuando se hubo recuperado lo suficiente como para empezar a tomar caldos.

—¿Cómo dice?

—Eso decías en tus delirios.

—Eran eso, delirios.

—Tú sabrás, chica, nosotras no juzgamos, eso le toca a Dios.

Lourdes tardó cerca de dos semanas en recuperar las fuerzas como para poder incorporarse. Agradeció los cuidados a cada una de las beatas y, finalmente, cuando le tocó despedirse de la madre superiora, esta retuvo sus manos entre las suyas. El gesto cálido desbarató otra vez su cuerpo y se desparramó. De nuevo las lágrimas, el corazón herido, el sinsentido metido en los huesos, la mirada en el más allá. Entre sollozos y sorber de mocos se abrazó a la monja: «Este es mi sitio, madre, déjeme quedarme».

Lourdes no volvió a salir del Monasterio de la Concepción. Ni

siquiera lo hizo unos años después, cuando un grupo de milicianos armados atravesaron sus muros y obligaron a las monjas a abandonarlo, antes de prenderle fuego. Ella ni en esa tesitura se quiso marchar, aquel entorno de recogimiento y silencio, donde había apaciguado a sus fantasmas, se le había desvelado como su lugar en el mundo: no concebía escapar de él.

29

Bacalao al Club Ranero

Dado el éxito de sus dos publicaciones, otra editorial, esta de Bilbao, Artes Gráficas Grijelmo, le pidió un nuevo libro de cocina, con recetas de la zona, que María tituló *Platos escogidos de la cocina vasca*. Tenía la rutina de búsqueda y clasificación de fórmulas culinarias bien trillada. Era perfectamente capaz de compaginar esa tarea con la de la colaboración en periódicos y revistas y el resto de sus quehaceres, pues contaba, además, con un gran equipo de apoyo en casa, bien entrenado, que apenas requería de supervisión para su funcionamiento. Así, no le costó muchos meses dar con doscientos platos emblemáticos del norte que pasaron su exigente criba.

El día que terminó de recapitular el material para mandarlo a imprenta, escribió una introducción que quiso someter al juicio de Ramón.

—Quiero empezar explicando que lo que encontrarán en el libro es un compendio de doscientos buenos platos vascos dedicado a mis queridos paisanos, los clásicos bilbaínos que sienten el placer del buen comer, ya que para mí y, ni qué decir, para ellos, nada supera ni superará la exquisitez de la cocina vasca.

—¡Muy bien, Marichu! Ese homenaje a la tierra ha quedado clavado.

—Yo pienso igual. Me encanta cuando coincidimos. —María miró con ternura a su marido—. Y creo que no es lo único que te gustará de este nuevo libro. He tenido una consideración con el jefe de cocina de tu adorada Sociedad Bilbaína.

—Me alegro, el gran Alejandro se lo merece.

—Pues he incluido una de sus grandes recetas, la del bacalao al Club Ranero. Parece mentira que, con bacalao, la haya inventado un francés y no un vasco. —María rio.

—Lo que parece mentira es que, con el panorama que nos asola, estemos hablando de exquisiteces. —Ramón tenía el *Diario Vasco* en la mano—. Por fin ha salido hoy el periódico, una semana llevaban ya con la huelga. Aquí la cosa está más calmada; donde ha sido bien gorda es en Asturias, la Revolución de Asturias, la llaman. Según dice el periódico, socialistas, sindicalistas, comunistas y mineros asturianos empezaron a atacar cuartelillos de la Guardia Civil, con escopetas y dinamitas.

—¡Qué espanto! ¿Y qué quieren?

—Son obreros azuzados por los subversivos que no quieren ni a Lerroux ni a la CEDA, están con este follón de huelga desde que se hicieron públicos los tres ministros de Gil Robles. Pero lo que no se esperaban estos revoltosos es que les fueran a mandar a dos generales como López Ochoa y, sobre todo, Francisco Franco. Parece que su rudeza con los obreros, la de Franco, solo es comparable con la que practicó contra los rifeños. Hasta ha bombardeado sus barrios, van por más de mil muertos.

—¡Virgen de Begoña! ¿Y habrá necesidad de esta brutalidad? Que esto es España, que son nuestros vecinos. Una cosa es frenar el desorden y otra muy distinta ensañarse con las familias. Eso se llama crueldad y con eso yo no comulgo. Para acabar con la barbarie no se puede ser un bárbaro. —María se quedó pensativa unos segundos—. Bueno, yo a lo mío, voy a envolver el manuscrito para que lo lleven a la imprenta.

Idoia no daba pie con bola esa mañana. Leonor tuvo que reprenderla varias veces, primero porque fue a buscar la leche a la verja y la dejó abajo, no llegó a subirla y ni cuenta se dio, después porque sirvió el café con tan poca atención que le rebosó la taza al señor, y, finalmente, lo que ya finiquitó la paciencia de la gobernanta, fue que dejó casi carbonizar las tostadas y así mismo las llevó a la mesa.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? ¿Te sobran los trabajos o qué? —le dijo Leonor muy seria—. ¿No ves la que está cayendo? ¿No ves la de niños y ancianos y de todo, miserables, que piden limosna

cuando vas al mercado? ¿Estás ciega o qué, chica? Todo el mundo se muere por un trabajo como este, ¡qué digo como este! Por comer alguna vez al día, no digamos ya dormir caliente.

—Estamos trabajando para explotadores, ni derecho a la huelga hemos tenido.

—Idoia, no digas mamarrachadas. Si quieres ir a la huelga deja esta casa, que seguro hay a quien le venga bien tu puesto.

Idoia se quedó muy seria, mirándola fijamente, y los ojos se le deshicieron en lágrimas.

—Y con toda la faena que hay, ¿qué te ha dado a ti ahora por sentimentalismos?

—No es nada. —Se secó la cara y fue a hacer las camas del señorito Fernando, Mercedes, Teresa y Dolores, únicos hijos que quedaban viviendo en la casa.

Leonor avisó a Milagros del altercado matutino y esta fue buscando el hueco, hasta encontrarlo, de poder estar a solas con Idoia.

—¿Qué te apena, Idoia? Sabes que conmigo puedes hablar.

—Ay, Mila, es el Mikel. En la mina, en Baracaldo, no acabaron la huelga como aquí, siguieron más días y la policía los apresó, de eso ha ya unos días, yo lo supe ayer, me mandaron recado, y, desde entonces, no atino con nada. ¿Dónde estará ese hombre? ¿Y en qué condiciones? —Milagros le pasó el brazo por encima.

—Anímate, mujer. Hasta que no tengas malas noticias no pienses mal. Reza cuando te vengan las malas ideas.

—Yo no rezo, Mila, no tengo a ningún Dios al que rezar. ¿Sabías que en las manifestaciones de Bilbao murieron más de quince personas? Si hubiera Dios estaría de nuestro lado, que solo pedimos justicia, un trabajo digno y un salario con el que mantener a una familia sin pasar miserias, y no al lado de ese gobernador Velarde, que es un mal nacido.

—Idoia, chica, no te cojas esas pasiones, que no vale la pena. ¿Qué sabes tú de gobernadores ni de nada?

—Mila, yo no soy como tú, yo quiero mejorar, dejar de servir, tener una familia con el Mikel…, ¿y ahora dónde estará?

Idoia volvió a secarse las lágrimas.

—¿Y esos amigos tuyos de la casa del pueblo no te dirán?

—Esta tarde quiero ir, cúbreme, por favor. Dile a tu tía que estoy descompuesta si pregunta.

Ramón había tenido una mañana ajetreada en el despacho, se había reunido con dos posibles clientes nuevos con asuntos complicados y, cuando iba a servirse una copa, pensando que podría descansar unos minutos antes de volver a casa a comer, su secretaria abrió la puerta del despacho y le anunció una nueva visita. Antes de que Ramón le pudiera recriminar el no haberle avisado con tiempo para poder despacharla a otro día con educación, la chica, que lo conocía bien, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Por detrás de ella, al instante, apareció la cara de María.

—¡Marichu! ¿Tú por aquí?

—Sí. Tengo que hablar contigo sin que nos interrumpan y en casa no hay manera. Si no es una cosa es otra. Ya he intentado varias veces que tengamos un rato tranquilo y, como no lo he conseguido, he cortado por lo sano y aquí estoy.

La secretaria se retiró y cerró la puerta. Ramón fue tras ella a pedirle que no los interrumpieran. Se sentaron en los sillones orejeros de piel de búfalo, con capitoné en la espalda, encargados especialmente por María para uno de sus cumpleaños, y Ramón se sirvió esa copa anhelada.

—Ponme otra a mí también, querido. —Ramón la miró con extrañeza.

—Me tienes asustado, María, ¿a qué tanto misterio?

—Voy a ir al grano. Te acuerdas de esa herencia de la familia de mi madre que nos llegó a Luisa y a mí, ¿verdad?

—Como para no recordarla…

—Pues bien, ya sé dónde la quiero invertir.

—Te escucho con atención.

—Quiero abrir un restaurante de alto copete en Madrid, como los parisinos que tanto nos gustan.

Ramón se quedó mudo.

—Di algo, hombre…

—Supongo que será una broma.

—Para decir eso podías haberte quedado callado.

—Insisto, es una broma, ¿verdad?

—No, Ramón, pocas veces he hablado tan en serio. Los editores me lo han dicho muchas veces, me animan. Los libros se venden muy bien, sobre todo *La cocina completa*, y, más que en ningún otro sitio, en Madrid. Me dicen que si yo pusiera allí un restaurante donde se cocinaran esas recetas sería un éxito rotundo. Insisten, de hecho, en que así se venderían más los libros. Me aseguran que, incluso, han recibido varias cartas de lectores haciendo la misma petición, que se abra un restaurante de la Marquesa de Parabere. —María hizo un receso en su discurso, pero como Ramón no intervino, siguió —. Me frenaba el dinero, principalmente, pues no deja de ser algo incierto, pero con lo que he recibido tengo de sobra sin tocar nada del patrimonio familiar, y tenemos ya dos hijos viviendo en la capital: Víctor está en el extranjero, Ramón hace su vida, Mercedes, Fernando, Teresa y Dolores quizá quieran acompañarnos y cambiar de aires…, y, si no, pues ya son mayores. Podríamos ir para allá y probar a ver cómo nos va…, ¿qué dices, Ramonchu?

—Digo que es un disparate, digo que te debes de haber vuelto loca.

—Ramón, no me hables así.

—Es que no sé cómo hablarte, no doy crédito a lo que sale de tu boca. Lo tienes todo pensado, y yo…, yo no sé qué estaba haciendo mientras tú pensabas todo eso… Sinceramente, no te reconozco.

—Ramón, tranquilo, llevo muchos meses dándole vueltas. He pensado en esperar a Navidad y hablarlo con todos los hijos, cuando estén aquí.

—La Navidad está a la vuelta de la esquina, María, y yo no sé qué es lo que quieres hablar. Yo solo me iré de Bilbao si me llevas con los pies por delante, y espero que ni así, también quiero que me entierren en mi casa, cerca de mi Sociedad, de mi Arenas Fútbol Club, de mis amigos, mis clientes, mi familia…, a mí no se me ha perdido nada en ningún otro sitio que no sea este.

—No te pongas así, por el amor de Di…

—Me pongo como me pongo, y hala, vámonos ya. Yo hoy voy a comer en la Sociedad, no estoy de humor para otra cosa.

La casa de la calle Ibáñez era puro ajetreo. Todos los hijos habían vuelto por Navidad y, de nuevo, estaba a rebosar. María se encontraba exultante, la llenaba de dicha organizar esas comidas pantagruélicas, esos calderos a punto de desbordarse. El servicio no estaba de igual humor, como es lógico, pues la faena se había multiplicado de manera considerable y no tenían un respiro de la mañana, en la que tenían que levantarse una hora antes, a la noche, cuando podían retirarse una hora después del horario habitual.

Ese día, pues, salieron de la cama a las cuatro y media. Las primeras horas las dedicaban a adelantar las elaboraciones y arreglos para la Nochebuena, tanto de comida como de vajilla, cubertería y cristalería. Después, el desayuno, a prepararlo y a servirlo, y, según se iban levantando los Echagüe Mestayer, a arreglar sus habitaciones. A no ser que María u otro miembro solicitara algún servicio, y entonces todo se retrasaba.

Eran sobre las diez de la mañana cuando Leonor avisó a Milagros e Idoia para que fueran a ordenar y limpiar el cuarto de los dos varones, eran a los que más se les habían pegado las sábanas. Milagros llevó los útiles a la habitación y comenzó por abrir las ventanas y airear las camas. Recogió la ropa y la clasificó: por un lado, la que estaba sucia; en otra parte, la que estaba solo arrugada, y, sobre una silla, la que podía volver a utilizarse, esa la guardó. Habían pasado más de diez minutos en esos quehaceres e Idoia no había aparecido, por lo que fue en su busca. Al llegar a la cocina justo la cazó bajando por la escalera de servicio. Iba vestida de calle, con sombrero, zapatos de medio tacón y las mejillas sonrosadas.

—¡Pero, bueno! ¿A dónde vas tú ahora?

—Chisss —respondió Idoia llevándose el dedo a los labios.

—¿Cómo que chis? Que ya no sé qué más decirle a mi tía para cubrirte, Idoia, que tonta no es y aquí hay trabajo para un regimiento, ¿se puede saber a dónde vas?

—Que hoy por fin sueltan al Mikel, voy a la cárcel de Larrínaga, con las mujeres de otros que también están allá.

—¿Y los sueltan ahora?

—A las doce, han dicho, pero es que vamos andando.

—Pero, mujer…

—Pero mujer digo yo, que lleva más de tres meses encerrado sin que podamos verlo más que de lejos y con unos barrotes de por medio.

—Y si me preguntan, ¿qué digo?

—Pues no sé, ya te inventarás algo —dijo Idoia saltando los escalones de dos en dos.

Milagros volvió a la habitación de los chicos y se afanó en terminarla cuanto antes. Iba ya cerrando la ventana cuando apareció su tía.

—Si digo que se haga la habitación entre dos es porque así es más rápido, pero si vais a tardar lo mismo, mejor que lo haga una… —Soltó la retahíla que venía pensando y no se fijó en que faltaba Idoia, hasta el final—. ¿Y ahora dónde está esta chica?

—Fue a hacer un recado urgente.

—¿Urgente? ¿Cuánto de urgente? ¿Quién la mandó?

—No sé, tía, solo dijo que era urgente y salió corriendo.

—Desde que vuelva dile que quiero hablar con ella, puede venir con la maleta hecha.

—Pero, tía…

—Sin peros, tú a trabajar y yo a hablar con la señora. Esa chica se piensa que esto es un hostal al que venir cuando le venga en gana.

La relación entre María y Ramón no se había normalizado tras el anuncio de su intención. El tema no había vuelto a mentarse, prácticamente ningún otro tampoco. Ella trató de acercarse a él, de suavizar el efecto de sus palabras, pero no encontró grieta por la que entrarle, así que María también se afianzó en su postura. Si ya estaba decidida a lanzarse a la aventura cuando le hizo partícipe de su idea, ahora el reto se había convertido en una cuestión de posicionamiento vital.

Víctor siempre fue un hijo especialmente afín, y su apuesta por la vena periodística, en un diario donde ella también colaboraba, a

pesar de que por ello viviera en un continente distinto, terminó de acercarlos. Por eso decidió plantearle, antes que a nadie, la cuestión.

La tarde estaba apacible, por lo que le pidió que la acompañara a dar un paseo hasta el portalito de Bidebarrieta, 7, a comprarle turrones a las Galiana; calculaba que todavía no habrían vuelto a Jijona, a su casa, solo marchaban cuando habían vendido todo su excelente producto. Pensaba que, si los quince minutos de trayecto se les hacían cortos, podía después convidarlo a un café en La Suiza, de la calle Correo, y volver en taxi.

A Víctor le extrañó la invitación, sobre todo hecha con tanto misterio, tratando de que nadie más se apuntara al recado, pero eso no hizo más que acrecentar su curiosidad.

Salieron de la casa bien abrigados y María cogida del brazo de su hijo. Sin rodeos de ningún tipo le contó la idea que le rondaba la cabeza, la llegada a punto de la herencia y la negativa de su padre. Antes de cruzar la ría ya estaba expuesta la cuestión.

—¿Qué crees, hijo? ¿Te parece una locura?

—Pues…, no sé qué decirte…, no lo definiría como locura, aunque sí que es una noticia inesperada. —Se quedó pensativo unos segundos—. Desde luego, es de admirar tu empuje, tus ganas y tu valentía, ¡con casi sesenta años! Estás hecha de otra madera.

—¿Tú crees que un restaurante como ese puede tener éxito?

—El país no atraviesa sus mejores momentos, eso es verdad, pero siempre hay gente pudiente que sabe apreciar una mesa bien puesta y una comida excelente y está dispuesta a pagar por ello, más en Madrid. Y si alguien puede defender un negocio de ese tipo esa eres tú, sobre todo con el nombre que te han dado los libros.

—Sabía que tú me entenderías, hijo. —Víctor iba a matizar sus palabras, pero María lo interrumpió y, antes de escuchar una objeción, puso énfasis a su discurso—. ¡Ni te imaginas la ilusión que me hace! ¡El tiempo que llevo dándole vueltas y sopesando pros y contras!

—Lo puedo imaginar, sí…

—Tus hermanos mayores viven ya en Madrid y a los demás, como a ti, les preguntaré si quieren venir conmigo. Pero que vinieras tú, para mí, sería especialmente importante, necesito ayuda en la

gestión y creo que eres la persona idónea. Tu padre ya me ha dejado claro que no quiere dejar Bilbao.

—¿Y serás capaz de marcharte y dejarlo aquí?

—¡No me voy a las colonias, hijo! Madrid, con las comunicaciones que hay hoy, está a unas horas. Cuando el restaurante arranque podré venir temporadas, es solo un esfuercito inicial que estoy más que dispuesta a hacer por este sueño que tengo… Y, si te soy sincera, tengo la esperanza secreta de que, una vez esté allí instalada, el que quiera venir sea el cabezota de tu padre.

—¡El cabezota de mi padre! —Víctor rio.

—Bueno, entonces, ¿querrás venir a Madrid a ayudar a tu madre?

—Déjame meditarlo, entenderás que esto me llega de sopetón. La realidad es que, aunque Buenos Aire me gusta, llevo un tiempo pensando en retornar. La tierra y la familia tiran, pero no había pensado fechas…

—No creas que me voy a ir mañana, Víctor, pensaba pasada la Pascua, pero si quieres venir, estoy dispuesta a esperar unos meses más.

María agarró el brazo del hijo con más fuerza. No sabía cuándo, pero sí que su Víctor se sumaría a la aventura.

Idoia llegó tarde, Leonor ya dormía y Milagros hizo como si lo estuviera. A la mañana siguiente, a las cuatro y media, nada más abrir un ojo, se encontró a la gobernanta junto a su cama.

—¡Qué susto, doña Leonor!

—Tranquila, que será el último día que te dé uno. —Le acercó un sobre, mientras la chica se incorporaba en la cama—. No hace falta que te pongas el uniforme, recoge tus cosas y márchate. Aquí van diez pesetas que la señora ha querido darte por todos los años de servicio, tú bien sabes que no tenía por qué. Espero que, aunque tarde, te des cuenta de que los explotadores, como tú los llamas, también tienen corazón.

—Pero, doña Leonor, no puede hacerme esto, yo necesito trabajar.

—Haberlo pensado antes. Aquí hacen falta personas cumplidoras, no mujeres alteradas que vengan a trabajar cuando no tengan nada

mejor que hacer.

—Por favor, doña Leonor.

—No hay más que hablar. Recoge tus cosas y lleva tus sábanas a lavar. Hoy mismo tendremos sustituta.

Leonor se dio la vuelta y fue a acicalarse para empezar la jornada. Milagros, sigilosa, había salido de su cama y, solo cuando vio que su tía abandonaba el cuarto, se acercó a Idoia, que lloraba cabizbaja.

—Idoia, chica, esto estaba cantado. Cuando venga tu revolución a lo mejor somos más libres, pero mientras tanto una no puede faltar cuando le venga en gana.

—Ay, Mila, ¿y qué hago yo ahora? —sollozaba—, el Mikel ya no tiene trabajo en la mina y a ver ahora cómo encuentra algo, es un exconvicto. Ni sus hermanos tienen, ni los míos, ¿qué voy a hacer ahora?

—Ay, chica, mira que te advertí, es que no tienes cabeza. —Milagros trató de cambiar de tema—. ¿Y el Mikel cómo está?

—Flaco. Salió con unas greñas que había que verlo. Ayer ya le corté el pelo y lo afeité y le di un buen lavado de espalda. Comió como un animal, no pude dejarlo antes, salió tarde y después otra vez la caminata y todo eso que te cuento, no pude llegar antes, Mila, llevaba tres meses preso. Tu tía dice que la señora tiene corazón, pero si lo tuviera no me haría esto.

Las chicas se abrazaron unos instantes. Después Milagros se separó.

—Idoia, me tengo que preparar, hay mucha faena, qué te voy a decir. Avisa cuando entres en otra casa o donde estés. Te voy a echar mucho de menos.

Víctor marchó de vuelta a Buenos Aires a finales de enero, ya con la idea de retornar antes del verano europeo y viajar hacia Madrid en el mes de septiembre. Retrasar la partida unos meses fue todo lo que consiguió Ramón. Los hijos mayores empezarían a buscar un local que pudiera albergar el nuevo restaurante: el Parabere, así como un piso, con todas las comodidades, para que pudieran instalarse la madre, Víctor, Mercedes y Teresa, los cuatro que

partirían a la capital. Fernando y Dolores se quedarían en Bilbao, con el padre. Ramón, también, pero en su propia casa.

Repartidos los hijos, tocó el turno al servicio. Aunque contrataría doncellas y chófer en Madrid, quería llevarse a su gobernanta. Era la mejor manera de no sentirse extraña, tantos años a la vera de Leonor se le había hecho imprescindible. Así se lo hizo saber. Ella no necesitó tiempo para pensar la respuesta, la tenía preparada:

—Imaginaba que este momento llegaría, señora, y quiero que sepa que me siento muy halagada porque quiera que esta mujer de huesos viejos y respiración frágil la acompañe en esta nueva etapa —Leonor hizo una pausa—, pero creo que es la primera vez que voy a tener que decirle a algo que no. —Leonor hizo otra pausa, María no gesticuló—. No me siento con fuerzas, señora. Cada vez me cuesta más todo, en esta casa todavía soy útil porque la tengo hecha a mi mano, me sé todos sus secretos; pero no me veo capaz de empezar en otra casa, en otra ciudad, ya estoy vieja para eso.

—Bueno, Leonor…

—Discúlpeme, señora, quería decirle, para que no se preocupe, que no tiene por qué ir sola. Milagros, como usted sabe, es muy seria, hacendosa y joven aún. Seguro que ella podrá acompañarla y hacer lo mismo que me ha visto hacer a mí aquí durante tantos años, si a usted le parece bien.

—¡Ay, Leonor, qué lástima! No imagino separarme de usted… —María, tras su primer alegato espontáneo, se recompuso—. Entiendo lo que dice y, por supuesto, lo respeto. A Ramón también le vendrá bien tenerla al mando de la casa. Milagros seguro que llevará la de Madrid perfectamente. Hágaselo saber, por favor.

El verano se fue en la planificación y empacado de enseres: ropas y útiles personales, sí, y algunas fotos y cuadros especialmente significativos que arroparan la expedición; pero sobre todo libros, revistas y cajas y más cajas de recetas. María también eligió y embaló sus utensilios de cocina y les repuso unos iguales, más modernos cuando los encontró, a Ramón.

Para Milagros también fue un verano intenso, de entrenamiento casi militar. La ponía nerviosa el panorama que se le abría delante, aunque ese gusanillo perenne en la panza había logrado devolverle

el brío por la vida, y eso la tenía estimulada.

Una mañana de finales de agosto fue Milagros a por la leche. Ya era extraño que lo hiciera ella, una vez entró personal nuevo eran las más jóvenes las encargadas de esa tarea, pero le pareció una manera de invertir ese exceso de energía que le producía la excitación de la mudanza y, dispuesta como era, sin titubear, bajó las escaleras como un rayo.

Junto al lechero había una mendiga, como tantas otras, con ropas remendadas, escuálida, que le pedía una botella al repartidor. Este la apartaba con la mano. Cuando vio a Milagros se volvió hacia ella:

—Mila, soy yo. Ayúdame, por Dios.

A Milagros le costó reconocerla hasta que se desanudó el pañuelo ajado, se retiró los mechones de pelo y le vio la cara.

—¡Idoia! ¿Pero cómo estás así?

—Estoy en la calle, Mila. —La chica rompió a llorar—. Sin trabajo no me quisieron en casa y tampoco Mikel, todas las familias tienen ya muchas bocas. Ayúdame, te lo ruego, he soportado un invierno, pero otro seguro que no, y en pocas semanas empezará a refrescar.

—Entra y sube conmigo, sigilosa, que nadie te vea ni te oiga.

Milagros escondió a su compañera en su cuarto, le subió un bocadillo y un vaso de leche. Lo devoró.

—Hay mucha faena, así que nadie subirá a los cuartos del servicio ahora. Aprovecha para darte un buen remojón, ya sabes dónde están mis cosas y todo lo demás. Subiré cuando pueda. No hagas ni un ruido.

—Descuida, no lo haré. Eres un ángel.

Milagros se pasó la mañana mirando de reojo a su tía, buscando el momento para hablar con ella a solas. No lo encontró hasta la comida, una vez los señores y sus hijos terminaban su almuerzo, mientras otras doncellas servían el café, ellas solían tener quince minutos para su puchero. Ahí la abordó.

—Tía, quiero decirle algo que creo la va a aliviar cuando yo me vaya, que será bueno para usted y para la persona que me ronda la cabeza.

—Me conoces, Milagros, no soy amiga de enredos.

—Por favor, tía, solo le pido una cosa…, bueno: dos. La primera es

que no me interrumpa hasta el final, y la segunda que me escuche con las orejas y con el corazón ese de oro que usted tiene. Por favor.

—Adelante.

—Esta mañana, cuando bajé a por la leche, he encontrado a Idoia en la puerta.

—Ya te veo venir…

—Por favor, tía, acuérdese de que no me iba a interrumpir y que iba tratar de perdonar…

—Yo no he dicho…, bueno, a ver, sigue, sigue…

—Está en la calle, no tiene trabajo y vive de la caridad. Ha aprendido su lección, y bien aprendida. He pensado que, ahora que me voy, podría ocupar mi puesto.

—Tu puesto ya está ocupado, lo sabes, tú misma has aleccionado a Inmaculada.

—Lo sé, pero Inma es una niña y no lleva los años de Idoia al servicio de esta casa. Piense también en usted, tía, no sea testaruda. En la situación en la que está, en un primer momento, por comida, techo y una cama caliente, seguro que se apaña y, ya más adelante, usted verá, y la señora o el señor, si merece más. Idoia no va a protestar, se lo aseguro, y si lo hace, de patitas a la calle.

—En qué líos me metes, Milagros, ¡en qué líos!

—Ya sabía yo que su corazón no me iba a traicionar. —Milagros se levantó y le dio un sonoro beso a su tía. Las dos quedaron sorprendidas por la naturalidad del gesto.

Cuando llegó el día señalado, dos coches cargados hasta los topes salieron para Madrid con los cuatro integrantes de la familia Echagüe y la sirvienta. Fernando, Dolores y Leonor los despidieron desde la puerta. Ramón e Idoia miraron la escena desde las ventanas.

30

Bombones de pistachos

La casa nueva era luminosa y alegre. Algo más pequeña que la que habían dejado en Bilbao, pero con la misma solera, no solo otorgada por el inmueble en sí, sino también por su situación, a dos pasos de la calle Serrano y del parque del Buen Retiro. La encontraron impecable: la mujer de Ramón, el hijo de María, había pedido a sus asistentas que la airearan y limpiaran. Había comprado una cesta de frutas frescas y alimentos para el primer día, con lo que los Echagüe Mestayer no tuvieron más que instalarse y dar un paseo por el nuevo barrio, ajeno al nerviosismo del resto de la ciudad, mientras Milagros se iba familiarizando con el que sería, a partir de entonces, el hogar de la familia en la capital.

Tardaron escasos días en poner la casa a punto, a poco que dieron la voz de que necesitaban personal aparecieron decenas de doncellas dispuestas a trabajar por algo más que un plato de comida, una cama al abrigo y ropa con la que cubrirse. Así, Milagros se hizo un equipo, de otras dos muchachas, diligente y servicial. Tampoco fue complicado encontrar un espacio para las necesidades del nuevo restaurante de postín de la ciudad, eran muchos los que buscaban deshacerse de sus bienes, la incertidumbre siempre ha sido más amiga del peculio móvil. Era fundamental que estuviera en una planta primera, solo una casa de comidas vulgar abriría en la calle, y muy céntrico.

Tras visitar varios inmuebles, previamente seleccionados por sus hermanos, tal como les había encargado su madre, Víctor optó por el que tenía claro era el ideal. No solo por sus posibilidades y su situación, al lado de la Puerta del Sol, sino porque venía de la mano de Pedro Eguillor, amigo del dueño.

—Esta tarde hemos quedado para que veas el piso del que te hablé el otro día, me lo acaban de confirmar —anunció Víctor en la comida

—, el de la calle Cádiz, número 9, esquina con Espoz y Mina.

—Perfecto —asintió María.

—Lo que no te llegué a comentar es que el dueño es amigo de Pedro Eguillor y también conocido tuyo…, bueno, en realidad es conocido de toda España. —María puso una mueca interrogativa—. El dueño es famoso, el «rey del volapié».

—¿Martín Agüero? ¿El torero?

—El mismo. Ha tenido problemas de salud, por eso dejó de torear —María asentía, conocía la información—, también le han amputado un pie… En fin, que debe andar deshaciéndose de alguno de sus bienes porque no pasará por la mejor de sus rachas, eso son suposiciones mías, lo cierto es que vende esa casa, que está muy bien situada, en un primer piso, claro. Esta tarde quien vendrá será su apoderado.

—Que el piso sea de un bilbaíno no puede ser mejor señal.

María iba bien predispuesta, pero no hubiera hecho falta; ya, desde la fachada, aquel inmueble la convenció. Un edificio tradicional, en una esquina concurrida, con ventanales a dos calles, cada uno con su balconcito coqueto. El portal, íntimo, con columnas recias, de tea, era la antesala de una escalera estrecha, también de madera noble y barandilla repujada. Cuando se abrió la puerta del piso, María no se percató de la sonrisa ni del saludo amable del representante del dueño, se le antojó un ser transparente, estaba encandilada por la luz que atravesaba el salón diáfano hasta el recibidor. Aguantó estoicamente la visita guiada y las explicaciones, pero en ningún momento las necesitó, ella supo desde el instante primero que aquella sería la sede del Parabere.

Nada más llegar a casa llamó a su hermana: quería hablar con Mariano.

—Tienes que venir, Mariano, Víctor ha encontrado un piso que es un sueño, pero te necesito para convertirlo en un restaurante.

—No es que no quiera ayudarte, María, pero ya sabes que estamos en Barcelona, estoy en la fase final de la película. —Mariano rodaba en Barcelona su primer filme como director.

—No te lo pediría si no fuera tan importante. Yo también tengo ideas, veníos un fin de semana, das las directrices y después os vais… Mariano, por favor.

—Mira que eres…, no hay forma de negarte nada que se te meta en la cabeza. Hablaré con Luisa, pues, y ya te dirá ella cuándo vamos.

—Cuanto antes, por favor.

—Cuanto antes, sí.

—Prometo tenerte preparado un cargamento de los bombones de pistachos que tanto te gustan.

—Ja, ja, ja, ¡zalamera!

—No tanto, pero, bueno, sí que tengo mis recursos.

De tan buen humor estaba que aprovechó para llamar a Bilbao. No dio con Ramón, pero sí con Dolores, que enseguida le borró la sonrisa, pues la puso al día de todos los males de la casa: ella estaba resfriada, por lo que María le recomendó el jarabe Famel, aunque no fuera ya una niña le vendría bien, le aseguró. Desde su partida, según su hija, el padre tenía el estómago destartalado, María estaba segura de que no sería grave, Ramón no era hombre de cambios y, cuando los tenía, los nervios se le agarraban a la barriga. Le pidió a Dolores que le comprara Digestónico del doctor Vicente. Finalmente, le contó lo de Leonor, que fue lo que verdaderamente la preocupó. Estaba muy débil, llevaba varios días en cama. Todavía no habían llamado al doctor y María le espetó que a qué estaban esperando, que llamara en ese mismo momento y que quería saber lo que le diagnosticaban y el tratamiento, que se ocupara personalmente de proveérselo.

El viaje a Madrid fue un revulsivo en la vida de todos, nuevos aires y paisajes, conversaciones distintas. También para Milagros.

—¡Ay que ver lo moderno que es el mercado de Torrijos! Se nota que esto es la capital. Hasta la fruta y la verdura parecen como nuevas —comentó a Manuela, una de sus nuevas compañeras, a la vez que le enseñaba a pelar y moler almendras y pistachos.

—¡Es que es nuevo! Ni tres años tiene, si vieras el de mi barrio ya

verías las moderneces de la capital.

—A mí aquí todo me huele distinto, todo es como sofisticado.

—¡Lo dirás por mí!

—Pues no creas, se nota que de campo no eres.

—Lo bueno de la capital son las verbenas. Es una lástima que ya haya pasado el verano. Las horchatas, los chotis…, y ese calor duro que por la noche refresca y el aire es como tibio y nosotras en la calle mirando de reojo por si algún chico guapo nos quiere sacar a bailar. Para mí las mejores son las de San Isidro y las de Chamartín. —Berta, la tercera al servicio de los Echagüe Mestayer, hablaba y se contoneaba con las manos en la cintura—. El año que viene te llevo, Milagros, mira por dónde te vas a sacar un novio chulapo.

—Bueno, todo me parece bien, menos lo del novio, chulapo o no, así tranquila estoy la mar de contenta.

—¿Y no echas de menos *na* del norte?

—Poco, pues. A mi tía sí, que mira que es refunfuñona, pero tiene un corazón de oro y me crio como si fuera una madre. Fíjate que no creo que la mía de verdad lo *habría* hecho mejor. Ni ella ni yo leemos ni escribimos, es una faena para saber de nosotras ahora. Me preocupa que empieza el frío, a ver quién le calienta la cama y los pies, que se le ponen que parecen de hielo. La Navidad está cerca, solo tengo ganas que llegue para verla. —Milagros hablaba y hablaba, así que se despistó un momento de la tarea. Cuando volvió en sí de la ensoñación, Manuela ya había metido los pistachos en el horno—. ¡Saca eso de ahí, moza! Los pistachos nunca se secan ni se tuestan en el horno. ¡Nunca! Si nos ve la señora nos los manda a tirar…, como no están ni calientes vamos a salvarlos sin decirle ni mu.

A Mariano y a Luisa, a su llegada a Madrid, les esperaban diez cajas de bombones de pistachos.

—¡Mira que eres exagerada, hermana! —dijo Luisa al ver la torre de cajas de papel rizado.

—Sé el esfuerzo que hacéis y quiero corresponder —respondió María.

—¡Todavía no voy a poder ayudarte por estar empachado! —bromeó Mariano.

—En ese caso, para no correr riesgos, te daré solo una caja, el resto esta noche. Preparaos, que en media hora salimos para Sol.

Mariano y Luisa quedaron encantados con el piso, con sus posibilidades, con su luz, a pesar de ser un primero. Mariano comprobó las paredes de carga, toda la fachada, la posición de las vigas maestras y se aseguró de poder tirar los tabiques oportunos. Allí mismo, apoyado en la pared, hizo un esbozo de cómo podría quedar el restaurante con todo lo que María le solicitaba: una cocina amplia, con despensa y fresquera, en la misma zona un baño para el servicio. Un recibidor, que podía ser el mismo que ya tenía la casa, solo haría falta cambiarle las puertas de entrada al salón por unas con vidrieras, un comedor amplio para el grueso de comensales, otros dos íntimos, uno mayor que el otro, una salita para el teléfono con paredes enteladas que ayudaban a insonorizar y espacio para un sillón, lavabos para caballeros y para damas.

—¡Ah! Y un guardarropa —recordó María al final.

—Lo he pensado, cabe en el recibidor, es espléndido —respondió Mariano con seguridad y entusiasmo—. Poca obra habrá que hacer, cambiar el suelo, eso sí, pero el ambiente te lo darán los muebles, la iluminación, los espejos, por supuesto, y los colores. Yo apostaría por el rojo, el negro y el plateado. Como si lo viera. —Hacía aspavientos con las manos, con los brazos. Estaba en su salsa—. Algún toque de exotismo y esto no va a tener nada que envidiarle al Maxim's de París. Vas a causar furor, María, la comida será lo de menos, ja, ja, ja…

—¡Pero, bueno! —contestó divertida.

—En serio, si te parece, mañana podemos quedar con Íñigo Elejabeitia. Está en Madrid, ya casi no tiene clientes en el País Vasco, trabaja más en la capital que en ningún otro sitio. Él seguro que acierta con los muebles idóneos: confortables, estéticos y con ese toque *art déco* del que hablas y que a mí me encanta. Un restaurante con sillas incómodas o mesas muy altas o bajas es un dolor, y lo que buscamos es que los clientes repitan.

Dicho y hecho. Al día siguiente María y Mariano encargaron el

mobiliario y Víctor la obra a una empresa de construcción. Las previsiones menos optimistas decían que a finales de enero estaría todo montado. Empezaba la cuenta atrás.

Pasaban las semanas y Leonor permanecía estable, casi vegetando: respirando apenas, comiendo menos, inmóvil en su cama, que templaban constantemente con bolsas de agua caliente. María llamaba a menudo y su hija le contaba. Había ordenado que el doctor la visitara cada tres días, igual que si fuera un miembro de la familia; aunque este ya había dicho que no había nada que hacer, que estaba en manos de Dios. Su dolencia no era otra que la vejez en un cuerpo maltrecho.

Al ver que el veredicto no tenía vuelta atrás, María decidió contarle a Milagros la situación de su tía.

—No parece que vaya a mejorar. Tampoco empeora, pero el desenlace puede llegar en cualquier momento. No hay tratamiento porque tampoco hay más enfermedad que la falta de fuerzas, seguramente también de ganas.

Milagros no pudo retener las lágrimas.

—Disculpe que le haga esta petición, pero es que me gustaría despedirme de ella —se atrevió a decir—. Si a usted le parece bien, yo podría coger el coche de línea a Bilbao mañana mismo y regresar con ustedes a la vuelta de Navidad, quedan pocas semanas. Trabajaré en su casa de allí.

—De acuerdo, haremos así.

—Disculpe, solo una cosa más, por favor. ¿Podría pedirle a Idoia que avise a mi hermana Trini? Seguramente no sabrá nada.

Milagros se bajó del ómnibus como quien lo hace de un barco. Después de diez horas dando tumbos desde un asiento duro era incapaz de caminar recta. Llegó a la calle Ibáñez y la reconfortó la visión de lo conocido, de lo cotidiano. Con ese regusto subió las escaleras de dos en dos para ver a su tía. La encontró menuda, con la piel seca, ajada y casi transparente —siempre había sido de cutis

fino—, tapada hasta casi la nariz y con los ojos cerrados.

En voz baja le preguntó a Idoia por su hermana. «No ha podido venir, su señora no le ha dado permiso», le respondió.

—Tía —dijo Milagros en un susurro—, tía. —Leonor hizo un ademán de abrir los ojos y una mueca que la chica interpretó como una sonrisa—. He venido a calentarle la cama, que me han dicho que hace frío por aquí.

Leonor movió una mano bajo la manta y Milagros se sentó junto a ella y se la agarró. Leonor la apretó de manera casi imperceptible y movió los labios. La sobrina acercó la oreja a la boca de la tía y apenas escuchó «pórtate bien». En esa frase empleó su última respiración.

Víctor revisaba cuestiones de la obra y María leía, en el orejero contiguo, el *Ahora*. Estaba pendiente del teléfono, pensaba que Milagros la llamaría al llegar a Bilbao y quería saber cómo había encontrado a su tía y la casa. Así fue, Manuela atendió la llamada y se la pasó a la señora.

—Sí, Milagros, soy yo. ¿El viaje bien?… Bueno, sí, me alegro… ¿Y tu tía, que es lo importante?… —María se dejó caer, en silencio, en el asiento del aparador del teléfono. El gesto mustio, la boca temblorosa, ante la noticia esperada, pero no por ello menos punzante. Empezó a hablar con voz entrecortada, tratando de dar el ánimo que no tenía—. Bueno, Milagros, es una pérdida grande…, sí, es una pena, hay que ser fuerte, chica, ella lo era… —No quiso repetirse ni extenderse, poco había que hablar.

Dejó ordenado a su hija que Milagros no trabajara ese día, le pidió a Ramón que organizara un entierro digno y que hablara con el cura para que la esperaran para el funeral. Ella viajaría el fin de semana y ya se quedaría a pasar las fiestas.

Se encerró en su habitación y pidió un vaso de leche tibia. Quería tener un rato íntimo con su recuerdo de Leonor, así empujaría el día hasta que llegara a su fin.

31

Canalones de sardinas a la Provenzal

Las Navidades fueron extrañas. Volvieron todos a Bilbao y celebraron juntos en el comedor de siempre, con grandes platos regados con grandes vinos y espumosos, pero, a la nueva situación diseminada de la familia, se sumó el hueco de la gobernanta, que se había instalado en el corazón de María y planeaba en el ambiente. Fue incapaz de probar un solo hueso de santo, era uno de los primeros dulces que había aprendido, junto a ella, a cocinar, y tenían la costumbre de comerlos en la cocina, mientras los preparaban. Lo empezaron a hacer para probar que quedara bien el mazapán y la yema y, al pasar los años, por el puro placer del azúcar compartido. Así, cuando los dulces llegaban a la mesa, María ya no tenía más ganas de seguir. Esa Navidad no los tocó en ningún lugar, ni de la casa ni fuera.

El final de las fiestas lo puso un broche también distinto, pero esta vez divertido, bohemio y transgresor: la película que Mariano había rodado con su productora, Lapeyra Films, en Barcelona, un largometraje: *Amor en maniobras*, sobre los incidentes que una chica de muy buen ver provocaba entre los soldados durante unas operaciones militares. El siete de enero, la familia al completo fue a acompañar al artista en su gran día. Se pusieron sus mejores galas para dar prestancia al acto de presentación de la comedia cuartelera en el Teatro Trueba.

Justo lo que brindaba *Amor en maniobras* era lo que necesitaba María, reírse porque sí, sin más motivo que desentumecer las entrañas y los músculos de la cara. Para eso la película, un tanto irreverente, le había venido como caída del cielo.

Al día siguiente, para volver a la capital, Ramón le compró el diario *La Tarde*, donde venía una crítica de la película del cuñado. Aunque no le gustaba leer en el coche, porque se mareaba, le pudo la

curiosidad. A pesar de los baches y las curvas, recitó en alto: «Mientras que en algunas escenas el ritmo de la acción y desarrollo de los momentos cinematográficos alcanzan una suma proyección, en otros se ha despreciado o inapreciado el valor de los ángulos y las luces, y las escenas son meros planos fotografiados sin la menor inquietud artística. Al compás de la dirección está la fotografía, que tiene en momentos destellos de excelente calidad, mientras que en otros se sumerge en el anonimato. La interpretación no aporta nada nuevo. A pesar de sus desigualdades y convencionalismos, divierte al espectador, que es el fin primordial de toda película. Ahora que, de aquí a superproducción, como se la titula, va mucho».

—Eso, precisamente, es lo importante, que divierte al espectador, que ya para penas está una cuando sale del cine.

La vuelta a Madrid cobró un ritmo de vértigo en pocos días. Se acercaba el final de enero y, por supuesto, ni la obra estaba terminada, ni los muebles tenían fecha clara de llegada. Así comenzó una cadena de azuzamientos: de Víctor a los albañiles, después a los pintores y carpinteros, de María a Íñigo, y este, a su vez, a los distintos proveedores de los diferentes países: Francia, Italia, España y Portugal, para toda la mantelería y otros menajes.

A la vez, comenzó la selección del personal, tanto para atender a los comensales como para la cocina. No tardaron en formar un equipo con cierta experiencia, alguna educación y una motivación desbordante. Doce camareros y un jefe de sala, dos cocineras y cuatros pinches, más dos sirvientas, un portero y una chica, bien vistosa, para el guardarropa, estarían bajo la batuta de María y de Víctor, y harían de la visita al Parabere una experiencia única.

El primer viernes de marzo salieron las invitaciones a la gran inauguración del restaurante para el 10 de abril, Viernes Santo, de 1936. La fecha, algo controvertida, suscitó debate en las casas de los Echagüe Mestayer. Todos veían la contrariedad de no poder servir carnes, pero la gran ventaja de que los convidados que llegaran de fuera de la capital pudieran aprovechar los festivos para hacer un viaje más relajado, incluidos Ramón y sus hijos. Tuvo más peso la segunda razón e idearon un menú de canapés y bocaditos vegetales, de huevo, queso, pescado y marisco.

Sobres verjurados con su lacre y una invitación solemne llegaron a las casas de los duques del Infantado, de los primos Ortiz de Echagüe, por supuesto de Luisa y Mariano, de los grandes amigos que habían alentado la aventura, como Eguillor, De la Sota, tanto Ramón como Alejandro, Íñigo Elejabeitia, Teodoro Bardají, a las de los editores de Espasa-Calpe, así como a las de los de Artes Gráficas Grijelmo de Bilbao y de Ediciones Hymsa de Barcelona, a la del embajador francés en Madrid, Jean Herbette, y a las de varios de los nombres más granados de la cultura, la política, la Iglesia y la economía, del País Vasco y de la capital.

Antes de acabar marzo el espacio estaba terminado y el equipo, más o menos, engrasado. Habían preparado algunas de sus grandes recetas y hecho la pantomima de servirlas, en los platos, en las mesas; ya dominaban los caldos, las aves y hasta los canalones a la Provenzal, de los que nadie había oído siquiera hablar.

—¿Canalón es esto? —preguntó una de las cocineras a otra compañera—. ¡Jesús! Vaya manera finolis de llamar a un macarrón gigante…, ¿y dice que dentro va con sardinas y espinacas? Yo no sé quién va a comerse eso, de verdad… —Hizo una mueca de asco y, al levantar la vista, se encontró con la mirada severa de María, que había escuchado la cháchara.

—Estamos empezando y quiero ser benevolente, pero de aquí en más, otro comentario como ese será suficiente para el despido. Van a trabajar en el mejor restaurante de Madrid, están aquí para aprender, no para mostrar su ignorancia en sus charlas. Así que, a remangarse, a cocer las espinacas y secarlas con delicadeza y a preparar el pescado.

María, en la mañana del miércoles de la Semana Santa, mandó al chófer a recoger el vestido que usaría para el gran día, al número 42 de la calle Caballero de Gracia, donde su compatriota, Cristóbal Balenciaga, hacía varios años que había abierto una sucursal de Eisa B. E. Costura, la nueva tienda creada tras el cierre de las anteriores. Un modelo de seda azul eléctrico y detalles bordados en negro, con un abrigo a juego, que no dejaba indiferente, pese a su sobriedad.

Cuando llegó el viernes señalado y el momento para acicalarse, María solicitó la ayuda de Milagros para vestirse, maquillarse,

peinarse y para trabar el discreto tocado en el cabello, que coronaba el diseño de Balenciaga. La muchacha, con los años y la consulta a las revistas de moda que se compraban en la casa, había ganado en destreza, así que, cuando salió de su habitación y la vieron su marido y sus hijos, que ya esperaban para partir a la gran inauguración, hubo una ovación unánime.

—Llevo treinta y cinco años diciéndote lo mismo, María: siempre consigue sorprenderme tu elegancia. ¡Estás soberbia! —Ramón le ofreció su brazo y la familia marchó al Parabere, excepto Víctor, que ya llevaba allí unas cuantas horas.

Los Echagüe llegaron al restaurante y todo estaba dispuesto a la perfección, en el portal, en las salas, en la cocina, en los aseos. Cada detalle calculado y cuidado, cada arreglo floral en su sitio, cada zapato lustrado, cada canapé exacto al que tenía al lado. María, al contemplar su obra, se sintió bajando las escaleras del escenario de tablas como cuando era una niña y ganó el concurso de sevillanas. Orgullosa del trabajo bien hecho.

El resto de la fiesta, marcada por la elegancia y el buen humor, mérito también del champán francés, que alabó hasta el mismo embajador, transcurrió para ella como en un trance. Aceptó la infinidad de halagos con gratitud y la cierta distancia que da la sensación de ensoñación; observó con agrado los distintos grupos de animada charla, algunos conversaban de política, cómo no, otros de la película de Mariano y algunos de la valentía inaudita de María; supervisó, sin mucho afán, desde su desapego incrédulo, la comida perfecta, el servicio milimetrado, y se deleitó con el aspecto a la vez regio y acogedor, moderno y elegante de su Parabere. Ciertamente, ella era la Marquesa.

Cuando los invitados empezaron a despedirse, a agradecer la magnífica recepción y a prometer volver en breve a probar cada uno de los platos del menú, María hubiera jurado que no había pasado ni media hora desde el comienzo del cóctel, solo sus pies, a los que no había dado un descanso, embutidos en zapatos nuevos, la avisaban de la medida real del tiempo transcurrido.

Pasado el fin de semana, limpios los vestigios de la fiesta, pero aún en el aire las burbujas, el Parabere abrió sus puertas para cualquiera

que quisiera, y pudiera permitirse, degustar los más sorprendentes y elaborados manjares en un ambiente de lujo: la auténtica quintaesencia del buen vivir. La notoriedad que había alcanzado María con sus libros hizo que la fama del local no se hiciera esperar. Era prácticamente imposible encontrar una mesa libre si no se había reservado con antelación, comer o cenar en el Parabere pronto se convirtió en seña de buen gusto y prestigio. Aunque siempre se podía hacer una excepción con la familia…

—Víctor, ha llamado Fernando Ortiz, el primo de papá. Quiere el reservado pequeño para el jueves a mediodía, viene con otros dos caballeros a los que va a entrevistar para *La Nación*, así que serán personalidades importantes.

—Mamá, no tenemos mesas libres hasta dentro de diez días.

—El jueves tendremos una para tres, en el reservado pequeño.

Víctor iba a prolongar la discusión, pero como la sabía inútil, asintió con la cabeza, ya vería cómo se las arreglaba.

El jueves, quince minutos antes de la reserva, llegó Fernando al Parabere. María le enseñó el restaurante, las cocinas, los salones y su reservado. Fernando, después de alabar el espacio, pidió esperar a sus invitados en la mesa, repasando algunas notas.

—Por favor, María, apenas lleguen Julián Besteiro e Indalecio Prieto, avisadme y así salgo a recibirlos.

María no mutó el rostro, pero se sorprendió. Empezaba a acostumbrarse a acoger a grandes nombres de distintos ámbitos en su restaurante, pero personas tan influyentes, tan en el candelero, hasta entonces, no había sido habitual.

Los dos socialistas llegaron a la vez, aunque por separado; ambos con una puntualidad cronométrica. Víctor avisó a Fernando y, como había solicitado, los recibió y acompañó a la mesa. No tardaron en comenzar a comer, beber, fumar, tomar café, volver a beber y, sobre todo, charlar.

Aceptaron las sugerencias de buen grado, probaron los tres los canalones de sardinas a la Provenzal, agradecieron cada plato y solo tuvieron una observación al ofrecer María varias posibilidades para la copa después del café. Entonces, Indalecio Prieto, de manera delicada, la interrumpió.

—… también tenemos oporto, *kirsch* de la Selva Negra, que es un auténtico digestivo…

—Seguro, señora, que todo lo que nos anuncia será de la más exquisita calidad, como el resto de lo servido, pero entienda que una bebida alemana igual se nos atraganta, más que hacernos de digestivo. —Sonrisa generalizada—. A pesar de ser internacionalista, cada vez me siento más profundamente español, así que seguro encuentra en su bodega un buen brandi de la tierra con el que culminar este banquete y esta charla espléndida.

—Faltaría más, ahora mismo traigo un gran reserva que seguro les sorprenderá.

María les sirvió y, tras la petición de Fernando, dejó la botella sobre la mesa. A la media hora mandó a un camarero con más hielo, seguían de charla animada. Tuvo que pasar una hora más hasclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">ta que se abrió la puerta del reservado: ya estaban los tres comensales levantados. Los políticos se despidieron, tras reiterar su agradecimiento, de María, Víctor y de Fernando.

María, curiosa, le propuso un nuevo café al primo y este aceptó.

—¿Te fue bien la entrevista, Fernando?

—Muy bien. Son dos personas excepcionales, con ardiente deseo de restaurar las leyes progresistas que han sido seña de identidad de los primeros años de la República y deshacer lo que haya de arbitrario en la legislación de las últimas Cortes, de contener los excesos y desmanes de las turbas y crear en España una atmósfera de justicia, de pacificación y de convivencia. Lamentablemente, tras las últimas elecciones, su postura de fraternidad y concordia es difícil de sostener ante el espíritu combativo de las masas, estamos en una etapa netamente revolucionaria. Justo por eso tiene tanto valor esta entrevista, es el momento propicio para oír la palabra serena y razonada de dos moderados y, por desgracia, solitarios, del socialismo español.

—¿Dijeron algo de la posibilidad de restaurar la monarquía? —María quiso saber más.

—Los dos son razonables y se muestran contrarios a la violencia y el desorden, pero, sobre todo Indalecio Prieto, está convencido de

que, tal como está la situación social y política de España, no existe posibilidad de restauración monárquica, y lo que no descarta es que algunos militares intenten imponer una dictadura, lo que nos abocaría a una guerra civil.

—No, ¡por Dios!

Guerra Civil

32

El cocido o puchero español

Fueron llegando los cuatro comensales que habían reservado la mesa del salón privado. En la llamada telefónica, hecha por una secretaria, insistió: «Para la comida, a la una de la tarde, la mesa que tiene el salón privado, en caso contrario no quieren reserva, cuatro comensales…». Víctor había supervisado que todo estuviera en orden, instado a los camareros a ser lo más discretos posible, solo entrar tras llamar a la puerta, y dejar espacio y tiempo para que pudieran departir y comer tranquilos, sin nadie merodeando. Volvió a consultar en el libro de reservas el nombre de la persona, un miembro importante del partido monárquico de la CEDA. Era una buena señal, el restaurante se estaba convirtiendo en el lugar que empresarios, diplomáticos, periodistas y, sobre todo, políticos escogían para comidas relevantes, reuniones para debatir durante horas el devenir de asuntos trascendentes. Ese dieciséis de julio, soleada como estaba la mañana, era una ocasión perfecta para que todo saliera bien.

Las cocinas del Parabere hervían de movimiento, Víctor tardó unos instantes en localizar a su madre, que anotaba con rigor cada plato que se iba a servir ese día.

—¿Está listo el cocido para la mesa privada?

—Ahora mismo estaba comprobando cómo vamos con los tiempos. El cocido ya está preparado, solo falta cortar las carnes y montar las dos fuentes, pero antes necesitamos saber si van a tomar algo primero. Siendo como es un plato tan contundente no creo que quieran picar mucho.

—Les están sirviendo las bebidas y el pan, voy a hablar con ellos y vuelvo.

El resto de las salas se iban llenando, Víctor acompañaba a cada

uno a su mesa tras darle la bienvenida, charlaba con ellos, alguna broma, una o dos recomendaciones, mientras iba dejando las hojas del menú en sus manos. Después se disculpaba cortésmente y salía de la escena para no molestar, apresurándose a atender a los siguientes.

Llamó a la puerta del salón privado y, al entrar, encontró a los cuatro comensales departiendo de forma desenfadada mientras bebían el vino servido. Uno de ellos, de manera compulsiva, arrancaba pellizcos de pan que se llevaba a la boca. «Señal de hambre», pensó Víctor.

—¿Qué tal por aquí, está todo a su gusto?

El político, hombre de barba y bigote, que chupaba un puro habanero de gran tamaño, abrió los brazos como si fuera a dar un abrazo y entonó, con voz grave y ronca:

—Maravilloso, mi querido amigo, maravilloso este espaclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cio…, déjeme consultarle algo. —El hombre se levantó y tomanclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">do del brazo a Víctor le giró de espaldas al resto y le suclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">suclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">rró—: Estoy esperando una llamada de larga distancia, es muy importante y no querría que hubiera problema para atenderla.

—No se preocupe, avisaré en la recepción para que estén atentos. En cuanto llegue la conferencia vendremos a avisarle. Justo aquí al lado tenemos una pequeña sala donde podrá atenderla con total confidencialidad.

—Gracias, gracias, mi querido amigo. Confío en su profesionalidad.

—Quería preguntarle si van a querer algunos aperitivos o servimos directamente el cocido, que ya está preparado.

El hombre miró a sus compañeros y dándole una palmada en el hombro a Víctor dijo:

—Adelante con el cocido.

Los cocineros fueron preparando las bandejas, María comprobó que todo estuviera en orden antes de salir de la cocina, le había extrañado el encargo de un cocido a esas alturas del año, cuando las

comidas copiosas y contundentes eran menos apetecibles. Normalmente le gustaba acompañar los platos a la sala y hablar con la mesa; esta vez Víctor comentó que en el salón se respiraba un ambiente de no molestar.

—Uno de ellos es un militar, tiene la cara llena de cicatrices y un gesto algo hosco. Se ha comido ya dos trozos de pan y es la única vez que le he visto abrir la boca.

—Un hambriento o alguien nervioso. Tal y como están los ánimos por esta ciudad, no me sorprende. Dejémoslos tranquilos, pues. ¿Y a las demás mesas, qué les está pareciendo la comida?

—Todo elogios, las ensaladas y los aperitivos están gustando mucho.

—Me alegro. Parece que hoy estaremos completos de nuevo. Es buena señal, sobre todo en verano, cuando muchas familias se van a la costa o a la sierra.

—Esta ciudad es muy grande, un millón de personas son muchas. Ayer por la noche, al cerrar, salí paseando por la Gran Vía, estaban las terrazas llenas y no solo el Chicote, que parece tener un imán para atraer a todo el mundo.

—Ese es el espíritu de las grandes ciudades, aquí las crisis y los problemas se diluyen, entiendo que tu padre no lo quiera ver así, pero es aquí donde están las oportunidades.

Las mesas iban degustando los manjares y María y Víctor paseaban por la sala comprobando que todo estuviera en orden. María celebraba con alguna anécdota los comentarios laudatorios sobre cada plato. Víctor se encargaba de que no faltara de nada. La recepcionista se le acercó para indicarle que había entrado una llamada desde Tetuán para la sala privada; por alguna razón que no acababa de entender, a Víctor se le puso la piel de gallina.

Llamó a la puerta del salón y al abrir se encontró con los ojos escudriñadores de los cuatro hombres, que se habían quedado paralizados esperando a ver quién entraba.

—La llamada que esperaba —dijo mirando al político.

Este se levantó como un resorte y le siguió hasta la sala del teléfono. Se sentó en el canapé rayado y descolgó. Esperó unos segundos, y al oír la voz al otro lado de la línea, le hizo un gesto

afirmativo a Víctor, que lo dejó a solas. No tardó más de unos minutos en volver al salón. Desde la sala principal, Víctor se percató del cambio de actitud, había salido más serio. Se acercó para comprobar que el teléfono estuviera bien colgado, alisó con la mano la tela del canapé y se cercioró de la limpieza del cenicero. Cuando volvía hacia la sala principal se encontró de frente con el político.

—Le buscaba, quiero que nos sirvan champán, una botella…, mejor dos.

—Alguna marca en especial.

—Me da igual, que sea bueno y esté bien frío.

Pidió a uno de los camareros que llevara cubiteras con hielo y agua al salón. Se aseguró de que las botellas estuvieran frías y entró con ellas. Los hombres parecían haber cambiado, su gesto nervioso de antaño había dado paso a rostros de alegría, se habían desprendido de las chaquetas veraniegas y quedado en mangas de camisa, dándose palmadas en la espalda y soltando carcajadas, «¡qué huevos!», exclamaban, «¡mañana se van a enterar esos!», «¡ya era hora!». Víctor no entendía nada, se dispuso a abrir las botellas y servir las copas, sintió que asistía a algo importante, pero no sabía a qué. Esa sensación se acrecentó cuando, al despedirse, el político le dio la mano agradeciendo la comida y la atención, y dijo:

—Mañana será un día grande para España, no deje de leer el periódico. Volveremos a su restaurante, de eso puede estar seguro.

Al día siguiente, mientras preparaban las mesas para el servicio de comida, entró a la carrera un muchacho desde la calle, venía sofocado y casi sin voz. Cuando se hubo recuperado un poco, atropelladamente, soltó la noticia: «Se ha producido un pronunciamiento militar». Todos pararon su quehacer para escuchar el resto de la información. Llevaban meses pensando que algo así sucedería, se respiraba en el aire, y los últimos asesinatos, los rumores, el ambiente polarizado hacían prever lo peor.

Víctor no pudo evitar pensar en la llamada y los comensales del día anterior, sobre todo cuando descubrió que los sublevados eran del ejército en Marruecos, cuya sede estaba en Tetuán. Le dio unas monedas al chico y fue a ver a su madre.

Nadie volvió a ver por el restaurante a ninguno de los cuatro

comensales.

Marite estaba indispuesta en la cama, llevaba así un tiempo. Íñigo había llevado a la capital a su familia desde Bilbao, hacía varios meses, para «poder estar más tiempo juntos». La mayor parte de los encargos se los hacían desde Madrid, eso decía, y, pese a ello, acababa de marcharse a Bilbao, precisamente por asuntos de trabajo.

Su hijo entró de la mano de la institutriz, venía a dar el beso de buenos días a su madre. Marite le acarició la mejilla y le prometió, una vez más, que en cuanto volviera su padre irían a la sierra a pasear por los bosques, necesitaba respirar el aire de las montañas, sentir el frescor de la naturaleza. Encerrada en el piso de la calle Ferraz sentía que se le derretía la vida en el verano madrileño. Le costaba respirar y echaba de menos a su marido.

—Entonces, cuando vuelva papá, ¿te pondrás bien? —inquirió el niño.

—Seguro, mi amor. No te preocupes por estas fiebres, son pasajeras. —Le dio otro beso y, haciendo una seña a la institutriz, se despidió.

A solas en su habitación encendió la radio, más por escuchar algo que la distrajera que por saber lo que estaba pasando. Seguían hablando de la sublevación en el norte de África. Se recostó, la voz del locutor continuaba de fondo con las noticias, poco le interesaba enterarse de lo que sucedía tan lejos, pero entonces oyó Sevilla y algo sobre el general Queipo de Llano, y varios cuarteles y generales que se habían sumado a la insurrección en Andalucía, su tierra. ¿Qué estaba pasando?

Por la ventana se empezaban a distinguir gritos que se proferían unos a otros, un grupo que parecía haberse formado de forma espontánea. Se acercó a mirar la escena y, atemorizada, descubrió que, en cuestión de segundos, los alborotadores eran multitud. Se acercó al teléfono para llamar a Íñigo, necesitaba su voz, que le explicara qué hacer. La operadora le dijo que el número no contestaba. La radio seguía actualizando las noticias. La operadora

repitió el mismo mensaje una y otra vez. No quiso saber más. Cerró las cortinas y volvió a la cama exhausta y con sudores. Tenía que ponerse en contacto con Íñigo con urgencia.

El servicio de cena fue tenso. Nada que ver, ni por asomo, con el ambiente animado habitual de un sábado por la noche. María miraba a los clientes desde una esquina de la sala, por una vez el restaurante mostraba mesas vacías. La poca información de que se disponía era caótica, nadie sabía a qué atenerse y el temor se había apoderado de la atmósfera. Un simple incidente como la caída de unos platos que se le resbalaron a uno de los camareros casi mata del susto a más de uno. Esa noche parecía que nadie disfrutaba con la comida, más atentos a los sonidos de la calle que a las voces de sus acompañantes. Se dirigió a la cocina y cuando su hijo hizo acto de presencia, le tomó del brazo.

—Hijo, hoy el ambiente no invita a quedarse, me voy a ir a casa. Tomaré un taxi y llamaré a tu padre para preguntarle qué tal está la situación en Bilbao. Cuida de tus hermanas y cuando cerréis no os demoréis en paseos.

—No te preocupes, vete a descansar. Mañana seguro que las cosas estarán más claras y nos quedaremos más tranquilos.

—Eso espero, hijo, eso espero. —María tomó el abrigo del guardarropa y bajó las escaleras hasta el portal. La noche estaba serena, pero los nervios se le habían agarrado al estómago.

Se entretuvo mirándose en el espejo que colgaba en el recibidor de la casa, señorial y con jardín. Se atusó el bigote, comprobó que el traje no tuviera arrugas y se giró un poco para ver cómo le caía la chaqueta. Era más alto que la mayoría de los hombres, y más fuerte: la imagen que le devolvía le complació. Le hicieron pasar a un salón sobrio, con muebles de madera y cuero, una alfombra persa y unas pinturas de caza. Nunca había estado en esa parte de la ciudad, la Ciudad Lineal, como se conocía, estaba tan alejada del centro que apenas se aventuraba nadie que no viviera allí. En una

silla, un hombre moreno y bien peinado, con un elegante traje beis y corbata azul, un invitado, como él. Detrás de la mesa de escritorio, otro de pelo rubio cortado al cepillo y un ligero bigote, que se levantó al verle y le ofreció la mano a modo de saludo.

—Bienvenido a mi casa, caballero. Por favor, tome asiento. Lo estábamos esperando para explicarles, a los dos, a qué han venido aquí.

Hablaba con un evidente acento alemán, aunque lo que más destacaba de él era una gran cicatriz que le cruzaba la mejilla en horizontal.

—Creo que no hace falta que les diga que no soy español de nacimiento, aunque me gusta esta tierra y llevo mucho tiempo viviendo en ella. Soy un hombre de negocios alemán y una especlass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cie de diplomático del Reich en España. —Hizo una pausa para mirar a sus dos interlocutores—. Oficialmente no trabajo para la embajada ni para el Gobierno del Führer, y eso es todo lo que deben saber, de momento, sobre mí. Han sido recomendados por varias razones, quiero enumerarlas para estar seguro de no haberme equivocado. Si ambos me las confirman, podremos hacer negocios. —El hombre ofreció de una pitillera de plata cigarrillos, les dio fuego y continuó con el discurso—. Ambos son simpatizantes de Falange, pero no están afiliados al partido, tienen experiencia en el ejército y la policía, no se asustan ante el peligro y, lo más importante —dio una larga calada al pitillo y, tras soltar el humo, continuó con un tono más sobrio—, son ambiciosos.

Asintió a cada una de las razones expuestas. El alemán continuó con un discurso sobre oportunidad, beneficio, valor, honor y acabó hablando de un momento histórico que cambiaría la política tal y como se conocía hasta ese momento.

—Los valerosos españoles ya se han dado cuenta de la desgracia que suponen las repúblicas, políticos que se aprovechan del pueblo con falsas promesas y que los tratan como a niños, agitándoles caramelos en la cara, o como dicen aquí, poniendo la zanahoria delante del burro para que ande. Ayer se dio el primer paso para cambiar ese desbarajuste, para llegar a un Estado que valore los

ideales del hombre y respete su fuerza. Pero, para continuar caminando, estos ideales necesitan ayuda de patriotas como ustedes. —Los señaló con la mano del cigarrillo.

Cada vez se hacía más evidente que esta podía ser la oportunidad que estaba esperando. Se daba cuenta de que los nervios no le habían permitido mover ni un músculo, excepto para asentir a cada frase del alemán. Estaba deseando levantarse y gritar, «¡para lo que usted ordene!», pero se contuvo esperando escuchar el resto de lo que tenía que decirles. El alemán abrió dos carpetas que tenía encima de la mesa.

—Tengo aquí dos informes sobre ustedes, con sus nombres, profesiones y detalles de sus vidas que no vienen al caso. En la misión que les voy a encomendar es fundamental tomar nuevas identidades, sus nombres o el mío no serán revelados, medida imprescindible para asegurar el buen transcurso de la misma. Tendremos un nombre clave para referirnos a cada uno, a mí me pueden llamar Hans, si debo mandar un mensaje a uno de ustedes les llegará de parte de ese nombre. A usted —señaló al hombre que había llegado primero— le llamaremos Julio, en honor a este mes glorioso que cambiará España. Le haremos recuperar los títulos de su familia y las tierras expropiadas injustamente.

—Cuente conmigo para lo que sea necesario.

—Y a usted —le observó con una penetrante mirada azul—, lo llamaremos el Inspector. —No pudo evitar carraspear al escucharlo.

—Pero yo no soy oficial.

—Créame cuando le digo que lo será. Su hoja de servicio y el informe que tengo demuestran que tiene aptitud y sé bien que el tráfico de influencias en la guardia de asalto le ha privado de subir en el escalafón, pero no se preocupe, tengo en mi mano, cuando cambie el régimen del país, conseguir que ascienda. Primero será inspector, pero llegará a comisario y seguramente acabará aún más alto. Dicho todo lo cual, tengo aquí dos regalos para que lleven a cabo la misión. —Sacó de un cajón dos sobres y dos cajas del tamaño de un joyero—. En estos sobres hay dinero para gastos y una identidad falsa que necesitarán. Cada dos meses les haré llegar más dinero. En las cajas tienen unas pistolas de calibre veintidós,

que pueden llevar encima sin que se aprecie.

Recogieron los regalos sin abrirlos. El alemán se levantó y les pidió que lo acompañaran. Descorrió unas pesadas cortinas que dejaron a la vista unas puertas dobles que daban a una terraza con plantas bien cuidadas. Al fondo se veía, entre las sombras del atardecer, el perfil del centro de la ciudad. Encima de una mesa metálica había unas botellas con distintos licores. Sirvió una copa a cada uno.

—¡Madrid!, desde aquí un inocente paisaje, como los que pintaba y describía mi adorado Goethe, pero en sus entrañas, entre sus callejones, calles y plazas, se respiran traiciones, conspiraciones, revoluciones y todo tipo de intrigas. La misión que les propongo es muy simple. —Los encaró levantando la copa—. Quiero que sean mis ojos y oídos y, si fuera necesario, el brazo ejecutor.

33

Ponche a la romana

El sábado iba llegando a su fin, todo el mundo estaba pendiente de la radio, del teléfono, de los rumores que corrían por las calles… La situación era de confusión total. Las proclamas se sucedían, la más contundente había sido la de una diputada por Asturias del Partido Comunista, Dolores Ibárruri, que con voz firme había clamado: «Trabajadores, antifascistas, pueblo laborioso: todos en pie dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo». A medida que la oscuridad iba cubriendo la ciudad, la mayoría de sus habitantes se habían ido refugiando en sus casas, a la espera. María había llamado a Ramón, que le relató lo sucedido en Bilbao, lo que había escuchado de boca de sus amigos; unos apoyaban el golpe, otros lo repudiaban, unos terceros aún no sabían a qué atenerse. Los nacionalistas habían llamado a gudaris y milicianos para defender al pueblo vasco y se hablaba de la necesidad de terminar el cinturón de hierro que permitiría preservar Vizcaya de los rebeldes.

—Encerraos esta noche en casa y no se os ocurra salir, tened mucho cuidado, que esto no es cosa de unas horas.

—No te preocupes, he llamado a Víctor para que cierre el restaurante y vengan a casa lo más rápido posible. Me ha dicho que en Sol se están concentrando varios grupos con banderas y algunos con armas. Me temo, como dices, que esto no ha hecho más que empezar.

—Si las cosas se ponen feas id al consulado francés y refugiaos en él. Allí no tendréis problemas.

Se despidieron con el compromiso de María de volver a llamar cuando sus hijos llegaran a casa. Milagros se acercó al salón donde estaba instalada la radio, pidió permiso para escuchar las noticias.

—Las chicas están asustadas, a Berta no he podido convencerla y

se ha ido con sus padres y hermanos, quedamos Manuela y yo.

—Las dos sois parte de esta casa, lo que tenga que pasar lo afrontaremos juntos. Es comprensible que Berta se haya ido, no te preocupes por eso.

La radio narraba que el presidente de la República, Azaña, estaba en el palacio nacional reunido con un comité de urgencia. Decía que el Gobierno había dimitido y Martínez Barrio, un moderado, había propuesto uno nuevo, más orientado al centro político, para poder pactar con los rebeldes.

—Por Dios, espero que puedan llegar a un acuerdo y se acabe esta pesadilla —clamó María, a lo que Milagros solo pudo asentir santiguándose.

Víctor, Mercedes y Teresa llegaron rozando las once de la noche. Sus caras denotaban el miedo que habían sufrido en el trayecto, pese a que no había habido interacción con nadie. Las hijas, con ojos llorosos, se abrazaron a su madre e, incluso, a Milagros.

—¡Es una locura, madre, una locura! —decía Teresa. De fondo, la voz del locutor notificaba cuáles eran los cuarteles rebeldes.

—Hay mucha gente que se ha echado a la calle, hemos oído algún disparo. A los trabajadores del restaurante les he dicho que vuelvan el lunes solo si es posible, que no corran ningún riesgo innecesario. —Víctor se movía de un lado a otro, se paró delante de las cortinas y asomó un poco la cabeza para mirar a la calle—. Aquí parece que está todo tranquilo, no hay nadie fuera. De todas maneras, abriremos solo las ventanas de los patios interiores y mantendremos las cortinas y ventanas exteriores cerradas.

—Milagros, necesito hacer algo, vamos a la cocina que esta noche va a ser larga, creo que me apetece un ponche, y así también animamos un poco a Manuela. Hijas, venid vosotras también, y tú, Víctor, llama a tu padre y dile que estáis todos a salvo.

Durante la mañana del domingo el gentío seguía congregándose en la plaza de España. Desde la ventana de su habitación, Marite podía ver al fondo, asomando entre los árboles, el edificio de ladrillo y hormigón del cuartel de la Montaña. Se habían producido muchos

movimientos de entrada y salida de vehículos y personas. Por la tarde, en la radio, anunciaron que los oficiales del cuartel se habían unido a la rebelión, eran los únicos en Madrid. No pasó mucho tiempo antes de que se desplegaran soldados de otros regimientos en la calle para que nadie pudiera entrar o salir de allí. Marite asistía aturdida a todo lo que sucedía, la fiebre le había subido y el estómago no le permitía ingerir nada de lo que la asistenta le había traído. La institutriz había entrado dos veces en su cuarto, Íñigo quería estar con su madre, pero ella no podía más que hablarle con un hilo de voz. Le pidió a la institutriz que lo distrajera de cualquier manera y maldijo a su marido por no estar disponible. Lo intentó de nuevo, pero, para colmo, las líneas estaban saturadas. Se oían ovaciones en la calle, habían aparecido carros blindados y unos camiones que descargaban una batería con dos cañones que apuntaron al cuartel. Desde la perspectiva de Marite, parecía que las estatuas de Sancho Panza y el Quijote, con la mirada de Cervantes en lo alto, eran quienes iban a disparar.

Descolgó de nuevo el teléfono y comprobó que seguía sin línea. En los tejados del cuartel se veía movimiento, lo que provocó las protestas de la masa, unos soldados estaban montando ametralladoras. Por las ventanas del último piso asomaban, a su vez, reclutas con fusiles. En algunos puntos de la plaza se escuchaba cantar himnos. Marite sentía que sus piernas se aflojaban y perdió por un momento el equilibrio, sudaba por la fiebre y el calor, pero no se atrevía a abrir la ventana, el ligero cristal le creaba la apariencia de seguridad. «¡Íñigo, llama, llámame!». Escuchó golpes en la puerta, era la institutriz que preguntaba si la había llamado, su hijo aprovechó para entrar.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Por qué hay tanta gente en la calle? ¿Qué se celebra? Yo quería ir a dar un paseo por el parque, pero la señorita Paloma me ha dicho que no se puede salir.

Abrazó a su pequeño, sentada en el suelo como estaba.

—Ahora no, mañana iremos.

—¿Estás llorando?

—Es porque estoy indispuesta. Vete a tu cuarto, que no quiero que tú también te pongas enfermo.

—¿Has visto esos coches que hay fuera? —el niño miraba ensimismado por la ventana—, y toda esa gente, ¿por qué hay tantos con pañuelos rojos y negros en la cabeza, es una fiesta de algo?

—¡Apártate de la ventana! —Lo sujetó de los hombros y lo llevó hasta Paloma—. Ahora tengo que descansar para que me baje la fiebre. —Y, dirigiéndose a la institutriz—: no salgáis de su habitación, si os necesito iré yo a buscaros, allí estaréis seguros.

Cerró la puerta, el esfuerzo hizo que su corazón palpitara aún más rápido, se arrodilló para asomar solo la frente y los ojos por la ventana, en varios balcones de las casas vecinas afloraban militares con fusiles apuntando al cuartel. Soldados apuntando a otros soldados, supuestos compañeros armados unos contra otros. Sentía que le faltaba el aire, pero se resistía a abrir para que entrara.

El chófer de Hans los condujo de vuelta al centro. En distintas calles, grupos organizados habían levantado barricadas y se habían establecido controles. Los pararon en uno de ellos y el chófer mostró unos documentos, el guardia los miró sin interés, seguramente sin entender mucho, y le hizo varias preguntas al conductor. Se asomó para mirar a los dos pasajeros, llamó a otro de los guardias, al que mostró la documentación, un tercero apuntaba con el fusil desde el lado izquierdo a la cabeza del Inspector. Julio le puso una mano en el brazo.

—Tranquilo, esos papeles son de la embajada alemana, por muy tensa que esté la cosa no nos pondrán problemas. Tenemos que pasar desapercibidos, no abras la boca si te preguntan, yo hablo alemán y puedo poner acento si es necesario.

Los guardias seguían debatiendo con los papeles en la mano, en total se contaban seis en el control, aunque bien podría haber alguno más que no estuviera a la vista. La pistola tenía dos balas, cuatro entre las dos, y era posible que el conductor también estuviera armado. En cualquier caso, no era factible que se pudieran abrir paso a tiros, no con un guardia apuntando a su cabeza a menos de un metro. Levantó lentamente las dos manos para

mostrar al guardia que no llevaba nada en ellas y le saludó con la cabeza.

—Parece que las cosas se están poniéndose feas —le susurró a Julio.

—Así es. Por suerte estoy preparado para este momento, tengo un piso alquilado a un nombre falso que podemos utilizar. Se vendrá conmigo, no puede volver a su casa, cabe la posibilidad de que algún compañero le denuncie por simpatizante de la Falange. En los próximos días irán casa por casa y los sacarán detenidos, eso en el mejor de los casos. Estoy seguro de que ya estará corriendo sangre en la ciudad. No ponga esa cara de perro apaleado, sonría como si volviéramos de una cena de negocios y nos lo hubiéramos pasado muy bien.

El Inspector asintió y sonrió al guardia que mantenía, sin desfallecer, el fusil en alto. Los otros se acercaron con los papeles al conductor.

—¿Adónde van y de dónde vienen? —Julio levantó una mano.

—Perrmiso. —Bajó la ventanilla—. Venirr de una cena de trabajo. Emprresarios alemanes, volvemos a casa a descansarr. Puede verr porr papeles embajada.

—Esta noche hay toque de queda, no se puede circular por la ciudad.

—No saberr, nosotrros poco tiempo en Madrrid.

El guardia entregó los documentos al chófer.

—Hoy pueden pasar, pero mañana no salgan de noche. Las cosas se están complicando en el país, si yo fuera ustedes me volvía al suyo lo antes posible.

Los guardias se apartaron para dejarlos continuar su camino. El Inspector esperó a que hubieran dejado atrás unos metros el control y suspiró.

—¡Putos imbéciles!

—Tranquilo. En estas situaciones hay que templar los nervios. ¿Es usted jugador? ¿Sabe de cartas, dominó?

—Algo.

—Esto es un juego, tómeselo así, piense que si muestra las cartas estará en desventaja. Por ejemplo, no vuelva a poner la mano donde

tiene la pistola cuando le estén apuntando, eso es descubrirlas, puede provocar que quieran saber qué es lo que oculta. Para jugar a esto tendrá que aprender unos sencillos trucos.

—¿Y usted dónde aprendió a jugar?

—Se puede decir que llevo toda mi vida jugando. Pero Hans tiene razón, es mejor que no sepamos el uno del otro más de lo necesario. De momento nuestra misión puede durar días, semanas o meses, la situación es incierta y, por experiencia, lo incierto es sinónimo de tiempo. Un genio observó que, al estallar, las cosas cogen velocidad, así que llegó a la conclusión de que un simple trozo de metal sometido a una explosión se convertía en letal. Hoy se ha producido esa explosión y el metal se ha liberado, ahora tenemos que asegurarnos de que, efectivamente, tome velocidad.

—¿Y qué se supone que somos nosotros?

—Un ingrediente necesario. Como digo, la velocidad depende del tamaño de la explosión. Ya veremos si para los objetivos que hay que abatir somos parte del metal…, o de la explosión.

Llegaron a la plaza de la Independencia en un Madrid vacío, espectral. Julio pidió al chófer que parara en un lateral. No era prudente a esas horas adentrarse en un vehículo por las calles más incendiarias, mejor continuar andando hasta el piso. Estaba cerca y sería fácil evitar cualquier control. Bajaron hacia Cibeles. Pese a la noche, el calor envolvía el ambiente. A lo lejos, como perteneciente a otra ciudad y tiempo, se escuchaba el bullicio de las calles más occidentales. Julio le puso una mano en el hombro.

—Mi querido amigo, el juego ha empezado.

Escuchó gritos desde la calle, se atrevió a asomarse para oír lo que decían, fuera estaba oscuro, más oscuro de lo normal, a Marite le llevó un tiempo percatarse de que las farolas no estaban encendidas, se concentró en entender lo que decían las voces: «¡Apaguen las luces, apaguen todas las luces!». Se levantó como pudo y fue hasta la llave de la luz, apagó y volvió entre sombras a su puesto de vigía, reparó en que todo estaba en tinieblas, distinguía solo los contornos de los edificios y el negro más absoluto que nunca

hubiera presenciado en una ciudad. Se tumbó en el suelo exhausta y cerró los ojos. A pesar del calor del verano madrileño, sentía frío y empezó a tiritar.

34

Sopa crema a la Nivernesa

El domingo amaneció con un sol inmisericorde, el calor pesaba al moverse por la casa. María abrió las ventanas para dejar pasar la ligera brisa de la mañana, pero el aire que entraba era caliente, volvió a cerrarlas y observó la calle vacía. Unos ruidos en la cocina le indicaron que Milagros y Manuela estaban preparando el desayuno. Se acercó con la necesidad de romper el sigilo con el que había empezado el día.

—¿Habéis podido descansar? —preguntó a las dos mujeres. Una sacaba de la fresquera, bajo la ventana, unos huevos, mientras la otra iba disponiendo en la encimera tazas y platos.

—Ay, señora, yo apenas he podido pegar ojo, aunque más que cansada estoy que no puedo quedarme quieta. Todo lo que escuchamos ayer no ha hecho más que revolverme el alma. Y ahora doy gracias a Dios porque mi tía esté con él ahí arriba, que poco podía yo mirar por ella desde esta ciudad. —Milagros se llevó la mano a la boca al darse cuenta del inoportuno comentario—. Lo siento, no puedo pensar, y usted, ¡lo preocupada que debe estar por su marido e hijos, allí en Bilbao!

—No te preocupes, confío en Ramón. Además, parece que allí las cosas están más tranquilas que en el sur. Solo espero que todo acabe con un acuerdo. Hoy, que tendremos que quedarnos en casa sin ir a misa, podemos rezar para que eso suceda.

María entró en el salón. Allí estaba Víctor pegado al altavoz de la radio encendida a un volumen muy bajo.

—¿Alguna novedad que debamos saber?

—Están diciendo que el Gobierno de Martínez Barrio ha dimitido.

—Si apenas se nombró ayer, ¿cuál es la razón?

—Creo que no han llegado a un acuerdo, muchos de los cuarteles

se han rebelado y el general Mola está al frente de los sublevados. Ha organizado una parte del ejército para marchar sobre Burgos desde Navarra. En Madrid, Valencia y Barcelona no han secundado el golpe y Bilbao tampoco, parece que ha sido un fracaso.

—¿Y si ha sido un fracaso por qué marcha un ejército sobre Burgos?

—Según dicen en las noticias, Mola y los otros generales rebeldes han proclamado que si Azaña no renuncia al poder lo tomarán por la fuerza.

—¿Por la fuerza? ¡Están locos!, eso supone una declaración de guerra. —María se sentó en uno de los sillones—. Una cosa es un golpe o una revuelta, pero una guerra…, eso nos condena a todos.

—Fanjul se ha encerrado en el cuartel de la Montaña de Príncipe Pío, dicen que entró en él en coche sin que nadie le diera el alto y se ha puesto al mando celebrando el golpe.

—No se podía esperar menos de alguien así —comentó María.

—Ahora mismo hay una multitud en las inmediaciones, se habla de cañones y coches de combate en las calles de Ferraz y Bailén. De momento no se han abierto hostilidades, pero no creo que esto se mantenga mucho tiempo.

—¡Virgen santísima! Nos libramos de una guerra en el 14 y ahora parece que tengamos prisa por empezar otra. Apaga la radio, vamos a darnos un descanso de noticias. Cuando vengan tus hermanas desayunaremos y después llamaré a tu padre.

—¿Y qué haremos con el restaurante?

—Esperar a esta noche, hoy no se puede salir de casa, así que telefonearemos a tus hermanos y a los conocidos para intentar hacernos una idea de lo que pasa. Mañana por la mañana tomaremos una decisión en función de cómo se vayan desenvolviendo los acontecimientos.

El piso alquilado por Julio era amplio y bien céntrico, en esquina entre las calles Zorrilla y Marqués de Cubas, con balcones asomados a ambas. Un lugar discreto y con fácil acceso desde varios puntos. Durante la noche, habían estado hablando sobre cuáles podrían ser

sus primeros movimientos. El Inspector deseaba entrar en harina de inmediato, pero Julio, con soflama algo aristocrática, lo había tranquilizado. La charla los había hecho entrar en confianza y habían pasado al tuteo.

—Las cosas hay que tomárselas con calma. El trabajo que nos han encomendado requerirá de momentos tensos y movidos, no te preocupes, por ahora es mejor esperar a ver dónde se posa el polvo levantado por tanto movimiento.

—Sé que puede sonar precipitado, pero ¿no es conveniente investigar qué es lo que está pasando e ir rellenando un informe?

—Veo que tienes grabada la palabra «oficinista» en la mollera. Sin duda, podríamos salir a dar un paseo e ir preguntando a cada uno con el que nos tropecemos sobre su parecer sobre lo que está pasando, pero déjame que te ahorre el trabajo. Si andan en la calle serán favorables al Gobierno o unos agitadores rojos o fascistas, lo más seguro excitados y listos para abrir fuego o pelearse a navajazos con quien sea. Los demás andan ahora mismo detrás de las cortinas de sus casas esperando a ver en qué acaba todo. He tenido la precaución de tener víveres para varios días, conservas para meses, incluso puros y cigarrillos para distraernos. Espero que sepas jugar al ajedrez o las horas se nos harán largas. Cuando las aguas agitadas vuelvan a su cauce será el momento de actuar, pero cuando el río está revuelto es mejor guardar la barca en la orilla y esperar.

—Supongo que tienes razón, es solo que no soy de estar encerrado en una casa, me queda sensación de impotencia, de no estar ganándome la paga.

—En estos casos, la paga solo la gana aquel que está vivo. Si te hace ilusión escribe un informe sobre la situación de la ciudad.

—El problema es que no estoy viendo nada.

—«Hoy, veinte de julio, Madrid amanece con las calles alborotadas, se escuchan disparos y se ven cuerpos sin vida esparcidos por las aceras. Los rojos se han hecho con armas y pasean por las calles disparando a hombres de negocios y curas, violan monjas y rompen escaparates. La policía y la guardia civil, impotentes, solo consiguen apresar a unos pocos elementos, los más radicales les hacen frente

con pistolas. Tras un recorrido por las calles más céntricas, hemos vuelto a nuestro puesto de observación con la seguridad de que el día no acabará sin un baño de sangre».

—¿Estás insinuando que me invente el informe?

—Tú eres el que quiere hacerlo, por mí puedes escribir lo que desees, invéntatelo o no, pero adórnalo con sangre, misterio y algo de intriga, en caso contrario aburrirás a quien lo lea. —El Inspector se asomó a uno de los balcones y echó un vistazo a ambos lados de la calle.

—Lo más que puedo decir, para no faltar a la verdad, es que no se ve a nadie y que todo está silencioso.

—Escríbelo, será un informe maravilloso, ya puedo imaginarme al Estado Mayor alemán sentado alrededor de una gran mesa de cedro brillante, esperando recibir la traducción del texto. Sospecho que más de uno se atragantará con el sorbo del coñac, llamarán al traductor y a los analistas de códigos y, acto seguido, discutirán sobre el sentido oculto del mensaje. —El Inspector se imaginó avergonzado la escena—. Tenemos un tablero de ajedrez, podríamos distraernos jugando una partida…, pero vamos a hacerlo con unas reglas de mi invención. —Julio colocó las fichas en las casillas y se sentó indicando al Inspector la silla libre. Este se fijó en la disposición y enarcó las cejas, los peones estaban en su lado del tablero y las figuras en el contrario—. Como ves, tú serás los peones y yo las figuras, ganarás si acorralas a alguno de mis reyes y yo ganaré si te como todas las piezas.

—Es imposible que gane. Esta es una partida amañada.

—Nunca sabremos si se puede o no hasta intentarlo. Para hacerlo más justo, me quedaré solo con las figuras blancas.

El Inspector iba moviendo los peones, la estrategia era clara, todos a una para ir protegiéndose. Gracias a esa táctica consiguió sacrificar algunos para comer piezas de Julio, pero según avanzaba la partida quedaba claro que le sería imposible ganar. Aun así, se esforzó en pensar cada movimiento, en encontrar la fórmula para proteger a unos y otros. Su rival llevaba un tiempo encendiendo un puro sin prestar gran atención al tablero, ni siquiera pensaba demasiado en su turno. Pronto quedaron apenas un par de peones y la mitad de

las figuras.

—¡Esta partida está descompensada!

—Sí, lo está, y por más que el jugador con los peones piense como un genio, no tiene forma de vencer. Ahora ya sabes que siempre ganan los mismos, así es el juego, gana el fuerte y poderoso, aunque tenga para ello que sacrificar unas piezas. No podemos saber si este golpe triunfará, pero lo que es seguro es que, tarde o temprano, los peones irán cayendo y las figuras, nobles, empresarios, terratenientes y banqueros, serán quienes ganen. Nuestro trabajo puede ser trivial para que eso suceda; no obstante, si lo hacemos bien, será la ocasión para convertirnos en unos de ellos.

—¿Y qué me dices de los rusos? Allí sí ganaron los campesinos y obreros.

—Mera circunstancia, en poco tiempo se volverá contra ellos y todo será como antes, unos pocos dominando a los demás. Es ley de vida, solo es cuestión de posicionarse bien en el mundo y aprovechar lo que se presenta.

—¿No crees entonces en los ideales del Movimiento? —Julio se carcajeó, dejó el puro en el cenicero y metió una mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes y lo puso encima de la mesa.

—Este es el único ideal en el que creo, quien lo tiene controla todo, lo demás lo dejo para esos que se llaman intelectuales.

Se escucharon ruidos de pasos en las escaleras subiendo hasta el último piso, el que ellos ocupaban. El Inspector cogió su pistola y se acercó a la puerta para mirar por la mirilla. Julio se levantó sin prisa, se acercó y le puso la palma en el arma.

—Recuerda que no debes mostrar la mano que te ha tocado. Es una visita que estoy esperando.

Abrió la puerta y ante ella estaba una chica morena, de pelo rizado, cuyos ojos grandes se pasearon por la entrada y se pararon en el Inspector. Era una chica atractiva que, una vez terminó de examinarlo, entró en el piso y le dio un beso en la boca a Julio.

—¿Este es tu compañero?

—Lo puedes llamar Inspector. Esta de aquí es Eva, una amiga y confidente que trabajará con nosotros. —El Inspector tenía la

estupefacción dibujada en la cara—. Está afiliada a la CNT y tiene información de primera mano que nos servirá para rellenar uno de esos informes que estás preparando.

—Me gusta trabajar con hombres. —Se acercó al Inspector y le pasó el dedo índice por el pecho de la camisa—. Sé que causo impacto cuando me conocen, pero tendrás que practicar para no poner esa cara de besugo cuando veas a una mujer de rompe y rasga.

—Eva, no seas traviesa, deja de provocar al pobre muchacho y pongámonos cómodos para que nos cuentes lo que está pasando.

Ya sentados, Eva comenzó su relato de lo sucedido en el sindicato anarquista: después del anuncio del golpe los simpatizantes y afiliados se habían reunido para reclamar armas al Gobierno y defender la República. Ese día habían conseguido que repartieran fusiles en los cuarteles, pero tenían un problema, venían sin cerrojos, con lo que eran simples palos de madera y hierro. Al parecer los cerrojos con la munición estaban en el cuartel de la Montaña, el único que se había sublevado y donde el general Fanjul se había atrincherado a la espera de la ayuda del ejército rebelde del norte. Se habían congregado en la plaza de España miembros de sindicatos, partidos políticos, militares y guardias civiles, para forzar la rendición de los golpistas. Llevaban desde el sábado en una tensa espera, pero las últimas informaciones eran que, si no entraban en razón, se tomaría el cuartel por la fuerza.

—Así pues, todo está a expensas de lo que suceda en la montaña de Príncipe Pío. —Julio calló durante unos instantes con semblante pensativo—. ¿Y cuál crees que será el desenlace, podemos hacer algo para ayudar a los atrincherados?

—Los golpistas no tienen ninguna posibilidad. Ese cuartel caerá, lo que va a provocar que la masa se arme. Se están levantando barricadas y la consigna es que hay que defender Madrid.

—Interesante…, eso nos beneficia para nuestros propósitos.

—¿Cómo que nos beneficia? —El Inspector seguía la conversación con la incómoda sensación de no estar entendiendo nada.

—Si el golpe tuviera éxito nuestro contrato apenas tendría el valor de una comida caliente. Sin embargo, el hecho de que en Madrid se

produzcan revueltas y se mantenga la incertidumbre hace que nuestra labor de información sea provechosa. Como en nuestra partida de ajedrez: sabemos cuál será el desenlace, los peones no pueden ganar, pero si no se resignan a caer derrotados y buscan mantener la pelea, hasta la última figura puede ser decisiva y valiosa. Hay que saber aprovecharse. Y ahora, mi querida Eva y yo vamos a tener una conversación más íntima.

Se levantaron y Eva se acercó al Inspector, le dio un beso en la mejilla y le susurró:

—Ahora que sé que eres tan guapo el próximo día vendré acompañada de una amiga.

Contoneándose, desapareció tras la puerta del dormitorio de Julio, él ya estaba dentro. El Inspector, desconcertado, quedó con la misma cara de besugo que Eva había descrito hacía un rato.

El ruido del motor de un avión la despertó, estaba bañada en sudor y temblaba sobre la madera del suelo. Hizo un esfuerzo por levantarse y asomarse a la ventana. La misma escena del día anterior se desplegó ante ella, una muchedumbre gritando ocupaba la plaza y aledaños. En el cuartel las ventanas se habían tapado con colchones y placas metálicas. Donde quedaba un hueco se asomaba alguna cabeza que miraba hacia las personas de la plaza. El avión pasó por encima del cuartel y soltó una enorme cantidad de papeles que llovieron sobre el mismo ante el júbilo del gentío. Con un altavoz, un hombre gritaba a los soldados que no obedecieran a sus oficiales y que abrieran las puertas. Algunos, armados con fusiles, iban corriendo, agachados, hacia la colina. Parapetándose entre árboles, coches y muros, se iban acercando al cuartel. Dos de los más próximos empezaron a andar hacia la puerta, al principio con cautela, pasados unos metros con más decisión, y, cuando estaban a unos pasos, se escuchó un primer disparo, seguido de un segundo, un tercero. El caos se apoderó de la escena en instantes: gente corriendo en avalancha, tumbándose en el suelo, tiros en una y otra dirección, cuerpos que caían, gritos de dolor, el humo convertido en neblina que no dejaba ver gran cosa. Marite se derrumbó en el piso,

llorando. Íñigo abrió la puerta y se abrazó a ella, también lloraba.

—¡Mamá, mamá!

—¡Agáchate! No asomes la cabeza.

Se escuchó el tronar de cañones. Marite intentó tirar del colchón de la cama, casi sin fuerzas, apenas consiguió moverlo. Íñigo la ayudó y entre los dos lograron que cayera, se protegieron tras él mientras seguían oyendo el sonido de la muerte.

Pasó un tiempo antes de que volviera la calma. Los disparos cesaron y Marite se atrevió a mirar lo que había pasado. En la calle y plaza había cuerpos caídos, muertos, heridos, que eran llevados a una zona más alejada. Voces gritaban, «asesinos», «fascistas». Se apartó para volver con su hijo.

—Y Paloma, ¿dónde está?

—No lo sé, me he despertado y ella ya no estaba. He escuchado los tiros y me he asustado, por eso he venido aquí, no quería estar solo, ¡tengo miedo! —Íñigo sollozaba—. ¿Vamos a morir?

—No digas eso, ¡claro que no!

—¿Entonces, por qué están disparando?

Marite no sabía qué contestar. Se tocó la frente, la tenía ardiendo, la fiebre estaba subiendo, necesitaba ir a la cocina a comer algo, retomar fuerzas. Ambos lo precisaban. Fue reptando hacia la puerta con la cabeza dolorida, sintiendo pinchazos en las sienes, las piernas flaqueaban y avanzar se le hacía una proeza. Consiguió ponerse en pie cuando llegó al pasillo, Íñigo se había acercado y cogido de la mano. Cruzaron el salón y entraron en la zona de servicio. El silencio en ella era sepulcral. No había nadie. Los armarios estaban abiertos y algunos platos y vasos desperdigados por el suelo. Marite fue mirando la despensa, la fresquera, desesperada buscaba entre los enseres que quedaban, pero no había nada que llevarse a la boca. Paloma y la asistenta habían huido llevándose todo lo que había comestible. Estaban solos y sin comida. Desconfiada, volvió al salón y buscó en el cajón donde guardaba el dinero que le había dejado su marido. Vacío. El pánico se dibujó en su rostro. «El teléfono, necesitaba llegar al teléfono…», un estallido hizo temblar los cristales de las ventanas, los disparos comenzaron de nuevo sin pausa, se tiraron sobre la alfombra, solo quedaba esperar a que todo

acabara.

María y Víctor llegaron el lunes al restaurante, habían tenido la fortuna de ir escoltados por Jesús, un camarero sindicado del Parabere que, armado con un fusil, se había presentado en su casa para acompañarlos. La ciudad estaba sumida entre la incertidumbre, el miedo y la desesperación. Había gente que abría sus comercios intentando aparentar normalidad, otros los mantenían cerrados. Los carros y coches circulaban con sus conductores mirando a todas partes, el terror era evidente en los desconfiados rostros de los viandantes. A lo lejos se escuchaban los sonidos de la batalla que se libraba en la zona de Príncipe Pío.

—Conmigo no tienen nada que temer —les decía Jesús, llevaba una insignia de la CNT que mostraba cuando se cruzaban con algún grupo armado. Otros llevaban de la UGT, la FAI o del Partido Comunista—. Aquí en Sol hay varios grupos que se están organizando para salvar la República, son compañeros. No dejaremos que este golpe vaya adelante.

Algunos empleados estaban ya en el Parabere, la mayoría no. María miraba a Víctor, que se debatía entre si abrir o no las puertas.

—Víctor, somos suficientes para preparar y servir comidas. En mi opinión no podemos dejar a las personas que se acerquen hasta aquí sin recompensarlas con un buen plato que llevarse al estómago. Además, tenemos alimentos frescos que no durarán mucho… Hoy podríamos ofrecer una sopa crema a la Nivernesa, tenemos unas zanahorias que ya no están turgentes, servirán solo para puré, y seguro que, como esa, sacamos alguna que otra receta más.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Muy segura, y si se da el caso de que nadie entra por esa puerta siempre podemos aprovechar para ir preparando conservas con lo que tenemos y utilizarlas cuando todo se calme y volvamos a cierta normalidad.

—No se hable más, vine desde Argentina para apoyarte y no seré yo el que se acobarde. Mandaré que vayan preparando los salones.

Víctor se acercó a Jesús.

—Yo no soy partidario de que esto se convierta en un campo de

batalla, y llegado el caso espero que podamos resolver cualquier problema sin tener que pegar un tiro, pero no está de más que hoy te quedes en la puerta con el fusil cerca, por si hay que hacer uso de él.

—Cuente conmigo, y por los posibles disparos no se preocupe, en mi caso lo más que puedo hacer es amenazar con darlos.

—¿A qué te refieres?

Jesús se encogió de hombros e hizo una mueca con la boca.

—Este fusil no lleva ni una sola bala.

Dos días llevaban sin comer, dos días en los que se les habían encogido el estómago y el corazón. Marite estaba muy débil y, entre la angustia y la bilis, tenía la garganta inundada de ácido. La necesidad iba venciendo al miedo, cada vez estaba más convencida de que tendría que salir a la calle en busca de socorro. Ella estaba dispuesta a dejarse ir, pero no podía permitirse abandonar a Íñigo. Se lavó y se cambió de ropa, intentó arreglarse el pelo como pudo y pidió a su hijo que se prepara para salir a la calle. El sonido del combate seguía cargando el ambiente a su alrededor. Los aviones habían vuelto y disparaban sobre el cuartel. Humo y fuego se habían convertido en parte del paisaje. Desde el portal tuvieron que ir lo más rápido posible hasta una calle estrecha que los protegiera de las balas. Habían sido capaces de traspasar el umbral de su piso y ya no había marcha atrás. Con el cuerpo estremecido, pero insuflada de nuevos ánimos, Marite sujetó fuerte, todo de lo que era capaz, a Íñigo y salieron a la calle. Las balas se incrustaban por encima de ellos en las fachadas de los edificios provocando una lluvia de polvo, arena y yeso. Consiguieron llegar a la esquina y al girar Marite se sentó exhausta. Habían logrado refugiarse. El dolor de cabeza se le hizo más intenso, rompió a sudar y tuvo la sensación de que no conseguiría levantarse.

—Tenga, señora, se la ve muy demacrada. —Una mujer, con un pañuelo anudado en la cabeza, les ofreció un cuenco con caldo. En medio de la calle habían encendido una fogata y sobre ella, apoyado en unos hierros, instalado un enorme caldero. Varias mujeres iban

sirviendo y unos muchachos llevaban la sopa a los que volvían del combate—. Coman sin miedo, aquí están a salvo.

—Gracias —acertó a decir Marite.

—Esta tarde conseguiremos entrar en el cuartel. Ya son dos veces que han sacado la bandera blanca, pero después han seguido disparando. Eso quiere decir que hay muchos que están deseando rendirse y otros que quieren seguir con esta locura de golpe.

—¿Puedo tomar más? —preguntó Íñigo mostrando el cuenco vacío.

—Claro, muchacho, para los valientes hay todo el caldo que quieran. Espera que te sirvo.

—Mamá, ¿no te gusta la sopa?

—Está muy buena, pero me cuesta comer. Tú toma toda la que quieras.

La mujer regresó con el recipiente lleno, Íñigo lo tomó con ansia, se acercó a Marite y le tocó la frente.

—Le he pedido a uno de los médicos que pase a verla. Esas fiebres hay que cuidarlas, sobre todo ahora en verano.

Se quitó el pañuelo de la cabeza y, mojándolo con una botella de agua, se lo pasó por la frente. El frescor húmedo alivió algo la presión de la cabeza. El médico, un muchacho joven, seguramente universitario, se acercó a auscultar a Marite. Le tomó el pulso, observó los ojos y la garganta y, con dos dedos, le palpó el cuello.

—A esta mujer hay que llevarla a un hospital urgente.

Hizo unas señas a unos hombres que descansaban sentados en el suelo y que tenían una sábana andrajosa entre ellos. Se levantaron, la estiraron y colocaron con delicadeza a Marite sobre ella. La cargaron hasta un carro que esperaba un poco más arriba de la calle.

—¡Mi hijo, no puedo irme sin mi hijo!

—Tranquila —dijo la mujer, y llamó a uno de los muchachos que acercaba la sopa a los hambrientos—. Este es Jacinto, él se encargará de acompañar a su hijo a donde vaya usted. No se preocupe, es buen chico y no le quitará ojo de encima.

Marite volvió a agradecer a la mujer su ayuda, con voz casi imperceptible. Cuando el caballo comenzó a caminar se aseguró de que los dos muchachos andaban tras él. La vista se le nubló,

descansó la cabeza sobre las tablas del carro y se desmayó.

35

Aceitunas negras en aceite

Los días transcurrían en una letanía de noticias. La guerra entre los militares sublevados y los leales al Gobierno republicano se había extendido a la población civil. En Madrid las milicias habían tomado las calles, se preparaban para defender la ciudad. Desde Navarra, Burgos y Ávila había avanzado una parte del ejército rebelde a las órdenes de Mola, del sur avanzaban por Extremadura las tropas de Queipo de Llano y las huestes moras a las órdenes de Franco.

—Todos estos movimientos tienen una sola intención, llegar a Madrid y tomar el país desde su centro de mando.

Víctor leía con pasión todo periódico, nacional o extranjero, que llegaba a sus manos. Mantenían abierto el restaurante, pese al descenso de comensales y la marcha de varios trabajadores, unos para alistarse en las milicias, otros para huir de la ciudad en previsión de que esta se convirtiera en el campo de batalla por el poder. Muchos madrileños desfilaban con sus enseres por las carreteras que continuaban abiertas, emigrando a sus pueblos de origen.

—¿Crees que deberíamos intentar volver a Bilbao? Desde allí sería incluso más sencillo pasar la frontera a Francia y huir de esta locura.

—A estas horas es imposible. Tu padre ya nos ha dicho que Bilbao está aislado, no se puede salir ni entrar en Vizcaya. Vitoria, Navarra y Burgos están controladas por las tropas rebeldes. Por otra parte, aquí no parece que corramos más peligro que por carreteras sin control de ningún tipo.

—Acabo de leer unas declaraciones del general Mola recogidas en varios diarios franceses. En ellas le han preguntado cuál de las cuatro columnas que marchan sobre Madrid conquistará la ciudad. ¿Sabes cuál fue su respuesta?

—No me hagas preguntas a las que no puedo responder.

—Ha dicho que será la quinta.

—¿Cómo la quinta, aún hay otra de la que no sabemos nada? —Víctor la miró con ojos abatidos.

—A estas horas todo Madrid ya sabe lo que respondió y no ha hecho un favor a nadie. Dijo que la quinta es la que ya está dentro de la ciudad, preparándose para hacerse con ella.

—¡Dios mío! Ese hombre está loco. Acaba de condenar a mucha gente conservadora y pacífica que vive en esta ciudad. Si ya los vecinos se miraban con desconfianza, ahora las calles se van a convertir en un polvorín. —María se quedó cavilando sobre qué hacer; tras pensarlo un instante se volvió decidida—. Pues no pienso ser de las que esperan a ver qué pasa, ahora mismo le digo a Jesús que me acompañe a la embajada francesa. Hablaré con Jean Herbette, seguro que él nos puede dar algún consejo. Además, el Gobierno francés ha manifestado su apoyo al Gobierno español.

Víctor se levantó con nuevas energías, su madre tenía razón, si había una posibilidad de que pudieran sobrevivir en las próximas semanas no sería estando quietos.

—Os acompañaré.

Los días consumían los nervios del Inspector, encerrado en aquel piso. La caída del cuartel de la Montaña, una sanguinaria batalla que había dejado más de trescientos cadáveres, y la detención de Fanjul y los militares rebeldes en Madrid habían convertido la ciudad en un avispero en el que la única salida era quedar a la espera. Eva los mantenía informados. En cada visita, cada uno o dos días, les contaba lo que se estaba debatiendo en primera línea. Se reunían los tres en el salón, la escuchaban y después Julio y ella se encerraban en la habitación. Esta situación, repetida una y otra vez, iba exasperando al Inspector. Se quedaba sentado en el sofá, encendía un cigarrillo y, sin nada mejor que hacer, pasaba el tiempo mirando el techo y escuchando los muelles chirriar. Odiaba ese ruido, odiaba estar inactivo, pero sobre todo lo que odiaba era no poder ser él quien estuviera en la habitación. Se hacía el silencio y Eva salía vestida de nuevo, se acercaba hasta él y se despedía con un

beso junto a la comisura de los labios.

—Buenas noches, mi apuesto oficial —le decía siempre, a lo que añadía—, mañana te prometo que vendré con una amiga.

Sin embargo, el confinamiento parecía obrar milagros en el humor de Julio. Cada tarde se servía un vaso de licor, añadía en un cuenco unas aceitunas negras conservadas en aceite y se sentaba en el sillón para encenderse un puro. Era el momento que aprovechaba para contarle al Inspector la situación tal y como él la estaba viendo.

—Amigo mío, se acerca nuestro momento. La ciudad es un caos, los moderados ya no pintan nada y los radicales son los que están tomando el mando. Es tiempo de prudencia, le he pedido a Eva que nos traiga documentos de la CNT por si surgieran problemas. En toda ciudad asediada acaban buscando casa por casa a los posibles enemigos. A mí no me conoce mucha gente aquí, pero a ti sí, y además personas que pueden estar entre los represores. Tendrás que dejarte crecer el pelo y cambiar el peinado, también afeitarte el bigote y, si fuera necesario, llevar unas gafas. A partir de este momento, de puertas hacia fuera, somos simpatizantes de la República, estamos para defender la ciudad de los fascistas. Ahora he pasado a ser un empresario suizo, exporto naranjas de Valencia, tengo unos documentos que lo demuestran, a ti te he contratado en mi empresa y eres el encargado de concertar los transportistas que hacen los viajes. Nos hemos visto atrapados en Madrid, pero, dadas nuestras simpatías, nos hemos quedado para colaborar.

—¿Y si me preguntan por mis contactos con los transportistas?

—No te preocupes, la CNT maneja el sindicato de hostelería, Eva está más que familiarizada con esa gente y nos va a traer varios contactos. De hecho, trabajaremos con ellos: la mejor coartada es la que contiene una verdad. Realmente vamos a mantener una ruta de exportación de naranjas a Suiza, una vez allí las recibirán miembros de la Abwehr, la agencia de inteligencia alemana. De esa manera podremos sortear las fronteras sin correr riesgos y enviar información, y lo que sea necesario, fuera del país.

—¿Lo que sea necesario? —El Inspector abrió los brazos sin comprender, Julio chupó el puro varias veces, después miró la punta para cerciorarse de mantenerla encendida, sopló un poco y al ver la

brasa anaranjada, volvió la mirada al Inspector. Se quedó un rato en silencio, calibrando la respuesta o, acaso, midiendo la conveniencia de hablar más de la cuenta—. Estamos juntos en esto, ¿aún no confías en mí?

—Sé lo suficiente para confiar en que estás de nuestra parte, pero no para saber si hablarás bajo presión. Ocultar cosas es a veces la mejor defensa. Este es un consejo que debes grabarte en el magín, un secreto entre dos solo lo es si uno está muerto.

—Yo no hablaría nunca a la chusma roja, ni aunque me torturaran. Soy un hombre de palabra.

Julio cambió el gesto serio por uno divertido.

—Basta, basta, aunque el consejo es serio te estaba tomando el pelo, claro que puedes saber de qué otras cosas hablamos. Al final, si me pasara algo a mí, tú deberás seguir con el plan. Entre nosotros debemos tener pocos secretos. El primer cargamento que enviaremos será conducido por dos camioneros. El primero es el transportista habitual, el segundo es un amigo de la causa atrapado en Valencia al que vamos a poner fuera de peligro. En toda guerra ser capaces de sacar o meter gente o mercancías es el mayor negocio que existe.

—¿Cómo has podido montar todo esto sin salir de este piso?

—Ven conmigo.

Entraron en la habitación de Julio, en ella había una cama, un armario y una pequeña mesa con unos cuadernos y una radio. Julio le indicó la emisora por la que, todos los días a la misma hora, le mandaban un mensaje para sintonizar una frecuencia. Abrió el armario empotrado, que estaba lleno de trajes y camisas colgadas. Retiró la barra con todas las perchas y la dejó encima de la cama, acto seguido palpó uno de los laterales, donde se abrió una puerta oculta que dejó a la vista un compartimento con una radio de frecuencia.

—Con esto me comunico con Hans, yo le envío un informe de la situación y él me manda directrices de lo que hacer a continuación. Hasta ahora estábamos dibujando una composición de lugar, asegurarnos de que nadie nos escuchaba o podía descubrir nuestras comunicaciones. En cualquier caso, todas están cifradas, te enseñaré

cómo funciona y a leerlas. Es muy importante destruir cualquier mensaje una vez descifrado.

El Inspector miraba con fascinación, no se podía imaginar que durante todo aquel tiempo Julio hubiera estado en contacto con Hans, enviando y recibiendo mensajes sin que él hubiera percibido nada. Todos los días, después de comer, Julio se iba a la habitación a dormir la siesta, según había supuesto el Inspector; pero resultaba que no, que lo que hacía era encender la radio. ¡Qué sencillo había sido engañarlo, mantenerlo en la ignorancia y dejar que la desesperación y el desasosiego cumplieran el objetivo de adormecer sus sentidos! Ahora sabía que estaban en movimiento, que lo habían estado desde el principio, y con una honda inspiración, se acercó a Julio sabiéndose parte de algo más grande.

Se veía que el chico no estaba acostumbrado a caminar. A cada rato Jacinto se paraba para mirar si continuaba detrás de él o se había quedado resoplando en alguna esquina. Pese a que llevaba unos zapatos nuevos, de suela impoluta, no era capaz de mantener el ritmo. Le había dicho, durante el camino, que tenía siete años, aunque aparentaba menos.

Sentados en un banco de madera, en uno de los pasillos del hospital, esperaban noticias. A Íñigo los pies le colgaban y los iba balanceando mientras miraba al suelo. Delante de ellos pasaban continuamente, haciendo un ruido espantoso, hombres cargando heridos entre sábanas o a pulso. El último había dejado un reguero de sangre por todo el pasillo hasta las puertas del fondo, donde se perdía la pista de los que entraban y ya no volvían a salir. Una enfermera había acudido para fregar el rastro y se percató de la presencia de los chicos.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Estamos esperando para saber de la madre de este, entró hace unas horas, pero no sabemos nada de ella.

La enfermera se levantó metiendo el paño en el cubo de agua.

—¿Quién es tu madre? ¿Cómo iba vestida?

Íñigo levantó la mirada y, casi sin voz, contestó.

—Se llama Marite, iba con un vestido verde…, creo. Es de Bilbao.

—Sí, era verde, es una señora bien vestida y de pelo castaño —confirmó Jacinto.

—Voy a preguntar y ahora salgo a contaros. —Iba a entrar por las puertas del fondo, pero antes se dio media vuelta y les dijo—: No deberíais estar aquí, mejor esperadme en la calle, no tardo ni diez minutos.

Fuera se había hecho de noche. En las aceras, delante del hospital, había varios milicianos con armas al hombro apoyados en la fachada, esperando como ellos a saber de algún conocido. La mayor parte fumaba para dejar pasar el tiempo, otros masticaban un trozo de pan con queso o algún embutido. Uno de ellos les ofreció un poco.

—Comed, tal y como están ahí dentro, vamos a tener que aguantar mucho aquí antes de saber nada. ¿Por quién esperáis?

Jacinto tomó el pedazo de queso que le ofrecía y, tras dar las gracias, contestó. El hombre hizo una mueca, se acercó a Íñigo y le puso una mano en la espalda.

—Come un poco, muchacho, seguro que tu madre agradecerá que te pongas fuerte.

Le dejó un trozo de queso en la mano, que Íñigo, por inercia, se llevó a la boca y comenzó a masticar, despacio, sin ansia, no sentía el sabor. Jacinto le pasó un brazo por el hombro e intentó consolarlo. En ese momento la enfermera los localizó, se acercó a ellos y, poniéndose en cuclillas, les dio la fatal noticia.

Dos días le duró el llanto a Íñigo. Jacinto lo había llevado a una casa en la que lo conocían, donde pudieron dormir y comer algo. Así era su vida, rara vez pasaba dos noches en un mismo sitio, iba de una casa a otra, recibiendo ayuda a cambio de recados o favores. Había vivido su primera infancia en un internado tras pasar por el hospicio, sin padres conocidos. Le habían buscado una casa de acogida de la que escapó a los trece años, la brutalidad del padre y la frialdad de la madre lo decidieron. Deambuló buscando comida y techo, sin ninguna intención de volver. Su natural bondadoso hizo que se fuera interesando por la gente que podía necesitar ayuda y, con ello, consiguió que se la dieran a él. Ahora tenía algunas casas

donde sabía que podía llamar para pasar la noche o para recibir un plato caliente.

Le había preguntado dónde vivía, pero Íñigo era incapaz de situarse, le contó que era de Bilbao y que solo llevaba unos meses en Madrid.

—Seguro que encontramos tu casa, solo es cuestión de pasar cerca y algo reconocerás.

—¿Y de qué serviría? Yo ni siquiera tengo llaves y la señorita Paloma y la asistenta se llevaron todo lo que había.

—¿Quién es la señorita Paloma?

—Mi institutriz.

—No sé lo que es una institutriz. Asistentas sí conozco, se las ve en los mercados y de algunas de ellas consigo algo de comer y de las más generosas hasta unas monedas.

—Una institutriz es la persona que me cuida y enseña cosas.

—¿Como una maestra?

—Sí, solo que vive con nosotros…, bueno, vivía, ahora ya no sé dónde está, ni ella, ni mi casa.

—Entonces, seré yo tu nueva institutriz…, porque hay institutrices hombres, ¿verdad?

Íñigo lo miró y tras pensárselo un rato se encogió de hombros.

—No lo sé seguro, yo no conozco a ninguno.

—*Instituzo*, *institutrizo*, *insti*…, ¡esta palabra es muy complicada! Seré mejor tu hermano mayor y ya está. Eso es casi lo mismo que ser un maestro.

Íñigo levantó la cabeza, observó a Jacinto, que ponía cara seria, de persona mayor respetable y severa. Estuvieron unos segundos aguantando quietos hasta que empezó a sentir en la tripa un cosquilleo que subió a los hombros y finalmente salió en forma de carcajada. Jacinto no se pudo contener y se unió a ellas. Era la primera vez que había visto reír al chico. No se lo pensó más, cuidaría de ese muchacho como si fuera justo eso, su hermano mayor.

El Parabere se había convertido en algo parecido a un bar. Los

clientes ya no eran comensales, pedían cerveza, vino o licores más fuertes, el de naranja, casero, era cada vez más conocido y solicitado. Apenas tenían platos para servir y había muy poca gente con estómago para comerlos. La mayoría de los empleados había dejado de acudir a su puesto, y María, en vez de tratar de reemplazarlos, ante la escasez de la demanda, había hecho uso de Milagros y Manuela para que ayudaran en la cocina y de sus hijas para servir las mesas. Víctor se las deseaba con los proveedores, faltaban ingredientes para completar recetas, en los mercados la mercancía escaseaba y no parecía que la situación fuera a mejorar llegado el otoño.

La guerra se extendía, a cada hora un nuevo parte contradecía al anterior. Tal y como imaginó María al leer sobre los quintacolumnistas, la ciudad se había convertido en una caza desenfrenada de fascistas ocultos. Se hablaba de grupos armados que estaban agazapados a la espera de provocar el pánico y la confusión entre los defensores de la ciudad. Comunistas, anarquistas, socialistas y burgueses republicanos se reunían en asambleas para trazar una estrategia común de defensa de Madrid, se hablaba de instaurar una brigada que se encargara de investigar a los fascistas clandestinos. Si las tropas habían salido para detener a las columnas que marchaban sobre la ciudad, no podían permitir que esta acabara cayendo por descuidar la retaguardia.

María y sus hijos habían conseguido un salvoconducto de la embajada francesa y un compromiso, por parte del embajador, de facilitarles, por valija diplomática, cuantos ingredientes lograra. Los informó de la intención del Gobierno francés de mantenerse neutral. Desde un punto de vista moral, su disposición estaba a favor del Gobierno, legalmente constituido, de la República, pero el compromiso del Comité de no intervención, suscrito en Londres, impedía a las potencias europeas injerir en la guerra española. Salieron de la embajada con el corazón en un puño: si las democracias del mundo no intervenían solo quedaba un final posible, que uno de los dos bandos venciera al otro.

De vuelta al restaurante, todavía digiriendo la conversación de la embajada, Jesús pidió hablar con María.

—Como sabe soy miembro del sindicato de hostelería. Me han pedido que concierte una cita con usted para hablar del Parabere.

—¿El sindicato de hostelería quiere hablar conmigo de mi restaurante?

—Sí, de hecho, sus representantes están esperando en la calle para subir.

—Pues no les hagas esperar más, lo que tenga que ser, cuanto antes mejor. Los esperaremos en el salón privado.

Un hombre moreno, peinado con fijador, mandíbulas gruesas, que rondaría los cuarenta años, no tardó en aparecer. Entró acompañado de Jesús.

—¡Camaradas! Soy el comisario Avelino Cabrejas.

—Encantada, yo soy María Mestayer de Echagüe y este es mi hijo Víctor.

—Por favor, déjeme que la llame Marquesa de Parabere, soy un admirador de su libro, he trabajado en hostelería toda mi vida y aprendido mucho con sus consejos, para mí es un honor estar aquí, pese a las circunstancias.

—Le agradezco los cumplidos, tome asiento y cuéntenos en qué podemos ayudarle.

—Creo que no es necesario que explique la situación en la que estamos, así que podemos saltarnos esa parte. El sindicato de hostelería ha tenido la necesidad de colectivizar los restaurantes de Madrid, esto quiere decir que a partir de este momento el restaurante pasa a ser del sindicato, los empleados formarán parte de este y nosotros nos haremos cargo tanto de suministrar los productos como a los trabajadores que sean necesarios para mantenerlo abierto. Como responsable gestionaré las ganancias e inversiones.

—¿Y eso en qué lugar nos deja a nosotros?

—Perdone si he sido algo brusco en la explicación, es complicado de exponer y a veces se puede entender mal lo que digo. El fin último del sindicato es mantener abierto el restaurante en la mejor situación posible. Sabemos por Jesús que aquí no se ha explotado a los empleados, y creo que tenemos un objetivo común que hará sencillo que nos entendamos. A nosotros nos gustaría que el

Parabere siguiera tal y como es ahora mismo. Lo vamos a dotar de miembros del sindicato para las labores necesarias, pero no se nos ocurriría que la Marquesa de Parabere no estuviera al frente. Piense en nosotros como un medio para garantizar su continuidad.

—Pensaba ofrecerle una copa de mi famoso licor de naranja, pero parece que es más bien al contrario, será usted el que me lo tendrá que ofrecer a mí. —María sonrió ante la ironía.

—No, por favor, entienda que ahora el restaurante es de todos los que trabajan en él, será un bien colectivo, pero usted seguirá siendo la que dirija. Ahora mismo los campos están siendo colectivizados, los trabajadores ya no tienen un terrateniente que los explote, y toda su producción se les compra colectivamente por el precio marcado por el sindicato, pero eso no quiere decir que no puedan trabajar sus tierras de la manera que crean conveniente. Eso mismo pasará aquí. Todos trabajarán para hacer lo necesario para servir los platos tal y como deben ser servidos, bajo su supervisión y la de su hijo. Nosotros pondremos un precio para los productos que compren y otro para los platos que se sirvan.

—Dadas las circunstancias, no me parece un mal acuerdo.

Víctor miraba a su madre intentando dilucidar cómo se estaba tomando las palabras del sindicalista. María cambió de postura en la silla y, tras pensarlo un instante, asintió.

—Si son capaces de garantizar que podamos servir las comidas, el acuerdo me parece bien. Además, necesitamos camareros y cocineros para sustituir a los que se han marchado. Pero le advierto que desde que empezó este caos no tenemos lo que se dice una magna lista de clientes.

—Por eso no se preocupe, una de las necesidades es garantizar que haya un restaurante de su categoría para las personalidades que están llegando a la ciudad. La guerra en España está suscitando mucho interés en el mundo, y Madrid, que ha sido capaz de parar al fascismo, se ha convertido en un foco de atracción de grandes personalidades. Pronto empezarán a llegar periodistas, escritores, políticos y otros a los que querremos agasajar en un ambiente refinado.

—En ese caso este será su restaurante —sentenció María.

Avelino se levantó y extendió la mano.

—Bienvenida al colectivo, camarada Marquesa.

—¿Camarada Marquesa?

—Ahora es usted parte del movimiento, así que, si no le molesta y, con todo el respeto que me inspira, será como la trataré en adelante.

36

Ensalada a la Rusa

En el tablero ya estaban dispuestas las piezas, blancas para Julio, negras para el Inspector. La mañana había amanecido algo más fresca que los días anteriores, el verano se acercaba a su final. Ese día, al oscurecer, el Inspector saldría en su primera misión. Su contrincante alargó la mano y, cuando el Inspector aún pensaba en el que sería su primer movimiento, le sorprendió de nuevo.

—En esta ocasión yo jugaré sin torres y tú sin caballos. —Agarró las cuatro piezas y las colocó en la caja ante la mirada confusa del Inspector—. En el ajedrez los caballos son sinónimo de ataque, las únicas piezas que saltan la línea de los peones, mientras que las torres son las piezas defensivas por excelencia. Juguemos una partida de ataque-defensa a ver qué aprendemos.

La misión parecía sencilla, llegar hasta una de las fábricas alemanas situadas en Madrid, en este caso una de bombillas, la Osram, donde le darían material e instrucciones. Solo había un inconveniente: estaba situada en el paseo de Santa María de la Cabeza esquina con la calle Fray Luis de León, una zona con abundantes controles. Pensaba en el recorrido mientras movía un peón.

—¿Se puede saber qué estás rumiando, amigo mío? Acabas de condenar a tu reina. —Con toda la calma levantó un alfil y, en un solo movimiento de la mano, sustituyó a la reina por este—. No pareces estar pendiente de la partida, entiendo tu preocupación, pero los documentos y esos brazaletes que nos dejó Eva te permitirán atravesar la ciudad sin problema.

Al finalizar la partida el sol empezaba a declinar, la hora había llegado. Se levantó para echarse un poco de agua de la jofaina en la cara, se pasó la mano por el cabello para asegurarse de dejarlo algo más despeinado, se colocó los brazaletes y se aseguró de llevar los

documentos falsos en el bolsillo del pantalón. Estaba preparado, al menos eso parecía. Con temblor en las manos tomó el fusil que estaba apoyado cerca de la puerta y, sin más, se despidió de Julio, que le deseó suerte.

—Recuerda que hoy juegas sin caballos.

La ciudad mostraba su aspecto más lúgubre, la mayor parte de las farolas estaban apagadas, las ventanas de las casas apenas se perfilaban con tímidas luminiscencias. Parecía una ciudad fantasma, sin transeúntes, ni siquiera animales, tampoco coches. Caminó entre los árboles, cobijándose de posibles miradas. Pese a todas las garantías que le había dado Eva, no se fiaba. Temía que un mal encuentro, un fugaz error, lo dejara a merced del enemigo. Frente al Museo del Prado se había instalado un punto de control donde varios milicianos descargaban sacos de arena de un carro y los iban apilando ante una de las puertas. Los saludó, no parecía que tuvieran más interés en él que en terminar su faena. Algo más confiado aceleró su paso, al fondo ya podía distinguir la estación de Atocha, allí sí se veía más vida. Había varios camiones esperando en fila alguna instrucción o carga. Sentados en grupos, milicianos y conductores charlaban compartiendo botellas y cigarrillos. Otros paseaban, como él, fusil al hombro, lo que relajó la tensión que le atenazaba el estómago y entumecía las piernas. No dejaba de dar vueltas a lo estúpido de la misión, una simple fábrica, de las tantas que había en Madrid, qué importancia podría tener y por qué a esas horas. Mantuvo la dirección intentando evitar los ojos de los que se cruzaban con él, como si estuviera concentrado en llegar a un destino y no pudiera demorarse. Llegando a Santa María de la Cabeza un soldado que estaba en uno de los grupos se levantó.

—¡Camarada, eh, camarada! —Le hacía señas—. ¿A dónde vas?

—Voy con prisa, tengo que entregar un mensaje.

Siguió caminando, señalando al frente. El soldado se puso a andar a su lado.

—No es seguro ir solo por estas calles, aquí hay muchos fascistas que intentan sabotearnos y que son peligrosos. Te acompaño, por si acaso.

—No será necesario, voy cerca.

—A mí no me cuesta nada, además aquí está tranquilo y no podemos dejar a un camarada pasear solo. —Se volvió hacia sus compañeros—. Nano, vente con nosotros. —Otro de los soldados se levantó como un resorte y corrió hasta ellos mientras se colocaba el fusil cruzándolo en la espalda—. Este es Nano y yo soy Juan.

El Inspector asintió, estaba claro que a esos dos no iba a quitárselos de encima fácilmente. Tendría que pensar en cómo actuar, a uno bien podría haberle cogido del cuello y dejarlo sin aire hasta que se quedara inconsciente, pero con dos ya no podía usar esa táctica. Dispararles era imposible, en segundos estaría rodeado. Continuaron bajando la calle; a medida que se alejaban de la estación la oscuridad se hacía más intensa. El tal Juan parecía tener verborrea.

—… y parece que los moros que vienen con ese Franco son asesinos natos, unos bárbaros que violan mujeres y comen niños. Eso cuentan, lo juro. Nosotros ya nos hemos presentado voluntarios para ir al frente de la sierra, allí es por donde se supone que van a llegar esos mal nacidos. Tendrías que oír a mi padre, tiene casi sesenta años, pero más energía que los de veinte, «¡esos patronos de mierda no nos van a joder de nuevo!», gritaba desde su ventana cuando se enteró del golpe. A poco que se nos iba de casa con el palo de la escoba para atizar al primer faccioso con el que se cruzara.

Nano se reía con su compañero asintiendo a sus palabras.

—¡Es verdad, es verdad!, el padre de este es un huracán, mil como él y esta guerra se gana sin dar un tiro.

El Inspector les sonreía, estaban apenas a un par de manzanas de la fábrica, tanto escuchar no le dejaba pensar con claridad, si llegaban hasta la puerta y se empeñaban en entrar con él iba a tener un problema mayor. Tenía que encontrar una forma de quitárselos de encima.

—¿Y tú qué piensas hacer? —La pregunta le cogió de improviso mientras cavilaba.

—Yo me debo al sindicato, supongo que haré lo que me digan. Lo más importante es estar dispuesto a ayudar donde se necesite.

—Bien dicho, camarada, ese es el espíritu, esos generales con

tanta medallita se van a encontrar la sorpresa de un pueblo unido y dispuesto a dejarse las entrañas. Esos saben mucho de mandar, pero los que pegan los tiros somos los que tenemos uniformes sin metales.

Estaban a pocos metros de la garita del guarda de la fábrica. Dentro, un hombre que parecía adormilado se levantó y salió a esperar a los tres visitantes. Era enorme.

—¡Hostias, con mil como ese sí que no haría falta dar tiros! —exclamó Nano.

—Esperadme aquí, entro a dar el recado y salgo en unos minutos.

El Inspector se sorprendió al ver que le hacían caso sin rechistar. Se acercó al gigante y susurró que venía de parte de Hans. El guarda lo miró de arriba abajo, asintió y preguntó:

—¿Y esos?

—Han insistido en acompañarme, pero no vienen conmigo.

—¿Has dicho que vienes de parte de un tal Hans? —preguntó Nano —. Ese es nombre alemán, ¿no?

—Qué más te da si es alemán o no, si es de los nuestros, bienvenido —le decía Juan—, deja que dé el mensaje y nos volvemos.

—A mí no me gustan los alemanes, esos nazis son peores que los italianos, ¿qué mensaje traes y qué fábrica es esta? —Nano se descolgó el fusil y apuntó al Inspector y al guarda—. Vamos a acompañarte para asegurarnos de que no sois unos traidores.

—Pero, Nano, ¿estás loco? —Juan trataba de mediar.

—No te preocupes, Juan, no tengo nada que ocultar, podéis pasar y escuchar lo que tengo que decir.

Juan y Nano, que mantenía el arma apuntando al Inspector, traspasaron la verja. Un camino de adoquines llevaba hasta el edificio principal de ladrillo visto, apenas habría unos metros hasta la entrada. El Inspector intentaba pensar rápido cómo salir de esa situación, tenía la pistola que le había dado Hans en el bolsillo, pero era seguro que antes de sacarla Nano dispararía. «Maldita primera misión de mierda». Debía idear un mensaje que no tuviera ninguna relevancia, al fin y al cabo, era una fábrica de bombillas, seguro que se le podía ocurrir algo que no levantara sospechas. A sus espaldas

escuchó un golpe seco, algo que crujía y un cuerpo caer.

—¿Qué…? —empezó a decir Juan al ver en el suelo a Nano.

Se llevó la mano a la espalda para agarrar el fusil, pero el guarda, con una velocidad que no parecía posible para su corpulencia, le envolvió el cuello con el brazo y apretó hasta dejarlo sin aliento. Cuando los ojos le quedaron en blanco, lo soltó y el cuerpo cayó desmayado, o muerto, el Inspector no podía discernir. El guarda se agachó para asegurarse de que sus dos víctimas estaban inconscientes.

—Pase dentro, lo están esperando. Yo me encargo de estos dos.

El Inspector se dio la vuelta y entró en el edificio, prácticamente vacío. Sin duda había encontrado el caballo para jugar la partida.

Un hombre calvo y con gafas lo esperaba en la recepción, con voz meliflua le indicó que esperara un instante, desapareció unos minutos y volvió con una caja de madera.

—Estas son unas bombillas de color rojo, van con una batería eléctrica, es importante cargarla antes de cada uso. —Abrió la tapa —. Para cargar la batería solo hay que girar esta manivela durante unos minutos. Sería conveniente recuperarla cada vez que la uséis, no son muchas las que hay. Te voy a entregar una factura donde dice que las estás llevando al Ministerio de Gobernación.

El hombre, además de enseñarle cómo colocar la bombilla y cargar la batería, lo instruyó en cómo hacer para que el haz de luz solo se viera desde arriba, poniendo una pantalla negra. Cuando salió con la caja, los dos cuerpos de los milicianos habían desaparecido y el gigante descansaba en la garita, como si allí no hubiera sucedido nada. Lo saludó y continuó su camino con rapidez, lo último que quería era otro encuentro inoportuno.

Esa noche no consiguió dormir, estaba incómodo, daba vueltas en la cama a ver si el sueño lo atrapaba, pero cada vez que empezaba a sentir que iba a perder la conciencia, recordaba la escena de los dos milicianos caídos y el guarda inclinado sobre ellos.

Se hartó de girarse entre las sábanas y se levantó para ir a beber un vaso de agua, tenía la boca seca. Fuera empezaba a despuntar el sol. Se encendió un cigarrillo y apareció Eva vestida solo con unas bragas. El Inspector se atragantó con el humo.

—¿Nunca has visto los pechos de una mujer?

—No… Quiero decir, sí, pero no así.

Eva le quitó el cigarrillo, dio una buena calada y se sirvió un vaso de agua.

—Aprovecha y mira, a mí no me importa. Ahora que estamos en guerra podemos criar malvas cualquier día. —Acarició el brazo del Inspector—. No te apures, que algún día tú y yo…

—¿Y qué pasa con Julio?

—Julio es una distracción, una forma de matar el tiempo. No seas tan pudoroso, hay que divertirse de alguna manera. —Se dio media vuelta y, mientras caminaba, se giró, le lanzó un beso y dijo—: Un día de estos…

La cabeza de Íñigo no paraba de dar vueltas observando los edificios. Exclamaba su admiración y señalaba todos los lugares que le llamaban la atención, Jacinto sonreía ante la fascinación que le despertaba la avenida.

—Esta es la Gran Vía, aquí puedes encontrar de todo, tiendas, bares, cafeterías, cines, teatros… —Pasaban coches y autobuses en ambos sentidos, las fachadas estaban llenas de anuncios de bebidas, comidas y espectáculos. Íñigo iba leyéndolos todos—. Ahora está algo deslucida, por la guerra.

—¿Deslucida? Si parecen casas de gigantes. ¿Estás seguro de que no se nos van a caer encima?

—No, seguro que no se caen. Antes, de noche, se encendían las bombillas de las letras y aquellas de los carteles y parecía que los edificios bailaran. Muchas de ellas están pintadas de colores: rojos, amarillos, verdes, azules… Era un espectáculo digno de verse.

—¡Jolines!, nunca vi edificios tan altos, no hay en Bilbao, y con mi madre casi no salía de casa. ¿Y aquel de allí? Es tan alto que las ventanas de arriba parecen cajitas de cerillas.

—Ese es el edificio de Telefónica, el más alto de Madrid y de España, y dicen que en toda Europa no hay otro tan alto. Ven, vamos a entrar a ver el vestíbulo.

Llegaron a la puerta principal, unos guardias protegían la entrada

con fusiles. Jacinto los saludó e intentó pasar. Uno de los guardias se puso delante impidiéndole continuar.

—¿Adónde vais? Aquí no se puede entrar.

—¿Por qué no? Yo siempre entré sin problemas.

—Estamos en guerra, ahora mismo este es un edificio protegido y no se permite la entrada a nadie sin un permiso.

—Solo queríamos pasar al vestíbulo, se lo quería enseñar a mi hermano, él nunca ha estado y siente curiosidad.

Los guardias se miraron entre ellos, el que había permanecido en silencio hizo un ligero gesto con los hombros, le dio el fusil al otro guardia y se dirigió a los chicos.

—Podéis entrar conmigo unos segundos, pero solo podéis verlo desde la puerta.

Se asomaron e Íñigo soltó una exclamación de sorpresa. Era un espacio amplio, lleno de mármol, bronces, lámparas y esculturas en relieve por todas partes, un lujo como el del teatro Arriaga, pero mucho más grande. Seguía paseando la mirada por todos los detalles hasta que el guardia los cogió del hombro y los llevó fuera de nuevo.

—¡Me tienes que enseñar más cosas, todo lo que hay aquí!

Jacinto lo cogió de la mano. Esperaba que el paseo lo ayudara a olvidar sus desgracias, al menos por un tiempo. Mientras seguían hacia la calle Alcalá escucharon una sirena. Al principio la gente se quedó parada, sorprendida, pero pronto empezó a correr, a la voz de unos soldados que los arengaban para que fueran al metro o se protegieran entre los edificios. En pocos minutos se escucharon los rugidos de los aviones acercándose, Jacinto abrazaba a Íñigo contra un portal, cubiertos por la marquesina. Se habían agachado hasta convertirse en un ovillo. El ruido se hizo más intenso, uno de los aviones estaba cruzando la Gran Vía. Jacinto cerró los ojos, se oyó un silbido, después el silencio y una detonación que hizo retumbar el suelo. Un segundo silbido, nuevo silencio y otra deflagración, esta vez acompañada de ruidos de cristales y piedras desplomándose. Pasaron unos minutos, las explosiones habían parado. Jacinto abrió los ojos y contempló cómo, lentamente, iba la gente saliendo de los refugios improvisados. Ayudó a Íñigo a ponerse en pie, ambos

examinaron los edificios de la Gran Vía. No parecía que hubieran alcanzado a ninguno en esa zona, pero algo más lejos una mancha de humo se extendía por el cielo violeta del atardecer. Los dos guardias se acercaron a donde estaban los chicos.

—¿Estáis bien?

No sabían qué contestar, cada uno se hacía la misma pregunta a sí mismo. Jacinto se miró bien, luego a Íñigo, que observaba, ajeno a la ayuda, lo alto de los edificios. Los guardas, al comprobar que seguían enteros, continuaron preguntando al resto de las personas que caminaban aturdidas. Íñigo empezó a sonreír señalando hacia arriba.

—Esos aviones no van a poder con estos gigantes, son más fuertes que ellos. —Y comenzó a dar vueltas riéndose.

Era la segunda vez que escuchaban llegar a los aviones, pero la primera en la que habían sentido tan cerca las bombas. A partir de ese momento tendrían que ser más cautos.

—¿No tienes miedo? —preguntó Jacinto. Íñigo dejó de sonreír.

—He tenido mucho, pero has dicho que los edificios no se caerían seguro y no lo han hecho.

—Ya se está haciendo de noche, será mejor que nos acerquemos a casa de la señora Sole para descansar. Está aquí cerca y seguro que nos dejará dormir hoy allí.

Le tomó de la mano esperando que no se diera cuenta de que estaba temblando. Mientras se alejaban no pudo evitar mirar atrás, por encima del hombro, los reflejos anaranjados que señalaban los incendios provocados por las bombas.

El Inspector y Julio habían observado los aviones alemanes bombardeando la plaza de Cibeles. Lo habían hecho al atardecer, a la luz del día, una primera aproximación para comprobar las defensas que tenía la ciudad. Hans les daría instrucciones sobre dónde colocar la batería para iluminar lugares estratégicos que sirvieran de guía a los aviones por la noche. Una señal luminosa para las bombas. Los dos hombres se entretuvieron cargando la batería y colocando la primera bombilla para saber el tiempo de duración,

esencial para conocer con cuánta anticipación colocarla para que no se apagara antes de que llegaran los aviones. Caía la tarde cuando llamaron a la puerta. Eva apareció en el salón iluminado de rojo, lo que le produjo un pinchazo en el estómago al Inspector.

—Veo que me estabais esperando. —Divertida, Eva se soltó la melena e hizo un movimiento flamenco—. En serio, traigo noticias importantes, espero que no hayáis cenado todavía.

Esa tarde la agitación en la cocina era frenética. Avelino Cabrejas les había anunciado que tendrían a un invitado importante, el nuevo embajador soviético Marcel Rosenberg, al que era necesario encandilar. El comisario sindical había cumplido su palabra y la despensa estaba repleta de ingredientes. María dirigía a los nuevos cocineros cuando Víctor irrumpió acompañado de un especialmente nervioso Avelino.

—La mesa ya está preparada. Venimos a saber qué has cocinado —le dijo Víctor a María.

—He estado pensando, los rusos están acostumbrados a comer muchos aperitivos. La cocina rusa es escasa, apenas tienen cinco o seis platos, aunque muy característicos y originales. Desgraciadamente no podremos hacer ninguno igual que las recetas, pero sí algunos que se pueden parecer. Como primer plato he dispuesto una ensalada a la Rusa. Tiene la ventaja de que se puede confeccionar sin necesidad de tener todos los ingredientes originales, por suerte teníamos remolacha, pero por desgracia no pude conseguir caviar.

—El señor Rosenberg es un digno representante del pueblo soviético, no será necesaria esa muestra de caduca aristocracia.

María continuó explicando los distintos preparados a base de verduras, setas, empanadillas de carne y pescado ahumado sobre blinis…

—Y como plato principal quería preparar uno castellano y, sabiendo que el señor embajador es judío, no he querido ofenderle con un cochinillo, por lo que he optado por un cordero.

Abrió la puerta del horno dejando escapar los vapores del caldo

que empapaba la carne.

—Creo que esta cena no la va a olvidar en mucho tiempo. —Avelino se acercó para absorber mejor el aroma—. Yo nací en Alcazarén, en la provincia de Valladolid, en plena tierra castellana, y déjame decirte, camarada Marquesa, que asados así no he visto allí.

Apoyado en la fachada que hacía esquina de la calle Cádiz con Barcelona, el Inspector se entretuvo encendiendo un cigarrillo mientras observaba cómo tres coches paraban unos metros más allá, en Espoz y Mina. Del primero bajaron unos milicianos, del segundo lo que parecían funcionarios y militares, pero el que más le importaba era el tercero, el que estaba adornado con banderas soviéticas, de este bajó su embajador.

Julio había pedido una mesa en un rincón del salón principal, cerca de uno de los balcones, para tener visión de la calle. Desde su posición pudo observar al Inspector, en su puesto, encenderse un cigarrillo, la señal que estaba esperando para saber que ya había llegado el embajador soviético. Pidió ensalada a la rusa. Tal y como les había contado Eva, el Gobierno de Largo Caballero había requisado el Parabere a través de la anarcosindicalista CNT, encargo que le habían hecho a Avelino Cabrejas, un antiguo camarero del café Chokala. Eva continuó relatando que el restaurante era propiedad de la Marquesa de Parabere, la famosa escritora de libros de cocina, una mujer de la burguesía vasca y sin significado perfil político. Julio transmitió a Hans un informe con todos los detalles. La contestación no se hizo esperar: Avelino Cabrejas era un sujeto al que había que tener vigilado, era peligroso y con autoridad en las juntas de defensa. También era urgente tener información de los comensales del restaurante. Si el Gobierno había decidido mantenerlo abierto no podían desestimar la información que sacarían de él.

La Marquesa de Parabere, su hijo y Cabrejas entraron en el salón acompañados por el embajador, un hombre con entradas, bajo y moreno, con un gran bigote oscuro, y otro alto, grande y con gafas, al que Julio reconoció como su tocayo Álvarez del Vayo, al que Largo

Caballero había nombrado ministro de Estado. Estaban escuchando lo que parecían las explicaciones de los anfitriones sobre la decoración del local. «Si esos dos van a cenar juntos es un indicio de la colaboración entre republicanos y soviéticos». Dio un sorbo a su copa de vino y continuó comiendo la ensalada. El informe que redactaría al día siguiente para los alemanes sería de lo más extraordinario.

Los invitados iban tomando asiento en el salón privado. María enunció el menú.

—Excelencia, antes de empezar con los entrantes he querido homenajearle con un delicioso *borcht*, aunque le advierto que lo he preparado sin harina, al estilo polaco, me gusta más ya que deja el caldo más líquido.

—¡Maravilloso! Es uno de mis platos preferidos, pero ¿cómo es posible que lo conozca?

Álvarez del Vayo se adelantó a contestar.

—La Marquesa es una excelente cocinera, pero es sobre todo una genuina eminencia en conocimientos culinarios. Su libro, del que le haré llegar un ejemplar, es una auténtica enciclopedia.

—Fascinante. —Se volvió a María y le susurró divertido—: Yo nací en Polonia y también me gusta más la versión sin harina.

María continuó con el menú, las caras fascinadas de los comensales le hicieron explicar incluso la procedencia de cada receta y algunas particularidades de su elaboración. Cuando terminó, Rosenberg le preguntó si conocía el Strogonoff.

—He oído hablar de él, pero nunca lo he preparado.

—Su origen es una historia muy interesante. La receta corresponde a la familia Stróganov, famosa por tener a una de las escritoras más reconocidas de recetas rusas, de nombre Elena Ivánovna, nuestra Marquesa de Parabere. —Sonrió a María—. Intentaré hacerle llegar un ejemplar —y girando la cabeza a Del Vayo—, por supuesto, a usted también, de su libro *Un obsequio para las amas de casa jóvenes*.

—¿Me considera un ama de casa joven? —preguntó Álvarez del Vayo ante las risas de los presentes.

—En la elección del título me temo que no consideró la posibilidad

de acabar siendo un bien de obsequio diplomático. Pero déjenme que termine la historia de la receta más conocida del mismo. Uno de los antepasados de Elena, un hombre con fama de glotón, como muchos de los aristócratas rusos del siglo XIX, era un apasionado de las carnes, principalmente la de ternera, de la que comía casi a diario buenas raciones. Pero el inmisericorde paso del tiempo hizo que poco a poco perdiera la mayor parte de sus dientes, hasta tener insuficientes para poder masticar la carne. Desesperado, iba rumiando su padecer, no por su vejez, sino por no poder seguir degustando su alimento favorito. Su cocinero, apesadumbrado por no conseguir agraciar a su señor, tuvo la ocurrencia de cortar en trozos muy finos la ternera, hervirla y mezclarla con mostaza y un poco de pasta, de esa manera quedaba un plato fácil de masticar y una auténtica delicia para el paladar.

—Es una historia fascinante, su excelencia me deja con ansias de tener el libro. Desde ya, sepa que voy a escribir sobre ella para incluirla en mi archivo.

María dejó el salón y entró en la cocina. Comprobó que el *borcht* tuviera el color rojo brillante que le confería la remolacha. Probó un poco y dio el visto bueno para que se pudiera servir. Siguió hasta la bandeja de la ensalada y los aperitivos, se cercioró de que todo estuviera bien presentado. Víctor la encontró con el rostro tan radiante, pese a los bombardeos y los combates a pocos kilómetros de donde estaban, que no pudo por menos que alegrarse por ella.

37

Sopa de ajo

—Está ardiendo, tendremos que esperar un buen rato para poder empezar a comer —dijo el Inspector, soplando el puchero que Eva le había preparado.

—En ese caso podemos empezar por el postre. —Eva apartó la copa de vino y tiró de él hasta llevarlo al cuarto.

Sin preámbulos, lo tiró en su cama y, a horcajadas, se subió sobre él. En apenas diez minutos ya estaban acostados uno al lado del otro, los cuerpos desnudos y sudorosos. Eva se levantó y se acercó a la jofaina para refrescarse y lavarse.

—Vete levantando, no me gustaría echar a perder la comida y mucho menos que Julio nos encuentre así.

—¿No decías que Julio era una distracción?

Eva terminó de abrocharse el último botón de la camisa.

—¿Y qué te hace pensar que tú no seas otra?

Salió mientras el Inspector recuperaba las prendas perdidas por el suelo. Le había entrado un hambre atroz, Eva lo esperaba en la mesa. La miraba masticar, uno de sus rizos le caía sobre la cara, se concentró en su plato mientras sentía el silencio plomizo arrebatarle las palabras. Eva rompió el momento sacando los papeles sobre Avelino Cabrejas que había llevado. Entre cucharadas, le fue contando.

—Lo han nombrado jefe del comité revolucionario que la CNT tiene en la calle Génova. Tiene a sus órdenes a unos trescientos milicianos cuyo trabajo es hacer registros en busca de elementos subversivos. Los llevan allí para interrogarlos y conseguir no solo información sobre quintacolumnistas, también de simpatizantes del golpe escondidos.

—¿Tú estás entre esos trescientos?

—¡Qué dices! Yo trabajo en la parte administrativa del sindicato.

Los que están en ese comité son de otra pasta. Cabrejas siempre se mueve con dos sujetos, son muy peligrosos y se hacen llamar El Verdugo y El Cachimba, debes tener cuidado con ellos.

—¿Te preocupas por mí?

—¡Imbécil!, me preocupo por todos, si supieran de nosotros no dejarían una piedra sin levantar hasta encontrarnos, y si lo hacen… Mejor no saber lo que podría pasar.

Escucharon ruido en la escalera, alguien subía al piso, recogieron a toda prisa los papeles desplegados sobre la mesa y Eva se los llevó al cuarto de Julio. Los pasos pararon en la puerta, durante los siguientes segundos el Inspector sintió el deseo de coger la pistola y disparar a través de la madera de la puerta. Cuando Julio la abrió con una gran sonrisa, el pensamiento se desvaneció.

—Tienes la cara blanca, ¿no te imaginabas que era yo? —Le dio una palmada en el hombro—. Tranquilo, si vinieran a por nosotros subiría más de una persona.

Eva salió del cuarto.

—Ah, eres tú.

—Pero ¿quién iba a ser? ¿Acaso pensabais que no iba a volver? —Al Inspector se le revolvió el estómago—. Ahora que ya estamos todos relajados vamos a sentarnos a preparar el informe y a planificar los siguientes movimientos. —Eva recogió el resto de la sopa y los platos, dejó las copas y al volver de la cocina trajo una para Julio—. Pregunté a los camareros cómo iban las cosas, al parecer cada día llegan más clientes, sobre todo extranjeros. Les he pedido que me guarden una mesa para cenar, a ser posible la misma de hoy, para toda esta semana, les he convencido de que soy un empresario suizo y además me he ofrecido a venderles naranjas y limones valencianos. —El Inspector no daba crédito a las maniobras de Julio, era un hombre que se manejaba con suma tranquilidad entre campos de minas—. En cuanto lo comenté llamaron a Cabrejas para negociar. —Se giró hacia Eva—. Le he dado tu contacto por si quiere comprobar que la finca de la que traemos los cítricos está colectivizada, le he puesto un precio por el transporte.

El Inspector golpeó la mesa con las dos manos.

—¿Estás loco, no crees que pueda investigarte y con ello llegar a la

conclusión de que Eva es una traidora? ¡Nos has puesto a todos en peligro!

—Mi querido Inspector, en este oficio hay que tener todo bien atado. Si yo fuera todos los días por el restaurante sin una excusa para ello, sí que sería sospechoso y muy peligroso —se inclinó sobre la mesa para acercar la cara a la del Inspector—, sin embargo, todo lo que he dicho es demostrable, hay papeles que lo certifican y la finca está colectivizada. La mejor manera de pasar desapercibido es precisamente ser parte de lo que se quiere vigilar.

Siguieron proyectando sus siguientes movimientos. Una vez resueltos, Julio se estiró, giró el cuello hasta hacerlo crujir y se levantó. Le ofreció la mano a Eva. Ella la tomó y lo acompañó a su habitación. El Inspector terminó de beber su copa de vino y el resto que quedaba en la botella. Miraba por la ventana la luna brillar. No quería ir a la cama, mejor dicho, no podía ir a la cama, no soportaba la idea de tener que oler el cuerpo de Eva entre las sábanas.

Las calles del centro de la ciudad se habían llenado de carteles sobre la guerra, Íñigo se iba parando a leer algunos con los que se topaban. Jacinto tenía paciencia, le explicaba lo que el niño no entendía. Tardaron un buen rato, pero finalmente llegaron a su destino, uno de esos edificios altos con miles de ventanas y balcones y columnas gigantescas. En el tejado había un friso donde se podía leer: Hotel Florida.

—Aquí es donde vas a poder demostrarme que has estudiado francés e inglés.

Se quedaron cerca de la puerta, una escalinata de mármol bajo una gran marquesina de cristal. Llegó un taxi del que se bajó un hombre alto, con bigote, vestido con camisa, tirantes y un sombrero blanco. Enseguida aparecieron un par de botones para sacar el baúl que llevaba y darle la bienvenida. Mientras el hombre pagaba, Jacinto se acercó.

—Buenos días, señor —y mirando a Íñigo—, pregúntale en francés si quiere un paseo por la ciudad.

—Hablo español, muchacho, muchas gracias por la oferta, pero ya

conozco la ciudad.

Los saludó con el sombrero y se metió dentro del hotel. El taxista se acercó a los chicos.

—¿No sabéis quién es ese hombre?

—No tenemos ni idea.

—Es un escritor muy famoso, se llama Ernesto Hemingway. Dicen que gracias a él vamos a ganar la guerra.

Los dos chicos miraron a la puerta por donde había desaparecido.

—¿Y cómo va a hacer para ganar la guerra?

—Escribiendo. —Se quedaron los dos mirando con extrañeza al taxista, este empezó a reír—. Con lo que cuente conseguiremos que otros países apoyen la República.

El taxista sacó la mano por la ventanilla, a modo de saludo, y se incorporó al poco tráfico que quedaba en la Gran Vía. Jacinto cogió del brazo a Íñigo y se apartaron a la espera del siguiente coche. Seguro que alguno de los que no cesaban de llegar a Madrid necesitaría de su ayuda.

María llegó tarde al restaurante, cerca de las doce del mediodía, y, nada más entrar, se sentó y pidió una copa de vino. «Al sol de la mañana la bomba de aviación que cae es una pompita de jabón que en un instante raya el cielo azul de arriba abajo. Vibra al sentirse herido el gran diapasón del espacio y, luego, si se está cerca, se sufre en las entrañas un tirón de descuaje como si le rebanasen a uno por dentro y le quisieran volcar fuera». Esas palabras, propias de uno de los asiduos comensales, Manuel Chaves Nogales, bien las podría haber pronunciado ella en ese momento. Víctor, que la esperaba con la cara desencajada, la interrogó.

—Mamá, ¿dónde estabas? Con este bombardeo de hoy, pensamos que no te volvíamos a ver…

—Hijo, no te escucho. Estos obuses van a dejarnos sordos a todos.

Víctor le gritó:

—¿Que dónde estabas?

—¡Dónde voy a estar! En un sótano, aquí al lado. No me dio tiempo a llegar hasta aquí.

—¡Vaya susto!

—Horrible…, yo también temí por mi vida y por la de todos los que se encontraban conmigo en ese agujero, ¡qué espanto! Menos mal que coincidí con Pascual, el tabernero, y, no lo creerás, pero cuando pasó el estruendo y nos volvió el corazón al sitio, hasta alguna broma hicimos a cuenta de esto. —Levantó la copa.

—Pues no, no lo puedo creer…

—Mientras estábamos allí encerrados, ya te digo que cuando empezamos a recomponernos un señor dijo que se iba a tomar todo el vino que su mujer siempre le prohibía. Y yo le respondí que beber buen vino en cantidad razonable es saludable y con ello no se ofende a Dios, ya que la Biblia lo preconiza como el mejor de los medicamentos para todos los males, y Nuestro Señor Jesucristo hizo su primer milagro en las bodas de Caná transformando el agua en vino. —Víctor la miraba atónito, de la misma manera la escuchaba el servicio—. Y para rebajar la tensión, después de pedir disculpas por la irreverencia, les dije que ese mismo milagro, en estos tiempos, desgraciadamente lo tenían que hacer muchos comerciantes. Y entonces me referí a Pascual, que ya sabes que blasfema con asiduidad y alardea de incrédulo, y le dije que él era el católico más grande que había en su gremio. Por supuesto, me contestó con un «¿yo?» sorprendido y furioso. A lo que le contesté: «Sí, compañero; como que te pasas el día bautizando y haciendo milagros: de tres barricas de vino haces seis…». ¡Y todos se rieron, hasta él! Así que mira por dónde, de un mal rato pasamos otro mejor… A todo se acostumbra una…

—Eres tremenda, mamá, ¡tremenda!

María se terminó su copa de vino en silencio, mirando su restaurante y deleitándose en los detalles. Se levantó, dispuesta, y preguntó en la cocina:

—Hoy nos toca inventar, ¿verdad? —Las cocineras asintieron—. Y además a toda prisa… Hagamos, pues, una buena sopa de ajo. Así, al menos, calentaremos la panza. Pongamos también garbanzos de remojo y tendremos algo para mañana.

No habían dado las dos de la tarde y ya empezaban a llegar los primeros milicianos, la mayoría de la CNT, que comían a diario en el

restaurante. Para ellos quedó el salón mayor, mientras que los reservados se atesoraban para los escasos clientes que todavía podían pagar: oficiales de las milicias, periodistas extranjeros, diputados, intelectuales antifascistas y otras personas más difíciles de clasificar.

Para la tropa empezó a servirse la sopa más caldosa, con unas rajitas de pimento verde. María guardó un buen caldero y lo separó en cazuelas de barro para hacerla tostada, al horno arrebatado para que formara corteza; pero ya sería para la cena, que en esos días se servía bien temprana, por el toque de queda. Una de estas fue la que se le sirvió al director del periódico *Ahora*, Manuel Chaves Nogales.

—Esta mañana recordé su descripción de un bombardeo, don Manuel, me cogieron las bombas en la calle.

—¡Qué época tan bárbara nos ha tocado vivir! Tiempo de héroes, bestias y mártires.

María interrumpió la conversación, una cuestión de la cocina requería su atención.

Al poco entró en el restaurante «un hombre joven, desbaratado y vacilante, delgado, de brazos largos y colgantes, un mechón de pelo de muerto caído sobre la frente pálida, el ojo turbio y rastrero, el cuello huidizo y un alentar fatigoso en la faz». Así lo describiría más tarde el periodista que, en ese momento, lo miró con lástima sin, todavía, reconocerlo. Durante algún tiempo el hombre estuvo con la cabeza sobre el brazo doblado como si sollozase. Era la imagen fiel y patética del esfuerzo sobrehumano, el dramático espectáculo del que quiere y no puede. Le sirvieron un plato de sopa caliente y fue serenándose. Un camarero se acercó a Chaves y, confidencialmente, le dijo:

—Todas las tardes vuelve del frente deshecho, es un francés que ha venido a España para batirse por la revolución. Está al frente de una escuadrilla de aviones, pero no es aviador. —El periodista prestó mayor interés. La aviación era una de sus pasiones—. En su país creo que era poeta, novelista o algo así.

—¿André Malraux?

—Puede ser… La señora, que habla con él en francés, lo llama algo

parecido.

Chaves Nogales siguió con su sopa, sin perder de vista al extranjero. Su estampa contrastaba con la energía de una tertulia intelectual, unas mesas más allá de la suya. Iban llegando nuevos comensales bulliciosos, algunos optimistas. Entre ellos el poeta Rafael Alberti y María Teresa León, que venían a unirse al círculo del coloquio. Los camareros hicieron una mueca de desagrado al verlos entrar, «ya llegaron los de la alta sociedad», se escuchó decir a uno, pero la pareja bohemia no pareció inmutarse. Antes de coger posiciones en la mesa, pararon a saludar al francés, que, al instante, cambió la expresión desesperada de su rostro por una forzada y pulida sonrisa, marcada por tics nerviosos. Ahí fue cuando el periodista pudo confirmar quién era; sus muecas, producto del síndrome de Tourette, hacían inconfundible al escritor de *La condición humana*.

Antes de que se marchara, María se acercó de nuevo a su mesa. Chaves olía el vapor que salía del café.

—¡Qué aroma, María! Da gusto.

—El mérito es de la CNT, que es quien lo consigue. Para lo que hay por ahí, este sigue siendo más que digno —María bajó la voz—, palabra de la camarada Marquesa.

Chaves Nogales hizo un gesto de hastío.

—Yo también soy el camarada director —le contestó y, llevándose una mano al corazón, continuó su charla contundente y serena, como si la hubiera tenido preparada—. Yo, que en mi vida he sido revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encuentro en pleno régimen soviético. —María asentía—. Estoy al servicio de los obreros como estuve antes a las órdenes del capitalista, es decir, soy leal con ellos y conmigo mismo. Les hago constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado. Me he comprometido a defender únicamente la causa del pueblo contra el fascismo y los militares sublevados.

—Le iba a preguntar si quería que le presentara al señor Malraux, pero veo que…

—No se moleste, alguna vez hemos coincidido y lo reconocí, así

que podría haberlo saludado. Es usted muy amable, pero la realidad es que todo revolucionario, con el debido respeto, me parece algo tan pernicioso como cualquier reaccionario. —María volvió a asentir —. Mi única y humilde verdad es un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia.

—Cuánta razón tiene usted. Valoro especialmente escucharlo en medio de este desquicie.

38

Callos o tripacallos a la Vizcaína

Se había enfundado en un uniforme del sindicato, haciéndose pasar de nuevo por un miliciano, con un petate para meter la batería: era difícil disimularla de otra forma. Bajó una de las calles del barrio de Argüelles, donde pasaría desapercibido a esas horas entre los cientos de milicianos y regulares que patrullaban la zona. La mayor parte de los edificios habían sido abandonados en previsión de la llegada de las columnas que marchaban sobre Madrid, también se habían levantado barricadas con muebles, piedras y sacos, y se cavaban trincheras en el parque del Oeste. La misión del Inspector era encontrar un edificio al que subir para dejar encendida la bombilla, tenía que conseguirlo antes de que anocheciera, subir a colocar la batería y después salir de allí antes de que los aviones llegaran para soltar las bombas.

Parecía sencillo sobre el papel, sin embargo, en esos momentos, sintiendo el peso del petate cargado en los hombros, las miradas desconfiadas de los soldados, las puertas cerradas de los portales, el ruido de los carros cargando los cañones defensivos, la visión de unos combatientes afanándose en volcar un automóvil para reforzar una de las barricadas, se le hacía un mundo. Se detuvo en un banco para soltar el petate, sentarse, quitarse el gorro y pasarse un pañuelo por la frente.

—¿Nervioso, camarada? —Miró a quien le hablaba, un miliciano comunista, a merced del uniforme, que le estaba ofreciendo un cigarrillo.

—¿Quién no lo está? —Cogió el pitillo.

—En eso tienes razón, solo los que están bajo tierra pueden estar tranquilos, aunque es posible que ni ellos. ¿Me permites que me siente un rato contigo? —El muchacho le habló de su procedencia, era maestro, y de que en una batalla solo serviría de bulto. El

Inspector apenas le prestaba atención.

—Gracias por el cigarrillo y mucha suerte, camarada. Ahora tengo que irme. —El Inspector se levantó tirando el filtro y pisándolo sobre los adoquines.

—¿A dónde tienes que ir? —La pregunta parecía trivial, mas no dejó de incomodar al Inspector.

—Una de mis tías vive por esta zona, me ha pedido que venga a buscarle algunos objetos que dejó y echa en falta.

—No es buena idea andar entrando en estos edificios, son como una diana a la que hacer blanco. Si llegaran los aviones apenas tendrás diez minutos entre el aviso de la sirena y que empiecen a caer las bombas.

—Soy consciente, por eso querría terminar cuanto antes y marcharme. ¿No sabrás dónde está el sereno de la zona? Mi tía no tiene las llaves del piso y necesito pedírselas. —Era un riesgo, pero suponía improbable que rondara entre los edificios vacíos.

—Me temo que hace días que no veo a ninguno por estas calles. Si me dices dónde vive tu tía te puedo ayudar a entrar en el piso. La mayoría de las casas ni siquiera están cerradas. —El Inspector observó a su alrededor y apuntó al edificio más alto de los que tenía a la vista.

—Es ese de ahí. Si me ayudas a abrir el portal ya me encargo yo de subir.

—No te preocupes, camarada, vamos hacia allá, aquí no hay nada mejor que hacer. Lo mismo puedo esperar en un sitio que en otro.

Llegaron a la puerta de aspecto robusto, más metal que cristales. «Mierda», pensó el Inspector, pero ante su sorpresa, el comunista rompió uno de los vidrios y pasó la mano por dentro. En un momento había conseguido abrirla.

El comunista se sentó en el suelo de la calle a esperar. El Inspector subió las escaleras hasta el último piso, donde había dos puertas, sopesó cuál parecía más liviana y cargó contra ella. Entró buscando la terraza que había observado desde la calle. Una vez la localizó, se arrodilló y sacó la batería y la bombilla, giró durante unos minutos la manivela y se cercioró de que funcionara. La colocó para que la luz no se reflejara en la fachada del edificio y, cuando ya estaba a punto

de recoger e irse, escuchó el ruido de alguien entrando en el piso.

A las pocas semanas del golpe se había establecido una restricción en las comunicaciones telefónicas, era necesario un permiso para poder realizarlas, sin él no había manera de completar ninguna llamada ante la posibilidad de ser usada para la causa rebelde. Hacía una semana que María no sabía nada de Ramón y sus hijos de Bilbao, una semana en que la angustia la había llevado a tener una conversación con el recientemente nombrado ministro del Gobierno de Largo Caballero, el peneuvista Manuel de Irujo, habitual del Parabere.

—María, estos callos a la Vizcaína te han salido que ni los del café Bilbao. La salsa es simplemente inmejorable.

—Gracias, Manuel, qué recuerdos de aquellas tertulias en la plaza Nueva, a base de chiquitos. Me alegra saber que he conseguido traer algo del sabor vasco a esta ciudad.

—Siempre he defendido que la cultura debe ser patrimonio común de todos. Los vascos tenemos mucho que ofrecer y mostrar al mundo, solo nos queda que el mundo nos deje manejar nuestros asuntos a nuestra manera. —María, con la confianza de la amistad con el ministro, se agachó un poco y bajó algo la voz.

—Quería pedirte un favor, si no es demasiado abusar.

—El abuso es no ofrecérselo a quien cocina con este arte. Dime qué necesitas y, si está en mi mano, dalo por hecho.

—Hace una semana que no sé de Ramón ni de mis hijos en Bilbao, las comunicaciones están cortadas y me exigen un permiso para poder comunicarme. Quería saber si sería posible…

—Mañana mismo redacto los permisos necesarios. Y, por supuesto, puedes contar conmigo para cualquier asunto que necesites, estoy para servir a los vascos. —Tras rebañar la salsa con el pan le puso una mano encima del brazo a María—. Eso sí, cuidado con lo que habláis, el Gobierno, por seguridad, escucha todas las conversaciones.

Al día siguiente, María pasó por la delegación del PNV, donde tenía los permisos preparados a su nombre. Pronto descubrió que este era

solo el primer paso, el segundo, encontrar una línea libre. Hizo varios intentos hasta que la operadora consiguió, por fin, comunicar con la casa de Bilbao. Ramón estaba tan excitado al escuchar la voz de su mujer que se fueron atropellando mientras se ponían al día sobre la familia. También hablaron de la guerra.

—Los sublevados bombardearon la ciudad con sus aviones, la gente se volvió loca, salieron reclamando justicia por los fallecidos y fueron hasta la ría, en Barakaldo, donde estaban fondeados los barcos-prisión con cientos de presos simpatizantes de los rebeldes, entre ellos estaba Íñigo Elejabeitia. Milicianos, carabineros y guardias de asalto entraron en dos de ellos y le asesinaron junto a unos cuantos más.

—¡Qué horror, Íñigo! —María se quedó pensando en el apuesto hombre, amigo de su cuñado, que le había ayudado meses atrás a decorar el Parabere.

—También cayeron varios Ybarra, entre ellos Santiago.

—Unos y otros acabarán dejando todo en ruinas. —A María la voz le empezó a temblar, nadie parecía estar a salvo. «¡Dichosa guerra!», pensó para sí—. ¿Seguro que estáis bien allí?

—Te sorprenderá saber que Idoia se ha erigido como una gobernanta resuelta, consigue comida y mantiene a los fogosos fuera de casa.

—¡Quién nos iba a decir que íbamos a estar protegidos gracias a comunistas y anarquistas!

Se despidieron con la promesa de intentar una nueva comunicación en pocos días. María sostuvo aún un rato el auricular. Se quedó pensando sobre la época que les estaba tocando vivir, sobre los muertos que iban acumulándose en el sinsentido de una guerra entre vecinos. Decían que España se había fragmentado en dos, pero la realidad era que se había fragmentado en miles, y la voz de la razón apenas tenía cabida. Colgó y fue a comentar a Milagros las nuevas de Bilbao.

Entró en el salón con el fusil en alto, listo para disparar a quien hubiera irrumpido en la casa. Andaba con tiento para no hacer ruido

al tiempo que aguzaba el oído para escuchar el que hacía el intruso o intrusos. Estaba ya a la altura de la puerta que daba al corredor cuando oyó de nuevo los pasos de, al menos, una persona en otra de las estancias. Se asomó lo justo con el dedo en el gatillo, listo para cualquier eventualidad.

—¡Coño, anarquista, qué susto me has dado! —El maestro comunista se llevó la mano al pecho y suspiró de alivio. El Inspector bajó el fusil.

—¡Joder, el susto me lo has dado tú! He estado a punto de dispararte pensando que eras un ladrón.

—He subido para ver si iba todo bien, estabas tardando mucho. —Miró a su alrededor—. La casa de tu tía es grande, no parece que le fuera mal. ¿Tienes todo lo que has venido a buscar?

—Me falta coger alguna cosa aún, pero tardo poco, voy a buscar mi petate y nos vamos.

Entró de nuevo en el salón, cogió el petate casi vacío y empezó a meter dentro unos libros y otros objetos que encontró en un aparador. Abrió un par de cajones y completó el relleno con algunas cosas más que parecían valiosas.

—¡La Virgen! —exclamó el maestro viendo el ventanal de la terraza —. ¡Vaya vistas que tiene tu tía desde aquí! —Se acercó hasta el cristal, cerca de donde había colocado la luz el Inspector.

—Sí, es muy bonita, se ve toda la sierra. Pero vámonos ya, casi no queda sol y en cualquier momento pueden llegar los aviones.

—Solo será un momento, me asomo y nos vamos, nunca vi unas vistas tan espectaculares. —El Inspector dejó el petate en el suelo y se acercó al maestro con el fusil listo. El cielo estaba pintado de los naranjas, rojos y amarillos de la puesta del sol—. Mira este cielo, es esplendoroso, el sol de Goya, siempre que lo pintaba con estos colores era para ilustrar una tragedia. Como la que estamos viviendo ahora.

—Una tragedia mayor puede pasarnos si no nos vamos ya, venga.

El maestro no parecía convencido; a poco que girara la cabeza encontraría la bombilla. Un ruido de motores empezó a hacerse cada vez más evidente, la imagen de tres aviones se dibujó en el horizonte. «¡Corramos!». Salieron en estampida por el piso en

sombras hacia las escaleras. Bajaron cual rayos, guiándose por la barandilla. Ya en la calle, las primeras detonaciones hicieron temblar el suelo, buscaron un lugar donde protegerse, pero no podían distinguir más que bultos. Se separaron. El Inspector corrió despavorido, sin rumbo, hasta que una bomba le cayó tan cerca que lo levantó y lo arrojó al suelo. Escuchó reventar un edificio y precipitarse cascotes a unos metros de donde estaba. Cuando alzó la cabeza, entre el fuego, distinguió una barricada de sacos de arena. Sin pensarlo, se levantó y corrió hasta tirarse dentro.

Regresó al piso varias horas después, cubierto de polvo y con el rostro desencajado. Eva y Julio estaban en el salón, arrejuntados en el sofá, riendo mientras tomaban una copa. La mano de Julio acariciaba los muslos de Eva y esta se dejaba hacer. El Inspector saludó con un gruñido y fue a cambiarse de ropa y lavarse. No pasó mucho tiempo hasta que Eva hizo acto de presencia y, recogiendo la ropa sucia del suelo, empezó la conversación.

—Estábamos preocupados al ver que no llegabas. —El Inspector se pasaba una toalla húmeda por la cara y los brazos.

—Me doy cuenta por cómo se os veía en vuestro rincón romántico. —Lanzó la toalla al regazo de Eva—. Ya que estás puedes lavar también esto.

—Me temo que estás confundiendo diversión con trabajo. Es buena combinación cuando sabes manejarla, pero si te resulta complicado, no cuentes conmigo para que te haga de criada.

El Inspector cogió una camisa limpia y, mientras se la abrochaba, salió a dar el parte de la misión a Julio. En su cabeza se mezclaban las imágenes del fuego, el silbido de las bombas, el sabor a tierra. Estaba confundido, se sentía vulnerable, rabioso. Julio, con gesto despreocupado, seguía en el sofá, bebiendo, sonriendo.

—Creo que esa mirada es la de un desesperado en busca de una buena copa que le relaje los ánimos. Déjame que te la sirva. —Julio se levantó para ponerse otra y preparar la del Inspector.

—He estado a dos pasos de caer muerto. ¡Dos putos pasos! —Se sentó en el sillón, se lo pensó mejor y volvió a ponerse en pie—. No puedo ir solo a estas misiones, es un riesgo inútil, cualquier rojo de mierda me puede delatar o pegarme dos tiros y dejarme tirado como

a un perro.

—Son los riesgos de una guerra, las personas mueren porque unos están contra otros. Es una ecuación simple.

—Solo digo que deberíamos tener un apoyo para las misiones peligrosas, alguien que me cubra. —Caminó unos pasos, daba vueltas como un animal encerrado. Se detuvo y miró a Julio—. Además, tengo a la persona perfecta para ello.

39

Pollo a la Marengo

Ya habían llegado. En los últimos días las tropas franquistas habían conseguido avanzar hasta las puertas de Madrid. Los soldados republicanos resistían a las orillas del Manzanares. Los días se habían convertido en una sucesión de disparos, humo y fuego y la población se había refugiado en las estaciones de metro o en los sótanos de los edificios. Las horas pasaban y mucha gente esperaba aterrorizada la entrada de los sublevados.

Jacinto e Íñigo observaban los movimientos de armas, milicianos y munición en la estación de Sol. Llegaban los trenes con cajas para el frente, para llevar a quienes defendían las entradas de la ciudad. Los dos muchachos estaban asustados, como el resto de los civiles refugiados en los andenes. Cada vez era más evidente, por los nervios de los soldados, que la derrota era cuestión de horas.

—¿Y qué pasará con nosotros cuando entren? —preguntó Íñigo. Jacinto levantó los hombros.

—No lo sé, nosotros no combatimos, y además somos niños, supongo que nada. —Jacinto se frotaba ansioso el brazo izquierdo con la mano derecha—. Pero no me gusta que destrocen mi ciudad y no quiero verla en manos de rebeldes.

De uno de los trenes salieron unas mujeres cargadas con sacos, se acercaron a los civiles y empezaron a repartir pan y botellas con agua. Jacinto e Íñigo tomaron lo que les ofrecían y comieron con la avidez de quien lleva tiempo sin probar bocado. Algunas se paraban para comprobar cómo estaban los mayores. Muchos de ellos, tumbados sobre mantas viejas, tosían y hacían esfuerzos para respirar. A varios se los llevaron los milicianos a uno de los vagones.

—¿Vosotros estáis bien?

Absortos en su comida y en el ajetreo de alrededor, tardaron unos segundos en darse cuenta de que la mujer se dirigía a ambos.

Jacinto tragó el pedazo de pan que masticaba.

—Sí, aunque nos gustaría saber lo que está pasando fuera.

—Comed y esperad, en breve lo sabremos. Si tenéis frío os puedo dar un par de mantas.

—Yo sí tengo. —Íñigo se llevó la mano libre de pan al hombro, la mujer sonrió, se apartó para entrar en el vagón y salió con el par de mantas prometidas—. Esto es para que los valientes entren en calor.

Se escuchó un silbido y las mujeres volvieron al tren, las puertas se cerraron y al poco desapareció por la garganta lóbrega del túnel. Los dos muchachos se recostaron en las frías baldosas y se taparon con las mantas, los cuerpos bien juntos para no desperdiciar el calor.

El Parabere había cerrado sus puertas, pero la actividad se mantenía frenética. Estaban haciendo comidas para los combatientes que volcaban en tarteras. Avelino les había pedido tantas raciones como fuera posible.

—Especialmente para los generales Líster y Rojo, y para la comandancia.

María se tragó la contestación que le vino a la cabeza, enfrió el ánimo y se la guardó para soltársela, confidencialmente, a Milagros, que manipulaba los pollos para sacar las pechugas, el pecho, las alas y los muslos. El caparazón desnudo lo echaba en una olla para hacer el caldo.

—¿Dónde se habrá quedado eso de las comunas y el todo para todos? —Milagros sonrió, sin parar de trinchar un nuevo pollo, ya flambeado y limpio.

Avelino contemplaba las labores de las cocineras y arengaba a los milicianos para que fueran llevando a su destino las tarteras ya listas. Cogió un pedazo de uno de los pollos recién salido del fuego y probó.

—¡No sea impaciente!, al pollo hay que dejarlo reposar entre cinco o seis minutos antes de meterlo en la boca —le espetó María.

—Está sabroso, ¿en qué caldo lo han asado?

—Con caldo nunca, solo su propia grasa, en caso contrario sale *desaborío*, que dirían en mi querida Sevilla. —María daba vueltas a

los pollos en las ollas mientras los regaba con un poco de su grasa fundida—. Todo este cocinar en batalla me ha hecho rememorar la historia del pollo a la Marengo. Si no tiene inconveniente mientras esperamos a que pasen por los fogones todos estos, se la cuento.

—Por favor, escuchar esas historias es un placer.

Avelino seguía masticando mientras cambiaba de una mano a otra el pedazo ardiente.

—El protagonista de la historia, y padrino de la receta, no necesita mucha presentación, ya que no es otro que Napoleón Bonaparte. El nombre de la receta tampoco entraña gran misterio, se debe al lugar donde en el 1800 se libraron tres batallas en un mismo día. Franceses contra austríacos, fue una jornada infernal que acabó con las dos primeras batallas ganadas por los austríacos, y la última, a la desesperada, por los franceses, que pudieron recuperar así su posición privilegiada.

—Algo parecido a lo que está pasando hoy en Madrid. Los fascistas ganando posiciones por la mañana y ahora perdiéndolas por el arrojo de nuestros hombres y mujeres.

—Me parece mucho decir, porque de noticias andamos algo escasos. Como lo estaremos de tarteras si sus hombres no nos traen más. —Avelino hizo una seña a uno de los milicianos que esperaban en el umbral, y este, sin esperar la orden, desapareció con un gesto afirmativo—. Como le iba contando, cuando acabó la jornada Napoleón estaba exhausto, no había comido nada en todo el día y pidió a su cocinero, Dunand, que preparara alguna cosa. El pobre no tenía con qué, así que mandó a unos emisarios a recolectar lo que pudieran de los extenuados habitantes de Marengo, muchos de los cuales habían huido asustados con sus enseres. Los emisarios regresaron con unos pollos, algunos huevos, tomates, cebollas, un poco de aceite y, casi como broma final, un saco con cangrejos, todo en cantidades exiguas. El cocinero se rascaba la cabeza pensando en qué podía hacer con esos ingredientes, a todas luces dispares e insuficientes para el festín que precisaba una victoria como la lograda. No se lo pensó demasiado, ya que Napoleón no era preclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">ciclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-

footnote">samente un hombre paciente. Así que asó el pollo con los tomates, unas aceitunas, ajo, vino blanco y decidió utilizar los canclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">grejos como guarnición con unos trozos de pan tostado. El resultado es una receta que quedó en la historia con el nombre de «Pollo a la Marengo», y que incluí en mi libro *La cocina completa*.

—Será que a este lo llamaremos «Pollo a la madrileña» o «a la Marquesa de Parabere»

María hizo una mueca de desaprobación ante el comentario de Avelino.

—Esto no es más que pollo asado, que bien se puede comer frío. Si tuviera los ingredientes necesarios podría haber improvisado una receta con ellos, en estas circunstancias, me conformaría con lograr un «Pollo para saciar el hambre».

Un miliciano entró en la cocina y se dirigió a Avelino para susurrarle algo al oído. Este se metió en la boca el último pedazo que le quedaba, se chupó los dedos y, cariacontecido, salió a dar instrucciones. Poco después volvió y se dirigió a María.

—Camarada Marquesa, me temo que el deber me llama, espero volver para escuchar más de esas historias. Dejo a algunos hombres para que ayuden en lo necesario.

El Inspector observó a Avelino salir del Parabere con sus matones, entraron en uno de los dos coches que los esperaban y arrancaron.

Siguió con la mirada cómo desaparecían, se metió las manos en los bolsillos y continuó andando hasta llegar al punto donde esperaba Ramos, el descomunal guarda de la fábrica de bombillas, «la persona perfecta» a la que se había referido el Inspector como compañero de misiones peligrosas. Su compromiso con la causa rebelde estaba fuera de toda duda, tal y como había demostrado su actuación contra los dos milicianos, a los que despachó con la calma y la destreza con las que un adulto se desharía de unos chiquillos.

Los dos hombres miraban hacia las ventanas del Parabere. La salida apresurada de Avelino y sus secuaces había dejado cavilando al Inspector. Ramos se giró ansioso, abriendo los brazos.

—¿Cómo vamos a saber lo que hacen si no podemos seguirlos? —preguntó el grandullón.

—No será necesario. Sabemos a dónde se dirigirán cuando encuentren lo que buscan. Solo tenemos que andar hasta la calle Génova y esperar. Aquí no tenemos nada más que hacer.

Se despertaron con la agitación y las voces de la gente en la estación. Jacinto se frotó los ojos, a su lado Íñigo asomó entre las mantas que lo cubrían. Se pusieron de pie y siguieron al resto hacia la escalera de salida. Fuera había amanecido y la luz hizo que se protegieran con la mano para poder observar a la multitud que se agolpaba a ambos lados de la Gran Vía. Muchos ovacionaban lo que veían, otros se abrazaban y un grupo cercano se puso a cantar la *Internacional*.

Se acercaron hacia el muro que cientos de personas habían formado en la acera y buscaron un lugar por el que poder ver qué despertaba tanto entusiasmo. Cientos, tal vez miles, de soldados desfilaban con rifles saludando con una sonrisa. A su alrededor escucharon un «¡vivan los rusos!», que pronto fue repetido, como un eco, por todos los asistentes. Una chica se abalanzó sobre uno de los soldados y le dio un beso, unas cuantas más la imitaron ante la algarabía de los espectadores. Jacinto tiró de la chaqueta del hombre que estaba a su lado y le preguntó quiénes eran esos.

—¡Son las brigadas internacionales! Han venido a ayudarnos a acabar con el fascismo. Los rusos nos han enviado tanques, aviones y armas. Ahora podremos contratacar y acabar con esos golpistas.

Unos aviones surcaron el cielo, haciendo que la gente saludara, con sus gorros y sombreros, gritando con nervio: «¡Vivan los rusos!, ¡vivan los rusos!».

Los muchachos, impregnados de la alegría generalizada, se unieron a la algarabía. Rieron y se olvidaron, por un buen rato, del miedo que habían sentido los últimos días. Cuando horas después el bullicio llegó a su fin, los dos enfilaron la calle Fuencarral para ir a casa de Sole. Mientras avanzaban, devolviendo animados saludos a quienes se les cruzaban, Íñigo señaló, detrás de él, los altos edificios

de la Gran Vía.

—Te dije que esos gigantes aguantarían.

40

Arroz (paella) a la Valenciana

Para todos los presentes era evidente que la discusión venía de antes. Hemingway dilató sus tirantes con los pulgares y meneó la cabeza mientras tomaba asiento en el centro de la mesa. Dos Passos había escogido uno de los extremos, se quitó el gorro, dejando su cabeza pelada a la vista, y siguió tratando de convencer a Langston Hughes sobre sus razones, aunque el poeta parecía más interesado en los platos de los que iban dando cuenta los comensales de las otras mesas. Desde que había llegado a Madrid apenas había conseguido comer algo más que unos caldos donde flotaban patatas, zanahorias y alguna otra verdura y, con suerte, un trozo de pan duro, que frito al menos le daba algo de gusto al líquido. Antoine de Saint-Exupéry permanecía en pie, ajeno a la escena, mirando abstraído la franja de cielo azul que asomaba a pesar de la estrechez de la calle. María observaba a los americanos desde el umbral del salón. Arturo Barea, el encargado de los corresponsales extranjeros en la zona republicana, discutía en la entrada con una periodista rubia y delgada, que se quejaba de tener que dejar la cámara fotográfica en el guardarropa.

—Lo siento, miss Gellhorn, pero no puedo permitir que, estando la ciudad asediada, se publiquen fotografías dando la impresión de que no hay problemas de abastecimiento y que todo parezca propaganda de la causa.

—Y, sin embargo, aquí estamos —respondió la americana—, y esos alimentos que salen de la cocina no parecen desmerecer a los que se cocinan en París o Nueva York.

—Sabe que esto es una excepción. —Arturo buscó con la mirada la implicación de María—. Dígale usted que es gracias a su talento, que es capaz de hacer recetas suculentas de magros ingredientes.

María mostró su sonrisa más diplomática.

—Es cierto que estaría encantada de disponer de todo lo necesario para un menú largo y contundente, pero el señor Barea está en lo cierto. La mayoría de las veces hacemos milagros para completar los platos, cambiamos un ingrediente por otro o modificamos la receta original para conseguir una nueva que, intentamos, no empeore la primigenia. Obtener lo necesario en tiempos de guerra es un trabajo arduo, ingrato y muchas veces imposible.

—Como puede comprobar, es la imaginación lo que da este aire cosmopolita al lugar. Si sacara fotos, daría una imagen falsa de la situación real.

—Entiendo lo que me dice, pero me está costando poder hacerlas del frente, ya que, una y otra vez, su Gobierno me niega el salvoconducto para visitarlo, y cuando recibo el permiso, las fotografías que puedo tomar son de lugares de poca acción.

—Tiene que comprender que el Gobierno está muy interesado en protegerlos. Sabe que los fascistas no han tenido clemencia ni con hospitales ni con unidades de la Cruz Roja. Mucho menos la tendrá con los corresponsales extranjeros.

—Dígale a su Gobierno que esta mujer está muy agradecida por la protección y los gestos de cortesía, pero que ya estoy crecidita y sé bien dónde me meto. No necesito un padre que esté pendiente por si no sé volver a casa.

Dicho lo cual, Martha Gellhorn dejó la cámara en la recepción y fue a sentarse al lado de Ernest Hemingway, que, en cuanto la vio aparecer, se ajustó las gafas en el puente de la nariz y le dedicó una sonrisa generosa. Corría el rumor de que habían comenzado un romance. Arturo Barea se rascó la mejilla, cerró un instante los ojos y suspiró. Tenía el rostro delgado, seco y una mirada melancólica.

—Me pregunto cómo podemos conseguir no venirnos abajo en una ciudad asediada, llena de refugiados y ciudadanos hambrientos, con el miedo dibujado en el rostro, y un Gobierno escondido en Valencia. Intento denunciar las tropelías que estamos sufriendo, hacer ver al mundo que la ciudad merece salvarse de ese atajo de bárbaros que han masacrado la Ciudad Universitaria, han bombardeado el Museo del Prado y la Biblioteca Nacional. Por la mañana he llevado a estos periodistas extranjeros al hospital que se ha organizado en el Palace,

el panorama era devastador y yo, en medio del caos, lidiando con los corresponsales, censurando lo que escriben, haciendo de tripas corazón para callar muchas cosas que me gustaría se contaran. En fin…, no puedo más que agradecer este oasis que es el Parabere.

—Intentaremos hacerle olvidar el horror que estamos viviendo, al menos por unas horas. He preparado un arroz a la Valenciana, una paella, que espero deje buen sabor de boca.

—Estoy seguro de ello. Supongo que entenderá el motivo por el que no puedo dejar fotografiar su labor, aunque seguro que cuando todo acabe, más de uno hablará de este extraordinario lugar en sus memorias, diarios o novelas.

—Con eso me daría por más que satisfecha.

El salón al que entraron el Inspector y Ramos estaba decorado con cortinas de terciopelo rojo, alfombras de imitación persa, muebles barrocos y una gran lámpara de araña con cientos de cristales y cientos de huecos donde alguna vez colgaron otros. Mujeres ligeras de ropa se movían de un lado a otro con gesto seductor, acercándose a los hombres que las miraban sin reparo. Una mujer mayor, enfundada en un albornoz verde brillante y una diadema de la que salían un par de plumas, se acercó a los dos.

—¿Puedo ayudarlos a encontrar lo que buscan, rubias, morenas, altas, bajas…?

El Inspector se quitó el sombrero y, tras un carraspeo, contestó.

—Nos ha convocado Julio.

—Así que sois los amigos de los que Julio me ha estado hablando. Creo que ahora mismo está terminando su otra reunión, pero, si me esperáis un segundo, puedo ir a comprobar cómo lleva las negociaciones. Sentaos en algún lugar. Os puedo ofrecer una copa de champán, para lo demás —dijo señalando con el mentón a las chicas que se movían por la sala—, dos hombres apuestos como vosotros no necesitaréis mi ayuda.

Se sentaron sobre un sofá de uno de los rincones, Ramos miraba maravillado a las mujeres que desfilaban. Varias le guiñaron un ojo, sonrientes, y él las saludó con la mano.

—Esto es increíble, nunca había estado en un sitio como este.

—No te emociones, no es sino la constatación del declive social al que hemos llegado, un antro de corrupción espiritual que necesita ser abolido.

—¿Hablas en serio? A mí este declive no me parece mal. —Una mujer se acercó con dos copas de champán en una bandeja—. Gracias. Nunca he probado el champán, supongo que no me corromperé haciéndolo.

El Inspector tomó un sorbo del suyo.

—No te preocupes, la corrupción afecta a las personas sin ideales limpios, nosotros estamos por encima.

—¡Joder, qué susto! Por un momento pensé que te negarías a que lo probáramos. —Ramos levantó la copa, tomó un sorbo e hizo un gesto de desagrado—. Está muy ácido y sin cuerpo, la verdad es que prefiero la cerveza.

El Inspector sonrió.

—Yo también la prefiero, el champán solo sirve para las apariencias, mujeres y hombres fingiendo ser algo que no son. Aparienclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">cias, Ramos, apariencias, solo nos queda ganar esta maldita guerra para traer el orden y acabar con ellas.

La mujer regresó balanceando el albornoz con sus andares, les anunció que Julio los esperaba e indicó que la acompañaran a la habitación. Atravesaron una de las cortinas que colgaban a modo de puerta y enfilaron un largo pasillo, apenas iluminado por unas bombillas coloradas. Iban dejando atrás puertas cerradas a ambos lados hasta llegar a la última, la única abierta. De ella salió un muchacho de pelo rubio, descamisado, que los saludó con la cabeza y desapareció entre las cortinas que daban al salón. El Inspector se quedó helado al ver a Julio con la camisa abierta y en calzoncillos, recostado sobre los cojines de una cama gigantesca que ocupaba la casi totalidad del espacio. Se estaba encendiendo un cigarrillo.

—Así que habéis encontrado este edén que resiste entre escombros, barro y mierda. Bienvenidos al paraíso. Tomad asiento… —miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había ni una silla a la vista—, donde podáis. Tenemos que hablar de un asunto

importante.

—Estamos bien de pie.

Julio se encogió de hombros.

—Como queráis. Dejadme al menos que os invite a un cigarrillo. —Abrió la pitillera, pero el Inspector negó con la mano y sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta. Julio dio una calada y, tras expulsar el humo, volvió a hablar—. Los alemanes continúan muy preocupados con el relato que se está dando de la guerra. Esos periodistas, escritores e intelectuales extranjeros que circulan por la zona republicana están consiguiendo engañar a mucha gente. El bombardeo de Guernica y toda esa estrategia de contar las accidentales muertes de civiles hacen imprescindible contrarrestarlas con lo que está ocurriendo en esta zona. Espero que hayáis conseguido información sobre la checa de Génova que podamos filtrar a la prensa internacional.

—Hicimos como nos dijiste. Seguimos a uno de los milicianos que salió solo del edificio. En cuanto tuvimos ocasión, le atrapamos para preguntarle por lo que sucede allí dentro. Nos ha contado que llevan a los detenidos al sótano, a muchos los torturan e incluso asesinan a algunos. A los que no matan los envían a un campo de trabajo en Ambite.

—Perfecto, cambiaremos ese orden, a algunos torturan y a muchos matan, así tendremos a Hans extasiado. Espero que os hayáis cubierto la cara para que no os reconozca.

El Inspector sonrió por primera vez desde que había entrado en el lugar.

—El hombre nos vio la cara y el cuerpo, pero Ramos se encargó de que, tras contarnos lo que necesitábamos saber, acabara el interrogatorio para siempre. Nadie sabrá más de ese.

—Bien, bien, bien, esta noche redactaremos el informe.

—Hay otra cosa de la que nos hemos enterado, parece que Avelino Cabrejas tiene intención de irse a Valencia siguiendo al Gobierno. Ahora es la junta militar la que se va a hacer cargo de las checas y del servicio de contraespionaje. Creo que sería buena idea que siguiera sus pasos para que no se escape.

—Eso es algo que tendremos que discutir. Ahora mismo nuestra

área de actuación debe ser Madrid. Informaré a Hans para que se hagan cargo en Valencia de no perderle de vista. —Se levantó de la cama y, tras abrocharse la camisa, se dispuso a ponerse los pantalones—. Señores, buen trabajo, ahora disfrutad de los placeres de esta casa, que hoy invito yo.

Ramos salió de la habitación, el Inspector le hizo un gesto indicándole que se retrasaría unos segundos. Cerró la puerta y se encaró con Julio, que terminaba de calzarse los zapatos.

—¿Quién era ese muchacho que salía de la habitación cuando llegamos? —La voz le brotó algo ronca.

—Amigo mío, los hombres somos seres llenos de pasión, espiritual y también física. No es algo que deba preocuparte, el deseo no es más que otro juego con distintas piezas para la partida. Sal ahí fuera y disfruta de la tuya. Esta guerra está a punto de terminar y se nos acabará la diversión. Hazme caso y pásalo bien.

—¿Y Eva? ¿No te preocupa que ella se entere de este juego?

—Eva es solo una mujer, un perro con el que pasear y disfrutar. Pero como a los perros que muerden a sus dueños, si se diera el caso, habría que sacrificarla.

El Inspector se quedó mirando a Julio, sus ojos se habían endurecido. Se preguntó a qué sacrificio se referiría.

41

Gelatina de naranja

Les habían hablado del restaurante donde se citaban la mayor parte de los extranjeros. A primera hora de la tarde era un buen lugar para dejarse caer a ofrecer sus servicios. Justo después de comer, hinchados y algo ebrios, salían desorientados buscando el camino de vuelta a sus hoteles. Jacinto había adquirido buen ojo para discernir cuál de ellos andaba más perdido y tenía posibilidades de ofrecer una generosa propina.

Íñigo jugaba a dar patadas a una piedra, corriendo de un lado a otro de la calle. Se escuchaban unos cánticos provenientes de la Puerta del Sol, cada vez eran más audibles, se estaban acercando. Jacinto se asomó a la esquina de la calle Espoz y Mina, un gentío de hombres y mujeres, portando una pancarta, subía la calle al grito de lo que estaba escrito en ella: «¡No pasarán! Madrid será la tumba del fascismo». De los balcones de la calle afloraron multitud de personas que empezaron a aplaudir y a unirse al coro. Íñigo se había colocado a su lado, olvidándose de la piedra, a observar la escena.

María y Víctor estaban en el primer balcón, en los otros fueron apareciendo camareros y comensales que, en su mayoría, se unieron a las voces con entusiasmo. Era un espectáculo comprobar el tesón y la dignidad con los que la gente afrontaba las penalidades. María siguió con la mirada la procesión hasta reparar en los dos muchachos parados en la esquina. El más pequeño le resultaba familiar.

—Víctor, ¿no te recuerda a alguien conocido ese niño de ahí abajo?

—¿Cuál de ellos?

—El pequeño. No estoy segura, con esas ropas raídas y el pelo revuelto, pero yo diría que es el hijo de Íñigo Elejabeitia.

Víctor se concentró en la cara del muchacho. Sin duda su madre

tenía razón, si no era él se parecían como dos gotas de agua.

—Voy a decirle a Jesús que baje a por ellos y le preguntamos.

—Que los lleve a la cocina, voy a prepararles un par de buenas raciones para que coman, el chico está famélico. ¿Qué habrá sido de su madre?

—Espera a comprobar si es él…

—De cualquier forma, seguro que tienen hambre, así que daremos una alegría a quienes sean.

María llenó dos platos de paella, pollo y un pedazo de pan. Separó un par de piezas de fruta para cada uno y dejó la comida lista en la mesa de la cocina. Jesús entró con los muchachos, el mayor de ellos, con cara de asombro, miraba a su alrededor sin atreverse a tocar nada. El pequeño solo tenía ojos para ella.

—Esta es la camarada Marquesa, la dueña del restaurante.

—Yo la conozco —dijo Íñigo, al que se le iluminó la cara.

—Claro que me conoces, eres Íñigo Elejabeitia, ¿verdad?

—Sí, señora, y este es mi amigo Jacinto.

—Llamadme María. —Les señaló la comida preparada—. ¿Tenéis hambre? —Los dos asintieron—. Luego me tenéis que contar lo que habéis estado haciendo estos meses, pero ahora sentaos a comer. ¡Qué alegría volver a verte!

La historia, relatada como una sucesión de aventuras por el niño y el joven, a María le fue descomponiendo el cuerpo. Cuando terminaron de hablar de la corrala en la que a veces dormían, de la enfermedad de Marite, de los aviones y las bombas que les habían pasado rozando, de los rascacielos que resistían cualquier embate, de la comida que rapiñaban con lo que les sacaban a los corresponsales extranjeros o al comedor infantil, Víctor y su madre no encontraron palabra a la altura de semejantes vivencias. Por fortuna, un cocinero, entusiasmado, entró en escena.

—Señora, las gelatinas de naranja han quedado perfectas. Hemos podido aprovechar todos los kilos que trajeron de Valencia. ¿Quiere usted probar un poco para dar la aprobación?

—Sí, por favor, trae un poco para estos chicos tan valientes y una cuchara para mí.

Íñigo le explicó a Jacinto lo que era la gelatina, un postre como un

flan, pero casi transparente. Se lo metió en la boca y jugó con aquella textura viscosa que se le iba escurriendo entre los recovecos y que, al calor del cuerpo, finalmente se convertía en un agua dulce, un tanto espesa, con sabor a naranja.

María le pidió al cocinero que les dejara repetir cuanto quisieran, ella fue a recomponerse junto a su hijo.

—¿Y qué hacemos ahora con este niño? —preguntó Víctor.

—En primer lugar, llevarlo a casa, lavarlo bien y procurarle ropa limpia y sana. Esta noche llamaremos a tu padre para que se ponga en contacto con su tía María Pilar, que espero siga con vida y en Bilbao, y lo mandaremos para allá, ya veremos cómo… ¿Qué otra cosa podemos hacer? Su padre fusilado y su madre muerta…

María se santiguó. Víctor siguió la conversación.

—El muchacho que lo acompaña…

—Jacinto.

—Sí, Jacinto, podría ayudarnos con los recados, muchas veces no damos abasto y a él comer dos veces al día y alguna propina ya le vendrá bien.

—Me has leído el pensamiento.

Cuando los chicos hubieron tragado toda la gelatina de la que fueron capaces, María les contó el plan. Íñigo aceptó marcharse con ella con la condición de volver cada día, hasta encontrar a su familia, al Parabere para estar con Jacinto y acompañarlo en sus recados. María accedió y no esperó a que se sirviera la cena, dio una moneda a Jacinto y se llevó a Íñigo a casa.

En el trayecto de vuelta María tuvo tiempo de enterarse de todos y cada uno de quienes el niño se tenía que despedir antes de viajar al norte. Una conversación entretenida e inocente que hizo que olvidara la realidad, hasta que entró en su casa.

La esperaba una carta que habían traído dos milicianos. Encomendó, con urgencia, a Milagros bañar a Íñigo y buscarle algo que ponerse hasta que, al día siguiente, compraran ropa, y se fue al salón a leer las novedades que traía esa extraña misiva. Dentro había una carta de su adorado Bardají, en papel vulgar, y una citación a un juicio contra él, en dos días, en la Cárcel Modelo.

Encerrada en el baño, Milagros escuchó el grito de María. Dejó al

niño en remojo y fue, veloz, a su encuentro. La encontró en su sillón de lectura, doblada sobre sí misma, con las manos tapándole la cara y con la carta en el regazo. Milagros se agachó y, a su altura, le habló:

—¡Doña María, doña María! ¿Está usted bien? —le tocó un hombro —, señora, por favor, dígame qué le ocurre…

María se enderezó, se descubrió la cara bañada en lágrimas.

—Ya no doy para más, Milagros… Teodoro Bardají, detenido y a la espera de juicio.

42

Licor de Noyaux

María llegó a la embajada del País Vasco antes que cualquiera de sus trabajadores. El bedel la hizo esperar en la puerta, hasta que apareció la primera de las secretarias. Entonces supo que Manuel de Irujo estaba en Valencia y que para lo que la ocupaba tendría que hablar con Jesús de Galíndez. Al escuchar que la secretaria anunciaba su visita, se puso en pie y lo interpeló, era un viejo conocido, al que más de una vez había dado de comer. De Galíndez la hizo pasar a su despacho.

—Gracias por recibirme, Jesús, no sabía que Manuel se había marchado. Disculpa el atropello, no hubiera venido si no fuera muy urgente lo que tengo que tratar contigo.

—Tú dirás.

—Ayer recibí una carta de Teodoro Bardají, el gran cocinero y escritor gastronómico, casado con una vasca, está detenido. A la espera de un juicio mañana. Me citan para que declare en su favor.

—Estoy al tanto, tiene buenos contactos, ayer se interesaron por él de la embajada de México. Tranquila, mañana iré al juicio contigo y no creo que tengamos mayor dificultad.

—Te lo agradezco mucho, Jesús, Teodoro no es una persona interesada en la política, cocinero del duque del Infantado y católico convencido, pero eso no es delito, ¿o en esta España sí?

—Si no hay más, no tenemos por qué tener dificultades mañana.

—Eso espero, solo su detención es ya una barbaridad… ¿Nos hemos vuelto todos locos o qué? ¿Solo quedan dropes en este país?

—Estamos en guerra, María, y no, no es la cordura lo que impera.

—Otra cosa, Jesús. Necesito hablar con Ramón, he encontrado a un niño, hijo de una buena familia de Bilbao, amigos nuestros, Íñigo Elejabeitita, a su padre lo fusilaron en el País Vasco y su madre murió aquí, está solo, quiero pedirle a mi marido que encuentre a su

tía para mandarlo para allá. ¿Podrías darme un permiso para hacer esa llamada?

—No hay problema, haz la llamada desde aquí, y también te daré el permiso para que hables mañana, para que corrobores que han encontrado a la familia.

De Galíndez condujo a María con su secretaria y le pidió que le facilitara un teléfono. Tras varios intentos, logró dar con su casa. Atendió Idoia, le contó que Ramón estaba en la cama, tenía una tos persistente que no lo estaba dejando dormir bien por las noches, y su hija María Dolores había salido. Le explicó a la asistenta la situación del niño y ella misma se comprometió a ir a casa de su tía.

Jacinto, risueño y desenfadado como era, desde el primer día, se hizo un hueco entre los trabajadores del Parabere. En su primera mañana de trabajo apareció antes de que abriera el restaurante y esperó en la puerta a que llegara el camarada responsable de los camareros con la llave. Lo ayudó a barrer el zaguán y a lustrar la barandilla de la escalera. Así lo encontró Íñigo, que entró trotando en el portal, feliz con sus pantalones, su camisa y su chaqueta nueva. Milagros lo había acompañado a una tienda del barrio de Salamanca y había salido irreconocible. A Jacinto le llevaba una manzana de regalo, cogida del flamante frutero de la cocina de María, con permiso de su dueña.

El muchacho dio cuenta de la fruta en dos bocados y apuró al niño, tenían que correr al mercado, para ayudar con la carga, patatas y cebollas, a una cocinera que se había adelantado.

La cola para entrar daba la vuelta a la calle, cientos de personas se agolpaban, cartilla en mano, con paciencia y resignación, para obtener su ración de productos diarios. El avituallamiento del Parabere iba por otro cauce, así que encontraron a quien buscaban justo en la entrada al recinto, hablando en un corro con otras mujeres. Alguna se llevaba las manos a la cabeza con expresión de dolor, otra lloraba. La cocinera le secó las lágrimas con su chal y la abrazó. Era una imagen habitual en la ciudad, no los sorprendió.

Los chicos la esperaron a unos metros de distancia, solo se acercaron cuando se despidió y empezó a caminar hacia uno de los puestos; los días siguientes averiguaron que era el habitual, el que

tenía convenio con la CNT. El mercado, tan vacío de productos como acostumbraba, rebosaba de gente esa mañana, también como siempre. Ofrecía la misma cara cansada y cabizbaja que el resto de la ciudad. Íñigo y Jacinto, con la cesta de la compra, se situaron junto a la cocinera, que entraba en la conversación del verdulero con otro señor:

—¡Vaya desgracia! —afirmó la mujer.

—No ganamos para disgustos, si no son unos son los otros, de aquí no va a salir uno vivo…, y encima el periódico ni mu. —El tendero mostró el ejemplar del día del *Ahora*.

—Hombre, no querrán dar pistas de dónde tienen los almacenes de proyectiles —contestó el señor.

—Pero el pueblo tiene derecho a saber, que la explosión sacudió al barrio de Salamanca, por debajo y por arriba, y solo nos enteramos por las habladurías… Toda la gente que se refugiaba en la estación de Lista ha quedado sepultada; los que iban en los vagones o esperaban en otras estaciones, lo mismo, hasta un tranvía salió volando —replicó el verdulero.

—¿Un tranvía?, ¿por la calle también? —preguntó la mujer.

—La onda expansiva ha sido brutal, se sintió hasta en el metro de Sol —le informó el señor—. A saber cuánta gente ha muerto.

—Eso me decían las señoras, familias enteras que estaban en el metro, que iban hasta allá porque pensaban que era la zona segura… La mujer de negro, la que está llorando, ha perdido a una hermana y a una hija que servían en el barrio. ¿Fue un accidente o qué pasó?

—Cualquiera sabe, un accidente, los quintacolumnistas… La cosa es que hay centenares de muertos.

María dejó a Víctor en el restaurante, había poco movimiento, y volvió a casa con Íñigo antes de que cayera la noche. El juicio contra Teodoro Bardají había salido según lo previsto, ella había defendido su honorabilidad y su falta de interés por la política y no habían encontrado pruebas de simpatía hacia los sublevados, por lo que, en cualquier momento, saldría de su encierro. A pesar de ello, a María

no terminaba de llegarle el sosiego al cuerpo, no estaría tranquila hasta que lo viera en la calle.

Abrió la puerta y, cual música del cielo, escuchó voces en el salón que le resultaron familiares. Sus hijas, Teresa y Mercedes, hablaban con un señor… ¡Teodoro! Soltó a Íñigo y corrió a su encuentro. Delgado y con el susto aún en el rostro, bañado en perfume para tratar de borrar el rastro del hedor a orina del calabozo, se abrazó a su amiga y ambos se pusieron a llorar.

—Qué lujo en estos tiempos que las lágrimas sean de alegría —comentó Teresa.

—De alivio —la corrigió María.

—Hay más motivos para continuar con la celebración —dijo Teresa, y le extendió la mano a Íñigo, que se había quedado en la puerta. María y Teodoro la miraron expectantes. Mercedes conocía la noticia —. Como no sabía si llegarías muy tarde, llamé a casa con el permiso que te dio Jesús de Galíndez y me confirmó Dolores que María Pilar Elejabeitia está emocionada por saber que su sobrino está a salvo. Te esperan en Bilbao, Íñigo.

Milagros, que a veces parecía tener telepatía con María, apareció con una bandeja con licor casero de Noyaux, ese que hacían con los huesos de los albaricoques, y varias copitas para el brindis.

43

Cocido de col, repollo o berza

Teodoro Bardají e Íñigo Elejabeitia, cada uno con su salvoconducto firmado por Jesús de Galíndez, fueron los últimos en subir al autobús que partía de Madrid a Cataluña, Francia y, finalmente, tras cruzar la frontera de Irún, a Bilbao. Si los contratiempos no eran muchos, podrían llegar en tres días.

María y su hija Teresa los fueron a despedir y, de paso, ayudaron al niño a cargar la gran cesta con viandas para el viaje. Iba cabizbajo, el día anterior le había dicho adiós a su casi hermano Jacinto y algo se le había vuelto a romper en un corazón tan joven como zurcido. María también envió un paquete con una carta bien larga para Ramón y una bufanda de lana, para que se abrigara la garganta y se le pasara esa tos impertinente que parecía no querer despedirse de él.

No podía dejar de sentir que ella también debería estar en ese autobús, correr a su tierra, a su casa, al calor de su marido, dedicarse a terminar su última publicación sobre la elaboración de conservas caseras y abandonar un restaurante que hacía equilibrios en medio de la metralla, que seguía en pie como un espejismo en el desierto. A pesar del gran peligro que entrañaba el viaje, algo en ella le decía que hubiera sido el momento de emprenderlo.

Teresa sintió el desasosiego de su madre, en realidad se había adelantado a él, la agarró del brazo y, con dulzura, le dijo:

—Volvamos a casa, te espera una sorpresa para desayunar.

El olor del chocolate caliente que estaba preparando Milagros invadía el ambiente desde el rellano de la escalera. María miró a su hija con extrañeza:

—No preguntes, yo también tengo mis recursos y, a veces, golpes de suerte. Desayunemos como marquesas, pues. —Teresa sonrió con orgullo.

Aquel chocolate le fue llenando el vacío que, en el estómago y en el resto de sus entrañas, le había dejado la marcha del niño y de Teodoro: esa oportunidad perdida de volver a Bilbao. Disfrutó, concentrada, de la espesura del líquido, de su regusto amargo una vez desaparecido el primer sabor arrebatado y dulce. Cerró los ojos y se sintió en otra época, se dejó llevar y no advirtió que se difuminaban sus armaduras, así que, sin querer, se puso a llorar. Teresa, Mercedes y Víctor, que también se habían sumado a la ocasión, la dejaron sola con su desahogo, tan inusual.

María llegó al restaurante casi a mediodía. Se encontró con seis ollas al fuego, todas con las costillas de cerdo que llevaban desalando desde el día anterior, y la col, bien limpia, hoja por hoja, y picada menuda, como ella había ordenado. Ya se había retirado la mitad del tocino y se estaba machacando para volverlo a incluir en el puchero. Lo probó y rectificó apenas de sal. El plato estaba ya a punto para introducir en las tarteras y mandar a Jacinto a Ciudad Universitaria, a dar de comer a los oficiales del frente.

—Más no podemos hacer, esto ya es casi magia.

—Con que esté caliente y tenga algo de gusto, les va a parecer un manjar, no se preocupe tanto, camarada Marquesa —la quiso animar uno de los cocineros.

—No me preocupo por ellos, te agradezco la intención, sé que en las circunstancias en las que se encuentran será más que suficiente, lo hago porque no lo puedo evitar, bajar el nivel de exigencia me parece una falta de respeto hacia mí.

Comprobó que en uno de los calderos se habían introducido también las escasas habas frescas conseguidas y una morcilla. Habría algo más de enjundia en los platos que se sirvieran en el restaurante.

Eva paseaba por el salón compartiendo las últimas noticias que había conseguido recopilar. Vestía su uniforme de miliciana y gesticulaba con los brazos en cada explicación que iba desgranando,

sin levantar la voz, de forma pausada y de corrido, para no dejar tiempo a la réplica. Julio la escuchaba sentado en el sillón, sin quitar ojo a la mujer que tenía delante, sin mostrar un solo signo de perturbación, su único interés parecía estar en seguir el ritmo de sus caderas. El Inspector observaba desde el umbral de uno de los balcones, no apartaba la vista de la cara de Julio, su campo de visión lo invadía, de cuando en cuando, el cuerpo de Eva.

Uno de los personajes más siniestros con los que se habían cruzado hasta ahora, Avelino Cabrejas, el responsable de una de las checas más criminales de las que tenían noticia, estaba a punto de desaparecer de la ciudad, y allí estaban ellos tan tranquilos, sin mover un dedo, sin intentar algo para frenar la huida del monstruo. Se preguntaba en qué estaría pensando Julio para no actuar, de qué servía todo lo que habían hecho hasta entonces. «¿Me estás escuchando?, ¡eh!». Eva se había parado a su lado y chasqueaba los dedos. El Inspector volvió en sí.

—¿Me hablabas a mí?

—¿A quién iba a estar hablando si no? Llevo un rato esperando una contestación.

—Perdona, estaba distraído.

—Pues no es momento para estarlo, ¿has escuchado algo de lo que he dicho?

—Sí, solo ha sido un instante, pensaba en ese cabrón de Cabrejas, que se nos escapa de entre los dedos.

Eva abrió los brazos y lanzó un gran suspiro. Julio intervino con voz calmada y firme.

—Olvídate de ese hombre, ya hemos avisado para que lo tengan vigilado. Lo que está contando Eva es más grave.

—Estaba diciendo que ya no tengo acceso a los planes de defensa, ya no sé dónde se instalan los oficiales, ni puedo señalar los puntos a donde dirigir el fuego. La junta de defensa ha hermetizado la información y nos llevan ciegos de un lado a otro, sin más explicación que la necesaria. Al día siguiente una nueva localización, un nuevo plan, una nueva misión. ¿Qué podemos hacer si no tengo tiempo para avisaros?

El Inspector se encogió de hombros. Julio incorporó el cuerpo

hasta el borde del sillón y comenzó a hablar.

—Desde luego es un problema, pero se me ocurre algo que nos puede servir para compensarlo. —Eva y el Inspector lo observaban expectantes; este se tomó su tiempo para continuar—. La solución la tenemos delante de nuestras narices. —Masajeándose las mejillas con la mano derecha se levantó y comenzó a caminar lentamente, sin levantar la cabeza mientras miraba al suelo—. Durante semanas he estado cenando, bueno, más bien merendando, a mí lo que se come a las cinco o seis no me parece que pueda llamarse cena… Bueno, a lo que iba, que he pasado las tardes en el Parabere casi a diario, en busca de información sobre sus comensales, espiando conversaciones, reuniones o, simplemente, tomando nota de la gente importante que está aún en la ciudad, conspirando en las sombras, manejando las piezas de la partida: alfiles, torres, incluso la reina o el rey. —Levantó la cabeza para mirar a los dos antes de continuar—. También he observado otros movimientos, menos nobles, y, gracias a ellos, podremos saber dónde se esconden los caballos. —Miró fijamente al Inspector—. Cada mediodía salen unas tarteras con comidas preparadas, algún día vi cómo volvían vacías y he estado indagando. No hay que ser un genio para deducir que esas comidas de lujo no van destinadas a la tropa, más bien a los oficiales. Bastará con que tú y Ramos las sigáis a su destino.

Eva aplaudió.

—Es una gran idea. —Abrazó a Julio—. ¡Eres un genio! —Se dirigió al Inspector—. ¿No es cierto?

—Sin duda. Hablaré con Ramos para coordinarnos.

Se giró para mirar la calle, una mujer cargaba un cesto en una mano mientras con la otra arrastraba a un chiquillo que intentaba ajustarse una gorra tan grande que le tapaba casi toda la cara. A sus espaldas escuchó susurros y risas ahogadas.

El plato estrella de la semana había sido el cocido de col, unos días con patatas, otros con habas y morcillas, más o menos cargado de tocino, y siempre con las costillas de cerdo que habían ido desalando hasta agotar las existencias. La col era uno de los escasos alimentos

frescos y en abundancia que habían logrado conseguir. María y Víctor andaban lamentándose de esa circunstancia, mientras en el comedor principal, como cada día lleno de milicianos, se escuchaban, a distintas voces, alabanzas varias de la exquisitez de la comida.

—Escucha, mamá, por lo menos los clientes son agradecidos —bromeó Víctor.

—Tienes razón, el que no se consuela es porque no quiere.

Los combatientes iban terminando su almuerzo. Así, el comedor estaba prácticamente vacío cuando entró una familia elegante, un matrimonio mayor con dos hijas en la veintena, y preguntó por María. Salió de la cocina y los saludó. Les resultaban familiares, pero no era capaz de ubicarlos, hasta que se presentaron.

—María Mestayer de Echagüe, seguramente no te hubiera reconocido en otro lugar, pero ahora que me fijo no has cambiado tanto… —La mujer le hablaba con familiaridad—. Disculpa, mi marido, Antonio Méndez de Vigo, mis hijas, y yo soy Sofía González-Estéfani y Bertrán de Lis.

—Claro que sí, Sofía, ¿cómo estáis? ¡Qué gusto veros por aquí! —María hizo ademán de pensar—. Si no recuerdo mal, coincidimos en un espléndido cumpleaños de Joaquín de Arteaga, el duque del Infantado, en el Castillo de Viñuelas, hace…, ¿veinticinco años?

—Creo que sí, ¡cómo pasa el tiempo!

—¡Y cómo cambia la vida!

—¡Desde luego! Yo sabía que habías venido a Madrid, me había contado Isabel, la mujer de Joaquín. Hubiéramos querido venir antes a probar tus delicias, pero no están las cosas como para salir mucho de casa, a no ser que uno se quiera marchar de Madrid, que es lo que deberíamos haber hecho nosotros.

Sofía miró a su marido. Él no le correspondió la mirada y tomó la palabra.

—Hoy hemos venido al centro a una gestión y pensamos que, quizá, podríamos comer algo aquí antes de volver a casa, si no es muy tarde.

—Oh, no, el tiempo no es problema. Estaremos felices de serviros lo que, en estas circunstancias, podemos ofrecer, que no es mucho.

—Te entiendo, a pesar de las relaciones, cada vez es más complicado obtener algo de calidad.

—Nosotros tenemos nuestros recursos, la embajada francesa, sobre todo, pero hay semanas que ni con eso logramos sacar un menú decente. En fin… —Víctor se unió al grupo—. Víctor es mi hijo, el menor de los varones.

—Encantado —respondió Antonio y las mujeres asintieron—. Mi mujer, Sofía, y mis hijas, Sofía, también, y Pilar. Las dos solteras.

—¡Papá! —dijeron las dos chicas al unísono, con la cara sonrojada, y todos rieron.

—Antonio, eres de lo que no hay —intervino su mujer.

Víctor y María los acompañaron a un reservado, pero el matrimonio les pidió comer en el comedor, preferían la luz natural.

—Hoy hemos preparado cocido de col, nos trajeron unas muy frescas, pero seguro que algo más podemos encontrar para acompañar.

María guardaba unas anchoas en conserva para alguna ocasión. Con ellas, unas patatas cocidas, unas judías verdes y unos tomates improvisó una ensalada a la Arlesiana, que le quedó de lo más aparente. Eso, el cocido de col y la última botella de champán, un maridaje un tanto extraño, era lo que brindaría a sus ilustres comensales de hoy. Víctor acompañó en cada viaje a la mesa a los camareros y fue explicando a la atenta familia la procedencia del pescado y del espumoso, para que, si no lo hacían por sí solos, fueran conscientes de la deferencia que estaban teniendo con ellos.

—Esta ensalada, en su receta original, como aparece en los libros de mi madre, lleva también alcaparras, vinagre al estragón y otros ingredientes igual de difíciles de encontrar en estos tiempos —expuso Víctor, especialmente para Sofía, la hija—. Una vez termine esta guerra dichosa, seguro tendrán ocasión de degustarla tal como es, merece la pena.

Antes de que nadie pudiera hacer comentario alguno sobre su alocución, lo que pareció una piedra rompió uno de los cristales cercanos a la mesa y golpeó el suelo. Jesús, que subía de despedir a los últimos milicianos, gritó.

—¡Al suelo! ¡Rápido, al suelo! ¡Es una bomba!

La familia se tiró al piso, cada uno como pudo, arrastraron el mantel y las copas, el champán, la ensalada, los cubiertos y los platos cayeron con ellos en un escándalo que a alguno le pareció la detonación de la granada. Antonio, con setenta años cumplidos, se arrojó de la silla con torpeza, arrastrado por aquel sonido que se le antojó del fin del mundo. Víctor, en un movimiento rápido, cubrió con su cuerpo el de Sofía, que se había quedado muy cerca de la bomba. María hizo el ademán de salir de la cocina y Jesús la mandó de vuelta.

—¡Que no se mueva nadie!

Jesús fue arrastrándose hacia el artefacto entre los cuerpos de los camareros, todos pegados al parqué con los brazos y las manos cubriéndose la cabeza. Tomó la granada en sus manos, la manipuló y tranquilizó a todo el comedor:

—Ya se pueden poner de pie. No va a estallar, la espoleta no está cargada. En su lugar hay una nota en alemán. ¿Alguien lo habla?

Poco a poco fueron volviendo, cada uno, a la vertical. Víctor se levantó y tendió una mano a Sofía, la hija, para que se pusiera en pie. Temblaba como una hoja. La hizo sentarse. Después fue a ayudar a Sofía, la madre, que ya estaba siendo atendida por dos camareros, igual que el padre. María salió de la cocina, espantada. Pilar y su madre no podían parar de llorar, María se sentó junto a ellas y les cogió las manos. Sofía, la hija, miraba al vacío, perdida. El padre, también abatido, dijo:

—Déjame el papel, yo algo chapurreo el alemán. —Jesús se lo tendió y, tras leerlo varias veces y contener, a duras penas, un gesto de reprobación, tradujo—: «Camaradas: no temáis. Las bombas que yo cargo no explotan. U. H. P.» Dios sabrá quién es ese U. H. P.

—¡Eso sí lo puedo traducir yo, que está en español! ¡Uníos, Hermanos Proletarios! —contestó Jesús con un puño levantado.

Víctor apareció con una botella de anís con varios vasitos. Había dejado otra en la cocina para el servicio.

—Nos vendrá bien para recomponernos del susto —dijo en la cocina y repitió en el comedor.

Sirvió a cada uno y, al acercarle el vaso a Sofía, le rozó la mano. Ella lo miró y, con apenas un hilo de voz, pronunció:

—Gracias…, por todo.

Una vez se fueron recomponiendo los ánimos, los camareros limpiaron los cristales, la cerámica y la comida del suelo. Sofía, la madre, mostró preocupación por su marido, ni su edad ni su corazón estaban para mucho trote. Ella sugirió volver a casa, pero él no quiso ni oír hablar de eso.

—De ninguna manera. Hemos venido a comer y comeremos —sentenció—. Sí que acepto mudarnos al reservado que nos ofrecisteis, no hay necesidad de más sustos.

Cocido de col y un vino, sin alharacas, pero decente, el de los oficiales, fue todo lo que María les pudo ofrecer.

—Nunca pensé que el repollo pudiera parecerme un manjar —bromeó Antonio.

Víctor siguió rondando la mesa, mirando a Sofía, que no había vuelto a abrir la boca. Durante la despedida, se las ingenió para acercarle una tarjeta y un lápiz y pedirle su dirección.

Al día siguiente, Jacinto, aleccionado para que se lo entregara en mano a ella y esperara por respuesta, llevó a su domicilio un lote de libros de la Marquesa de Parabere con una nota:

Estimada Sofía:

Además de una buena ensalada a la Arlesiana, te debo un ramo de rosas, apenas las encuentre, serán para ti.

Mientras tanto, me encantará seguir viéndote. Si te parece bien, solo tienes que mandarme la respuesta con este recadero.

Tuyo,

VÍCTOR ECHAGÜE MESTAYER

44

Ensalada a la Arlesiana

Las calles se mantenían a duras penas, atestadas de socavones; algunos habían levantado el pavimento hasta dejar a la vista la tierra que lo sostenían. Muchos de esos agujeros se habían convertido en piscinas de agua estancada en las que flotaba basura de diversa índole. De vez en cuando se veía el hocico de alguna rata asomar por entre los túneles que quedaban al descubierto o nadar en busca de algo de provecho. Un cartel gigantesco de un comercio de tabacos, timbres y lotería se había desprendido de un lado de la fachada, tapando parte de la calzada. Nadie parecía preocupado por retirarlo ni interesado en acceder al local. El centro de la ciudad estaba muerto, sin gente, sin perros, siquiera un pájaro se atrevía a perturbar el silencio, interrumpido solo, y de manera discontinua, por el aleteo que producía el viento en la tela de una pancarta colgada entre los balcones de dos edificios.

—Ciudadanos, alistaos, Madrid os necesita para su defensa —leyó Ramos.

—Ilusos —añadió el Inspector. Le hizo un gesto a Ramos para que se detuviera en la siguiente esquina, en Espoz y Mina con la calle de la Cruz, a unos cincuenta metros del restaurante—. No hace falta que nos acerquemos más, podríamos levantar sospechas. No será complicado distinguir a los que salgan con tarteras.

Se sentaron a esperar. No sabían si serían unos minutos o largas horas. El Inspector sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció a Ramos. De entre los escombros de una de las calles asomó la cabeza un hombre mayor, extremadamente delgado, que avanzó hacia ellos apoyado en un bastón. Ramos le brindó el pitillo que acababa de encender.

—¡Qué desperdicio de tabaco!, ese no dura ni un mes más. Ahora que el ejército de Franco ha cruzado el Ebro y la guerra está casi

terminada, tendremos que limpiar de hojarasca las calles.

—¡Bah! Es solo un cigarrillo. Como dices, no durará mucho, al menos que sea feliz unos minutos.

Ramos se llevó las manos a los bolsillos, no paraba de moverse cambiando el apoyo de un pie al otro.

—¿Qué te pasa que estás inquieto? ¿Es por ese anciano?

—No, no es por él. Tengo algo que quiero decirte. —El Inspector arrugó la frente—. Es algo delicado, algo que me ha pedido Julio.

—¡Habla, coño! No me dejes con la intriga.

—Es sobre Eva. —El Inspector tosió al atragantarse con el humo del cigarrillo. Cuando recuperó el resuello, pidió a Ramos, con un gesto, que continuara—. Me ha pedido que me deshaga de ella.

El Inspector iba a abrir la boca, pero en ese momento se desencadenaron los acontecimientos: salieron del restaurante varios milicianos y un muchacho con las tarteras. Se pusieron, pues, alerta para empezar la persecución. Como habían planeado, se alejarían varios metros para, en el caso de ser uno de ellos descubierto o parado, el otro pudiera seguir con ella. Antes de separarse el Inspector sostuvo el brazo de Ramos.

—Sobre lo de Eva, te pido que no hagas nada por ahora. Déjame que lo hable con Julio.

Ramos asintió y se puso en marcha. El Inspector esperó unos segundos, tenía la cabeza bullendo por lo que acababa de escuchar, tendría que actuar, hacer algo. No podía contarle nada a Eva, tampoco convencer a Julio de que se olvidara del tema; solo le quedaba una tercera opción, una muy arriesgada y en la que podría acabar fusilado por los rojos o, mucho más probable, por los suyos. Convencido de que esa era la única solución, empezó a andar.

A Jacinto siempre lo hacían esperar a unas calles del combate. Escuchaba disparos esporádicos y veía a soldados ir y venir desde la primera línea. No solía demorar más allá de una hora que algún miliciano volviera con las tarteras vacías para que las pudiera llevar de vuelta al restaurante. A veces le daban una nota de los oficiales para la Marquesa, otras le pedían que se lo transmitiera de viva voz, con algunas palabras que se le hacían incomprensibles y que se obligaba a memorizar: «Un caldo sublime que perpetúa mi

admiración por su cocina», «Estimada Marquesa, mi paladar no tiene palabras para expresarle el júbilo de probar asados como el de hoy», y así varios que, cuando se los transmitía a María, le sacaban una sonrisa y le pedía que lo repitiera al resto de los cocineros. Durante el aguardo, un miliciano se acercó a charlar con él.

—¿Qué hace un muchacho como tú aquí?

—Estoy esperando a que los oficiales terminen de comer.

El miliciano se rio.

—Entonces estás como nosotros, esperando a que los oficiales decidan moverse. La guerra es sobre todo eso, esperar por esto, por aquello o por lo de más allá. ¿Alguna vez has estado en una trinchera?

—No.

—Pues estás de suerte, si quieres puedo llevarte a ver una mientras esos oficiales dan cuenta de su comida. Yo soy de un pueblo de Salamanca, Aldeadávila, y justo en la trinchera de los fascistas hay uno de mi pueblo, seguro que podemos tomarle el pelo un rato.

Jacinto siguió al miliciano, que se metió en un agujero apuntalado con maderas y sacos terreros. Pasaron por entre pasillos excavados donde varios soldados descansaban, hasta llegar a unas cajas de madera en el suelo. El miliciano se subió a una de ellas y asomó la cabeza lo suficiente para ponerse a gritar.

—Eh, fascistas, ¿está el salmantino Manolo por ahí?

La respuesta no tardó en llegar.

—¿Quién quiere saber?

—Soy su paisano, el Fidel.

—¡Coño, Fidel! ¿Ya me echas de menos?

—Solo quería preguntarte si ya has entrado en razón y quieres rendirte.

—No asomes tanto ese cabezón tuyo, no vayamos a peinarte con otra raya.

—Con tu puntería lo único que peligra es lo que tienes a tu espalda. Me voy a descansar a una cama calentita, nos hablamos mañana. Que duermas bien en el barro.

—No te preocupes, por aquí tenemos comida para calentar el

cuerpo todos los días. Si quieres un poco de carne, solo pide.

—A mí ya me cocina una marquesa y no uno de esos que no comen cerdo.

—Suerte tienes que no te querrán comer.

Fidel se bajó de la caja y llevó a Jacinto de vuelta.

—Ese Manolo es buen hombre, aunque de aquí —se señaló la cabeza— no anda muy curtido.

En la calle ya esperaba un miliciano para darle las tarteras vacías y los mensajes. Se los metió en el bolsillo del pantalón y, echándose los recipientes al hombro, se despidió de Fidel con una sonrisa.

Una semana más tarde, Jacinto volvió a la casa de los Méndez de Vigo a por la respuesta de Sofía.

Durante esos días Víctor estuvo en vilo, no entendía qué tanto tenía que pensar esa chica, «ni que le hubiera pedido matrimonio». Sofía, sin embargo, tuvo una actividad frenética, sobre todo comparada con la de las semanas anteriores, habitar una ciudad en guerra no ofrecía muchas posibilidades para una señorita de bien, por lo que se entregó a su idea con afán, e incluyó a su hermana y a su madre en lo que les pareció un auténtico desafío tan romántico como entretenido. A través del mercado negro, de los contactos y de la despensa propia, con una medalla y un anillo de plata de por medio, reunió todos los ingredientes de la ensalada a la Arlesiana, los empaquetó con esmero y escribió una nota en papel perfumado:

Estimado Víctor:

He aprovechado estos días para hacerme con todos los ingredientes de la ensalada a la Arlesiana, tal como la describe tu madre en su *La cocina completa*.

Si te parece bien, dentro de dos días, podría ir con mi madre y mi hermana Pilar a vuestro restaurante y probarla con menos sobresaltos (espero y confío) que la última vez, así solo me deberás las rosas.

Quedo a la espera de tus noticias.

Con afecto,

Jacinto empleó la tarde entera y hasta entrada la noche en recorrer la ciudad cual pelota de tenis: del restaurante a la casa de Sofía, vuelta al restaurante con la caja de los ingredientes, otra vez al domicilio de la señorita con la respuesta afirmativa y, de nuevo, al Parabere, por si había otro recado que hacer. Iba satisfecho, apreciaba el regusto dulce de sentirse útil y las propinas: raciones de la comida del día, que habían mejorado mucho tanto su vida como la de Sole y sus hijos, que ahora podían cenar prácticamente a diario. Pensó en Íñigo, le hubiera divertido tanto viaje en metro, y se sintió agradecido con la vida por haber puesto a aquel mocoso en su camino, pues, finalmente, y contra todo pronóstico, había sido él quien le había hecho conseguir ese trabajo excepcional. Deseaba con toda su alma que el chiquillo hubiera llegado bien a su destino. Esas divagaciones nostálgicas le dibujaban una sonrisa que contrastaba con su alrededor: decenas de personas acostadas en los andenes bajo mantas raídas, algunas casi desnudas y, cuando subía a la superficie, las posiciones esperpénticas de las tripas y demás miembros de los caballos alcanzados por metralla, que nadie se molestaba en apartar del paso, una vez habían sustraído toda la carne comestible.

El Inspector esperaba a Eva en la calle, tenía que hablar con ella antes de que subiera al piso de nuevo. Ramos estaba cada vez más nervioso, Julio no hacía más que inquirir cuándo iba a hacerse cargo de ella. Hasta el momento la excusa era no haber tenido la oportunidad de estar a solas con la mujer y había sido así realmente, ya que, por las mañanas y hasta bien entrada la tarde, el Inspector y Ramos continuaban haciendo los seguimientos de las tarteras del Parabere, y por la noche Ramos se iba a casa de su madre.

La guerra estaba prácticamente extinguida, en los últimos días las brigadas internacionales habían salido de Madrid, igual que casi todos los corresponsales extranjeros: solo unas tropas famélicas y

sin esperanza de recibir ningún tipo de ayuda se quedaron a cargo de la defensa de la ciudad. La labor del Inspector y Ramos era casi innecesaria a esas alturas, de la misma forma que la de Eva, por lo que sospechaba que Julio bien pudiera estar pensando en prescindir no solo de ella.

Eva apareció a lo lejos, con su uniforme de miliciana de la CNT y el fusil colgando al hombro, caminando de forma relajada. Al Inspector la visión de esa mujer le pellizcó el estómago y le tensionó los músculos, el éxito de su plan pasaba por conseguir convencerla y, si algo sabía de ella, era que no iba a ser fácil.

—Quién iba a imaginar que un caballero me esperaría a las puertas del palacio. ¿Dónde te has dejado el caballo blanco?

—Necesito hablar contigo de algo importante.

—¿Aquí en la calle, no sería más prudente subir? Julio me está esperando.

—Precisamente por eso necesito hablar aquí.

—Mmm… El caballero se ha puesto misterioso, ¿acaso ahora que está llegando el final del cuento piensas que me vas a convencer para irme contigo?

—Es algo mucho más grave…

El Inspector miró nervioso a ambos lados de la calle, no había nadie cerca, ni tampoco asomado a las ventanas; pese a ello le costaba articular las palabras, la sonrisa irónica de Eva no ayudaba a encontrarlas.

—Es por Julio…, él quiere…, más bien, ha ordenado a Ramos que…

—¡Oh! Vamos, Inspector, los celos no formaban parte de esta historia. ¿Crees que he traicionado a mis compañeros para nada? Siento decirte que Julio es el auténtico príncipe, en cuanto todo esto acabe me iré con él a vivir en el palacio de su familia, no volveré a tener que pasar penurias y seré una de esas mujeres elegantes que pasean del brazo de su hombre, pero no te preocupes —Eva se acercó al Inspector y le agarró la entrepierna—, también de las que mantienen a su amante para dar alegría al cuerpo.

Se metió en el portal sin que el Inspector fuese capaz de pronunciar una palabra más, se le había ido la sangre a los pies. Todo su plan se estaba desvaneciendo al mismo tiempo que Eva

desaparecía escaleras arriba. Se quedó en el portal, sin ánimo de subir tras ella.

Cuando la oscuridad empezó a emborronar los edificios, se decidió al fin. Tenía la sensación de que todo el cuerpo le pesaba mucho, se metió en la cama sin encender una vela, sin comer nada, necesitaba descansar. «Me iré con él a vivir en el palacio de su familia». Repetía las palabras y las acompañaba de la imagen del rostro de Eva mirándolo con esa sonrisa provocadora. Le costó dormirse y, cuando lo logró, tuvo un sueño de lo más perturbador y, aunque entonces no lo sabía, premonitorio. Se veía en un bosque de encinas, Eva mantenía la sonrisa, pero llevaba una correa al cuello, andaba a cuatro patas y Julio la sujetaba con una cuerda, en la otra mano cargaba una escopeta de caza, a la procura de liebres, jabalíes y ciervos de gran cornamenta. Eva levantó la vista y señaló al frente, con la mirada fija hacia el punto en el que el Inspector los observaba. Julio alzó el fusil y apuntó hacia él, Eva se agitaba excitada, esperando el disparo para salir corriendo a por el trofeo, pero Julio bajó la escopeta, apuntó a la cabeza de Eva y se escuchó el sonido atronador de un cartucho descargado, que reventó su sonrisa. Julio lo miró y dijo: «Ya te dije que era mi perro para sacrificar cuando quisiera».

Con la imagen de Eva ensangrentada, como un perro de caza, se despertó. Se masajeó los ojos para despejarse y se vistió con parsimonia, al fin y al cabo, ya no había gran prisa. Según le había contado Julio, Hans estaba seguro de que la rendición de la ciudad estaba al caer. Mientras se abrochaba la camisa escuchó el timbre, Ramos ya había llegado, puntual como siempre. Escuchó a Julio abrir y las voces de ambos charlando. Terminó de ponerse los zapatos, algo gastados y polvorientos, a los que les pasó el cepillo. Se colocó la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta y salió del cuarto. Julio y Ramos se callaron al verle aparecer.

—Cuando quieras, ya estoy listo.

Se dirigió a Ramos. Este se quedó parado sin hablar.

—Ramos se queda conmigo para ayudarme con un recado. Hoy tendrás que ir solo a seguir las tarteras. No corras riesgos innecesarios.

El Inspector miró a Ramos intentando vislumbrar algún gesto que indicara las instrucciones que había recibido, pero este mantuvo el rostro hierático y solo levantó, casi imperceptiblemente, los hombros.

—Es un riesgo ir solo a una misión como esta, sin nadie que me cubra la espalda. Al menos me podría acompañar Eva.

—Eva se marchó de mañana, seguramente no volverá hasta la noche. Pero no te preocupes, no es necesario ser un héroe a estas alturas. Seguro que no tendrás problemas.

Bajó a la calle y anduvo hasta quedarse al abrigo de un portal, a la espera. No pasó mucho tiempo antes de ver salir a Ramos y Julio. Los observó desaparecer y, en cuanto estuvo seguro de que se habían alejado lo suficiente, volvió de nuevo al piso. Se precipitó a la habitación de Julio y se quedó paralizado. La cama tenía el colchón desnudo a la vista, las sábanas tiradas en el suelo, envueltas y atadas con cuerdas, salpicadas de manchas rojas. «¡No, no, no puede ser!», se arrodilló y, con las manos temblorosas, desató una de las cuerdas. Eva mantenía los ojos abiertos, incluso se le dibujaba su sensual sonrisa, pese a que los labios y la piel habían perdido su color. Cegado por las lágrimas abrazó la cabeza y sintió un bulto extraño en la sien derecha, retiró un mechón de pelo que dejó a la vista un agujero negro con restos coagulados de sangre.

Se iba acercando la Navidad y María se sentía cada vez más nerviosa. Hubiera querido ir a pasar las fiestas a Bilbao, con Ramón, para cuidarlo un poco, quizá su calor y sus caldos lograran sanar esa tos impenitente, y de paso disfrutar de una ciudad ya en paz; pero no solo era imposible salir físicamente de un territorio cercado y abatido, también era cada vez más difícil hacerlo con las palabras. Las comunicaciones, por teléfono, por carta, se habían vuelto proezas épicas, por lo que la falta de noticias unida a la llegada del periodo más familiar del año le iban crispando, por días, la paciencia.

El noviazgo de Víctor con una muchacha de familia generosa, que los había invitado a pasar las fiestas con ellos, suavizaba, si acaso un ápice, la amargura de una época profundamente gris y larga, que

hacía mella, desde hacía meses, en un cuerpo hastiado como el de María.

Al menos dos veces por semana se acercaba a la embajada del País Vasco a tratar de comunicarse con Bilbao. Aránzazu, la secretaria de Jesús de Galíndez, que tenía instrucciones de facilitarle el teléfono y lo que pudiera requerir, la recibía con cariño y la animaba cada vez que decidía abandonar la inútil empresa hasta el día siguiente, donde quizá fuera posible que hubiera más suerte. Si había logrado los ingredientes para un bizcocho en el restaurante o en casa, solía guardarle un pedazo a la secretaria diligente, que lo comía mientras compartían un sucedáneo de café en lo que esperaban línea. María, tan poco dada a desvelar sus inquietudes, en ese momento en el que se veía obligada a reponerse de la ilusión truncada una vez y otra, apartaba sus reparos y, casi en trance, se ponía a hablar de su Ramón y de esa salud que no terminaba de fortalecerse. La chica, también de Bilbao, le daba conversación sobre costumbres de allá, sobre lugares del norte y, sobre todo, le preguntaba por recetas de la tierra. La charla grata hacía que ese rato no fuera solo de pura desesperación.

Tampoco en fin de año y sus alrededores pudo saber de su familia en Bilbao, ni en el día de Reyes. Se acercó a la embajada, a pesar del festivo, pero solo encontró el candado echado.

Pasada una semana del día de Reyes, llamaron a la puerta bien temprano, apenas dadas las ocho de la mañana. Milagros abrió y Jesús de Galíndez pidió hablar con María.

El primero en aparecer fue Víctor, después Teresa y Mercedes, María tardó algo más en arreglarse para recibirlo. Le ofrecieron café, ya lo había hecho Milagros, pero lo rechazó por segunda vez, apenas lograron que se sentara.

María, como si hubiera sentido una revelación, entró al salón impecable, de negro. Jesús de Galíndez se levantó, le cogió las manos, la guio hasta una silla y, como si hubiera sido una coreografía ensayada, ella se dejó sentar. Jesús ocupó su sitio anterior y, ante la mirada expectante de los cuatro, pronunció:

—Ramón ha fallecido.

Después, silencio. Seguidamente, miradas al suelo. María sintió que

el vacío le horadaba las entrañas, Ramón llevaba años siendo una presencia ausente, pero no por ello menos vital. En cada cosa que hacía pensaba si sería de su agrado o no, si a él le reconfortaría o sería objeto de un nuevo regaño, así como solía hacer, bajando un poco las cejas y arrugando la nariz. Antes de que la nada, que se le había instalado en el cuerpo, le anestesiara también la garganta y se la dejara inservible, María atinó a preguntar:

—¿Y cómo fue? ¿Cuándo?

—La víspera de Reyes. En casa. Llevaba mucho tiempo enfermo —María asintió e hizo fuerza con los ojos para que amarraran las lágrimas— y con el frío parece que se complicó. Estaba tu hija María Dolores con él y me dicen que todo fue tranquilo.

María necesitaba ponerse práctica, postergar el sentimentalismo para cuando estuviera sola y pudiera desparramarse en el dolor.

—Dios mío… ¿Y el entierro?

—Sí, con la familia, también hubo funeral.

—Y nosotros aquí encerrados…

María dejó de hablar, empezó a rezar el rosario hacia dentro, para mantener la cabeza ocupada y como bálsamo a los aullidos que andaban ensortijándosele en las vísceras. Teresa y Mercedes lloraban en silencio.

Víctor se levantó para acompañar a De Galíndez a la puerta y para agradecerle la delicadeza. Cuando volvió al salón sus hermanas y su madre seguían cual estatuas. Desde esa posición, María, en una última muestra de compostura, le pidió que se sentara. Con voz calmada le dijo:

—Manda recado a Conchita y a José María para que vengan a casa, aquí les explicaremos, no es noticia para que la dé un mensajero.

—Descuida, mamá. Yo me encargo.

Sin atisbo de gravedad, pero rotunda, María añadió:

—Ha llegado el momento de cerrar el Parabere. Esta lucha carece de sentido y yo no tengo más fuerzas.

—Estoy de acuerdo. Es momento de descansar y ya veremos cómo siguen los acontecimientos.

María se retiró a su habitación y allí permaneció dos días y sus noches, envuelta en quejidos ahogados en la almohada y lágrimas.

Una vez serena, salió a pedir a Milagros que la ayudara en el aseo y le preparara un caldo.

45

Conejo a la Campesina

Tras despedir, por la puerta de servicio, a uno de los proveedores del restaurante que seguía abasteciendo a María en su casa, esta se sentó en la cocina a charlar con Milagros.

—Por unos conejos, que ni muy hermosos están, cuatro alcachofas y unos pocos cientos de gramos de almendras, sin pelar, he tenido que dar un portarretratos de plata y encima estar agradecida. Cualquiera diría que he comprado langosta…

—Piense que un conejo a la Campesina, con langosta, quedaría muy extraño —bromeó la sirvienta.

—También es verdad, mejor pensar así. —María esbozó una sonrisa —. Aprecio mucho tu carácter, Milagros, ya lo alababa siempre tu tía, que en gloria esté.

—Gracias, señora.

—Tengo que reconocer que cerrar el restaurante me ha traído sosiego, anhelaba un poco de paz, pero también me ha hecho sentir como… —María estiró la palabra, buscaba el término exacto— incompleta, algo vacía. Me falta el ajetreo de una cocina grande, el bullicio de los comensales, aunque fueran milicianos, afrontar retos, tomar decisiones… Me falta vida.

—Ahora tendrá una boda que preparar.

—Bueno, creo que ya está casi todo ultimado, será algo sencillo y Sofía se ha encargado con su madre, como es normal. La celebración será en su casa, creo que no llegamos a cuarenta invitados. A mí me han consultado el menú, que, con los tiempos que corren, es discreto… —Se quedó pensativa—. Eso no me ocupa tiempo, Milagros, y como de ilusión tampoco ando sobrada, ni de eso puedo ponerle mucho. Tengo muy presente a Ramón, incluso más que cuando estaba vivo.

—Piense entonces en algo en lo que ocuparse y que le dé alegría.

—Por ahora lo que prefiero es abstraerme, y eso lo consigo con la lectura, he retomado a una de mis escritoras favoritas, Emilia Pardo Bazán se llama. Alguna vez te he hablado de ella, es toda una inspiración para mí, pues, como yo, era una gran viajera y curiosa de otras formas de vivir y, sobre todo, no se adaptó al papel que la sociedad de entonces tenía previsto para las mujeres. Era una gran rebelde, de cultura extraordinaria y, a pesar de venir de alta cuna, muy trabajadora. Será porque me identifico con ella que me meto en sus historias de tal forma que me embebo y el tiempo corre veloz, tanto, que confío en que algún día, sin darme cuenta, esté pasando páginas el rato suficiente como para que, cuando vuelva a este mundo, haya acabado esta maldita guerra de una vez y pueda yo marchar un tiempo a mi añorada tierra.

—¿Y por qué no escribe algo nuevo?

—Sí, también lo he pensado…, ando juntando las fuerzas. —Miclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">lagros despellejaba los conejos y María, ensimismada, seguía con su diálogo interno, que, en ocasiones, traspasaba la frontera de su cuerpo y compartía el pensamiento—. Quizás alguna publicación sobre historia y gastronomía… Sí, podría unir mis dos pasiones, tengo infinidad de anécdotas recopiladas, sí, eso podría ser.

El Inspector, si se lo seguía pensando, no iba a ejecutar su plan jamás. Se levantó, pues, con decisión. Se aseó a conciencia y salió a la calle. Había llegado el día de la emboscada al rey.

Puso rumbo a Ciudad Universitaria. Para algo tenía que servir tanto vigilar los movimientos del Parabere, que, finalmente, cayó por su propio peso. Más de una vez se regodeó imaginando una clausura triunfal. No pudo ser, pero al menos tantas horas dedicadas a su escrutinio y a seguir las tarteras no serían inútiles. En esas disertaciones mentales andaba cuando llegó a la trinchera, desarrapada y ociosa, como todo en Madrid. Observó, a cierta distancia, el panorama, hasta que identificó a un oficial aproximarse a ella, fue a su encuentro y lo abordó.

—Buenos días, camarada. Quería hablar, si es posible, con usted.

Gris plomizo, así se mostraba el cielo, llovía de manera intermitente y el viento hacía girar nubes de polvo fino que se pegaba al cuerpo. Desde un portal cercano, el Inspector pudo observar a un grupo de milicianos entrando en el edificio, los imaginó llamando al piso y se preguntó cómo reaccionaría Julio. No tardó mucho en descubrirlo. Salió por un balcón, se izó sobre el hierro forjado, puso un pie en el saliente de la fachada y se impulsó hacia el techado. Empezó a andar por las tejas, manteniendo el equilibrio, llevaba una pistola en la mano. Un par de milicianos se asomaron por el mismo balcón, descubrieron su intento de huida. Le apuntaron con los rifles y abrieron fuego. Julio se agachó de manera torpe, a cuatro patas, se giró y respondió a las balas. Consiguió que le dejaran de disparar. Se puso de nuevo en pie y siguió la marcha, avanzaba con mucho tiento, medio agachado, un andar lento y peligroso sobre las tejas mojadas. Resbalar era fácil: a un lado, la caída a la calle, al otro, el patio interior, seis pisos de altura en ambos sentidos, y, a unos diez metros, la escalera de hierro que llevaba hasta el tejado del edificio colindante, la ruta de escape que habían estudiado muchas veces.

Julio perdió el agarre de un pie, consiguió sujetarse antes de caer, de nuevo el plomo levantando esquirlas de algunas tejas, esta vez no contestó, continuó reptando. Estaba apenas a un metro de su salvación, se lo pensó mejor, sacó la pistola y disparó. Necesitaba unos segundos para poder subir, sería el único momento en el que ofrecería un blanco fácil de alcanzar. Agarró la primera barra y, ya sin precaución, subió con un movimiento felino. Tal como el Inspector había previsto, Julio era un gato con siete vidas, escurridizo e ingenioso. Lo que no sospechaba era la identidad del delator, que sabía el camino y había advertido al oficial. Una fila de fusiles lo apuntaban desde el otro lado, se escuchó un «¡alto o disparamos!».

El rey estaba atrapado, «¡jaque mate!», sonrió el Inspector. Julio se lo pensó unos segundos, levantó el brazo para disparar, pero no llegó a apuntar, se escuchó una descarga de fusiles y la caída del

cuerpo al empedrado de la calle. El Inspector se dio la vuelta y se marchó, tenía una cosa más que hacer: contactar con Hans.

46

Patatas al tocino

Desde que en la noche del 27 de marzo de 1936 el Consejo Nacional de Defensa emitiera por la radio su último comunicado pidiendo a los habitantes de Madrid «calma, orden y acatamiento de la autoridad», María se repetía esas palabras como si estuviera rezando el rosario. Era la manera que tenía de no perder justo eso: la calma. El desabastecimiento, la decadencia, la desesperanza en los que estaba sumida la ciudad también habían penetrado los muros de su casa. Hacía semanas que Milagros había empezado a hacer las colas de las cartillas de racionamiento, esas materias primas se habían vuelto imprescindibles para, sumadas a lo exiguo que lograban en el mercado negro, cocinar alguna receta aparente. En más de una ocasión, la cena se limitó a un plato de patatas al tocino.

Esa misma noche, la de la comunicación por radio, la familia decidió encerrarse en casa, por lo que pudiera pasar. Solo Víctor salió por la tarde a visitar a Sofía, enclaustrada en la suya, y así se enteraron de la entrada triunfal de los franquistas en la capital, ante el saludo jubiloso del pueblo, harto ya de tanta miseria.

Aunque en Madrid había finalizado la contienda, el país seguía en guerra, por lo que María prefirió alargar su confinamiento, limitar el movimiento de sus convivientes y dejar la radio encendida y a todo volumen las veinticuatro horas, aunque no hubiera emisión, por si a alguien le daba por informar de algo a horas intempestivas.

Así, al empezar abril, a las diez y media de la mañana, cuando el aparato empezó a tronar en la voz de Fernando Fernández de Córdoba, todos pudieron correr de inmediato al salón a escuchar: «Parte oficial de guerra, del cuartel general del generalísimo, correspondiente al día de hoy, primero de abril de 1939, tercer año triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La

guerra ha terminado. Burgos, primero de abril de 1939, año de la victoria. El generalísimo Franco».

Víctor se levantó de su asiento y abrazó a su madre. Teresa y Mercedes se unieron a la celebración. Con los ojos enrojecidos y brillantes, nadie atinó a pronunciar una palabra. Milagros se retiró a la cocina, se arrodilló en una esquina y se puso a rezar, así la encontraron María y sus hijas cuando, una vez compuestas, entraron en la habitación a pedirle que hiciera café.

—¡Por fin se restablecerá la vida! —exclamó Mercedes.

—Espero que sea así. Le voy a pedir a tu hermano que se informe de cuándo podremos viajar a Bilbao y, si es posible, que compre los billetes. Por lo que más deseaba la paz era por volver a ver a tu padre, ahora muero por saber dónde está enterrado y por llevarle unas flores. En cuanto podamos, vamos todos para allá, tú también —dirigiéndose a Milagros.

Todavía tardó María cerca de un año en cumplir su deseo: no fue hasta varios meses después cuando se establecieron las comunicaciones por carretera con cierta regularidad, y primero tenían que volver todos los combatientes a sus casas.

El azúcar y algún que otro producto más, prácticamente desaparecidos de la ciudad en los últimos meses, volvieron a estar presentes, tímidamente, en los circuitos de mercado alternativos. María pudo hacerse con varios kilos, también con frutos secos, por lo que decidió agasajar a los invitados a la tertulia que había vuelto a instaurar en su casa desde el final de la guerra, con sus tradicionales tortas de almendras, ajustadas a los ingredientes conseguidos.

Sus consuegros, Antonio Méndez de Vigo y Sofía González-Estéfani y Bertrán de Lis, le habían mostrado interés por acudir a alguna de ellas, por lo que estaban convidados esa tarde, junto con Jesús Evaristo Casariego, nombrado director de *El Alcázar* hacía unos meses, Joaquín Zúñiga, amigo de siempre de los Echagüe y también de Jesús Evaristo, por su cercanía política, Dionisio Ridruejo, director general de Propaganda del Régimen y apasionado de las letras, y un amigo suyo del que no había querido desvelar la identidad, dijo que

sería una sorpresa. María, su hijo Víctor y su novia completarían la reunión, que siempre empezaba siendo literaria y luego podía derivar en cualquier aspecto de la vida.

Solo faltaban Ridruejo y su misterioso acompañante, los demás ya estaban dispuestos entre los sillones y las butacas del salón. En la mesa baja, las tortas y dos botellas de licor de Noyaux.

—Ni os imagináis la ilusión que me hace tener para ofreceros algo que acompañe al licor casero —comentó María—. Parece que empieza a haber algo más para comprar.

Antes de que Casariego o Zúñiga, asiduos tertulianos, pudieran replicar sobre las bondades de la bebida que preparaba, Milagros entró a la estancia con Ridruejo y su amigo.

—Buenas tardes, os presento a Agustín de Foxá, diplomático español que acaba de llegar de Roma y está a la espera de nuevo destino, Finlandia muy probablemente.

—Bienvenido, Agustín, toma asiento, estás en tu casa —lo agasajó María.

—Muchas gracias, tenía muchas ganas de venir, tu fama culinaria y de buena anfitriona traspasa las fronteras de nuestro país. —María, complacida, rio.

Milagros volvió a interrumpir, Víctor había recibido una llamada telefónica, para no perturbar la reunión habían cambiado el aparato al despacho de María. Se levantó y Sofía, su novia, aprovechó para ausentarse también e ir al excusado. Esperó a que su prometido acabara de hablar y lo interrogó.

—Me suena mucho este Foxá, ¿quién es?

—Claro que te suena, es escritor, uno de los autores, junto con Ridruejo, del *Cara al sol*, y también diplomático, como lo acaban de presentar. Oficialmente dicen que lo expulsaron de Roma acusado de espionaje, pero parece que la verdadera razón es que el yerno de Mussolini lo tildó de borracho y este le contestó que él era un cornudo. Total, que se retaron en duelo. Cuando Serrano Suñer se enteró del enfrentamiento lo llamó inmediatamente a Madrid para evitar cualquier posible conflicto con Mussolini.

—¿De verdad? —respondió Sofía, sorprendida—, a mí lo que me resulta asombroso es lo feo que es.

Volvieron al salón. Conversaban sobre una revista literaria que Ridruejo y Foxá querían poner en marcha.

—El otro día, precisamente, lo comenté con Rafael Sánchez Mazas, dice que estaría dispuesto a colaborar —relató Foxá.

—Ah, Rafael, hace mucho que no lo veo, era un asiduo a la tertulia del Lion d'Or en Bilbao, años ha…, bueno, asiduo cuando no estaba de enviado a algún lugar por el *Diario Vasco* —contó María—. Quizá la colaboración de Jesús podría ser otra gran baza, no sé si tendrás tiempo.

—Tiempo para colaboraciones interesantes siempre hay, de hecho, sigo haciendo editoriales en el *Región de Oviedo* —contestó Jesús Dionisio Casariego—. Lo único es que tendría que poder decir lo que me plazca, defender aquello en lo que creo, firmar, si quiero, con ¡Viva España, viva el rey!, o discrepar sobre la eliminación de la influencia de la Iglesia en los planes educativos…

—Lo que se ha hecho con la influencia eclesiástica en la educación de este país es matizarla, en ningún caso erradicarla, pues su preponderancia era exagerada. Es un tema que estoy ya cansado de discutir con el ministro competente, entenderás que no quiera volver a sacarlo a la palestra y, mucho menos, darle cobijo en mi —Ridruejo recalcó el *mi*— revista literaria. Y lo de viva el rey, más de lo mismo: viva Franco y punto.

Víctor, preocupado sobre todo por la impresión que podían llevarse sus suegros, se apresuró a cambiar el rumbo: sacó el tema de las tertulias del grupo literario La Ballena Alegre, que se reunía, antes de la guerra, en el sótano del café Lion, casualmente, esta vez de Madrid, y al que habían pertenecido Foxá, Ridruejo y Sánchez Mazas, entre otros, y con las anécdotas que se animaron a contar se fue suavizando el ambiente. También ayudaron las nuevas rondas del licor de huesos de albaricoque que tan bien le salía a su madre.

Posguerra

47

Galletitas saladas

La casa bilbaína de la calle Ibáñez estaba desangelada, habían sufrido un saqueo durante la contienda, y entre eso y las figuras de porcelana y las telas nobles invertidas en el trueque del mercado negro aquel hogar, tan cálido y profusamente decorado, presentaba apenas algo más que su esqueleto. A pesar de que con los ojos abiertos las paredes y los cuatro muebles que quedaban no suscitaban en María más que lástima, si los cerraba todavía podía percibir ese olor característico que siempre impregnó su hogar: ahí estaba esperándola.

Abrazó a sus hijos con fuerza; cada día de los cuatro años transcurridos había dejado una huella profunda en sus rostros. Le impresionó el parecido de Ramón y Fernando con su padre, hasta ahora no lo había percibido así, y cómo la guerra le había robado a Dolores la frescura de la juventud, nadie diría que tenía veintidós años.

Una vez recorridas las estancias de la casa, sin soltar la mano de su hija pequeña, no quiso sentarse a descansar, fue al cementerio.

—Hay que ver cómo eres, Ramón, no me esperaste… —le dijo al marido al pie de su tumba—. Esta es la venganza que me tenías preparada por haberme marchado, ¿eh? Pues que sepas que te la perdono, y eso que me has causado la mayor tristeza de mi vida…, la mayor, ¿eh? Que no es poco, ¡ay, Ramonchu! Lo que nos ha tocado vivir… Recuerdo tanto nuestros paseos por París, quién nos iba a decir esto, quién, ¿eh? ¡Sobre todo a ti! Llegaste a este mundo en medio de las bombas de la guerra carlista y te vas con el mismo sonido…, ordenado hasta para eso. —María permaneció en silencio unos segundos. Después siguió—. Te he traído a los hijos de Madrid, a todos, para que te saluden. Víctor se nos casa en unos meses con una señorita estupenda, Sofía Méndez de Vigo, muy buena, y su

familia también, parientes tuyos, a través del duque del Infantado. Tengo mucho que contarte, hace tanto que no nos vemos…, qué largo se ha hecho, Ramón, eterno… Pero ahora están los hijos esperando, que algo también te querrán decir, aunque sea despedirse los pobres. Yo vendré cada día a visitarte hasta que vuelva a Madrid, así te pongo al día. Siempre me encantaron nuestras charlas, lo sabes.

Milagros esperó a que cayera la tarde y entonces pidió permiso para acercarse a la casa de los Echevarrieta, quería saber de Trini, comprobar que estaba bien y, quizá, pasar con ella el domingo. Le llevaba un paquete con galletitas saladas que había preparado ella misma para los Echagüe. Calculó mal la cantidad de ingredientes, por lo que pudo desviar una decena sin que nadie lo notara.

Tocó en la puerta de servicio y esperó que le abrieran. La escasez de luz y el trabajo de la amargura en el rostro hicieron que le costara reconocer a quien estaba al otro lado del quicio.

—¿Prudencia?

—¿Te conozco?

—¡Prudencia! Claro, soy Milagros, la hermana de Trini —respondió entusiasmada.

—Milagros, la hermana de Trini —repitió la señora mientras buscaba el nombre en su archivo interior—. ¡Ah! La hermana de Trini, Mila, sí…

—Me gustaría hablar con ella, si es posible.

—¡Ay, chica! Por lo que veo no sabes…

—¿No sé?

—Espera, que aún tengo cosas que hacer y esto no es para hablarlo corriendo. Espérame arriba, en el cuarto, subo desde que pueda. No tienes prisa, ¿verdad?

Milagros subió a la habitación de las doncellas, más austera y lúgubre que la de la casa de los Echagüe en Bilbao, mucho más antigua e incómoda que la de Madrid. Se sentó sobre el colchón de una cama en desuso, había varias así, y esperó cerca de dos horas en las que imaginó unos cuantos escenarios posibles, hasta a

Francia llevó a su hermana. Prudencia subió exhausta, se senclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">tó a su lado.

—Discúlpame, Mila, la señora ha tenido mellizos y hay poco servicio y mucha faena. Vengo un rato y tengo que volver a bajar, para velar el sueño de los niños.

—Tranquila, ¿qué ha pasado con Trini?

—Pues, qué va a pasar, lo que a tantos, Mila… Se la llevó la guerra. —Milagros no mudó el gesto, se quedó tiesa. Prudencia le contó—. No sufrió, Mila, al menos eso. Al señor se lo llevaron nada más el levantamiento: los rojos lo metieron en la cárcel. La señora estaba que no vivía, iba a verlo cada día, a llevarle comida, cosas de aseo… A veces lo dejaban verlo y a veces no, según les diera. Cuando no, ellos se quedaban con las cosas. Yo creo que eso fue lo que lo salvó de los fusilamientos, aquellos muertos de hambre no querían perder la comida caliente que les llevábamos a diario. Mataban a otros, pero al señor lo aguantaban vivo, tampoco amenazaron nunca con llevarlo a los barcos, y eso sí que era raro. —Milagros prestaba atención, ahora con las manos en el corazón helado, a ver si lo atemperaba un poco—. Nos íbamos turnando para acompañar a la señora a la cárcel, y ese día, antes del de Reyes de hace ya dos años, iba Trini con ella. Las alcanzó una bomba de las de los italianos. Murieron las dos. Poco después, el señor; ya no había comida y lo ajusticiaron. Esta casa estuvo cerrada más de un año, yo seguía aquí para mantenerla, y hace unos meses se vino la hija mayor de los señores, la señora nueva, como le decimos. Ahora que hay dos niños en la casa y se ha acabado la pesadilla, espero que podamos ir recuperando algo de la normalidad, no creo que vuelva la alegría. ¿Y tú no estabas en Madrid? Eso decía siempre tu hermana. Por las noches nos imaginábamos que íbamos a visitarte y que vivías en una gran casa y que ibas al restaurante de tu señora…

48

Merengues diminutos

Milagros seguía atenta al horno, no se fueran a quemar los merengues. Habían empleado tres claras de huevo y habían pagado por cada uno un potosí. Cada vez era más complicado conseguirlos. Las yemas las aprovecharía Sofía, desde su embarazo María no permitía que pasara un desconsuelo, aunque hubiera que revolver la ciudad, no quería que su nieto naciera con alguna de esas manchas rojas que salen por antojos no cumplidos en la gestación.

José Ortiz y Carmen irían a tomar café esa tarde. Unos años después de haberlo contado en aquella cena en Bilbao, José, finalmente, fundó su compañía aeronáutica. El levantamiento militar lo sorprendió en San Sebastián de vacaciones y, perseguido como estaba por los leales a la República, permaneció allí escondido hasta que las tropas de Franco entraron en el País Vasco. Siguió su vida en el norte hasta que pudo regresar a Madrid.

Hacía unas semanas que habían vuelto a la capital. Estaban exultantes, con buen ánimo y color. Se presentaron en casa de María con una bandeja de pastas de Embassy.

—No puedo resistirme, querida —dijo Carmen—. A José no le hace gracia que les dé dinero a los ingleses, pero es que son las mejores…

—A mí también me lo parecen, y, entre nosotras, por unas cuantas pastas no creo que estés financiando su ejército. —Rieron las dos unos segundos—. ¡Qué bien sienta reírse, Carmen!

Pasaron al salón, Víctor y Sofía los acompañaron.

—¿Y cómo andan las cosas por el norte? Hace mucho que no voy… Desde lo de Ramón bajan más los hijos que quedaron en Bilbao que subir yo. En la tierra me atrapa la nostalgia.

—Pues mira, con los alborotadores exiliados o presos, aquello está en orden. Da gusto. ¿Y por aquí qué tal? ¿Cómo lo lleváis?

Víctor miró al suelo y María respondió.

—Regular, para qué nos vamos a engañar… El restaurante era mi vida, la de Víctor también, pero él anda con otras ilusiones, como veis —señaló la barriga de Sofía—, bueno, y yo también…, pero la casa se me echa encima. El libro de conservas va vendiéndose algo y las lectoras me escriben, eso me entretiene, y he empezado a revisar anécdotas históricas sobre la gastronomía que llevo recopilando toda la vida, para un nuevo libro, eso también me gusta, son dos de mis grandes pasiones, pero yo soy mujer de acción. ¡Qué os voy a contar!

—¿Y qué te impide volver a la acción? —preguntó José—. Son nuevos tiempos, María, para degustar tu cocina siempre hay público, no mucho, pero lo hay. Quizá podríais buscar un buen local por esta zona y darle tu toque.

—Será un éxito, seguro, María. ¡Como si lo viera! —la animó Carmen.

—¿Eso creéis? ¿Os parece el momento?

—Mejor momento que el anterior que elegiste, seguro, al menos políticamente —sentenció José—. Tendrás que tomarlo con algo de calma al principio, aunque con tu reputación no te será difícil volver a florecer. La burguesía madrileña está ávida de gastar todo lo que no ha podido durante la guerra. Además, con el nuevo Régimen las cosas no tardarán en mejorar y los empresarios también querrán tener restaurantes como el tuyo para sus festejos y comidas de negocios. Y aunque los muertos de hambre son muchos, en ninguna época iban a ir a comer al Parabere.

María miró a Víctor buscando su parecer.

—La realidad es que aquí te estás marchitando, mamá. Como tú bien dices, por más que te gusten los libros, sus lecturas y escrituras, eres mujer de acción. Tienes fuerzas, ganas y sabes cómo hacerlo. Podemos probar, peor momento que aquel no creo que sea, aunque entonces no podíamos saberlo. —Víctor hablaba con sosiego, sin demasiada emoción ni convicción—. Lo único es que sabes que ha cambiado la ley, ahora las mujeres no pueden figurar como propietarias de negocio, bueno, ni de negocio ni de nada, si a ti te parece bien, podemos ponerlo a mi nombre y firmarte un

permiso para que puedas trabajar sin problema.

—¡Es verdad! ¡Qué atraso tan tremendo y qué injusticia! En unos meses hemos vuelto al siglo pasado, ¡qué barbaridad!

—Bueno, María, en este caso es un mal menor —se apresuró a afirmar José.

—Y hablando de todo un poco —interrumpió Sofía—, estos merengues diminutos están de muerte. ¡Me encanta el tamaño! Puedo comerme diez sin sentirme culpable.

—Y como dice Sofía, hablando de todo, ¿qué tal os ha recibido Madrid?

—Pues muy bien. Yo también soy hombre de acción y me da vida tener una ocupación como la fábrica. La aviación alemana nos está haciendo buenos pedidos, así que no nos podemos quejar.

—¡Por eso no le gusta que compre en Embassy! —bromeó Carmen, de nuevo.

La búsqueda de local se convirtió en la principal tarea de las mañanas de Víctor y de María. Paseaban por las calles cercanas a su casa de forma metódica, cada día cubrían un segmento del cuadriculado barrio de Salamanca mirando carteles, preguntando a porteros y, por la tarde, revisaban los anuncios de los distintos periódicos. Empezaron por la parte superior, cerca de María de Molina, y fueron bajando hacia el Retiro. En los últimos años había cambiado la costumbre y ya habían abierto a la calle algunos restaurantes de lujo, por lo que el primer piso había dejado de ser un criterio de selección. No les costó hacerse con unos cuantos para visitar. En general, les parecían pequeños, muy angostos, con pocas posibilidades, por lo que continuaron el cribado hacia el gran parque.

Una mañana tan fría como luminosa, bajaron ligeros por Serrano tratando de entrar en calor. Llegaron hasta Jorge Juan, se les iba acabando el barrio. Pararon ante un edificio de esos típicos de la zona, con amplio portal para carruaje, de construcción regia, imponente y balconcitos repujados. Un portero, con una levita bien lustrada, sacaba brillo a la placa de un notario. Le preguntaron si sabía de algún espacio disponible por la zona. Los encomendó a

hablar con el escribano, era dueño de gran parte del edificio y de más inmuebles. Así lo hicieron, subieron a su despacho, esperaron en una sala profusamente decorada, con sillas duras y temperatura ideal, y, a la media hora, apareció el notario, que, de mala gana, y solo al comprobar el aspecto de quienes lo esperaban, aceptó concederles cinco minutos, pues no era correcto aparecer sin cita. María se mordió la lengua y forzó una sonrisa, que el ilustre ni notó, pues solo miraba a su hijo. En la calle Villanueva, a cinco minutos, decía disponer de un local que podría ajustarse a la necesidad que manifestaban. Mandó llamar a su secretaria para que le ordenara al portero que los acompañara con la llave.

El viaje a pie hasta la calle paralela fue un continuo bufido de María sobre la antipatía y falta de educación y de mundo del que sería su nuevo casero. «Estas personas que lo único que tienen es dinero, me resultan insoportables, más aún, despreciables», le decía a su hijo, que aguantaba estoico sus exabruptos y trataba de separarse lo más posible del portero para que no la escuchara. La llegada a Villanueva número 7 hizo que se callara en seco. La invadió una sensación similar a la que tuvo en la calle Cádiz: su cuerpo, muchas veces, hablaba antes que su boca. Apretó la mano de Víctor y este, con solo mirarle la cara, supo que la cosa iba bien.

Un escalón amplio, de mármol blanco, era la antesala de una puerta de dos hojas de madera labrada con cuarterones de cristal. Estaba abierta. Detrás los esperaba un zaguán de suelo de granito en color negro, con dibujos geométricos en gris y blanco. Un gran círculo en el centro de la estancia expandía, como si fueran ondas, cuadrados concéntricos. «¡Qué moderno, por favor!», exclamó María espontánea. Un gran espejo en la pared, apoyado en una mesa rectangular y estrecha, con un jarrón con flores secas y dos butacones eran el mobiliario. El preciso, sin excesos ni austeridad. De frente se subía a las viviendas, a la izquierda se entraba al nuevo restaurante Parabere.

Ventanales amplios y un espacio diáfano en el que dejar trabajar a la imaginación terminaron de convencerla. Harían falta unas obras, pocas, y aquello tendría el empaque que se merecía esta segunda parte.

Víctor arregló la operación, se encargó de las obras, sobre todo de adecuación de la cocina, y de la compra del mobiliario y el menaje que no pudieron rescatar del anterior restaurante.

Avanzada la faena, María escribió cartas ofreciendo un puesto a los más diligentes mujeres y hombres que trabajaron en el Parabere anterior, tanto en los primeros meses como en la época de la CNT. Le costó encontrar las señas de los anteriores a la guerra y no sabía cuál habría sido la suerte de los posteriores, pero antes de contratar personal nuevo quiso probar suerte.

Un muchacho empujó el portalón, entró al patio empedrado de la corrala y se puso a dar voces:

—¡Jacinto Expósito! ¡Jacinto Expósito!

Eran las tres de la tarde y no había bullicio en el corral, por lo que se lo oyó perfectamente casi desde cualquier rincón. Se asomaron dos vecinas de los pisos superiores, una peinándose una trenza, la otra secándose las manos en un mandil, y le indicaron que Jacinto vivía en el cuarto de la señora Sole, en la buhardilla, que si no lo había oído es que no estaba, ni él, ni nadie.

—¿Quieres dejarle recado, niño?

—No, señora, gracias. Me van a pagar una peseta por entregarle una carta en la mano y de aquí no me muevo hasta que lo vea con mis propios ojos. Después tengo que ir a dar cuentas y a cobrar.

—Hala, pues siéntate ahí.

Sole llegó al rato. Tenía las manos hinchadas y coloradas de lavar ropa en el río, había entregado la limpia y ahora cargaba una cesta, con otra de olor avinagrado, que le restaba visión. Se tropezó con una pierna del chico, pues se había adormecido apoyado en la pared.

—¿Qué haces ahí, muchacho? ¡Que te piso!

—Ay, perdón. —El chaval se recompuso—. Busco a Jacinto Expósito.

—Vive conmigo, estará de paseo con mis hijos, no tardará en volver. Si quieres, le digo algo.

—No, yo lo espero. Pero si quiere le subo la cesta. —El chico,

solícito, se la quitó de las manos.

—Te lo agradezco, niño, pero no tengo moneda que darte.

—No se preocupe, hoy voy a cobrar bien.

—¿Y se puede saber quién te pagará?

—Una señora muy bien compuesta del barrio de Salamanca. Fui a hacer un recado y me llamó y me dio el trabajo.

No habían llegado al cuarto y el alboroto de Jacinto y los tres hijos de Sole irrumpieron en el patio.

—¡Jacinto, sube! Te buscan.

Los cuatro subieron como un rayo. El chico le entregó la carta. Jacinto miró el sobre de papel verjurado y el lacre. Nunca había tenido en sus manos algo con tanta prestancia, mucho menos había sido dueño él de documento similar.

—¿Estás seguro de que esto es *pa* mí?

—Jacinto Expósito, y en esta dirección no hay dos, vamos, digo yo…

—¿Y quién te dio esto?

—Una señora muy bien compuesta del barrio de Salamanca —saltó Sole. Jacinto no salía de su asombro—. Anda, ábrela y terminamos con el misterio.

Estimado Jacinto:

Espero que estés bien, con salud.

Solo unas letras para informarte de que voy a abrir, de nuevo, el Parabere. Ahora estará en la calle Villanueva, número 7. Me gustaría que trabajaras conmigo otra vez. Me hará falta alguien de confianza para los recados y otros menesteres.

Si estás disponible, puedes venir el próximo lunes a las cinco de la tarde al restaurante. Te pagaré quince pesetas, comida y cena.

Recibe un saludo cordial,

MARÍA MESTAYER DE ECHAGÜE

49

Marmitako

María y Víctor llegaron unos minutos antes de las cinco y ya había un corrillo delante del restaurante.

Víctor abrió la puerta y, una vez todos dentro, con cuidado de no interrumpir la faena de los pintores, uno por uno, los fueron saludando:

—Buenas tardes, me alegro mucho de veros, está bien que seáis madrugadores. —Todos sonrieron complacidos. María y Víctor fueron extendiendo la mano—. ¡Qué bien te encuentras, Jacinto! Me alegro mucho de que hayas podido venir. Buenas, Matilde, lo mismo te digo, alguien que sabe manejarse en la cocina no es fácil de encontrar…

—Señora Marquesa, le agradezco mucho esta segunda oportunidad. Trabajé pocos meses con usted, pero ha sido el mejor trabajo que he tenido nunca.

—Gracias a ti, espero que esta vez nadie quiera imponernos al personal. Buenas tardes, Guzmán, buenas, Gervasio, Arsenio… —María paró en seco la ronda—. Disculpa, no recuerdo tu nombre y tampoco tu cara, es extraño, tengo buena memoria. —Le hablaba a un señor de unos cuarenta años, de cara arrugada y manos grandes, la ropa, como la de todos, ajada, la boina en la mano.

—Perdonen el atrevimiento. Yo no trabajé en el restaurante, lo hizo mi hermano Mateo, murió en la guerra, en un bombardeo. Llegó la carta a casa y no tengo empleo y sí unas cuantas bocas a mi cargo: hijos, sobrinos y a mi madre. Sé servir, soy dispuesto y aprendo rápido.

—¿Tu nombre?

—Eladio Martínez, señora, para servirle.

—Puedes quedarte, Eladio, necesitaremos unas cuantas manos para la cocina y las mesas, ya veremos cuál será tu puesto.

—Muchas gracias, señora, muchas gracias. No se arrepentirá, trabajaré en lo que haga falta.

Se asomaron varias personas más. María y Víctor siguieron saludando.

—Pasad, pasad, Onésimo, que alegría, buenas tardes, Santiago, ¿estás mejor de la boca? ¡Catalina! Necesitaremos a alguien también para el guardarropa, estupendo que estés aquí. —De nuevo se paró ante una muchacha desconocida—. Tú tampoco has trabajado para mí…

—No, señora. Mi marido, sí, se lo llevaron arrestado y lo fusilaron por estar sindicado a la CNT, nada más por eso, porque era un buen hombre. No llegó a conocer a su hijo y yo no tengo qué darle de comer. Germán se llamaba, señora.

—Lo recuerdo, por supuesto, Germán, el jefe de camareros. Un hombre de ley, desde luego. Encontraremos un puesto para ti. ¿Qué sabes hacer?

—Puedo limpiar o trabajar en la cocina o lo que usted mande. Me llamo Antonia Cordobés.

María y Víctor se apartaron del grupo.

—Tenemos cinco camareros, una cocinera, una pinche, una recepcionista, una guardarropa y un chico de los recados… Muy poco para haber enviado más de treinta cartas.

—Quizá se hayan mudado o no hayan corrido buena suerte…

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos mucho tiempo, no me gustaría retrasar la inauguración.

—Déjame que hable con ellos, mamá.

Víctor se dirigió al grupo:

—Necesitamos tres personas más para la cocina, dos pinches y un cocinero o cocinera, y dos o tres más para servir mesas. Si alguno de vosotros conoce a alguien, con experiencia y dispuesto a trabajar, que lo mande mañana por la mañana y lo entrevistaremos. Todos conocemos decenas de personas que lo están pasando mal y buscan un trabajo, pero aquí no queremos a cualquiera. Buscamos gente educada, aseada y con ganas de trabajar. Tened en cuenta que vuestro nombre irá en la recomendación; avisad solo a quienes estéis seguros de que no os defraudarán.

—Como veis —María tomó la palabra—, las obras están muy avanzadas. En dos semanas inauguraremos el nuevo Parabere. Todos los que estáis aquí, venid también mañana por la mañana, estaremos con las costureras para tomaros medidas para los uniformes. El viernes vendréis a probarlos y ya os quedaréis. Ayudaréis en la limpieza, mudanza y la colocación de muebles y menaje. Tendréis que finalizar el fin de semana, pues el lunes empezaremos con las prácticas de cocina y de servicio. Como os adelanté en la carta, además de vuestro sueldo, tendréis comida y cena.

Al día siguiente, María y Víctor llegaron al restaurante a las diez de la mañana. Los obreros llevaban ultimando la faena desde las siete, y fuera había una cola de hombres y mujeres que llegaba casi a la esquina con Serrano. A María se le fue el alma a los pies, Víctor se la recogió con el esmero al que la tenía acostumbrada.

—Tranquila, mamá, ahora disponemos una mesa con dos sillas y que vayan pasando. Cuando encontremos a seis candidatos que nos satisfagan, al resto, lamentándolo mucho, los mandamos a sus casas. —Le hablaba con cuidado, para que las palabras apenas rozaran su frágil equilibrio—. Tranquila, mamá, que no vamos a entrevistar a todos. Aquí habrá más de doscientas personas.

Víctor organizó la situación como le había informado a su madre: por orden de fila los fueron atendiendo. Los primeros llevaban desde las 4 de la mañana en la cola. Entre los treinta primeros ya encontraron personal para las vacantes y se quedaron con las señas de varios posibles sustitutos.

Se les tomaron las medidas para los uniformes y, según lo previsto, al final de semana, se empezó la limpieza y la adecuación del restaurante.

María regaló un ejemplar de cada uno de sus libros publicados a las cocineras, saber leer era requisito indispensable para ese puesto: *La cocina completa*, *Platos escogidos de la cocina vasca*, *Confitería y repostería*, *Entremeses, aperitivos y ensaladas* y *Conservas caseras*.

Matilde ya conocía los dos primeros; aun así, María le recomendó

que los volviera a leer. Para las pruebas de cocina, las dos tenían que llegar con las recetas aprendidas del marmitako, las mollejas de ternera al jugo y, como platos fríos, las truchas asalmonadas a la Richelieu y el rosbif. Con ellas empezarían las prácticas, así como con canapés de pasta y tartaletas de atún al Aspic, que serían las que serviría en la inauguración.

El salón principal estaba repleto de lo más granado de la burguesía y la aristocracia de Madrid, el matrimonio Ortiz de Echagüe y los duques del Infantado entre ellos, además de amigos que habían viajado para acompañarla, como Teodoro Bardají. Todos sus hijos con sus parejas, por supuesto, Mariano y Luisa, el embajador francés, François Piétri, y hasta el «notario impertinente», como lo llamaba María, con su señora.

—Queridos amigos, querida familia, gracias por venir a arroparme en esta nueva aventura del Parabere, es el calor que recibo a diario, de todos vosotros y de mis lectoras, lo que me ha decidido a volver a la acción con un restaurante renovado en el que mantendremos los estándares de calidad que sabéis que me gustan. Para hoy, además de un surtido de canapés y tartaletas, os hemos preparado un plato insigne de mi tierra y, por tanto, de mi cocina, uno de los guisos preferidos de mi querido Ramón, que, seguro, hoy anda revuelto, allá donde esté, por los líos en los que siempre me meto, como él decía. —Los invitados sonrieron cómplices, María cogió aire —. Bueno, os hablaba del plato de hoy, un tanto original para una inauguración, pero claramente definitorio de mi cultura gastronómica: el marmitako. —Levantó su copa de champán. Los invitados hicieron lo propio—. ¡Salud y buen apetito!

Igual que ocurriera en la calle Cádiz, casi pareció una suerte de *déjà vu*, hubo distintos grupos de animada charla, muchos alababan el delicioso marmitako, algunas comentaban la valentía inaudita de María y otros hablaban del tiempo, de lo que fuera menos de política. Y también, como aquella vez, María sintió que vivía una irrealidad. Entre reencuentros emotivos, alabanzas y conversaciones ligeras, se le fue la inauguración.

Milagros volvió del mercado casi sin color en la cara. Manuela se lo notó, pero, por más que le preguntó, la chica no soltó prenda, ya no se fiaba ni de su sombra y optó por inventarse un malestar poco creíble. Manuela había demostrado templanza y fidelidad en los momentos difíciles, aun así, prefería ser prudente.

Buscó un momento en el que encontró sola a la señora y le pidió hablar en un lugar discreto.

—Tú dirás, Milagros, a qué viene tanto misterio. En esta época no puede ser buen augurio.

—No lo es, señora.

—Bendito sea Dios, no ganamos para disgustos. Cuenta, ¿qué pasó ahora?

—Yo sé que usted no es de chismes, pero esta mañana escuché en el mercado que han fusilado a Avelino Cabrejas.

—¡No lo creo!

—Parece que estaba detenido, lo cogieron en Alicante, y en estos días lo vieron salir en la saca camino del cementerio de la Almudena. Dijeron que los matan allí, para ahorrarse el traslado.

—Pensaba que la paz sería un bálsamo, pero no ha sido así, seguimos viviendo un tiempo terrorífico. Dicen que los seres humanos nos acostumbramos a todo, pero yo con esto no puedo, me coge con las fuerzas gastadas. Avelino era un buen hombre, con sus ideas particulares, eso es cierto, pero no merecía la muerte como si fuera un delincuente, no la merecía, era un buen hombre, a nosotros siempre nos trató con educación y respeto, era un buen hombre.

50

Filetes de salmón a la Brissac

Salió de la cocina con los platos que podían servir anotados en un papel. Era una lista exigua, y eso que había visitado el mercado, la embajada francesa y había recibido a los estraperlistas. Contar los productos que había logrado reunir y sumarlos a los que tenía entre la despensa, el frigorífico y las alacenas de la cocina no le llevó mucho rato. Algunas recetas no se podrían preparar completas, faltaban cortes de carne, varios de los pescados y hortalizas. De cualquier forma, no era esto lo que más la desesperaba de esta nueva época: era mucho más irritante la restricción gubernamental de servir un plato único por cliente. Esto la obligaba a llevar al límite su imaginación para combinar en un solo espacio elaboraciones menguadas, que fueran capaces de convivir sin anularse, que conformaran una comida completa, como las de antes, y pudieran mantener la idea de lujo que había impuesto en su restaurante.

Todavía quedaban unas cuantas horas para que empezaran a llegar los comensales, pero, como siempre, lo quería todo en su sitio desde antes del mediodía. Se acercó a la entrada.

—Buenos días, Arsenio —le dijo al recepcionista, que estaba pasando un paño por enésima vez a los azulejos de mármol que presidían la estancia—. ¿Cómo estamos?

—Señora Marquesa, he repasado ya tres veces cada azulejo, limpiado los espejos y fregado el suelo: yo diría *de que* está todo dispuesto.

María escudriñó cada palmo del suelo y paredes y pasó la yema del dedo por las baldosas para asegurarse de que estaban limpias de polvo. Se acercó a la puerta y miró a través del impoluto cristal, vio a la gente del barrio que empezaba a llenar la calle caminando de un lado a otro. Algunos transeúntes llevaban bolsas con las compras de la mañana, nadie diría que, fuera de estas cuatro calles, la miseria

corroía una ciudad cuyas heridas tardarían mucho en cerrarse, donde se había instalado el silencio y la desconfianza, donde unos andaban con la cabeza erguida y otros baja. «¿Qué ha sido de este mundo? ¿Qué ha ocurrido para que, a pesar de que se haya acabado la guerra, todo continúe igual de gris y siniestro?», divagaba María.

—Buen trabajo, Arsenio, está todo reluciente, voy a comprobar los salones.

—Gracias, señora Marquesa. —Arsenio continuó pasando el paño por los azulejos, y seguiría así hasta que llegara la hora de abrir el restaurante.

María entró en el salón principal, los camareros estaban terminando de colocar la vajilla en las mesas, cada una de ellas con su mantel, siempre blanco y recién planchado, las lámparas del techo encendidas, así como los apliques en las paredes. Deberían apagarlos para tener un pequeño ahorro, pero la experiencia le había enseñado que, si una empezaba a escatimar en los detalles, la gente murmuraría que había problemas, y eso no se lo podía, ni quería, permitir. Vio a Víctor incansable al fondo, dando instrucciones a los camareros, comprobando, como hacía ella, cada pieza que se colocaba. Hacía tiempo que no se fijaba en él, era alto, delgado y apuesto como lo era su padre. Víctor tenía la misma resolución que ella, así que bien podría volver a la cocina, pero no, no le nacía dejar la inspección, como hizo a diario en el primer Parabere, con perseverancia y rutina, manteniendo su labor hoy como ayer y como mañana.

Se acercó a su hijo sin dejar de contar los cubiertos en cada mesa, uno, dos, tres, uno, dos, tres… Solo podían servir un plato, pero insistió en colocar todos y cada uno de los cubiertos de un banquete de seis, eso era innegociable. Cada comensal debía encontrar tantos cubiertos como fueran necesarios, tanto para una sopa, un guiso o un asado, para carne o pescado, bizcocho o fruta. «Una cosa es lo que uno come y otra lo que a uno le gustaría comer. No podré servir todos los manjares, pero sí mantener la apariencia de que, si quisiera, podría hacerlo», se repitió para sí.

—Víctor, te traigo el menú que tenemos hoy, estoy pensando en combinar algún plato nuevo, pero de momento esto es lo que

podemos ofrecer.

Víctor leyó el papel que le tendió su madre intentando memorizar cada uno de los platos que había nombrado, como era su costumbre, de las maneras más ostentosas. Uno de esos títulos detuvo su lectura:

—Filetes de salmón salvaje a la Brissac, sabes que no podemos usar nombres que no sean castellanos, tendrás que cambiar Brissac por trufas y nata.

—Cámbiala si quieres, aunque la receta, la llames García o Martínez, seguirá siendo a la Brissac, sea esto España o el norte de África.

Víctor miró asustado a su alrededor, donde los camareros seguían colocando las mesas. No parecía que hubieran escuchado la conversación; las bromas, las chanzas o los comentarios fuera de tono podían tener una importancia capital en esos tiempos.

—En esta España lo que ofreceremos es un pescado elaborado con trufas y nata. ¿Y de dónde has sacado las trufas?

—Teodoro me las ha conseguido gracias a un amigo suyo que vino de Extremadura, me avisó ayer que si me interesaban podría contar con ellas esta mañana, y, por supuesto, le dije que sí.

—En esta nueva época tendremos que ser más comedidos con los gastos. Seguramente habrás pagado más de lo que cobraremos hoy, y necesitamos ganar dinero para recuperar la inversión y no tener que cerrar.

—Este es el Parabere, no estoy dispuesta a que una partida de trufas se escape de nuestros fogones, lo merecen y se lo merecen nuestros clientes. Es así y no se hable más. Ya he aceptado cambiar el nombre de la receta, ahora no me obligues a cambiar los hábitos.

Víctor y María salieron temprano del restaurante, no había habido muchos servicios, ninguno notable, por lo que dejaron el cierre en manos de los empleados. Víctor agarró del brazo a su madre y la llevó hacia la calle Alcalá.

—¿Y este cambio de ruta?

—Quiero enseñarte algo. —María miró extrañada a su hijo—. No me mires así, sé que no te gusta que te diga estas cosas, pero es la realidad y, antes de que sea tarde y ya no podamos, tenemos que

adaptarnos. Vivimos en un piso muy grande y muy caro.

—Tampoco es tan grande…, ahora mismo seremos uno más.

—Mamá, es muy grande. No necesitamos seis habitaciones ni dos salones —respondió tajante e impaciente. María bajó la mirada. Víctor reculó—. Esta no tiene por qué ser una solución definitiva, pero antes de negarte, mira lo que te quiero enseñar, por favor.

En silencio, llegaron a la calle Espartinas, a su número tres. Víctor detuvo la marcha ante un edificio recién construido, apenas tenía un año. Racionalista, sobrio, correcto y sin alharacas.

—He visitado uno de los pisos que están en venta. Moderno, con buenos materiales y a un precio asequible. Si vendemos el nuestro todavía nos quedará para vivir holgadamente hasta que el restaurante nos permita hacerlo como antes. Fíjate en la calle, recogida, tranquila y coqueta, como te gustan.

—¿Es muy pequeño?

—No, casi doscientos metros.

—La mitad que el actual.

—Tiene cuatro habitaciones y una buena zona de servicio. La cocina es muy amplia, tanto como la actual.

—Bueno… —suspiró—. Siempre podremos dormir en la cocina…

51

Pulpetas de lenguado a la Paillard

El equipo del nuevo Parabere iba encajándose, faltaba quizás algo de soltura, pero el ánimo de cada uno y el ambiente creado por María y Víctor lograba que la superación fuera la meta diaria, por lo que cada jornada la cosa marchaba mejor que la anterior, dentro de los límites impuestos por el desabastecimiento y los cortes de electricidad.

María no terminaba de decidirse a contratar a alguien más para la cocina. Realmente era necesario, por lo que más de una tarde repasó las señas de los suplentes y a punto estuvo de mandar alguna carta, pero en el último instante siempre se desinflaba. No tenía claro que introducir un elemento nuevo, ahora que, tras varios meses, empezaba a rodar la labor conjunta, fuera más un problema que una solución. Caviló sobre este tema durante más tiempo del que estimaba conveniente, lo comentó con Víctor y también con Milagros y, finalmente, decidió dejarlo estar. No encontraba el camino, con lo que el reposo le pareció lo más pertinente.

A la mañana siguiente, tras la vuelta por el mercado, mientras hacían recuento en la cocina de lo obtenido para diseñar el menú del día, escucharon la voz grave de Arsenio, que, en la puerta, hablaba con alguien. Una chica delgada, limpia, de mediana estatura, con traje de chaqueta y falda larga, con algunos zurcidos bien disimulados, solo un ojo escrutador hubiera podido reparar en ellos, con la melena recogida en un moño y un flequillo que le tapaba la frente preguntó, con voz suave, si se podría dar la circunstancia de hablar con el dueño del establecimiento.

—Muchacha, en este establecimiento, el dueño es dueña. La Marquesa de Parabere, ni más ni menos. Son muchas las que llaman a esta puerta buscando trabajo, y al menos saben esto —le espetó Arsenio—. ¿Sabes hacer algo en una cocina? Además de limpiar o

poner un cazo con agua a calentar, eso saben todas.

—Sí, señor, mi padre, que en paz descanse, me enseñó a cocinar, él aprendió en París, también trabajó en un restaurante en Madrid, antes de la guerra. Llevo haciéndolo para mis cuatro hermanos desde que él y mi madre murieron. Todo el mundo dice que se me da bien y como tengo que alimentar tantas bocas me he decidido a preguntar, por si se necesitaran los servicios de alguien. No me importa si es solo para limpiar o fregar cosas, eso también sé hacerlo y…

—Bueno, bueno, muchacha, a mí no me tienes que convencer, eso déjalo para la Marquesa, en el caso de que quiera echarte un vistazo. Espera aquí fuera mientras pregunto.

Arsenio llamó a Jacinto, el muchacho se había parado, de camino a la cocina, a observar a la chica que hablaba con él. Iba cargado con una torre de platos.

—Lleva eso a su sitio y después vete a preguntarle a la señora Marquesa si quiere que la lleve a una muchacha que busca trabajo para la cocina. Anda, date prisa, que hoy hace frío y ella no lleva abrigo.

—Voy corriendo. —Estuvo a punto de hacer caer los platos, pero consiguió equilibrarse a tiempo. Arsenio miró hacia arriba, al techo, moviendo ligeramente la cabeza—. Perdone, señor Arsenio, las suelas del zapato están ya algo lisas y…

—Déjate de historias y ve a dar el recado.

Cuando el muchacho desapareció el conserje no pudo evitar soltar: «¡Juventud y faldas!».

María estaba sentada con Matilde. Había encontrado una nueva receta en una de las revistas francesas de las que le enviaba su hermana, que hacía años vivía en el país vecino, y estaba tratando de adaptarla a los productos de los que disponían para probarla de inmediato. Repasaba los ingredientes: lenguados, alcachofas, champiñones, nata, huevos… La cocinera asentía con cada uno que tenían, parecía que podrían aventurarse a cocinarla ese mismo día, algo de lo más infrecuente, por lo que reinaba el buen humor.

El ruido de la loza entrechocando anunció la llegada de Jacinto, atolondrado.

—Tranquilo, Jacinto, esos platos no tienen prisa por llegar al armario, ni el suelo necesita un repaso de tus pantalones.

—Perdone, señora Marquesa, las suelas de los zapatos. —Y levantó un pie para mostrarla—. Si me disculpa, me envía Arsenio con un recado, hay una muchacha en la puerta buscando trabajo para la cocina y pregunta por usted. Se ve que es una chica limpia y con buena presencia —añadió.

—Gracias, Jacinto, cuando hayas dejado los platos a salvo puedes decirle a Arsenio que la traiga para que la vea. —María sonrió para sí, quizá estuviera en la puerta la respuesta a sus desvelos.

—Sí, señora Marquesa, muchas gracias, señora Marquesa, ya voy, señora Marquesa.

Los nervios de Jacinto la hicieron sonreír, miró a Matilde, que le devolvió la mueca amable.

—Está claro que a alguien le ha gustado esa muchacha. Tendremos que echarle un ojo.

Todos los días, desde que lo habían confirmado como inspector, daba el mismo paseo hasta la comisaría y observaba los cambios que se producían a su alrededor: las tiendas que abrían de nuevo, una farola instalada donde había quedado un boquete de la anterior, un tramo de adoquines repuestos… Pequeños gestos que dejaban la impronta de que, poco a poco, todo volvía a la vida, aunque quedaran aún muchas piezas por encajar. También en su vida había introducido esos cambios, algunos ligeros, que reforzaran el empaque que iba adquiriendo. Ninguno de sus subordinados, por ejemplo, lo tutearía a partir de ese momento. En los nuevos fue algo natural, y a Ramos tuvo que explicárselo, pero, listo como era, supo lo que le convenía al instante.

Se pensaba a sí mismo como un héroe, estaba convencido de que su labor había sido esencial para restablecer el orden y cambiar el mundo. Humillaría a los vencidos, eliminaría a los parásitos que entorpecían el camino hacia la gloria; estaba convencido de ello, aunque, desde su toma de posesión, apenas hubiera logrado señalar como culpable a Avelino Cabrejas para que fuera fusilado y, encima,

eso era algo que, probablemente, hubiera ocurrido sin su informe y sin su acusación.

Necesitaba un nuevo reto, uno sonado que sirviera de estímulo para su carrera y, por supuesto, para sus aspiraciones. Justo lo que le esperaba ese día cuando entró en la comisaría.

El comisario, un hombre alto y corpulento, con gran bigote, pelo cortado a cepillo y una voz profunda, llamó al Inspector a su despacho. No era dado a las confianzas ni a departir con sus subordinados, pero las buenas referencias, por parte de los alemanes, con las que contaba el policía le habían hecho relajar, un poco, sus costumbres.

—Buenas tardes, inspector. He recibido un soplo de esos que hay que tratar con cuidado y no se pueden compartir con cualquiera.

—Usted dirá —respondió intrigado.

—Parece que hay meneo en esa guardería que es la cárcel de Porlier. Sinceramente, no sé a qué aspiran estos señoritos, están como quieren y encima montan jaleo. —El comisario hablaba como para sí. Ante la atenta mirada del Inspector, se recompuso y volvió a su papel—. Verá, parece que estos monarcas carlistas andan conspirando desde la cárcel.

—¿Cómo lo hacen? Creo que están en habitaciones de lujo, una para cada uno.

—Habitaciones de lujo y comida de lujo, nada menos que el Parabere es quien les sirve el menú a los señores… —El Inspector lo interrumpió.

—¡El Parabere es un viejo conocido! Le puedo asegurar que le tengo muchas ganas, hay una cuenta pendiente entre esos señoritos con ínfulas y yo. Se creen por encima del bien y del mal… —El comisario le hizo un gesto para que frenara la perorata. El Inspector cambió el tercio—. Lo que me sorprende es que haya abierto otra vez. Durante la guerra… —El comisario, impaciente, le quitó la palabra.

—Me informan de que es en las tarteras que llevan a los reos donde se pasan las notas entre unos y otros. Habría que vigilar el restaurante, ver el modo en el que opera y abortar la conspiración de raíz. Hay que ser certeros, eso es más importante que la

premura.

—Yo me encargo, comisario. Montaré un equipo de seguimiento con el inspector segundo, Benito, y los dos subinspectores, Ramos y Cosme, además de una unidad de la policía armada por si hay que hacer detenciones. Seguro que la operación no entraña gran dificultad. A todo cerdo le llega su San Martín.

52

Judías verdes a la Española

Jacinto tenía una razón importante para el regocijo: la chica de la puerta, Rosa, había entrado de pinche en la cocina. La Marquesa, nada más verla trabajar, había dicho que, por cómo atinaba los puntos de cocción y el toque de los aderezos, se notaba que tenía madera y conocimientos. Al cobrar el sueldo de ese mes, el muchacho separó lo que le daba a la señora Sole y, con el resto y algo más que sacó de lo que había ido guardando, se fue el domingo en la mañana hasta la calle Arenal, a la casa de uno de los proveedores no oficiales del Parabere, con el que había quedado previamente. Escoltado por los tres niños de su casera, iba a materializar el capricho que quería darse para celebrar su alegría y compró dos huevos y una barra de pan blanco. Con el tesoro bien envuelto, no fuera a romperse, volvieron los cuatro a la corrala, los acompañaba una gran sonrisa: iban a sorprender a la mujer de la casa.

—¿A que no adivinas lo que tenemos hoy para comer? —le preguntó a la madre uno de los chicos, nada más llegar.

—Déjame pensar… —miraba a un lado y a otro a ver si atisbaba algún paquete que le diera una pista y solo vio el pan—, creo que un buen pan blanco y con sustancia.

—¿Y qué más?

—No sé… ¿Cebollas?

—No… —respondieron los niños, divertidos.

—¿Habéis conseguido una lechuga? —preguntó Sole extrañada.

—¡No!

—Entonces, ¿qué? ¿Una col?

—¡No, mamá! ¡Jacinto ha comprado huevos!

—¿Huevos? No me lo puedo creer… ¿Y cuánto te han costado? ¡Madre mía, Jacinto!

—Tenemos dos huevos para los cinco, casi medio huevo para cada uno… No está mal. Mojando el pan seguro que los estiramos…

—¡Por supuesto que los estiramos! Hasta el olor vamos a estirar nosotros. Vamos a freírlos ahora mismo y con la ventana cerrada, que nada se escape. Lavaos las manos, niños, y a la mesa, que hoy es un domingo de los de verdad.

María empezaba a ponerse nerviosa, llevaba una hora esperando a su proveedor habitual de pescado. Le había prometido unos lenguados, pero no llegaba. Alguna vez había tenido que interceder, a través de sus relaciones, por alguno de los que le traían, bajo cuerda, las materias primas imposibles de conseguir de otra manera. Tocar a sus contactos para que hicieran la vista gorda con esos negociantes, aunque parecía que se había normalizado como el cauce oficial de que funcionaran las cosas, se le hacía, cada vez, más cuesta arriba. No quería tener que hacer una nueva llamada y, además, no tenía tiempo de reacción, esperaba importantes comensales esa noche. María Araceli de Silva y Fernández de Córdoba, duquesa de Almazán, viuda de un amigo de Ramón, había reservado para dos y le quería ofrecer algo que se saliera de lo cotidiano. Hacía varios meses, justo desde el día en el que Rosa había empezado en el Parabere, que no había vuelto a conseguir nata y huevos en cantidad. En esa semana, sin motivo aparente, habían regresado a su cocina, por lo que recordó la receta francesa que había estrenado en aquel momento con tanto éxito: lenguados a la Paillard. Le pareció una opción más que digna para la duquesa, siempre que llegara el pescado.

Afortunadamente, apareció.

—¡Ya pensé que no venía y andaba imaginando componendas para los platos únicos de hoy! —dijo irónica María al estraperlista.

—Yo también pensé que no llegaba. Ha vuelto a matarse otro padre de familia en el viaducto de la calle Segovia y estaba la zona llena de policías; he tenido que esperar para poder salir de casa.

—¿Otro más? ¡A dónde vamos a parar! —intervino Matilde de forma espontánea.

—Apenas seis meses tiene ese puente… Yo no sé si servirá para lo que se construyó, pero para atraer a los suicidas es fenómeno. —Matilde se santiguó—. Aquí le traigo su género, señora Marquesa, los lenguados prometidos. Algún día vendré con mi mujer a probarlos cocinados por usted.

—Escogerá bien el día, seguro; usted sabe mejor que nadie cuándo los puedo ofrecer.

María pagó al proveedor y, seguidamente, fue a la nevera a sacar los ingredientes, como si él ya no estuviera en la cocina; no tenía tiempo que perder. Olió la nata.

«Menos mal que no se ha agriado, con tanto corte de luz lo poco que se consigue dura la mitad», dijo para sí.

Dejó las tareas organizadas y volvió a su casa a descansar; esa noche quería quedarse hasta el cierre, cuando se hubieran marchado los comensales, y solo lo lograría si volvía fresca a la tarde.

Reposó la comida junto al bebé de Víctor y Sofía. Durmieron un rato los dos y otro la abuela lo pasó haciéndole carantoñas y gracietas a ese nieto orondo, y sin antojos, que le había regalado la vida. Llegada la hora, le pidió ayuda a Milagros para acicalarse. Quería complementar la sofisticación de su receta con su aspecto, necesitaba mantener la imagen de exclusividad, y esa noche se le presentaba una oportunidad cada vez menos frecuente, la duquesa de Almazán era una cliente de excepción, seguro que su acompañante estaría a la altura.

Con un moño holgado, un toque apenas de rubor en las mejillas, zarcillos de brillantes de herencia familiar y un camafeo veneciano, regalo de Ramón, como broche en el encaje del cuello, estaba solemne.

—Me gusta verla así, señora, es como viajar en el tiempo.

—Gracias, Milagros, cuando me miro al espejo, por unos segundos, a mí también me lo parece. Dura poco esa felicidad, pero ese instante vale oro.

La duquesa y su acompañante, al que Víctor reconoció de inmediato

y, en un segundo momento, María también, llegaron a la hora convenida. Tras un saludo afectuoso y unas cuantas palabras sobre la vida tras la pérdida de sus maridos, fueron conducidos a su mesa. Esa noche había otras dos ocupadas: en una, la más apartada, un caballero de edad avanzada, elegante, con aspecto de extranjero, y una chica joven, muy maquillada y artificiosa en sus ademanes; en la otra, justo en el centro del salón principal, cuatro caballeros, ostentosos en sus atuendos y maneras.

Las pulpetas de lenguado, con champiñones y alcachofas, al estilo francés, como las presentó Víctor, fueron muy celebradas por los comensales de las distintas mesas. Solo el acompañante de la duquesa, tras alabar la receta, solicitó probar otro día el mismo plato al estilo español. María se lo tomó a broma, aunque no le hizo ni pizca de gracia.

La velada se alargó hasta después de la hora de cierre, María había advertido al servicio que esa noche el horario lo pondría María Araceli. Bien pasadas las diez, la duquesa y su acompañante habían pedido el postre, la pareja la cuenta y los caballeros la tercera botella de vino, cuando irrumpieron en el salón, sin que Arsenio hubiera tenido tiempo de avisar, cuatro falangistas uniformados y con las pistolas desenfundadas. El que parecía el cabecilla, el más bajo, rompió el ambiente con un grito:

—¡En pie todo el mundo! ¡Con el brazo en alto y cantando el *Cara al sol*!

Miró intimidante a las mesas y al servicio. Los cuatro comensales del centro del salón se olvidaron del vino y fueron los primeros en obedecer.

—¡No oigo! ¡Más alto!

Los señores elevaron la voz, el resto de los falangistas se repartieron en las otras dos mesas. María, ante el escándalo, salió de la cocina y vio el espectáculo dantesco. El caballero y su querida también estaban de pie, cantando, lo mismo Víctor, los camareros y Arsenio. La duquesa y su amigo seguían con su postre como si aquello no fuera con ellos. Los cuatro falangistas fueron a su mesa, el cabecilla, encañonando al acompañante, acercó su cara a la del comensal y amenazó con denunciarlo y detenerlo, también a la

duquesa. Ninguno mudó el gesto. El falangista, ya con poca paciencia, les pidió la documentación. El caballero sacó la cartera de la chaqueta con parsimonia, sin ningún apuro; la duquesa los miraba impasible. El cabecilla perdió el color del rostro, quedó petrificado al leer el nombre de la cédula personal. Tenía ante sí a Miguel Primo de Rivera y Sáenz de Heredia. Le devolvió con premura el documento y se cuadró ante él.

—Le pido disculpas, señor. Cómo íbamos a imaginar que usted era…

—No tiene usted que imaginar nada. Márchense inmediatamente si no quieren sufrir represalias, pero antes discúlpense con todos a quienes hayan ofendido y con los señores de la casa, por haber irrumpido de manera tan indecorosa en su propiedad.

El Parabere recibía buenas críticas en los periódicos, revistas culinarias y gacetillas, pero no se traducía en gran afluencia de comensales. Esa noche esperaban a José Ortiz y a Carmen a cenar, y tanto Víctor como María tenían la secreta intención de hacerles no solo asiduos, sino portavoces de las virtudes del restaurante entre sus acaudalados amigos, los pocos con ese estatus que quedaban.

Además de la suya, solo había otras dos mesas ocupadas. En una, una pareja mayor del barrio, clientes habituales. Todos los viernes, desde su apertura, se apuntaban a una cena temprana y pedían lo más castizo que se hubiera podido preparar ese día. Habían pasado buena parte de la guerra en Argentina y, ante el final de la contienda, decidieron volver, vía Lisboa, a tiempo para la entrada de las tropas franquistas en la capital. Ya en la tierra querían recuperar sus sabores de siempre, aquellos que habían perdido en esos años. María procuraba hacerles el gusto, como esa noche, que había judías verdes a la Española de guarnición. En la otra, dos parejas que rondarían los treinta años, escandalosos, ellos con buenos relojes, ellas maquilladas y perfumadas como si, más que una posguerra, estuvieran viviendo en un cabaré. Ni un remiendo en sus vestidos.

—¡Camarero, camarero! —gritó uno de los comensales dirigiéndose a Víctor. Este le hizo un gesto al jefe de sala para que acudiera él—.

No, no, te he mandado llamar a ti. Quiero que me atiendas tú.

Víctor, solícito, se acercó a la mesa y les recomendó una segunda botella de champán. Después fue a la cocina a lamentarse con su madre, que había sido testigo de la escena, los gritos la habían advertido.

—¡Y que estos negociantes de estraperlo sean nuestros mejores clientes! Se dice y no se cree.

—Así es, mamá, se dice y no se cree…

—Con lo que nos cuesta conseguir ese champán, que se convierta en margaritas para los cerdos me duele, no lo puedo evitar.

—Claro que duele, pero míralo por el lado práctico, al menos sabemos que pagarán la cuenta… Solo espero que nos dure el beneplácito del embajador, en Madrid ni esos estraperlistas son capaces de conseguirlo.

—Eso déjalo de mi mano.

José y Carmen, como siempre, llegaron puntuales. Los sentaron en el reservado. Carmen solía preferir estar cerca de la ventana, pero, visto el panorama, esta vez optó por la tranquilidad.

—No hay muchos clientes y, de los que hay, no todos pagan, así que no nos podemos poner exquisitos con la admisión —explicó Víctor.

—Y eso que el Horcher está siempre lleno, hay que reservar… Eso dicen, al menos —lo interrumpió María.

—Sí que hay que reservar —confirmó Carmen—. Nosotros comeremos el próximo jueves y tenemos la mesa cogida desde hace varios días, para el viernes estaba completo.

—Perdonad el atrevimiento, pero eso no soy capaz de entenderlo. Este Régimen no hace más que alabar los valores patrios, todo lo que viene de fuera es como si procediera del mismo demonio, no puedo ni dar los nombres originales a los platos, pero parece que para elegir restaurante no valen esas directrices, para comer prefieren el lujo alemán que el español. ¿No sería más coherente apoyar la manufactura del país? —Víctor hizo una seña a su madre para que bajara el tono, empezaba a alterarse. Ella se dio cuenta y le hizo caso. Terminó su discurso en voz baja—. Claro que pedir coherencia igual es mucho pedir, es casi como esperar educación.

53

Escudilla a la Catalana

—Benito, dame fuego, que ya estará a punto de salir el chico, y vete a comprobar que los demás estén atentos para iniciar el seguimiento.

—Sí, inspector, aquí tiene, si me permite vuelvo en diez minutos, le aseguro que todo el mundo estará preparado.

—Por mis santos cojones, Benito, estamos de incógnito, no me hables como si estuviéramos en la comisaría. Camina ligero, pero no te me pongas a correr la calle, aquí las cosas se han de hacer bien. Nadie puede sospechar o perderemos la oportunidad de atrapar a los traidores al Régimen. Todo debe salir como hemos planificado.

Hizo una pausa para expulsar el humo y se volvió a colocar el cigarrillo en la boca. No dejaba de mirar la puerta del restaurante, sin escudriñar, disimulando desde la esquina, con gesto relajado, como quien espera a un amigo, a una mujer o simplemente degusta el humo del cigarrillo en un paseo matutino por el barrio de Salamanca.

—¿A qué esperas? En marcha.

Vestía traje de lana, sencillo, pero sin remiendos, la chaqueta abotonada y la mano libre dentro del bolsillo: un hombre seguro de sí mismo que contemplaba, ahora impasible, cómo el inspector segundo, un hombre parvo, aunque corpulento para su tamaño, con un atuendo que vivió años más ilustres y, seguramente, vistió cuerpos con mejores andares, bajaba la calle Villanueva hacia Serrano. Un sombrero alguna talla más pequeña de la que necesitaba coronaba la imagen de alguien fuera de lugar en ese ambiente. «No, no debería haberle dicho que viniera, en este sitio, en esta misión, es un faro de atención entre los elegantes transeúntes con los que se cruza, ni siquiera cuando levanta el sombrero al pasar delante de una dama lo hace con estilo, más

parece que lo descorcha para a continuación volver a encajarlo, un juguete infantil al que han dado cuerda y camina subiendo y bajando su cuerpo al encontrarse los dientes del engranaje», pensó el Inspector.

La puerta del restaurante se abrió a la hora esperada, las doce en punto, y Jacinto salió con unas tarteras humeantes colgadas del hombro. Caminó sin pararse a mirar, acostumbrado, como cada día de los últimos meses, a hacer el mismo recorrido con idéntica carga. El Inspector tiró lo que quedaba del cigarrillo y lo pisó con la punta del zapato, que restregó para impedir que las hebras pudieran ser reutilizadas. Estaba harto de esos vagos andrajosos que persiguen los restos. Se puso en marcha, con calma, iba observando ensimismado algún que otro balcón, saludando a quien se cruzaba, rozando elegante el ala del sombrero con los dedos. Sin duda, él, con su cuerpo estilizado, no desentonaba.

El chico llegó a la esquina donde se encontraban Benito y Cosme hablando. Les hizo una seña para que continuaran el seguimiento, después miró enfrente, donde estaba parado el coche con el subinspector Ramos leyendo un periódico de manera despreocupada, un chófer esperando a su señor. Todo estaba en orden, como a él le gustaba, «sin duda esta detención tendrá consecuencias, un nuevo metal y la promesa de un ascenso, desenmascarar una conspiración política, aunque cuál no lo es, con aristócratas implicados, no esos quemaiglesias o violamonjas llenos de piojos y harapos, es una gran oportunidad. Esta es una conspiración de unos aburridos y desagradecidos ricos que buscan nada menos que apoyar la coronación de un rey, traicionando al Régimen. No se ha hecho una guerra para volver a lo de antes, estamos en un tiempo distinto, el tiempo del hombre nuevo, un tiempo en el que con ambición y valentía se puede llegar lejos, un tiempo donde cada uno acabará donde merece».

Jacinto entró en un portal y, unos minutos más tarde, el portero de la finca abrió la doble hoja de hierro y cristal y se echó a un lado. Un flamante Mercedes Benz, negro con las puertas coloradas, salió del portal con el muchacho en el asiento delantero, junto a un chófer. El Inspector dio media vuelta y caminó rápido hacia Ramos, que ya

estaba poniendo en marcha el coche. Se cruzó con Benito.

—No pierdan de vista ese portal, después volveremos a investigar quiénes viven en ese nido.

—Sí, inspec… —Benito se calló al ver los ojos y el mohín del Inspector. Este, sin pausa, siguió su camino para no perder al Mercedes que ya pasaba por delante de Ramos.

El Inspector entró en el coche y comenzó una persecución pausada, al fin y al cabo, ya sabían hacia dónde se dirigían, tanto el Mercedes como las tarteras. No podía dejar de pensar en quién sería tan idiota como para llevar, con el precio del combustible casi por las nubes, unas viandas en automóvil. Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo. Todo estaba en orden, la investigación iba a ser un éxito y en unos minutos empezarían las detenciones, la mejor parte de toda misión. Se palpó el bolsillo para sentir la placa, después metió la mano en la chaqueta y comprobó que llevaba la pistola en la cartuchera interior. «Todo en orden», se repitió. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente sudada. Hizo un recuento mental de los próximos pasos: «Ahora toca requisar la comida, encontrar las notas, detener al chico y al chófer y después volver con una patrulla y la orden para registrar y cerrar el restaurante».

El Mercedes se detuvo cerca de la puerta de la prisión de Porlier. El edificio de ladrillos, antiguo centro escolar, se había convertido en una cárcel para los presos menos violentos con el Régimen. Sus custodios tenían instrucciones de ser laxos con los detenidos. El Inspector pidió a Ramos que parara el coche a cierta distancia mientras Jacinto bajaba con las tarteras.

—Quiero que en cuanto el chico entre en la prisión detengas al chófer. Los policías de dentro tienen ya instrucciones para proceder. —Le puso la mano en el brazo y abrió la puerta—. Ya estamos cerca de terminar con esto, ¡buena suerte!

El chico subió los escalones de la entrada y un grupo de policías salió para detenerle. «¡Demasiado pronto, imbéciles!», pensó el Inspector mientras se giraba para ver la reacción del chófer. Tenía el rostro asustado, intentaba arrancar. El Inspector hizo señas a Ramos para que avanzara y le cortara la salida. Eso hizo, lo adelantó dando un giro brusco al volante y salió del coche apuntando al chófer con

la pistola. El Inspector avanzó hacia la entrada de la cárcel y les gritó a los policías que ayudaran a Ramos e incautaran el Mercedes sin tocar nada, después habría que mirar cada rincón en busca de pruebas incriminatorias.

Dentro, la escasez de luz provocaba sombras y puntos ciegos en la entrada, aun así, pudo observar que habían dispuesto las tarteras encima de una mesa y las estaban separando para proceder a su apertura. El chico estaba inmovilizado por dos policías que le sacaban, al menos, una cabeza cada uno. Tenía los ojos rojos y no paraba de gimotear.

—¡Un momento!, no abran aún las tapas.

Se acercó con aires al muchacho y le levantó la cabeza con violencia para que pudiera mirarlo a los ojos. Jacinto se había orinado en los pantalones. Era incapaz de ver, de oír, solo se mantenía en pie por la sujeción de los policías. El Inspector le soltó la cabeza con desprecio y se alejó unos pasos con una mueca de asco.

—Tú, meón, ¿conoces la gravedad de lo que está pasando aquí? ¿Sabes acaso lo que llevas en esas tarteras?

Era inútil hacerle preguntas. El Inspector hizo un gesto a los agentes para que se lo llevaran a otro lugar. Ya tendría tiempo después para interrogarlo.

—Abran la tapa del primero.

Levantaron el cierre y un olor concentrado a verduras y especias inundó la sala. El aroma era tan penetrante e intenso, ajo, cebolla, caldo de carne…, que el Inspector sintió el impulso de probar esa sopa espesa. Pidió una cuchara y comenzó a remover por el fondo, sacó a la superficie trozos de zanahoria y patata mezclados con fideos y arroz, que dejó caer de nuevo en el líquido. Controló su deseo. Agarró la tartera por las asas y lanzó su contenido al suelo de piedra. El caldo se desparramó y en el centro quedó un camino de tropezones humeantes. El Inspector se puso de cuclillas y, con la cuchara, fue separando cada ingrediente en busca de las notas. Desmenuzó cada pedazo de tocino, cortó los trozos de zanahoria, buscó tras las capas de la cebolla y escudriñó hasta los canales del apio, pero no encontró nada que pudiera convertir esa sopa en algo

más que una sopa. Desesperado cogió la tartera y repasó cada pared del cacharro rayando con fuerza el metal con la cuchara. Nada, el recipiente estaba limpio, lo dejó sobre la mesa.

—¡Abran la segunda!

Cuando el policía destapó la olla, una pequeña nube de vaho condensado entró por la nariz del Inspector, obligándole a tragar antes de hundir de nuevo la cuchara. Tras rebuscar sin éxito durante unos segundos agarró la tartera y la lanzó al suelo dejando un segundo surco de caldo. Misma operación, mismo resultado. «¿Acaso el informante les habría dado un soplo falso?», pensó. No, no lo creía, el hombre sabía lo que decía, conocía lo que estaba pasando bajo las narices mismas de la autoridad, nadie en estos nuevos tiempos podía mentir impunemente, esas notas existían y tenían que estar en alguna de las dos tarteras que quedaban por abrir.

—¡¡La siguiente!!

El Inspector guardó una distancia suficiente para no absorber el olor, casi insultante, que se desprendía cuando se descubría la cacerola. Metió la cuchara con desesperación y comenzó de nuevo la pesca de tropezones. Con un chasquido de la lengua, el Inspector dio a entender que había encontrado algo. Los policías miraban impacientes a ver qué salía de la sopa, el caldo era tan denso que no se veía la cabeza de la cuchara. El Inspector la estaba subiendo, arrastrándola por la pared con mucho cuidado. Cuando al fin emergió llevaba un papel de cera doblado en forma de sobre, lo desplegó y en su interior encontró el mensaje que querían pasar al detenido. Ya no había duda, era el momento de actuar.

—Abrid la otra y buscad si hay más como este. Quiero inmediatamente una lista con los nombres de los prisioneros que han recibido, al menos, una tartera del Parabere y el nombre del preso a la que iba destinada esta de aquí. Quiero un despacho con teléfono, que sea tranquilo, y una sala para interrogar a los presos, al chico y al chófer. —Los policías parecían confundidos, no sabían qué orden acatar primero—. ¡Y lo quiero ahora mismo! —les gritó—. Si encontráis nuevos mensajes me los hacéis llegar de inmediato.

Iba a soltar la cuchara y darse media vuelta, pero en ese

momento, sí, desbocó su impulso. Hincó el cubierto y se llevó una cucharada a la boca, dos, tres… El brebaje caliente se le desparramaba por la barbilla, casi le supuraba. El sabor no tenía nada que ver con lo que alguna vez hubiera probado, el líquido era tan consistente, tan complejo, tan embriagador… Tardó un rato largo en tragar, el suficiente como para darse cuenta de su espectáculo. Tiró la cuchara encima de la mesa, torció el gesto y escupió en el caldo ante la mirada estupefacta de los policías.

—Esta porquería no se la daría ni a mis perros, tiradla, mirad la siguiente, y que venga alguien a limpiar toda esta mierda.

Sentado en la sala que le habían habilitado leyó una segunda nota encontrada en la última tartera. Su contenido era parecido al del anterior:

> Esos Franco, y el palurdo de su cuñado manco, apenas saben juntar dos sílabas, no digamos ya dos palabras. Es hora de traer de vuelta al legítimo monarca e instaurar de nuevo un régimen que nunca debió torcerse. Por la gracia de Dios que tenemos los hombres y el deseo de que así ocurra y, por esa misma gracia, lo conseguiremos. Necesitamos financiación para organizarlo todo, sabemos que podemos contar con su aportación y agradeceremos toda la que los injustamente retenidos en su compañía puedan añadir. El rey, la patria y Dios nos serán propicios y en breve podremos brindar por la restauración de la legítima familia.

«Conspiradores de pacotilla», pensó. Pidió a la operadora que le pusiera con el juez del caso. Mientras esperaba, persiguió con la lengua en el paladar los restos del caldo. Una voz femenina le anunció la conexión y, al rato, escuchó el timbre aflautado del magistrado. Le contó que había encontrado mensajes dentro de las tarteras y que eran de traición a la patria. Estaba relatando la detención del chico y del chófer y el contenido de las notas, cuando entró uno de los policías con la lista de los prisioneros. El Inspector se estaba regodeando con su éxito, sabía que la orden de registro y cierre del restaurante estaba siendo cursada en ese mismo momento. El Parabere no volvería a servir una comida más.

Terminado el servicio de comidas, sin dilación, comenzaron a preparar el de cenas. Rosa cortaba cebollas con ritmo, las sujetaba con las puntas de los dedos de la mano izquierda, la derecha, con el cuchillo, recreaba el movimiento de palanca para picar la carne del alimento en fragmentos casi idénticos, diminutos, sin que los efluvios acabaran en sus manos, embutidas en guantes de goma, por expreso consejo de su señora, para que no se le estropearan y su futuro marido la despreciara por ello. María la contemplaba sin interrumpirla, con aprobación, se notaba que había crecido en una buena familia, con educación metódica: era su cocinera más joven y la más avispada.

Llevaba ya un buen tiempo siendo novia de Jacinto. Casi desde el comienzo, se quedaban hablando tras el trabajo, él se ofrecía para ayudar a recoger la cocina y después la acompañaba para coger el tranvía juntos. Hacía unos meses, sonrojados, se habían presentado ante María para anunciarle que habían empezado a salir. Le inspiraba ternura esa pareja formada al calor de sus fogones. Observó el reloj colgado en una de las paredes de la cocina, utensilio imprescindible para la creación culinaria. En poco tiempo llegaría Jacinto con las escudillas, a las que habría que darles una buena limpieza, y sería testigo, como cada tarde, del discreto intercambio de sonrisas entre los dos enamorados.

La chica terminó de cortar las cebollas, las echó en la olla para que empezaran a pochar. Después limpió la tabla y el cuchillo y se dispuso a cortar unos puerros. María continuaba por la cocina observando los quehaceres de cada uno. Se escuchaban los vapores saliendo de los pucheros, los burbujeantes caldos con sus ruidos ahogados mientras bullían, el siseo de las sartenes salteando verduras y hortalizas, los ligeros golpes de los cortes firmes. La cocina era una sinfonía que embriagaba los sentidos y, cuando esta música estaba sincronizada, no había nada en el mundo que fuera más relajante de escuchar ni de contemplar. María tenía los ojos cerrados, de pie, se diría que comprobaba con el olfato cada plato en preparación.

Tras asegurarse de que la cocina estaba en marcha y que la hora

de la cena se iba acercando, fue a la recepción para mirar las reservas. Como en los últimos días el número era raquítico, apenas quedaban unos minutos para abrir y era posible que no entraran más de dos o tres mesas. De las puertas de la cocina salió Rosa con la cara preocupada.

—Señora, ¿no ha llegado aún Jacinto?

María comprobó la luz del exterior, ya empezaba a declinar.

—Yo no lo vi llegar. Arsenio —llamó al portero—, ¿ha entrado Jacinto?

—Por esta puerta no ha entrado, señora.

—Es un poco tarde ya, supongo que lo habrán tenido esperando más tiempo de lo normal. No te preocupes, Rosa, en estos tiempos la espera es el pan de cada día. Vamos a la cocina a comprobar que todo queda listo para la cena y si para entonces no hay noticias mando a alguien a averiguar qué ha pasado.

El Inspector iba en el primer coche, llevaba en la mano la orden que le había cursado el juez. No es la que él pretendía, pero le permitiría cerrar el restaurante, al menos por un tiempo, mientras continuaba la investigación. Se había desabrochado el botón de la chaqueta y miraba, constantemente, por el retrovisor para comprobar que los otros coches los seguían. Repasó mentalmente la conversación con el juez.

—Inspector, la Marquesa de Parabere no es una persona cualquiera, usted ya sabe que no podemos precipitarnos y propiciar un escándalo sin asegurarnos de su implicación en algún delito.

—Pero, señor juez, está claro que sabía de los mensajes, no es posible que sea inocente.

—No sea inocente usted, si no consigue una confesión de alguien que la haya visto colocando las notas en las tarteras con sus propias manos no tendrá más que unas pistas que pueden o no incriminarla. Sabe tan bien como yo que la Marquesa tiene influencia y contactos, y no es ningún secreto que más de un miembro importante del Régimen frecuenta sus salones.

—Salones donde se ha conspirado contra el Nuevo Orden.

—Bueno, bueno, inspector, creo que es mejor no precipitarse con comentarios así. En estos casos hay que ser prudentes. Aquí no podemos agitar el palo. Le estoy cursando la orden para cerrar el restaurante durante tres meses. También podrá hacer un registro e interrogar a los empleados, pero a la Marquesa y a su familia los tratará con respeto. ¿Está entendiendo mis instrucciones, inspector?

Entendió perfectamente, cada palabra dicha y aquellas que no. Al menos le quedaba la esperanza de que el juez le permitiera llegar al fondo del asunto.

—La Marquesa será tratada con respeto.

—Y su familia —reiteró el juez.

—Y su familia. ¿Qué hay del chófer y el chico? Ellos sí están implicados.

—¿Acaso son ellos familiares de la Marquesa? Lo que haga usted con ellos por el bien de la investigación no es de mi incumbencia.

Llegando a la calle Villanueva se colocó el sombrero y pidió a Ramos que se detuviera justo a la altura del número 7. El Inspector dio instrucciones a los policías para proceder.

—Los primeros irán siguiendo a mi segundo, Benito, aquí presente, hacia los salones. Los demás —y señaló a los cuatro policías a su izquierda— me seguirán a mí hacia la cocina y, esto es muy importante, en cada habitación en la que se entre deben quedar dos policías custodiando a todo el personal que esté en ella. Se irá reuniendo a todos en la entrada del restaurante. Asegúrense de que no destruyen ni ocultan nada, no quiero violencia, pero tampoco que nos tomen por unos santos. ¿Todo el mundo ha entendido lo que debe hacer?

El Inspector paseó su mirada por la de los policías, impacientes, y caminó los pocos metros que lo separaban del restaurante. Abrió la puerta, señaló a Benito el vano que iba hacia los salones e hizo un gesto con la otra mano para que le siguieran los suyos. Llegaron hasta la puerta de paso a la cocina, el inspector se aseguró de que sus hombres estaban detrás, pegados a él. Empujó la hoja y entró gritando:

—¡Policía!, todo el mundo quieto. Dejen lo que estén haciendo y levanten las manos, con calma y sin histerismos.

Localizó a la Marquesa en medio de la cocina. Era más alta de lo que pensaba y, pese a su edad, una mujer de cuerpo resuelto. Los dos se quedaron mirando unos instantes hasta que el Inspector decidió romper el hielo.

—María Mestayer de Echagüe, tengo una orden judicial para registrar y clausurar este local por posible colaboración en una conspiración contra el régimen del generalísimo Franco.

—¿De qué habla, agente…? —No terminó la frase esperando a que el otro le revelara su nombre.

—Inspector, está bien. No se haga la inocente, María Mestayer de Echagüe, sabe…

—Marquesa de Parabere, si no le molesta, inspector.

—Sabe bien de qué estoy hablando, Marquesa. De los mensajes que se han estado pasando en las tarteras que han salido de este restaurante y que hemos incautado al muchacho que las llevaba a prisión.

Antes de acabar sus palabras escuchó un grito ahogado de la garganta de una de las mujeres que rompió en llanto. «¡Mi Jacinto, mi Jacinto!», atinó a entender el Inspector entre hipos.

—María Mesta…

—Marquesa de Parabere, inspector.

—Marquesa de Parabere, haga el favor de mandar tranquilizarse a esta chiquilla. Que deje la escandalera o me la llevaré acusada de desobediencia a la autoridad.

—Tranquila, Rosa, deja que me entere qué ha sido de Jacinto y qué es de lo que se nos acusa, en breve todo estará solucionado. —Rosa miró agradecida el rostro de la Marquesa, pero no pudo contener las lágrimas. Esta se volvió al Inspector para preguntar—: ¿Puede al menos decirnos dónde se encuentra Jacinto y de qué ha sido acusado? Creo que esta información ayudará a calmar los ánimos por aquí.

—Está detenido a la espera del interrogatorio, las tarteras que ha intentado introducir en la prisión llevaban unas notas conspiratorias contra el Régimen. Es una acusación grave y la investigación está aún en curso. Dígale a la muchacha que colabore y todo podrá resolverse con justicia.

Benito irrumpió en la cocina para anunciar que el resto de los trabajadores del restaurante estaba en la entrada.

—Buen trabajo, Benito, llévate a esta chiquilla y tráeme a los hijos de la Marquesa.

Cuando el policía salió, sujetando a Rosa por los hombros, el Inspector se volvió a mirar a María. Se habían quedado solos en la cocina y no podía desaprovechar la oportunidad.

—Señora Marquesa, permítame decirle que sé muy bien que desde hace años es la anfitriona de una particular tertulia, de vascos mayormente carlistas, muchos de ellos monárquicos, que reniegan de su propio partido para conspirar. El juez no me ha permitido ser más duro con usted y los suyos, y aunque la esté llamando Marquesa, sepa que no lo hago por respeto. En estos nuevos tiempos falangistas, la sangre no es más que sangre y es por eso que la trato como Marquesa con todo el desprecio que me merece. En este nuevo tiempo se impone el mérito de cada uno y no la cuna.

—Inspector, ya que somos sinceros, le diré que, en realidad, no soy marquesa de nada, al menos de cuna. Es solo el nombre con el que firmo los libros y artículos que he escrito, por mí misma. Si todo el mundo me llama Marquesa de Parabere es gracias a mis propios méritos.

Benito entró en la estancia con Víctor, Mercedes y Teresa. El Inspector se llevó las manos detrás de la espalda y señaló el camino de salida a María con la barbilla.

—Ya veremos cuáles son sus méritos, señora Marquesa —y se aseguró de acentuar bien el título nobiliario—. Benito, acompaña a su domicilio a toda la familia y quédate allí esperando insclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">trucciones junto a ellos, llévate a Cosme contigo. También necesitaré que dejes cuatro policías para proceder al registro y dile a Ramos que me espere en el coche.

Se quitó el sombrero, estirando el brazo con el que lo sujetaba, hizo una recargada reverencia, y dijo:

—Marquesa, tenga usted una buena noche.

«Desde luego, nadie podrá decirle al juez que no la traté con exquisita cortesía», pronunció para sus adentros.

54

Sopa a la Vert Pré

El Inspector se quedó observando la puerta mientras terminaba de cerrarse tras la Marquesa, aspiró hondo y volvió a colocarse el sombrero. Una pompa en alguna de las cazuelas estalló y dio paso a una sucesión de olores y sonidos que impregnaron el ambiente. Al girarse hacia los fuegos, una danza de vasijas de barro, cacerolas, pucheros, marmitas y sartenes saltaron a su vista, le habían pasado desapercibidas hasta entonces. Los calderos continuaban su cometido sin nadie que los vigilara. Al fondo de la cocina se encontraba la fresquera y una nevera eléctrica de buen tamaño. Había visto algunas, pero nunca había tenido una a su alcance. Tiró de la palanca y, ante sus ojos, aparecieron carnes rojas y frescas y un gran salmón descabezado y abierto en dos perfectos lomos naranjas. Cerró y siguió hasta la despensa; al girar el aplique de la pared, se iluminaron las alacenas en un espectáculo de cebollas, perejil, cabezas de ajo, sacos de sal gorda, botellas de aceite y vinagre, tarros de miel, cestos con lechugas, zanahorias y otras hortalizas y verduras, sacos de patatas, lentejas, judías…

El Inspector lo recorría todo con los ojos una y otra vez. Reparó en una de las estanterías que tenía varios cajones de madera vacíos. Sacó tres y empezó a llenarlos de todos los ingredientes que, desde hacía años, no veía en tanta abundancia. Cubierto algo más de la mitad de cada uno, volvió a la nevera. Sacó las carnes y el pescado, cortó la mercancía como pudo y la envolvió en papel. Repartió el tesoro de forma irregular, introdujo lo más jugoso en el que se quedaría para él. Una vez vacío el frigorífico fue hasta la fresquera y, con mucho cuidado, fue coronando las viandas del espolio.

—Inspector, hemos terminado de hacer el registro y recogido todos los papeles, carpetas y libros de cuentas, procedemos a llevarlos a la furgoneta.

—Buen trabajo, llevaos también ese cajón de ahí. Lo he preparado para que os lo repartáis entre los cuatro. Decidle al subinspector Ramos que entre para que me ayude con los otros.

—Muchas gracias, inspector. —El policía se llevó la mano a la frente y sin más palabras agarró el pesado cajón y salió de la cocina—. Gracias de nuevo, inspector, cuando hayamos acabado de cargar le avisamos.

Tras ver desaparecer al policía se sacó de la chaqueta lo que más le había llamado la atención: unas tabletas de chocolate que repartió en los dos cajones restantes, ocultándolas a la vista. Otras tres se habían quedado en su bolsillo interior. Con una de ellas tendría asegurada algo más que una sonrisa la próxima vez que se encontrara con la esquiva Marisol. El Inspector se acercó a uno de los pucheros, fue levantado las tapas y acercando la nariz a cada guiso que se había quedado en los fuegos. Probó uno de ellos que le llamó la atención por su color, verdoso. Tras degustarlo y desmenuzar un pequeño rombo con la lengua, quizá una habichuela, pellizcó una montañita de sal fina y la echó en el caldo. Removió un poco, volvió a probar, masticó la yema de un espárrago muy tierno y, de nuevo, echó sal. Ya conforme, siguió tomando la sopa hasta que Ramos entró en la cocina.

—Aquí me tiene, inspector.

—Ah, Ramos, ahí hay dos cajones para llevar al coche. Este es para ti, tendrás comida para unos cuantos días. Este es para mí. No los confundas. —El Inspector hizo una pausa, esperando una señal de que había entendido la orden. Después prosiguió—. En cuanto hayas acabado vuelve aquí, nos llevaremos algunos de estos guisos, habrá que asegurarse de que no se encuentran notas en ellos.

Sonrió mientras le guiñaba un ojo. Ramos asintió con la cabeza, cargando con el primer cajón.

Matilde abrazaba a Rosa, que aún moqueaba, mientras las trasladaban en una furgoneta con ventanas tintadas. El único foco de luz entraba por un panel casi opaco que las separaba de quien conducía hacia lo que, suponían, sería la comisaría. Nadie allí, a

excepción de los guardias, sabía muy bien el destino, ni de qué notas hablaban, pero eso no los tranquilizaba: en esos tiempos la ignorancia no era una razón para despreocuparse, más bien al contrario. Nadie pronunciaba una palabra. Iban flanqueados por dos policías sentados en el extremo de los bancos, que los observaban a todos, especialmente a Rosa, cuyas manos seguían tapando su cara y era la única que emitía algún sonido.

El trayecto, aunque se les hizo interminable, no fue largo: unos baches, una sombra y el silencio de un corredor. La furgoneta, entonces, frenó y las puertas se abrieron entre voces, «¡bajen, bajen en orden, rápido!» Los arrestados se fueron poniendo en pie, Matilde levantó a Rosa para ayudarla a bajar entre susurros de consuelo, «ahora veremos a Jacinto, tranquila, vamos a bajar y todo se aclarará». Se encontraban en un patio interior de piedra gris y multitud de ventanas, había furgonetas alineadas en el fondo. Arriba, el cielo abierto en un rectángulo azul, que unos pájaros en formación de flecha atravesaban rumbo a no se sabe dónde; abajo, bastos adoquines recubiertos de arena. Los policías los empujaban hacia una escalinata que llevaba a una puerta, y esta a su vez a un corredor que desembocaba en una sala con bancos corridos y más policías de pie, esperando en silencio y con las manos en la espalda a que cada uno tomara su lugar en los asientos. Rosa escrutaba cada rincón por el que pasaban, perseguía los espacios abiertos, los que quedaban detrás de los cristales de las ventanas, los que se perdían por pasillos silentes y vacíos. Miraba la sala y escudriñaba los vanos y aun detrás de las puertas entornadas, pero su búsqueda fue infructuosa, no había ni rastro de esas mejillas coloradas que tanta gracia le hacían.

—Matilde, ¡no está, no está aquí!

—Tranquila, pequeña, a él le estarán tomando ya declaración, ahora lo veremos y no habrá pasado nada.

Matilde hablaba con sosiego, tratando de transmitir una calma que tampoco ella tenía.

—¡Silencio en la fila! No abran la boca hasta que se les pregunte.

Unas bombillas colgadas de finos cables arrojaban una luz amarillenta y mortecina que creaba dibujos de sombras ocres en el

techo, las paredes y también por el suelo, de baldosas de granito gris. Nadie levantaba la cabeza. Algunos la posaban sobre una o dos manos; otros, con ellas, se atusaban el pelo, y los más, las juntaban para rezar.

55

Caracoles a la Española

El Inspector paseaba, fumando, de un lado a otro de su despacho. Observaba por la ventana la avenida del Generalísimo, donde unos obreros iban lanzando desde una camioneta paladas de gravilla que otros extendían con cepillos por la calzada. Al fondo, vislumbraba los andamios y otros elementos de construcción de lo que se dibujaba como el gran proyecto para un nuevo Madrid: la ampliación de la avenida. Plazas, edificios imponentes y una anchura descomunal para una arteria gigante que recorrería la ciudad en la que podía ya recrear el anunciado espectáculo del desfile de la victoria. Un nuevo centro cuyo final no se alcanzaría a ver y que haría olvidar «ese zoco de maleantes en el que el marxismo circulaba desahogadamente», tal como había escuchado decir a Serrano Suñer en una arenga, «aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación, que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos». Apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que tenía sobre la mesa y miró su reloj. Había pasado el tiempo justo para hacer su entrada en los sótanos de la comisaría y continuar el interrogatorio.

En la jornada anterior se había tomado declaración a todos los trabajadores del Parabere, y ese día, temprano, casi cuando el sol asomaba entre la bruma de la mañana, estaba en la casa de la Marquesa para tomarla a los miembros de la familia. Ya desde que se entraba al portal quedaba marcada la distancia entre los mundos, se ponía orden. Las baldosas de mármol pulido y el espejo brocado del ascensor se encargaron de recordarle su lugar. El Inspector logró zafarse de cualquier fantasía que reforzara sus complejos y centrarse en su cometido. Atravesó la inmensa puerta de roble macizo que el subinspector Cosme había abierto y pasaron a un vestíbulo profusamente decorado, con sillas y sillones de formas redondeadas y mesillas de marquetería con incrustaciones que recordaban a

pétalos de flores.

—Por aquí, inspector. La familia está confinada, cada uno en su cuarto, nosotros hemos preparado el comedor como sala para los interrogatorios. —Mientras hablaba, Cosme iba guiando al Inspector por un pasillo que culminaba en una puerta doble—. Aquí.

Una lámpara de araña moderna, decorada con cristales de colores, colgaba en el centro de la estancia, justo encima de una enorme mesa. El suelo estaba cubierto por una alfombra de diseños arabescos. Frente a él, entre las dos ventanas por donde entraba la luz del día, un aparador con vitrinas y, a izquierda y derecha, dos estanterías más de madera labrada, decoradas con bandejas de plata, vajillas de porcelana, varios candelabros, también de plata o cristal, y algunas cajas repujadas. Un comedor de aspecto regio. Benito, el inspector segundo, estaba sentado en la mesa escribiendo en unas cuartillas, levantó la mirada y, al ver al Inspector, se puso en pie e hizo un saludo aún con la pluma en la mano. Al darse cuenta de su torpeza, la dejó en la mesa y volvió a levantar la mano para saludar de nuevo.

—Cuando quiera podemos empezar, inspector.

—Cuanto antes mejor.

Dejó el sombrero sobre la mesa, se quitó la chaqueta y tomó asiento al lado de Benito, frente a la puerta.

Cosme fue trayendo, uno a uno, a los miembros de la familia, aunque solo fueran dos a los que el Inspector aguardaba con especial interés: Víctor, el hijo que llevaba las riendas y la economía del restaurante, y la Marquesa. Los interrogatorios al resto de la familia solo le generaron bostezos, así que se recreó siguiendo las volutas e incrustaciones de unos muebles que parecían tener movimiento. Seguramente, en esa sala se reunirían los conspiradores en las tertulias que le habían descrito, donde servían chocolates calientes, pastas, galletas y otros dulces, al mismo tiempo y en la misma ciudad en la que otros deambulaban por calles devastadas y desbordadas de mugre, sudor y sangre, con las tripas huecas y la piel cuarteada. Se mojó los labios con la lengua y vio a Víctor entrar y sentarse. Tenía la cabeza erguida y la mirada fija, la apestosa seguridad de quien no ha sentido miedo nunca.

—Yo vine a Madrid en el año 36 para ayudar a mi madre. Era entonces corresponsal del diario *La Nación*, de la Argentina, y seguía la política española con interés, pero desde la distancia.

—Sin duda tomaría partido durante la guerra.

—Mi mayor preocupación eran las finanzas y salud del restaurante, era el sueño de mi madre, que, como bien sabe, es una gran y reputada escritora culinaria.

—A quien durante la guerra la llamaban «camarada Marqueclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">sa».

—La han llamado muchas cosas y acusado de tantas otras: marxista, anarquista, socialista, fascista, falangista, monárquica o carlista, epítetos todos ellos infundados. Mi madre es sobre todo una amante de la cocina, de su difusión y de conseguir que en este país se aprecie este arte como lo hace ella.

—¿Quiere decir que en esta misma mesa no se sentaban carlistas monárquicos, conspiradores contra el Nuevo Régimen, burgueses que entablaban charlas políticas despreciando el alzamiento?

—Verá usted, lo cierto es que en esas tertulias de las que me habla se conversaba más bien poco de política, la mayoría de las veces se charlaba sobre asuntos como los amoríos del rey Eduardo de Inglaterra con miss Simpson, o de las películas que se exhibían en los cines. Recuerdo que en una de ellas se discutió acaloradamente sobre una de Fred Astaire y Ginger Rogers; para unos su forma de bailar era lasciva y excesivamente moderna y para otros era hipnótica, un canto a un nuevo tiempo en el arte. Pero, sobre todo, lo que más se comentaba eran las delicias que era capaz de servir mi madre en tiempos tan revueltos.

—¿Y cómo conseguía su madre esas delicias?

—No es ningún secreto que mi madre tiene familia en Francia, mi abuelo era un diplomático francés y mi abuela, aunque nacida en Madrid, también era hija de francés. Nuestra familia nos enviaba a la embajada, por vía diplomática, todo cuanto pensaban que podríamos necesitar. Otras eran fruto de los conocimientos que, sin duda será consciente, tiene mi madre de cocina.

—¿Cuál es la relación de su madre con los carlistas y las notas que

se pasaban en las tarteras del Parabere?

—Mi madre nació en Bilbao, como muchos de ellos, y, como bien sabe, el carlismo es parte de este Régimen, ¿o acaso los requetés no lucharon codo con codo con Franco y la Falange?

—Tengo un gran respeto por los carlistas que lucharon, pero me refiero a otros carlistas, los que aquí se sentaban a cuchichear, como dice, de estupideces, pero que, entre sorbo de chocolate y mordisco de pastas, trataban a Falange y al ejército como bárbaros, ultrajadores del sentimiento nacional español, acusando de traidores a la patria a quienes de verdad la han liberado del yugo marxista.

—Mire, inspector, no puedo afirmar que fuera de estas paredes no actuara así alguno de los que aquí se sentaba, pero puedo asegurarle que delante de mí, al menos, nunca se dijo lo que insinúa. De los mensajes puedo asegurar que yo, y por supuesto mi madre, ignorábamos que existían y, de haberlo sabido, los hubiéramos prohibido. Para mí la prioridad es el restaurante y el bienestar de mi familia.

El Inspector se levantó y metió las manos en los bolsillos del pantalón, dio la espalda a Víctor y esperó mientras este se retiraba de la sala. Colgado de la pared había un dibujo, dedicado, del perfil de la Marquesa mirando hacia un lugar indeterminado.

—Esa obra la hizo un familiar de mi marido, afamado pintor, Antonio Ortiz de Echagüe, un gran hombre que murió hace poco y a quien reconocieron nombrándolo académico de la Real Orden de San Fernando.

—Mi querida Marquesa, nos encontramos de nuevo. —Al girarse se topó con una versión envejecida de la mujer del dibujo, incluso mayor de lo que la recordaba: su andar, en apenas un día, le pareció que había cambiado, se había ralentizado—. Supongo que sigue sin saber nada de las notas que hemos encontrado salidas de su restaurante.

—He tenido tiempo de escudriñar en mi memoria, que, dicho sea de paso, es estupenda. Siempre me alabaron por ella, aunque la edad y las tragedias la han puesto a prueba últimamente. En fin, a lo que íbamos, le certifico, sin lugar a duda, que el guiso que salió de mi restaurante no llevaba más ingredientes que los que marca la

receta. Yo misma lo probé antes de que lo volcaran en las tarteras. Era una escudilla a la Catalana exquisita, sabrosa y contundente, como debe ser siempre.

—Entonces, cómo se explica la presencia de las notas…

—No puedo explicar lo que ignoro, lo más que puedo hacer es conjeturar, le contestaré con una pequeña anécdota sobre Fagon, que era el médico de cámara de Luis XIV, uno de los reyes más glotones que se conocen, y no han sido pocos. Cuando ya era anciano, el rey no hacía más que quejarse de estreñimiento, hizo llamar a Fagon suplicándole una cura para aliviarlo. El buen médico hizo su trabajo, le recomendó comer melón, moras e higos bien pasados en forma de helado y, de postre, fruta fresca, lo que sin duda era un buen remedio para dicho problema. Pese a ello el rey seguía quejándose y el pobre Fagon ya no sabía qué hacer. Pues bien, el problema residía en que los maestresalas del rey, Livry y Benoist, dos advenedizos, le agasajaban con sopas copiosas, asados grasientos y gran cantidad de confituras y dulces para completar la dieta. Cuando se enteró, Fagon fue a recriminarles que así entorpecían la recuperación y estos le contestaron que se encargaban del gusto del monarca y que, si el cometido de él era purgarlo, que encontrara cómo hacerlo sin interferir en el de ellos. Esas notas tuvieron tiempo de entrar en el guiso desde que salieron de mi restaurante hasta que llegaron a la prisión. Si lo probó, me podrá hacer responsable de su ejecución, pero no de lo que unos advenedizos hayan añadido a la receta.

—Yo no estoy para probar nada, ni para hablar de platos ni de historia.

—Una lástima, en conversaciones así sí puedo dar juego. En conspiraciones y notas, me temo que no.

—¿Niega entonces haber introducido las notas o saber quién lo hizo?

—¿Acaso no queda claro?

—Benito, que firmen las declaraciones y recoge todo lo que tenemos que llevarnos. Iré a redactar el informe al juez para que sea él quien decida sobre tanta hipocresía.

—Dígame dónde tengo que firmar, que no quiero demorarme, en

breve empezaremos a preparar el almuerzo. Aunque me hayan cerrado el restaurante, en esta casa tenemos la costumbre de comer. Buenos días, inspector.

La madera de las escaleras que llevaban al sótano estaba desgastada, astillada. A medida que avanzaba, la claridad natural iba dejando paso a un hilo de luz que combatía por atravesar el cristal de una lámpara curtida en quemaduras. La sombra de Cosme esperaba en la opacidad del pasillo que daba a unas puertas de metal.

—¿En cuál está el chico?

El policía señaló una de ellas y el Inspector entró en un habitáculo cuyo suelo de tierra se había convertido en un barrizal por el agua que goteaba de las cañerías que recorrían el techo y alguna de las paredes. Un olor penetrante a orina lo abofeteó y tardó unos instantes en ajustar la vista para distinguir al muchacho, atado y desnudo, en una silla. Tenía la cabeza agachada, el pelo le tapaba parte de la cara y un hilo de sangre y babas le colgaba de la boca. A su lado, el subinspector Ramos tenía la camisa remangada y salpicada de manchas de color rojo intenso.

—No dice nada, solo que es inocente y que no sabe cómo esos mensajes llegaron a donde llegaron. Aún no he empezado el interrogatorio de verdad y ya se ha desmayado un par de veces.

El Inspector agarró el pelo del muchacho y le levantó la cabeza, tenía un colgajo de parpado morado e hinchado en uno de los ojos. «Buen golpe —pensó—, tremendo púgil este Ramos».

—Hoy parece que a todo el mundo le ha dado por quedarse sin lengua, pero yo no me voy de la comisaría sin aclarar el asunto. Tengo a un juez esperando para resolver este sindiós de las tarteras. Haz lo posible para que este cante. ¿Y del chófer que habéis podido saber?

—Todos los días esperaba a la misma hora a que llegara el muchacho con el automóvil preparado. El chico entraba en el portal y él abría la puerta esperando a que volviera a salir.

—¿Y si era inocente por qué quiso escapar?

—Se puso nervioso al ver tanto policía.

—Otro que no sabía nada entonces. Esta ciudad está llena de mierdas sin memoria. Anda, despiértame a este y tráeme alguna noticia.

De vuelta en su despacho sacó una de las tabletas de chocolate de la chaqueta y rompió una onza, se la llevó a la nariz, aspiró el olor y comenzó a roerla lentamente. Los operarios habían terminado su jornada de asfaltado, habían dejado manchas negras como evidencia de su labor. Aún era mucho lo que quedaba por hacer, pero pronto, tal vez en primavera, cuando los árboles volvieran a florecer, podría verse el esplendor. Acabó la onza, la saboreó masticando la pasta en que se había convertido en la boca y, antes de guardar la tableta en el bolsillo, aspiró su perfume de nuevo.

Por más que pasaron las horas, Rosa apenas pudo dormir. La vigilia se entrometía en las pesadillas y se despertaba a cada rato. La cara de Jacinto bailaba en su cabeza en escenas en las que aparecían los dos compartiendo un hogar, abrazando a unos niños que corrían sobre alfombras mullidas mientras hacían volar aviones de juguete que tiraban bombas y destruían la escena. Paseos por el parque del Retiro con los brazos enlazados de repente se fracturaban y dejaban paso a la sangre, al olor pegajoso de esa comisaría impregnada de dolor.

Habían salido de ella, el día anterior, al anochecer y sin noticias de Jacinto. Matilde había insistido en acompañarla a casa y en recogerla temprano para volver a la comisaría a preguntar por el chico, pero no la esperó. En cuanto vio los primeros rayos filtrarse por la ventana se levantó para acicalarse y salir corriendo a por un tranvía que la llevara hasta la avenida del Generalísimo. Los ojos rojos y el cuerpo flojo. No solo sentía la falta de sueño, también acusaba no haber probado bocado. No se desanimó, tenía algunas monedas con las que tomar un café o, con suerte, alguna cosa más contundente.

El tranvía entró tambaleante en la curva de la calle Delicias, Rosa se preparó para abordarlo en cuanto pasara a su altura, esperando que la jardinera no estuviera desbordada de gente como solía. Se

agarró a la barra exterior y saltó como pudo. Había pocas personas, por fortuna, y apenas repararon en ella. Mantuvieron el silencio. Solo el revisor se acercó para venderle el billete. Caminó hasta un espacio libre en un banco y se dejó caer. En las calles había una multitud que las llenaba de vida: hombres descargando cajas y utensilios de una furgoneta, un afilador anunciándose con el tañido de su ocarina, mujeres que se agolpaban a la entrada de un ultramarino, haciendo cola con las cartillas de racionamiento en la mano, mientras esperaban a que abriera sus puertas…

Un golpe seco y fuerte la sacó de su estupor, un golpe al que siguió otro y otro más. Un hombre corpulento ahuecaba con su curvada vara de fresno un colchón. La imagen, el sonido, el movimiento descargando el peso en el jergón, hizo que a Rosa le saltaran unas lágrimas que procuró disimular con un pañuelo.

La sede de la comisaría, aún envuelta en la niebla de la madrugada, mostraba su fachada siniestra y empedrada, con balcones asomados a la calle. La puerta, de un azabache amenazante, estaba cerrada y custodiada por dos policías uniformados, uno a cada lado. Rosa necesitaba preguntar, pero tenía miedo de las respuestas, miedo de cruzar la avenida y presentarse ante aquellos policías, miedo a moverse de donde estaba petrificada. Tardó todavía un rato en reunir el valor necesario como para enfrentarse al edificio y a sus guardianes, presentía el desprecio. Casi sin mirarla y, por supuesto, sin mediar palabra, la echaron de la puerta. Rosa aguardó hasta el mediodía, a que cambiara el turno de los guardias, e intentó de nuevo tener alguna noticia, pero la suerte fue idéntica.

A la mañana siguiente, otra vez a primera hora y también sin esperar a Matilde, volvió a su puesto frente a la comisaría. No llevaba más de una hora de espera, no sabía bien a qué, cuando vio, caminando rumbo al tenebroso edificio, al Inspector, aquel hombre aterrador que había entrado en la cocina del Parabere gritando y que, displicente, había anunciado el arresto de Jacinto. Rosa no lo pensó un segundo, cruzó esquivando un vehículo cargado de materiales de obra y lo paró antes de que llegara a la puerta.

—Perdone que le moleste, pero quería preguntar por Jacinto…

—Señorita, este no es lugar ni momento, tengo trabajo policial urgente.

Rosa se agarró a la chaqueta del Inspector, intentaba hacerle ver su desesperación, su necesidad de noticias, malas o buenas, pero alguna. Alguien la sujetó por los hombros y la levantó en volandas, el Inspector le golpeó la mano que aún sujetaba la chaqueta. Los dos policías de la puerta la alejaron de él.

—Aquí no estamos para dar explicaciones y sí para recibir respuestas, cuando todo el asunto haya acabado sabrá lo que se tenga que saber, mientras tanto no quiero verla más por aquí o la tendré que detener.

El Inspector desapareció dentro del edificio y Rosa se vio liberada de los policías.

—Pues yo también necesito respuestas y aquí estaré, esperándolas un día sí y otro también —gritó, aunque posiblemente no la oyeran más que los dos policías que ya habían vuelto a su puesto y algún que otro transeúnte que disimulaba su interés por la escena. Rosa se quedó mirando impotente al monumental edificio, empezaba a perder la esperanza.

El Inspector subió las escaleras mientras se sacudía de la chaqueta algún hilo invisible, entró en su despacho, dejó el periódico encima de la mesa y suspiró. Se acercó a la puerta y, a gritos, mandó llamar a Ramos. Se sentó en la mesa esquivando la ventana, evitaba mirar hacia fuera, hacia la calle donde había dejado a la maldita muchacha.

—Inspector —Ramos entró en el despacho con extrema calma—, me han dicho que me estaba buscando.

—Adelante, Ramos, siéntate y cierra la puerta. Tenemos que hablar del saco del sótano.

—Acabo de estar allí, el muchacho ha pasado la noche tiritando entre sudores, parece que tiene algo de fiebre, lo he tapado con una manta y se ha quedado Cosme con él. Parece que no es hombre de aguante, bueno, más bien no parece ni hombre.

Sonreía su propia gracia mientras terminaba la ocurrencia.

—Me ha abordado su novia en la calle, la muchacha esa histérica que trabaja en el Parabere. Me la he tenido que quitar de encima y

amenazarla con detenerla si no me apartaba sus zarpas. Por un instante he pensado que me iba a destrozar la chaqueta.

—¿Necesita que nos encarguemos de ella?

—De momento no será necesario, sé librar batallas más duras, pero sí hay que tener cuidado con esa fisgoneando por aquí, si insiste en preguntar le diremos que a su novio lo hemos enviado a la cárcel, a la espera de juicio. Que aquí ya no tenemos nada que ver con él.

Ramos asintió, tamborileó con los dedos en el reposabrazos de la silla y comenzó a hablar:

—Ayer me dejé caer por la cervecería de siempre, ya sabe, les acerqué alguna de las cosas que sacamos del Parabere.

—Ramos, ¿me estás confesando un delito, acaso no sabes que toda mercancía ha de pasar por la comisaría de Abastos?

Ambos se echaron a reír.

—Claro, pasé, pero andaban liados con un cargamento de piojos. Saqué una buena tajada y también esto.

Ramos introdujo la mano en el bolsillo interior y sacó dos cigarros puros de buen tamaño. Le tendió uno al Inspector.

—¡Coño, Ramos!, lo de estraperlista te sienta que ni pintado. Espera que saco las cerillas que tengo en alguno de estos cajones.

—Pero no se crea, eso no es todo, cuando le dije al Manuel que todo venía del Parabere y que lo habíamos cerrado, me dijo que su cocina no desmerecía la de tanta alcurnia, y para probármelo me invitó a un plato de langostas de jardín.

—¿Langostas de jardín?

—Yo lo miré con la misma cara de escepticismo, «sí, langostas de jardín, que aquí también somos muy nobles», me dijo y se marchó en busca de las dichosas langostas. Mientras me terminaba mi jarra de cerveza me aparece el Manuel con un cacharro de barro y me lo pone debajo de mis barbas, «aquí tienes, langostas de jardín». —Ramos hizo una pausa para terminar de encender el puro—. Las jodidas langostas no eran sino unos caracoles en salsa.

—¿Caracoles? —El Inspector soltó una carcajada, a la que acompañó Ramos—. ¡Langostas unos jodidos caracoles! Ese Manuel es un genio.

—No he acabado de contarle todavía. —El Inspector miró su puro medio consumido y le indicó con la mirada que continuara—. Mientras degustaba las langostas de jardín se me acercó un paisano, llevaba un traje roído y era flaco como un galgo, tenía la piel amarilla, lo que se llama un destrozapeines. «A las buenas de Dios— me dijo—, le he escuchado hablar que han cerrado el Parabere». «Así es», respondí yo, y va y me suelta: «Yo trabajé en el Parebere anterior, el que estaba en la esquina de Espoz y Mina con la calle Cádiz. Ese era un lugar extraordinario, uno entraba en los salones y quedaba la boca para que le entraran todas las delicias que salían de la cocina, y eran muchas». «¿Y qué hacía allí exactamente?», le pregunté. «Yo era camarero —dijo—, pero lo mejor del Parabere era escuchar las historias de la señora Marquesa. Yo acercaba la oreja y la escuchaba contar sobre Napoleón, de romanos y griegos, de los reyes de Francia, de los nuestros también, no se crea, de Alfonso XIII hablaba mucho, y de otros personajes que a mí no me sonaban, pero en ella aparentaban importantes. No se lo tome a mal, señor, pero escucharle decir que han cerrado el Parabere me ha dolido casi más que esta guerra que hemos *sufrío*, solo quería decirle esto». «Mire —le contesté—, tengo la intención de acabar tranquilo la cerveza y hoy estoy de buen humor, por eso no voy a denunciarlo. Su querida Marquesa es una traidora al Régimen, así que la próxima vez que venga a molestarme o le escuche decir otra sandez, lo cojo por el pescuezo y lo llevo a comisaría. ¿Me ha entendido usted o se lo decoro con las palabras de la Marquesa?».

—¡Qué bruto eres!, seguro se fue con los pantalones mojados. ¡Ah, mi querido Ramos, buena charla y buen puro!, tendremos que pasar a ver a Manuel y preguntarle cómo los ha conseguido, y así, sacarle otro par para no tener que denunciarlo. Vete a enterarte cómo anda nuestro huésped, que yo aún tengo que ir a ver al juez y acabar con todo esto.

56

Migas

María había dispuesto su despacho alrededor de una gran mesa estilo Luis XVI. Estanterías colmadas de libros, recortes y carpetas y una cómoda auxiliar eran el resto del mobiliario de la estancia, en esos días invadida por los doce conjuntos de papeles en los que había dividido la que iba a ser su gran obra. Lo había hablado con la editorial Espasa-Calpe. Ya estaba en imprenta el nuevo libro, un preliminar que había titulado *Historia de la gastronomía. Esbozos*, y después publicarían los doce tomos de su enciclopedia gastronómica. Una obra como nadie había escrito antes, en ningún idioma, y que sería su gran legado para la posteridad. Eran muchos los libros, revistas, notas y cartas que releía y de los que tomaba notas con la letra pulcra que la caracterizaba. En un cuaderno con tapas de cuero escribía las preguntas que quería hacer a sus amigos cocineros sobre esta u otra receta, anécdota histórica o técnica culinaria. Determinada a no perder ni el tiempo ni el ánimo, se sumía a diario en el proceso, especialmente desde el cierre temporal del restaurante. En eso estaba cuando sonó el teléfono y uno de sus nietos entró para avisarla.

—Abuela, es José Ortiz, mi padre me ha pedido que venga a avisarte.

—Gracias, José Antonio, ya voy, dile a tu padre que eres un recadero estupendo.

Dejó encima del escritorio los papeles que llevaba en la mano y fue a contestar al primo de su marido. María recorrió, lo más rápido que pudo, el pasillo hasta llegar al salón donde se encontraba el teléfono.

—Querido José, ¿qué tal andas? —Víctor se llevó a sus hijos fuera de la habitación. Él también salió. —Sí, en efecto, llegaron con una orden de registro, parece ser que en unas tarteras que mandamos a

la cárcel de Porlier se encontraron unas notas que se pasaban a los reclusos… Me encargaba la comida un tertuliano del Lyon d'Or, amigo de Pedro Eguillor y asiduo del restaurante… Una muerte terrible, ya me enteré, ajusticiado a machetazos en la cárcel de los Ángeles Custodios… Sí, hablé con Milagros, su viuda, me contó que Bilbao entera lo está llorando… Grandes hombres que se nos fueron en la guerra… Este amigo suyo es un marqués, carlista y monárquico, no podía ser de otra manera… Desconozco lo que decían las notas, sabes que a mí no me interesan ni las conspiraciones ni la política, a pesar de que unas y otra me persiguen en los últimos años… Me cierran el Parabere tres meses y una multa económica… No, no me han acusado de nada, no será necesario que hables con nadie, aunque te agradezco el ofrecimiento… Estoy embarcándome en un proyecto en el que llevo pensando un tiempo. ¿Sabes que me publican un nuevo libro?… No, este no es de recetas, es un libro de historia gastronómica, ya sabes lo apasionada que soy. De hecho, mientras lo escribía me he dado cuenta de toda la información que tengo y es por lo que me he decidido, voy a escribir una enciclopedia culinaria en doce volúmenes… Lo que oyes, doce, voy a describir en cada uno los elementos que forman parte del arte gastronómico… Estoy disfrutando ya con ello… Claro que me gustaría usar fotografías tuyas, sería un honor… La familia toda muy bien, mi hijo José María se ha comprometido, por fin… El año que viene en Burgos, se casa con María del Rosario Carcedo, de buena familia burgalesa… Con muchas ganas ya… Cuando queráis, y os preparo el bacalao a la Vizcaína que tanto te gusta… Te reitero mi agradecimiento y combinamos la cena. Manda un saludo de mi parte a Carmen y otro muy afectuoso para ti.

Tras colgar María se quedó pensativa, no quiso contarle la confrontación con ese inspector, no merecía la pena. «¿Acaso podría hacerle algo más de lo que ya le había hecho?», pensó. Víctor entró en el salón y se acercó a su madre.

—¿Estás bien?

—Estupendamente. —Víctor llevaba una carpeta bajo el brazo, se sentó en el sillón frente a ella—. Madre, tenemos que hablar del

Parabere. Tengo aquí las cuentas y con los últimos acontecimientos tenemos que tomar decisiones.

—No te molestes, Víctor, sé lo que me vas a decir y estoy de acuerdo, llevo unos días rumiando qué hacer. Ya estoy algo cansada y mi salud no es la que solía. Además, ahora mismo tengo claro que, con la situación actual, en lo que más interés tengo es en escribir.

—De acuerdo.

Víctor, perplejo por la facilidad de la gestión, no habló más.

—Habrá que escribir una carta a los empleados informándolos del cierre, espero que te encargues tú de redactarla. Además, a cada uno de ellos quiero ser yo quien le escriba otra de recomendación para que encuentren trabajo cuanto antes. Son buenos trabajadores, no podemos dejarlos en la estacada.

Sombras, eso era en lo que pensaba Rosa, en sombras que la rodeaban y seguían a cada lugar. Llevaba días sintiendo su presencia en las calles, en las miradas de los transeúntes, en los rostros silentes con los que cruzaba su camino. Sombras y silencio, un silencio intenso que constreñía su cuerpo.

Eso rumiaba camino de su casa. El edificio, milagrosamente, había salido indemne de los obuses durante la guerra. Recordaba a su madre abriendo la puerta de la sala donde, agachados y encogidos, se abrazaban todos los hermanos para azuzarlos porque había que bajar, «¡rápido!», a la estación de metro, si había tiempo, o al sótano, si los bombardeos ya estaban encima. «Ayuda a tus hermanos», decía mientras tomaba al más pequeño en brazos, y Rosa daba la mano a los demás para salir de casa cuanto antes. Ya entonces echaban en falta a su padre. Cuando los enfrentamientos llevaban unas semanas y parecía claro que aquello no era una bravata pasajera, se colgó una mochila al hombro y dijo a su madre: «Tengo que hacer algo para que esto acabe, no puedo estar quieto viendo cómo se viene abajo», entró como si tal cosa a dar un beso a todos sus hijos y fue la última vez que supieron de él. No sabía qué utilidad podría tener un cocinero en las trincheras, pero allá que se fue.

Entonces pensaba que nada más horrible podría pasar que aquella maldita guerra, pero el silencio y las sombras dejaban constancia de que el final de la contienda no había traído la paz. Su padre había desaparecido como lo habían hecho tantos hombres y mujeres, incluso su madre había fallecido antes de la proclamación victoriosa. Rosa sospechaba que su enfermedad había sido a causa de inanición, que se sacrificó para salvarlos a ella y a sus hermanos. Nunca la vio comer nada de lo poco que tenían. Ni siquiera un pizco del menú casi diario: migas; solo los días en los que había suerte con tocino.

El salario del Parabere le había servido hasta entonces para sacar adelante, a duras penas, la casa. Eran muchas bocas a alimentar y pese a que su hermano había conseguido trabajo de ayudante en las obras, y algo le pagaban, y a que su hermana salía como aguadora por los alrededores de la Puerta del Sol, los ingresos familiares eran muy escasos sin el suyo. Se había visto forzada a colgar un cartel para alquilar la habitación donde dormían sus padres, el mismo cuarto en el que iban a vivir Jacinto y ella tras la boda. Le costó tomar esa decisión, pues le parecía que era como materializar la rendición sobre el regreso de su padre, que ya no esperaba después de tantos años, pero también sobre la liberación de Jacinto.

Los días transcurrían y seguía sin noticias, tampoco del restaurante. Los ahorros se habían acabado en la primera semana después del cierre. Salía a diario de casa a preguntar por el barrio, cada día llegaba más lejos, por si alguien sabía de algún lugar donde pudiera emplearse, aunque fuera algunas horas. Solo encontraba sombras que se cernían en cada paso y que le oprimían el cuerpo y el espíritu.

—Rosa, cariño, ¿no me ves, que estoy aquí esperándote? —Rosa salió de su ensimismamiento y reconoció la cara de Matilde, con abrigo largo y sombrero ajustado. Le había pasado desapercibida—. Tengo noticias del Parabere y he venido a contarte y ver cómo estabas. —Entresacó unas cartas de su bolso—. Vamos a un lugar tranquilo y hablamos de ello.

—Matilde, perdona, estaba pensando en mis cosas. Subamos a mi casa y allí podremos hablar. Siento decirte que no tengo nada que

ofrecerte ahora mismo.

—No te preocupes por eso, chiquilla, la compañía será más que suficiente alimento. Además —se acercó al oído de Rosa y casi susurró—, llevo unas bolsas de té en el bolso.

Rosa hizo pasar a Matilde a un piso exiguo y sin apenas muebles, limpio y ordenado. Avanzaron por la casa y, a través de una cortina, entraron en una sala en la que dos niños jugaban con unos muñecos de madera mientras una adolescente, sentada en una silla, los vigilaba.

—Estos son mis hermanos pequeños. —Rosa se acercó a los tres y les dio un beso—. Matilde es una amiga del Parabere, voy a estar tomando algo con ella y hablando de cosas importantes.

Las dos mujeres fueron a la cocina. Rosa puso a calentar un cazo con agua mientras Matilde revolvía en el bolso para sacar dos bolsitas de té y las misivas que había mostrado en la calle.

—La Marquesa nos ha hecho llegar unas cartas a todos los trabajadores. Tengo aquí las tuyas, me ha dado tres para ti, la primera no hace falta que la leas, la firma Víctor y, como te imaginarás, en ella cuenta que el Parabere no volverá a abrir. La segunda es una carta de recomendación para encontrar trabajo, pero es por la tercera por la que me pidió que viniera en persona. Me pidió que te la entregara sin mostrársela a nadie. Ni siquiera yo sé lo que dice.

Rosa tomó las cartas que le tendía Matilde y obvió las dos cuyo contenido ya le había anunciado. Abrió el tercer sobre, algo más pequeño que los otros, que en elegantes letras llevaba escrito «Para Rosa». Desplegó la página doblada del interior.

Querida Rosa:

Como ya sabrás he tenido que tomar la difícil decisión de cerrar el restaurante. Desgraciadamente las deudas y la situación en la que se encuentra el país en estos momentos hacen inviable que podamos continuar abiertos.

Te he cogido mucho cariño en estos años, siempre he tenido debilidad por las personas que se sobreponen ante la adversidad. En eso me reconozco como en un espejo, aunque nos separen muchas experiencias y nuestras vidas

hayan tenido caminos distintos, la mía ya declinando y la tuya aún con todo por delante. Estoy segura de que te irá muy bien, me has demostrado la determinación, el trabajo y el talento necesarios para que así sea.

No quería acabar estas líneas sin dejar constancia de la preocupación que siento por Jacinto, en cierta manera os tengo a los dos como a unos hijos más. Sé por Matilde que aún no tienes noticias de él y quería asegurarte que removeré todos los estamentos que sean necesarios para sacarle de la cárcel, como ya he hecho con otros amigos.

Te dejo mi dirección y número de teléfono. Por favor, no dejes de informarme de cualquier novedad, ya sabes que mi ofrecimiento es sincero y lleno de cariño por los dos.

Esperando tus noticias, se despide afectuosamente,

MARÍA MESTAYER DE ECHAGÜE

Rosa dobló de nuevo el papel y lo volvió a meter en el sobre. Matilde había apagado el fuego e introducido las bolsas en el agua, buscaba en los armarios un par de tazas para servirlo.

—Están en el de la izquierda —le indicó Rosa.

—¿Buenas o malas noticias?

Matilde sacó dos tazas y sirvió el té.

—No sabría decir, se ofrece a ayudarme con Jacinto, pero ella…, no sé, ¿será que podrá ayudar a encontrarlo y sacarlo de la cárcel donde esté?

—Bueno, la Marquesa conoce a mucha gente, seguro que tiene más posibilidades que nosotras, que no somos nadie. ¿Azúcar no tienes?

—Me temo que no, lo siento.

—No importa, total yo apenas me pongo un pellizco. —Matilde tomó la mano de Rosa—. A mí no me gusta dar consejos, ni mucho menos valgo para ello, pero en este caso te diría que fueras a verla, si alguien puede ayudarte en esta situación es, sin duda, ella. Sabes que es una mujer decidida y, ni que decir tiene, que si te ha ofrecido su asistencia es porque realmente quiere dártela. Ahora toma el té y anima la cara. En cuanto tengamos el carné de paro nos iremos juntas a buscar trabajo. Mientras, si necesitas algo para ti o tus

hermanos no dudes en contar conmigo. —Matilde apretó la mano con más intensidad—. ¿Y quién no iba a contratar a dos mujeres que han cocinado, ni más ni menos, que en los fogones de la Marquesa de Parabere?

57

Bizcochos borrachos de Guadalajara

Benito y el Inspector hablaban en el despacho del superior cuando se abrió la puerta de golpe y Ramos entró como una exhalación.

—Inspector, perdone la intromisión, pero es urgente.

—Tranquilo, no se te vaya a salir el espíritu por la boca, Benito ya se iba.

—Creo que sería bueno que él estuviera presente, lo que tengo que decir también le incumbe.

—En ese caso cierra la puerta y pasa. Dinos qué es tan grave para entrar de esta manera.

Ramos apoyó los dos puños en la mesa.

—Es el muchacho, no despierta, ni dándole cachetadas, ni con cubos de agua, me temo que se nos ha ido.

—¡Mierda! —El Inspector abrió un cajón y sacó una cajetilla de tabaco, tomó un cigarrillo y les ofreció a Ramos y Benito—. Sentaos los dos, tenemos que pensar en esto. Esa jodida piltrafa aún nos amarga el triunfo.

Víctor entró en la cocina, llevaba en las manos las dos botellas de vino que había elegido para la cena del día siguiente, con José Ortiz y Carmen. María estaba con las cocineras explicando cómo quería los cortes del bacalao que reposaba sobre el mármol de la mesa de trabajo.

—¡Víctor! Pasa, pasa, mira qué bacalao Langa he conseguido, mira qué blancos tiene los costados y negra la parte central —les explicó a Milagros y Carmen lo que habían escuchado decenas de veces—, así se sabe que es un bacalao de buena calidad: cuando el blanco está amarillento o el negro es más un gris, el bacalao es malo, esto es muy importante saberlo antes de ponernos a cocinarlo. —Tomó la

pieza y la dobló varias veces—. ¿Veis lo flexible que está? Eso quiere decir que no es bacalao viejo. ¡Ah, qué suerte hemos tenido de encontrar este ejemplar, José se va a chupar los dedos!

—He elegido este vino, un Rhin Niersteiner, de uva Riesling, para acompañar el bacalao, ¿te parece bien?

—Déjame ver… Me parece estupendo, buen vino. Ponlo en un sitio fresco para que esté a una temperatura ideal. Ya tengo pensado también el postre: bizcochos borrachos de Guadalajara. —María le hizo un guiño a su hijo, estaba radiante de nuevo, en su elemento, preparar, organizar y planificar una cena era todo lo que necesitaba para salir de un aletargamiento que ya duraba demasiado. La enciclopedia le brindaba alegría, pero no era lo mismo—. Haced los cortes y poned a desalar el bacalao, cada poco tiempo le cambiáis el agua, sacad las tajadas del pescado y vaciad toda el agua, después las volvéis a sumergir en agua nueva, y no os olvidéis del pimiento choricero.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Víctor—. Ha llegado un paquete a tu nombre, está en el salón.

Envuelto en papel estraza atado con un cordel, su forma rectangular ya anticipaba el contenido. María cortó el nudo y se deshizo del envoltorio, cinco ejemplares de *Historia de la gastronomía. Esbozos* y una carta de la editorial. Cada vez que llegaban los primeros ejemplares de uno de sus libros sentía la misma emoción que la primera vez que abrió uno de esos paquetes, viviendo aún en Bilbao. No se resistió a acariciar la cubierta de uno de ellos, en tonos marrones y amarillos.

—Fíjate, Víctor, han impreso el grabado del banquete que se dio en la embajada española de Francia que les pedí que pusieran. Es una imagen significativa, las mujeres sentadas a la mesa esperando a ser servidas y los hombres en pie, charlando como si la comida no fuera con ellos. Representa un momento antes de la Revolución, cuando aún no se daban cuenta de que estos banquetes pantagruélicos eran semillas de descontento. La comida siempre fue motivo de revueltas; el pueblo bien alimentado, que no sufre miseria, no provoca guerras. Si los Gobiernos del mundo fueran conscientes de esto se acabarían las barbaries.

—Hablas como Doménech.

—Ignacio tiene razón, es a veces un poco demasiado liberal, pero siempre tuvo ideas nobles y su último libro me ha parecido una excelente obra. La gente necesita poder comer como sea, Víctor, recuerda lo que nos cuenta tu hermana María Concepción sobre la gente de Vallecas que acude al centro de higiene donde trabaja. Niños con los estómagos hinchados, muriendo de tifus a centenares. La desnutrición y la miseria es peor castigo que la guerra misma, no son las balas las que más matan, sino el humo que dejan tras ellas.

Víctor se acercó a la ventana mientras escuchaba a su madre, retiró unos centímetros la cortina y observó la serena calle de un barrio tranquilo, apenas un hombre caminando bastón en mano, un coche aparcado en la esquina y una muchacha joven leyendo un papel mientras paseaba. Volvió la conversación a la publicación que acababa de llegar.

—El libro va a ser un éxito, seguro. Cada página me ha recordado los momentos en el Parabere: tus charlas con Malraux y su francés tan elegante, al bravucón de Hemingway paseándose con las cartucheras sin las pistolas, como si fuera un cazador en una selva buscando leones, Barea y sus modos casi británicos, Dos Passos y sus chanzas y amabilidad, a quien en alguna ocasión tuve que reprender para que no se pusiera él mismo a servir las mesas… Tantos personajes, tantas anécdotas… ¡Qué tiempos y momentos, pese a todo! Lástima que no puedas hablar de ellos en el libro. Aunque Napoleón, Luis XVI o tu adorado Dumas son buena compañía literaria y un gran entretenimiento.

—Espera a que sea capaz de terminar la enciclopedia que estoy escribiendo, creo que la tendré finalizada para cuando ya se puedan contar cosas que todavía me guardo por prudencia. Ahora que tu padre nos dejó y que ya no puede reprenderme —María sonrió melancólica— y que, además, no tengo tanto tiempo por delante, no pienso guardarme nada.

Víctor volvió a contemplar la vía desde la ventana, el hombre del bastón había desaparecido, pero la muchacha ensimismada con el papel estaba de pie, parada en medio de la calle, frente a su edificio. Frunció el ceño y enfocó la mirada, esa muchacha le resultaba

familiar. Mientras la escrutaba ella levantó la vista y miró en su dirección.

—¡Pero si es Rosa, nuestra Rosa del Parabere!

—¿De qué hablas, hijo?

—Rosa, la muchacha a la que estaba observando en la calle, resulta que es ella. Me resultaba familiar, pero…

María se levantó del sillón donde seguía hojeando el libro y se acercó a la ventana. Efectivamente, allí estaba Rosa, sola.

—Es posible que venga a contarme de Jacinto.

—¿Jacinto? ¿Qué pasa con Jacinto?

—Eso es precisamente lo que deseo averiguar.

La única ventana de la sala daba a la calle Almirante. Apenas entraba un poco de luz plomiza La carencia de claridad era compensada con lámparas en cada una de las mesas desde donde los funcionarios se afanaban sin levantar la cabeza de sus tareas. El Inspector no se tomó la molestia de saludar, el grado de concentración era tal que no se darían cuenta de su presencia, aunque se pusiera a gritar. Siguió caminando hacia la siguiente sala, el antedespacho del juez donde su secretaria, una mujer rubia, bien peinada y con gafas, con un vestido gris lo suficientemente ceñido como para no esconder unas curvas que al Inspector lo dejaban sin aliento, anotaba diligente, en un libro de citas, unas notas escritas en papeles sueltos. En cuanto notó que el Inspector entraba, levantó la mirada.

—El señor juez le está esperando, puede pasar. —Y continuó con su tarea sin aprestarse a mirar un segundo de más al Inspector.

Se acercó a la puerta y dio dos enérgicos golpes en ella, «maldita secretaria, algún día te percatarás de quién soy».

—Señoría, ¿me permite?

—Adelante, inspector, tome asiento. Cuénteme qué tenemos pendiente. Espero que sea interesante, últimamente los casos se parecen tanto entre sí que ya me cuesta hasta distinguir uno de otro.

—En realidad, lo que le traigo es un caso surgido de otro caso que

ya teníamos cerrado, señoría.

—Cómo es eso, de qué caso habla y qué caso nos brinda.

El Inspector se acercó a la mesa del juez, tomó asiento y puso la carpeta del expediente frente a él. La abrió y ojeó los papeles y las fotos, sin prestar demasiada atención a lo que veía.

—Usted dirá.

—Recordará, señoría, que en la investigación de la traición carlista detuvimos a varias personas, entre ellas a quien llevaba las tarteras desde el Parabere a la prisión.

—¿Se refiere al recadero, ese muchacho?

—Ese mismo, ya no tan muchacho, le recuerdo señoría que era mayor de edad.

—¿Y qué es lo que ha hecho ese ya no tan muchacho para que esté ahora mismo mirando un expediente del que ya firmé resolución hace casi un mes?

—Me temo, señoría, que lo que ha hecho es fallecer.

—¿Fallecer? ¿Cómo diablos ha sido eso? Ese muchacho era un joven apenas salido del cascarón.

El Inspector se revolvió en la silla y carraspeó.

—Digamos que… algunos de mis subordinados lo estuvieron interrogando para saber hasta dónde llegaba la conspiración y atrapar a los traidores.

—Continúe, inspector, pero me da la impresión de que no me va a gustar lo que me va a contar. ¡Qué hostias! Ya no me está gustando.

—El muchacho enfermó en el calabozo, tenía fiebre y sudaba como un cerdo. Es cierto que alguna caricia se llevó en el transcurso del interrogatorio, pero nada fuera de lo normal, la enfermedad la debía llevar de antes de ser detenido.

El juez miraba al Inspector y volvía a las páginas del expediente que mantenía abierto en la mesa, había sido un caso sencillo, resuelto sin complicaciones y, fundamentalmente, sin protestas, pese a lo notorio de las personas que estaban implicadas. Esto lo cambiaba todo. Si alguien de las altas esferas, conectado con la Marquesa, empezaba a hacer preguntas podría tener un problema.

—Inspector, sabe que el del Parabere era un caso delicado, no era cuestión de rojos o de personas de baja estofa. Ya le advertí que

hablábamos de gente que tiene contactos e influencia, que no van a dejar pasar tranquilamente un deceso sin pedir explicaciones. A mí personalmente me da igual cómo murió el muchacho, pero seguro que habrá alguien que pregunte, y no seré yo el que dé explicaciones que no me competen.

—Lo sé, señoría, he tenido en cuenta todo esto y vengo a proponerle una forma de salvar la situación. También soy consciente de que lo que le voy a pedir merece una compensación y estoy dispuesto a hacerle una oferta que creo, y espero, le será provechosa. —El Inspector fijó la mirada en los ojos del juez y al ver a este interesado, se permitió una leve sonrisa—. Lo que le voy a proponer nos hará ganar mucho dinero a los dos.

Rosa estaba fascinada, nunca había estado dentro de un edificio en el barrio de Salamanca, la parte aristocrática de Madrid. Cuando la Marquesa abrió la puerta la sorprendió con un abrazo que no esperaba. Tardó un instante en corresponder al mismo, y aún más en contestar a las preguntas que le hacía.

—Pasa, Rosa, pasa, ven a mi despacho, allí podremos hablar tranquilas. ¿Qué te apetece tomar, té, chocolate, café?

—Señora Marquesa, yo…

—María, llámame María, ahora ya no soy tu jefa, qué poco me gustaba ese calificativo, ahora soy solo una amiga y prefiero que me llames por mi nombre. Este es mi despacho, pasa, pasa, y siéntate, yo vuelvo enseguida, que voy a pedir que nos traigan…, ¿qué me has dicho que querías?

—Un té estaría bien, gracias.

—Un té, excelente elección, a mí también es lo que más me apetece ahora mismo. Ya vuelvo.

Rosa se quedó contemplando, sin atreverse a levantar, lo que tenía alrededor: una gran mesa repleta de papeles ordenados en distintos montones. Una cómoda auxiliar en un rincón con varias carpetas y dos de las paredes forradas con estanterías y armarios acristalados en los que había más libros de los que ella nunca hubiera visto juntos, ni siquiera en alguna de las librerías que visitaba con su

padre antes del estallido de la guerra. María entró de nuevo en el despacho y cerró la puerta. Tomó asiento frente a Rosa y esta comenzó a hablar.

—No sé bien por dónde empezar, me trajo Matilde la carta tan cariñosa que me escribió, no sabe el bien que me hizo y no he podido dejar de pensar en ella desde entonces. Sigo sin tener noticias de Jacinto. He estado rondando la comisaría donde lo retenían. Ese inspector que entró en el Parabere trabaja allí, pero no he conseguido que me digan nada, ya casi ha pasado un mes y lo único que he logrado sonsacar es que lo iban a juzgar por un acto de traición. Pero no quiero abrumarla con… Entendería que no pudiera… O que no, en fin, solo necesito saber de él y no tengo a quién recurrir que no sea usted, me da mucho pudor pedírselo, pero al leer la carta me armé de valor…

—No has podido venir en mejor momento. Como te prometí voy a ayudarte a averiguar qué ha pasado con Jacinto, mañana viene a cenar una persona muy querida e influyente a la que podré pedir ese favor. Estate tranquila, ni me abrumas ni me pides algo que no esté a mi alcance. Además, será una ayuda interesada. —Rosa la miró con sorpresa. María prosiguió—. Tengo una tarea hercúlea entre manos y necesito a alguien como tú. Te pagaré un jornal por ello y así nos podremos ayudar la una a la otra. —Abrieron la puerta con la merienda—. Ah, aquí está nuestro té, le he pedido a Milagros que nos traiga también unas pastas que hemos hecho esta mañana. Seguro que estás hambrienta, se te ve más delgada y, como siempre digo, con el estómago lleno, pero no pesado, se piensa mejor. Los problemas hay que afrontarlos y resolverlos uno a uno, y ahora el primero que tenemos entre manos es cuántos terrones de azúcar quieres en el té.

Dos horas más tarde, Rosa salió de casa de la Marquesa con un trabajo, un ejemplar firmado de su último libro, un paquete con pastas para sus hermanos y esperanza, infinitamente más de lo que se hubiera imaginado conseguir. El encargo iba a suponer ir varios días a la semana a su despacho a rebuscar entre papeles, libros y notas para buscar información que anotaría y clasificaría, según la Marquesa le pidiera, para la enciclopedia culinaria. No sabía si sería

capaz, nunca había hecho nada parecido, pero la seguridad con la que María le comentaba todo, la templanza que transmitía su conversación, la había envalentonado y, no era asunto menor, recibiría una paga que poder llevar a casa. Por encima de todo, de aquella visita había sacado confianza en que pronto podría saber, por fin, de Jacinto. Con todo eso en la cabeza caminó hacia la parada del tranvía sin sentir sombras hostigándola por primera vez en mucho tiempo.

58

Bacalao a la Vizcaína

La cervecería tenía apenas unas mesas ocupadas, en su mayoría por hombres taciturnos con jarras a medio beber y algo para picar. El Inspector empujó la puerta y entró seguido de Ramos, se acercaron a la barra recubierta de estaño desde donde Manuel, que secaba unos vasos con un trapo, les dio la bienvenida. Tras él, colgada de la pared, una pizarra anunciaba las tapas, raciones y platos disponibles del día: chulaponas, chicotes, queso manchego, fandanguillos gitanos, patatas con chorizo, puntillas…

—¿Qué se le puede ofrecer a nuestras fuerzas del orden?

—De momento dos cervezas. Veo que estás bien surtido, Manuel, ¿de veras puedes servir todos esos platos?

El Inspector señaló con la barbilla la pizarra. Manuel giró para observarla como si necesitara asegurarse de lo que estaba escrito.

—Creo que de todo tengo, sí, si quieren alguna cosa para acompañar.

—De momento, algo de información nos será suficiente. —Acercó la cabeza al cervecero y le hizo un gesto para que se agachara—. Lo que necesitamos saber es quién es el estraperlista que te está surtiendo. Y no nos vengas con que lo consigues en el mercado de abastos, que sabemos lo que llega allí.

—Oh, vamos, inspector, sabe que no puedo revelar…

—No me estás entendiendo, Manuel, aquí, Ramos, tiene el lenguaje preciso para los duros de mollera, y si continuara la dureza, bien podría ir a un juez a solicitar una orden para desmantelar el nido de contrabandistas que actúan aquí.

—¿Acaso no me he portado bien siempre con ustedes? Saben que esa información podría dejarme sin negocio y, lo que es peor, sin sus privilegios en esta casa.

—Creo que no me explico bien, no buscamos perjudicarte, ni a ti ni

a la persona que te sirve. —El Inspector bajó aún más la voz—. Lo necesitamos saber para proponerle un negocio, un negocio…, cómo diría…, entre amigos. —Se enderezó de nuevo y le dio una palmada en el pecho—. Mi querido Manuel, esos puros que le diste el otro día a Ramos eran una maravilla, ve a por un par de ellos mientras recuerdas lo que sabes.

—Claro, claro.

Manuel desapareció por el hueco que llevaba hacia el interior de la cervecería y el Inspector fijó la mirada en los rostros que mantenían la cabeza baja. El salón era un espacio amplio salpicado por columnas de hierro que hacían de separación entre algunas mesas y ocultaban otras de la vista desde la barra. Las grandes cristaleras estaban pintadas con reclamos de bebidas y comidas, dibujos de raciones generosas y pintas de cerveza coronadas por lo que parecían nubes representando la espuma.

—Inspector, fíjese en el zarrapastroso de aquella mesa, la que está en la esquina.

—Lo veo, ¿qué le pasa?

—Es el camarero del Parabere, el destrozapeines que me vino a molestar el otro día.

El hombre miraba por la ventana. Sostenía una cerveza casi consumida. Trataba de ocultar su rostro.

—¿Estás seguro de que es él? Casi no se le puede ver.

—Totalmente, si hasta lleva el mismo traje roído del otro día. Y diría que nos está mirando por el reflejo del cristal.

—Tienes razón, Ramos, le veo los ojos. No lo mires más, luego iremos a hacerle una visita a ver qué nos cuenta.

Manuel volvió con dos puros en la mano. Les tendió uno a cada uno y acercó una caja de fósforos que dejó encima de la barra.

—¿Me aseguráis que lo que tenéis entre manos no va a perjudicar ni a esa persona ni a mí?

—¡Coño, Manuel! Ya nos conoces, si te damos nuestra palabra es que no vamos a romperla.

Manuel los miró con gesto serio, tras unos segundos de pausa se agachó y susurró:

—Allí en la esquina, aquel hombre que acaba de terminar su

cerveza, el que está sentado junto a la ventana…

—¡Hostias! El del Parabere —soltó risueño Ramos—. Esto va a ser divertido.

—¿No nos estarás tomando el pelo, Manuel? Ese apenas es capaz de encontrar el día en el que vive.

—De eso se trata, ¿no? De no llamar la atención. Yo he cumplido con lo que me pedisteis, ahora cumplid con lo que me prometéis.

—No te preocupes, así se hará. Haz otra cosa, mándanos… —el Inspector se paró a observar de nuevo lo escrito en la pizarra— una ración de queso y unas puntillas, sé generoso con el queso. Tres cervezas más, que el hombre ya acabó la suya y a nosotros no nos queda mucha.

Se dirigieron hacia la mesa del antiguo empleado del Parabere. Nada más empezar el camino el Inspector se volvió hacia Manuel y poniendo una mano en la barra remató la comanda.

—Y lo pasas todo a la cuenta de ese, si es quien dices que es, tendrá dinero para pagarlo. Desde luego en vestirse no lo gasta.

Los dos policías se acercaron a la mesa. El hombre no tenía escapatoria.

—Buenos días, caballero, seguramente recordará a mi compañero de comisaría. —Ramos cogió una silla de una mesa cercana y el Inspector se sentó en la que estaba libre, frente al hombre—. Lo primero, claro, es que nos deje ver su documento de identidad, al fin y al cabo, ya sabe que somos policías, y en estos tiempos hay que andarse con precaución. No, a mí no me lo dé, a mi compañero, yo soy el Inspector y mi amigo con cara de gorila es Ramos.

—Don Pedro Juan Macías Contador, camarero de profesión —leyó Ramos—. Camarero, ¿dónde?

—Ya le dije a *usté* que trabajé en el Parabere.

—En el Parebere durante la guerra solo trabajaban sindicados a la CNT, anarquistas de mierda a las órdenes de Avelino Cabrejas, así que, si no quiere que investiguemos su pasado, que a nosotros no nos interesa, al menos de momento, será mejor que cuente, y si nos gusta lo que cuenta, le haremos una propuesta.

El Inspector dio unos toquecitos con el puro en el cenicero de la mesa, después miró sonriente a Pedro y, al ver llegar a Manuel con

las cervezas, levantó los brazos, divertido.

—¡Ah, lo que necesita toda reunión de negocios, una buena cerveza!, no te olvides, Manuel, de traer algo de comer, nuestro amigo Pedro necesita rellenar ese cuerpo antes de que desaparezca o enferme —volviendo la mirada al susodicho—, y haz el favor de empezar a vestirte mejor, ahora ya no tendrás que servir de forma clandestina, empezarás a trabajar con la ley, y la ley protege a los que se portan bien con ella.

Pedro habló. Relató cada uno de los proveedores con los que trabajaba, la mayoría contactados en su época del Parabere: los puros de la embajada de México, las verduras de un latifundista de Aranjuez que entraba la mercancía en camiones con doble fondo, las carnes de un terrateniente extremeño que tenía comprados a unos guardias que separaban la mercancía en el mismo mercado de abastos…, y, así, hasta media docena de vendedores de todo tipo de bienes. El Inspector seguía preguntando mientras agarró una puntilla y se la llevó a la boca, Ramos anotaba cada detalle.

—Joder, ¡cómo pican estas puntillas! —Dio un buen trago de cerveza—. Bien, ahora hablemos de dinero y protección, para eso estamos aquí, para proteger a los hombres de bien, ¿verdad, Ramos? Tenemos que costear esa protección y, por supuesto, al juez que vela por la justicia. Pero no será una carga, no creas, Pedro, somos gente de bien y te vamos a conseguir más negocios en los que vender tus productos. ¡Y el primero será algún tabernero que sepa hacer unas puntillas sin matar a los comensales! —Lanzó el resto de la puntilla al plato—. Yo esta mierda no la pagaría, Pedro. Me voy retirando. Ramos, te dejo que termines de concretar los detalles. Buenos tardes.

Saludó con un gesto a ambos antes de abandonar la cervecería.

José Ortiz, Carmen, Víctor, Sofía y María tenían una conversación de lo más animada sobre los nuevos libros que acababan de publicar, tanto la Marquesa, *Historia de la gastronomía. Esbozos*, como el invitado, *La España mística*, una recopilación de fotografías que mostraba la devoción religiosa «pasada, presente y futura de este

país», en palabras del autor.

—Son una maravilla —comentaba Víctor mientras pasaba las páginas del libro de José—. Consigues unas texturas y unos rostros de una perfección inaudita.

—Esto es paciencia y tener los ojos listos para ver el momento.

—La paciencia es la clave de todo buen arte —intervino María—. La paciencia y la mesura llevan a la perfección. Hay platos que con un diente de ajo salen sosos, con dos sabrosos y, con tres, se vuelven incomestibles.

Todos rieron la comparación.

—Sabias palabras, María. Y no solo con lo que llaman arte, en la ingeniería sucede lo mismo. ¿Ya os conté cuando tuve un accidente trayendo un avión desde París a Madrid? —Carmen y María intercambiaron un guiño ante la pregunta. Ambas habían escuchado ya mil veces la heroica historia que había sido el germen de una de las empresas más sólidas de la industria española que José fundó y dirigía desde entonces: CASA. Franco la había denominado orgullo patrio y sus ministros se daban codazos, en las recepciones, por ser los primeros en saludar al empresario de moda. Víctor y Sofía miraban expectantes a José, conversador campechano—. Me había encargado el ejército comprar tres aviones, cuando aún en España casi no había. Teníais que ver los primeros que tuvimos, unos cacharros hechos con tablas y tela y que no alcanzaban ni los cien kilómetros por hora, ¡imaginaos! ¡Ahora hasta tenemos vehículos que superan esa velocidad en tierra! Pero, como os iba contando, era el año 1913, iba yo volando en uno de los tres aviones y uno de los motores empezó a arder en pleno vuelo, me vi obligado a hacer un aterrizaje forzoso en medio de un campo de tierra, y suerte que allí estaba ese predio y pude parar la máquina y saltar antes de que prendiera todo y me quedara chamuscado. Gracias a Dios apenas sufrí unas leves quemaduras. Pues bien, allí estaba yo, viendo cómo el flamante avión que acababa de adquirir estaba en llamas, en medio de un desierto serrano y sin poder esperar ayuda rápida. Conseguí apagar el fuego, con tierra, la capa que llevaba y algo de agua que tenía en la cabina, pero muchas partes quedaron calcinadas.

—¡Dios mío, qué situación más espeluznante! —comentó Sofía, la única que no conocía la historia, con el rostro compungido—. ¿Y cómo conseguiste salir de ella?

—Yo diría que no deshonro mi hombría si te comento que, en esos momentos, tras el golpe sufrido y tras tener el fuego bajo control, me arrodillé frente a los destrozos del aparato y me puse a llorar. Todo el trabajo y la inversión realizada se desmoronaban frente a mí.

—Terrible. —Víctor tomó la mano de su mujer—. Imagino la situación, es una imagen que me recuerda a la noche triste de Hernán Cortés, cuando los españoles tuvieron que abandonar la ciudad de Tenochtitlán. Según cuentan, cuando ya se habían alejado, Cortés se arrodilló, aún con la ciudad a la vista, y se puso a llorar por la pérdida.

—No querría darme yo tanta importancia, que no he conquistado nada, apenas soy un ingeniero.

—Vamos, vamos, José, sabes que eres un hombre renacentista, no hay nada que no aprendas o sepas hacer —le dijo María—. Pero continúa, continúa, que aún no has terminado la historia.

—Veo que la conoces bien, María. Efectivamente, no he acabado. En ese momento de drama, a punto de desfallecer, ejecuté el principio básico de cualquier ingeniería: desmontar, sustituir y montar de nuevo. Reparar ese estropicio sería la ocasión ideal para entender cómo estaba ensamblado y funcionaba el avión. Así que me puse manos a la obra. Saqué unas mantas de la cabina, una de las zonas a las que el fuego, por suerte, casi no había llegado y, mientras esperaba a los camiones que vendrían a buscarme, fui envolviendo las piezas en ellas. Para cuando llegaron ya había desmontado buena parte. Pedí que fueran, con mucho cuidado, metiendo en el cajón de los camiones cada pieza envuelta. Así conseguí trasladar todo el armatoste hasta mi taller, donde ya estaban esperando los dos aviones que no habían sufrido percance. Tardé un tiempo, pero observando los otros dos conseguí reconstruirlo y hacerlo volar de nuevo. De alguna manera, fue en ese momento cuando me di cuenta de la necesidad que teníamos en España de crear una fábrica aeronáutica de primera, y desde allí hasta aquí, CASA es una realidad que debemos a un accidente, tal y

como a una enfermedad debe cualquier médico su fama.

Ya se podían oler los efluvios del bacalao que llegaban de la cocina.

—Voy a darle un último meneo a la salsa y lo traigo.

La cazuela venía envuelta en una blanquísima servilleta del todo insuficiente para atrapar el vapor y el perfume. El olor de la salsa inundó el comedor y José Ortiz no pudo reprimir un aplauso ante la aparición de María, junto a Milagros, con el plato estrella de la noche. Ese bacalao a la Vizcaína había traspasado fronteras. De entre los miles de recetas que había recopilado, y escrito, esta seguía siendo una de las más laureadas y agradecidas por cocineros de grandes restaurantes de París, Londres, Roma y Madrid.

Cuando, finalmente, destapó el bacalao la intensidad del aroma fue tal, la esencia del pescado mezclado con el tomate, la cebolla, el ajo y los pimientos, que se hizo el silencio, concentrados como estaban todos en los placeres de la pituitaria.

—Ah, esto sí que es la España mística. Espera ahí, María, no sirvas todavía que quiero sacar una foto a esta obra maestra. —José fue a buscar la Leica que había traído para la ocasión—. Piensa en esta foto como la primera que haremos para tu enciclopedia.

La cena continuó con comentarios en torno a la guerra en Europa y en el Pacífico, sobre la posibilidad de que llegara a la Argentina, donde vivían familiares, la situación de Francia, donde residían Luisa y el hermano de José, Fernando, que continuaba mandando sus crónicas sobre la guerra al diario *La Nación*, y, sobre todo, sobre recetas, especialmente de bacalao, plato que seguía siendo insuperable, según palabras de los comensales.

—María, un día debería venir con mi cocinera a ver cómo haces este bacalao, por más que sigue todos los pasos de tu libro de recetas no consigo que lo haga con este toque tan suculento.

—El éxito de un plato está en perseverar hasta encontrar el equilibrio. —Señaló con el tenedor el pescado—. En este, el secreto está en el frito de la cebolla, si se quema, el resultado final será un plato amargo. Pero tienes razón, yo también pienso que el mal moderno es la desaparición de esas cocineras que tenían un toque especial para los guisos entre el servicio. Ya no se encuentran.

Cuando terminaron de dar cuenta del bacalao María llamó a Milagros y le pidió que trajera los bizcochos borrachos de Guadalajara.

Acabado el postre, y mientras el servicio retiraba la vajilla y dejaba limpia la mesa, María tomó del brazo a José y lo llevó hasta su despacho con la excusa de enseñarle el trabajo en el que estaba metida. Una vez solos, no se detuvo en prolegómenos:

—José, quería pedirte un favor, necesito información y ayuda, y creo que eres la única persona que en estos momentos podría proporcionarme ambas.

—Siempre que esté en mi mano, cuenta con una y otra.

—Tengo que hablarte de Rosa y Jacinto, una pareja joven para la que el cierre del Parabere ha supuesto algo más que al resto. Ella trabajaba en la cocina del restaurante y ahora me está ayudando con la enciclopedia. Él es un chico amable y risueño, también trabajaba en el Parabere, siempre dispuesto a echar una mano. Ambos están comprometidos y esperando encontrar una fecha para casarse. —María hizo una pausa—. La información que te quiero pedir es sobre Jacinto. Fue detenido mientras llevaba las tarteras de la comanda a la cárcel de la que te hablé, en la que encontraron las notas, y le detuvieron acusándole de ser quien las había introducido, algo absurdo teniendo en cuenta la clase de muchacho que es, sin ningún interés político. Puedo dar mi palabra sobre su inocencia con plena seguridad. No sabemos nada de él desde entonces, ni siquiera su localización. El favor es interceder para su puesta en libertad. Sé que esto último es mucho pedir.

—María, escribe en un papel su nombre completo y mañana mismo llamo a José Antonio Girón para interesarme por su caso. Es un hombre difícil y, entre nosotros, algo radical, falangista de los que presionan para que España entre en la guerra apoyando a los alemanes, pero son varios los favores que me debe, y si el muchacho, como dices, no está implicado en delitos políticos, ni registrado, creo que podré convencerle para que me dé el nombre del juez del caso e interceder por él.

—Gracias, José, sé que siempre puedo contar contigo. Vayamos a ver cómo ha continuado la sobremesa sin nosotros, y a tomar una

copa de coñac.

Cuando regresaron al comedor el ambiente no se había relajado y la conversación mantenía el tono alegre que toda buena cena crea. María traía la sonrisa del orgullo satisfecho. Todo había salido tal y como ella esperaba.

—Mire *usté*, yo nací en una aldea, pero mis padres liaron el petate y *pa ca* que se vinieron. Yo me hice a mí mismo, entre barrizales, con mi madre lavando ropa a orillas del río Manzanares y mi padre trabajando en el matadero, matando terneras, corderos y marranos. Yo empecé con él, a los trece, me enseñó a usar cuchillos y cortar las carnes. Pero tuve suerte, acabé trabajando en una tasca que necesitaba un chico *pa* ayuda, yo cortaba las carnes, de trozos pequeños hacía filetes grandes que ponía en el carbón o la leña, y servía las mesas, y rellenaba las garrafas del vino, y lavaba los platos, allí se hacía de *to* y de tanto en tanto, hasta de hombre de paz, allí se liaban broncas feas, *mu* feas, y se sacaban navajas, no sabe *usté*, allí no era broma, ni los guardas venían. Escuela no cursé, pero aprendí las letras y los números gracias a una mujer que enseñó a muchos de allí donde vivíamos, y es por eso que yo acabé en la CNT, me dijo ella que ahí conseguía oficio seguro, y al poco tiempo estalló la guerra, y yo, que no sabía ni agarrar un fusil, me buscaron faena en el Parabere, *vestío* de traje, con la boca cerrada, con tanto lujo que no sabía si era *verdá* que aquello existía, y la señora Marquesa y su hijo Víctor, y sus hijas, todos educados y yo ahí con ellos, escuchando y aprendiendo… Era feliz en ese restaurante. Pero acabó, y el restaurante cerró y tuve que irme a casa, sin traje bonito, y con miedo, me decían que me escondiera y rompiera el carné del sindicato, pero algo tenía que *hacé*. Muchos había conocido por aquel entonces, y solo fue ir a verlos, *pa* saber de ellos y si tenían algo *pa* llevar a la boca, y así que empecé todo. Yo sé de comidas, nadie consigue *engañame*. Y este y aquel me pedían si sabía *conseguí* esto y aquello y yo iba a ver a quien conocía y esto y aquello conseguí y luego fue esto más y esto menos y yo esto más y esto menos. Y ahora me piden ustedes más todavía,

pero yo gano menos, no necesito mucho, pero algo sí, y con su protección no llego a masticar *na*, yo solo le pido poder quedarme un poco más, unos duros, para poder vivir en «la gran ciudad», que decía mi padre.

Ramos estacionó el automóvil. Tanto él como el Inspector habían estado escuchando las quejas de Pedro, bien sabían ambos que era un precio menor lo que pedía por lo que era capaz de conseguir ese hombrecillo, que entraba y salía de los sitios adquiriendo productos que ni sospechaban se hallaban en la ciudad, y recolectaba sobres, que aún después de repartir con el juez, seguían siendo bien abultados. El Inspector hasta había convencido a Marisol para llevarla a cenar a un restaurante de postín, y después le había prometido un postre en su apartamento que la mujer rechazó con un esperanzador «la próxima vez, quizás». Ahora llevaba tanto dinero en el bolsillo que se sentía, por fin, tal y como había soñado toda su vida. Unos años así y pronto sería uno más de esos de traje y corbata del barrio de Salamanca, con el brazo enlazado a una mujer con abrigo de piel, al que saludan los porteros de las fincas y restaurantes cuando le sujetan la puerta a su llegada.

—Entiendo tus quejas, Pedro, pero recuerda que nuestra protección es la única que te salva de acabar contra el paredón, y allí sí que no hay qué llevarse a la boca, si acaso gusanos. No creas que no te entiendo, ya ves que te escuchamos, pero si quieres un trozo mayor del reparto tendrás que arreglártelas para conseguirnos más bienes que vender y, por tanto, que repartir. —El inspector salió del coche y se agachó para asomar la cabeza por la ventanilla—. Ahora debo hacer mi trabajo y asegurarme de que lo que me has traído hoy sirva para mantener la protección prometida. No creas que nos sale barata. Mañana seguiremos hablando. Piensa en ese algo más que conseguir para poder agrandar tu parte.

El Inspector golpeó dos veces con la mano en el lateral del automóvil y Ramos lo puso en marcha. Entró en el portal y subió al piso principal, donde estaban las oficinas de los juzgados. Cuando se acercó al antedespacho vio a la secretaria, de nuevo embutida en un vestido, y no pudo por menos que tragar antes de hablar.

—Buenas tardes.

—¡Ah, inspector!, el juez me pidió que en cuanto llegara le hiciera pasar inmediatamente, llevo toda la mañana dejando avisos, intentando dar con usted.

—Entonces se alegra de verme de nuevo. Como ve, ambos somos imprescindibles para el juez, y algo me dice que en más imprescindible me voy a convertir todavía. Bien haríamos en confraternizar.

—Le agradezco la consideración, inspector, pero mi labor aquí es para con el juez. Mientras él no me diga lo contrario, sus asuntos a mí no me conciernen. Lo que sí necesito es que entre sin perder más tiempo. Bastante le ha hecho esperar.

El Inspector hizo un mohín mientras abría la puerta del despacho: el juez escribía concentrado. En cuanto oyó la puerta levantó la cabeza, soltó la pluma y se levantó de la silla.

—¿Dónde se había metido? Pase, pase y cierre la puerta, tenemos un problema, y uno muy serio.

—Imagino que no tiene que ver con la simpatía de su secretaria.

—¿Mi secretaria?, ¿qué tiene que ver ella con nada? —El juez hizo un gesto con la mano restando importancia al comentario, se acercó al Inspector y bajando la voz le contó—: Me ha llamado ni más ni menos que el ministro Girón para interesarse por el caso del muchacho del Parabere.

—¿El ministro? ¿Y qué puede interesarle a él un piojo como ese?

—Eso me preguntaba yo, pero ya le advertí que esa mujer tiene contactos. Parece ser que José Ortiz de Echagüe, el director de CASA, se ha interesado por el caso y anda preguntando por lo sucedido. Le han dado mi nombre y teléfono para preguntar por la situación. Ya son tres veces que mi secretaria le ha respondido diciendo que estaba reunido, pero no puedo estar sin hablar con él más tiempo si no quiero provocar una nueva llamada del ministro con una queja de ese hombre.

—Permítame que ponga un bálsamo al problema. —El Inspector sacó un sobre abultado de su chaqueta y se lo tendió al juez. Este lo abrió y contó, sin ningún reparo, los billetes del interior—. Esta es su parte de lo recaudado esta semana. Tenemos un filón que le hará más llevaderas las molestias.

—¡Caramba! No sé qué se tiene entre manos, pero desde luego es una mina.

—Por lo demás, ya nos hemos hecho cargo del cadáver, como le comenté la vez anterior, lo hemos incluido en la relación de prisioneros fusilados por traición, llevamos el cuerpo y lo tiramos en la fosa donde acabó el resto. Nos costó un pellizco aquí y allá, pero nadie dirá nada sobre un cuerpo sin disparo. También he traído la confesión que me pidió que redactara firmada por el reo en comisaría, en la que dice que es culpable de conspirar contra el Régimen y de estar preparando un crimen de alta traición. —Sacó otro sobre con los documentos que iba anunciando—. La firma es casi idéntica a la que teníamos de su primera confesión. Ni un experto sería capaz de hallar diferencias.

—¡Estupendo, estupendo! Veo que es usted diligente: esto me será suficiente para demostrar que la resolución judicial está justificada y podremos archivar de una maldita vez el caso. Eso sí, necesitaré que todas las semanas me llegue un sobre idéntico para poder lidiar con tanta llamada.

—Eso no será problema. Puede contar con ello.

El juez dio la espalda al Inspector, abrió las puertas de un armario y dejó a la vista una colección de botellas de cristal.

—Bien, bien, inspector, no tendrá usted inconveniente en brindar conmigo con un buen licor. Tengo unas llamadas que realizar y no querría hacerlas con este hormigueo en el cuerpo.

—Por supuesto que no, se agradece, además quería preguntarle por su secretaria.

—¿Ya está otra vez con ella? Mi querido amigo, yo sé de justicia, de lo que no entiendo es de mujeres, ni siquiera entiendo a la mía.

Rosa revisaba, sentada en la mesa auxiliar del despacho de María, los documentos apilados en busca de referencias sobre María Antonieta y Luis XVI. Iba separando las citas y las dejaba en una carpeta que después María se dedicaría a revisar, para sacar notas y redactar. En el trabajo de escritura María era tan concienzuda como en la cocina. Rosa seguía sorprendiéndose de la memoria y

conocimientos acumulados por esa mujer que se erguía de la silla y tras agarrar un libro, revista o cuaderno, se lo tendía diciéndole, «busca aquí, recuerdo que en este se menciona algo sobre un banquete que se dio en un cumpleaños del delfín de Francia, en este otro se habla de las costumbres en la mesa y en esta revista se menciona los alimentos favoritos de la reina, frugal comedora, al contrario que su marido, un glotón acostumbrado al espectáculo». Y Rosa buscaba hasta encontrar la perla mencionada.

María le había contado las buenas nuevas: «El primo de Ramón me dijo que iba a llamar al ministro para interesarse por él, no debes preocuparte, José es hombre de palabra e influyente. Estoy segura de que en unos días sabremos algo y en breve podrás abrazarlo como si esto no hubiera sido más que una pesadilla». El entusiasmo y la seguridad con que pronunciaba las palabras habían tranquilizado a Rosa más de lo que estaba María: pasaban los días y cada uno sin noticias del chico se clavaba en su debilitado pecho. Trataba de domar esa sensación incierta cuando sonó el teléfono y la avisaron de que fuera a atender.

—José, soy yo, María, esperaba tu llamada impaciente. ¿Cómo estás y cómo anda Carmen? Claro que puede venir, cuando quiera, mi casa es vuestra, como bien sabes, me alegro de que lo pasarais tan bien… ¿Entonces te llamó de vuelta el ministro?, ¿y hablaste con el juez, podrá hacer algo por Jacinto? No, no te he entendido bien, ¿quieres decir…?

A María le cambió el semblante, se sentó en la silla cerca de la mesa del teléfono y continuó oyendo lo que José le decía, pero sin escuchar ya lo que le contaba.

—Claro, José, muchas gracias por la información y las molestias… Yo también lo siento. Manda un saludo a Carmen y a los niños.

Colgó el auricular y se quedó mirando hacia ninguna parte.

Milagros aleccionaba a la chica nueva —Manuela había tenido que dejar la casa y la había propuesto en su lugar— sobre cómo limpiar cada cubierto, pieza de vajilla y aparato de cocina. María la interrumpió.

—Milagros, ¿me harías una taza de valeriana? Necesito tranquilizarme y hablar contigo un momento.

María tomó asiento en la mesa de la cocina que usaba para gobernar. Milagros pidió a la chica que fuera a recoger la ropa tendida.

—Enseguida enciendo el fuego y pongo el agua a calentar.

—Ay, Milagros, me acaban de dar una nueva noticia terrible e injusta, bien sabes que lo he aguantado todo, incluso la muerte de Ramón, pero estoy vieja, Dios nos debería dar un respiro en estas edades achacosas.

—¿Qué le ocurre, señora, de qué noticia me habla? Si es que puedo saberlo.

—Acabo de hablar con José. Le pedí que se informara sobre el novio de Rosa y acaba de decirme que fue fusilado por traición hace unos días.

—¡Ay, Dios mío! —Milagros se santiguó y se llevó una mano a la boca—. ¿Quiere que avise al señor Víctor?

—No es necesario. Tomaré la infusión y, cuando esté algo más recuperada, te voy a pedir que vengas conmigo y esperes en la puerta del despacho a que le dé la noticia a Rosa.

—Ya sabe que puede contar conmigo. ¿Quiere que prepare otra valeriana para la chica? Es tierna y soñadora, como lo era mi hermana Remedios, ella era valiente, solo espero que lo sea Rosa.

Volvió a santiguarse y a besar la medalla que llevaba colgada al cuello.

—Ojalá, Milagros, ojalá.

Acabada el agua, María empujó la taza por la mesa y le hizo un gesto a Milagros. Las dos mujeres salieron de la zona de servicio y avanzaron hacia el despacho, no era necesario postergar más el momento.

—Ah, ya volvió, he estado separando y leyendo todo lo que me pidió, está en esta carpeta. Son muchos los documen…

—Rosa, querida, perdona que te interrumpa, pero tenemos que hablar.

—¿Por qué lleva esa cara y esa voz? ¿Es sobre Jacinto, ya sabe algo? ¡Dígame qué averiguó, se lo suplico!

—Lo siento, cariño, lo que tengo que decirte es horrible…

—¡¡¡Noooo!!!

El grito se escuchó en toda la casa, Milagros entró en el despacho. Rosa se desplomó de rodillas sobre la alfombra y empezó a convulsionar, a los sollozos siguió un ruido bronco de la entraña y acto seguido vomitó. Milagros y María la sostuvieron entre más convulsiones y accesos de vómito.

—¿Qué ha pasado? —entró alarmado Víctor.

María se levantó y tomando del brazo a su hijo le apartó para darle la noticia.

—Deja que nos ocupemos de ella, hoy dormirá aquí, no puedo dejarla marchar. Mañana, cuando se haya recuperado, ya veremos qué se puede hacer. Manda a la chica nueva a su casa y que dé aviso de que hoy no irá a dormir. Si es necesario mándala en taxi. Y cierra las puertas para que tus hijos escuchen lo menos posible.

María volvió al despacho. Milagros sostenía la cabeza de Rosa. Esta, ya sin fuerzas, había terminado por perder el conocimiento. Sacó dos mantas, colocó una debajo de la cabeza y con la otra le cubrió el cuerpo. Después abrió la ventana para eliminar el olor ácido de la bilis derramada. Milagros salió a buscar un cubo de agua, lejía, jabón y unos trapos para limpiar la escena.

—Prepara una cama para acostarla y dejarla descansar.

—No se preocupe, me quedaré velándola esta noche. Aunque no creo que despierte en varias horas. Pobrecilla.

—Gracias, Milagros.

María se agachó para acariciar el cuerpo de Rosa, que seguía con ligeros espasmos, le agarró las manos para procurarles calor y entonces reparó en sus propias lágrimas.

59

Cordero asado

Apoyado en el lateral del vehículo, a las puertas de un almacén de ladrillo visto, entre muros y escombros, cerca del matadero municipal, Ramos contaba las cajas que contenían los corderos cortados y vigilaba a los tres hombres que las introducían en el maletero. Un lugar apartado y solitario, escondido de miradas indiscretas. Cuando la cuenta ascendió a ocho lo cerró y le hizo una señal a Pedro. Este sacó un fajo de billetes y empezó a contar, separó unos cuantos y se los tendió al corpulento hombre de bigote y gorra que hacía de voz de los demás.

—Pedro, aquí falta dinero para pagar ocho corderos lechales.

Ramos se acercó al hombre.

—Estas son las nuevas tarifas, está incluida la protección y el silencio —contestó Ramos altivo.

—¡Qué protección y silencio!

El hombre no se arrugó ante el tamaño de Ramos, él era prácticamente igual.

—La protección que hace que ahora mismo no saque a pasear a mi amiga, aquí, entre el hombro y las costillas, la misma seguridad que hace que retenga mi brazo para no ponerte la cara morada. —Se acercaba cada vez más al individuo, que no se amilanaba—. O, si prefieres, la que impide que no esté ya de camino a la comisaría para poner una denuncia sobre este robo perpetrado delante de los ojos de un policía.

Sacó la acreditación y se la plantó delante de los ojos al hombre, que, entonces, relajó el puño que había ido cerrando.

—No es esto lo acordado, Pedro, sabes que tenemos necesidades que cubrir, gente a la que pagar. Muchas familias que alimentar.

—Preséntame a esa gente y yo mismo les explicaré la nueva situación —contestó Ramos—. Las tarifas se van a quedar como

están. El mes que viene nos tendréis la misma cantidad de carne preparada, incluso aceptaríamos alguno más que fuera sacrificado de camino. Y ahora nos vamos, que tenemos mercancía que entregar y a nuestros clientes no los podemos hacer esperar. —Le dio una palmada en el hombro al corpulento matarife y le espetó—: Alegra esa cara, aquí hay mucho negocio, así que seguro que si no gastáis en vano encontráis la manera de que esas familias tengan lo que necesiten.

El hombre escupió a un lado y se secó las manos en el trapo que llevaba colgando de la cuerda del mandil.

Pedro entró en el coche después de hacer un mohín de despedida a los tres hombres. Estos mantuvieron la mirada en Ramos mientras abría la puerta y se sentaba.

Pedro contemplaba la calle en silencio, meditabundo. Ramos giró bruscamente el volante para esquivar unas cajas de madera caídas en medio de la carretera, Pedro salió de su ensimismamiento, se volteó y empezó a hablar.

—Mire *usté*, no creo que haya sido buena idea enfrentarse a esos hombres, buena gente, con familias que alimentar, pero son individuos duros, *curtíos* en peleas y cuchillos.

—No te preocupes, de esos me encuentro a diario y a todos soy capaz de dejarles claras las cosas. Pedro, eres un buen hombre, pero no sabes manejar a los desesperados. Deja que yo me encargue del músculo y tú dedícate a llevarme donde se encuentren.

Llegando a la avenida del Generalísimo, cuyas obras avanzaban a buen ritmo, Ramos se detuvo en el primero de los restaurantes que habían pagado por las cajas que llevaban detrás.

—Aquí hay que *dejá* dos —dijo Pedro mirando la libreta que llevaba abierta en el regazo.

Iba a salir del coche cuando apareció el dueño del restaurante, apresurado.

—¡Pedro, Pedro!, ¡qué bueno que llegaras a tiempo! Necesito un par de corderos más de los que te encargué, me solicitaron una cena para conmemorar el ascenso de un militar y mañana tengo que dar de comer a una mesa grande. Me comprometí a ello, no me puedes fallar. Aunque sean solo las paletas.

—Lo siento, lo tengo todo *colocao*, ni me sobra un trozo *pa* mí.

Ramos se apresuró a bajar del vehículo con una sonrisa en la cara.

—Déjame a mí, Pedro. ¿Con quién tengo el gusto?

—Ramírez, Ernesto Ramírez.

—Señor Ramírez, soy el nuevo socio de mi amigo Pedro, dígame qué necesita. Entre caballeros siempre se puede llegar a un acuerdo. Si me invita a una cerveza creo que podremos solucionar su problema.

Ramos pasó el brazo sobre los hombros del dueño y entraron en el restaurante. Pedro se quedó mirando cómo desaparecían maldiciendo para sus adentros. Se apoyó en el coche y siguió rumiando hasta que vio aparecer de nuevo a Ramos con Ernesto y un empleado.

—Abre el maletero, que mi amigo Ernesto necesita cuatro cajas y me ha persuadido de la importancia de conseguírselas. Le guiñó un ojo dándose unos ligeros toques en la chaqueta, allí donde se encontraba el bolsillo interior.

Siguieron haciendo el reparto por los distintos restaurantes que tenían en la lista. El último era un asador algo apartado del centro cuyo dueño esperaba en la puerta la llegada de la mercancía estrella de su carta.

—Sal para decirle que este mes ha habido menos corderos para sacrificar y que en el próximo le intentaremos compensar.

Pedro le miró con cara perpleja.

—Pero yo no *pueo* decirle eso, ese hombre confía en mí, nunca fallé una entrega.

—Tú díselo y si necesita más explicación yo se la doy.

Ramos observó los intentos de aclaración de Pedro y la cara de preocupación del dueño del restaurante, al que no parecía haber forma de convencer. Se giró y se dirigió a Ramos.

—Disculpe, me está contando Pedro que ahora tengo que negociar con usted.

Ramos se bajó tranquilamente del coche y se encaró al hombre.

—Pues sí, a partir de ahora si tiene necesidad de cualquier cosa puede hablar conmigo.

—Me está diciendo que los dos corderos que pagué religiosamente

no los voy a tener, ni hoy ni hasta dentro de un mes. ¿Qué voy a hacer yo cuando me pidan cordero para comer?

—Yo no soy hombre de imaginación, pero seguro que podremos conseguirle unos conejos que puede hacer pasar por cordero.

—¿De qué me habla?, ¿conejo por cordero? Esta es una casa respetable, que cuida a sus clientes y cumple con lo que predica.

El tono de voz y su indignación iban subiendo a medida que se acercaba a Ramos, era panzudo y varios centímetros más bajo que él. El policía perdió rápido la paciencia, cuando lo tuvo a tiro lanzó un gancho rápido que hizo crujir la mandíbula del hombre y lo tiró al asfalto. Ramos, tranquilamente, presionó con su zapato derecho el cuello del caído y le dijo:

—Creo que no ha entendido la nueva situación. El primer cambio que tendrá que meterse en la mollera es que a mí no se me grita. El segundo es que, si este mes hay conejo y no cordero, mala suerte; yo le puedo conseguir carne para servir, pero procure no hacerme buscar gatos y ratas para la clientela de mierda que viene hasta estos arrabales a comer como si fueran marqueses. Ahora levántese del suelo y vaya a limpiarse. Mañana tendrá sus conejos.

Sin más que decir volvió al coche y esperó a Pedro, que ayudaba a levantarse al dueño y le tendía un pañuelo para que cortara la hemorragia.

—Esto no me gusta, *usté* no entiende que esta gente son amigos.

—He comprendido muy bien, quien no parece entenderlo eres tú. Este desgraciado paga menos por el cordero que el resto de los que nos compran, tendrás que explicarle que la tarifa varió, que ahora por lo que paga tendrá conejo, si quiere cordero tendrá que subir el precio.

El cristal de las ventanas había amanecido empañado, María se puso una chaqueta por encima de los hombros y salió de su cuarto para ir a ver cómo había pasado la noche Rosa. La luz grisácea de la mañana empezaba a iluminar el pasillo. Abrió la puerta de la zona de servicio y se acercó silenciosa al cuarto que ocupaba Milagros. Se la encontró sentada en una silla, con una manta echada sobre las

piernas y a Rosa durmiendo profundamente en la cama. En cuanto Milagros se percató de su presencia, se levantó y entró con ella en la cocina para hacerle el desayuno y dar cumplido relato de lo sucedido en la noche, a ratos tranquila, a ratos no.

—¿Aún no despertó, entonces? —preguntó Víctor, una vez sentados para desayunar.

—No, Milagros la veló toda la noche, hoy dejaremos que descanse. Después hablaré con ella. Las desgracias de juventud se quedan marcadas en el alma y esta chica ya ha sumado más que muchas mujeres con edad avanzada. Sé que no voy a poder hacer nada por recuperar a Jacinto, pero sí pediré que hagan algo de justicia por él, si es que la justicia no ha terminado de desaparecer de este país.

—No seré yo quien te detenga, siempre has hecho lo que has querido, sin importarte el riesgo que corrieras, no creo que vayas a cambiar ahora —respondió Víctor casi para sí. Cogió con una cuchara un poco de jalea de frambuesa y la untó en la tostada. Súbitamente dijo—: Tengo encima de la mesa una propuesta de compra para el restaurante. Joaquín Cabañas López, se llama el comprador. Me ha ofrecido un dinero por traspasarlo que nos vendría muy bien. Creo que deberíamos aceptar. He quedado con él esta tarde para enseñarle cómo está todo y redondear el precio.

—Ya sabes que no tengo inconveniente, por mi parte puedes hacer o deshacer como te convenga. Yo me siento realizada con los años en los que he mantenido abierto el restaurante y con los libros que he escrito. Tengo la sensación de que todo el trabajo que he desempeñado no ha sido en vano.

—¡Qué va a ser en vano!, eres un monumento nacional, estoy convencido de que con los años seguirás siendo alguien de quien se hable con admiración. *La cocina completa* sigue vendiéndose fenomenal. Cuando acabes la enciclopedia te habrás convertido, sin lugar a duda, en la escritora culinaria más influyente de España, por encima de Emilia Pardo Bazán. El restaurante fue una idea estupenda, en un mal momento, pero eso es algo que se pierde en la memoria de la gente. Lo escrito, sin embargo, será un legado que durará, ¿acaso no se sigue hablando de Montiño?

—Te agradezco el entusiasmo, hijo, pero cuando una llega a mi

edad se da cuenta de que la vida da muchas vueltas, lo que pensaba era tierra firme se tambalea. He vivido varios periodos que nacían como eternos, y el tiempo, o las ideas de las personas, los han ido derrumbando. Incluso nuestra familia, plagada de títulos nobiliarios, contaba con fortunas que creíamos perennes y que también se han ido disolviendo. Siempre tengo presente mis lecturas sobre la Revolución francesa y lo que supuso para los aristócratas que la vivieron. Fueron miles que pasaron de saborear banquetes a diario y preocuparse únicamente de sus jardines y palacios, con rentas vitalicias y servicios perpetuos, a encontrarse debajo del cadalso con las cabezas a punto de rodar entre los vítores de la plebe, la misma que antes se agolpaba a las puertas de sus mansiones para ver desfilar platos y platos de sofisticadas creaciones.

Terminaban de dar cuenta del desayuno cuando los interrumpió Milagros. Llamó a la puerta anunciando que Rosa se había despertado. María se levantó como un resorte y preguntó cómo se encontraba.

—Está avergonzada y desea hablar con usted. Despertó algo confundida, sin saber realmente dónde se encontraba. Preguntó por sus hermanos. Está preocupada por lo sucedido ayer en su despacho, quiere disculparse y agradecerle cómo se portó con ella.

Encontraron a Rosa sentada a la mesa, había terminado un caldo que le había servido Milagros. Sus ojos seguían irrigados por venillas rojas y el pelo deslavazado en una coleta apresurada. Su cuerpo enjuto parecía aún más encogido, pero en cuanto vio entrar a María en la cocina, se levantó y corrió a sujetar su mano.

—Perdóneme, señora, perdone no haber sabido contenerme ayer.

—Tranquila, Rosa, entiendo perfectamente la reacción que tuviste. Todos en casa estamos preocupados por ti y queremos ayudarte en lo que podamos. A mí también me dejó helada la noticia. —María la miraba con ternura—. Vete ahora a casa, ya retomaremos nuestro trabajo cuando te encuentres mejor.

—De ninguna manera, creo que ahora más que nunca siento la necesidad de continuar. —Las lágrimas volvían a asomársele.

El aire gélido entraba por cada rendija, de un día para otro las temperaturas habían bajado tanto como las nubes grises, posadas casi en los tejados de los edificios de alrededor. Seguramente el frío estaba sujetando la carga de agua que traían, solo sería cuestión de que el sol se levantara un poco más para que se rasgaran y dejaran caer un aguacero que duraría el día entero. Si continuaba helando, la lluvia pronto se volvería nieve y la ciudad se convertiría en un barrizal por donde no se podría caminar sin temor a resbalar. El Inspector pensaba en esto mientras contemplaba desnuda a Marisol, acostada en su cama. Le había costado una buena suma convencerla, entre cenas, cines y regalos. Ahora miraba como subía y bajaba su cuerpo al ritmo pausado de la respiración y, mientras encendía un cigarrillo, pensaba si despertarla o mejor no. Este dilema se diluyó con la irrupción de otros pensamientos menos apacibles, Ramos lo visitaría en pocas horas para dar parte del negocio en el que se habían enfrascado y tendría que buscar excusa para el comisario, cuando le pidiera explicaciones por el uso continuado del automóvil sin casos que lo justificaran. Retuvo el humo de una nueva calada para que se le subiera a la cabeza y pensó, por un momento, en introducir al comisario en el negocio. Un pequeño movimiento de Marisol le cambió, otra vez, el tercio y, con esa mínima perspectiva, tuvo la certeza de que no era necesario actuar antes de tiempo. Necesitaba cuanto sacaba para llevar la vida que tanto había luchado por tener. Dio una última calada y apagó lo que quedaba del cigarrillo. Pasó la mano por el cuerpo de Marisol hasta llegar a la altura de las nalgas, apretó hasta que se despertó, y acto seguido se volvió a meter bajo las mantas.

El Inspector entró en comisaría sonriente, a pesar de que la lluvia lo había cogido a mitad de camino. Se desprendió de la gabardina, que colgó en la percha del despacho, y encendió la luz para compensar las tinieblas, era lo único que atravesaba la cortina de agua. Lo sacudió un escalofrío y, para calentarse, se echó el aliento en las manos. Abrió la llave del radiador al máximo. Salió al rellano para llamar a Ramos.

—Buenos días, inspector.

—Buenos, buenos, pasa y cuéntame cómo fue la ronda. ¿Algún

problema con la recaudación y el reparto?

—Me deshice, como quedamos, de los que menos aportan y conseguí aumentar los pedidos de los que más. Solo un pequeño percance con la nariz de un papanatas. Los del matadero también amargaron la cara, pero en cuanto les mostré mis credenciales recularon.

—Hay que ir con cuidado, no falta en esta ciudad gente sin escrúpulos, y de momento no quiero implicar a más compañeros. Del juez no podemos desprendernos, y ya es lastre suficiente. ¿Qué tal se porta el «*usté*»?

—Protesta y hace muecas, pero no tiene fuerza ni voluntad para negarse a nada, de vez en cuando le doy una lección para recordarle quién está por encima y con eso se queda como los corderos que entregamos hoy.

—Creo que ahora ya sé cómo se sienten esos a los que el dinero no les ha costado ni diez minutos de sudor. Ah, la vida al fin nos sonríe, Ramos, quién iba a pensar que del infierno uno sale marqués. Esta noche conseguí que Marisol durmiera conmigo. La acabo de dejar hace un rato camino de su trabajo.

—Es usted un don Juan.

—¡Esas nalgas!, Ramos…, no me puedo resistir. Claro que esta tarde aún me espera otra mejor a la que también tengo echado el anzuelo, es más dura, pero acabará picando.

—¿Y quién es esa?

—La secretaria del juez. Tiene unas curvas que quitan el hambre solo con mirarlas. Será mía en unas semanas, ya lo verás.

—Lo dicho, es usted todo un don Juan —rio.

Habitualmente la hora del almuerzo hacía que las aceras del cruce de Gran Vía y Alcalá se llenaran de personas andando de un lado a otro, procurando llegar pronto a las comidas o bien volver de ellas a las oficinas, pero la lluvia permanente y el frío habían vaciado buena parte de las calles. El Inspector se protegía bajo la marquesina de un portal frente al local donde se servían sándwiches y refrescos. Allí se encontraba la secretaria del juez, que departía sonriente con

otras dos jóvenes. Parecían comentar el día a día de las oficinas sin reparar en el hombre que, al otro lado de la avenida, vigilaba cómo daban cuenta de sus viandas. En cuanto se levantaron, el Inspector se puso en guardia, se aseguró de tener subido el cuello de la gabardina y se ajustó el sombrero. La secretaria se despidió de las amigas y tomó la dirección del despacho. Le dio unos metros de ventaja y la siguió. Andaba con movimientos hipnóticos, todo en ella era pura elegancia. El Inspector avanzó más rápido para ponerse a su altura, a unos metros de la puerta que llevaba al despacho. Cuando estaba a punto de entrar, él se adelantó para abrirla.

—Disculpe, ¿usted también viene a este portal? Ah, si es usted. Vengo precisamente a ver al juez.

—Llega usted muy pronto, el juez no vuelve del almuerzo hasta dentro de media hora.

—Vaya, tendré que esperarle arriba, con esta lluvia no podré ir a otro lugar y volver a tiempo. Es una situación curiosa, cuando uno llega pronto a una cita, pero ya tarde para hacer algo antes de que sea la hora.

—A mí no me tiene que dar explicaciones. Yo solo le aviso que estará esperando media hora a que vuelva.

—Se me ocurre que la puedo invitar a un café. ¿Qué le parece?

—Que el juez no se encuentre en el despacho no me libera de mi trabajo, tengo mucho por hacer, y todo el tiempo que pierda hará que me tenga que quedar hasta más tarde.

—Pero no será un tiempo perdido, estará tomando un café conmigo. Seguro que el juez lo entenderá como que estaba haciéndole un servicio, pues estaba acompañando a su invitado, algo que, podría decirse, es parte de su trabajo.

—En cualquier caso, yo no tomo café desde que lo sustituyeron por esa achicoria quemada que dan por ahí.

—Ni hablar, ¿por quién me toma? Esa porquería es para quien no tiene con qué pagar un buen café. Lo que yo le estoy ofreciendo es uno de verdad. En taza de porcelana y con azúcar refinada y, si quiere, unas pastas de mantequilla para acompañar.

—¿Y dónde se supone que tienen esto en Madrid?

—Confíe en mí y verá cómo la sorprendo.

Media hora más tarde el Inspector y la secretaria entraban en el antedespacho. El juez ya esperaba en la puerta.

—¿Qué sucedió para que llegue así de tarde y sin avisar?

—Perdone, señor juez, le ase…

—Tranquila —se adelantó el Inspector—. Ha sido culpa mía, llegué antes de la hora a la que me había citado y aproveché que nos encontramos en la calle con este tiempo de perros para invitarla a un café y que me hiciera compañía mientras esperaba a que usted volviera.

El juez, sin pronunciar palabra, se quitó el abrigo y el sombrero empapados y se los tendió a su secretaria. Después abrió la puerta del despacho e hizo pasar al Inspector.

—Cierre la puerta, tenemos que hablar de algo importante. Siéntese. Espero que haya pasado un buen rato, pues será el último que pase con ella.

El Inspector se quedó petrificado, con el sombrero mojado en la mano, a medio camino de tomar asiento.

—¿La razón? —acertó a preguntar y terminó de sentarse.

—Una muy simple, hoy tenía una comida importante con otros miembros de la judicatura, le ahorraré detalles que no vienen al caso y que no son de su incumbencia, pero sí puedo decirle que se acercan tiempos inciertos. Es usted un imprudente que se exhibe como pavo real de un lado a otro de la ciudad. Recuerde que es un simple inspector y no podemos permitirnos que alguien empiece a preguntarse por qué alguien como usted vive derrochando dinero en cafés con secretarias o invitando a mujeres a restaurantes de postín. Ahora mismo mi posición es fuerte, pero podría cambiar pronto el Régimen y entonces deberé mostrarme impecable, independientemente de quién esté dirigiendo la nación.

—¿Insinúa que Franco no durará en el gobierno de España? ¿Que la cruzada tiene los días contados?

—Yo no insinúo nada, y quiera Dios guardar por muchos años a Franco de perder el gobierno. Pero el destino de este país está ligado al de la guerra europea. Yo soy juez de profesión y pretendo acabar mis días como tal. Está claro que no necesito que alguien como mi secretaria esté al tanto de los negocios que tenemos.

—Pero yo nunca le diría nada de todo esto.

—No necesita decirlo, ella es mujer, pero no idiota, ya sospecha que sus visitas tan continuadas no son por causas policiales, y si suma dos más dos sacará la cuenta sin grandes problemas. Lo dicho, quiero que ese café que han disfrutado sea el último que tomen juntos. Para evitarle indecorosas situaciones dejaremos de vernos en este despacho. En la calle Barquillo hay una pequeña cervecería en la que podremos encontrarnos todos los viernes a la salida de la oficina. Para compensar su frustrado enamoramiento le invitaré a una cerveza o dos y después nos despediremos como unos buenos amigos que han compartido una bebida al final del día.

El Inspector se puso en pie, se colocó el sombrero y recogió la gabardina del perchero. Sin mediar ni palabra ni gesto, serio y taciturno, se acercó a la puerta.

—Una última cosa, inspector —le dijo el juez antes de que pudiera abrirla—. Recuerde que tengo en mis manos unos documentos falsificados que ha intentado hacerme pasar por válidos. Siempre puedo revisar el archivo; supongo que entiende a qué me refiero.

—Perfectamente. Hasta el viernes entonces.

El Inspector se contuvo de cerrar de un portazo. Casi sin despedirse de la secretaria desapareció por el pasillo.

60

Las carnes: el cerdo

El día anterior habían caído los primeros copos de nieve del que, se presumía, iba a ser un invierno de grandes heladas. No llegaron a cuajar en la ciudad, pero en la sierra las montañas habían amanecido blancas. Todo el mundo adquiría, desesperado, carbón, madera o cualquier otro material que pudiera hacer de combustible. Las familias con menos recursos preguntaban a las puertas de las cervecerías por el serrín con el que barrían cada noche el piso, y los centros de socorro y pequeñas parroquias abrían sus puertas para entregar toscas mantas a los necesitados. Existía el orgullo de quien no buscaba ayuda y terminaba en lugares furtivos para pasar su desdicha o bien, si no encontraba el escondite adecuado, alargar su deambular hasta los arrabales y, entre rocas o arbustos, cavar un agujero y prender una hoguera con palos y hojas que sirviera de lumbre para dar calor. Los que optaban por esta opción lo hacían con temor a que la policía los encontrara y aplicara la ley de vagos y maleantes, podían acabar con sus huesos en el campo de trabajos forzados de Alcalá.

Por uno de esos desolados pasajes de tierra, piedra y polvo caminaba Pedro, cargando al hombro un saco lleno de mendrugos, dejándose ver ante los desesperados que, en cuanto lo reconocían, salían a su encuentro para agradecerle el regalo que les colmaría algo el estómago.

Horas antes, el propio Pedro se encontraba sentado a la mesa de uno de los asadores a los que servía, esperando a los comensales con los que iba a compartir una cena y una conversación. El dueño del local, que cubría con una gasa su maltrecha nariz, se acercó para conversar con él antes de recibir a los demás invitados.

—Ese matón con el que deambulas ahora no es trigo limpio, no lo quiero en este lugar husmeando. Nosotros…

El hombre calló asustado al ver aproximarse a un gigante que se quitó la gorra y dio las buenas noches. Pedro le señaló la silla a su derecha.

—Tranquilo, es uno de los que tengo *convocaos*, falta otro y ya hago presentaciones.

El hombre, tras sentarse, instó al hostelero a continuar.

—Como iba diciendo, aquí ya tenemos problemas suficientes, y solo espero que este encuentro nos sirva para soluciones.

—Lo entiendo, lo entiendo, no os creáis que no ando yo *jodío*, esos *malparíos* me tienen *atao*, vengo a *pedíos* paciencia, tengo *pensao* lo que *hacé*. —Hizo una pausa para mirar a quien entraba—. Ah, ahí está el último de los *convidaos*. —Pedro hizo señas al tercer comensal, que, disculpándose, se desprendió del abrigo, los guantes y de una bufanda y se incorporó a la mesa—. *Pa mantené* el anonimato, por *seguridá*, a él le llamaremos Panadero, que *pa* eso lo es, aquí el Hércules es del matadero y a este que ofrece los asados le llamaremos Vatel.

—¿Vatel?, ¿y eso qué carajo es? —preguntó el señalado.

—No te apures, era un cocinero famoso…, y francés. —Sonrió para sí pensando en que si la camarada Marquesa le hubiera escuchado la broma le habría hecho un guiño de complicidad. Siguió su charla—. Yo a los *malparíos* no puedo esquivarlos, me piden mucho, cada vez más, casi no me queda ni *pa* lo poco que necesito. Lo mejor será acordar otra forma de negocio, sin mí, que yo soy poco o *na*, y menos voy a ser.

Los tres hombres se miraban sin acabar de entender lo que decía Pedro. La sorpresa continuó cuando sacó una libreta y arrancó páginas de ella que iba entregando a cada uno.

—He escrito aquí, a mi manera, direcciones, envíos y tarifas, confío en que sepáis *organizá to* esto. *Memorizá* y *quemá* los papeles, que lo escrito es más peligroso que lo *escuchao*. —El llamado Hércules se quedó mirando el papel y a Pedro—. No te *preocupe*, yo *escribí* sé lo justo, pero tenemos cena *pa* explicarme y después ya voláis solos. Vatel, sirve unas cervezas, o vermús o tinto, lo que tengas, que aquí parece que estemos conspirando.

Esclareció cómo llevar el negocio: los contactos, los tiempos,

medidas, precios, las rutas y las contraseñas para identificarse. Cuando hubo terminado de dar cuenta, tanto de la cena como de las explicaciones, dos dudas manaban en la mente de los tres. Fue Vatel quien se atrevió a indagar.

—Ese que te acompaña nos conoce a todos, sabrá venir a pedirnos explicaciones. O mandar a la Junta Municipal de Saneamiento y Buenas Costumbres para inspeccionar. Bastante me cuesta estar alerta de los chivatos y falangistas que se pasean por aquí buscando excusas para reportar. Con esto de la nariz tengo a dos que ya preguntaron varias veces cómo me lo hice, y no solo a mí, que andan por el barrio molestando a quien pudiera dar cuenta de mi caída.

—Tiene razón, sabe hasta dónde escondemos las cajas con las carnes que no llegan al matadero —constató Hércules.

—A mí me ha visto ocultar los sacos de harina de más en el cuarto detrás de las estanterías.

—Y ese error lo pagarán, solo uno de ellos sabe *to*, el otro no se mancha *na*, ni de sangre. *Dejarme* que yo me haga cargo.

—Y hay aún otra cuestión que no puedo dejar de preguntar. —Vatel se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué vas a hacer tú, dónde vas a ir y de qué vas a vivir?

—Yo lo que voy a *hacé* es *desaparecé*, me voy a *volvé* invisible. —Pedro se levantó—. Señores, un placer, vayan con Dios. —Y apartando a Vatel le susurró—: Me gustaría, como último *favó*, llevarme el pan que te quede, tengo aquí unos duros *pa compensalo*. También pedir que continúes en adelante esta labor que sabes que hago.

Con el saco ya vacío, y la promesa de Vatel de continuar su obra, Pedro volvía para coger el último metro a su casa. Por el camino, pensaba que el seudónimo Vatel hubiera sido más adecuado para sí mismo, al fin y al cabo, iba a terminar como el cocinero francés.

Bien de mañana, María, en su mesa del despacho, hojeaba un libro. La acompañaba Rosa, que seguía ordenando papeles en la cómoda auxiliar. De pronto, María se detuvo en una de las páginas y llamó la

atención de la chica.

—Toma nota, Rosa, esto es interesante. —La chica se sentó frente a María con el cuaderno abierto—. Para hablar de la buena mesa es preciso estudiar a un personaje excepcional: Talleyclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">rand, y eso que no era cocinero, sino político, de ética dudosa. Chateaubriand, en una escena de sus memorias, describe cómo Talleyclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">rand, ya mayor y cojo, iba paseando del brazo de otro político insigne, y también de reputación oscura, Fouché, y mientras se alejaban le dijo a su interlocutor: «Ahí va el vicio apoyado en la traición». Pues uno de los vicios sobre los que rumiaba Chateaubriand es el del buen yantar y el arte de la buena mesa. Con la llegada de la Revolución gran parte de los habituales mecenas y organizadores de banquetes habían desaparecido, así que la famosa hospitalidad francesa carecía de quien la representara. La mayor parte de los cocineros, organizadores o proveedores de productos se habían visto, de la noche a la mañana, sin nadie a quien ofrecer sus servicios, y ahí es donde entra nuestro Talleyclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">rand, que no solo rescató al antiguo *maître d'hôtel* del príncipe de Condé, Bouché, famoso por sus suculentas y exquisitas mesas, sino que le dotó del dinero y materias primas necesarias para que la diplomacia francesa fuera, de nuevo, puntera en Europa. Para hacerlo convenció a quien dirigía los destinos del país, ni más ni menos que a Napoleón, de que el presupuesto para estas fuera ilimitado en aras de conseguir buenos acuerdos. Pese a que Napoleón era famoso por su funesto gusto en el arte culinario, accedió.

María hizo una pausa y observó cómo Rosa seguía tomando notas sin perderse ninguno de sus comentarios.

—Y ahora la guinda de este personaje: tiempo después fue acusado por el propio emperador de un intento de traición. Imagina, Rosa, a todo un Napoleón acusando a un infortunado, yo estaría muerta de miedo. Pues Talleyrand se mantuvo en el juicio muy digno, negando las acusaciones con la maestría en el lenguaje de un hombre cultivado, lo que sacó de sus casillas a Napoleón, cuyo genio

voluble es bien conocido, y en medio del pleito clamó, «usted es un montón de mierda embutida en medias de seda», y salió enfurecido de la sala del tribunal. Cuando el ruido causado se apagó y reinaba el silencio de nuevo, Tayllerand soltó, con voz calmada y suave, una de sus celebradas frases: «Lástima que un hombre tan magno sea tan maleducado».

Rosa dejó el lápiz con que apuntaba y sonrió ante la sorpresa.

—¿De verdad dijo eso de Napoleón? ¿Y no tuvo repercusiones?

—Sí que las hubo, Napoleón le acabó suplicando que aceptara ser de nuevo el ministro de Asuntos Exteriores del Imperio. —Las dos se carcajearon—. La historia está llena de estos personajes e historias fascinantes. Me alegro de haber conseguido hacerte reír. —Hizo una pausa—. Tengo en mi biblioteca dos biografías sobre Tayllerand y también sus memorias, por desgracia estas en francés, pero te invito a que leas las primeras y subrayes todo aquello que nos pueda interesar incluir en la enciclopedia: la forma de configurar las mesas, los menús, los convidados que tuviera…, cualquier cosa que encuentres nos puede servir. Y, además, te divertirás en el proceso.

—Gracias, me pondré inmediatamente a ello. Es usted un pozo de sabiduría, debería ser yo quien le pagara por estos encuentros.

—Ah, Rosa, el conocimiento solo sirve si uno tiene a quien transmitírselo. La gente cultivada no debería ser nunca egoísta. De todas las grandes personas que he conocido guardo mejor recuerdo de aquellas que se ofrecían a compartir cuanto sabían. Es la forma de progresar, y por ello me gustaría tener tiempo de terminar esta enciclopedia antes de partir.

Con la primera de las biografías bajo el brazo, Rosa salió del portal. Esa mañana el tiempo daba un respiro a la ciudad, el cielo estaba despejado. Animada, se adentró en El Retiro a pasear entre los árboles y respirar el aire del final del otoño. Las conversaciones con María, el trabajo que le había encomendado y entrelazar su vida con la de una mujer tan fascinante y admirable le estaban sirviendo de catarsis, tanto que se atrevió a internarse en el parque, simplemente a deambular en la naturaleza, después de meses casi sin vivir.

—Venga, hoy andas lento, y no tenemos tiempo que perder.

Ramos esperaba a que Pedro llegara a su altura. Durante toda la mañana había sido así y estaba empezando a perder los nervios.

—Lo siento, estoy *molío*, anoche no pegué ojo y ando *dolorío* de esta pata.

Se disculpó mientras se sujetaba la pierna izquierda.

—Pues aún nos quedan muchos pedidos por anotar. Menos mal que no es la mano lo que tienes jodido.

Se encontraban en la plaza de la Independencia, frente a la Puerta de Alcalá. El tráfico, unos niños jugando y los paseantes que salían y entraban del Retiro se mezclaban a su alrededor creando un ligero caos. Era la zona de la que más encargos recibían. Debían tomar nota de las necesidades y, sobre todo, recaudar el dinero para satisfacerlas.

—¿Es aquí donde tenemos que entrar? —preguntó señalando la taberna que tenía enfrente.

—Esa misma; ya entro yo a *preguntá* y le aviso *pa cobrá*.

Ramos se apartó del centro de la calzada y se dispuso a encender un cigarrillo mientras esperaba; a él solo le interesaba entrar en el último momento para sellar el acuerdo y recaudar el dinero. Con la primera calada, mientras seguía la subida del humo, se fijó en la muchacha que salía abstraída por la puerta del parque. Su cara le resultaba familiar, pero aún tardó unos segundos en ubicarla en su memoria. Era la novia de aquel mocoso. La impertinente que acosaba al Inspector y gemía a las puertas de la comisaría. Se quedó tentado de acercarse, incluso sonrió pensando en la cara que pondría si, tras saludarla, le preguntara por la salud de su novio.

—Ramos. —La llegada de Pedro lo devolvió a su tarea—. Ya estamos listos *pa cerrá* el trato.

—Ahora voy, espera un poco y ya entramos.

—Por mí no tengo problema. —Pedro se fijó en que Ramos seguía con la mirada a una muchacha joven y guapa—. Sí tiene buen gusto *usté.*

—No, no, no te equivoques, estaba mirando a la chica, sí, pero no por lo que piensas. Ella tiene algo en común contigo, también trabajó en el Parabere. Su novio era uno de los traidores que

atrapamos, igualmente trabajaba allí. —Ramos se giró para mirar a los ojos a Pedro—. Ya te imaginas qué le pasó a su novio el traidor. —Lanzó el cigarrillo al suelo y le mostró las dos manos abiertas a Pedro—. Pasó por estas y confesó todo.

—¡Dios mío!, pobrecilla. ¿Y de él qué fue?

—¿Pobrecilla? La libramos de arruinar su vida con esa mierda. Ya te he dicho que pasó por mis manos. Ahora debe andar con los comunistas miserables quemándose en el infierno. —Se volvió para terminar de ver la espalda de Rosa, ya lejos de donde estaban—. Al menos estará contento, allí si hay algo en abundancia es el color rojo.

Ramos estalló en una carcajada.

Pedro, petrificado, se quedó mirando fijamente la figura de la joven. Se palpó la pernera izquierda y se aseguró de que llevaba aún atada por dentro la herramienta presta para ser usada.

Víctor caminaba en silencio del brazo de su madre por la calle Villanueva, las farolas se iluminaron para lidiar con el anochecer, que empezaba a envolver la ciudad. Acababan de firmar, sentados a la mesa del salón principal, el traspaso del restaurante en presencia de un notario. María, cuya única rúbrica la había realizado en un ejemplar de *La cocina completa* que el nuevo dueño, Joaquín Cabañas, llevaba en las manos, «es para mi mujer, una gran admiradora, si pudiera firmárselo le estaría agradecido», merodeaba por el local observando los dibujos de las vidrieras, las mesas labradas, la vajilla blanca y apilada, las baldosas de juegos geométricos, las lámparas con sus cristales coloridos, hasta traspasar las puertas batientes de la cocina. Casi en penumbra observó cada uno de los enseres y los muebles que seguían allí instalados a la espera de que se encendiera la armoniosa magia que producían todos aquellos utensilios en movimiento. No se resistió a recorrer cada rincón de la misma, embriagándose del recuerdo de los olores y sabores que solían llenar la estancia, el ajetreo de las horas de servicio, el descanso tras la salida de los últimos platos del día, la alegría de todos por la labor bien hecha, y caviló las palabras

que usaba para felicitar y agradecer el trabajo una jornada más, hasta que, por el rabillo del ojo, reparó en el rincón donde Jacinto se quedaba esperando la hora de cierre para ayudar a recoger todos los aparejos. No soportó esa visión, interrumpió su pensamiento y salió de la cocina.

—Solo quería añadir una cosa —comentó al llegar al salón de nuevo, donde los hombres mantenían una conversación amistosa después del apretón de manos—. Estimado señor Cabañas, quería preguntarle por el servicio que pretende dar aquí. ¿Qué tipo de restaurante había pensado abrir y qué comidas dará?

—Pues eso mismo le estaba contando a Víctor y al señor notario. La idea que tenemos es mantener una carta parecida a la del Parabere, aunque cambiaremos el nombre, naturalmente. Lo llamaremos Bruno y ofreceremos a la distinguida clientela la más selecta selección de comida italiana y francesa.

—¿Y ya tiene un chef para dirigir tan selecta oferta?

—Naturalmente, un gran chef, con experiencia en cocinas exigentes.

—¿Y puede saberse su nombre?

—Con todo el respeto, aún no se despidió de su antiguo trabajo y me pidió que mantuviera, hasta haber firmado el contrato, su anonimato. Pero le aseguro que es un chef extraordinario y que, en cuanto inauguremos, será un placer invitarla para departir con él y probar sus excelentes platos.

Los comercios a esas horas de la tarde iban cerrando las persianas. María saludaba cortésmente a los vendedores que reconocía y estos le devolvían la deferencia. Víctor, más serio, apenas hacía un gesto con el sombrero. A la altura de la calle Velázquez, ante la arboleda del bulevar, María apretó un poco más fuerte el brazo de su hijo.

—Vayamos hacia la calle Alcalá, así podemos aprovechar si hay algún quiosco de horchata abierto para comprar un agua de cebada. Necesito esperar para volver a casa. La venta me ha dejado un sabor raro y quiero despejarme.

—Claro, a mí también me apetece, aunque a estas horas no sé si habrá alguna abierta.

—Joaquín parece buen hombre, pero no sé si no andará algo

perdido para llevar un restaurante.

—Es un hombre de negocios; como todos ellos, ya se encargará de buscar a las personas adecuadas para hacerlo.

—Pero no sabía ni el nombre del chef. Lo primero que un buen restaurante debe hacer es mostrar orgullo por quien va a crear y ejecutar sus platos. ¿Qué chef querría guardar el anonimato? ¡Absurdo! Excepto si no es uno auténtico. Y, además, habla de mantener una carta parecida a la del Parabere, pero luego lo ciñe a las cocinas italiana y francesa. Nada que objetar, pero nuestro menú era mucho más amplio, y ¿dónde deja la cocina española? No puedo sino estar preocupada, mi intención siempre fue dar a conocer las bondades de nuestra cocina, y ahora desaclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">parecerán de la carta todas esas recetas que recuperé de libros, revistas y otros cocineros. Volvemos a lo de siempre, cocina de otros lugares y desprecio por la nuestra.

—Vamos, vamos, es lógico que se centre en platos que todo el mundo asocia a cocinas selectas.

Casi en la esquina de Alcalá había un quiosco de horchata abierto; se encaminaron hacia él.

Mientras les entregaban una botella con el cremoso líquido, observaron una concentración de personas en la acera frente al Retiro, junto a la entrada del metro. Hombres y mujeres salían corriendo asustados, ahogando gritos o abanicándose con los sombreros. Varios policías de asalto, con su uniforme gris, hicieron acto de presencia para apartar a la gente y dispersar a los curiosos que intentaban descubrir el motivo de tanta atención.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó María.

—No lo sé, pero será mejor que sigamos camino a casa. Mañana lo podremos leer tranquilos en el periódico.

Ramos atravesaba el Retiro a gran velocidad, tenía las piernas largas, el crepúsculo iba ampliando las sombras de la arboleda y los guardias del parque paseaban buscando a quien pretendiera refugiarse entre los arbustos. Aún tenían que tomar pedidos de

algunos lugares de la zona de Menéndez Pelayo y, como se acercaba el invierno, la noche caía rápida en la ciudad. Ramos paró de nuevo a esperar a Pedro.

—Ya estás otra vez rezagándote. Hoy no llego a casa para cenar.

—*Usté* tiene ese físico que es de toro, yo apenas soy como un cervatillo. Uno además *herío*, que cojo ando y no *pueo* ir más rápido.

—Cuando acabemos espero que vayas a casa a descansar. Mañana no quiero tener que estar esperándote todo el día.

—Ya llego, ya llego.

Pedro continuaba intentando no perder el paso ni la espalda de Ramos. Cuando estuvo a su altura aprovechó para entablar conversación y demorar la marcha.

—Y ese muchacho, ¿cómo es que acabó muerto?

—¿De verdad quieres saber eso?

Ramos se encogió de hombros y reanudó el camino, Pedro se quedaba de nuevo rezagado, masajeando su pierna dolorida. El policía aprovechó para agacharse y atarse mejor los cordones.

—En este mundo hay dos clases de personas, las que son capaces de aguantar todo y las que no son capaces de aguantar nada. Las segundas son como tú…

—¿Son como yo? —escuchó Ramos, con voz desafiante, casi en su oído.

Extrañado, giró la cabeza y, sin tiempo para erguirse, se encontró a Pedro con los ojos bien abiertos mirándolo fijamente a unos centímetros de su cara. Antes de entender qué pasaba sintió un golpe y algo que le atravesó la garganta. Para cuando se percató de lo que sucedía los brazos ya no le obedecían. La sangre se iba derramando en la tierra y el rostro de Pedro, con una mueca siniestra, fue lo último que Ramos atinó a ver en este mundo.

A pesar de que el cuerpo cayó como un saco, Pedro continuó clavando el cuchillo carnicero de su padre, que había llevado atado a la pierna, en el torso de Ramos, una, dos y tres veces. Observó al mastodonte ensangrentado con el cuchillo hundido y, en cuanto escuchó los primeros silbatos de los guardias, salió corriendo perseguido por dos de ellos que le daban el alto. Entró en la boca del metro, bajó las escaleras apartando a los transeúntes que se le

cruzaban, y cuando llegó al andén y vio el tren irrumpiendo en la estación, no lo pensó ni un segundo. Saltó.

61

Asados (tiempo necesario para los)

Marisol no era la secretaria del juez, pero vestida, peinada y perfumada para la ocasión, resultaba una compañía de lo más estimulante para cenar en un restaurante acogedor. Un plan, a todas luces, muy agradable que prometía un aún mejor fin de fiesta.

Desde que lo habían nombrado inspector primero, encargado de seguir la pista a los delitos más graves de la ciudad, le habían instalado un teléfono en su casa y tenía la obligación de informar de los números donde se lo podía localizar en todo momento. Un elemento más del poder que entrañaba su lugar en el cuerpo: ser alguien imprescindible, el ariete que controla toda subversión. Por eso, cuando uno de los camareros interrumpió su velada para decirle que tenía una llamada urgente, se levantó y fue a contestar con el paso de quien se siente importante.

Un asesinato en El Retiro, el parque más significativo de Madrid, y el consecuente suicidio del criminal no predecía una noche apacible como la que había planeado, aunque vista la resolución del caso, tampoco parecía que hubiera gran necesidad de investigación. Si acaso dar órdenes a la policía de asalto para patrullar la zona y despejarla de andrajosos, por un tiempo al menos, y cuando se conociera la identidad del asesino buscar a sus contactos y preguntarles, amablemente, sobre sus opiniones políticas, afiliaciones, trabajo y todo lo que fuera necesario para desenmascarar a otros indeseables capaces de enturbiar el orden.

A lo lejos vislumbró un grupo de policías en la puerta del parque, saludó y continuó hasta donde estaba el resto, alrededor de la sábana blanca que envolvía el cadáver. Pidió ver el cuerpo. Uno de los agentes se agachó y descubrió la parte de la sábana que dejaba a la vista la cabeza. El Inspector quedó paralizado, el rostro agarrotado de Ramos, con los ojos mirando a ningún lugar, la boca

abierta y un buen tajo en el cuello, que dejaba al descubierto parte del pescuezo bañado en sangre seca, hizo que se echara la mano a la boca y se girara para toser.

—Tápenlo de nuevo. —Su voz sonó entrecortada por el gorgojeo de la garganta. Recuperó la compostura y siguió hablando—. Ese hombre era subinspector de policía, ¿a nadie se le ocurrió consultar su documentación?

Los policías se miraban unos a otros. Uno que parecía algo mayor que los demás tomó la palabra.

—Estábamos esperando su llegada para registrar el cadáver. Nadie nos advirtió de la necesidad de hacerlo antes.

—Está bien, está bien, mejor así, déjenme que sea yo quien mire en sus bolsillos.

En cuanto se agachó para palpar el pantalón se dio cuenta de que allí estaba el sobre con los fondos recaudados. Demasiados ojos alrededor como para llevárselo. Sacó la cartera y otros objetos que fue dando a uno de los policías y cuando llegó el turno del sobre no supo qué hacer, quizá fuera conveniente entregarle a su ayudante un poco de dinero a cambio de silencio. Duró poco la disquisición: apareció Benito en la escena.

—Buenas noches, inspector segundo, qué tenemos aquí… —El Inspector, resignado, se destapó sin mirar el rostro para que este lo pudiera reconocer—. ¡Virgen santa! Si es Ramos, nuestro Ramos, ¿quién le ha podido hacer algo así?

—Eso aún tenemos que averiguarlo, el cadáver del asesino está en las vías del metro, o lo que quede de él. Encárgate de que se lleven el cuerpo y de que todas sus pertenencias acaben en comisaría, por si hay que hacer alguna investigación. —Tendió el sobre al policía.

—¡Dios mío! Aquí hay mucho dinero.

—Cuéntelo delante de nosotros y que sea la misma cantidad la que llegue a comisaría, es usted responsable de que así sea —le dijo el Inspector—. Voy a ver al asesino, quisiera comprobar su identidad.

El Inspector se llevó las manos a los bolsillos de la gabardina. No podía hacer más en ese escenario y tenía interés por saber cuanto antes si el asesino tenía un cuerpo enjuto. Hacia la salida del parque iba cavilando sobre las consecuencias que traería esta muerte, nada

buenas… Nada nada buenas…

BRUTAL ASESINATO DE UN POLICÍA
EN EL RETIRO

A última hora de la tarde de ayer se produjo un hecho que alteró la habitual tranquilidad del barrio de Salamanca. Uno de los más nobles de la capital.

Pasear por la acera de la calle Alcalá, entre la plaza de la Independencia y la calle Menéndez Pelayo, y contemplar las majestuosas copas de los árboles que asoman por encima de las verjas que rodean el parque, es uno de los sublimes gozos que brinda Madrid a sus habitantes. Los transeúntes que disfrutaban del mismo hacia las 19 horas, entre los que se encontraba el autor de esta crónica, nos vimos sorprendidos por la irrupción a la carrera de un hombre delgado y vestido con un traje desgastado, perseguido por varios guardias del orden. Desafortunadamente, el hombre tuvo tiempo de entrar en la boca del metro y desaparecer de la vista de este testigo accidental antes de poder ser alcanzado.

Privado de la conclusión, este cronista se acercó a las verjas para observar lo que había provocado tal alteración del orden público. Entre ramas, hojas y la oscuridad que se cernía sobre el lugar, pudo avistar el cuerpo caído de un hombre y a unos guardias que esperaban resignados a la innecesaria llegada de los sanitarios. El hombre se hallaba claramente sin vida.

No debió pasar más de un minuto, cuando de la boca del metro salió una multitud con el rostro alarmado. Este cronista pudo preguntar a uno de los testigos por lo sucedido, «un hombre se ha lanzado a las vías, ha sido atropellado por el tren», contestó.

Efectivamente, horas más tarde, el inspector a cargo de la investigación confirmó la noticia. El hombre asesinado vilmente en el parque era un valiente subcomisario de la policía, acuchillado cobardemente hasta causarle la muerte. El bellaco, al que no haremos el honor de llamar hombre, que realizó tan miserable crimen se lanzó a las vías, hecho por el que encontró la muerte, haciéndose justicia en este mundo. En el otro tendrá distinto destino ese ser miserable que cometió el doble pecado y que, no dudamos, arderá en el infierno sin descanso posible.

Desde este periódico pedimos a las autoridades que mantengan la firmeza para erradicar estos brotes de violencia contra una población que está haciendo grandes esfuerzos por devolver la gloria a España e impedir que sus

enemigos, masones y comunistas, campen con sus conspiraciones y violentos ideales entre nosotros, sembrando el caos como ya hicieron en el pasado. La gente de bien merece tener un país y ciudades seguras en las que poder deleitarse de la belleza que nos rodea.

Esta crónica la firma:

Castuzlay

Víctor cerró el periódico después de leer en alto el artículo a su madre y a Rosa. El horror se transfiguraba en el rostro de las dos mujeres, pero era María la que mantenía un gesto más disgustado. Era indudable que la escena del día anterior obedecía a un hecho traumático, pero un asesinato a tan pocos metros de donde ella paseaba con Víctor, en una hora en la que las calles aún estaban llenas de gente regresando a sus casas, o saliendo a cenar, la dejó sin palabras durante unos instantes. Fue Víctor el primero en comentar la noticia.

—Es increíble que después de estos años no hayamos resuelto la violencia con que se vive en este país. Pero no seré yo como el cronista, no lo atribuiré a una cuestión política. Hay algo que no acabo de entender: si alguien asesina a otra persona por qué hacerlo en un lugar en el que no tiene escapatoria posible, y por qué quitarse la vida. Bien podría haber esperado a estar en un sitio en el que no se le pudiera encontrar.

—Víctor, hijo, es terrible lo que ha sucedido y, tienes razón, en esta historia no hay un asesinato y un posterior suicidio, hay un suicidio con un asesinato previo, lo que puede parecer lo mismo, pero no lo es.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó tímidamente Rosa.

—La diferencia está en que nos lo presentan como un asesino que se suicida porque no tiene escapatoria; sin embargo, yo creo que es más bien alguien que tenía decidido suicidarse, pero que antes de quitarse la vida quiso llevarse con él, al otro mundo, a otra persona. Como dice Víctor, bien podría haber esperado a tener una mínima esperanza de salir airoso, el hacerlo donde lo hizo y cómo lo hizo rompe esa lógica.

Víctor, que asentía a la explicación de su madre, preguntó.

—¿Cuál sería el motivo que tendría ese hombre para asesinar al policía? Si conociéramos su identidad, a qué se dedicaba o las circunstancias entre ambos, seguro que descubriríamos una historia totalmente diferente a la que cuenta el periódico.

—Dejemos ya este asunto, sabes que las novelas policiales me gustan, pero no tanto como las históricas, que me divierten más. En este asunto, el del suicidio, siempre me ha gustado leer de las distintas personas, muchas admirables, que lo han cometido. El más famoso es Sócrates, cuando comió la hoja de cicuta rodeado de sus fieles discípulos. Pero a mí me interesa más otro personaje, no tan conocido, pero sí más cercano a mi mundo: Vatel.

—¿Quién fue Vatel? —quiso saber Rosa.

—Oh, Vatel, esta historia era una de las más solicitadas entre la clientela del Parabere, me extraña que no la hayas escuchado antes. Te aseguro que te va a sorprender, y mi madre la cuenta como nadie.

Dicho esto salió con el periódico bajo el brazo. Rosa tomó el cuaderno de notas en el que iba apuntando todas las historias que María le contaba.

—A pesar de lo que muchos piensan, Vatel no era cocinero. Era lo que en francés se dice *controleur général*, que podríamos traducirlo por administrador, gerente o encargado, del castillo de Chantilly, un lugar célebre en Francia donde vivían los príncipes de Condé, el mismo lugar donde ejercía en sus cocinas Bouché, ¿recuerdas que te hablé sobre él y Talleyrand?

—Claro que me acuerdo —sonrió Rosa—, anoche cuando acosté a mis hermanos leí todo lo que pude de la biografía, era tan interesante que a punto estuve de no dormir.

—Me alegra escuchar que te está gustando tanto el personaje. Mi querido amigo Escoffier siempre me decía que la cultura era casi tan importante como el talento, y yo también lo creo así. Deja que te termine de contar sobre este extraordinario hombre. Imagínalo caminando por los esplendorosos jardines, vestido magníficamente, con casaca bordada, una gran peluca, espadín y, para rematar, iba siempre lleno de cintajos, encajes, relojes, dijes y sortijas.

—Con tanta cosa encima no sé cómo podía moverse.

—El rey de Francia entonces era Luis XIV, quien había anunciado que pasaría un día entero en Chantilly e incluso pernoctaría. Claro que el rey no viajaba solo, cada vez que se desplazaba arrastraba tras él prácticamente una ciudad. Uno nunca sabía exactamente cuánta gente había que alimentar o instalar en el castillo, una cantidad que podía oscilar en varios cientos arriba o abajo. Y había otro problema añadido: Vatel, que debía organizar todo, no conocía el día en el que aparecería tal comitiva.

—¿Cómo podría organizar algo así sin toda esa información?

—Lo que hizo fue encomendar a todas las granjas vecinas que fueran cebando aves, pichones, cerdos, terneras… Fue recopilando verduras, hortalizas y huevos. Encargó en París jamones, embutidos, pasteles de carne, así como melones, naranjas y limones, que por aquel entonces eran frutas exóticas y muy caras. Y habló con los proveedores para que no faltara el pescado. Adquirió candelabros, bujías, cristalería, mantelería… Contrató cocineros, fregonas, lacayos y camareros, a los que había que proveer a su vez de libreas de la casa, por lo que tenía a los sastres cosiendo día y noche. A los jardineros les hizo improvisar macizos de flores y a los tapiceros repasar las habitaciones del castillo.

—¡Qué horror, cuánto trabajo!

—Espera, que eso no era todo, además debía montar tiendas de campaña para cobijar a todo ese enjambre y limpiar, pintar y amueblar las casas del pueblo, tras albergar a sus moradores en graneros y cuadras, a fin de tener las viviendas disponibles para alojar en ellas a los invitados que, aunque no cupieran en el castillo, no podían, por su categoría, dormir en las tiendas. Y, por último, había que alimentar e instalar a los músicos, cantores, bailarines y cómicos contratados y disponer los fuegos artificiales, sin los que entonces no se concebía un festejo, y alinear a los lacayos necesarios con antorchas desde la entrada de la finca para iluminar el parque. Supongo que ya te haces una idea de lo mareado que debía sentirse el pobre Vatel con todo esto en la cabeza. —Rosa asentía sin dejar de escribir—. Finalmente, se fijó el día en el que llegaría el monarca, camino de Flandes, donde se estaba combatiendo. Todo estaba organizado para la jornada en cuestión:

los jardines esplendorosos, las mesas bien decoradas, el palacio y sus habitaciones preparadas y asignadas a todos los invitados…, cada cosa parecía estar saliendo bien y Vatel se paseaba de un lado a otro asegurándose de que todo estaba en orden. Los problemas empezaron pronto, el primero de ellos fue la cantidad de carrozas, que llegaron en número mayor del esperado. Vatel, nervioso, contabilizaba a las damas y palaciegos que bajaban de cada una y, sobre la marcha, calculaba lo que iba a necesitar para agasajarlos. El segundo problema surgió cuando, pese a las montañas de carne preparada, cada una con su tiempo adecuado de cocción, se acabó el asado. Vatel se lo tomó como un error propio y, por más que el príncipe tuvo la deferencia de ir a las cocinas a felicitar al pobre hombre y animarlo diciendo que todo había salido maravillosamente, él se sintió agraviado y clamó, ante todos sus subalternos, que era una deshonra. El tercer problema llegó de madrugada, cuando se dio cuenta de que los pescados encomendados no habían llegado aún. Pasaban las horas y seguían sin aparecer, lo que suponía la mayor de las ignominias, teniendo en cuenta que en el castillo había cientos de invitados, el rey entre ellos. Cerca de la mañana un muchacho llegó con dos cestas de pescado, Vatel salió a su encuentro y le preguntó si ese era todo el pescado que traía, y este contestó que sí. Apenas dos cestas para cientos de invitados era una derrota que no podía sobrellevar. Vatel subió a su habitación, sintiéndose un hombre humillado, y se encerró en ella. Poco podía entender el muchacho que le preguntaban no sobre lo que él traía, sino sobre el total que llegaría. Cuando un rato después arribó el resto del pescado encargado, a tiempo para prepararlo, un sirviente subió a avisar a Vatel para que lo distribuyese, pero se encontró la puerta cerrada y nadie contestó a las llamadas. Dio aviso y derribaron la puerta. Lo que se encontraron fue al administrador del castillo bañado en un charco de sangre, ya sin vida.

—¡Qué horror! —exclamó Rosa—. Pobre hombre.

—Efectivamente, un horror, se quitó la vida ante la posibilidad de perder el honor, y lo peor es que los festejos y banquetes siguieron adelante sin atender a la desgracia acaecida.

—Nunca pensé que la abundancia pudiera derivar en tragedia.

—Pues sí, querida Rosa, la abundancia y el exceso de celo. Toma nota de que uno no puede pretender, bien lo sabemos nosotras, servir más que aquello que tiene a su disposición. No me puedo imaginar a Vatel teniendo que lidiar con este tiempo que nos ha tocado vivir.

Rosa asintió. Sabía bien de qué le hablaba. En los últimos años en el restaurante habían hecho auténticas cabriolas con los platos para poder disimular la falta de ingredientes. María había sabido disfrazar las carencias para mantener la mejor calidad. Hasta ese momento no había reparado en lo que, para alguien tan ligado a la perfección, había supuesto no poder ofrecerla.

El Inspector entró en la cervecería y se encontró al camarero repasando la barra con un paño y al juez sentado en una mesa con una cerveza a medio consumir.

—Adelante, inspector, pida algo y siéntese conmigo.

El Inspector obedeció y el juez comenzó la conversación.

—Supongo que su llamada urgente tiene algo que ver con el asesinato de anoche.

—Así es, creo que es necesario hablar en persona. —El Inspector se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta, movía las monedas sueltas que se encontraban en él, cuyo roce producía un ligero ruido metálico—. El asesinado es un subinspector de policía, mi hombre de confianza, al que conocí durante la guerra siendo ambos quintacolumnistas en Madrid. Era un gran policía y una mejor persona, fiel, dispuesto y siempre efectivo.

—Siento escuchar esto; mi más sentido pésame.

—Se lo agradezco, aunque no es esta la única pérdida que me afecta, y el motivo de esta reunión. —El Inspector hizo una pausa, dio un trago de cerveza y continuó moviendo las monedas subiendo la intensidad del ruido—. El asesino era el enlace de nuestro negocio; como sabe, también acabó muerto.

—Inspector, le agradecería dos cosas, la primera que deje de hacer ruido con esas monedas, la segunda que me aclare a dónde quiere llegar.

El Inspector sacó la mano del bolsillo, carraspeó y, tras dar un suspiro, aclaró al juez el problema.

—Con la pérdida del subinspector y del piojoso que lo asesinó, nos hemos quedado sin negocio recaudatorio. En estos momentos el dinero que llevo encima es todo el que tengo y le aseguro que no da para llenar ni un mísero sobre.

El juez echó hacia atrás el cuerpo en el respaldo de la silla, cruzó las piernas, sacó un pañuelo y se secó la boca.

—Me ha parecido usted siempre un hombre ambicioso, alguien capaz de cualquier cosa por conseguir sus objetivos. No lo tenía por un necio que delega sus responsabilidades en subalternos sin poseer la información necesaria para que no gocen del control. Espero que de aquí a una semana encuentre la manera de retomar nuestros asuntos. Trabaje duro, para eso se supone que le pagan. El próximo viernes lo espero aquí mismo, traiga entonces el sobre prometido. Hoy invito yo a la cerveza, pero no pierda esas monedas, porque la próxima vez las necesitará para beber.

El juez se levantó, soltó la calderilla encima de la barra y, con una ligera inclinación de cabeza, salió de la cervecería. El Inspector terminó lo que quedaba en el vaso y, decidido, se marchó sabiendo cuál sería su siguiente y desesperado paso.

62

Potaje de garbanzos con arroz

Cada domingo, una vez había terminado la misa, Rosa y sus hermanos se despedían del cura, para que tuviera claro que no habían faltado, y regresaban, diligentes, a casa.

Empezaban el camino cuando una joven le interrumpió el paso.

—¿La conozco?

—No, pero creo que tengo información que puede interesarte. Soy la secretaria del juez que cerró el Parabere. —Rosa la miró extrañada—. Si puedo invitarte a tomar algo, podremos hablar tranquilas.

Rosa encomendó a su hermana la vuelta a casa y le dio directrices sobre la comida, sospechó que ella demoraría su regreso. Se acercaron a una cafetería cercana, un tanto lúgubre, pero discreta.

La secretaria la había puesto sobre aviso, el café no era más que agua hirviendo colada entre achicorias carbonizadas, que ni la leche y el azúcar conseguían disimular, y las galletas, más bien duras. Sentía que tenía que llevarse algo al estómago, así que obvió los detalles, los bizcochos reblandecidos en el líquido caliente seguro que le entraban mejor. No calculó Rosa la dureza del relato, por más que las galletas se suavizaron, avanzada la charla se le hicieron una piedra en el interior. La harina rancia se mezcló con la rabia. Una vez más, se contuvo, apartó lo que quedaba del sucedáneo de café y miró a la secretaria.

—Le agradezco, por supuesto, que me haya contado lo que le hizo el malnacido de ese inspector, que algo sospechaba, a Jacinto, pobre, ni se imagina lo buen chico que era. Le agradezco también que haya tenido la confianza para decirme la implicación del juez para el que trabaja y lo del oscuro negocio que llevaban entre ellos. Pero, disculpe, no acabo de entender para qué me ha contado todo esto.

—Querida Rosa, mi trabajo me pone en contacto con casos y situaciones que me parecen terribles. Yo puedo hacer poco, más bien casi nada; por más que tenga la carrera de Derecho, sacada con grandes dificultades, no soy más que una mujer, así que, en estas circunstancias, no puedo aspirar más que a secretaria. Mis compañeras de facultad y yo teníamos a Victoria Kent y a Clara Campoamor como ejemplo a seguir, pensábamos que algo estaba cambiando en España y que ellas, que habían llegado hasta el congreso republicano como diputadas, conseguirían ampliar los derechos de las mujeres para que pudiéramos ejercer profesiones que nos estaban prohibidas. Nosotras queríamos continuar su labor, seguir cambiando las cosas. Ya ves que sí que cambiaron, pero en otra dirección. Hemos entendido que, aun así, no todo está perdido, que nos vean como un simple decorado también tiene sus ventajas. —Calló mientras el camarero se acercaba a su mesa para recoger los platos. Esperaron a que se marchara para continuar la conversación —. Te cuento lo ocurrido porque creo que puedo confiar en ti, he leído en los informes del caso de Jacinto y escuchado también lo que has vivido y quién eres. Ahora no podemos cambiar mucho. Como hemos hablado, tenemos que estar calladas y esperar un momento más propicio, pero sí hay algo que podemos hacer: ayudarnos unas a otras. —Hizo una pausa y sacó un papel del bolsillo del abrigo—. Te he escrito mi número de teléfono, si alguna vez necesitas ayuda para cualquier cosa no dudes en llamarme. Somos pocas, de momento, pero con el tiempo creceremos y llegaremos a ser un movimiento.

Rosa tomó la nota que le estaba ofreciendo y, tras mirarla unos segundos, se la guardó.

—No tengo palabras… Gracias, podéis, creo que ya puedo tutearte, contar conmigo para lo que necesitéis. Yo apenas sé hacer cosas, leer y escribir, sí, y cocinar…

—Lo sé, cocinar a la altura de la Marquesa de Parabere, ni más ni menos. Espíritus como el de esa mujer son los que nos inspiran, capaces de rebelarse ante las presiones y las leyes vigentes. Si te ha elegido, seguro que ha visto algo parecido en ti, por eso, también, cuando el caso llegó a mis manos y he tenido ocasión, no dudé en

ponerme en contacto contigo.

—¿Y no es peligroso todo esto?

—No te voy a engañar, lo es. Aunque tenemos una ventaja, para estos hombres que se creen tan poderosos, nosotras no somos más que un oído para sus logros. Todos los detalles que no estaban escritos en la resolución judicial los descubrí gracias a un café al que me invitó el imbécil del Inspector. Me bastó con callarme y mirarle con coquetería para que se le soltara la lengua y me contara sus fechorías con todo lujo de detalles, pavoneándose. —Paseó la mirada por el local y concluyó—: Ahora es mejor que nos vayamos, dos mujeres cuchicheando pueden parecer sospechosas. Me alegra haberte conocido y ya sabes… —Señaló hacia donde Rosa había guardado la nota y se levantó para acercarse a la barra a pagar.

Un hombre apretando un pañuelo ensangrentado contra la nariz, unas prostitutas ocultando su rostro con las manos y los gemidos de un anciano con boina al que su mujer trataba de calmar fue lo primero que observó al entrar en la comisaría, estaban sentados en un banco y custodiados por un par de policías con porra en mano. El Inspector continuó su camino sin reparar más tiempo en aquella estampa, poco habitual en domingo. De camino a su despacho se tropezó con Benito, que andaba por el pasillo hojeando unos papeles.

—Ah, inspector, aquí está usted, no pensé que vendría hoy. Precisamente estoy con el informe del asesinato de Ramos.

—Por eso he venido, quiero que ese informe esté listo cuanto antes y poder entregárselo personalmente al comisario.

—No será necesario, el comisario está al tanto de todo, yo mismo he estado con él repasando los datos que tenemos.

—¿A qué te refieres con los datos?

El Inspector juntó las cejas arrugando la frente.

—Todo el mundo anda nervioso, han asesinado a uno de los nuestros y tenemos a los agentes movilizados. Están en la calle atrapando a cualquiera que parezca sospechoso o parezca tener algo que ocultar, lo que, no nos engañemos, en esta ciudad supone la

mayoría de la gente. El comisario me llamó para esclarecer los detalles antes de que nos quedemos sin espacio para encerrar a tanto detenido.

El Inspector se quedó pensativo. ¿Por qué el comisario no le habría pedido a él que se encargara? La pregunta le dejó un molesto ruido de sospecha que, intuyó, ya no se iría hasta haber hablado con él.

—¿Dónde se encuentra el comisario, está en su despacho?

—Pues no puedo decir si sigue aquí o ya se fue —y levantando los papeles continuó—, yo bastante tengo con escribir todo lo hallado y relacionarlo.

—¿Y qué es lo que tenemos hasta ahora?

Estiró la mano para tomar los papeles de Benito, pero este se giró ligeramente para mantenerlos alejados del Inspector.

—Lo siento, el comisario me pidió expresamente que solo yo llevara las diligencias, y me señaló claramente que no se las mostrara a usted.

El ruido se iba intensificando y el Inspector empezó a notar una punzada en la cabeza. Toda posibilidad de recuperar el dinero, o parte de él, se iba desvaneciendo.

—Benito, llevamos trabajando juntos muchos años, al menos podrás contarme algo que no te comprometa. Ramos era mi hombre de confianza, un amigo, y entiendo que, por ello, el comisario me quiera dejar al margen, pero necesito estar al corriente de lo relacionado con el crimen. —Benito miró al suelo pensativo—. Al menos me podrás decir quién era el asesino y qué relación tenía con Ramos.

—Creo que hablaría de más si le diera esa información.

—Lo entiendo, no te preocupes. No tengo intención de ponerte en una situación comprometida. Conozco bien al comisario y ya sabemos cómo se las gasta con la dichosa orden de mando. Iré a verle para que sea él quien me informe.

Continuó hacia su despacho; antes de entrar, escuchó la voz de Benito.

—Lo único que puedo decirle es que le encontramos un cuaderno en un bolsillo, no se lee muy bien, por la letra y los códigos que usaba no parecía hombre instruido, pero sí que hemos descifrado

algunas partes —hizo una pausa, el Inspector quedó notablemente petrificado—, y creo que por eso el comisario no quiere implicarle en la investigación —ante la mirada interrogativa continuó casi en un susurro—, en varias de ellas estaba escrito su nombre.

«Mierda», pensó el Inspector, agradeció la confidencia a Benito y entró en el despacho. Su plan de tomar parte del dinero y culpar al policía del espolio ya no iba a ser posible, ahora habría de idear uno nuevo. Necesitaba sentarse a pensar, si es que ese molesto ruido y el intenso dolor que le apretaba el cráneo sin descanso le dejaban hacerlo.

Los domingos se habían convertido en el día de los pucheros. Desde primera hora de la mañana, María inspeccionaba los restos de carnes, embutidos y verduras que tenían en la despensa, la fresquera y la nevera y daba instrucciones para cocinarlos, junto con las legumbres que tuviera en remojo, desde la noche anterior, en una olla y convertirlos en un buen plato dominical para comer en familia. Milagros y la chica nueva se afanaban en desmenuzar todo lo que indicaba María, preparaban el sofrito y dejaban hervir por horas el potaje, dejando en el ambiente un vaho intenso que impregnaba la casa y la pituitaria de sus habitantes.

Cuando ya estaba el guiso en el fuego se vestía para salir a misa, y así, a la vuelta, encontrarse el caldo espesado y en su punto. Milagros se quedaba vigilando el puchero, con el encargo de ir añadiendo agua al caldo en caso necesario. Ese domingo, miraba ensimismada las burbujas que comenzaban a formarse en el líquido, ajena a lo que ocurría a su alrededor, casi en una suerte de trance, cuando el sonido del teléfono la sobresaltó. En el camino hacia el salón se despejó y carraspeó para asegurar que la voz seguía con ella.

—No está ahora mismo, ¿quién llama?, ah, Rosa, ¿qué tal estás? Soy Milagros… Está en misa, supongo que aún tardarán un rato en volver… Claro, le doy el recado, sobre Jacinto, el Inspector, también el juez, ¡qué miserables! En cuanto vuelva le cuento todo… No te preocupes, seguro que algo de justicia aún queda como para que

esa gentuza no se salga con la suya… Mañana nos vemos, sí.

El Inspector se apretaba la sien con los dedos para mitigar el dolor, intentaba pensar, pero se hacía imposible, ese irritante pitido no le dejaba en paz, cambiaba la postura en la silla, apretaba en otra parte de la frente y, cuando paraba, todo volvía de nuevo. Se levantó y anduvo moviendo el cuello y girando la cabeza, en vano. Sentía que los minutos avanzaban y demorar lo inevitable no ayudaba a la solución, o al menos, a una salida honrosa. «Maldito Pedro, pitido, maldito juez, pitido, maldito comisario, pitido… Maldecir, maldecir y maldecir… No, necesito pensar en algo positivo: Marisol…, Marisol desnuda esperando en casa…, no, Marisol no, la secretaria del juez…, la secretaria del juez desnudándose ante mí… Maldito juez, maldito Pedro… Asesino». Pitido. Se masajeó el cráneo cerrando los ojos, y cuando los volvió a abrir había avanzado por el pasillo hasta detenerse ante el despacho del comisario. Pitido, dolor, se apretó la cabeza con los dedos, giró el cuello hasta escuchar un crujido y llamó a la puerta.

—Ah, inspector, pase, pase. Estaba a punto de mandarlo llamar.

La voz, alta y grave, del comisario imponía respeto, tanto que, se decía, le había valido su ascenso por la intimidación a los reos. No solo a ellos.

—No podía quedarme en casa, sin hacer nada, ante los hechos sucedidos. Me decidí a venir para ayudar en la investigación.

—¿Investigación? Como sabe el asesino ya ha sido capturado, o más bien, arrollado. No hay mucho que investigar en ese sentido.

—No deberíamos descartar que el asesino no actuara solo o que fuera parte de un grupo clandestino de componente marxista o masónico.

Mientras el Inspector hablaba el comisario descolgó el teléfono.

—Díganle al inspector segundo Benito que venga a mi despacho con el expediente que le he solicitado. —Colgó y se recostó en el sillón entrelazando los dedos con las manos apoyadas en el pecho—. Desde que me asignaron esta comisaría y a usted como inspector principal siempre he tenido una opinión favorable de su labor. Le he

dejado hacer, sin inmiscuirme más de lo imprescindible en sus investigaciones. —Sacó de uno de los cajones una libreta—. ¿La reconoce?

—No, no la he visto en mi vida.

—Bueno, es posible que usted no la conozca, pero ella sí lo conoce a usted. —Fue pasando las páginas y deteniéndose en algunas de ellas, que leyó subiendo el tono de voz—: «He pagado al Inspector la cantidad de quince mil pesetas por la venta de carne de cerdo… El Inspector se quedó con cinco mil pesetas por la venta de cigarros cubanos al restaurante… Entrego al Inspector tres mil pesetas en concepto de protección…». —El comisario siguió pasando las páginas sin detenerse a leer más que cifras—. Cuatro mil…, veinte mil…, trece mil quinientas…, en fin, hemos contado al menos veinte anotaciones con cantidades escandalosas. —Llamaron a la puerta y apareció Benito con el rostro serio. Se acercó a la mesa del comisario y le dejó la carpeta con el expediente referido—. Estupendo, aquí tenemos alguna información más que añadir. —Abrió la carpeta y se puso a hojear los documentos, silabeando algunas palabras sueltas mientras buscaba la parte que quería remarcar—. Parabere…, camarero…, miembro de la CNT…, estraperlista… —Soltó las páginas y cerró la carpeta, que dejó al lado de la libreta—. Pues parece que tenía razón, inspector, sí que tenía cabida una investigación, ya que el asesino no actuó solo.

—Yo, yo…, pero esas anotaciones en el cuaderno…, son una trampa, un… —Tenía la palabra en la boca, pero el ruido se intensificó de nuevo, se llevó la mano a la cabeza. No conseguía decir nada. El comisario se levantó, rodeó la mesa y se acercó al Inspector, le puso la mano, a modo de tenaza, en el hombro y empezó un nuevo soliloquio.

—Querido inspector, no crea que no le entiendo, el salario que recibimos por cumplir la ley de Dios y mantener el orden es una miseria, cualquiera con dos dedos de frente haría exactamente lo mismo que ha hecho usted. Encontrar una forma de sobrevivir con algo más de holgura. —Comenzó a pasear por el despacho con los brazos unidos en la espalda—. Y no le voy a negar que cometió una estupidez al no compartir los extras con sus compañeros, Benito y

yo mismo, que, a día de hoy, no hemos recibido ni un solo regalo.

—Pensaba…, pensaba decírselo y compartir parte, consolidar el negocio y después ampliarlo con su ayuda.

—Inspector, inspector, créame si le digo que le creo, que realmente creo lo que me está diciendo.

—Le aseguro que tenía intención de decírselo. Usted sabe que siempre he sido un hombre leal.

—Lo sé, me doy cuenta de la situación y, sin embargo —golpeó con los puños la mesa haciendo temblar la madera—, sin embargo, reitero, ahora ya es tarde. Ha obrado usted sin tenernos en cuenta, y hace unos minutos, cuando he regresado de comer, he recibido dos llamadas, la primera de alguien de renombre, alguien que no suele llamar para interesarse por los asuntos policiales, pero de una gran influencia en el Régimen, una de esas personas que hay que mantener contentas y a las que hay que escuchar siempre. Su interés por el asunto fue significativo, pero sobre todo tenía interés en saber sobre usted, sobre su implicación en casos turbios. La segunda llamada que he recibido es del juez del caso Parabere, una llamada muy instructiva.

—¡Ese juez estaba en el negocio, él es la razón de que no hubiera venido antes a decirle nada!

—Le creo, le creo… Pero es un juez, y me ha ofrecido un documento que le implica a usted en la falsificación de un testimonio, falsificación de la que el inspector segundo Benito, aquí presente, es testigo. —El Inspector por primera vez levantó la vista y miró a Benito, que le mantuvo una mirada fría y dura—. Así que vamos resumiendo la información: por un lado, tenemos el negocio que no quiso compartir con nosotros. Luego tenemos una falsificación documental. Un juez dispuesto a denunciarle. La llamada pidiendo su cabeza. Un subinspector asesinado por un sindicalista al que no se denunció… Supongo que lleva la cuenta, pero en caso de no hacerlo le puedo decir que la suma da un resultado abrumador.

—Me doy cuenta de los errores que he cometido. —El Inspector parecía decírselo a sí mismo.

—Y ahora llegamos al problema que se me plantea a mí. ¿Qué

hacer con usted? —Se sentó de nuevo en el sillón y se quedó mirando al Inspector—. Sin duda no le puedo dejar sin castigo, a riesgo de recibir una nueva llamada. Tenemos al juez y, no menos importante, los bolsillos vacíos. —El comisario dejó pasar unos instantes antes de continuar—. Por fortuna tengo la solución. —El Inspector entrecerró los ojos; solo en ese momento fue consciente de que hacía un rato que el dolor y los pitidos habían desaparecido —. Es usted una pieza valiosa, un miembro íntegro del partido que solo necesita alguien que le recuerde día a día lo importante del compañerismo y la jerarquía. Por tanto, ascenderemos a Benito a inspector primero y desde este instante será su superior y rendirá cuentas ante él.

—¿Me está degradando a inspector segundo?

—¡Oh, no!, disculpe, pero inspector segundo implicaría darle una responsabilidad que ahora mismo no podemos permitirnos, no sería decoroso. Usted va a cubrir el puesto de subinspector que ha dejado vacante Ramos. Necesitaré que nos traiga su documentación, recoja las cosas de su despacho y mañana mismo podrá incorporarse a sus nuevas funciones. Creo que la mesa de Ramos ya está limpia —Benito asintió para confirmarlo—, puede trasladar allí sus cosas. Y ahora fuera de mi despacho, que tengo que devolver una llamada.

Ambos salieron sin mirarse. En cuanto cerraron la puerta el Inspector se giró hacia Benito.

—Enhorabuena por tu ascenso, veo que no has tardado nada en informar sobre lo que sabes y no sabes.

—Subinspector, a partir de estos momentos, como has podido escuchar, soy tu superior y espero que me trates con respeto, nada de tutearme, me tratarás de usted y obedecerás mis órdenes, si no quieres que los problemas que han quedado ahí dentro sean los menores que puedas tener.

El Inspector se quedó mirando a ese hombrecillo que le retaba con la mirada. Se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta y retorció un guante que encontró dentro.

—Perdone mi atrevimiento, no volverá a suceder.

Se dio la vuelta y, con paso lento, se dirigió hacia el que había sido su despacho. Escuchó la voz de Benito a su espalda.

—Mañana a primera hora lo quiero limpio. También quiero las carpetas de todos los casos abiertos y por la tarde espero los que se están abriendo hoy, que parece que no serán pocos, para ir a ver al juez con ellos.

El ya subinspector asintió. Los pitidos volvían a hacer acto de presencia.

63

Hojaldres exquisitos

El año 1947 se había convertido en el de la esperanza. La apertura de fronteras, el fin de la guerra, el Plan Marshall, del que hablaban los periódicos y los políticos desde sus tribunas, harían realidad un mundo con menos miseria, hambre y algo más de justicia, orden y seguridad. Leer las buenas nuevas provocaban una sonrisa en los labios de María, «por fin algo de alegría, un futuro que parece de color tras una década de grises y negros», decía, aunque no hubiera nadie escuchando.

También contribuía a su buen humor que Mariano y Luisa hubieran ido a Madrid a visitarla. Traían noticias alentadoras de Francia.

—La mayor parte de los establecimientos en París ya están abriendo de nuevo —le contaba entusiasmada Luisa, mientras sacaba de la maleta ropa, telas y latas de regalo: café, chocolate, galletas…—, los precios son una locura, pero no he podido resistirme a comprar, veía las estanterías llenas y todo el rato me decía: «Esto se lo tengo que llevar a María, esto también, y esta tela de color verde le sentará fenomenal». —Miró a María con el entusiasmo desbordado y, sujetando la tela con las dos manos, la puso frente al busto de su hermana—. Como pensaba, ¡te queda fenomenal!

—No te imaginas los días que hemos tenido, no había tienda o bulevar en el que no me arrastrara para entrar —contaba Mariano, también entusiasmado.

—De verdad que ver París de nuevo volviendo a la vida ha sido recuperar el aire. Todavía no la reconocerías, hay muchas carencias, y aún se ha de andar con prudencia, pero ya se ve movimiento en las calles. Los cafés y los restaurantes no tienen los menús tan amplios de antaño, pero no podía creer cuando nos sentamos en Maxim’s y nos ofrecieron distintas elaboraciones de carnes y pescados con guarniciones variadas, y ¡huevos!, casi me da un

sofoco cuando pregunté si tenían de todo y me contestaron que sí. Pensaba en ti y en lo mucho que hubieras disfrutado.

—Ay, qué alegría me dais. Aquí también parece que las cosas empiezan a mejorar algo, no mucho, como habréis comprobado hay escasez y racionamientos, pero al menos la gente tiene esperanza. A mí lo único que no me gusta es la proliferación de bares americanos, con comidas de platos combinados, un mal que parece que se extiende en cada esquina de la ciudad. Una moda que ha llegado para quedarse, me temo. Hemos cambiado la calidad por la cantidad y no puedo reprocharle a nadie que así sea. ¿Cómo hacerlo con estos años que venimos sufriendo?

María pasaba horas encerrada en su estudio con Rosa trabajando en la enciclopedia. Compartían la pasión por las historias, una por contarlas y otra por escuchar y anotar. Hablaban, por ejemplo, de Claudio Gellée, el inventor de la pasta de hojaldre y su relación con la familia Mosca, una de esas aventuras con elementos de genialidad, traición, venganza y justicia romántica.

—Claudio Gellée nació en el año 1600, en Lorena. Desde bien pequeño manifestó una pasión por ser pintor, pero, al haber nacido en el seno de una familia humilde, no pudo dar rienda suelta a la misma. Con quince años entró a trabajar de aprendiz de pastelero en su ciudad natal, un oficio que no le despertaba mayor interés que el de ayudar a su familia, pero lo fue adaptando a su arte; usaba sus dibujos para decorar piezas montadas, tartas y postres, y esto atrajo la atención de su maestro. Un día, hacia el final de su aprendizaje, mientras amasaba pan, retiró de la masa unos 200 gramos. Hizo con ella una bola y puso en medio un pedazo de mantequilla bien envuelto para que no escapara al horno. «Quiero hacer un bollo para mi padre que está enfermo», le dijo a su maestro. La bola de pan, que creció mucho al calor, le gustó mucho a su padre, y Claudio siguió perfeccionando la técnica. No tardó mucho tiempo en probar a estirar la masa y doblarla sobre sí misma hasta diez veces, así logró un resultado similar al primero, pero menos subida. Otro día se le ocurrió no añadirle levadura, y así, laborioso, día tras día, logró un

resultado exquisito.

—Yo lo que no puedo entender es cómo fue capaz de darse cuenta de que ahí tenía posibilidades de lograr una creación exquisita; al fin y al cabo, no sabía qué era lo que estaba buscando —comentó Rosa.

—Tenía un objetivo, hacer un pan dulce que fuese delicado, mantecoso y que pudiera ingerir una persona enferma. Una meta alimenta todas las energías y la imaginación hasta lo insospechado. En cualquier caso, su mérito estuvo en no desfallecer hasta dar con el verdadero quid: el plegado alterno. —Rosa asentía—. Continúo, la historia no acaba aquí: era el año 1635, el maestro de Claudio enfermó y falleció, por lo que este tuvo que marcharse a trabajar en Nancy, a la pastelería de Francisco Rotabant, donde por fin resolvió el problema de la pasta de hojaldre. Se lo comunicó al dueño, quien tomó la cosa a broma. En dicha pastelería trabajaba un ayudante, Luigi Mosca, que tenía un hermano pastelero, Angelo, en Florencia, al que escribió describiéndole la pasta. El hermano se presentó en Nancy y, a fuerza de bellas promesas, consiguió seducir a Claudio y marcharon los tres a Italia. Y aquí empieza la tragedia.

—¿La tragedia?

—Primero la de Rotabant: dicen las crónicas que no había pasado un año y los Mosca tuvieron que abrir tres pastelerías en Florencia para atender la gran demanda, lo que llegó a los oídos del pastelero de Nancy. El éxito del hojaldre, que él había despreciado, le llevó al suicidio. Como ves, otro caso de suicidio; deberíamos crear un apartado en la enciclopedia con ellos.

—Tomo nota.

—Angelo Mosca se hacía ver por Florencia como el inventor de la pasta de hojaldre, pero Claudio fue listo, no quiso divulgar el secreto de su elaboración, que hacía él mismo en una cueva libre de toda mirada. Angelo, con el pretexto de unas reformas, practicó una mirilla en la cueva a fin de vigilar a Claudio, y pudo descubrir, al fin, su elaboración. Decidieron, entonces, deshacerse de Claudio: de esa manera no habría nadie que pudiera cuestionar la autoría de la célebre pasta. Lo invitaron a Nápoles, pero, antes de entrar en la ciudad, su coche de caballos fue asaltado por individuos armados a las órdenes de los Mosca. El pobre Gellée fue encerrado en un

subterráneo, donde estuvo prisionero durante meses, en los que le daban algún trozo de pan y pequeñas cantidades de agua, esperando que muriese.

—Desde luego el apellido, a los Mosca, les viene que ni pintado, son como los insectos que van y vienen y que cuando una cree que ya han dejado de molestar, aparecen de nuevo… Pero, bueno, ¿por qué no dejaron, simplemente, morir a Claudio de inanición?

—Esa es una buena pregunta para la que no tengo respuesta…, supongo que el destino quiso que se mantuviera con vida, ya que aún tenía muchas cosas que hacer. Mi especulación es que los bandidos esperaban el pago de los Mosca y estos no abonaron todo lo prometido, o que les subieran el precio por el trabajo y ellos se negaran, no lo sabemos con seguridad, pero el caso es que lo mantenían con vida.

—¿Y cómo salió de esa situación?

—Un día que habían relajado la vigilancia pudo escapar. Estaba debilitado y a las afueras de la ciudad. Reunió todas las fuerzas que le quedaban y se puso a caminar hacia Nápoles, que se veía a lo lejos. Pudo llegar a la puerta de una casa, delante de la que se desmayó. Cuando recobró el conocimiento se encontró en una buena cama, con un médico al que contó su desgracia. A pesar de los cuidados de que fue objeto la fiebre se declaró y estuvo veinte días entre la vida y la muerte. El propietario de aquella casa, hombre de gran corazón, era un pintor alemán célebre en el reino de Nápoles, que lo tomó como discípulo y ayudante. Durante los siguientes cinco años el maestro alemán se dedicó a enseñarle el arte de la pintura, de la que Claudio llegaría a ser un gran maestro.

—Y los Mosca, ¿qué pasó con ellos?

—Cuando el alemán murió, después de esos cinco años, Gellée se apresuró a volver a Florencia a fin de saborear la venganza hacia los dos hermanos ladrones y asesinos. Pero se encontró con que los Mosca habían perecido carbonizados en un incendio que se había declarado en su establecimiento. De este solo quedó libre de las llamas el letrero de la puerta, donde se podía leer «Fábrica de pasta y hojaldre. Mosca Angelo, inventor».

—Al menos tuvo una compensación divina.

—Podría decirse así. El caso es que Claudio continuó su carrera como pintor en Roma, donde le pusieron el sobrenombre del Rafael del paisaje. Pintó hasta los ochenta y dos años, y sus obras se pueden observar en muchos museos con el epígrafe: Claudio Gellée, gran pintor paisajista, más conocido como Claudio de Lorena.

—Es una historia increíble, y pensar que la gente que contemple los cuadros no sabrá las vivencias que hay detrás de quien los pintó.

—Eso es lo bonito de la historia, cuando uno puede unir los puntos dispersos y descubrir grandes historias que quedaron escondidas. El hecho de que Claudio se dedicara a la pintura hizo que durante mucho tiempo no se supiera quién había sido el inventor del hojaldre. El gran Carême continuó la obra de Claudio, creando con la pasta de hojaldre el *vol au vent* y el gran pastelero Feullier, el milhojas, y así sucesivamente, siendo incontables los pasteles y pastelitos confeccionados gracias a su delicada pasta.

Víctor irrumpió en el despacho pidiendo hablar con su madre de un asunto de la mayor importancia. María y Rosa estaban tan absortas con la conversación y la historia que apenas habían reparado en el paso del tiempo y en que la oscuridad iba tomando posesión de la habitación. Rosa se disculpó y se marchó hacia la cocina dejando a madre e hijo solos en el despacho.

—Me acaban de llamar del restaurante, quieren reunirse con nosotros y hacernos una propuesta. Por lo visto el nuevo menú no ha tenido el éxito que esperaban. Han decidido darle un nuevo enfoque, cambiar al cocinero y volver a trabajar las recetas anteriores.

Víctor miraba expectante la reacción de su madre.

—Ya sabía yo que no iba a funcionar. Pero denoto por tu sonrisa que no es la única noticia que me vienes a dar.

—Claro que no, y déjame decirte que aún recuerdo el día que hicimos el traspaso y lo que comentaste. No creas que no esperaba oírte decir «ya lo dije yo». Pero la segunda parte de la noticia es que quieren volver a llamar al restaurante Parabere. Un homenaje.

—Sí, un homenaje y una forma de publicitarse. No me parece mal, pero esta vez, si van a usar mi nombre como reclamo, exijo ver el menú, hablar con el cocinero y observar los platos que sirven y

cómo los sirven. En caso de quedar contenta daré mi bendición; en caso contrario, que se olviden.

La visita al restaurante no se hizo esperar. El dueño y el cocinero, conscientes del generoso gesto, la recibieron complacidos. Abrieron su cocina y pudo aconsejar sobre todo aquello que consideró conveniente: mostró la elaboración de varias de sus más insignes recetas, recomendó otras que pensaba tendrían buena acogida en los nuevos tiempos y corrigió matices de algunos de los platos que esa noche salían al comedor. Pudo constatar que, esta vez sí, habían contratado a un cocinero que sabía lo que se hacía, que tenía talento para improvisar, experimentar y ejecutar como un maestro. Cuando Víctor y ella salieron del restaurante, exhausta y con el pellizco de la nostalgia agarrado al corazón, miró a su hijo y, con una sonrisa, le dijo:

—Diles que, aunque no me guste la barra americana que han puesto a la entrada, por muy de moda que esté, me sentiré agradecida y honrada si llaman Parabere al restaurante.

Ya en casa, María acarició la tela que su hermana le había traído de Francia, el tono verde era perfecto, la suavidad del paño le evocaba fiestas y cenas pasadas, otros tiempos que, si acaso como París, pudieran resurgir de sus cenizas. El Parabere, pensó, podría ser un estandarte que ayudara a la consecución de ese nuevo escenario.

Casa Jacinto

64

Milhojas

Rosa entró en la cafetería donde la había citado la secretaria del juez. Una de esas que habían proliferado en los últimos años sustituyendo a tabernas y cafés, «lugares sin personalidad», como los definía María. Desde que se conocieran, unos años atrás, la secretaria había quedado con ella varias veces y le había presentado a sus amigas, todas mujeres instruidas, muchas universitarias, que se juntaban para charlar, no siempre de intrascendencias. Eran prudentes, pues no estaba la ciudad ni el país para ir dando discursos políticos, bien lo sabían, ni siquiera para poder sembrar la sospecha en observadores eventuales. De ese modo, las moscas del relato de Claudio Gellée habían pasado a ser el nombre en clave de cualquier indeseable que las estuviera molestando. Ese mediodía estaban las cinco mujeres habituales en la comida, habían llegado antes que ella, por lo que Rosa se sentó en la única silla que quedaba vacía.

—Hoy hemos quedado aquí por un motivo, Rosa, pero lo primero es lo primero, debemos hablar de la mosca de otoño que aún vuela por este establecimiento.

Ante la mirada interrogativa de Rosa la secretaria hizo un gesto con la cabeza. Rosa giró la vista hacia donde, disimuladamente, le señalaban, y allí, en una esquina, observó, con un vuelco en el corazón, al maldito Inspector sentado a una mesa, solo, girando un vaso con cerveza. Había perdido pelo, el poco que le quedaba lo peinaba estirándolo con fijador, tenía hinchadas las bolsas de los ojos y un aspecto taciturno.

—Ahora es mosca de otoño, apenas vuela ya, pero aún molesta. Me sigue a todas partes, un día me paré en la calle y le solté: «Mira, dichosa mosca, yo trabajo para un juez y no puedo tenerte todo el día en mi cogote, así que o te marchas volando o le diré a mi jefe

que necesito un buen matamoscas». —Todas las mujeres se echaron a reír.

—Es, es un… —balbuceó Rosa con rabia; el estómago se le había revuelto con el recuerdo.

—Una mosca cojonera, puedes decirlo. Pero lo que estás viendo es como el cartel de la pastelería de los Mosca, toda su ambición está quemada y lo único que queda vivo es lo que se ve. No le prestemos más atención, hay un motivo de veras para haber quedado en esta cafetería, y es uno de aliento y alegría. Si te fijas, el local tiene un buen tamaño y muchas posibilidades. —Rosa se paró a observarlo, ciertamente era un buen espacio, con unas cuantas mesas, una barra, techos altos…—. Con unas pequeñas reformas se puede hacer de él un restaurante estupendo. Laura —señaló a la mencionada— tuvo una idea que compartió con su marido, que estaría interesado en invertir en un negocio.

—No entiendo a dónde quieres llegar. —Un camarero dejó sobre la mesa una ración de hojaldres dulces.

—En honor a Claudio —dijo la secretaria cogiendo uno de ellos y mordiendo la delicada corteza—. Qué rico está. Pues, como te decía, pese a las moscas que estorban y que andan siempre prestas a seguir haciéndolo, no pensamos escondernos. Tienes talento, Rosa, has aprendido a cocinar con una de las mejores, si no la mejor, quieren traspasar esta cafetería y hemos hecho una oferta entre todas.

—¿Cómo entre todas? —preguntó Rosa.

—Sí, todas hemos aportado un poco de nuestros ahorros, no mucho, no creas, pero lo suficiente para que cedieran, el marido de Laura ha aceptado ser quien firme los documentos y ejerza de propietario para que no puedan poner pegas a que sea una mujer quien lo lleve, pero el local queremos que lo regentes tú.

—¿Yo? ¿Estáis seguras de lo que estáis diciendo? Yo apenas he trabajado unos años en el Parabere, después solo he seguido ligada a la cocina con las historias y explicaciones que me ha dado la Marquesa en su casa, pero sin tocar más cocina que la mía, que, de tan escasa, no da más que para cocer o freír alguna cosa.

—No te preocupes, sabemos que puedes hacerlo muy bien. Y

tenemos esa seguridad por un motivo. —Calló un momento en lo que miraba hacia la puerta y hacía un gesto a quien entraba. Rosa se dio la vuelta y contempló a María acercarse a la mesa. Las demás hacían hueco para una silla más.

—Hola, Rosa, veo que no me esperabas…

—No, no…, estoy sin palabras, no esperaba nada de todo esto.

Rosa tenía los ojos aguados.

—Oh, vamos, querida, sabes que todo esto te lo mereces —le dijo María mientras la abrazaba y le daba un beso en la cabeza.

Rosa ya no pudo contenerse y rompió a llorar.

—Es…, es demasiado, todo esto que hacéis, sois… —balbuceaba.

—Bueno, que aquí no hemos venido a echar lágrimas y ya me están llegando. Cuando me contaron lo que pensaban proponerte y me preguntaron si estabas preparada para llevar un lugar como este les dije que no podían haber escogido a una persona mejor. Así que no tengas miedo, yo misma te ayudaré en todo lo que necesites. Enjuaga esas lágrimas y ya puedes empezar a pensar en lo que vas a servir —dicho lo cual, María tomó uno de los hojaldres de la bandeja y se lo llevó a la boca—, y por Dios que seguro que tus hojaldres mejoran estos. Ya te daré mi receta.

Rieron todas.

65

Bizcocho *Excelsius*

Milagros llevaba con cuidado, cubierto por una tela, el vestido doblado sobre su antebrazo izquierdo. Prestaba atención a los adoquines de la calle para no tropezar y caer con él. Volvía de la casa de la costurera, de oírla quejarse de que la mayoría de los encargos no pasaban de ser arreglos, remiendos y, si llegaba alguna nueva hechura, era o de telas baratas o para gente ordinaria. El encargo de María le había parecido una bendición. Tan pronto llegó Milagros de vuelta a la casa, María estiró la tela sobre la cama y la abrió. Quería ver cómo habían quedado los matices verdes, los detalles de pliegues, cortes y fruncidos. Tras observarlo a conciencia volvió a taparlo.

—¡Maravilloso! ¿No te parece? —Milagros asintió—. Lástima que ya no tenga el cuerpo de hace años. Antes lucía yo los vestidos, ahora son ellos los que me lucen; una no está ya para que la miren.

—Está usted estupenda.

—No me mientas, Milagros. He parido ocho hijos, vivido una guerra y un asedio y, sobre todo, he dejado muchas décadas detrás de mí. Ahora solo aspiro a estar respetable —suspiró, y se acercó a la cómoda para coger un sobre de un montón—. José María ha traído las invitaciones de la boda, han quedado muy elegantes. —Se sentó en la cama con gesto de cansancio—. Aún queda un año, solo espero que para entonces siga viva y no haya engordado tanto como para que no me sirva el vestido.

El subinspector fumaba un cigarrillo apoyado en la esquina de la calle, frente al local donde pintaban las letras blancas del rótulo con el nuevo nombre. Llevaba unos minutos contemplando a los dos obreros con gorra y mono de trabajo, subidos a las escaleras,

perfilar cada una, medirlas, trazarlas y comenzar a rellenarlas. De momento se podía leer, «cafetería-resta», y se intuía el «urante». En la parte derecha del letrero, uno de los peones continuaba trazando letras ayudado por una regla de madera, «c… a… s… a… J… a… c… i… n… t… o». «¡Mierda! —pensó el subinspector lanzando el segundo de los cigarrillos consumido—, ¿de dónde habrá sacado el dinero esa histérica? Y ni más ni menos que para hacer un homenaje a ese mocoso mediahostia. ¿Y qué la vincula a la secretaria?». Eran muchas las preguntas que se le agolpaban, muchos los pensamientos que lo iban atormentando y pocas sus posibilidades de investigar. Bien que se había puesto el imbécil de Benito muy propio no queriendo escuchar nada relacionado con el caso, ni siquiera el comisario se había dignado a prestar la mínima atención a sus sospechas.

—¿Le parece bien cómo están rotuladas?

El hombre quedó esperando la reacción de Rosa. Esta se alejó unos pasos y se movió a izquierda y derecha. Le encantaba el cartel, pero no se atrevía a dar la conformidad sin escuchar, al menos, otra opinión.

—Matilde, ven aquí un momento —le pidió a su amiga, que salió a la calle limpiándose con un trapo—, ¿qué te parece el rótulo?

La amiga se quedó unos segundos observando y sin más preámbulos soltó:

—Me parece una maravilla, en cuanto pinten esas letras seremos la envidia de la calle…, qué diablos de la calle, seremos la envidia de todo el barrio. —Le cogió la mano a Rosa y se la llevó hacia dentro del local—. Necesito que entres y me expliques cómo colocar todo lo que está por montar. Ahora la Marquesa eres tú. Tu hermana necesita instrucciones para saber cómo numerar las mesas. He colocado las conservas y tengo dudas sobre cómo organizar las alacenas de la despensa.

—Ay, Matilde, creo que sin ti andaría perdida en ensoñaciones. —Ambas rieron.

Bajando la calle, vestida con traje negro y chaqueta, sombrero de

ala corta y un bolso colgando del brazo, venía Milagros observando cada casa, portal, ventanas y locales por los que pasaba. Cuando llegó a la altura de Casa Jacinto se quedó observando el rótulo ya pintado, después miró tras las cristaleras y vio el caos de dentro: distintos operarios serraban, clavaban, montaban…, algunas mujeres ordenaban diferentes enseres. Gritó desde el umbral un «¿se puede? Permiso», y esperó a que Rosa se girara para reconocerla.

—Dichosos los ojos, Milagros…, pasa, pasa, hace días que estaba esperando tu visita; ven, que quiero enseñártelo todo.

—¡Las ganas que tenía de venir a ver lo que estabais haciendo aquí! ¡Qué bien está quedando! La señora ya me lo describió, incluso me hizo unos dibujos, pero verlo en vivo es otra cosa.

—Y espera a que acabemos y esté funcionando… —le contestó Rosa—. En una semana pretendo conseguirlo.

—Seguro que sí, y si no, tendrás a la señora encima para empujarte… Vaya, como si le tengo que pedir unos días libres para venir a ayudar.

—No hará falta, Milagros. Creo que ya estamos a un par de días de terminar las reformas, y después será cuestión de hacer los pedidos y organizar la cocina y la sala. Los menús ya los tengo. Quiero que la señora esté orgullosa de nosotras. Será un lugar modesto, nada de lujos como el Parabere, pero será acogedor y la comida casera y con buenos ingredientes. ¿Y cómo anda la Marquesa? Con tanto trabajo no he tenido tiempo de ir a verla.

—Sigue con la enciclopedia, también ha escrito un librito con recetas para Royal, la marca de levadura. Un encargo que nos ha tenido locas preparando los platos que quería incluir en él: creo que hemos engordado unos cuantos kilos estas semanas.

Las dos rieron.

—Ya será menos, se te ve estupenda.

—Ah, antes de que se me olvide, te traje esto de parte de la señora —abrió el bolso y sacó varios sobres de levadura Royal—, creo que con esto tendréis para unos cuantos meses.

El día de la inauguración, a la hora del almuerzo, María, junto a sus

hijos y nietos, tenía reservada una gran mesa en el fondo del local; al lado, acomodadas en otra, estaban la secretaria y sus amigas. Nada más asomarse a la puerta, María contempló la sobria decoración, la disposición de los comensales, el acceso a la cocina y el aspecto de la barra, repleta de suculentas tapas y coronada por una gran máquina de café italiana de acero bien brillante. Sin poder resistirse, entró en la cocina, allí estaban Rosa, la mayor de sus hermanas y Matilde, que atendían los cuatro fogones, el horno de leña y otro de carbón. En un puchero grande, un consomé rompía a hervir mientras la hermana colocaba croquetas en una sartén. Rosa, al avistar a María, dejó la supervisión de lo que se cocía, freía y asaba.

—¡Qué alegría verla aquí! Estamos terminando de rematar el menú que tenemos —y fue señalando cada plato—, ternera en ajillo, consomé, croquetas de pollo, ensaladilla de tomates y pimientos verdes…

—Veo que todo tiene una pinta estupenda, seguid, seguid con ello. —No pudo resistirse, María tomó una cuchara y probó el consomé, después hurtó una de las croquetas y degustó la salsa de tomate espeso de la ternera, ante las miradas expectantes de las cocineras —. Delicioso, veo que a las croquetas les has añadido algo de azúcar, buena decisión, y supongo que esa salsa picante es para acompañarlas.

—Efectivamente, me alegro de que le guste. No se puede imaginar lo nerviosa que estoy, pensar un menú, conseguir los ingredientes y dirigir la cocina para que todo esté sincronizado y en su punto no es sencillo. Si antes la admiraba, ahora lo hago todavía más.

—No, no lo es, pero se nota que estáis muy bien organizadas: os va a ir muy bien. Ya veo que tenéis preparados otros platos —y frunciendo el ceño, añadió—; lo que no veo es el postre.

—Eso es una sorpresa; conseguí, gracias a Matilde, todo lo necesario para hacerlo, pero no quiero desvelarlo hasta el último momento.

—No pienso preguntar más. Me dejaré sorprender, como todos los demás.

María volvió a su mesa, se sentó relajada, había probado lo

suficiente como para saber que la presión de la inauguración, y todo lo que implicaba preparar la comida para tanta gente, no había podido con Rosa. Si le quedaba una duda era con el postre: el arte de la confitería era el más preciso y complicado, y un mal final deja en los comensales una sensación amarga.

Los camareros servían diligentes las comidas y bebidas. Todo eran elogios para lo que salía de la cocina, platos simples, pero bien preparados y presentados. Quedaba solo el postre. El servicio recogió los platos de las mesas, y sacó las tazas para los cafés. Algún comensal se disponía a encender el cigarro de la satisfacción tras el yantar, cuando Rosa y Matilde hicieron acto de presencia en la sala. Cada una portaba lo que parecía un bizcocho decorado con crema y frutos secos. La gente prorrumpió en un aplauso a las cocineras, incluso se escuchó algún «bravo». Rosa se acercó a una mesa auxiliar, donde colocaron los postres, y comenzó a hablar.

—Hoy se ha hecho realidad un sueño, el sueño de una sencilla muchacha como yo que debe todo lo que ha conseguido en la vida a los amigos, que me han ayudado siempre. No pretendo más que trabajar de forma honesta cocinando lo que he aprendido en los últimos años y, con ello, hacer de este un restaurante digno de mi maestra, quien hoy nos acompaña con parte de su familia. Como homenaje a ella, María Mestayer, también conocida como la Marquesa de Parabere, he preparado este postre de su invención, el bizcocho *Excelsius*. Espero que esté a su altura. Gracias por todo, María, de corazón. ¡Que lo disfruten!

La hermana de Rosa le acercó un cuchillo y una espátula para servir. El primer plato que preparó lo acercó a la mesa de María.

—Pero, Rosa, no tenías que…

—Por una vez deje que sea yo quien la agasaje.

María probó el bizcocho, y tras degustar unos segundos, eternos para Rosa, dejó el tenedor a un lado y, sonriendo, exclamó:

—Rosa, esto está increíble, sabes que llevo un tiempo intentando comer menos dulces de los que querría, pero hoy me voy a saltar todas las prudencias y pienso acabar esta maravilla, que no es un postre mío ya, es tuyo. Felicidades, se ve que voy a tener que terminar la enciclopedia yo sola.

Recogidos los vestigios de la inauguración, congratuladas Rosa y sus ayudantes, empezó el trabajo ordinario: idear un menú con los ingredientes que habían sobrado y pensar nuevos platos.

Repasó los libros de la Marquesa, de Doménech, de Bardají, los números de *El Gorro Blanco*, y algunos más que María le había recomendado tener, en busca de recetas factibles. Las anotó y consultó con Matilde si creía posible conseguir este o aquel ingrediente, a sus hermanos les había encargado ir a buscar huevos y leche a las vaquerías del barrio. Anotó a izquierda y derecha los gastos e ingresos y separó las ganancias de lo que utilizaría para comprar producto.

—Matilde, aquí tengo la lista de lo que necesitamos para los próximos días, tengo ya cerrado el menú de la semana.

Matilde tomó la nota, y tras leer la lista fue esclareciendo.

—Para el café ya he hablado con el portugués que nos lo sirvió, nos dejará un par de sacos al mismo precio. De las gallinas y pollos estuve hablando con la vaquería de este amigo mío, me dijo que perdiéramos la preocupación, que nos separaría lo necesario cada semana. Las carnes ya retomé el contacto con aquel gigante del matadero que prometió hacerme llegar a un propio con sus ofertas…

Fuera del restaurante, cruzando la calle, una sombra, una mosca de otoño, mantenía la vista en los escaparates del local; el subinspector no perdía detalle de todo lo que sucedía dentro, desde el momento de empezar el servicio, hasta ese en el que volvían a preparar el próximo. Estaba empeñado en cerrar el establecimiento a la menor ocasión. Lanzó el cigarrillo a los adoquines de la calle y lo pisó con saña, retorciendo con el pie los restos.

En el maletero del coche no cabía un solo cachivache más. María procuraba encontrar un sitio donde encajar su cesta, pero por más que movía uno y otro bulto de lugar, no había hueco. La familia iba a partir a la boda de José María, su hijo mayor, en Burgos. La novia era parte de un linaje de conocidos empresarios de la ciudad, donde

se había levantado mucha expectación. María iba a ser la madrina y no podía dejar de llevar los dulces que había preparado para la ocasión. Tres eran los coches que saldrían de Madrid, otros tantos irían desde Bilbao, incluyendo a Luisa y a Mariano, y a Fernando, su otro hijo, que había seguido la senda de Ramón, convirtiéndose en un abogado de prestigio. Ambos serían testigos firmantes de la ceremonia civil. Todo estaba preparado. Al ser tantos, habían previsto pernoctar dos noches, una antes y otra después de la boda, en un hostal de Lerma, la ciudad al sur de Burgos, parte de la comarca de Arlanza. Uno de los lugares de la provincia, le había asegurado la que sería su nueva familia, imprescindibles por su arquitectura, paisajes y, sobre todo, su gastronomía.

—Deja que la llevemos dentro del coche, Sofía puede ponerla en el regazo, ¿verdad querida?

Víctor cogió la cesta y se la ofreció a su mujer, sentada entre sus hijos en la parte trasera.

—Claro, me haré cargo.

—Cuida que estos dos peligros no la dejen vacía.

—¿Qué es lo que hay en la cesta, abuela? —preguntó José Antonio.

—Unos caramelos variados para dar en la boda, son de limón, menta, anís, fresa y naranja.

—¿Y no podemos tomar ninguno ahora? Yo creo que sería bueno probar si están en condiciones.

Víctor miró con gesto severo a su hijo.

—José Antonio, los caramelos son para la boda, como te acaban de decir.

María hizo un gesto de disculpa con la mano.

—No os preocupéis, como sabía que podíamos tener esta discusión, he separado unos pocos para el viaje —les hizo un guiño a los nietos—, los llevo en el bolso. Pero me tenéis que prometer que los chuparéis sin morder. ¿Qué sabor queréis probar primero? —miró a Sofía y Víctor—, tengo también para los adultos.

—¿Y nosotros tampoco podemos morder? —preguntó divertido Víctor, lo que provocó la risa generalizada.

Lerma, presidida por el imponente palacio del ducado del mismo nombre, de estilo barroco, cuyos espectaculares chapiteles en las cuatro torres se veían desde la carretera a varios kilómetros de distancia, los recibió antes del almuerzo. La ciudad, cuna del valido real, mantenía intacta su arquitectura medieval, barroca y renacentista. Alrededor del palacio, sobre el lecho del río Arlanza, los árboles y jardines desprendían un aroma campestre que le dio vida a María, algo embotada tras tantas horas en el reducido espacio del coche.

—Esta ciudad es preciosa —dijo María—, desde luego que merece la pena venir a verla.

—Vamos al hostal que hemos reservado, a ver si ya ha llegado el resto. El restaurante es ahí mismo y me han dicho que sirven unos platos de chuparse los dedos —miró a su madre con complicidad—, tendrán que pasar por el examen de tu paladar.

El restaurante era un claro exponente de la austeridad castellana. Limpio, eso sí. Lo que más llamó la atención de María fue el bullicio: estaba lleno de gente que hablaba más alto de lo normal, al menos de lo que ella escuchaba en Madrid. La gente parecía no tener miedo a represalias, golpes o denuncias. La mesa de madera maciza, al igual que las sillas, parecían sugerir que no habían vivido una guerra ni las penurias que la siguieron. Resultaba extraño y agradable sumergirse en ese ambiente de despreocupación, de felicidad al fin, y olvidarse de lo que pasaba en la capital.

Siete de sus ocho hijos, faltaba José María, que se había quedado en Burgos para los preparativos, estaban sentados a la mesa, todos compartiendo la alegría del encuentro como preámbulo a la boda del día siguiente. Los platos, con productos de la tierra, y la conversación distendida se fueron solapando. María probó las croquetas, después las morcillas y no pudo evitar compartir su primer golpe de realidad.

—Pero ¿cómo se puede destrozar así esta materia prima? —Toclass="_idFootnote" epub:type="footnote" role="doc-footnote">dos pararon de comer para mirarla—. Están fritos en aceite viejo y quemado. —Señalaba los entrantes—. Y ni se han

tomado la molestia de escurrirlo luego. Esto es de lo que se quejan los extranjeros cuando vienen a España a comer: estas maravillas que son una delicia cuando se hacen bien, las estropeamos no siendo cuidadosos con los detalles. El aceite tiene un sabor muy fuerte, que no gusta a los nacidos fuera. Una ciudad con las posibilidades de turismo que tiene esta, con estos asombrosos edificios y el entorno vegetal que haría deleitarse a cualquier viajero bucólico, no puede permitirse ofrecerle, cuando se siente a la mesa, estos sabores tan pesados y fuertes, pues se quedará con un buen dolor de barriga y olvidará las maravillas que aquí se encuentran. Cuando le pregunten en su lugar de origen por lo que vio aquí contestará que todo era precioso, pero pasé más tiempo en el excusado que andando por las calles o el campo. ¿Cuándo vamos a aprender a ser un país que cuide estos detalles?

—Bueno, supongo que no habrá mucho viajero extranjero que pare a comer por aquí, tal vez ni siquiera han tenido a una persona que se haya quejado de los sabores. No hay tanta gente con tu paladar.

Fernando intentaba calmar la indignación de su madre.

—No, este país tiene sol, arquitectura, paisajes y costumbres que pueden hacer las delicias de los viajeros; además, tenemos una variedad gastronómica riquísima que no hemos sabido explotar adecuadamente. En el momento en que lo hagamos nos convertiremos en destino para innumerables turistas. La cocina debe sumar, no restar, a todas estas virtudes. Me niego a que no sea así. Voy a entrar en la cocina para preguntar cómo fríen esto.

Cogió la croqueta a medio comer del plato y, llevándola entre los dedos a modo de ejemplo, se adentró en la cocina. En ella una mujer, ya entrada en años, manipulaba dos grandes cacerolas llenas de aceite. María se acercó mostrando la media croqueta.

—Buenas tardes, quería preguntar por el proceso de cocinado de estas croquetas.

La señora la miró, arrugó la frente y dejó la espumadera con la que controlaba lo que estaba bañándose en el aceite.

—¿Cómo proceso? Pues como toda croqueta, se prepara y se fríe cuando llega la comanda.

—¿Se da cuenta de que ese aceite de ahí está tan quemado y

negro que no se ve lo que está dentro? Cada cierto tiempo hay que cambiarlo, limpiar bien todos los utensilios. Después de fritos hay que quitar el exceso de grasa, para eso valdría con un papel absorbente, de esa manera tendría unas croquetas jugosas y no estas, que, como puede ver… —La señora interrumpió a María.

—Mire, señora, siento que no le hayan gustado, pero este establecimiento es mío y aquí se hacen las cosas a mi manera. No sé quién es usted, ni tampoco a qué ha venido aquí dando consejos que nadie le ha pedido. Y ahora déjeme que termine de preparar los platos que deben salir o más de uno se quejará, no de la comida, sino de hambre.

María salió de la cocina y tiró la media croqueta en una papelera. Se sentó a la mesa, donde su familia seguía comiendo. Se hizo el silencio esperando el resultado de la incursión.

—Imposible, hay gente que no se deja aconsejar por nadie; ese es el mal que nos asola. Yo aprendí lo que sé escuchando a los que más sabían, dejándome persuadir, pero mientras vivamos en un país donde todo el mundo cree que lo sabe todo y que da la espalda a ideas de fuera, seguiremos condenados a no aprender nada.

—Vamos, vamos, no te alteres, que mañana tenemos una fiesta, y, a pesar del disgusto, aún podemos disfrutar de un paseo espléndido después de comer —comentó Fernando.

La boda fue un espectáculo digno de los grandes acontecimientos de provincias: la ciudad entera estaba pendiente de los invitados, una procesión de ilustres de la ciudad y de gente importante venida de fuera. La novia, María del Rosario Carcedo García, iba con un fabuloso y elegante vestido blanco de encaje y velo de tul ilusión ceñido con una diadema de azahar. La iglesia de San Lesmes Abad había sido adornada con macetas, guirnaldas y flores blancas. La sobrina de María del Rosario, portadora del cofre con los anillos y arras, en medio de la ceremonia, le guiñó un ojo a María y le mostró, con una sonrisa, un caramelo que llevaba en el bolsillito de la chaqueta. El remate de la ceremonia, a cargo del tenor Díez Carbajo, acompañado del Orfeón burgalés y el maestro violinista

Estefanía, fue sublime. Ese era el comentario general de los invitados, la mayoría con un caramelo en la boca.

66

Coupés de champagne

Tras dos años desde su apertura, Casa Jacinto seguía yendo bien, habían conseguido un grupo nutrido de clientes fieles que acudían con frecuencia. Las preocupaciones de Rosa se habían ido disipando; la consolidación del negocio le hacía pensar, incluso, en cambiar de casa, a otra más cercana al restaurante. Al menos eso le aconsejaba un simpático y asiduo cliente que la llevaba cortejando ya unos meses. Matilde la animaba a dejarse querer.

—Tienes todo el derecho a ser feliz, a construir una nueva vida. No es una traición ni un olvido, olvidar nunca, pero sí seguir viviendo. Anímate, el muchacho es un buen pretendiente.

—Lo sé, pero tengo miedo… Necesito a alguien que no solo me quiera a mí, también que me ayude a cuidar de mis hermanos y que me apoye en el negocio.

—Dale una oportunidad; por el interés que muestra, estoy segura de que lo hará, y, si no, allí estaré yo para darle con el cazo en la cabeza y espantarlo. No se hable más, este fin de año lo invitas al restaurante a cenar y, cuando den las campanadas, abres el baile con él, así podré decirte si me parece el hombre apropiado.

El 20 de noviembre de 1949 la mayor parte de la gente andaba ocupada con los preparativos para la celebración del fin de la década que había asolado España y Europa, una con la posguerra, la otra con la guerra. Ciudades destruidas a base de metralla y bombas habían dejado un continente sumido en el hambre y la pobreza, la desesperanza, el miedo, la represión. Un cóctel cuyos ingredientes habían sido difíciles de digerir, pero que el tiempo parecía ir atenuando. El cambio de año se antojaba como un borrón y cuenta nueva que la población esperaba con ansiedad.

Casa Jacinto ya se había hecho con las guirnaldas con las que se engalanaría en algo más de dos semanas, a partir del día de la Inmaculada Concepción, y andaba preparando un menú especial para el año nuevo: abrirían las reservas en nada.

Ese día el frío era intenso; la llegada del invierno a Madrid, con el viento de la sierra soplando, hacía que los transeúntes se protegieran con mantos, sombreros y bufandas, por lo que a Rosa le costó reconocer a la mujer que entró en el restaurante ataviada con todo tipo de abrigos. Al calor de los braseros que llevaban encendidos toda la tarde, se fue desprendiendo de las ropas.

—¡Milagros, pero qué ilusión verte por aquí! —Rosa salió de la cocina para abrazar a la vieja amiga, pero el semblante sombrío de esta le hizo detenerse a mitad de camino—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué traes esa cara?

—Ay, chica, no quería demorar la noticia, la desgracia más bien.

Milagros se quedó en silencio, mirando al suelo.

—Habla, mujer, que me tienes en vilo.

—La señora, la Marquesa, María… Murió ayer.

Milagros se santiguó y se abrazó a Rosa.

El primer día sin María Mestayer de Echagüe, Casa Jacinto sirvió la comida más oscura de su recorrido, seguramente también de su vida posterior. El primer impulso fue cancelar los preparativos para el festejo del final de aquella época, pero lo pensaron mejor y decidieron seguir adelante con todo el boato planeado, tal como hubiera querido la Marquesa.

Un mes después, terminadas de tragar las uvas, Milagros y Rosa brindaron complacidas, con profunda gratitud y una buena dosis de nostalgia, con el *coupé de champagne*, ese cóctel aprendido, como tantas cosas, de la maestra. Mirándose a los ojos y con plena convicción, se prometieron que lo vivido en aquellos años tan convulsos no le restaría un ápice de ilusión y empuje a su existencia, al contrario, disfrutarían de todo aquello que se les brindara, porque se lo merecían y como homenaje. Ese era su legado.

Rosa terminó su copa y aceptó el primero de los muchos bailes que

compartiría con su marido.

Nota de los autores

El contenido de este libro es ficción, producto de nuestra imaginación unida a la investigación histórica. Aunque muchos personajes, la protagonista entre otros, fueron reales y las situaciones verídicas, la mayoría tienen solo la intención de resultar verosímiles. Hemos usado artículos de periódicos y revistas de la época y actuales, así como libros de la propia María, de donde hemos extraído cartas, anécdotas o frases que nos han dado el tono del personaje e ideas para recrear escenas que aliñen la novela. Hemos respetado la grafía original, tal como la usaba la Marquesa de Parabere, en algunas palabras, como nombres de recetas o de platos, entre otras. En aras de mantener la coherencia narrativa también hemos variado de fecha algunos acontecimientos.

También nos gustaría dejar constancia de nuestro agradecimiento a María Trapero por sus consejos certeros y a Antonio Borrallo por su lectura atenta.